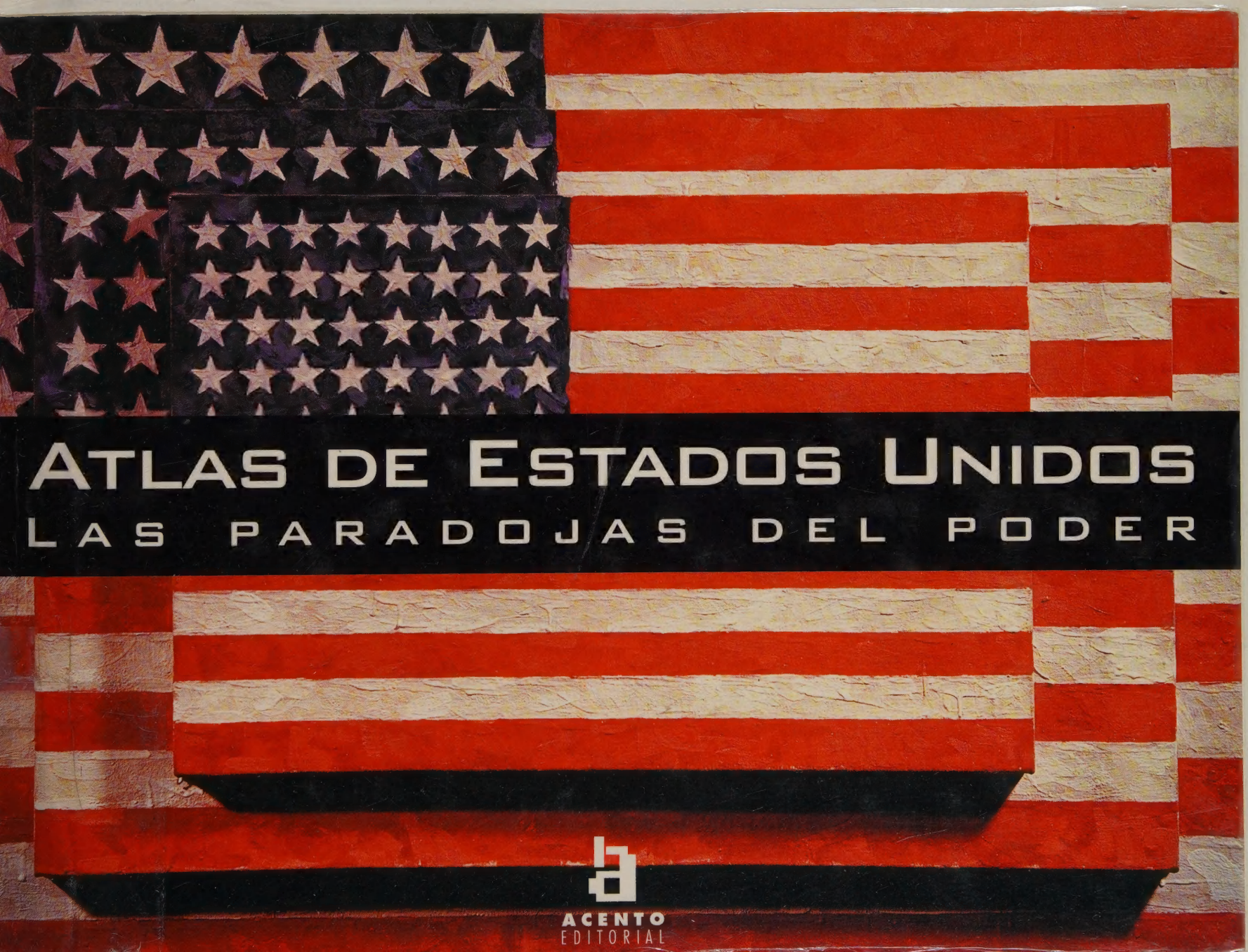


ATLAS DE ESTADOS UNIDOS

LAS PARADOJAS DEL PODER

ACENTO
EDITORIAL

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/atlasdeestadosun0000lema

ATLAS
DE
ESTADOS UNIDOS
LAS PARADOJAS
DEL PODER

CHICAGO PUBLIC LIBRARY
DISCARD
R02016 90004

Chicago Public Library
C P L
REFERENCE
Form 178 rev. 11-00

LITERATURE AND LANGUAGE DIVISION
FOREIGN LANGUAGE INFORMATION CENTER
CHICAGO PUBLIC LIBRARY
400 SOUTH STATE STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60605

Esta obra ha sido concebida y dirigida por
Philippe Lemarchand
Director de conferencias del Instituto de Estudios Políticos de París (IEP), antiguo corresponsal de la BBC en París, autor de *África: Atlas del siglo XX, Atlas géopolitique du Moyen-Orient et du monde arabe, L'Europe centrale et balkanique, Atlas d'histoire politique* e *Israël/Palestine demain: Atlas prospectif*

EQUIPO EDITORIAL

Oliver Amar: Licenciado en Ciencias Económicas, cartógrafo
Atnon Ash: Economista
Anne Samain: Diplomada por el IEP de París, editora
Delphine Cuny: Periodista
Jean-Pierre Faure: General CR, antiguo agregado militar en Estados Unidos, antiguo responsable de la zona occidental en el Estado Mayor del Ejército
Julie Fèvre: Diplomada por el IPE de París
Jennifer Jenkins: Antigua ayudante de investigación en el departamento de Estado
Karine Le Guidec: Diplomada por el IEP de París, cartógrafa
Valérie Marcel: Investigador en Ciencias Políticas, antiguo tutor en la Universidad McGill
Christine Moliner: Socióloga
Florian Rubis: Historiador
Nicolas Sauvage: Historiador y diplomado por el IEP de París, coautor de cuatro atlas geopolíticos
Bartholomew Sayer: Diplomado en Historia y Ciencias Políticas (Universidad de Pensilvania)
Hélène Werner: Profesora de inglés, antigua periodista en Europe 1 y en *Le Figaro*, coautora de *L'Europe centrale et balkanique: Atlas d'histoire politique*

Con la amable participación de **Nicole Bacharan**, enviada especial de la *Cinquième* en Estados Unidos, autora de *Histoire des Noirs américains*

Han colaborado también en la edición de este atlas:
Guylaine Bouzin, Aurélie Carton, Valérie Ceylon, Stéphanie Deporcq, Anne Grégoire, Alexandre Kousnetzoff, Laurent Lebreton, Michèle Mirroir, Laetitia Nail, Emmanuel Poux.

Nuestro especial agradecimiento a todos los que han hecho posible la realización de esta obra, en particular a Mireille Dietrich, Olivier Juilliard, Sylvie Lallemand, Victoria Lis y los documentalistas del centro Benjamin Franklin.
© Éditions Atlande, 1997, 1999
© Acento Editorial, 1999
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid
Comercializa: CESMA, SA
Preimpresión: Grafilia, SL
ISBN: 84-483-0481-0
DL: M-39018-1999
Impreso en España - *Printed in Spain*
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ATLAS DE ESTADOS UNIDOS

LAS PARADOJAS DEL PODER

Philippe Lemarchand

Traducción de Andrés Linares

ACENTO EDITORIAL

Sp/ E 178.1 .L56218 1999
Lemarchand, Philippe.
Atlas de Estados Unidos

SUMARIO

INTRODUCCIÓN 6

Telón de fondo

LOS ORÍGENES DE LA NACIÓN AMERICANA 18
Las sociedades indias – La formación de las trece colonias – La sociedad colonial – Las colonias y la metrópoli. Recuadros: *La Compañía de Virginia; La aventura del Mayflower; Las guerras franco-inglesas.*

LA ERA DE LA INDEPENDENCIA 27
Las premisas para una ruptura – La guerra de Independencia – La Constitución de 1787 y sus consecuencias políticas – La guerra de 1812 – La expansión territorial – Una democracia esclavista. Recuadros: *El Tea Party de Boston; La Constitución de 1787 y la división de poderes; George Washington.*

LA GUERRA DE SECESIÓN 37
La secesión – Una guerra civil moderna y mortífera – Las desilusiones de una victoria anunciada – La suerte de los negros, ¿una apuesta política? – La reconstrucción – El mantenimiento de la segregación en el Sur. Recuadros: *Abraham Lincoln; Ulysses Simpson Grant.*

LA TRANSFORMACIÓN EN GRAN POTENCIA 47
La ocupación de las tierras y el fin de la frontera – El crisol de razas o *melting pot* – Prosperidad y conflictos sociales – Las tentativas de reforma – La república imperial. Recuadro: *Theodore Roosevelt.*

EL APRENDIZAJE DEL LIDERAZGO 58
La entrada en la edad adulta – Una frágil prosperidad – La crisis y el *New Deal* – La participación norteamericana en la segunda guerra mundial. Recuadros: *La Tennesseee Valley Authority; Franklin Delano Roosevelt.*

LA ERA DE LA GUERRA FRÍA 70
El *Fair Deal* de Truman – La política de contención – La presidencia de Eisenhower o la era del consenso – La era Kennedy – Johnson y la Gran Sociedad – Las turbulencias de los mandatos de Nixon y el eclipse de Ford – La distensión – Las decepciones del mandato de Carter – El triunfalismo de Reagan. Recuadros: *El macartismo; La guerra de Corea; Los Kennedy; La guerra de Vietnam; La lucha por los derechos civiles; El Watergate; Nancy y Ronald Reagan.*

NORTEAMÉRICA SIN COMPLEJOS 89
Bush, un presidente diplomático – Las guerras de después de la guerra fría – La era Clinton. Recuadro: *Bill Clinton.*

El sueño americano

EL ESPACIO NORTEAMERICANO 96
La apropiación del espacio – La frontera como mito fundador – La organización del espacio – Espacio privado y espacio público – La conservación del medio ambiente. Recuadro: *El Sierra Club.*

LA NUEVA JERUSALÉN 107
Los fundamentos religiosos – La diversidad religiosa – Religión y política. Recuadros: *Los cuáqueros; Los principales credos protestantes; Los mormones.*

LA PRIMERA DEMOCRACIA DEL MUNDO 114
El equilibrio de poderes – El bipartidismo – La vida política – Los contrapoderes: *media* y *lobbies*. Recuadros: *La Bill of Rights; El problema de la venta de armas.*

EL FIN DEL CRISOL DE RAZAS O *MELTING POT* 120
A la búsqueda de la identidad norteamericana – Los imponderables de la política de inmigración – El *melting pot*, cuestionado – La fractura racial. Cronología: *Los negros norteamericanos.* Recuadros: *Los indios; Martin Luther King; Louis Farrakhan; La affirmative action.*

R02016 90004

LIBERTAD E IGUALDAD 135
Un país que desconfía de los poderes establecidos – Un Estado-providencia limitado – Darwinismo social.

LA PROMESA DE LA OPULENCIA 144
El *American way of life* – Espíritu empresarial y flexibilidad – La prosperidad del año 2000 – Los *twin deficits* – Los dividendos de una situación de liderazgo.

LA EDUCACIÓN, CUESTIONADA 150
Un sistema descentralizado – Evolución de los objetivos de la escuela – La constatación de un fracaso – Voluntad de superación – La excelencia universitaria. Recuadro: *La Ivy League.*

LOS AVANCES TECNOLÓGICOS 157
Unos inicios prometedores – El reino del pragmatismo – La era de la hegemonía – De la industria masiva a las industrias punta – Hacia el siglo XXI. Recuadros: *El MIT; El Silicon Valley; La conquista del espacio; Las majors de la informática.*

Potencia mundial

DIPLOMACIA Y ECONOMÍA 168
¿Moralistas o estrategas? – La guerra fría – La reevaluación de las prioridades – Los objetivos de la política exterior de Bill Clinton – La duplicidad comercial norteamericana – Una cooperación limitada – Un realismo a toda prueba. Recuadros: *La ley Helms-Burton; El dólar apartir de 1945.*

EL DESPLIEGUE MILITAR 184
Variación de las condiciones de supremacía – ¿Supremacía, para qué? – El ejército, ¿un reflejo de la sociedad?

EL PODER «BLANDO» 191
El dominio norteamericano sobre los mercados internacionales de la cultura – ¿Una cultura mundial? – La instrumentalización política de la cultura – Ambiciones normativas. Recuadro: *Internet.*

ESTADOS UNIDOS, MODELO Y ESPANTAJO 201
Un polo de atracción siempre eficaz – Un laboratorio del futuro – Tierra de excesos – El peligro yanqui: una amenaza para la identidad. Recuadro: *Coca-Cola en todas partes.*

Geopolítica de Estados Unidos

EL PATIO TRASERO DE LAS AMÉRICAS 208
Gringos y chicanos – Un protector invasor – Una lucha implacable contra el comunismo – Dos siglos entre panamericanismo e imperialismo – El lejado occidente. Recuadro: *Canadá y Estados Unidos.*

EL COMPLEJO EUROPEO 219
Ruptura y continuidad – Aislacionismo e intervencionismo – Colaboración y competencia.

ESTADOS UNIDOS, HUÉRFANO DE RUSIA 227
Las relaciones Estados Unidos/Rusia: reflejo de los mitos norteamericanos – Un sueño americano – Del imperialismo a la hegemonía – Los supergrandes – El desorden norteamericano. Recuadro: *El teléfono rojo.*

LA REGIÓN DE ORIENTE MEDIO 236
La carrera por el petróleo – Las dos Jerusalén – Guerra fría y guerra santa.

LA LLAMADA DEL PACÍFICO 243
El evangelio de un nuevo *Manifest Destiny* – El efecto de la segunda guerra mundial – La guerra fría y el «lago norteamericano» – Una importante apuesta económica – Una incierta comunidad pacífica. Recuadros: *Pearl Harbour; Filipinas.*

LA PERIFERIA AFRICANA 250
Estados Unidos y la independencia de los Estados africanos – La guerra fría en África – Hacia una diplomacia económica – La contestación de la preeminencia francesa. Recuadros: *Liberia; Restore Hope, la intervención norteamericana en Somalia.*

El Estado de la Unión

Cronología de la historia de Estados Unidos 256
Tablas de los 50 estados de la Unión y dependencias de Estados Unidos 274
Bibliografía 282
Índice de mapas y gráficos 284
Índice de nombres 286

CHICAGO PUBLIC LIBRARY
LITERATURE AND LANGUAGE DIVISION
FOREIGN LANGUAGE INFORMATION CENTER
400 SOUTH STATE STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60605

INTRODUCCIÓN

Estados Unidos es el centro del mundo contemporáneo; su peso económico, militar y político no tiene rival; las sedes de las instituciones por las que se rige el sistema internacional y de las más grandes multinacionales se encuentran en su territorio: su influencia cultural, diplomática y comercial es de carácter universal. El espacio mundial se organiza en torno a Norteamérica y todas sus regiones están imbricadas en una asociación específica con Estados Unidos: Europa en el seno de la OTAN, Asia en el de la APEC, América Latina en la OEA, los países que formaban la antigua URSS en la Alianza por la Paz. En el mundo de la economía, destaca sobre los otros dos polos de la tríada, Europa y Extremo Oriente, donde las relaciones bilaterales son de carácter secundario en comparación con las que mantienen con Estados Unidos.

Aun siendo la única potencia mundial, Estados Unidos es una potencia paradójica, muy segura de sí misma pero inquieta por su futuro, que se siente investida de una misión universal pero tiene dificultades para definirla, con pérdida de impulso en comparación con otros países pero más distanciada que en ningún otro periodo del siglo XX de cualquier rival potencial.

Resulta igualmente asombroso el contraste entre su poderío exterior y sus debilidades internas. El sueño americano se presenta frecuentemente en estado de crisis, el llamado «crisol de razas» o *melting-pot* está resquebrajándose y el crecimiento viciado.

Laboratorio del siglo XXI

Norteamérica extrae de hecho un vigor renovado de esas debilidades aparentes. La crisis del modelo norteamericano de asimilación se traduce en la aparición de una sociedad multicultural, fuente de tensiones pero también de riquezas. Sociedad mundial, Estados Unidos alberga en su seno una población plural, reflejo de los cinco continentes, lo que constituye una ventaja tanto comercial como diplomática en sus relaciones con los otros países.

Del mismo modo, los déficits de la economía norteamericana se transforman en ventajas; permiten fomentar un consumo muy intenso, que contribuye al crecimiento. Al tener una menor dependencia económica exterior que el resto del mundo, Estados Unidos puede seguir siendo económicamente eficiente a pesar de los fuertes desequilibrios de sus balanzas y al mismo tiempo mantener el paro y la inflación en niveles muy bajos.

A pesar de no poder beneficiarse de las ventajas comparativas que su situación de liderazgo ofrece a Estados Unidos, un número cada vez mayor de países adoptan el sistema norteamericano de «democracia de mercado», que tras la caída del comunismo parece imponerse en todo el mundo. Pero se trata de un modelo norteamericano y no de un modelo occidental de carácter más general. Puede decirse que, en efecto, el capitalismo de tipo anglosajón, más salvaje que el capitalismo renano, teñido de preocupaciones sociales, y más liberal que el modelo colberista, que concede al Estado un puesto preponderante, va ganando día a día terreno.

Con independencia del éxito de este modelo, es evidente que las nuevas formas de vida y de pensamiento se inventan en Estados Unidos, donde en los años setenta nació la llamada civilización del ocio, en los años ochenta la sociedad posindustrial o en los noventa el posmodernismo. A pesar de ser vagos y desdibujados, estos conceptos se imponen progresivamente en el debate intelectual de los otros países. De manera algo más anecdótica, la implantación generalizada de la celebración de una fiesta tan típicamente norteamericana como Halloween ilustra una cierta atracción por Norteamérica.

Los cambios culturales más destacados de los últimos años han venido igualmente de la otra orilla del Atlántico, y son, en terrenos muy diversos, la preocupación por la igualdad entre hombres y mujeres, la afirmación política de la comunidad *gay*, el desarrollo de nuevos cultos al estilo de las sectas *new age* o la aparición de formas de trabajo como el teletrabajo, los empleos a tiempo parcial o las oficinas virtuales.

Por el contrario, determinados fenómenos más preocupantes de la sociedad norteamericana —la desestructuración de la familia, el debilitamiento de la solidaridad entre generaciones, la judicialización del conjunto de las relaciones sociales, el desmoronamiento de la noción de comunidad nacional, la delincuencia urbana, el aumento de las desigualdades o la banalización de la violencia— pueden igualmente prefigurar lo que ocurrirá en los otros países desarrollados en un futuro no muy lejano.

Una cultura mundial

No todo lo que viene de Estados Unidos consigue sin embargo imponerse fuera de sus fronteras. Algunos de los productos más apreciados por los norteamericanos, la mantequilla de cacahuete o la jalea por ejemplo, no han podido exportarse jamás. La moda de lo «políticamente correcto», preponderante en Estados Unidos a finales de los años ochenta y comienzo de los noventa, no ha logrado arraigar nunca de verdad en la Europa continental. La pena de muerte cobra cada vez mayor fuerza en Estados Unidos, pero se ha abolido ya en la mayoría de las democracias liberales.

Por otro lado, determinados cambios o mutaciones que caracterizan al conjunto del planeta han tenido su origen fuera de Estados Unidos: la práctica de la medicina naturista en China, los matrimonios entre homosexuales en Escandinavia o el *karaoke* en Japón.

Sin embargo, la fuerza de Estados Unidos nace de su capacidad para apropiarse de las ideas que le llegan de fuera y reexportarlas. Así ocurrió en el caso del postmodernismo, crítica del monopolio de la racionalidad sobre el pensamiento occidental; los teóricos norteamericanos que lo consagraron fundaron sus postulados en los escritos de pensadores franceses como Derrida, Barhes o Foucault. Puede decirse lo mismo, aunque en otro registro, de la cocina mexicana, reexportada a todo el mundo bajo la denominación «tex-mex», o de la música latinoamericana *made in USA*, que constituye todo un éxito mundial.

Los norteamericanos han forjado una cultura mundial, una nueva forma de cultura popular hecha tanto de *mangas* japoneses como de películas Disney. El papel fundamental que desempeñan en la aparición de esta cultura global se basa sobre todo en su capacidad para absorber la asombrosa diversidad que constituye la base de su mercado nacional. Ninguna película, ninguna canción puede esperar el reconocimiento mundial sin haber triunfado previamente en el mercado norteamericano. Igualmente, ningún científico puede pretender afianzarse en el escenario internacional sin haber sido reconocido previamente por sus colegas norteamericanos, sobre todo teniendo en cuenta el control que ejercen sobre la mayoría de las revistas científicas. Tanto en materia de ciencias sociales como de ciencias exactas, Estados Unidos marca el ritmo de la investigación. No obstante, la proporción de artículos firmados por los norteamericanos no cesa de descender, lo que puede considerarse una señal de la influencia de esas revistas o el indicio de un declive relativo de la ciencia norteamericana.

Poder y declive

Vencedor de la guerra fría, Estados Unidos intenta definir ahora un nuevo orden internacional que asegure la perpetuidad de su liderazgo. Consciente de la cada vez mayor interdependencia entre las distintas naciones del mundo, oscila entre un modelo hegemónico, fuente de poder pero también de confrontaciones, y un modelo multipolar en el que las grandes decisiones estarán compartidas con sus principales aliados, Europa y Japón y otras potencias como China o Rusia.

Estas vacilaciones se traducen en distintas dilaciones y tardanzas, y en que Estados Unidos termine por perder el control en asuntos como el problema del recalentamiento del planeta, la definición de los derechos de autor o la formación de bloques comerciales regionales en Europa, América del Sur o en el sureste de Asia.

Su ausencia de liderazgo en cuestiones de interés mundial es frecuente objeto de críticas, y sus socios se preguntan en ocasiones sobre el aparente vacío de poder de Estados Unidos, que, sin un objetivo definido, no parece tener otro que su propia perpetuación.

A largo plazo, Estados Unidos parece encontrarse en una situación de declive relativo en comparación con el resto del mundo. Su participación en la riqueza mundial fluctúa desde los años ochenta entre el 20 y el 25 %, poco comparado con el 40-50 % de los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial. En población y control de riquezas naturales representa un 5 %. Estados Unidos prevé que, teniendo en cuenta el crecimiento de las llamadas economías emergentes, su parte de la riqueza mundial deberá representar aproximadamente un 15 % hacia el año 2020, fecha en la que podría ser alcanzado por China si ese país mantiene su ritmo de crecimiento de comienzos de los noventa.

Estados Unidos cuenta con la fuerza de su desarrollo tecnológico para prolongar su dominio durante el mayor tiempo posible. Pero, aunque sigue ocupando el primer puesto en alta tecnología, los japoneses les han dejado ya atrás en el campo de los semiconductores, los alemanes en los plásticos

más innovadores y los franceses en su uso civil de la energía nuclear y determinadas tecnologías. En cuestión de mercados, los norteamericanos apenas consiguen seguir siendo competitivos con los automóviles japoneses y surcoreanos o con los productos espaciales y aeronáuticos europeos como el Arian y el Airbus.

El debate sobre este declive es recurrente en Estados Unidos. Los ejemplos históricos más evocados son los de los imperios romano y británico, cuyo poder se fue diluyendo precisamente por intentar abarcar demasiado (*overstretch*), lo que obligó a ambos a intentar mantener en todo momento su potencial militar. La última ola de pesimismo norteamericano nació en el momento álgido de la recesión de los años ochenta animada por la aparición de la obra del historiador Paul Kennedy *The Rise and Fall of Great Powers*, a la que respondió el politólogo Joseph Nye con *Bound to Lead*, otra vuelta de tuerca sobre el control que Estados Unidos ejerce sobre las redes mundiales de todo tipo, elemento crucial en un mundo dominado por la información (*information age*).

A pesar de su incapacidad para responder a los desafíos que condicionarán su éxito en el siglo XXI (mejora del sistema educativo, control del sistema de salud, recuperación de la coherencia social), los norteamericanos han dejado, aunque sin duda momentáneamente, de interrogarse sobre su declive, en gran parte gracias a la recuperación económica sostenida que disfrutan desde 1992. Las incertidumbres que pesan sobre una Europa incapaz de reformar sus instituciones, o de pasar la página del desempleo y la crisis financiera que se instala en Extremo Oriente, les tranquilizan en cuanto a la solidez de su propio poder. Como consecuencia de todo ello, ha resurgido otro debate recurrente, el del aislacionismo.

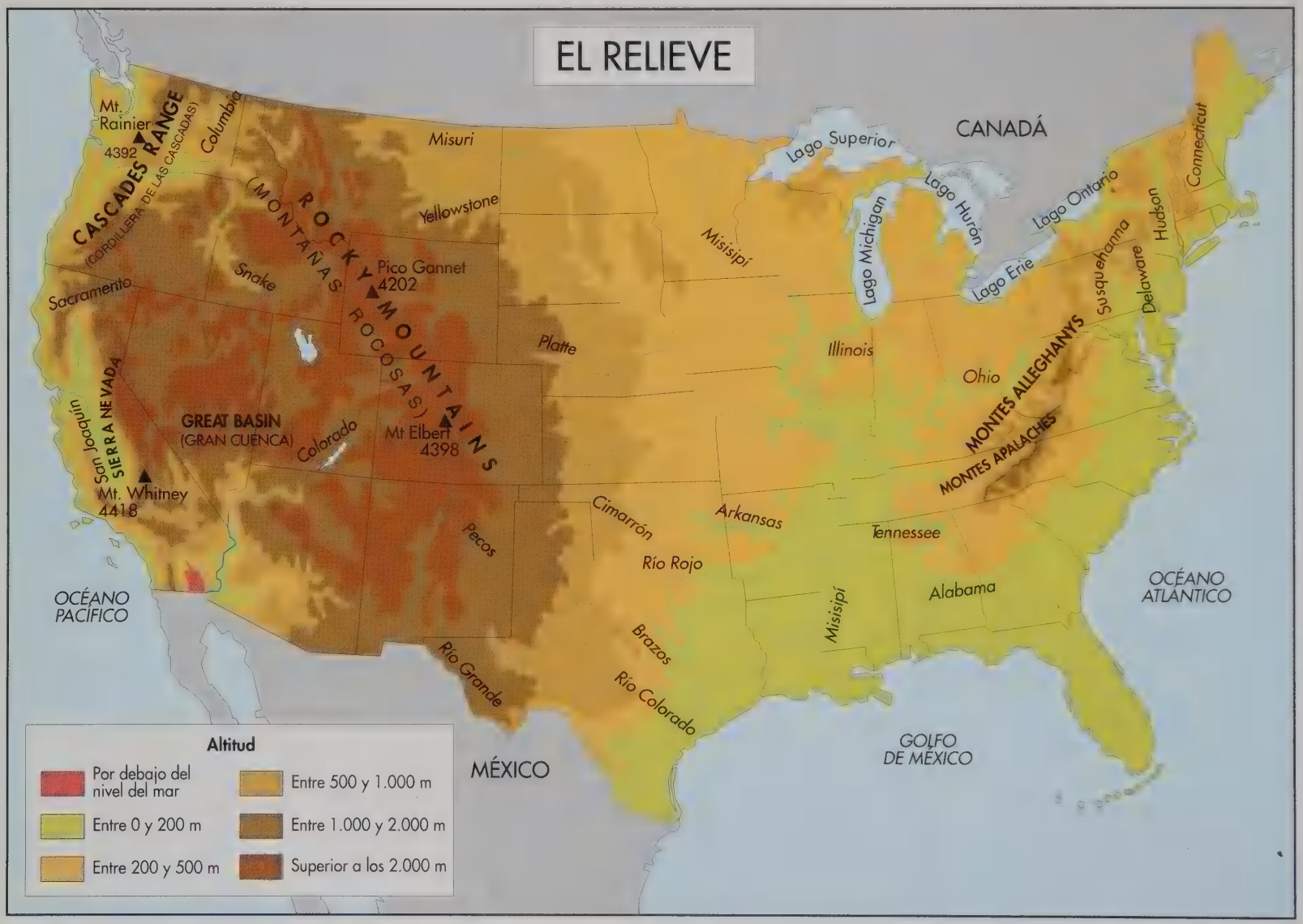
Aislacionismo e imperialismo

Elegido sobre un programa basado en la idea de volver a centrar las preocupaciones presidenciales en los asuntos internos norteamericanos, Bill Clinton se ha visto sin embargo acaparado por la escena internacional. Su diplomacia es en principio de carácter reactivo y se mueve en caliente, como ha ocurrido en Bosnia, Oriente Próximo o la región africana de los grandes lagos, lo que no ha impedido que la mayoría de los casos se haya visto coronada por el éxito. Dirigida desde el inicio del segundo mandato de Bill Clinton por la enérgica Madeleine Albright, no ha logrado todavía que resulte efectivo su programa preventivo, destinado a impedir el desencadenamiento de nuevos conflictos.

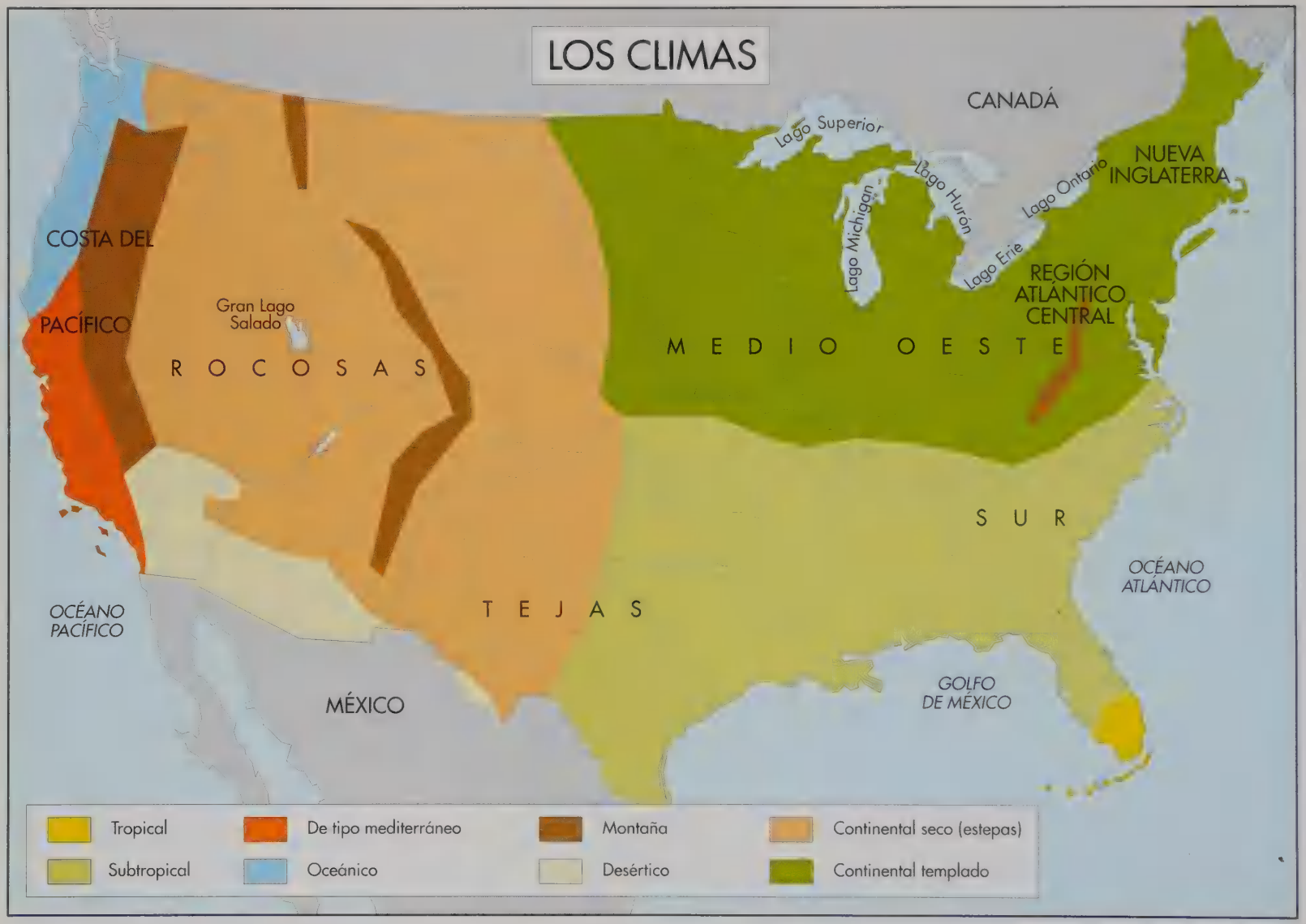
Tradicionalmente la opinión pública norteamericana no se interesa demasiado por las cuestiones mundiales y, aparte de las crisis que implican directamente a Estados Unidos, las grandes cadenas televisivas dedican a los asuntos internacionales menos del 10 % del tiempo de información. Dotada de un inmenso territorio, Norteamérica lleva mucho tiempo confiando en la idea de que puede autoabastecerse. Pero, aunque su comercio exterior apenas supere de momento el 10 % de la actividad nacional, esa cifra aumenta de manera regular. A pesar de la hostilidad de los norteamericanos, todavía muy marcados por el síndrome de Vietnam, hacia cualquier tipo de intervención en un conflicto exterior, Bill Clinton ha sabido desplazar el debate sobre el mantenimiento de la prosperidad norteamericana a las responsabilidades internacionales de Estados Unidos.

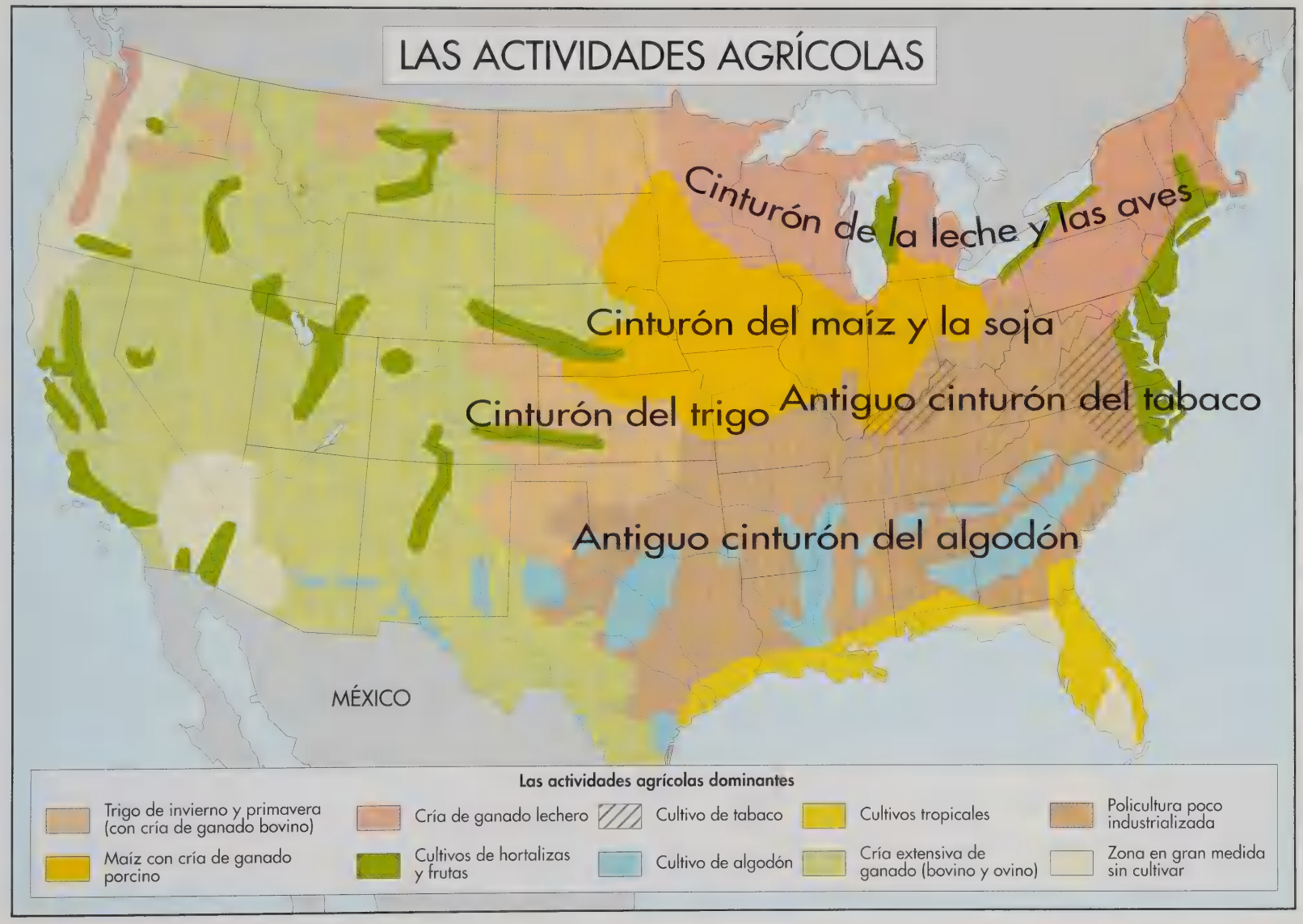
La profunda imbricación entre diplomacia y economía, todavía más clara que en tiempos de la guerra fría, debe permitir a Estados Unidos promover sus intereses al tiempo que asume el liderazgo internacional. Estos dos imperativos entran algunas veces en conflicto, como en materia de derecho comercial internacional: a pesar de haber contribuido a formar las reglas por las que se rige la organización mundial del comercio, Estados Unidos utiliza en contra de los países a los que desean «castigar», como Cuba o Irán, una legislación comercial extraterritorial que infringe los principios del derecho internacional. Este tipo de medidas, votadas por el Congreso, contrastan con las acciones de la Casa Blanca, habitualmente bastante más sutiles. La administración norteamericana intenta conseguir la participación de sus aliados en campañas exteriores, como ocurrió en el caso de la guerra del Golfo, financiada por Alemania y Japón, exponiéndose de ese modo a convertirse en una «potencia mercenaria». Aunque los recortes presupuestarios obligan a los norteamericanos a reducir sus efectivos militares en el extranjero, no parecen, sin embargo, dispuestos a sucumbir a la tentación aislacionista como les ocurrió en el periodo de entreguerras. Sencillamente, los medios para ejercer su poder cambian y el control sobre las ideas (el llamado *soft power*) sustituye al dominio territorial.

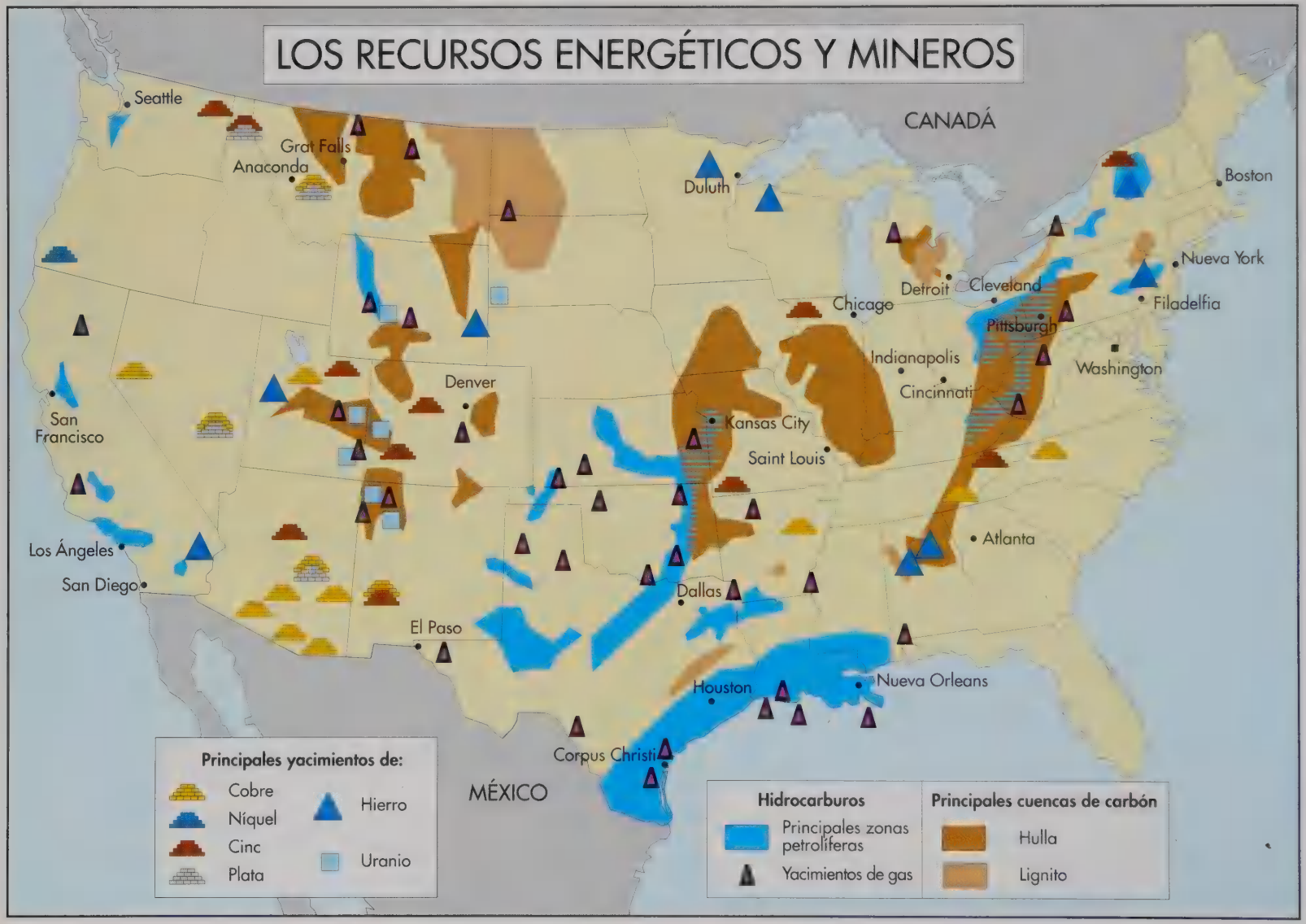
LOS ESTADOS
Olimpia
WASHINGTON
Salem
OREGÓN
Boise
IDAHO
Helena
MONTANA
Bismarck
DAKOTA DEL NORTE
Pierre
DAKOTA DEL SUR
MINNESOTA
St. Paul
WISCONSIN
Madison
MICHIGAN
Lansing
CANADÁ
MAINE
Augusta
Montpelier
VT
NH
Concord
Boston
MA
Albany
Providence
RI
NUEVA YORK
Hartford
CT
NJ
Trenton
PA
Harrisburg
Dover
DE
Annapolis
MD
Washington
DC
VIRGINIA
Richmond
Charleston
WV
OHIO
Columbus
INDIANA
Indianapolis
ILLINOIS
Springfield
IOWA
Des Moines
WYOMING
Cheyenne
NEBRASKA
Lincoln
Sacramento
Carson City
NEVADA
CALIFORNIA
Salt Lake City
UTAH
Denver
COLORADO
KANSAS
Topete
MISURI
Jefferson City
Frankfort
KENTUCKY
Nashville
TENNESSEE
Raleigh
CAROLINA DEL NORTE
Columbia
CAROLINA DEL SUR
Atlanta
GEORGIA
ALABAMA
Montgomery
Tallahassee
FLORIDA
GOLFO DE MÉXICO
OCÉANO ATLÁNTICO
OKLAHOMA
Oklahoma City
ARKANSAS
Little Rock
MISISIPÍ
LUISIANA
Jackson
Baton Rouge
TEJAS
Austin
ARIZONA
Phoenix
Santa Fe
NUEVO MÉXICO
OCÉANO PACÍFICO
MÉXICO
ALASKA
Junea
Honolulú
HAWAI
CT Connecticut
DC Distrito de Columbia
DE Delaware
MA Massachusetts
MD Maryland
NH New Hampshire
NJ Nueva Jersey
PA Pensilvania
RI Rhode Island
VT Vermont
WV Virginia Occidental

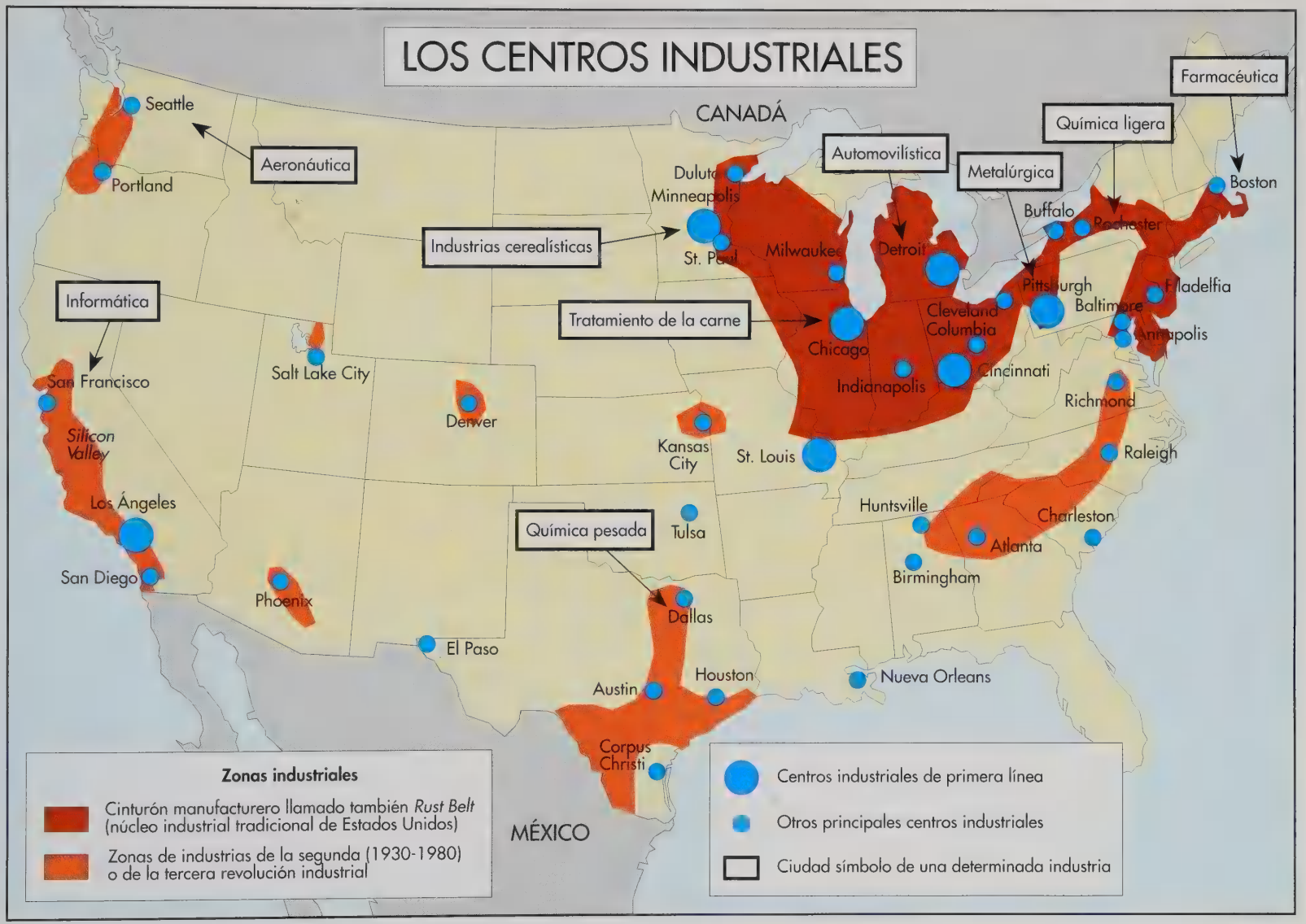

EL RELIEVE
CANADÁ
MÉXICO
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ATLANTICO
GOLFO DE MÉXICO
Mt. Rainier 4392
CASCADES RANGE
(CORDILLERA DE LAS CASCADAS)
Columbia
Misuri
Yellowstone
ROCKY MOUNTAINS
(MONTAÑAS ROCOSAS)
Pico Gannet 4202
Snake
Sacramento
Platte
Misisipí
Lago Superior
Lago Michigan
Lago Hurón
Lago Erie
Lago Ontario
Connecticut
Hudson
Susquehanna
Delaware
Illinois
Ohio
MONTES ALLEGHANYS
MONTES APALACHES
SIERRA NEVADA
San Joaquín
GREAT BASIN
(GRAN CUENCA)
Colorado
Mt Elbert 4398
Mt. Whitney 4418
Cimarrón
Arkansas
Tennessee
Pecos
Río Rojo
Alabama
Brazos
Río Grande
Río Colorado
Altitud
Por debajo del nivel del mar
Entre 0 y 200 m
Entre 200 y 500 m
Entre 500 y 1.000 m
Entre 1.000 y 2.000 m
Superior a los 2.000 m

LA POBLACIÓN
CANADÁ
MÉXICO
Seattle
Portland
Sacramento
San Francisco
San José
Fresno
Bakersfield
Las Vegas
Los Ángeles
Anaheim
San Diego
Phoenix
Tucson
Salt Lake City
Denver
El Paso
Dallas
Fort Worth
Austin
Houston
San Antonio
Tulsa
Oklahoma City
Little Rock
Baton Rouge
Nueva Orleans
Kansas City
Saint Louis
1990
Minneapolis-St. Paul
Milwaukee
Chicago
Grand Rapids
Detroit
Toledo
Hammond
Indianapolis
Dayton
Columbus
Cincinnati
1900
Louisville
Memphis
Nashville
Knoxville
Atlanta
Birmingham
Greenville
Jacksonville
Orlando
Tampa
Miami
Charlotte
Winston-Salem
Raleigh
Greensboro
Richmond
Norfolk
Washington
Pittsburgh
Cleveland
Youngstown
Akron
Baltimore
Filadelfia
1790
Nueva York
Bethlehem
Harrisburg
Scranton
Buffalo
Rochester
Syracuse
Albany
Springfield
Providence
Hartford
Bridgeport
Boston
Principales aglomeraciones (en millones de habitantes)
Más de 10
Entre 5 y 10
Entre 2 y 5
Entre 1 y 2
Entre 0,5 y 1
Punto de equilibrio de la población en 1790, en 1900 y en 1990
Habitantes por km²
Más de 100
Entre 50 y 100
Entre 10 y 50
Entre 1 y 10
Menos de 1

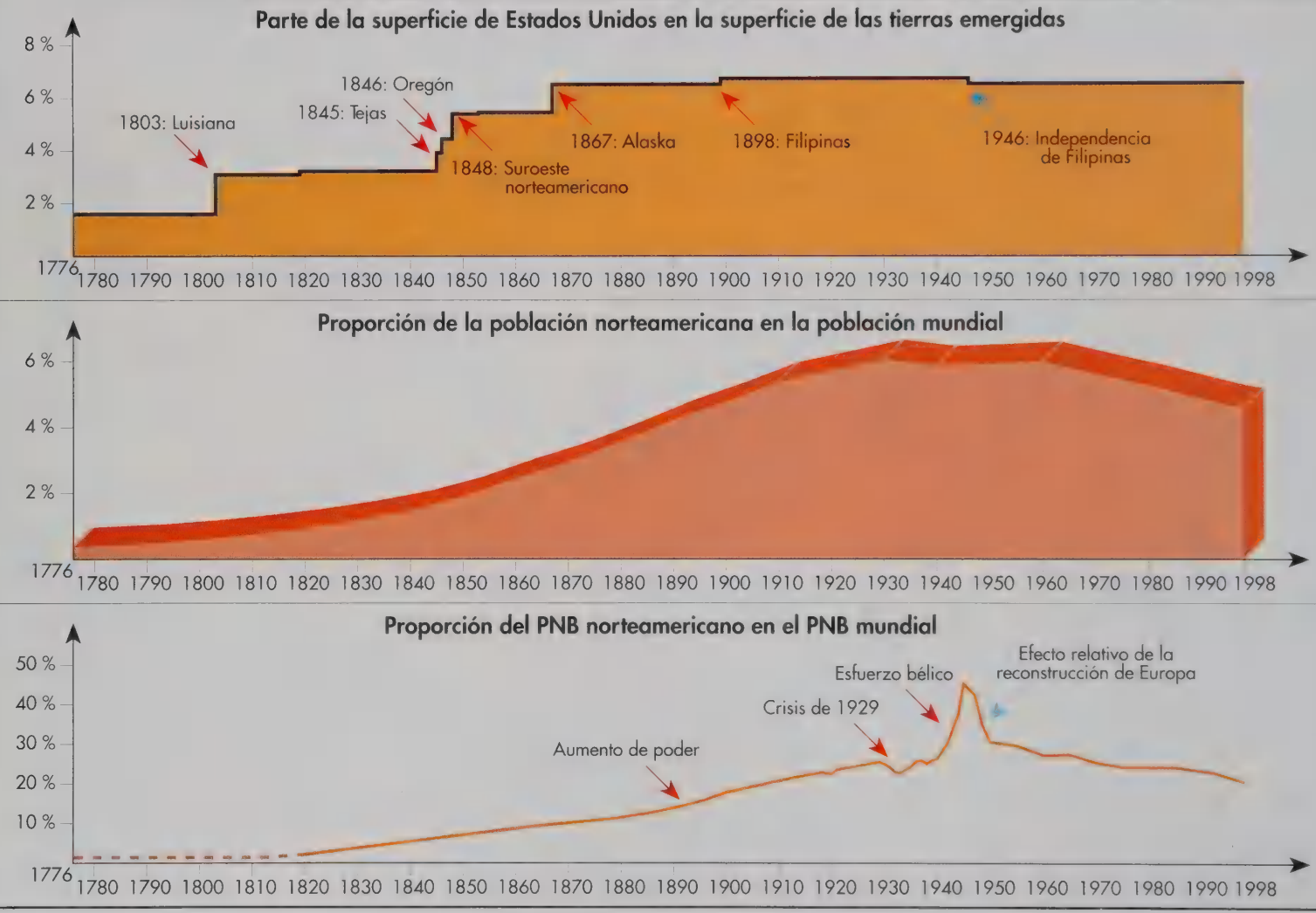

LOS CLIMAS
CANADÁ
Lago Superior
Lago Michigan
Lago Hurón
Lago Erie
Lago Ontario
NUEVA INGLATERRA
REGIÓN ATLÁNTICO CENTRAL
COSTA DEL PACÍFICO
Gran Lago Salado
ROCOSAS
MEDIO OESTE
SUR
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
TEJAS
MÉXICO
GOLFO DE MÉXICO
Tropical
Subtropical
De tipo mediterráneo
Oceánico
Montaña
Desértico
Continental seco (estepas)
Continental templado


LAS ACTIVIDADES AGRÍCOLAS
Cinturón de la leche y las aves
Cinturón del maíz y la soja
Cinturón del trigo
Antiguo cinturón del tabaco
Antiguo cinturón del algodón
MÉXICO
Las actividades agrícolas dominantes
Trigo de invierno y primavera (con cría de ganado bovino)
Cría de ganado lechero
Cultivo de tabaco
Cultivos tropicales
Policultura poco industrializada
Maíz con cría de ganado porcino
Cultivos de hortalizas y frutas
Cultivo de algodón
Cría extensiva de ganado (bovino y ovino)
Zona en gran medida sin cultivar


LOS RECURSOS ENERGÉTICOS Y MINEROS
CANADÁ
MÉXICO
Seattle
Great Falls
Anaconda
Duluth
Boston
Nueva York
Filadelfia
Detroit
Cleveland
Chicago
Pittsburgh
Indianapolis
Washington
Cincinnati
Denver
San Francisco
Kansas City
Saint Louis
Atlanta
Los Ángeles
San Diego
Dallas
El Paso
Houston
Nueva Orleans
Corpus Christi
Principales yacimientos de:
Cobre
Níquel
Cinc
Plata
Hierro
Uranio
Hidrocarburos
Principales zonas petrolíferas
Yacimientos de gas
Principales cuencas de carbón
Hulla
Lignito


LOS CENTROS INDUSTRIALES
CANADÁ
Farmacéutica
Química ligera
Automovilística
Metalúrgica
Aeronáutica
Industrias cerealísticas
Informática
Tratamiento de la carne
Química pesada
Seattle
Portland
Minneapolis
St. Paul
Milwaukee
Detroit
Buffalo
Rochester
Boston
Pittsburgh
Baltimore
Cleveland
Columbia
Chicago
Indianapolis
Cincinnati
Richmond
Raleigh
Salt Lake City
Denver
San Francisco
Silicon Valley
Los Ángeles
San Diego
Phoenix
Kansas City
St. Louis
Tulsa
Huntsville
Charleston
Atlanta
Birmingham
Dallas
El Paso
Austin
Houston
Nueva Orleans
Corpus Christi
MÉXICO
Zonas industriales
Cinturón manufacturero llamado también Rust Belt (núcleo industrial tradicional de Estados Unidos)
Zonas de industrias de la segunda (1930-1980) o de la tercera revolución industrial
Centros industriales de primera línea
Otros principales centros industriales
Ciudad símbolo de una determinada industria

EL PESO DE ESTADOS UNIDOS EN EL MUNDO



TELÓN DE FONDO

Nación joven, Estados Unidos se enorgullece de su historia. En sólo un siglo de existencia, logró situarse en el primer puesto mundial, que ha mantenido a lo largo de todo el siglo XX. De la aventura del *Mayflower* a la del espacio, de la guerra de Independencia a la del Golfo, la historia norteamericana ha engendrado toda una serie de mitos que siguen conformando las mentalidades y provocando las fracturas que han forjado el paisaje político del país.

LOS ORÍGENES DE LA NACIÓN AMERICANA

El descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492 desencadenó un vasto movimiento de conquista y colonización. Dos Estados lograron imponerse en la parte septentrional del Nuevo Mundo: Francia hacia la primera mitad del siglo XVI, Inglaterra después. Los colonos descubrieron sociedades indígenas que, aunque técnicamente menos evolucionadas que las europeas, habían sabido sacar partido de los recursos de su entorno con útiles tan sencillos como canoas, trineos o raquetas para la nieve. Los primeros colonos lograron adaptarse a las difíciles condiciones de vida en el continente.

Pocos franceses se sintieron tentados por la aventura norteamericana. Por el contrario, los territorios dominados por los ingleses se convirtieron rápidamente en colonias bastante pobladas, gracias sobre todo a los individuos perseguidos en Europa por sus convicciones religiosas y a los inmigrantes que confiaban en mejorar sus condiciones materiales de vida, o incluso en hacer fortuna, en América. La diversidad de los colonos no impidió la formación en las trece primeras colonias inglesas de una sociedad diferente a la de la metrópoli. A todo lo largo del siglo XVIII la primacía de los intereses económicos de la metrópoli sobre los del Nuevo Mundo alimentó el resentimiento de los colonos e hizo progresar la idea de que constituían un pueblo diferente, destinado a tomar el control de su propio destino.

Las sociedades indias

Se calcula que, cuando llegaron los europeos, el número de indios que vivían al norte de México oscilaba entre 1,3 y 1,4 millones, de los cuales más de un millón estaban instalados en el territorio actual de Estados Unidos. Los indios habrían venido de Asia unos 30.000 años antes atravesando el estrecho de Bering, en aquel tiempo totalmente helado. Determinadas hipótesis remontan esas primeras incursiones humanas a 70.000 años antes. Sólo algunas tribus, los navajos, los siux, los hurones y los iroqueses, superaban los 80.000 individuos, mientras que otras no comprendían más que unos cuantos centenares.

Los indios que vivían al norte del río Grande no habían llegado a crear civilizaciones comparables en su complejidad a las de América Central o el suroeste de Estados Unidos. Los primeros colonos comentaron extensamente lo que consideraban atrasos de las sociedades indias: no conocían la rueda, la metalurgia, las velas ni la escritura, sólo habían domesticado dos especies de animales, el perro y el pavo, y su noción del tiempo no iba más allá de los conceptos de día y noche. La mayoría de los pueblos de la costa noreste, sobre todo los hurones y los iroqueses, eran semisedentarios: se desplazaban más o menos cada diez años, una vez agotadas las tierras. Sin embargo, sus movimientos migratorios, por lo general de carácter circular, les hacían volver al cabo de tres o cuatro generaciones a los mismos territorios. El maíz y, para determinadas tribus que vivían en zonas pantanosas, el arroz silvestre, constituían la base de su alimentación. Aparte de la agricultura, los indios vivían de la caza y de la pesca, pero debían hacer frente, sobre todo en invierno, a periodos de escasez, incluso de hambruna. La alimentación de los indios era globalmente insuficiente y muy escasa en vitaminas. La mortalidad, sobre todo la infantil, era muy elevada. El destete tardío de los niños de pecho, que rara vez se producía antes de los dos años de edad, iba acompañado de tasas de fecundidad relativamente bajas (de tres a cuatro hijos por mujer).

La historiografía ha transmitido desde hace mucho tiempo la idea de que entre los indios reinaba de manera casi permanente el estado de guerra. A pesar de ser poco numerosos y habitar un territorio extenso, las diferentes tribus indias entraban frecuentemente en conflicto con sus vecinos para asegurarse el control de las zonas de caza y pesca, sobre todo en las grandes llanuras, en las que predominaba el nomadismo. No obstante, la mayoría de los enfrentamientos se resolvían gracias a un proceso de diplomacia sumamente sofisticado en el que los consejos de ancianos o la ceremonia del *calumet*, la pipa de la paz, desempeñaban un papel crucial. Los conflictos se hicieron más cruentos con la llegada de los europeos, que intro-

LAS PRINCIPALES NACIONES INDIAS ANTES DE LA COLONIZACIÓN
NOOTKA
CHINOOK
COEURS D'ALÈNE
FLATHEAD (SALISH)
NEZ PERCÉ
BANNOCK
SHOSHONE
KLAMATH MODOC
UTE
SALINAN
ASSINIBOIN
SIKSIKA
CROW
MANDAN
DAKOTA SIUX
CHEYENES
KANSA
OMAHA
PAWNEE
IOWA
KIOWA
OSAGE
MISURI
WICHITA
COMANCHES
KICHAI
TONKAWA
ATAKAPA
COAHUILTEC
NAVAJOS
MOHAVES
HOPIS
ZUÑIS
YUMA
PUEBLOS
APACHE
PIMA
CHIPPEWA
MENOMINEE
SAUK
FOX
WINNEBAGO
POTAWATOMI
MIAMI
ILLINOIS
SHAWNEE
OTTAWA
HURONES
IROQUESES
ERIES
SUSQUEHANNA
PASSAMAQUODDY
ALGONQUINOS
MOHICANOS
ABANAKI
PANNACOOK
WAMPANOAG
MASSACHUSET
NARRAGANSET
PEQUOT
DELAWARES
POWHATAN
TUSCARORA
CATAWBA
CHEROKEES
CHIKASAW
CREEK
CHOCTAW
NATCHEZ
BILOXI
UTINA
SEMINOLAS
Zonas culturales
De llanuras y praderas
De bosques
Rocosa y californiana
De zonas áridas
Centroamericana
Oceánica
Subártica

LA COMPAÑÍA DE VIRGINIA

La iniciativa que habría de convertirse en el primer asentamiento inglés permanente en América del Norte fue obra de un grupo de hombres de negocios y comerciantes que en 1606 se asociaron para constituir la Compañía de Virginia, a la que el rey Jacobo I había otorgado una carta de concesión. Se dedicaron a transportar e instalar colonos en América del Norte a cambio del producto de su trabajo durante un plazo de siete años.

La primera flota que salió de Londres, el 20 de diciembre de 1606, estaba integrado por tres naves, la *Susane Constant*, la *Godspeed* y la *Discovery*, y transportaba un total de 144 hombres. Cuando llegaron a las costas de Virginia el 26 de abril de 1607, no quedaban más que 104 sobrevivientes, que fundaron la colonia de Jamestown.

En los primeros años las condiciones de vida de los colonos, en su mayor parte caballeros poco habituados al trabajo duro y que esperaban hacer fortuna rápidamente, fueron extremadamente penosas: debieron enfrentarse a las enfermedades y al hambre y, al cabo de un solo año, no quedaban más que 53 personas. La ayuda de los indios, que descubrieron a los colonos el cultivo del maíz y del tabaco, y la figura del capitán John Smith, que instauró una estricta disciplina, permitieron a la colonia sobrevivir. Aunque no obtuvo ningún beneficio de esta experiencia, la Compañía de Virginia siguió enviando regularmente barcos de colonos, en su mayor parte campesinos expulsados de sus tierras por los cambios en la agricultura inglesa. Por otro lado, y con el fin de conseguir voluntarios, la compañía concede a partir de 1618 un territorio de 50 acres (aproximadamente 20 hectáreas) a todos los pasajeros que pagasen su travesía.

Entre 1606 y 1624 los barcos de la compañía aseguraron el transporte hasta América del Norte de más de 6.000 personas, pero en 1624 la población de la colonia no superaba los 1.300 individuos debido a las dificultades de adaptación de los recién llegados. Las relaciones entre los indios y los colonos se habían deteriorado y, en 1622, Jamestown fue destruida por los algonquinos de la confederación de Powhatan. Dos años después, la compañía fue disuelta por el rey Jacobo I y Virginia se convirtió en colonia real.

dujeron en el continente el uso de las armas de fuego. Los contrabandistas vendían armas a los indios, a pesar de que los puritanos ingleses habían prohibido este comercio en sus colonias. Las tribus en contacto con los asentamientos europeos deseaban reservarse para sí el comercio de las pieles con los colonos y se encontraban en estado de perpetua competencia. Los europeos fomentaron por su parte las rivalidades entre las tribus con distintas alianzas más o menos estables, sobre todo entre franceses y hurones e ingleses e iroqueses.

Los franceses fueron más lejos que los ingleses en sus contactos con los indios. Por necesidad, pues los indios eran magníficos ayudantes para la exploración de los bosques, pero también por simple curiosidad. La mayor parte de los primeros escritos sobre los pobladores autóctonos de América del Norte son obra de exploradores franceses. Numerosos tramperos de origen francés se instalaron entre los indios, llegando incluso a casarse con mujeres indias. Por la misma razón, el esfuerzo misionero desplegado por los franceses no tuvo comparación con el de los ingleses, con la única excepción del celo que mostraban algunas comunidades puritanas. La actitud de los ingleses en relación con los indios fue de hecho radicalmente distinta a la de los franceses; la colonización inglesa fue una colonización de asentamiento, que hacía necesario el control de territorios cada vez más y más extensos a costa de la expulsión o exterminio de los pueblos indígenas. Sin embargo, los franceses desempeñaron también su papel en el exterminio de los indios y fueron, por ejemplo, los causantes de la masacre del clan iroqués de los «renards» entre 1729 y 1734.

El contacto con los europeos provocó un debilitamiento de las sociedades indias a causa de las guerras, las enfermedades introducidas por los colonos: viruela, rubéola, varicela, cólera, peste, contra las que los indios carecían de cualquier inmunidad, y del alcohol, que el metabolismo de los indios era incapaz de asimilar. A finales del siglo XVIII, los indios habían sido exterminados, «pacificados» o expulsados hacia el oeste, más allá de los Apalaches. Allí no representaban ya ninguna amenaza para los habitantes de las trece colonias.

La formación de las trece colonias

Los ingleses emprendieron tardíamente la exploración del continente. En el siglo XV las primeras potencias que pusieron pie en América fueron España y Portugal, seguidas desde comienzos del siglo XVI por Francia (el primer viaje de Jacques Cartier fue en 1534). Las primeras expediciones inglesas a América del Norte están fechadas hacia finales del siglo XVI: Martin Frobisher descubre la bahía de Baffin en 1576, Sir Humphrey Gilbert declara inglesa a Terranova en 1583, mientras que su hermanastro, Sir Walter Raleigh, explora en 1584 el sur de la bahía de Chesapeake y da a la región el nombre de Virginia en homenaje a la reina Isabel I, conocida como la reina Virgen.

La primera colonia inglesa en América del

LA AVENTURA DEL *MAYFLOWER*

En el siglo XVI convivían en las islas Británicas numerosos grupos de inspiración protestante, pero la tolerancia no parecía ser el punto fuerte de los soberanos ingleses. A fin de escapar de la tutela anglicana, un grupo de puritanos disidentes, los Peregrinos, abandonó Inglaterra en 1609 para refugiarse en las provincias unidas de los Países Bajos, uno de los raros espacios de tolerancia religiosa en Europa. De confesión congregacionista, originarios de Nottinghamshire, pretendían sin embargo desprenderse de su particularismo en un país en el que coexistiesen numerosos grupos religiosos. Tomaron contacto con la Compañía de Virginia y, el 16 de diciembre de 1620, 131 personas, entre ellas 31 niños pequeños, embarcaron en Plymouth a bordo del *Mayflower*, rumbo a Virginia. Al cabo de 65 días de travesía, la nave llegó a las costas del norte de Nueva Inglaterra, pero los peregrinos, puede que deseosos de evitar la tutela de la Compañía, decidieron desembarcar en el cabo Cod. Antes de fundar la colonia de Plymouth, adoptaron un acuerdo político, el *Mayflower Compact*, que fijaba las reglas de la comunidad que se proponían crear. Este acuerdo es considerado como uno de los pilares de la democracia norteamericana.

Las condiciones de vida eran difíciles: tras el primer invierno, más de la mitad de los peregrinos habían perecido y, en 1624, sólo quedaban 24. Los recién llegados no estaban preparados para hacer frente a las rigurosas condiciones climáticas de Nueva Inglaterra. Movidos por su fe, los peregrinos consiguieron sin embargo superar las dificultades con las que se tropezaron. Se beneficiaron igualmente de la ayuda de los indios de la tribu de los Pokanokets, que les alimentaban durante el invierno. A todo lo largo del siglo XVII los recién llegados fueron haciendo crecer la colonia: en 1660, Plymouth contaba ya con más de 2.000 habitantes. El ideal de los peregrinos, la construcción del reino de Dios sobre la tierra, fue uno de los elementos fundadores de la identidad norteamericana. Incluso hoy en día, una de las fiestas más importantes de Estados Unidos, el Día de Acción de Gracias, conmemora, el cuarto jueves de noviembre, el agradecimiento de los peregrinos a Dios por sus primeras cosechas, pero también a los indios, que les ayudaron en sus comienzos y participaron en la primera celebración.

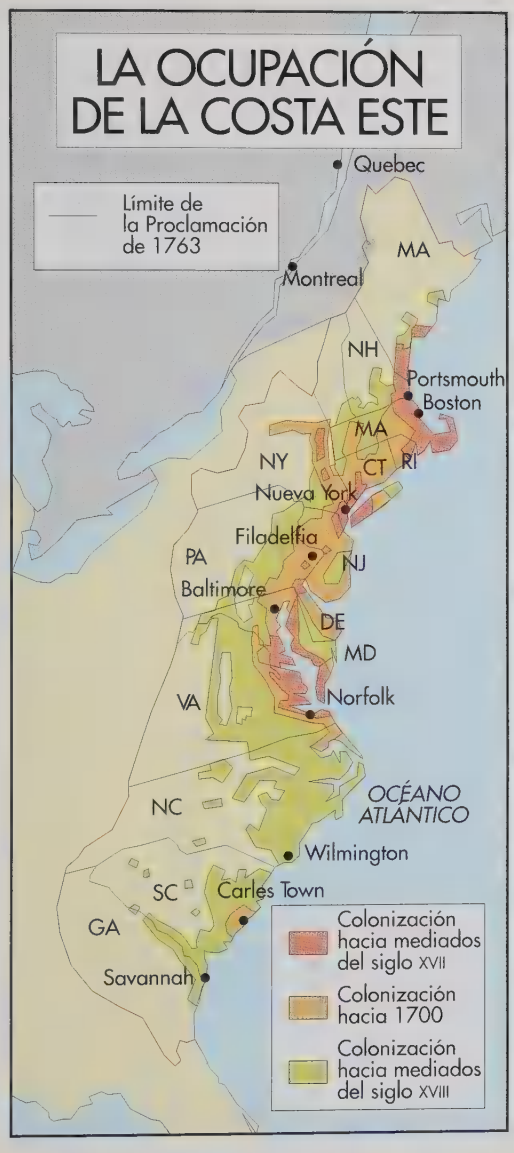
Norte, la de la isla de Roanoke, fundada al sur de Virginia en 1587, fue un fracaso. El cabecilla de los colonos, John White, realizó un viaje a Inglaterra y a su regreso, en 1590, todos los miembros de la colonia habían desaparecido. Ese fracaso no desanimó sin embargo las vocaciones coloniales y, en 1607, por iniciativa de la Compañía de Virginia se fundó un asentamiento en Jamestown. En 1620 un grupo compuesto por aproximadamente una centena de puritanos, los llamados *Padres Peregrinos*, fundaron Plymouth, en el actual estado de Massachusetts. El factor religioso motivó la constitución de otros asentamientos (Dover, Boston, Naumkeag, convertido posteriormente en Salem) y, en 1640, 10.000 personas estaban ya instaladas en Nueva Inglaterra. Otros territorios fueron colonizados, también por los ingleses, bajo la forma de concesiones otorgadas por el rey a un determinado señor: Maryland, fundada en 1632 por Lord Baltimore, que la había concebido como tierra de acogida para los católicos perseguidos en Inglaterra; Carolina, colonizada a partir de 1663, y Pensilvania, creada en 1681 por el cuáquero William Penn.

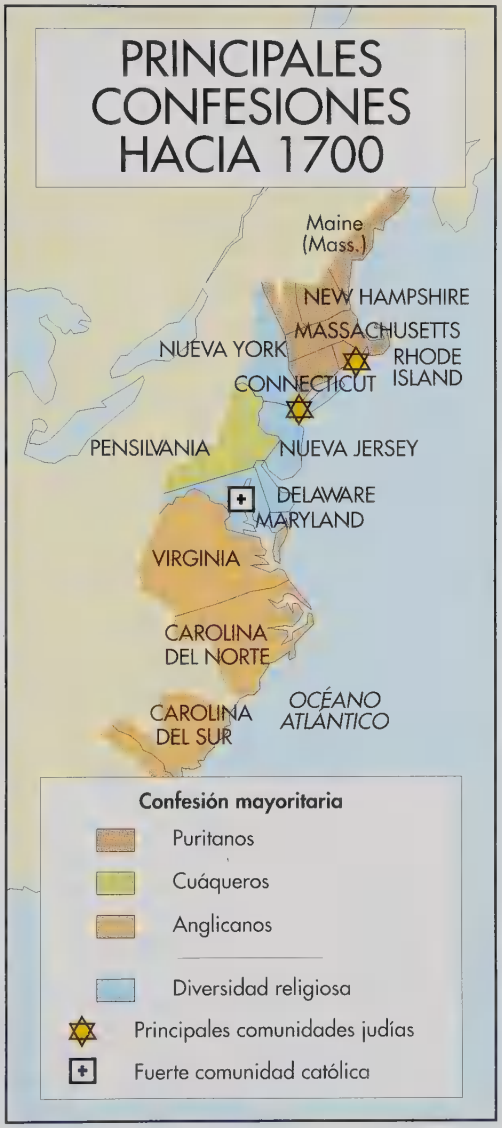
En la misma época los holandeses fundaron Ford Orange (actualmente Albany) y Nueva Amsterdam, en la isla de Manhattan, comprada a los indios algonquinos en 1626 por Peter Minuir, de la Compañía Holandesa de la Indias Occidentales; los suecos se asentaron en los actuales estados de Delaware y Nueva Jersey. En 1655 los holandeses absorbieron Nueva Suecia, pero sus posesiones fueron conquistadas por los ingleses en 1674 y se convirtieron en propiedad del duque de York, hermano del rey Carlos II, y Nueva Amsterdam fue rebautizada como Nueva York. Más allá, los ingleses poseían un conjunto continuo de colonias que se extendió hacia el sur en 1732 con la fundación de Georgia por James Oglethorpe, general filántropo que deseaba crear un refugio destinado a los prisioneros por deudas, cuya suerte en las prisiones inglesas le había conmovido profundamente. La nueva colonia permitió, por otro lado, consolidar la presencia inglesa frente a los franceses, instalados en Luisiana, y a los españoles, presentes en Florida.

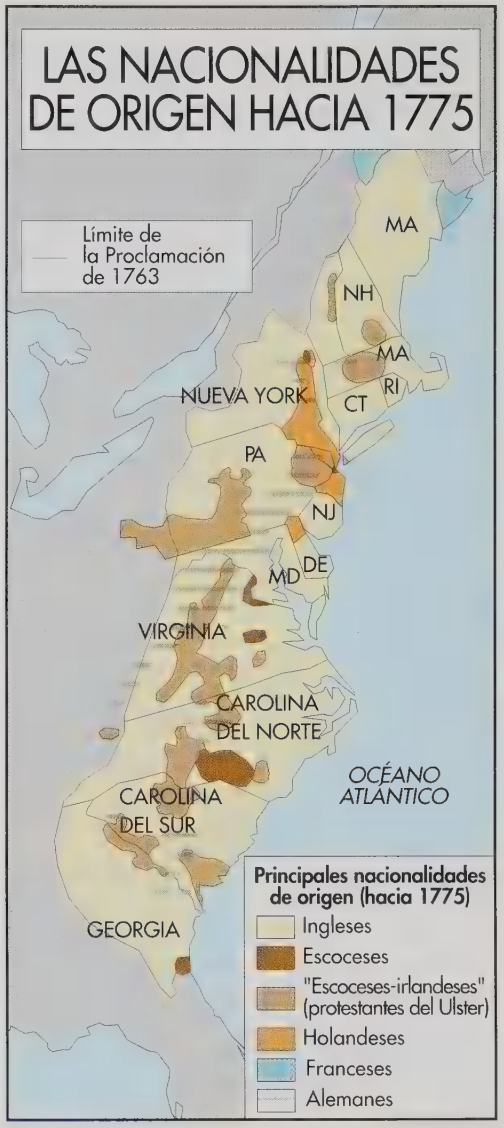
La sociedad colonial

En 1670 las colonias inglesas de América del Norte agrupaban a unas 85.000 personas; un siglo después, en vísperas de la independencia de Estados Unidos, los colonos ascendían a más de dos millones. Este vertiginoso ascenso demográfico fue a la vez resultado de la inmigración y del crecimiento natural: la tasa de natalidad oscilaba entre el 40 y el 50 %, en comparación con el 30-40 % de Europa, y lo habitual eran las familias con diez o doce hijos. Durante el siglo XVIII la tasa de mortalidad era también menos elevada en las colonias inglesas que en el Viejo Continente; una vez dominado su hábitat, los colonos disponían de recursos alimentarios y de leña para calentarse en mayores cantidades que los europeos. Los ingleses, y después los británicos en general, representaron el grupo esencial de los recién llegados. Hacia finales del siglo XVIII, de cada diez inmigrantes, nueve eran ingleses y, en 1790, fecha del primer censo, el 61 % de la población de la joven nación era de origen inglés, el 10 % irlandés, el 8 % escocés y el 9 % de origen alemán, mientras que el resto estaba compuesto por escandinavos, holandeses y franceses. Pero, como el viaje resultaba muy caro, muchos de ellos eran sirvientes bajo contrato (*indentured servants*), obligados a trabajar un determinado número de años para el hacendado que les había pagado la travesía atlántica. A este cuadro hay que añadir los inmigrantes «forzosos», los esclavos negros. Los primeros llegaron a Jamestown en 1619. Se calcula en 520.000 el número de esclavos trasladados a territorio de Estados Unidos, sobre todo desde el golfo de Guinea, desde principios del siglo XVII a comienzos del XIX.

La rapidez con que se poblaron las colonias inglesas y la llegada de inmigrantes de nacionalidades y confesiones religiosas distintas permitieron la formación de una sociedad más tolerante que la europea. Una tolerancia que, sin embargo, conviene matizar según las regiones: las comunidades de Nueva Inglaterra se mostraban más reacias a acoger a extranjeros de ideas y convicciones distintas a las suyas, y determinadas confesiones religiosas, como el catolicismo y el judaísmo, fueron víctimas del rechazo en todas partes. También fue la sociedad colonial desde su origen más fluida que la europea, y los movimientos de ascenso social eran más frecuentes. No era nada raro que, una vez finalizado su contrato, un sirviente se instalara por su cuenta y se convirtiera en hacendado al frente de una plantación propia. El trabajo estaba considerado la clave de cual-


LA OCUPACIÓN DE LA COSTA ESTE
Límite de la Proclamación de 1763
Quebec
Montreal
MA
NH
Portsmouth
Boston
MA
NY
CT
RI
Nueva York
Filadelfia
PA
NJ
Baltimore
DE
MD
VA
Norfolk
NC
OCÉANO ATLANTICO
Wilmington
SC
Carles Town
GA
Savannah
Colonización hacia mediados del siglo XVII
Colonización hacia 1700
Colonización hacia mediados del siglo XVIII


PRINCIPALES CONFESIONES HACIA 1700
Maine (Mass.)
NEW HAMPSHIRE
MASSACHUSETTS
NUEVA YORK
RHODE ISLAND
CONNECTICUT
PENSILVANIA
NUEVA JERSEY
DELAWARE
MARYLAND
VIRGINIA
CAROLINA DEL NORTE
CAROLINA DEL SUR
OCÉANO ATLANTICO
Confesión mayoritaria
Puritanos
Cuáqueros
Anglicanos
Diversidad religiosa
Principales comunidades judías
Fuerte comunidad católica


LAS NACIONALIDADES DE ORIGEN HACIA 1775
Límite de la Proclamación de 1763
MA
NH
MA
RI
NUEVA YORK
CT
PA
NJ
DE
MD
VIRGINIA
CAROLINA DEL NORTE
OCÉANO ATLANTICO
CAROLINA DEL SUR
GEORGIA
Principales nacionalidades de origen (hacia 1775)
Ingleses
Escoceses
"Escoceses-irlandeses" (protestantes del Ulster)
Holandeses
Franceses
Alemanes

quier modalidad de ascenso social, cualquier individuo, con la única excepción de los esclavos, podía llegar a alcanzar una situación con la que jamás hubiese soñado en Europa.

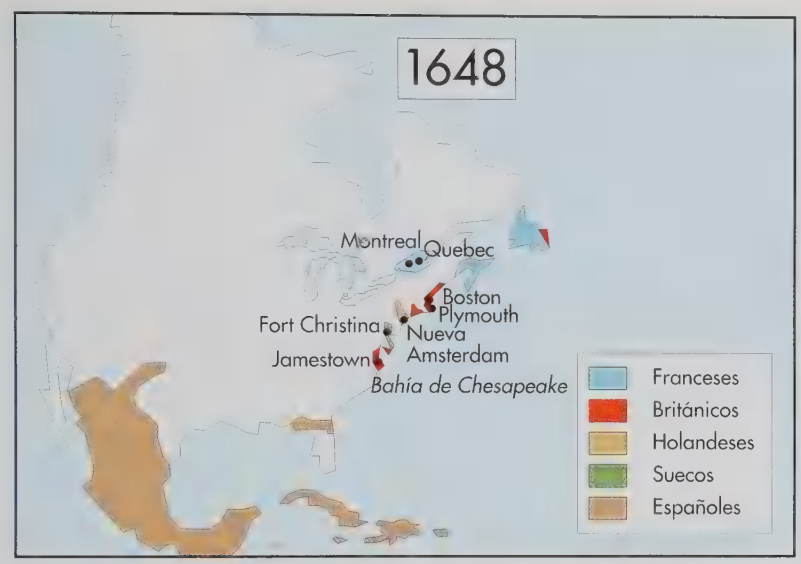
En el siglo XVIII las trece colonias podían dividirse ya en tres grandes grupos. Nueva Inglaterra, bastión de los puritanos, comprendía cuatro colonias: Massachusetts, Connecticut, New Hampshire y Rhode Island. Los colonos, con un forma de vida basada en la moral religiosa, vivían de la cría de ganado (vacas, ovejas, cerdos), el cultivo de cereales (maíz, trigo, centeno), la pesca y los menos de una incipiente industria (plantas azucareras, conserveras, madereras). Boston, fundada en 1630, era el principal centro urbano de este conjunto con 20.000 habitantes en 1750. En el otro extremo del territorio, cinco colonias, Virginia, Maryland, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, vivían de acuerdo con un modo de organización radicalmente distinto. El clima subtropical favorecía en estas regiones, menos urbanas que las restantes colonias (la principal ciudad de la región, Charleston, no contaba con más de 10.000 habitantes), la creación y desarrollo de enormes plantaciones trabajadas por esclavos. Los principales productos de estas plantaciones eran el tabaco y el arroz, que no fueron sustituidos por el algodón hasta comienzos del siglo XIX. La sociedad estaba dominada por los dueños de las plantaciones, que representaban con respecto a los demás una auténtica aristocracia. Este segundo conjunto estaba separado de Nueva Inglaterra por un grupo de cuatro colonias —Nueva Jersey, Nueva York, Delaware y Pensilvania—, en el que la población era muy heterogénea: ingleses, alemanes, holandeses y suecos. La existencia de numerosas confesiones y sectas religiosas acentuaba todavía más esta diversidad. Aunque la mayor parte de los habitantes vivían de trabajar la tierra y de explotar los bosques, algunas ciudades se desarrollaron rápidamente; la primera Filadelfia, que hacia 1750 contaba ya con más de 50.000 habitantes.

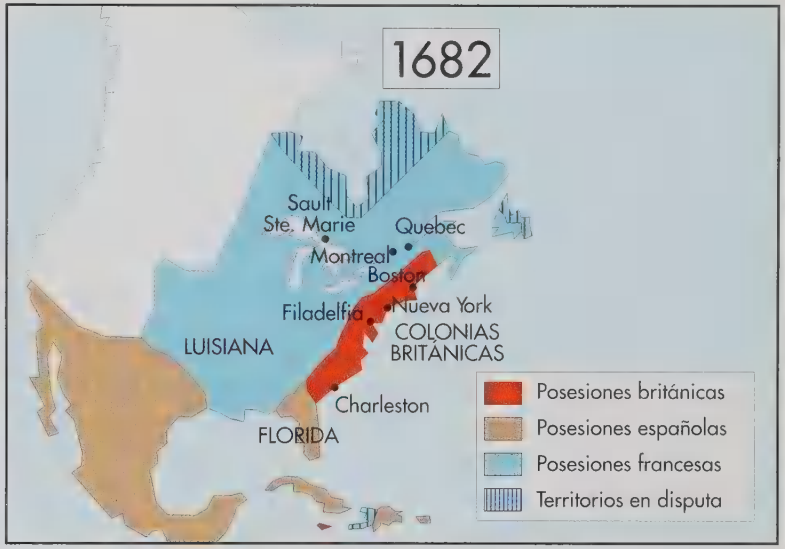
Las colonias y la metrópoli

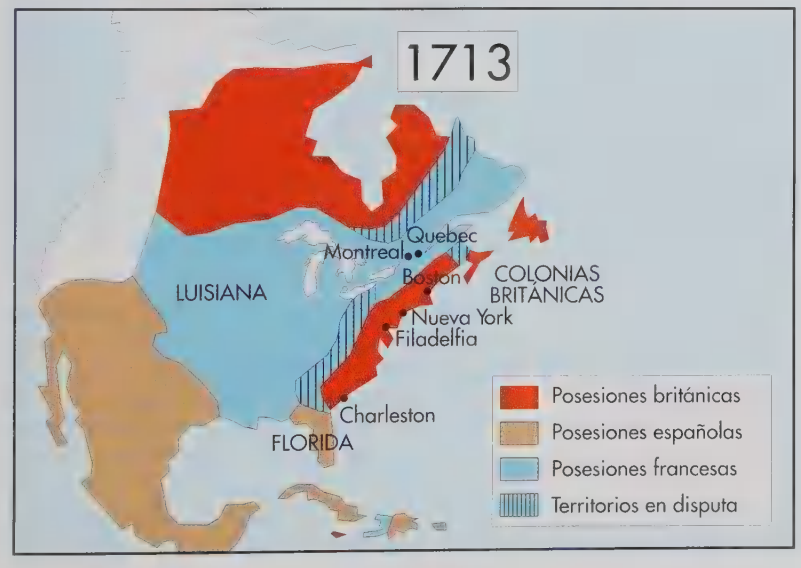
Diferentes en numerosos aspectos, las colonias inglesas de América del Norte compartían sin embargo una misma dependencia económica respecto a la metrópoli. En efecto, Inglaterra seguía siendo para numerosos productos el único cliente o el único proveedor de sus colonias. Las cantidades no consumidas sobre el terreno de determinados productos coloniales como el tabaco, el algodón, el arroz, el cobre o incluso las pieles debían ser obligatoriamente expedidas a la metrópoli, en tanto que las colonias no podían procurarse determinados artículos o mercancías que no hubiesen pasado por un puerto británico. Inglaterra intentaba igualmente evitar que las colonias norteamericanas compitieran con sus incipientes industrias. Las colonias, por ejemplo, no tenían derecho a vender los productos de fundición y el hierro que producían, sólo podían transformarlos, lo que representaba un freno al desarrollo de su industria metalúrgica. Del mismo modo, y por presión de los sombreros ingleses, el gobierno británico había prohibido a los colonos fabricar gorros y sombreros a partir de las pieles de castores obtenidas en América.

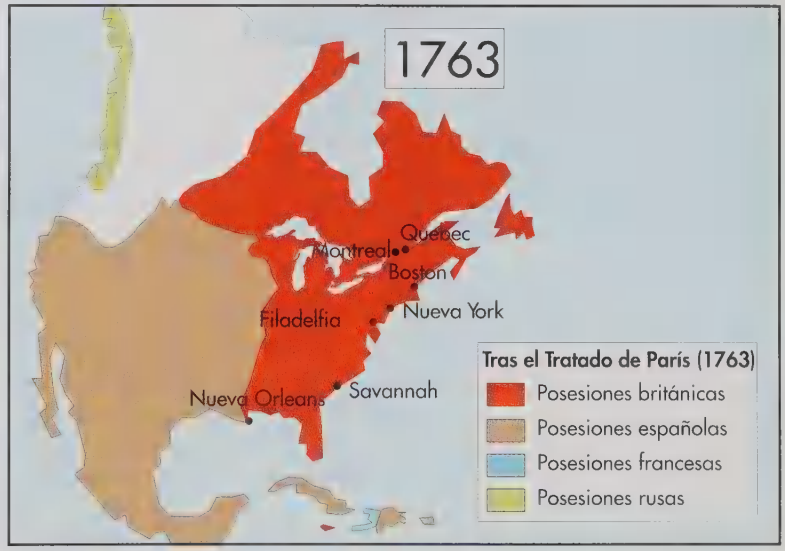
En materia política, las diferencias entre Inglaterra y sus colonias eran menores; éstas se beneficiaban de una relativa autonomía que, en la práctica, les conducía a aplicar un sistema de autogobierno. Es innegable que el gobernador de todas y cada una de las colonias era nombrado por el rey (salvo el de Connecticut, Rhode Island, Delaware, Maryland y Pensilvania) y disponía de prerrogativas importantes, sobre todo en materia de control de gastos y en el nombramiento de funcionarios. Pero, con la única excepción de Pensilvania, cada colonia contaba con dos asambleas, de las que una, la Cámara Baja, era elegida por sufragio censitario. Disponían de poderes nada desdeñables, ya que fijaban el presupuesto y adoptaban las leyes que se aplicaban en las colonias. La vida política local estaba pues animada por los colonos, que, sobre todo en las ciudades del noreste, manifestaban un vivo interés por las teorías liberales de John Locke.

La dicotomía entre la autonomía política de las colonias y las trabas impuestas por Londres a su desarrollo económico fue haciéndose cada vez más injusta a los ojos de numerosos colonos. La presión financiera de Gran Bretaña y también, paradójicamente, la extensión de las posiciones inglesas en América del Norte, a costa de numerosas guerras contra los franceses, contribuyeron a atizar estos sentimientos de rencor hacia la metrópoli. De hecho, una vez proclamada la paz con Francia en 1763, se le plantearon a


1648
Montreal
Quebec
Boston
Plymouth
Fort Christina
Nueva
Amsterdam
Jamestown
Bahía de Chesapeake
Franceses
Británicos
Holandeses
Suecos
Españoles


1682
Sault
Ste. Marie
Quebec
Montreal
Boston
Filadelfia
Nueva York
LUISIANA
COLONIAS
BRITÁNICAS
Charleston
FLORIDA
Posesiones británicas
Posesiones españolas
Posesiones francesas
Territorios en disputa


1713
Quebec
Montreal
Boston
COLONIAS
BRITÁNICAS
LUISIANA
Nueva York
Filadelfia
Charleston
FLORIDA
Posesiones británicas
Posesiones españolas
Posesiones francesas
Territorios en disputa


1763
Quebec
Montreal
Boston
Filadelfia
Nueva York
Nueva Orleans
Savannah
Tras el Tratado de París (1763)
Posesiones británicas
Posesiones españolas
Posesiones francesas
Posesiones rusas

LAS GUERRAS FRANCO-INGLESAS

El siglo XVIII fue testigo de la afirmación de la supremacía británica en América del Norte. En poco más de medio siglo Francia perdió la totalidad del territorio que controlaba en el continente. Un declive en varias etapas, pero todas pueden relacionarse con un determinado episodio de la rivalidad franco-inglesa en Europa. A comienzos de siglo, y aparte de numerosas islas dedicadas a la producción de azúcar, de la que extraía la parte fundamental de sus ingresos americanos, Francia poseía unos territorios inmensos, en parte inexplorados, y que abarcaban Canadá, el valle del Ohio y Luisiana, todo ello a pesar de la expansión de la colonización inglesa. Este territorio permanecía muy poco poblado: alrededor de 80.000 habitantes a mitad del siglo XVIII. La presencia francesa era patente sobre todo en la edificación de fuertes y destacamentos comerciales, utilizados como punto de descanso por los tramperos que recorrían los bosques en busca de pieles.

El tratado de Utrecht (1713), que puso fin a la guerra de Sucesión en España, representó la primera etapa del retroceso de la presencia francesa en América del Norte. Francia se vio obligada a ceder a Inglaterra Terranova y Acadia. Esta última región, rebautizada como Nueva Escocia, fue objeto entre 1750 y 1760 de una política inglesa de repoblación basada en la deportación de los habitantes franceses de Acadia, episodio conocido con el nombre del «gran desorden». Varios miles de habitantes de Acadia fueron a parar a Luisiana, donde dieron origen a la comunidad cajún. La región adquirió un centro administrativo con la fundación de Nueva Orleans en 1718.

Los franceses llevaban ya mucho tiempo levantando fuertes a lo largo del río Misisipí, una parte de cuyo curso fue explorada en 1674 por el aventurero Louis Joliet y el sacerdote Jacques Marquette. Varias expediciones francesas prosiguieron la exploración de la orilla occidental del Misisipí, sobre todo la de los hermanos Mallet, que llegaron hasta Santa Fe, por aquellos tiempos española.

A mediados del siglo XVIII estallaron las rivalidades entre franceses e ingleses en el valle del Ohio, donde la presencia francesa dificultaba el desarrollo de las actividades de los colonos de Virginia. En 1753 los habitantes de Virginia enviaron a George Washington, por entonces un joven de 22 años, para tratar con los franceses de Fort Duquesne, que se negaron a reunirse con él. Tras retornar con una milicia integrada por 150 hombres, Washington les dio la orden de disparar contra una misión diplomática francesa. Fue hecho prisionero y no tuvo más remedio que reconocer sus culpas. La expedición terminó con el fracaso de los habitantes de Virginia, que no pudieron beneficiarse del apoyo de las restantes colonias.

Las primeras tentativas de cooperación entre colonias inglesas se revelaron infructuosas y los colonos tuvieron que volver la vista a Londres, que, en 1755, envió a Norteamérica dos regimientos al mando del general Braddock. Guiados por George Washington, los soldados ingleses marcharon sobre Fort Duquesne, donde fueron derrotados por los franceses, aliados con las tribus indias del valle del Ohio.

Al año siguiente estalla la guerra de los Siete Años en Europa, que opuso a Francia, Austria y Suecia a Gran Bretaña y Prusia. En terreno norteamericano los franceses consiguieron las primeras victorias: el marqués de Montcalm consiguió tomar Fort Oswego, sobre el lago Ontario, y Fort William Henry, a la entrada del valle del Hudson. En 1758 la llegada de William Pitt a la cabeza del gobierno británico marca un punto de inflexión: Pitt decide conceder preferencia a la conquista del Canadá francés con el fin de permitir la expansión inglesa en América. En cinco años, envía a la otra orilla del Atlántico a más de 30.000 soldados, mientras que Francia no desplaza más que a unos pocos centenares. Los británicos consiguieron una serie ininterrumpida de victorias hasta el final de la guerra. Tomaron Fort Frontenac, Louisboug, una ciudadela situada en la isla de cabo Breton que dominaba la entrada del río San Lorenzo, y Fort Dusquesne en 1758; la isla de Guadalupe y la ciudad de Quebec en 1759; Montreal en 1760 y a isla de Martinica en 1761.

El 10 de febrero de 1763 el tratado de París consagra la pérdida de los territorios franceses en América del Norte. Francia debe abandonar Canadá en beneficio de Inglaterra (en 1764, y por la llamada ley de Quebec, los ingleses permitieron a los colonos francófonos conservar su idioma y su religión), la parte de Luisiana situada al este del río Misisipí, el valle del Ohio y las islas Dominica y San Vicente. Por otro lado, Francia cede a España, que en 1761 había entrado en la guerra poniéndose de su parte y había perdido como consecuencia de ello la península de Florida, la ciudad de Nueva Orleans y la parte occidental de Luisiana (que Napoléon recuperaría en 1800 antes de venderla a los norteamericanos tres años después). A partir de ese momento Francia sólo conserva las islas de Saint-Pierre-et-Miquelon en la costa de Terranova, la parte oriental de la isla de Santo Domingo y las islas de Guadalupe y Martinica.

Inglaterra dos cuestiones fundamentales: ¿cómo restablecer el equilibrio de las finanzas públicas desbaratadas por la guerra? ¿Y qué hacer con los nuevos territorios americanos conquistados a Francia? Las respuestas dadas por el gobierno británico provocaron un profundo descontento entre los colonos americanos. De hecho, las colonias fueron invitadas a participar en la fijación del presupuesto, pero a cambio de la imposición de nuevos impuestos, y el 7 de octubre de 1763 el rey Jorge III firmó una proclama que establecía al oeste de los Apalaches un territorio indio prohibido a los colonizadores. Esta medida tuvo lugar el mismo año de la revuelta de los indios de la región de los Grandes Lagos, encabezada por el jefe de la tribu de los Ottawa, Pontiac, que había sido aliado de los franceses. La ley se justificó por los «fraudes y abusos cometidos en la compra de territorios a los indios», pero los colonos expresaron su sospecha de que las autoridades habían favorecido a los comerciantes ingleses de pieles prohibiendo la explotación agrícola de los nuevos territorios. En 1763 la confianza entre la metrópoli y las trece colonias se encontraba gravemente quebrantada.

LA ERA DE LA INDEPENDENCIA

En febrero de 1763 el tratado de París puso fin a la guerra de los Siete Años y supuso para Francia la pérdida de su imperio colonial en América del Norte en beneficio de Gran Bretaña. Para los habitantes de las trece colonias inglesas implantadas a lo largo de la costa atlántica la ratificación del tratado abrió nuevas perspectivas de expansión territorial y económica. La victoria sobre Francia aceleró la secesión de los colonos: sus intereses entran rápidamente en conflicto con los del gobierno de Jorge III en el continente y la tutela británica se les antoja cada vez más arbitraria.

Las premisas de una ruptura

En 1763 la presencia de franceses y sus aliados indios en la frontera de las colonias británicas había representado un peligro constante y un freno para el desarrollo territorial de los ingleses. Descartada esa amenaza, los colonos empiezan a aceptar con cada vez mayor dificultad la presencia de un fuerte contingente de tropas británicas en América del Norte. Por otro lado, en una situación financiera delicada, la Corona británica intentó hacer que sus colonias americanas sufragaran una parte de los gastos ocasionados por el conflicto y el mantenimiento de sus guarniciones. A partir de 1763, había decidido igualmente impedir la colonización de los territorios situados al oeste de los montes Apalaches con el fin de apaciguar a los indios, ya que la frontera de las colonias se había visto sometida a una dura prueba por la revuelta de las tribus federadas bajo las órdenes del gran jefe Pontiac

Inglaterra mantenía con sus posesiones unas relaciones muy rígidas, de tipo estrictamente colonial. La metrópoli deseaba que sus colonias participasen en los gastos del imperio, pero, al mismo tiempo, pretendía canalizar en su solo beneficio todas sus riquezas. Los comerciantes de Nueva Inglaterra reclamaban la liberalización de las actividades comerciales. Algunos recurrieron al contrabando para burlar las restricciones aduaneras que bloqueaban el desarrollo de sus actividades. Así, la importación fraudulenta de té holandés o de azúcar de las Antillas francesas lograba evitar el control de Inglaterra y enriquecía de manera considerable a los comerciantes norteamericanos.

El sentimiento de hostilidad hacia la metrópoli no era sin embargo unánimemente compartido en el seno de la comunidad de colonos norteamericanos. En ella se oponían dos conceptos heredados de la revolución inglesa del siglo XVII. El primero propugnaba la participación americana en el sistema colonial y una obediencia incondicional al rey Jorge III. De estos partidarios del rey, dispuestos a aceptar en todo momento las exigencias de su autoridad, se desmarcaban los partidarios de una política más liberal y democrática, que exigían una mayor autonomía de los gobiernos locales, basándose en principios, heredados de la Ilustración, tales como la representación popular, el contrato social entre gobernantes y gobernados y la defensa de los derechos individuales. Sin embargo, los cabecillas de esta facción pertenecían en buena parte a la aristocracia terrateniente y limitaban sus aspiraciones democráticas a una toma del poder en América por la élite de la que ellos habían surgido.

De hecho, la mayoría de los norteamericanos no se atrevían a romper todavía la tutela impuesta por la metrópoli, y mucho menos a asumir la perspectiva de tener que enfrentarse a ella. La cuestión dividía a las diferentes colonias, que descubrieron que eran rivales en sus reivindicaciones de las nuevas tierras del oeste y que no mantenían todas los mismos lazos de dependencia con Gran Bretaña. Algunas de ellas habían sido fundadas por los puritanos, que se proponían sobre todo sostener la autoridad real, como ocurría en Nueva Inglaterra. Pero, visto desde Londres, el imperio británico formaba un Estado con un único titular, y las colonias eran consideradas dominio privado del rey. Poco después de 1763 el Parlamento de Londres votó una primera serie de medidas fiscales que gravaban a la colonias. El descontento local iba en aumento. Estas decisiones supusieron una radicalización en las posturas de los colonos descontentos con la política colonial británica. En un primer momento se contentaron con reivindicar el derecho a discutir cualquier decisión de la metrópoli que implicase nuevos cargos a las colonias, de acuerdo con el principio de *no*

EL *TEA PARTY* DE BOSTON

El 10 de mayo de 1773 el Parlamento británico concedía a la Compañía Británica de las Indias Orientales, que había «agotado sus recursos en las Indias», el monopolio del comercio del té en las colonias americanas. Esta decisión suscitó la desaprobación de los comerciantes de Nueva Inglaterra, pues ese monopolio no sólo se oponía a la importación en régimen de contrabando del té holandés a la que se dedicaban muchos de ellos, sino que parecía presagiar también nuevas restricciones a sus actividades comerciales.

El 16 de diciembre de 1773 unos 50 ciudadanos de Boston disfrazados de indios subieron a bordo de tres barcos de la compañía anclados en el puerto de la ciudad y lanzaron al agua su cargamento de té. La acción de estos activistas, entre los que se encontraban miembros de la organización «Hijos de la Libertad», se benefició de la complicidad pasiva de las autoridades locales. Para el gobierno británico esta acción tuvo el carácter de auténtica afrenta, y replicó vigorosamente intentando mantener su autoridad: a modo de escarmiento se promulgaron cinco decretos que contemplaban el bloqueo del puerto de Boston y el fin de las libertades en Massachusetts.

En un momento en el que la mayoría de la población de una orilla y otra del Atlántico no estaba todavía preparada para un ruptura definitiva, la brutalidad de la reacción británica tuvo sobre los norteamericanos un efecto contrario al buscado. Contribuyó a que en las diferentes colonias se tomara conciencia de la existencia de una comunidad de intereses y de la necesidad de unirse con el fin de defender sus derechos frente a las pretensiones autoritarias de la metrópoli británica y del rey, perjudiciales para su autonomía.

Las otras colonias reaccionaron vivamente ante las sanciones impuestas a Massachusetts, que, junto con Virginia, se encontraba al borde de un movimiento de emancipación frente al imperio británico. De modo que este suceso, en algunos aspectos pintoresco, está hoy estrechamente asociado en el imaginario colectivo norteamericano al proceso que condujo a la independencia de Estados Unidos.

taxation without representation (no hay impuestos sin representación).

El *Sugar Act* de 1764 gravó con nuevos impuestos el floreciente comercio del azúcar y las melazas, medida muy mal recibida, sobre todo si tenemos en cuenta que se vio acompañada de una severa represión del contrabando. El *Stamp Act* de 1765 pretendía imponer a las colonias un canon que ya estaba en vigor en Inglaterra. Declaraba obligatoria la nueva transcripción por escrito de todo acto público o privado en un documento debidamente dotado de una estampilla de timbres del Estado que los contratantes debían adquirir previamente. Esta nueva forma de impuesto indirecto, que afectaba indistintamente a todas las clases sociales, suscitó el descontento popular entre los colonos, sentimiento compartido también por sus élites. Para manifestar su oposición, los delegados de nueve colonias redactaron en Nueva York una «declaración de los derechos y agravios de América» y decidieron boicotear los productos de la metrópoli. Se opusieron a la aplicación del derecho de timbre y situaron el debate en el terreno político, discutiendo la constitucionalidad de la votación por el Parlamento de Londres de impuestos que afectaban a América. Los colonos se apoyaron en leyes inglesas para negarse a pagar cualquier impuesto que no hubiera sido consentido por ellos mismos o por sus representantes, reunidos en el seno de las asambleas coloniales americanas. Aunque no plantearon todavía la cuestión de la independencia, se crearon organizaciones de activistas, como los llamados «Hijos de la Libertad», que incendiaron los depósitos de timbres. El gobierno inglés da marcha atrás por primera vez y suprime los nuevos impuestos en 1766.

Sin embargo, al año siguiente, el gobierno mostró su deseo de fijar derechos de entrada para mercancías como el té, el papel o el vidrio. Su decisión fe apoyada por un Parlamento resuelto a que no se discutiera su supremacía. Al cabo de una crisis de tres años, avivada por la asamblea colonial de Massachusetts, y de un boicot a los productos gravados, la Corona cedió de nuevo, manteniendo únicamente como cuestión de principio un pequeño impuesto sobre el té. Mientras tanto se había creado un partido patriótico y un grave incidente vino a complicar la situación. La instalación de oficinas de aduanas y el acantonamiento de un importante contingente de tropas en Boston, medidas mal aceptadas por la población local, provocaron una manifestación en marzo de 1770. Duramente reprimida por un ejército que disparó sobre la multitud, se saldó con cinco manifestantes muertos.

En 1773, la Compañía Británica de las Indias obtuvo el monopolio del comercio del té en Norteamérica, con grave perjuicio para los comerciantes de Nueva Inglaterra. La radicalización de las posturas de ambas partes favoreció el desarrollo de un proceso de insurrección. En septiembre de 1774 se reunió en Filadelfia un primer Congreso, que agrupaba a delegados de doce colonias, y tuvo como principales animadores a los representantes de Virginia y Massachusetts. En 1775 las organizaciones de patriotas rechazaron por dos veces a las tropas británicas enviadas para hacerse cargo de la entrega de sus armas, primero en Lexington y luego en Con-

cord (Massachusetts). Había estallado la guerra de Independencia.

La guerra de Independencia

En el plano político, el eje constituido por dos de las colonias más pobladas y activas, Virginia, colonia agraria del sur, y Massachusetts, colonia comercial del noreste, desempeñó un papel importante en el proceso que condujo a la revuelta de los norteamericanos. Tras las escaramuzas de Lexington y de Concord, el gobierno británico seguía intentando desactivar una situación explosiva. Pero el segundo Congreso continental, que en diciembre de 1775 reunió a los delegados de las colonias en Filadelfia, se mostró decidido a conseguir la emancipación de la metrópoli. Virginia fue el primer estado en proclamar su independencia. Se dotó de una Constitución, precedida por una declaración de derechos, y se constituyó en república (junio de 1776). Su ejemplo sirvió de modelo a las otras colonias. Con carácter de poder confederado, encargado de coordinar sus acciones, el Congreso continental de Filadelfia vota el 4 de julio de 1776 la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Iba precedida de un preámbulo, obra del virginiano Thomas Jefferson, que, empezando por la fórmula *We the people* (nosotros, el pueblo), sigue siendo una referencia básica para los defensores de las ideas liberales.

Al convertirse en la primera colonia en rechazar la autoridad de su metrópoli, los recién constituidos Estados Unidos habían realizado un acto verdaderamente revolucionario. Estado-nación, dotado de una carta magna, los *Articles of Confederation,* y de un gobierno fundado sobre un contrato social basado en el asentimiento general, la Unión ponía en práctica los principios de los filósofos ilustrados, en particular de Locke y Montesquieu.

En diciembre de 1775 el segundo Congreso de Filadelfia decidió la creación de un ejército continental. George Washington, diputado en el Congreso y antiguo jefe de la milicia de Virginia, fue elegido para encabezarlo. La mayor parte de sus fuerzas estaba compuesta por milicianos voluntarios mal adiestrados, poco disciplinados y deficientemente equipados. Enrolados por un breve periodo, la mayor parte de ellos eran granjeros dispuestos a desertar en cuanto las cosas se pusieran feas para reunirse con su familia. Las posibilidades de avituallamiento local no tardaron mucho en revelarse insuficientes para equipar a tropas hasta entonces acostumbradas a recibir todos sus aprovisionamientos militares por mar, de los ingleses. De ese modo, George Washington no tuvo más remedio que decidirse por la única posibilidad que le ofrecían sus débiles recursos: una guerra de ataques y retiradas. Debía enfrentarse a ejércitos profesionales, curtidos en los campos de batalla europeos y compuestos fundamentalmente por mercenarios alemanes. La indigencia de su ejército y la ausencia de una flota que oponer a la poderosa Royal Navy habían convencido a los insurgentes norteamericanos de la necesidad de encontrar un aliado para poder vencer a su antigua metrópoli. Sólo podían recurrir a su antiguo enemigo y principal rival marítimo, Francia, deseosa de revancha después de la derrota en la guerra de los Siete Años. Determinados miembros de los círculos ilus-

LA CONSTITUCIÓN DE 1787 Y LA DIVISIÓN DE PODERES

El poder ejecutivo está integrado por un presidente elegido para un periodo de cuatro años por una asamblea de delegados de los estados; en caso de fallecimiento será reemplazado por un vicepresidente. Jefe de un gobierno de secretarios (ministros), nombrados fuera del poder legislativo, dispone de importantes poderes. Responsable ante el pueblo, pero no ante el Congreso que no puede disolver, el presidente se encuentra al frente de la administración, la diplomacia y el ejército. Negocia los tratados, con la aprobación posterior del Senado, y promulga las leyes.

El poder legislativo federal está confiado al Congreso, dividido en dos cámaras. Este sistema bicameral fue concebido con el objetivo de atenuar las diferencias de peso político y población entre los trece estados originarios. El Senado agrupa los delegados de las legislaturas de los estados, dos por cada estado, con independencia de su extensión o importancia. Éstos son elegidos por periodos de seis años, pero un tercio del Senado se elige cada dos. La cámara de representantes, producto del voto de los ciudadanos, está integrada por diputados elegidos cada dos años, a razón de un representante por aproximadamente cada 400.000 habitantes. Con el fin de reducir el poder en la Cámara de los estados del sur, los esclavos negros, que no podían votar, se contabilizaban en una proporción de tres de cada cinco en el cálculo de la población de su estado de origen. Primero la Cámara y luego el Senado votan los proyectos de ley *(bills)* que, al ser firmados por el presidente, se convierten en *acts*. Al Congreso le corresponde igualmente la responsabilidad de fijar el presupuesto, votar los impuestos, la entrada de nuevos estados en la Unión y la aprobación de los tratados. En este último caso se necesita una mayoría de dos tercios en el Senado, por lo que su papel es muy importante en la política exterior de Estados Unidos. En caso de traición del presidente, el Senado se transforma en alto tribunal (procedimiento de *impeachment*).

El poder judicial cuenta con una instancia encargada de controlar al ejecutivo y al legislativo: el Tribunal Supremo, que está integrado por nueve jueces, nombrados por el presidente a propuesta del Congreso. Desempeña el papel de guardián de los derechos individuales y se encarga de interpretar la Constitución y arbitrar los litigios entre estados.

trados europeos como el francés La Fayette o el polaco Kosciuszki, partidarios de los valores que defendían los insurrectos norteamericanos, no tardaron mucho en unirse a sus tropas. Mientras que hábiles mediadores como Benjamin Franklin (1706-1790) trabajaban entre bastidores para sellar esta alianza, George Washington evitaba acciones de guerra mayores, infringiendo a los británicos pequeñas derrotas como la de Trenton (diciembre de 1776). En 1777 impidió la reunión de un ejército inglés salido de Nueva York con las tropas del general Burgoyne, venidas desde Canadá para atrapar en una pinza al ejército continental. Los ingleses de Burgoyne deciden finalmente rendirse después de la batalla de Saratoga (octubre de 1777). Como consecuencia de esta victoria, Francia, que mientras tanto se había asegurado la ayuda de España, decide participar directamente en el conflicto. George Washington debía todavía enfrentarse a un duro invierno en Valley Forge (Pensilvania) antes de reorganizar su ejército y recuperar Filadelfia en 1779. Reforzado por las tropas de Rochambeau, emprende una operación combinada con la escuadra naval francesa en la bahía de Chesapeake que consigue la decisiva rendición de las fuerzas inglesas de Lord Corwallis en Yorktown (octubre de 1781).

Tras Yorktown llegó una moratoria de dos años, sin enfrentamientos militares de importancia, hasta que la paz de París puso fin a las hostilidades. En noviembre de 1782, la firma de un tratado preliminar, contrario a los compromisos del Congreso y negociado a instancias de Francia por el norteamericano John Jay (1745-1829), suscita la indignación de los norteamericanos. A pesar de todo, un tratado de rango internacional fue ratificado en París en septiembre de 1783. Estados Unidos veía oficializada su independencia y reconocida su reivindicación de acceso a aguas internacionales. Su territorio, considerablemente aumentado, se extendía desde la frontera de Canadá, ahora inglés, por el norte, hasta las dos Floridas españolas por el sur, con el Misisipí como frontera occidental.

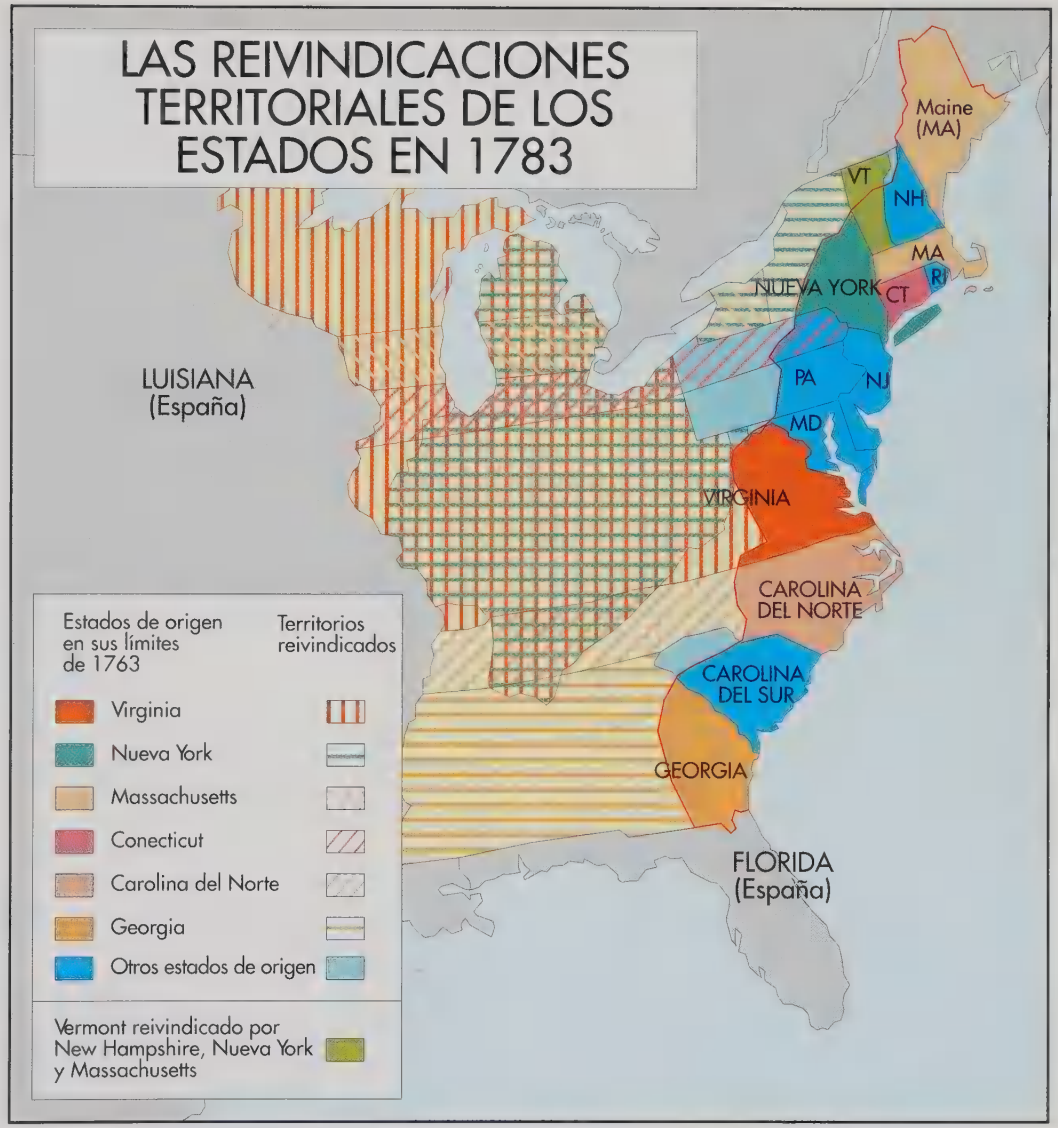
Los norteamericanos que permanecieron fieles a la Corona británica durante el conflicto fueron los grandes olvidados de esta paz. El partido «lealista», que representaba aproximadamente a un tercio de los colonos norteamericanos, sin contar con los numerosos indecisos, se había mostrado sin embargo muy activo durante la guerra en ciudades con fuerte presencia inglesa como Nueva York o Charleston. Grandes familias *tories*[1] como los De Lancey, los Murray o los Tarlenton lucharon para mantener las colonias británicas en el seno de Inglaterra con levas de tropas que combatieron junto a los ejércitos reales. Abandonados a su suerte cuando finalizó el conflicto, la mayoría de los partidarios del rey inglés emigraron a Canadá.

[1] Nombre que, incluso en la actualidad, reciben los miembros y simpatizantes del partido conservador en Inglaterra. *(N. del T.)*

La Constitución de 1787 y sus consecuencias políticas

Tras la guerra de Independencia, el sistema confederado, que fue la forma de gobierno adoptada por los insurgentes norteamericanos, no tardó en mostrar sus debilidades. Cada estado había cedido al Congreso continental un número limitado de atribuciones: declarar la guerra o la paz, acuñar moneda, dirigir la diplomacia, arbitrar los conflictos entre estados y marcar las pautas de las relaciones con los indios. La debilidad del ejecutivo y la obligación del voto por unanimidad, sostenidas por los defensores de la preeminencia de los estados frente al poder central, desencadenó una crisis política que llegó a amenazar la unidad e independencia recientemente conquistadas por el país. Todo eso se vio agravado por una crisis financiera provocada por la deuda de guerra y el abuso en la emisión de papel moneda sin la necesaria contrapartida en metálico.

El desbloqueo de la situación se produjo al margen del Congreso gracias a la propuesta de un círculo de patriotas llamados «federalistas», entre ellos A. Hamilton, J. Jay y J. Madison, de reunir una convención constituyente con el fin de dotar al nuevo país de instituciones fuertes. Integrada por 55 delegados, que representaban a todos los estados, con la única excepción de Rhode Island, que demoró su adhesión, se reunió en Filadelfia en mayo de 1787. Aunque George Washington fue elegido por unanimidad para dirigirla, esta asamblea se mantuvo dividida: los partidarios de un poder central



GEORGE WASHINGTON (1732-1799)

George Washington nació en Pope's Creek, en el condado de Westmoreland, en el seno de una familia acomodada de hacendados cuya presencia en el estado de Virginia se remontaba a 1658. Se quedó muy pronto huérfano de padre, y fue educado por su hermanastro Lawrence en su plantación de tabaco de Mount Vernon, a orillas del río Potomac. Deseoso de aprender cosas, pasaba horas encerrado en la biblioteca familiar y, a pesar de ser un estudiante más bien mediocre, conservó toda su vida una marcada afición por las matemáticas.

En 1748 pensaba ganarse la vida haciéndose agrimensor y cartógrafo en los confines montañosos de Virginia. En 1752, y tras obtener el título de oficial en la milicia de su estado natal, participa en operaciones militares contra la presencia francesa en el valle del río Ohio. Se distinguió a la cabeza de los milicianos de Virginia durante la guerra de los Siete Años (guerra contra los franceses y los indios de 1754-1759) y abandonó la carrera militar en 1759 con el grado de coronel.

Washington se consagra a partir de este momento a revalorizar la plantación de Mount Vernon que había heredado y contrae matrimonio con una rica viuda, Martha Curtis (1732-1802), que le aporta una considerable fortuna. Elegido para el Parlamento de Virginia de 1754 a 1774, se fue convirtiendo progresivamente en uno de los animadores destacados de la oposición local a la política colonial británica. Diputado por Virginia en el primer Congreso continental de 1774, se situó a la cabeza del ejército de insurrectos norteamericano con el apoyo de John Adams. Era además uno de los pocos dirigentes de las colonias norteamericanas que podía jactarse de tener una experiencia militar significativa.

Tras la guerra de Independencia, como consecuencia de la quiebra institucional y económica del gobierno confederado, Washington presidió la convención de Filadelfia, reunida en 1787 con el fin de adoptar una nueva Constitución. En marzo de 1789 se convierte en el primer presidente de Estados Unidos. Admiraba el sistema británico de monarquía constitucional y desconfiaba de la bipolarización que caracterizaba por entonces la vida política norteamericana. En un primer momento puso especial cuidado en repartir el poder entre federalistas y republicanos demócratas. Apoyó, sin embargo, la política financiera nacional y conservadora de su secretario del Tesoro, A. Hamilton, basada en la creación de un banco del Estado y el proteccionismo aduanero. Reelegido en 1792, Washington fue aproximándose cada vez más al partido federalista, lo que le vale vivas críticas de parte de los amigos republicanos de su antiguo secretario de Estado, T. Jefferson. Estos últimos le reprochan sobre todo su falta de apoyo a la Revolución francesa y la política de apaciguamiento con Inglaterra, concretada en un acuerdo comercial negociado por J. Jay en 1794. Al renunciar a un tercer mandato presidencial en 1797, Washington instauró de ese modo en su país una tradición política, institucionalizada tardíamente mediante la XXII enmienda de 1951, antes de retirarse a su plantación de Mount Vernon. En su «declaración de despedida» de septiembre de 1796, recomendaba al pueblo norteamericano mantenerse al margen de las rivalidades entre las potencias europeas, poniendo de ese modo las bases de la política aislacionista seguida por sus sucesores hasta 1917.

fuerte se oponían a los defensores de la autonomía de los estados, y los delegados de los estados pequeños no se mostraban dispuestos a ceder en nada frente a los de los grandes. Discutida pacientemente y en un clima de compromiso, la Constitución se aprobó el 17 de septiembre de 1787, permitió poner remedio a la situación de crisis y, completada posteriormente mediante una serie de enmiendas, ha gozado de una longevidad excepcional, ya que está en vigor aún hoy en día. Inspirado en gran medida por James Madison, el texto instauraba un sistema de doble soberanía con equilibrio entre el poder central creado por la propia Constitución y los distintos estados norteamericanos. Establecía igualmente una división y un sistema de equilibrio entre los poderes de acuerdo con los preceptos de Montesquieu y otros filósofos de la Ilustración.

El Estado federal seguía siendo soberano en todo lo referente a la política exterior, el comercio internacional, la política de defensa y las relaciones entre los estados norteamericanos. Estos últimos conservaban sus prerrogativas en todo aquello que no estaba expresamente reservado al poder central, en especial la reglamentación de los derechos individuales, la justicia y la educación pública. Los habitantes de Estados Unidos eran a la vez ciudadanos de su estado y del Estado federal.

Se fijó la entrada en vigor de la nueva Constitución coincidiendo con su aprobación por nueve de los trece estados. La interpretación del texto constitucional suscitó numerosas discusiones a lo largo del año posterior a su ratificación. Estas polémicas terminaron por estructurar la vida política norteamericana en torno a dos campos cuyos contornos habían estado desdibujados en el periodo anterior a la independencia. En 1787, y con el título del *El federalista*, se publicó una recopilación de artículos de A. Hamilton, J. Jay y J. Madison previamente aparecidos en la prensa. La obra comentaba las principales directrices de la Constitución y sintetizaba sus ideas principales. Discípulos de Thomas Hobbes, los federalistas eran partidarios de un Estado federal fuerte, inspirado en la tradición aristocrática británica. Insistían en la necesidad de dotar al país de instituciones nacionales poderosas, un banco central y una moneda sólida, así como en la protección del mercado interior norteamericano mediante una política proteccionista

en las aduanas. Sus detractores, los republicanos demócratas, lejanos antepasados del actual partido demócrata, tenían una visión menos pesimista del ser humano que habían heredado de la Ilustración europea. Se mostraban más próximos a la naturaleza, se oponían a la industrialización y defendían la construcción en Estados Unidos de una república agraria descentralizada. Siguiendo el ejemplo de sus principales jefes, Thomas Jefferson y John Taylor, defensores de la autonomía de los estados, reprochaban a sus adversarios la gran proximidad de sus intereses con los del gran comercio y el mundo de los negocios del noreste. El ejercicio del poder obligó a ambas partes a rectificar la rigidez de sus posiciones respectivas. Tras la firma por John Jay de un tratado comercial con Gran Bretaña en 1794, su principal punto de desavenencia se centró en la forma de llevar la política exterior del país y la naturaleza de las relaciones a mantener con Inglaterra.

La guerra de 1812

Llamado algunas veces «segunda guerra de independencia norteamericana», el conflicto de 1812 no fue, sin embargo, más que una tentativa inglesa de reconquistar sus antiguas colonias. Debe ser interpretada a la vez como una reacción norteamericana al dominio ejercido por la flota inglesa sobre el tráfico marítimo y como una iniciativa oportunista de los republicanos demócratas en el poder. Enfrentado a una amenaza de bloqueo por parte de los ingleses, que ponían trabas a las transacciones con Francia, el presidente J. Madison y su entorno quisieron hacer respetar el derecho de neutralidad y beneficiarse de las guerras napoleónicas que habían movilizado al grueso de las tropas británicas en la península Ibérica. Al no poder rivalizar con los ingleses en el mar, los dirigentes norteamericanos intentaron conseguir una victoria fácil sobre Gran Bretaña invadiendo Canadá. Pero su ejército de tierra, apenas adiestrado, era casi tan embrionario como su marina. La academia militar de West Point, destinada a formar a los oficiales del ejército norteamericano, no fue fundada hasta diez años después. De ese modo, el grueso de las tropas de las que podía disponer el país estaba constituido por soldados no profesionales pertenecientes a las milicias de los distintos estados. Algunos de ellos, mostrándose en todo momento celosos de su independencia, se negaron a ponerlos a disposición del poder federal. La negativa de determinadas milicias a operar fuera del territorio de su estado de origen, cuya defensa era su primera misión, contribuyó a frustrar este proyecto de invasión. La aventura resultó un desastre todavía mayor debido a que los norteamericanos no consiguieron la cooperación de los franceses de Quebec, que no se dejaron arrastrar. El punto álgido de la expedición consistió en el incendio de York (Toronto), tomada por tropas norteamericanas demasiado escasas para ocuparla.

Fuera del teatro de operaciones de la frontera canadiense, donde los enfrentamientos navales en los grandes lagos fueron igualmente violentos, los combates se centraron en torno a la bahía de Chesapeake, una vez que, derrotado Napoleón, Gran Bretaña pudo enviar refuerzos al Nuevo Mundo. En 1814 una operación de envergadura permitió a las tropas inglesas tomar Washington, la nueva capital federal norteamericana, en la que fueron incendiados los edificios públicos como represalia a los actos destructivos de York. Coincidiendo con el asedio de Baltimore por los británicos, Francis Scott Key compuso *Star spangled Banner*, destinada a convertirse en el himno nacional norteamericano en 1931.

En enero de 1815, el general Andrew Jackson, tras vencer a los indios creeks, aliados de los ingleses, y a pesar de que éstos consiguieron apoderarse de Nueva Orleans, alcanzó un prestigio nacional que más tarde le conduciría a la presidencia. No obstante, los beligerantes ignoraban que la paz de Gand, firmada un mes antes, había fijado ya el final del conflicto.

Esta guerra de 1812 permitió a los norteamericanos conquistar la libertad de comercio marítimo, pero no tuvo ninguna consecuencia de carácter territorial.

La expansión territorial

La ideología nacional norteamericana, nacida de la guerra de Independencia y reforzada por la segunda guerra contra Inglaterra, adquirió una nueva dimensión con la exploración y la conquista del espacio nacional. A finales del siglo XIX, Frederick Jackson Turner describió la historia de Estados Unidos como, esencialmente, «la historia de la colonización del "Gran Oeste", propiciada por la existencia de una zona de tierras despobladas y el avance continuo y la progre-

sión de los pioneros hacia occidente». Hasta 1890 la llamada frontera, zona de población discontinua y de contornos desdibujados, se vio constantemente empujada hacia el océano Pacífico a medida que se iba reduciendo la extensión de *Wilderness* (tierras salvajes), dominio de las tribus indias y unos pocos tramperos blancos. A todo lo largo del siglo XIX se fue modelando la figura emblemática del pionero, mientras que una sucesión de guerras y de tratados conseguía ir desplazando cada vez más hacia el oeste a las tribus indias, incapaces a la larga de oponerse a la expansión de los blancos. Ya en 1787, mientras estrenaban su Constitución, los dirigentes de Estados Unidos establecían las reglas de la futura aparición de un territorio que, aunque en aquel momento nadie fue capaz de preverlo, habría de extenderse de un océano a otro. La ordenanza del noroeste de 1787, incluida en una serie de *Land Acts* votados por el Congreso con el fin de organizar los espacios situados entre los montes Apalaches y el río Misisipí, fijó ya las distintas modalidades que habría de seguir ese proceso de colonización. Estas regiones, separadas administrativamente en territorios, podrían ser admitidas como estados de la Unión una vez que alcanzaran una población de 60.000 habitantes. De ese modo, por medio de avances sucesivos, numerosas oleadas de pioneros se lanzaron, siempre hacia el oeste, a la creación de los asentamientos, cada vez más numerosos, que precedían a la anexión de los territorios.

En 1823, en un mensaje al Congreso conocido después con el nombre de «doctrina Monroe», el presidente Monroe recordaba el principio de neutralidad legado por Washington en relación con las cuestiones europeas. Formulaba además la pretensión de Estados Unidos a convertirse en protectores de los países recientemente independizados en el continente americano frente al imperialismo europeo. Se trataba de una advertencia puramente formal, ya que Estados Unidos no disponía en absoluto de los medios necesarios para aplicar esa política. Se dirigía en primer lugar a España, cuyas colonias americanas insurrectas accederían pronto a la independencia y que poco tiempo después cedería a Estados Unidos la desembocadura del Misisipí y Florida (1819). Bajo el disfraz del panamericanismo, la República federal expresaba por primera vez la aspiración de regir el destino de todo el continente americano.

En medio siglo, aplicando paso a paso la negociación, la compra de tierras e incluso la intervención armada, Estados Unidos consiguió ampliar su territorio nacional hasta llegar a la costa del Pacífico, dotándolo de ese modo de sus contornos casi definitivos. En 1803, tras abandonar toda ambición en América, Napoleón propuso a Thomas Jefferson venderle por 15 millones de dólares Luisiana, que acababa de arrebatar a los españoles. Se organizaron numerosas expediciones para explorar el interior del inmenso territorio cedido por los franceses. La más célebre de ellas duró dos años (1803-1805) y condujo a Lewis y Clarke casi hasta el océano Pacífico. Aparte de la conquista progresiva, y a menudo sanguinaria, de los territorios indios, la adquisición de Oregón, a pesar de veinticinco años de rivalidad con los ingleses, se hizo mediante negociaciones (1845). Una guerra contra México permitió la incorporación a la Unión de Tejas (1845), colonizada por los norteamericanos, y finalmente condujo a la anexión de los territorios mexicanos que posteriormente se convertirían en Utah, el norte de Arizona, Nevada, Nuevo México y California, donde se produjeron importantes descubrimientos de oro (1848). En 1853, la incorporación del sur de Arizona habría de dotar a Estados Unidos de un territorio de más de ocho millones de kilómetros cuadrados, tanto más despoblados en cuanto los indios habían sido prácticamente exterminados. El proceso de asentamientos en el oeste se alimentaba esencialmente del flujo continuo que a lo largo del siglo XIX atrajo a Estados Unidos a millones y millones de inmigrantes. Esta inmigración fue en principio europea: entre 1790 y 1800 entraban al año 50.000 europeos en Estados Unidos, la mayoría de ellos procedentes de las islas Británicas (el 79 % en 1790), pero también de Alemania (8,7 %). Entre 1815 y 1860, emigraron a Estados Unidos cinco millones de personas, 2.750.000 británicos y 1.500.000 alemanes, escandinavos y holandeses. La mejora de los medios de transporte y el descenso progresivo del coste del viaje contribuyeron, a pesar de los peligros de la travesía (naufragios, epidemias), a incrementar el flujo de inmigrantes. Éstos intentaban encontrar trabajo en primer lugar en las ciudades de la costa este que, en vías de industrialización, ofrecían nuevas perspectivas de empleo. Algunos de ellos probaban de inmediato la aventura del oeste, intentando llegar en carromato a California o a Oregón,

después de un viaje sumamente peligroso de varios miles de kilómetros. Aparte de la mejora de sus condiciones materiales de vida, Estados Unidos, la primera democracia liberal del mundo, ofrecía a los inmigrantes europeos la oportunidad de construir una sociedad nueva, de dejar atrás las rígidas normas del Viejo Mundo. Sin embargo, la igualdad que predicaban los demócratas distaba mucho de ser la regla.

Una democracia esclavista

En 1790 Estados Unidos tenía 4 millones de habitantes, en 1850, 23. Poco a poco se iba forjando el llamado «crisol de razas» (*melting pot*, según la expresión de Israel Zangwill), en el que el dominio anglosajón se mantuvo relativamente homogéneo durante el siglo XIX. El origen social de los inmigrantes también era diverso: el granjero británico, víctima del sistema de *enclosures*, se sentía atraído por los inmensos territorios vírgenes de un nuevo país; el obrero europeo intentaba conseguir empleo en un noreste en vías de industrialización; las víctimas de la opresión política o religiosa encontraban en Estados Unidos un refugio para sus ideas.

Fuesen federalistas o republicanos, los sucesivos presidentes se esforzaron por desarrollar un espíritu de comunidad nacional y cultural y de identificación del ciudadano con el Estado federal (la Unión). La edificación de la capital federal (1791-1801) sobre un emplazamiento compuesto de territorios pertenecientes a los estados de Virginia y Maryland y el culto a los héroes de la Independencia se inscribían en esta perspectiva. A pesar de las violentas críticas de sus adversarios jeffersonianos, el proceso de mitificación de Washington empezó inmediatamente después de su muerte.

Durante los decenios que siguieron a la independencia, Estados Unidos vio sucederse a la cabeza del país a los representantes de la aristocracia terrateniente del estado de Virginia, desde G. Washington a J. Monroe. Sin embargo, al lado de la casta dirigente de los descendientes de hacendados virginianos y de los puritanos de Nueva Inglaterra, fueron surgiendo la comunidad urbana del este y la sociedad pionera del oeste, ambas en pleno crecimiento. El ascenso a la presidencia de Andrew Jackson en 1829 reveló la aparición de una nueva fuerza política en el país, la de los representantes del hombre de la calle de la costa este y del pionero del oeste. Heredera de las ideas de Jefferson, la corriente demócrata insistía en los principios de igualdad y libertad. Entre los demócratas, partidarios de A. Jackson, destacaban ahora los llamados *Whigs*, o nacionalistas republicanos, herederos de los federalistas. Nacido en Carolina del Sur, el nuevo presidente había hecho la mayor parte de su carrera de representante electo como magistrado en Tennessee antes de convertirse en comandante de la milicia de ese estado. Su elección, que marcó la llegada a la cúpula del país de un representante de la población fronteriza, fue posible gracias a una generalización progresiva del sufragio universal. No obstante, Jackson fue igualmente el primer jefe de Estado en aplicar en la práctica el sistema de despojos (*spoil system*), basado en que el ganador de una elección puede repartir los puestos electos en la administración entre sus partidarios, en detrimento de sus adversarios. Hombre político muy celoso de sus prerrogativas, en 1832-1833 recurriría a una demostración de fuerza con el fin de acabar con la amenaza de secesión de Carolina del Sur, estado enfrentado a la voluntad federal de imponer el proteccionismo en materia de derechos de aduana. Esta crisis, llamada de la anulación de las leyes federales y abreviada gracias al envío de una cañonera al puerto de Charleston, reveló las fisuras que persistían en el seno de la Unión.

La política interior de Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX estuvo dominada por la extensión de la esclavitud en los territorios todavía no incorporados como estados, cuestión que no dejaba de dividir al país mientras éste seguía extendiéndose hacia el oeste. A menudo propietarios de esclavos, los llamados padres de la revolución norteamericana habían tolerado el mantenimiento de la esclavitud. Entre 1730 y 1807, 320.000 negros habían sido transportados en condiciones lamentables desde las costas africanas con el fin de trabajar como mano de obra servil para los hacendados norteamericanos. En 1790, la población negra del sur ascendía a 750.000 habitantes y en 1860 a 3,5 millones. Después de la guerra los estados del norte y del centro habían abolido «la institución particular», según el eufemismo utilizado por Thomas Jefferson para referirse a la esclavitud. En el sur, sólo el estado de Virginia admitía el principio de su emancipación. Sin embargo, expulsa de su suelo a los negros manumitidos a partir de 1803. La invención de la máquina de des-

granar por Eli Whitney en 1793 contribuyó a convertir el algodón en el «rey» del sur y a incrementar la demanda de mano de obra barata, pero también de las tierras necesarias para su cultivo extensivo, incitando a los responsables políticos del sur a centrar su atención en la expansión hacia el oeste.

A medida que el noreste se industrializaba e iba aboliendo las barreras aduaneras para conquistar el mercado nacional, el sur se encerraba cada vez más en el monocultivo del algodón y su comercio se orientaba cada vez más hacia las grandes fábricas textiles de Inglaterra. El debate sobre la esclavitud que enfrentaba al Norte y al Sur se fue desplazando de la competencia económica a la política. En el norte la esclavitud, herencia del periodo colonial británico, había sido abolida inmediatamente después de la independencia. Aceptada en los primeros tiempos por la mayoría de la población, fue considerándose cada vez más contrapuesta a los valores sobre los que se había fundado la Unión. Los periódicos, secundados por la acción de asociaciones de carácter filantrópico, difundían las ideas abolicionistas y determinadas confesiones religiosas partidarias de una mayor democratización del país fueron conquistando sectores de opinión cada vez más amplios. El prodigioso éxito de *La cabaña del tío Tom* (1854), la novela de Harriet Beechel Stowe, esposa de un pastor abolicionista, sirvió de altavoz nacional, e incluso internacional, a los partidarios de la abolición. Los más radicales organizaron asociaciones como *The Underground Railroad* con el fin de ayudar a los esclavos huidos a llegar hasta el norte o a Canadá. La batalla abolicionista, pero también las consecuencias políticas del mantenimiento de la esclavitud en el sur, contribuyeron a convertir a esta institución en la cuestión esencial de la política interior norteamericana durante la primera mitad del siglo XIX. Aunque parecía demostrado que la esclavitud era poco rentable económicamente —sobre todo porque la productividad de los asalariados era claramente superior—, además de perjudicial para los trabajadores blancos menos cualificados —que tenían que hacer frente a la competencia de los esclavos—, los antiabolicionistas del sur llevaron el debate al plano constitucional. Tomaron como pretexto la defensa de la autonomía de los estados, insistiendo en la soberanía de sus decisiones frente al poder federal.

La incorporación de los nuevos estados del oeste a la Unión terminó convirtiéndose en un auténtico envite para ambas partes. Tanto unos como otros se esforzaban por ganar para su causa a los estados recién incorporados, por hacer triunfar sus puntos de vista a nivel nacional y federal. Una serie de soluciones de compromiso permitió postergar la amenaza de división. En 1820, la admisión de Misuri, esclavista, se vio compensada por la de Maine, abolicionista. La línea Mason-Dixon, fijada en los 36° 30′ de latitud, debía servir de frontera entre una zona libre y otra esclavista. Asumiendo el difícil papel de árbitro en este debate ideológico, el poder veló por mantener ese equilibrio incorporando a la par un estado esclavista y otro abolicionista. Pero esta solución de carácter temporal se topó con el problema de nuevos estados como California que, aunque claramente situados al sur del paralelo 36, se pronunciaron en contra de la esclavitud. La cuestión de los esclavos huidos al norte se convirtió en otro punto de discordia con el sur. Todo ello condujo en 1850 a una nueva solución intermedia insatisfactoria para todos: California se convirtió en estado abolicionista, pero se decretó que los esclavos fuesen devueltos a sus propietarios.

En 1854 el senador de Illinois Stephen Douglas, cuyos intereses personales estaban ligados a la construcción de una línea ferroviaria transcontinental, favoreció la constitución de los territorios de Kansas y Nebraska en estados. Acuciado por la necesidad de apoyos sudistas para conseguir el triunfo de sus proyectos, hizo adoptar la ley Kansas-Nebraska, que suprimía la antigua ley de partición de 1820 y proclamaba la soberanía de los nuevos estados en cuanto a la conveniencia de adoptar un sistema esclavista.

El compromiso de 1854, ligado a la incorporación a la Unión de Kansas y de Nebraska, nuevo estado esclavista situado al norte del antiguo límite, no hizo más que avivar las luchas por conseguir una mayor influencia que se libraban en el norte y en el sur. A los partidarios de la abolición este cambio les pareció un retroceso de la autoridad federal cargado de consecuencias para el porvenir del país, mientras que los estados esclavistas del sur blandían a la menor ocasión amenazas de secesión.

LA GUERRA DE SECESIÓN

A mediados del siglo XIX la esclavitud, un problema que había dejado en suspenso a los padres de la independencia de Estados Unidos en nombre de la defensa del derecho de propiedad, llegó a poner en peligro la propia existencia del país. Un noroeste en el que el crecimiento se había basado en la industrialización, la libre empresa y el trabajo asalariado, se enfrentaría indefectiblemente, por razones económicas y morales, a un sur rural y aristocrático. Este último se apoyaba en el monocultivo extensivo del algodón, recolectado por mano de obra servil de origen africano y destinado fundamentalmente a la exportación a Europa.

La secesión

En 1860 el carácter irreconciliable de las posiciones de Norte y Sur sobre la emancipación de los negros condujo a una ruptura precipitada por la elección imprevista para la presidencia de Estados Unidos del republicano Abraham Lincoln. Hasta entonces, su joven partido, fundado en 1854 sobre principios abolicionistas, mantenía la libertad de elección en nombre de un interés superior: el mantenimiento de la Unión a toda costa. Lincoln consiguió su elección gracias a los votos de los estados del norte y del este, pero sólo logró reunir para su candidatura menos del 40 % de los sufragios y de los mandatos de los grandes electores frente a un partido demócrata dividido por la cuestión de la esclavitud. Su victoria tuvo como consecuencia inmediata la secesión unilateral de Carolina del Sur (20 de diciembre de 1860), que desde 1832 venía manteniéndose en la primera línea del combate a favor del mantenimiento de la esclavitud. Progresivamente se le fueron uniendo otros diez estados del sur de la Unión para crear una nueva entidad política: los Estados Confederados de América, dirigidos por Jefferson Davis.

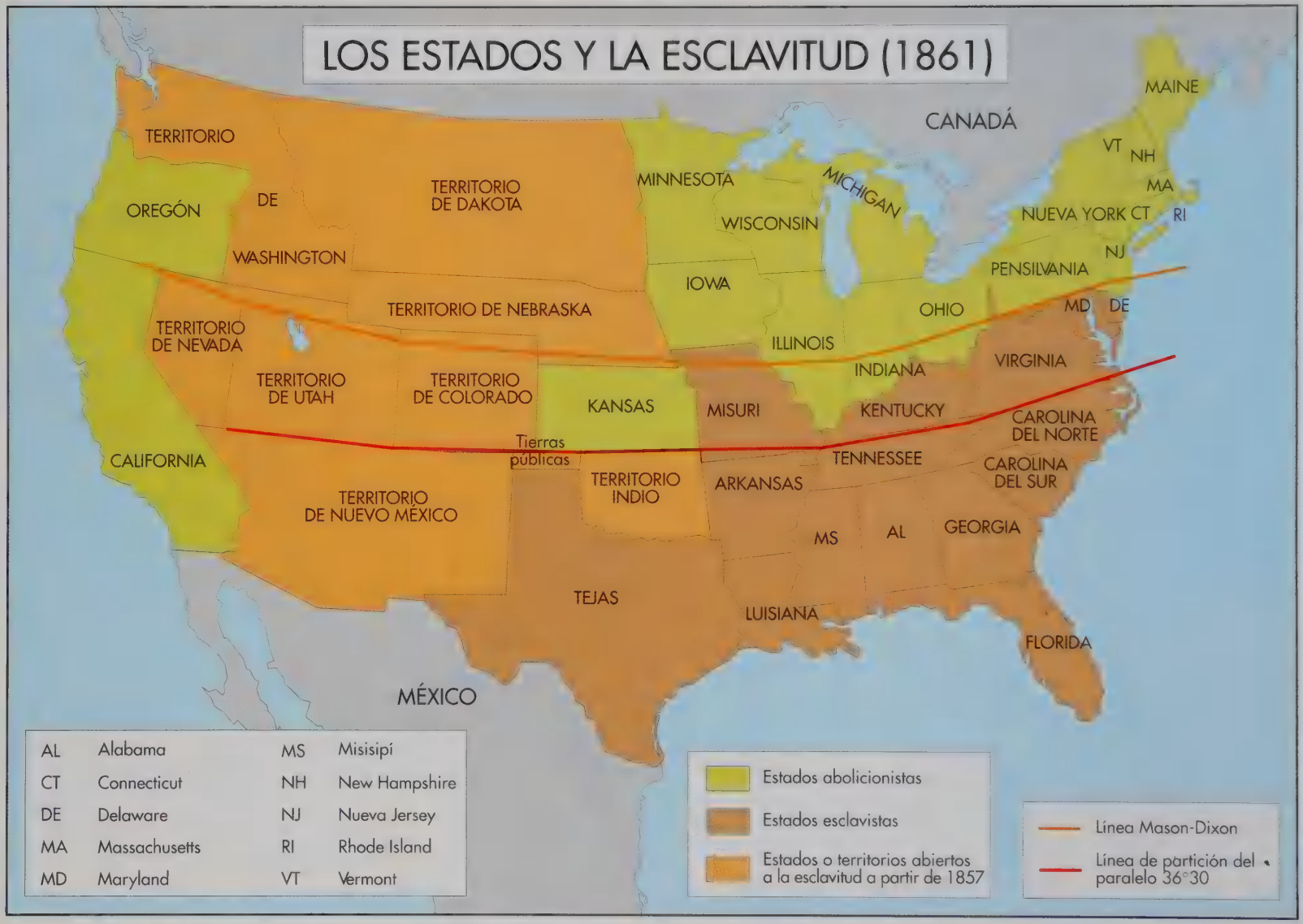
Durante los primeros meses de 1861 cada una de las partes se afianza en sus posiciones. El Sur comparaba su abandono de la Unión al de los padres fundadores de Estados Unidos, que se separaron de un imperio británico que consideraban omnipotente y coercitivo. La Confederación desplegó de golpe una intensa actividad diplomática dirigida a las grandes potencias europeas. Se basaba, de hecho, en la dependencia de las manufacturas inglesas y francesas, de las que era el principal suministrador de algodón. Por su parte, la Francia imperial de Napoleón III, que tenía ambiciones que afectaban a México, vio con buenos ojos cómo Estados Unidos parecía a punto de dividirse.

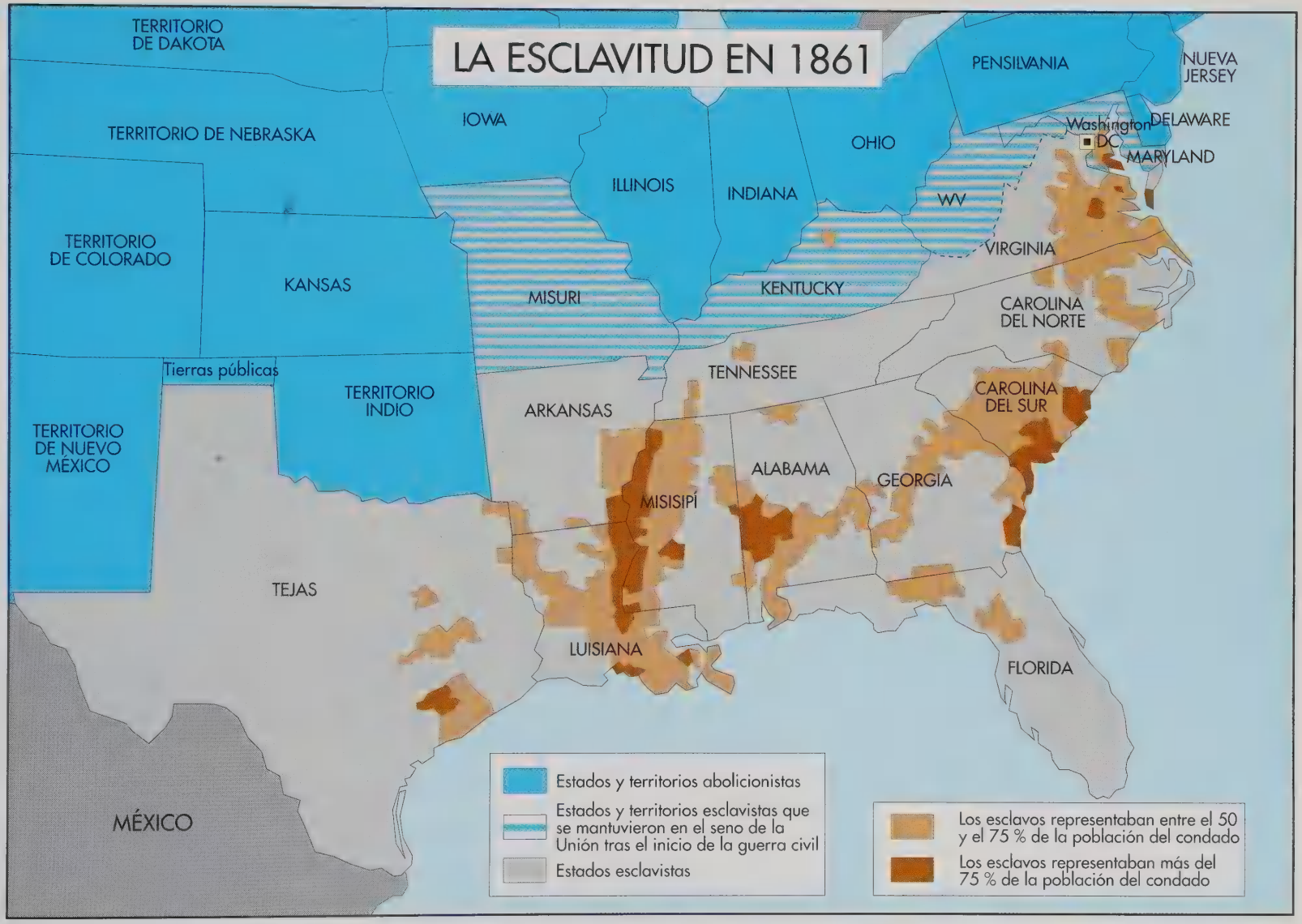
Sin embargo, Europa dependía todavía más de las exportaciones de trigo del Norte que, al disponer del dominio sobre las vías marítimas, decide desde el primer momento interrumpir las relaciones del Sur con el Viejo Continente mediante la aplicación de un bloqueo naval. En abril de 1861, las fuerzas confederadas desencadenan las hostilidades y se apoderan de Fort Sumter, plaza fuerte federal situada en una isla de la bahía de Charleston (Carolina del Sur), justo enfrente de la costa de la Confederación.

Una guerra civil moderna y mortífera

Tras la caída de Fort Sumter, Lincoln declara la insurrección de los estados del Sur y lanza contra ellos el ejército federal. Así comienza la guerra más terrible conocida por Estados Unidos hasta la fecha, tanto más en cuanto fue una guerra civil, como se encarga de subrayar el nombre que se le da en los propios Estados Unidos, «Civil War». Federales del Norte, vestidos de azul, y confederados sudistas, con uniformes grises, antes conciudadanos, se enfrentaron en el transcurso de un conflicto fratricida en el que habría de perecer uno de cada 30 norteamericanos.

Lincoln debió demostrar una gran circunspección en relación con los cuatro estados esclavistas que decidieron permanecer en el seno de la Unión al comienzo de la guerra: Delaware, Maryland, Kentucky y Misuri. Una parte de su población, fundamentalmente los escasos propietarios de esclavos, se situó en las filas de los sudistas, contra la decisión de sus responsables políticos. Numerosas familias tenían combatientes en ambos bandos. Robert Lee, destacado general que finalmente se puso a la cabeza de las tropas sudistas, fue presionado durante algún tiempo para que se convirtiera en co-


LOS ESTADOS Y LA ESCLAVITUD (1861)
CANADÁ
MAINE
VT
NH
MA
RI
NJ
NUEVA YORK
CT
PENSILVANIA
MINNESOTA
MICHIGAN
WISCONSIN
IOWA
OHIO
MD
DE
ILLINOIS
INDIANA
VIRGINIA
KENTUCKY
MISURI
KANSAS
CAROLINA DEL NORTE
CAROLINA DEL SUR
TENNESSEE
ARKANSAS
GEORGIA
MS
AL
LUISIANA
FLORIDA
TEJAS
TERRITORIO DE DAKOTA
TERRITORIO DE NEBRASKA
TERRITORIO DE NEVADA
TERRITORIO DE UTAH
TERRITORIO DE COLORADO
TERRITORIO DE NUEVO MÉXICO
TERRITORIO INDIO
TERRITORIO DE OREGÓN
WASHINGTON
CALIFORNIA
Tierras públicas
MÉXICO
AL Alabama
CT Connecticut
DE Delaware
MA Massachusetts
MD Maryland
MS Misisipí
NH New Hampshire
NJ Nueva Jersey
RI Rhode Island
VT Vermont
Estados abolicionistas
Estados esclavistas
Estados o territorios abiertos a la esclavitud a partir de 1857
Línea Mason-Dixon
Línea de partición del paralelo 36°30


LA ESCLAVITUD EN 1861
TERRITORIO DE DAKOTA
TERRITORIO DE NEBRASKA
TERRITORIO DE COLORADO
KANSAS
Tierras públicas
TERRITORIO INDIO
TERRITORIO DE NUEVO MÉXICO
TEJAS
MÉXICO
IOWA
ILLINOIS
MISURI
ARKANSAS
TENNESSEE
MISISIPÍ
LUISIANA
ALABAMA
GEORGIA
FLORIDA
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
KENTUCKY
WV
OHIO
INDIANA
PENSILVANIA
NUEVA JERSEY
DELAWARE
MARYLAND
Washington DC
Estados y territorios abolicionistas
Estados y territorios esclavistas que se mantuvieron en el seno de la Unión tras el inicio de la guerra civil
Estados esclavistas
Los esclavos representaban entre el 50 y el 75 % de la población del condado
Los esclavos representaban más del 75 % de la población del condado

ABRAHAM LINCOLN (1809-1865)

Abraham Lincoln es el arquetipo de aquellos hombres de la frontera a los que la democratización de la vida política norteamericana permitió, desde 1830, acceder a los más altos cargos. Hijo de un pionero, nacido en una modesta cabaña de troncos junto a Hodgenville (Kentucky) el 12 de febrero de 1809, ejercería oficios tan diversos como leñador, tendero o cartero. En 1832 se presentó voluntariamente para combatir a los indios en Illinois. Después inició los estudios de gramática que le permitirían convertirse en abogado en 1837.

Fue elegido para el Congreso en 1846, pero su oposición a la guerra contra México interrumpió su carrera política. Paralelamente, y como consecuencia de un viaje por el Misisipí en 1828, Lincoln empieza a interesarse por el problema de la emancipación de los negros. Aunque en todo momento consideró que la esclavitud era una injusticia, sólo se pronunció muy cautelosamente en favor de su abolición. Parece que, por otro lado, y a título personal, Lincoln no creyó nunca en la posibilidad de una solución al problema racial en Estados Unidos. Preconizó el retorno a África de los esclavos liberados, solución que había contado ya con el favor de su predecesor Monroe.

Opuesto al acuerdo Kansas-Nebraska (1854), vuelve a la vida política en las filas del partido republicano, recientemente creado. Pero cuando se presenta para el Senado en 1858 es derrotado por el instigador demócrata de dicha solución de compromiso, Stephen Douglas. No obstante, y gracias a esa confrontación, adquiere una notoriedad que le permite presentarse a las elecciones presidenciales de 1860. Triunfa sobre los dos candidatos del partido demócrata, divididos por la cuestión de la esclavitud, con el 39,7 % de los sufragios. Su victoria, que cobra valor de símbolo, provoca la secesión de los estados del sur. Enfrentado a un conflicto que hubiera querido evitar, deseoso sobre todo de mantener la unidad de la Unión, se convierte sin embargo en comandante en jefe de las fuerzas unionistas.

Tras ceder la dirección de las cuestiones militares al general Grant en marzo de 1864 se consagra exclusivamente a los asuntos políticos. Tuvo que radicalizar progresivamente sus posiciones respecto a la emancipación de los esclavos, pero intenta también frenar los deseos de revancha de los extremistas de su propio partido. El cambio de la situación militar a favor de la Unión contribuyó notablemente a su reelección en 1864, frente al general McClellan, candidato del partido demócrata, pero no tuvo tiempo para poner en práctica su plan de reconciliación con el Sur. Fue asesinado durante una representación teatral el 14 de abril de 1865 por John Wilkes Booth, un actor partidario de la causa sudista.

ULYSSES SIMPSON GRANT (1822-1885)

Nacido en Pont Pleasant (Ohio), Ulysses Simpson Grant fue alumno de la academia militar de West Point. En calidad de oficial subalterno participó en la guerra contra México (1845-1848), distinguiéndose sobre todo durante la toma de Ciudad de México. En 1854 abandonó el ejército con rango de capitán para establecerse como agricultor en el estado de Misuri, antes de dedicarse al comercio de cuero.

Volvió a incorporarse al ejército de la Unión al inicio de la guerra de Secesión y tomó bajo su mando un regimiento de voluntarios de Illinois. Mientras que, en el frente del este, la apatía e incompetencia de los oficiales de la Unión hacía que ésta sufriese numerosos reveses, Grant consigue una serie de victorias decisivas, lo que le vale el ascenso a general tras hacerse con el mando de las fuerzas unionistas del oeste (octubre de 1863).

Colocado por Lincoln al frente de todos los ejércitos de la Unión en marzo de 1864, contribuye de manera decisiva a la victoria del Norte. Tras pasarse al bando de los republicanos radicales después de la muerte de Lincoln, Grant fue elegido presidente de Estados Unidos en 1868, y posteriormente reelegido en 1872. Bajo sus dos mandatos el plan conciliatorio de reconstrucción del Sur que había dejado Lincoln evoluciona en una dirección represiva. La práctica clientelista del sistema de despojos *(spoil system)* alcanzó su cenit, permitiendo un considerable fortalecimiento del partido republicano. Mal aconsejado, Grant delega buena parte de su poder en personalidades de escasa valía, incluso deshonestas, y su administración terminó salpicada por numerosos escándalos. La oposición de su propio partido le impidió conseguir un tercer mandato en 1876. Arruinado por especuladores poco escrupulosos, subsistiría hasta el final de su vida gracias a una pensión concedida por el Congreso.

mandante en jefe de las tropas de la Unión. Crítico frente a la esclavitud y la idea de secesión, optó sin embargo al principio de la guerra por dirigir las tropas de su estado natal, la secesionista Virginia. Sin embargo, como su homólogo del Norte, Ulysses Grant, había sido alumno de la academia militar de West Point y compañero de armas suyo durante la guerra de México (1845-1848).

El conflicto representó la primera guerra moderna. El equipamiento, la logística y las innovaciones técnicas desempeñaron un papel fundamental. Con gran rapidez, los combatientes abandonaron los fusiles primitivos y las pistolas de un solo disparo por las armas de repetición. El dominio sobre la red ferroviaria (que en 1860 se extendía a lo largo de unos 40.000 km) representó una importante ventaja para la Unión. También se emplearon por vez primera los acorazados impulsados totalmente a vapor. Los beligerantes podían servirse de globos para observar los movimientos de las tropas enemigas. Hecho todavía excepcional en Europa, la mayor parte de las veces las batallas duraban varios días. El saldo en muertos obligó a los generales a abandonar progresivamente los choques frontales, con un enfrentamiento final a bayonetazos, en favor de la guerra de trincheras.

Las desilusiones de una victoria anunciada

La guerra de Secesión fue pues el primer conflicto moderno basado en la potencia industrial, que en 1860 correspondía a la

LOS ESTADOS CONFEDERADOS Y LA UNIÓN (1863)
CANADÁ
MAINE
VT
NH
MA
CT
RI
NJ
PA
DE
MARYLAND
Washington
VIRGINIA
WV
Richmond
CAROLINA DEL NORTE
CAROLINA DEL SUR
GEORGIA
FLORIDA
ALABAMA
MISISIPÍ
LUISIANA
TEJAS
ARKANSAS
TENNESSEE
KENTUCKY
MISURI
OHIO
INDIANA
ILLINOIS
MICHIGAN
WISCONSIN
MINNESOTA
IOWA
KANSAS
TERRITORIO INDIO
Tierras públicas
TERRITORIO DE COLORADO
TERRITORIO DE NEBRASKA
TERRITORIO DE DAKOTA
TERRITORIO DE NUEVO MÉXICO
TERRITORIO DE UTAH
TERRITORIO DE NEVADA
CALIFORNIA
OREGÓN
TERRITORIO
DE
WASHINGTON
MÉXICO
CT Connecticut
DC Distrito de Columbia
DE Delaware
MA Massachusetts
NH New Hampshire
NJ Nueva Jersey
PA Pensilvania
RI Rhode Island
VT Vermont
WV Virginia Occidental
Estados y territorios de la Unión
Estados confederados
Estados esclavistas que permanecieron en el seno de la Unión
N.B.: Límite de los estados y de los territorios en 1863.

Unión. Los efectos de la superioridad industrial del Norte tardaron sin embargo bastante en decidir el curso de la guerra. En el plano demográfico, también el Norte parecía estar en situación de ventaja: sus 23 estados, 24 después de la constitución como estado de los condados abolicionistas situados al oeste de Virginia, en 1863, contaban con 22 millones de habitantes contra los nueve millones de habitantes del Sur. Además hacía falta descontar de ellos 3,5 millones de esclavos negros. Debido a esa inferioridad numérica, en 1862 los dirigentes confederados se vieron en la obligación de decretar un reclutamiento generalizado. El gobierno de la Unión tardó todavía un año más en recurrir a esta misma medida. Pero este retraso no basta para explicar por sí solo el vigor de la resistencia sudista. Las razones fundamentales hay que buscarlas en la mejor preparación para el combate y la mayor familiaridad en el manejo de las armas por parte de una sociedad fundada sobre una forma de vida rural y aristocrática, en la firme determinación que nace del convencimiento de estar luchando contra la desaparición de un modo de vida y en la pura superioridad militar de sus jefes.

En contra de lo que imaginaban los primeros voluntarios unionistas, reclutados por un periodo de sólo tres meses, y entre los que los habitantes de Washington asistieron casi como si de una diversión se tratara a la primera batalla de Bull Run (Manassas, 1861), la resistencia confederada se prolongaría durante cuatro años.

El conflicto tardó muy poco en establecer sus escenarios principales. Las dos capitales enemigas, Washington y Richmond, se encontraban frente a frente sobre una llanura costera, entre los montes Apalaches y el océano Atlántico, a menos de 200 km de distancia. Cada uno de los bandos confiaba en conseguir la rendición de su adversario conquistando su capital. No lo consiguió Robert Lee, detenido primero en Antietam (1862) y luego en Gettysburg (1863), pero tampoco lo consiguió el general unionista George McClellan a pesar de una tentativa de operación combinada por tierra y mar destinada a tomar Richmond por el este en 1862.

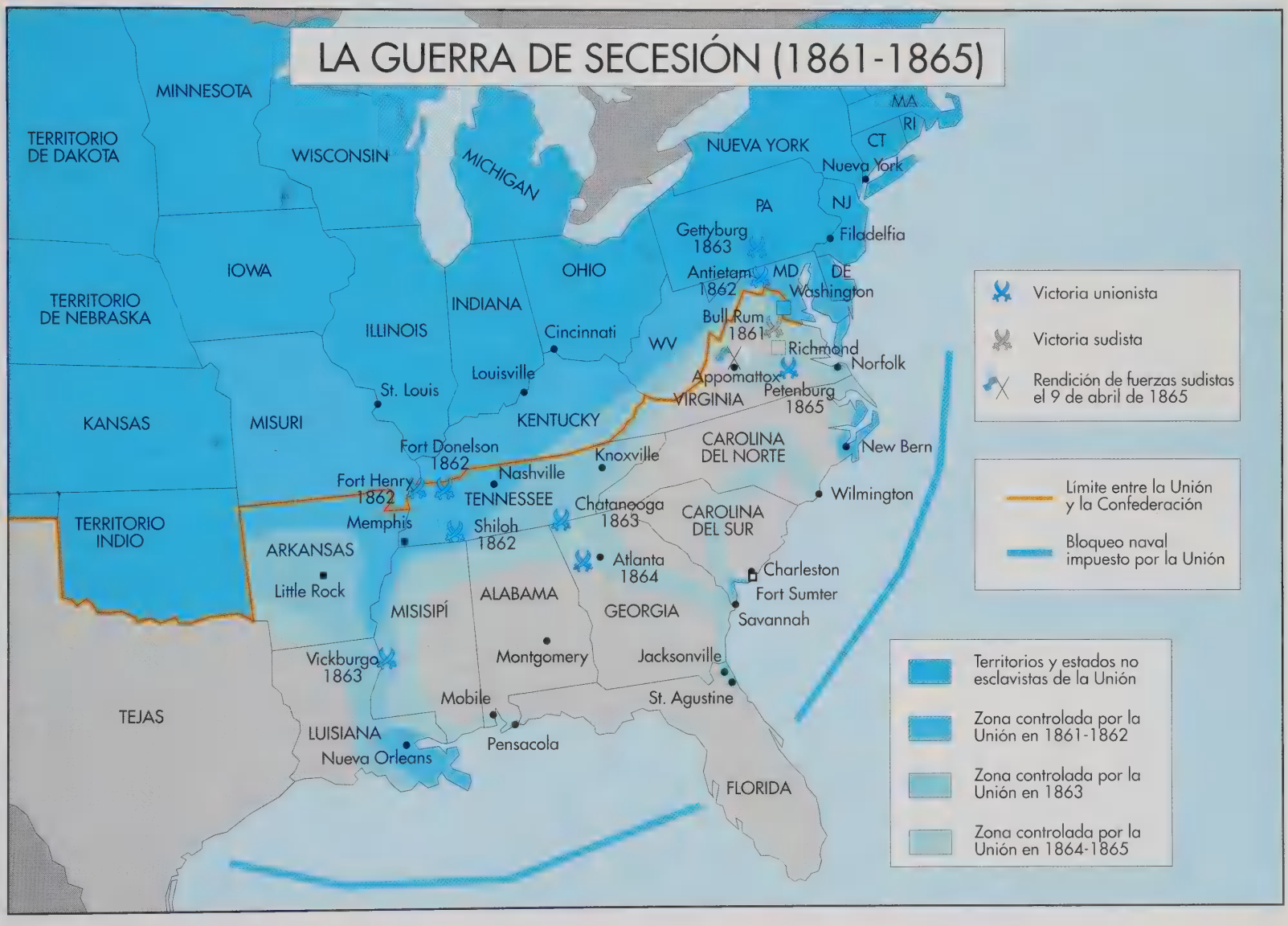
La Unión dominaba el mar e imponía un bloqueo naval a la Confederación con el fin de debilitar una economía que dependía sobre todo de las exportaciones. La marina del almirante Farragut y las tropas del general Butle tomaron Nueva Orleans en 1862 y los unionistas fueron adueñándose poco a poco de la navegación en el río Misisipí.

Por el oeste el frente se extendía a grandes distancias y planteaba problemas logísticos importantes. No obstante, fue en este teatro de operaciones en el que la Unión consiguió invertir la situación a su favor. Ulysses Grant comienza a dominar ese territorio con la toma de Fort Henry y Fort Donelson. Sus victorias de Shiloh (1862) y Vicksburg (1863) anunciaron la invasión de la Confederación por el oeste. Como comandante en jefe de las tropas del Norte, demostró su conocimiento de la táctica militar en la campaña de la Wilderness (1864), una guerra de resistencia y de asaltos frontales, muy costosa en vidas humanas, que permitió situar a Richmond bajo la amenaza directa del ejército federal. Mientras tanto, en mayo de 1864, su subordinado William Sherman, que había partido de Chatanooga, en el estado de Tennessee, encabeza una guerra de destrucción total, que afectaba tanto a civiles como a militares, destinada a minar la determinación sudista. Después de haber incendiado Atlanta, el principal nudo de comunicaciones confederadas, arrasa Georgia y alcanza Savannah y el océano Atlántico antes de remontar rumbo a Richmond. Encerrado en una tenaza y con la capital confederada en manos de Grant, Lee se rinde en Apotomax en abril de 1865.

La suerte de los negros, ¿una apuesta política?

En septiembre de 1862 la publicación de una *Proclamación preliminar de emancipación*, seguida en enero de 1863 de una *Proclamación de la emancipación de los esclavos negros de los estados en rebelión contra la Unión*, constituye un importante acto político que le valió a Lincoln una ventaja importante en la carrera diplomática. En un momento en el que el resultado de la guerra era especialmente indeciso, su declaración tuvo valor de símbolo, el Norte aparecía como el defensor de la democracia frente al sistema esclavista del Sur. Gran Bretaña y Francia, que por aquel entonces habían abolido ya la esclavitud, mantenían su prohibición a escala internacional y no podían por tanto reconocer a la Confederación.

Sin embargo, la emancipación de los esclavos no constituyó jamás la preocupación fundamental de Lincoln durante la guerra.


LA GUERRA DE SECESIÓN (1861-1865)
MINNESOTA
TERRITORIO DE DAKOTA
WISCONSIN
MICHIGAN
NUEVA YORK
MA
RI
CT
Nueva York
PA
NJ
Gettyburg 1863
Filadelfia
IOWA
OHIO
Antietam 1862
MD
DE
Washington
TERRITORIO DE NEBRASKA
INDIANA
Bull Run 1861
ILLINOIS
Cincinnati
WV
Richmond
Norfolk
Louisville
Appomattox
Petenburg 1865
St. Louis
VIRGINIA
KANSAS
MISURI
KENTUCKY
CAROLINA DEL NORTE
New Bern
Fort Donelson 1862
Knoxville
Nashville
Fort Henry 1862
TENNESSEE
Wilmington
Chatanooga 1863
CAROLINA DEL SUR
TERRITORIO INDIO
Memphis
Shiloh 1862
ARKANSAS
Atlanta 1864
Charleston
Little Rock
ALABAMA
Fort Sumter
MISISIPÍ
GEORGIA
Savannah
Vickburgo 1863
Montgomery
Jacksonville
Mobile
St. Agustine
TEJAS
LUISIANA
Pensacola
Nueva Orleans
FLORIDA
Victoria unionista
Victoria sudista
Rendición de fuerzas sudistas el 9 de abril de 1865
Límite entre la Unión y la Confederación
Bloqueo naval impuesto por la Unión
Territorios y estados no esclavistas de la Unión
Zona controlada por la Unión en 1861-1862
Zona controlada por la Unión en 1863
Zona controlada por la Unión en 1864-1865

Su mayor inquietud seguía siendo la reconstitución de la Unión, y estaba dispuesto a aceptar una paz de compromiso, que fue sin embargo rechazada por el ala radical de los republicanos. Descartando toda veleidad de revancha, Lincoln había preparado un plan de reconciliación con los estados del Sur que preveía su reintegración en la Unión y se mostraba dispuesto a aceptar una moratoria para la entrada en vigor de la abolición. Este plan se vio modificado por los éxitos militares de la Unión y la presión ejercida sobre el presidente por los republicanos más radicales. Resultó reelegido en 1864, pero su asesinato, ocurrido poco tiempo después, arruinó toda tentativa de reconciliación. Enfrentado a un Congreso dominado por los republicanos radicales, su vicepresidente y sucesor, Andrew Johnson, carecía de su estatura política y no consiguió poner en marcha el plan de reconstrucción preconizado por Lincoln. La proclamación de la emancipación demostró carecer de efectos reales durante el conflicto, ya que la mayoría de los esclavos afectados vivían en las regiones controladas por la Confederación. De los 3,5 millones de negros del Sur, de los que muchos habían combatido en las filas confederadas, sólo poco más de 200.000 lograron escapar de su autoridad durante el conflicto. Para los esclavos fugados que llegaban hasta donde se encontraban los ejércitos del Norte la decepción era muchas veces dolorosa, ya que sus liberadores no estaban todavía preparados y dispuestos a asumir el papel de emancipadores. Por otro lado, la Unión sólo incorporaba, con reticencia y exclusivamente a las órdenes de comandantes blancos, a los que deseaban integrarse en el Norte. La proclamación de Lincoln no dio todos sus frutos hasta la ratificación de la decimotercera enmienda, que el 18 de diciembre de 1865 abolió oficialmente la esclavitud dentro del territorio de Estados Unidos.

La reconstrucción

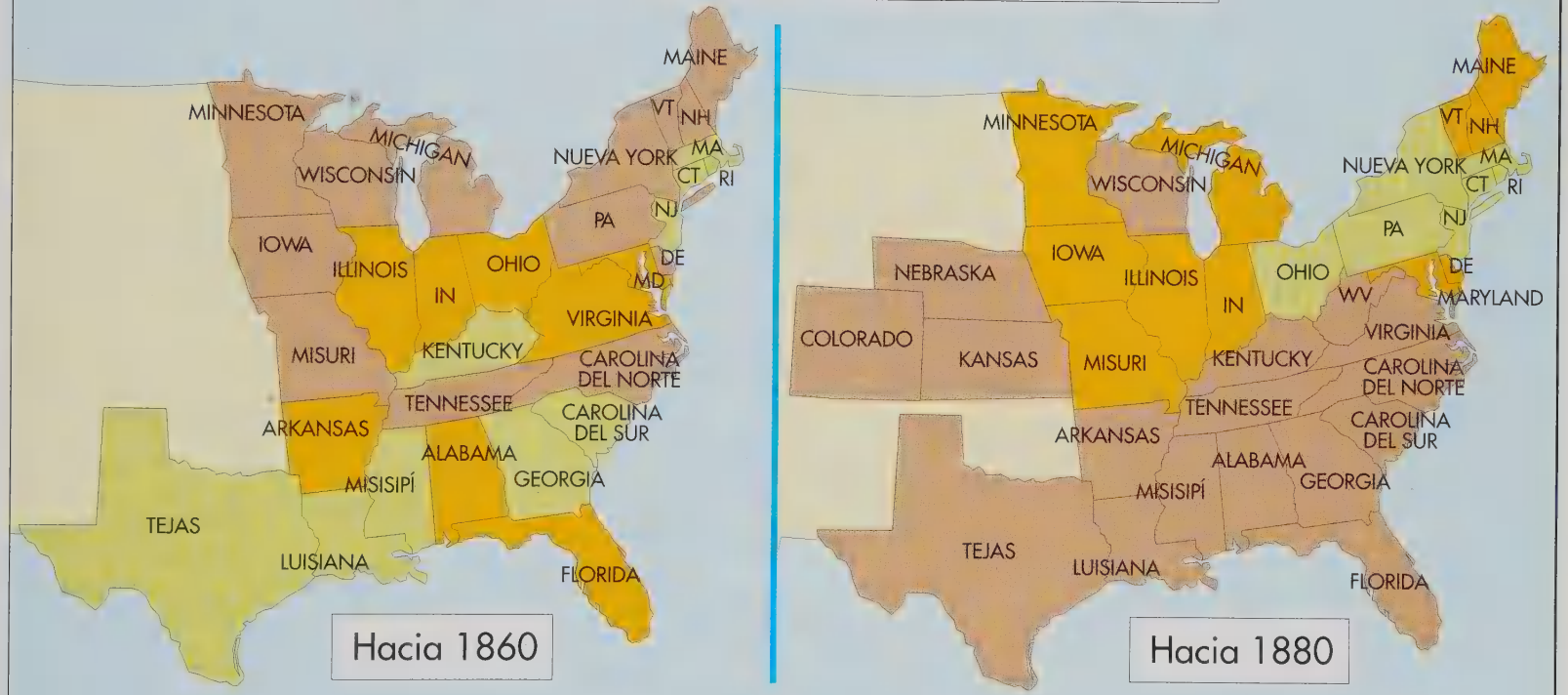
Al acabar la guerra, el Sur, derrotado y económicamente arrasado, heredó una situación paradójica. La antigua clase dirigente sudista, propietaria de la tierra, vio desplomarse el sistema de plantaciones, fundado en la explotación de una mano de obra servil. Por su parte, los esclavos manumitidos no poseían más que su fuerza de trabajo y aspiraban a conseguir un pedazo de tierra que cultivar y el disfrute del derecho de voto que sus antiguos dueños les negaban. Desaparecido Lincoln, el Congreso practicó una política muy intervencionista en relación con el Sur. El Capitolio estaba en aquellos momentos dominado por los republicanos radicales, que contaban precisamente con el voto de los negros para reforzar su posición a escala nacional. Se apoyaban en los industriales del Norte, enriquecidos por el esfuerzo de guerra y deseosos de ver cómo se creaba en todo el territorio norteamericano un gran mercado interior favorable a sus ansias de expansión económica. El Congreso dicta el decreto de 1867 sobre la reconstrucción, que dota de una administración militar federal al Sur, dividido en cinco distritos. Este decreto exigía asimismo que los antiguos estados confederados ratificaran la decimocuarta enmienda, la que garantizaba a todos los ciudadanos norteamericanos el disfrute de los mismos derechos civiles. La decimoquinta enmienda aseguró el sufragio universal masculino sin distinción de raza.

En 1868 Grant sustituye a Johnson al frente de la presidencia. Bajo sus dos mandatos sucesivos, el Sur, ocupado militarmente, se vio temporalmente dominado desde Washington por políticos pertenecientes al sector más radical del partido republicano, que se movió sobre el terreno gracias a la mediación de hombres de paja, los llamados *carpetbaggers*. Tras varios años en el Sur, estos aventureros, provistos inicialmente de una simple maleta de hule que les dio el nombre por el que se les conoce, volvían al Norte con una fortuna rápidamente ganada. La escritora norteamericana Margaret Mitchell ha inmortalizado la figura antipática del *carpetbaggers* con el protagonista de *Lo que el viento se llevó*, exitosa novela ambientada durante la guerra de Secesión.

El mantenimiento de la segregación en el Sur

Algunos antiguos secesionistas que se oponían visceralmente a la liberación de los esclavos no tardaron en emprender la vía de la ilegalidad, la intimidación y la violencia. Inmediatamente después de la guerra nacieron sociedades secretas extremistas como el Ku Klux Klan. Sus miembros, con la cara cubierta por capirotes, asesinaban a los negros en linchamientos casi públicos y tomaban represalias contra los blancos acusados de colaborar con los abolicionistas.

LA RECONSTRUCCIÓN: EL DESPLAZAMIENTO DE LAS RIQUEZAS



CT	Connecticut	NH	New Hampshire
DC	Distrito de Columbia	NJ	Nueva Jersey
DE	Delaware	PA	Pensilvania
IN	Indiana	RI	Rhode Island
MA	Massachusetts	VT	Vermont
MD	Maryland	WV	Virginia Occidental

Riqueza por habitante

- Entre los diez estados más ricos
- Del 11.° al 20.°
- A partir del 21.°

N.B.: En 1880 los estados del oeste (California, Nevada, Oregón) estaban también entre los más ricos.

Por otro lado, los representantes de la antigua clase aristocrática y agraria consiguieron la mayor parte de las veces mantener una posición política dominante en el Sur frente a los industriales del Norte, dispuestos a ceder a cambio de mantener un orden favorable al desarrollo económico. Las élites sudistas tardaron menos en convencerse de la necesidad de participar en una Unión basada en el desarrollo industrial y el capitalismo que de la necesidad de conceder a todos los ciudadanos norteamericanos la igualdad de derechos sin distinción de razas. En 1865 la promulgación en los estados del Sur de los llamados códigos negros, apenas distintos a los códigos de esclavos que los habían precedido, favoreció el mantenimiento de una relación brutal entre los esclavos liberados y sus antiguos propietarios, que, por ejemplo, seguían utilizando el látigo. Con todo, en 1871 los once antiguos estados confederados habían aceptado unánimemente la decimocuarta enmienda, condición previa a su reintegración en el seno de la Unión.

En 1876 una sentencia del Tribunal Supremo dictó que la decimocuarta enmienda no tenía vocación de convertir al estado federal en protector de los derechos civiles, lo que vino a reforzar indirectamente la posición de los estados del Sur, que gozaron de ese modo de libertad para fijar ellos mismos el marco de sus relaciones interraciales. Ese mismo año el candidato republicano en las elecciones presidenciales, Rutherford Hayes, llevado por preocupaciones electoralistas, hizo importantes concesiones a los estados del Sur que desembocarían, tras su elección en 1877, en el fin de la ocupación militar del antiguo territorio de la Confederación. Una vez que sus antiguos dueños hubieron recuperado totalmente el control del destino político del Sur, los negros fueron expulsados de la vida política y civil, convertidos en ciudadanos de segunda categoría y continuo objeto de todo tipo de vejaciones y actos de violencia.

Sin embargo, al fin de la guerra, la liberación de los esclavos había animado a algunos manumitidos a entrar en política con el fin de mejorar la condición de sus semejantes. Lejos de contestar al poder de la clase dirigente sudista en espíritu de revancha, las reivindicaciones de la mayoría de ellos se limitaban al establecimiento del sufragio universal masculino sin distinción de razas, la reforma del sistema judicial de sus estados de origen y mayor acceso a la educación.

Muy poco se había hecho en el plano económico para asegurar la viabilidad de la liberación de los esclavos al terminar el conflicto. Mientras que una ley de la Unión de 1862 aseguraba a todo ex combatiente blanco condiciones muy favorables para la adquisición de una parcela de terreno público, los esclavos liberados —cuya principal aspiración según la fórmula del abolicionista Thaddeus Stevens se resumía en la posesión de «40 acres y una mula»— no se beneficiaron de esta medida y tuvieron que comprar sus propios terrenos. El fracaso de la transformación de las plantaciones en pequeñas explotaciones agrícolas, por falta de capital y nula voluntad de cooperación por parte de los grandes hacendados, y de las tentativas de fijar una retribución económica para una mano de obra tradicionalmente servil hicieron a los antiguos esclavos abandonar numerosas propiedades.

La Oficina de Refugiados, Esclavos Liberados y Tierras Abandonadas, creada en 1865 por Lincoln, acompañó eficazmente la reconversión económica de algunos esclavos y favoreció la escolarización de sus hijos. Pero la mayor parte de ellos, desorientados y despojados de tierras, llegaron en masa a las grandes ciudades en busca de un puesto de trabajo retribuido. Al ser una mano de obra escasamente cualificada y poco exigente, muchos esclavos recientemente liberados fueron rechazados por una economía, la del Sur, todavía tambaleante y emigraron en masa hacia las industrias del noreste por las rutas que antes habían abierto sus compañeros huidos.

De este modo, el Sur, derrotado y arruinado por la guerra de Secesión, tardó quince años en recuperar su anterior nivel de producción de algodón. Había acumulado un retraso económico que no recuperaría hasta después de la primera guerra mundial. Pero, sobre todo, la emancipación de los negros, en cuyo nombre se había hecho la guerra, desembocó tras el periodo de reconstrucción en un deterioro de su condición social en los estados del Sur y en la puesta en práctica de un sistema de segregación que habría de perdurar más de un siglo.

LA TRANSFORMACIÓN EN GRAN POTENCIA

Tras la guerra de Secesión los dos mandatos del presidente Grant estuvieron marcados, aparte de por la reconstrucción de los estados sureños, por el avance de la expansión hacia el oeste y la incorporación de Estados Unidos al conjunto de naciones industrializadas. Un desarrollo y una prosperidad económica espoleadas por el flujo ininterrumpido de inmigrantes a la búsqueda de puestos de trabajo y deseosos de consumir crearon a comienzos del siglo XX una de las grandes potencias mundiales, aunque fuese a costa de cambios estructurales fundamentales.

La ocupación de las tierras y el fin de la frontera

La guerra de Secesión no había frenado el proceso de ocupación del espacio y el avance hacia el oeste. De acuerdo con el *Homestead Act* de 1862, todo cabeza de familia que hubiese cultivado durante cinco años consecutivos una parcela de terreno de 160 acres (64 hectáreas) perteneciente al dominio público podía convertirse en propietario mediante la adquisición de un derecho de inscripción al precio módico de 30 dólares. Así comienza el cultivo masivo de las Grandes Llanuras. Pero la llegada de agricultores y la implantación del alambre de espino en las praderas provocaron la insatisfacción de sus primeros ocupantes blancos, los rancheros trashumantes.

Algunos pioneros tejanos habían fijado las reglas de la cría extensiva de la raza rústica de los «cuernilargos», que se mantenía en estado salvaje. Ellos fueron los que abrieron las pistas (*trails*) que permitían a los vaqueros conducir las reatas de ganado hasta las estaciones de ferrocarril del Medio Oeste (Abilene, Wichita, Dodge City, etc.), desde donde se trasladaban a los grandes mataderos del este. El crecimiento urbano había dado lugar al desarrollo de un próspero mercado de alimentos. Como con todos los productos agrícolas, el precio de la carne de vacuno estaba fijado por la Bolsa de Chicago. Pero, hacia 1885, la bajada del precio de la carne y la competencia de países como Argentina incitaron a numerosos «barones del ganado» a reconvertirse y pasarse a la actividad agrícola, que hasta entonces habían combatido, y a favorecer los grandes regadíos.

En 1861, el telégrafo unió las dos costas de Estados Unidos. El desarrollo del transporte ferroviario desde la costa atlántica a la pacífica dio un impulso decisivo a la expansión territorial hacia el oeste. La construcción del primer ferrocarril transcontinental se produciría inmediatamente después de la guerra civil y las dos compañías privadas que obtuvieron la concesión unieron las vías férreas tendidas desde el Atlántico y desde el Pacífico en Promontory Point, Utah, el 10 de mayo de 1869. Entre 1883 y 1893 se tendieron cuatro líneas transcontinentales más para unir ambas costas. Permitieron reducir considerablemente la duración y los peligros de un viaje que hasta entonces se había efectuado en carromato o por mar, doblando el cabo de Hornos. La construcción de estas vías estuvo acompañada de enconadas luchas por ganar influencia, debidas a la lucrativa especulación de los terrenos situados a lo largo de las líneas férreas. Exigía además la contratación masiva de trabajadores extranjeros, muchos de ellos chinos. A fin de alimentar a esos numerosos obreros, las compañías ferroviarias se hacían con los servicios de cazadores que, como «Bufalo Bill» Cody, consiguieron grabar su nombre en las leyendas del oeste diezmando los grandes rebaños de bisontes, principal fuente de aprovisionamiento de carne de los indios seminómadas de las Grandes Llanuras.

Expulsados de sus territorios por los blancos, los indios se convirtieron en los grandes perjudicados de la gran expansión. Ya en 1826 se les había hecho retroceder hasta la otra orilla del Misisipí, para obligarles luego a desplazarse cada vez más hacia el oeste mediante tratados ratificados por la administración federal. La guerra civil entre Norte y Sur no impidió que prosiguieran las masacres de indios y su expulsión a territorios más occidentales. Durante treinta años diferentes tribus intentaron en vano impedir el avance del hombre blanco. Dotado de regimientos de caballería no muy poderosos pero efectivos, gracias sobre todo a las armas de repetición, el ejército norteamericano no tardó

LA EXPANSIÓN CONTINENTAL DE ESTADOS UNIDOS
CANADÁ
MAINE
WASHINGTON
MONTANA
DAKOTA DEL NORTE
MINNESOTA
MICHIGAN
VT
NH
MA
NEW YORK
CT
RI
OREGÓN
IDAHO
WYOMING
DAKOTA DEL SUR
WISCONSIN
PA
NJ
DC
DE
MARYLAND
IOWA
OHIO
NEVADA
NEBRASKA
ILLINOIS
INDIANA
WV
VIRGINIA
UTAH
COLORADO
KANSAS
MISURI
KENTUCKY
CAROLINA DEL NORTE
CALIFORNIA
TENNESSEE
CAROLINA DEL SUR
ARIZONA
NUEVO MÉXICO
OKLAHOMA
ARKANSAS
ALABAMA
GEORGIA
MISISIPÍ
TEJAS
FLORIDA
LUISIANA
MÉXICO
1763 Las trece colonias de origen
1783 Reconocimiento británico de la soberanía norteamericana más allá de los Apalaches
1818 Cesión por Gran Bretaña (cuenca del río Rojo)
1842 Abandono de la soberanía británica (frontera de Maine)
1846 Abandono de la soberanía británica (territorio de Oregón)
1803 Compra a Francia (Luisiana)
1810/1813 Anexión a costa de España (Florida Occidental)
1819 Cesión por España (Florida Oriental)
1845 Anexión de Tejas, independiente de México en 1836
Cedidos por México:
1848 (Tratado de Guadalupe Hidalgo)
1853 (Compra de Gadsden)

mucho en derrotarlos. La construcción de fuertes y a veces de atrincheramientos más primarios, como la simple colocación en círculo de los carromatos de las caravanas de pioneros, bastaba con frecuencia para repeler los ataques de los indios. Sin embargo, en 1868 los siux consiguieron obligar al general Sherman a evacuar las guarniciones del oeste, haciendo retroceder así a uno de los generales unionistas más prestigiosos de la guerra de Secesión. El descubrimiento de oro en las montañas sagradas de los siux, las Black Hills de Dakota del Sur, atrajo a un elevado número de buscadores de oro y provocó una nueva campaña del ejército, frustrada por la imprudencia del general de brigada Custer, responsable de la masacre de sus hombres a manos de los siux y los cheyenes en la batalla de Litle Big Horn (1876). Los últimos insurrectos entre los indios de las Grandes Llanuras libraron una última batalla en Wounded Knee (1890) antes de verse obligados a vivir en reservas. En 1889 el territorio de Oklahoma, teóricamente devuelto a los indios deportados del sureste después de 1830 (el llamado *Trail of Tears*), fue abierto a la colonización. La «pacificación» definitiva de las tribus indias, el dominio del espacio que se extendía desde un océano hasta el otro y su integración progresiva en la Unión en forma de estados anunció el fin de la Frontera, oficialmente proclamado tras el censo de 1890.

El crisol de razas o «melting pot»

Entre 1861 y 1914 alrededor de 27 millones de inmigrantes entraron en Estados Unidos.

Al mismo tiempo, por el efecto de un saldo migratorio positivo y el crecimiento natural, la población norteamericana pasó de 31 millones de habitantes en 1860 a 92 millones en 1910. Hasta 1850 la mayoría de los recién llegados eran de origen anglosajón; después, entre 1850 y 1880, de origen alemán y escandinavo. A partir de esta fecha los que encontraron su oportunidad en Estados Unidos fueron sobre todo italianos, polacos, rusos y griegos. Con esta última oleada llegó una gran proporción de judíos, mayoritariamente askenazíes. Durante este periodo, entre el 85 y el 90 % de los recién llegados eran europeos.

El flujo de inmigrantes contribuyó a transformar la América agrícola en una gran potencia industrial. El mercado interior norteamericano se amplió considerablemente y se pudo satisfacer la necesidad constante de mano de obra. Este fenómeno migratorio favoreció igualmente el desarrollo espectacular del proceso de urbanización. En efecto, en lugar de enfrentarse a las inhóspitas tierras del oeste cuya puesta en cultivo exigían grandes capacidades agrícolas, la mayoría de los recién llegados prefirieron establecerse en las ciudades. En 1890, 26 aglomeraciones urbanas tenían ya más de 100.000 habitantes. En 1900 tres de ellas superaban ya el millón de habitantes: Nueva York, Filadelfia y Detroit. El desarrollo de los primeros barrios en el extrarradio, facilitado por la mejora de los medios de transporte colectivos, adoptó un carácter anárquico debido a la especulación de terrenos. Más o menos por esta época las ciudades norteamericanas comenzaron a crecer hacia arriba. Se edificaron los primeros rascacielos, símbolos de una potencia económica joven y totalmente nueva. Pero muchos inmigrantes se agrupaban en los barrios de *slums* y *tenements*, viéndose obligados a soportar las difíciles condiciones de alojamiento e higiene así como la falta de espacio y de luz.

En las grandes ciudades los recién llegados tendían a agruparse por comunidades para hacer frente a las adversidades de un mundo desconocido. Reconstituían así por barrios el tejido social de su lugar de origen. Con alojamientos deficientes, enfrentados a una vida austera, podían sin embargo contar con la ayuda y solidaridad de sus compatriotas. Se fue creando de esta manera una «pequeña Italia», una «pequeña Irlanda» o un gueto polaco, en los que se mantenía la práctica de la lengua y la cultura natal.

No obstante, esta forma de perpetuación de la identidad de origen no significaba en todos los casos un repliegue en la propia comunidad. Las perspectivas de futuro que ofrecía el país representaban para todos un factor que animaba a la integración. El discurso inspirado por el espíritu protestante y liberal que valoraba el esfuerzo y la iniciativa individual consiguió una verdadera adhesión popular. En Estados Unidos, tierra de la oportunidad, la libertad y la libre competencia que ofrecía una oportunidad a todos, los padres no vacilaban en hacer sacrificios y seguir una vida laboriosa y dura con la esperanza de conseguir un aumento del nivel social de sus hijos. De hecho, las posibilidades de ascenso social y educativo ofrecidas a las clases más modestas seguían siendo globalmente mayores que en el Viejo Mundo del que habían salido. Llegados a la segunda generación, el idioma ya no constituía ningún obstáculo para la integración. Muchos inmigrantes acudían a cursos nocturnos después del trabajo y una amplia red de bibliotecas urbanas gratuitas, muy densa para la época, les proporcionaba el medio de progresar intelectualmente y de mejorar su condición social.

Prosperidad y conflictos sociales

El proceso de industrialización de Estados Unidos prosperó en gran parte gracias a la riqueza del subsuelo y el descubrimiento de nuevas reservas metalúrgicas en el oeste y su explotación sistemática. Por otro lado, la guerra de Secesión había estimulado enormemente la economía del noreste norteamericano. Una vez finalizado el conflicto, la estabilización de un gigantesco mercado interior protegido por aranceles de carácter disuasivo permitió a grandes unidades de producción satisfacer una demanda en crecimiento continuo. El espíritu pionero norteamericano se manifestó de nuevo en toda una serie de innovaciones técnicas con aplicaciones prácticas que demostraron ser muy lucrativas, como atestigua la fortuna de un Thomas Edison. El desarrollo de la maquinaria permitió a la industria orientarse hacia una modalidad de producción muy adecuada para satisfacer a una creciente masa de consumidores.

La modernización implicó un aumento del tamaño de las empresas y una concentración financiera cada vez mayor. El reagrupamiento de empresas se limitó en un principio a las que compartían un mismo sector de actividad, pero no tardó mucho en diversificarse y conducir a la formación de los primeros grandes *trusts*, propiedad de podero-

sos hombres de negocios: John Rockefeller en el mercado del petróleo, Andrew Canegie en el del acero o George Pullman en el de los transportes ferroviarios. La crisis de los años 1870-1880 incita a estas grandes corporaciones industriales a fusiones disimuladas bajo la fachada de complejos montajes financieros así como a acuerdos destinados a repartirse el mercado nacional. Este proceso engendra situaciones de semimonopolio contrarias a los principios liberales de los que se proclamaban defensores. Más que en el liberalismo económico, los grandes empresarios industriales habían encontrado en la filosofía de Charles Darwin y Herbert Spencer una justificación al espíritu individualista norteamericano: el dominio del más fuerte terminaría demostrando ser benéfica para el futuro de la especie. En 1890, el Congreso decide poner en práctica una ley anti-*trust* (el *Sherman Act*) con el fin de reducir las concentraciones monopolísticas. Pero este texto, ambiguo en su formulación, ya que podía aplicarse tanto a las empresas como a las organizaciones sindicales, dejaba al sistema judicial la misión de definir las medidas represivas que se impusieran.

Los efectos del capitalismo salvaje no suscitaron una reacción unitaria y eficaz por parte del mundo obrero. Los sindicatos tardaron bastante en estructurarse en Estados Unidos. Se trataba en la mayoría de los casos de un sindicalismo limitado a una élite de obreros cualificados, en forma de agrupaciones de carácter corporativista, en algunos casos de marcado componente ético o religioso. Al contrario que el sindicalismo europeo, el *trade-unionism* norteamericano no aspiraba a la revolución social, con la única excepción de una minoría de anarcosindicalistas. Acep-

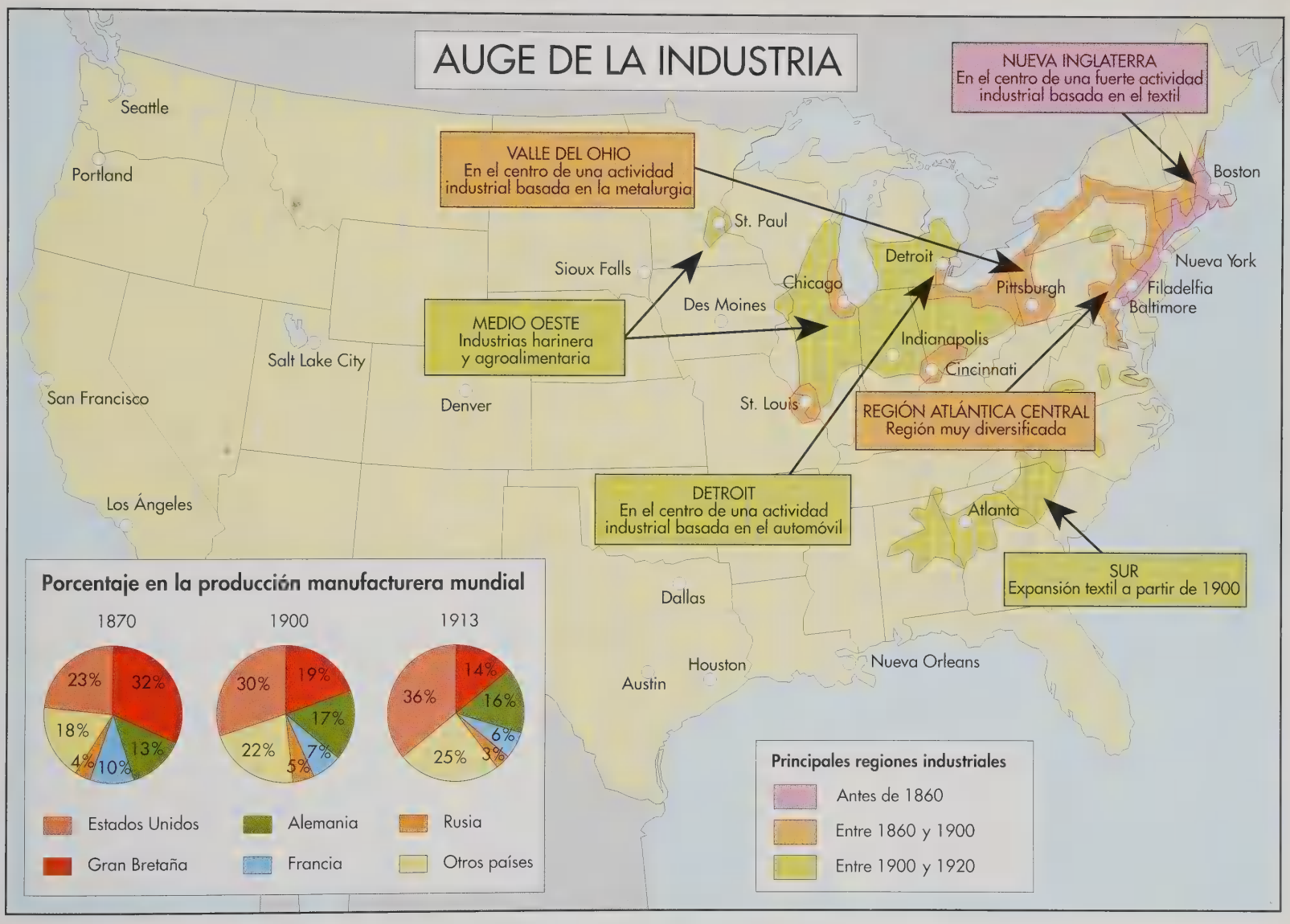
taba el sistema y se proponía beneficiarse de él más que combatirlo. En términos generales, los obreros vivían mejor en Estados Unidos que en Europa, y eso a pesar de no disfrutar de empleos estables ni cobertura social. Los menos preparados, los primeros en verse afectados en caso de una crisis económica, debían someterse a las exigencias patronales. Aunque la huelga fue oficialmente proscrita por determinados programas sindicales, algunas centrales no vacilaban en recurrir a ella. El 1 de mayo de 1886 una huelga de la organización sindical de los «caballeros del trabajo» a favor de la reducción de la jornada laboral a ocho horas terminó de manera sangrienta con las revueltas conocidas como *Haymarket Riots* de Chicago. Esta fecha fue elegida como fiesta del trabajo por movimientos obreros de todo el mundo, salvo en Estados Unidos, donde se prefirió el primer lunes de septiembre. La represión de las revueltas obreras por los patronos fue aplicada sin contemplaciones: envío de esquiroles o rompe-huelgas y contratación de obreros orientales dispuestos a sustituir por oportunismo o necesidad a los asalariados más recalcitrantes. El gobierno norteamericano no vacila tampoco en poner las tropas federales a disposición de los grandes capitanes de la industria con el fin de restablecer el orden, como demuestra la intervención de las fuerzas armadas en la ciudad de Pittsburgh en 1877.

Pero el mundo obrero no fue el único en sentirse atraído por el espíritu de contestación de finales del siglo XIX. Los agricultores del Medio Oeste, representantes de la tradición más rural y jeffersoniana de América, vieron con malos ojos el declive relativo de la actividad agrícola en favor de la industria y se consideraron los grandes perjudicados del enriquecimiento del país. Obligados a invertir continuamente en material agrícola, se encontraban en una situación de endeudamiento endémico y vivían bajo la amenaza permanente de expropiación por impago de las hipotecas. Estos granjeros acusaban igualmente a los especuladores de la Bolsa de Chicago, responsables según ellos de las bajadas de precio de los productos agrícolas. El partido republicano estaba considerado el defensor de los intereses de las altas esferas de la industria y de la banca del este, motivo por el que el radicalismo agrario benefició en principio al partido demócrata. Pero los fracasos repetidos de los candidatos demócratas en las elecciones presidenciales desencadenaron la fundación de un partido político independiente: el Partido Popular. Su programa retomaba las dos principales reivindicaciones de los agricultores: la rebaja de los aranceles con el fin de facilitar la salida de los productos agrícolas y la adopción del llamado bimetalismo oro-plata. La utilización de la plata como medio de pago suplementario debía implicar una circulación monetaria abundante, que supuestamente debía permitir un aumento de las transacciones y los precios de los productos agrícolas, resolviendo de paso los problemas de endeudamiento de los campesinos. A pesar de un fuerte enraizamiento local en el oeste, el nuevo partido no logró jamás imponer ninguno de sus candidatos a la Casa Blanca. Pero sí contribuyó a retomar la idea de la necesidad de reformas en el país.

Las tentativas de reforma

Los *muckrakers*, «removedores de fango», como los bautizó Theodore Roosevelt, se entregaron a la denuncia de los fallos del sistema americano. Periodistas de investigación y novelistas partidarios del realismo supieron dibujar una imagen poco amable de Norteamérica que llevó a una parte de la opinión pública, cada vez más influida por la prensa, a revisar sus antiguas certezas. Los *muckrakers* atacaban indiscriminadamente el poder y las prácticas deshonestas de los grandes *trusts*, la corrupción de los medios políticos y de la administración, los estragos del paro y la pobreza. Salvo algunas excepciones como las de Upton Sinclair o Jack London, que afirmaban abiertamente sus ideas socialistas, los *muckrakers* no ponían jamás en cuestión la validez esencial del sistema político vigente. Lo que se proponían era más bien sanearlo denunciando sus grietas y a los responsables de las mismas. En 1890 el periodista Jacob Riis, amigo personal de Theodore Roosevelt, retrató en *How the Other Half Lives* las lamentables condiciones de vida de las poblaciones más desfavorecidas del Lower East Side neoyorquino.

La aparición del movimiento populista había conducido a los políticos a tomar conciencia de la necesidad urgente de adecuar los principios en los que se basaba la democracia norteamericana a la realidad de un país en plena transformación económica y social. Los reformadores progresistas comenzaron a moverse a escala local, en el seno de los municipios, denunciando los problemas suscitados por el crecimiento anárquico y sin precedentes de las ciudades norteamericanas. El espacio urbano se veía como una es-


AUGE DE LA INDUSTRIA
NUEVA INGLATERRA
En el centro de una fuerte actividad industrial basada en el textil
VALLE DEL OHIO
En el centro de una actividad industrial basada en la metalurgia
MEDIO OESTE
Industrias harinera y agroalimentaria
REGIÓN ATLÁNTICA CENTRAL
Región muy diversificada
DETROIT
En el centro de una actividad industrial basada en el automóvil
SUR
Expansión textil a partir de 1900
Seattle
Portland
San Francisco
Los Ángeles
Salt Lake City
Denver
Sioux Falls
St. Paul
Des Moines
Chicago
St. Louis
Detroit
Pittsburgh
Indianapolis
Cincinnati
Boston
Nueva York
Filadelfia
Baltimore
Atlanta
Dallas
Houston
Austin
Nueva Orleans
Porcentaje en la producción manufacturera mundial
1870
1900
1913
23%
32%
18%
13%
4%
10%
30%
19%
17%
22%
7%
5%
36%
14%
16%
6%
25%
3%
Estados Unidos
Gran Bretaña
Alemania
Francia
Rusia
Otros países
Principales regiones industriales
Antes de 1860
Entre 1860 y 1900
Entre 1900 y 1920

pecie de laboratorio de experimentación para jóvenes políticos ambiciosos, como Theodore Roosevelt, destinados a adquirir muy pronto responsabilidades nacionales.

Los siguientes presidentes republicanos, de William McKinley (1896-1901) a William Taft (1908-1912), aumentaron las competencias presidenciales en la vida pública y la economía. A lo largo de sus dos mandatos (1901-1908), Theodore Roosevelt se esforzó por reducir la influencia de los grandes *trusts*, que, a pesar de la ley de 1890, seguían llegando a acuerdos y burlando las sentencias en su contra dictadas por los tribunales. Puso en práctica reglamentos destinados a limitar las maniobras de los grupos industriales. Roosevelt niega igualmente el apoyo del ejército a los dirigentes industriales en casos de conflictos sociales, lo que representó un notable cambio en la política federal. La elección en 1912 del presidente demócrata Woodrow Wilson, profesor de economía política en Princeton y un hombre profundamente idealista, señala el triunfo de un espíritu reformador que se proponía que la transformación económica de Estados Unidos se realizara con un espíritu democrático de justicia. Sin embargo, el desarrollo económico debería tener otras consecuencias en las grandes orientaciones del país.

La república imperial

A comienzos del siglo XX Estados Unidos no había desempeñado todavía ningún papel importante en el campo de las relaciones internacionales. El aviso que supuso la doctrina Monroe de 1823 pasó casi inadvertido en Europa. Allí se reafirmaban sin embargo las pretensiones panamericanas de Estados Unidos. El impresionante aumento de su prosperidad no tardaría en contribuir a convertir a Estados Unidos en la primera potencia mundial. No obstante, la voluntad del gobierno federal de afirmar el prestigio internacional del país chocaría durante mucho tiempo con la indiferencia, cuando no con la oposición, de la opinión pública norteamericana, profundamente aislacionista. Durante la primera mitad del siglo XIX Estados Unidos había ampliado su territorio hasta dotarse, fuese por medios diplomáticos o a la fuerza, de un espacio continental que extendía sus fronteras de un océano a otro. En los primeros tiempos de la República norteamericana esta expansión se había encontrado con algunos oponentes. Pero, siguiendo el ejemplo de Thomas Jefferson, la mayoría de ellos terminaron por sentirse obligados a defender en el exterior las fronteras nacionales embriagados por una visión de grandeza nacional. A mediados del siglo XIX, con una economía dinámica y en pleno crecimiento, Estados Unidos acometió la tarea de defender el libre comercio en el mundo no industrializado. Comenzó con Asia oriental y las islas del Pacífico. En 1854 los cañones de la escuadra del comandante Perry habían obligado a Japón a abrirse al comercio occidental. Las islas de Hawai en 1875 y las de Samoa en 1878 entraron en el campo de influencia norteamericano. La compra de Alaska a Rusia en 1867 suscitó algunas reticencias, pronto olvidadas gracias al descubrimiento en 1896 de filones auríferos. A partir de 1889, y bajo el impulso del secretario de Estado Blaine, el gobierno norteamericano se plantea diversas posibilidades de agruparse con las otras naciones del continente americano. Pero el principio panamericanista de la doctrina Monroe, que en 1823 pretendía ser una reacción puramente defensiva de las potencias europeas, había dado paso a ambiciones hegemónicas que terminarían asustando a los eventuales interlocutores de la gran república del norte.

En los últimos decenios del siglo XIX se fue afirmando un imperialismo norteamericano que obedecía a nuevas motivaciones. Una vez desaparecida la frontera, Estados Unidos quiso participar por derecho propio en un reparto del mundo que hasta entonces se había realizado en beneficio exclusivo de Europa. El espíritu de conquista norteamericano se vuelca hacia el exterior. El mundo de los negocios no se siente satisfecho ya con un mercado interior controlado por monopolios firmemente implantados y utiliza la prensa de su propiedad para influir en su favor, además de servirse de grupos de presión muy activos en los pasillos del Congreso y la administración. Para una parte de la opinión pública a Estados Unidos le correspondía ejercer una misión civilizadora. Fuertemente teñida de idealismo y basada en el espíritu religioso protestante, esa convicción de tener que asumir un «destino manifiesto» sigue siendo un componente esencial del nacionalismo norteamericano. Basándose en esta idea, Estados Unidos, que fue la primera colonia en liberarse del dominio de una metrópoli, debía ocupar un lugar preferente en el concierto de las naciones «civilizadas». A imagen de los ingleses, con los que compartían multitud de factores ideológicos y culturales, los norteamericanos pretendían cargar sobre sus espaldas «la carga del hombre

blanco». Desde 1885 la corriente nacionalista e imperialista encuentra una justificación teórica en los escritos de pensadores como el contraalmirante Alfred Mahan, que, defensor a ultranza de una marina norteamericana, justificaba el intervencionismo de Estados Unidos por el darwinismo social, que influiría igualmente en la economía liberal norteamericana.

La explosión del acorazado *Maine* en La Habana en febrero de 1898 dio al gobierno norteamericano el pretexto ideal para intervenir contra España en nombre del anticolonialismo. Tanto en Cuba, donde los españoles estaban intentando reprimir una larga serie de revueltas, como en Filipinas, Estados Unidos consiguió victorias militares relativamente fáciles. Sin contentarse con establecer zonas de influencia del dólar, lo que de por sí ya creaba una dependencia económica de hecho, los norteamericanos instauraron en Cuba y Filipinas auténticos protectorados y se apoderaron de Puerto Rico, convirtiéndose de ese modo en potencia colonial. El Caribe era ya una especie de «patio trasero» de Estados Unidos. Theodore Roosevelt se dedicó asimismo a aumentar la influencia norteamericana en América Central. Rescata los derechos franceses sobre la concesión del canal interoceánico en el istmo de Panamá, de gran interés geoestratégico para Estados Unidos, y organiza la secesión de Panamá contra Colombia. Durante los dos primeros decenios del siglo XX el gobierno norteamericano multiplica las intervenciones militares directas en el Caribe. Por su parte, los grandes *trusts* norteamericanos acentúan su control sobre los recursos agrícolas de las llamadas «repúblicas bananeras».

THEODORE ROOSEVELT (1858-1919)

Nacido en Nueva York, Theodore Roosevelt era descendiente de una rica familia de colonos holandeses instalados en el nordeste norteamericano desde comienzos del siglo XVIII. Hijo de banquero, cursó estudios de derecho en la Universidad de Harvard. Tras haberse instalado temporalmente en el oeste, se lanza a la carrera política. «Joven turco» *(young insurgent)* del partido republicano, no tardó en adquirir una gran notoriedad convirtiendo en sus caballos de batalla a la lucha contra la corrupción y la reforma de la función pública.

Como secretario adjunto en la Marina del presidente McKinley (1897-1898) prepara la flota para la intervención norteamericana de apoyo a los cubanos que se habían levando en armas contra España. Dimite de su puesto a comienzos de la guerra de Cuba para combatir a los españoles al frente de un regimiento de caballería integrado por voluntarios, los *Rough Riders*. Sus hazañas en Cuba, que tuvieron gran repercusión en la prensa, le convirtieron en figura nacional. Gobernador del estado de Nueva York (1898-1900) y vicepresidente de McKinley en 1900, sucedería a este último, asesinado al año siguiente. En 1904 fue elegido para un segundo mandato.

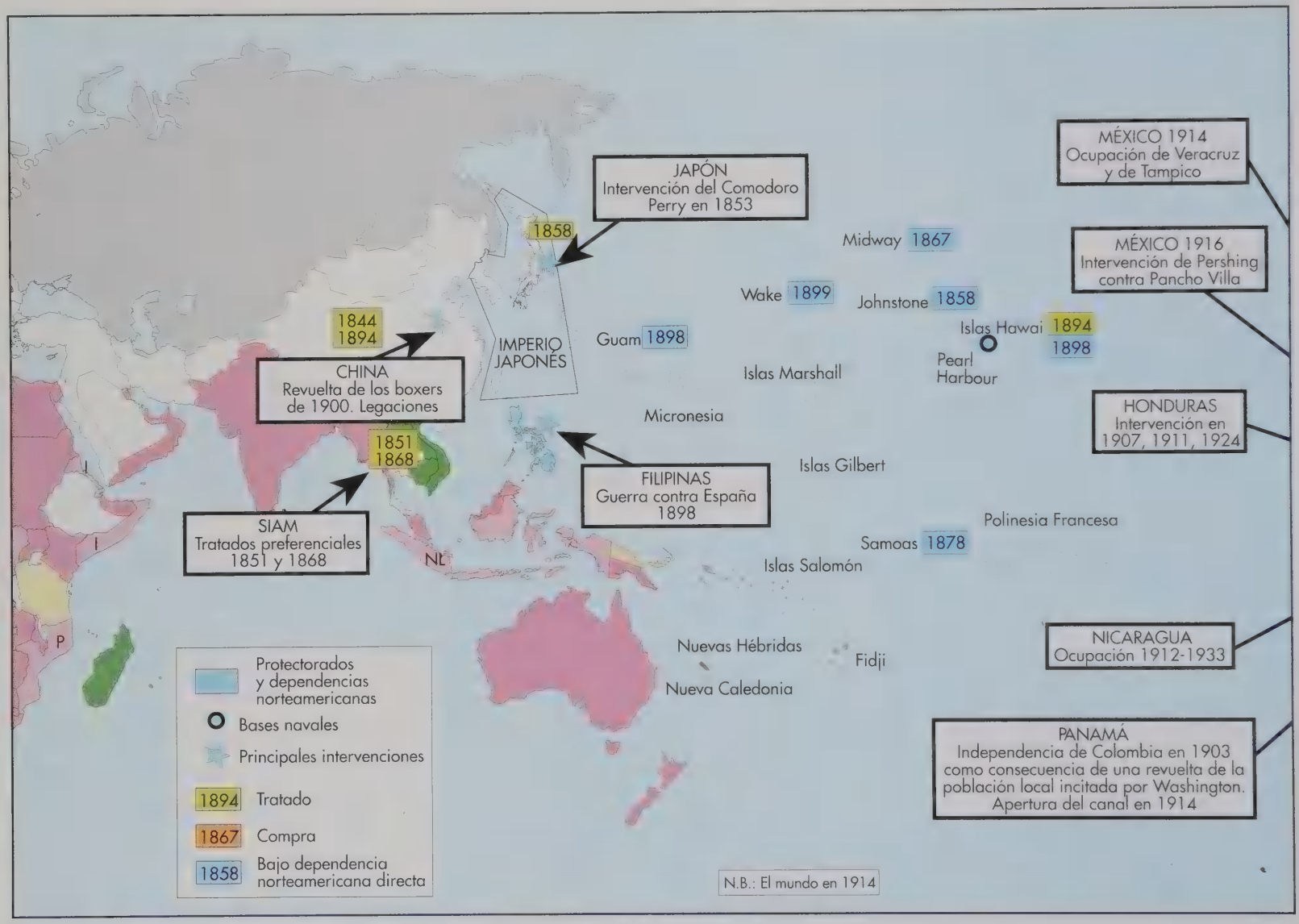
Roosevelt, dispuesto a presentarse como defensor del hombre del pueblo frente a los excesos del gran capital, continuaría a lo largo de su presidencia haciendo de la corrupción el gran tema de su combate político. Se alzaría contra la injusticia del sistema económico norteamericano, que pretendió combatir, ampliando de ese modo el campo tradicional de acción de un presidente de Estados Unidos, en particular en el terreno económico. Siguió siendo, sin embargo, un hombre ligado al poder de los grandes *trusts* norteamericanos.

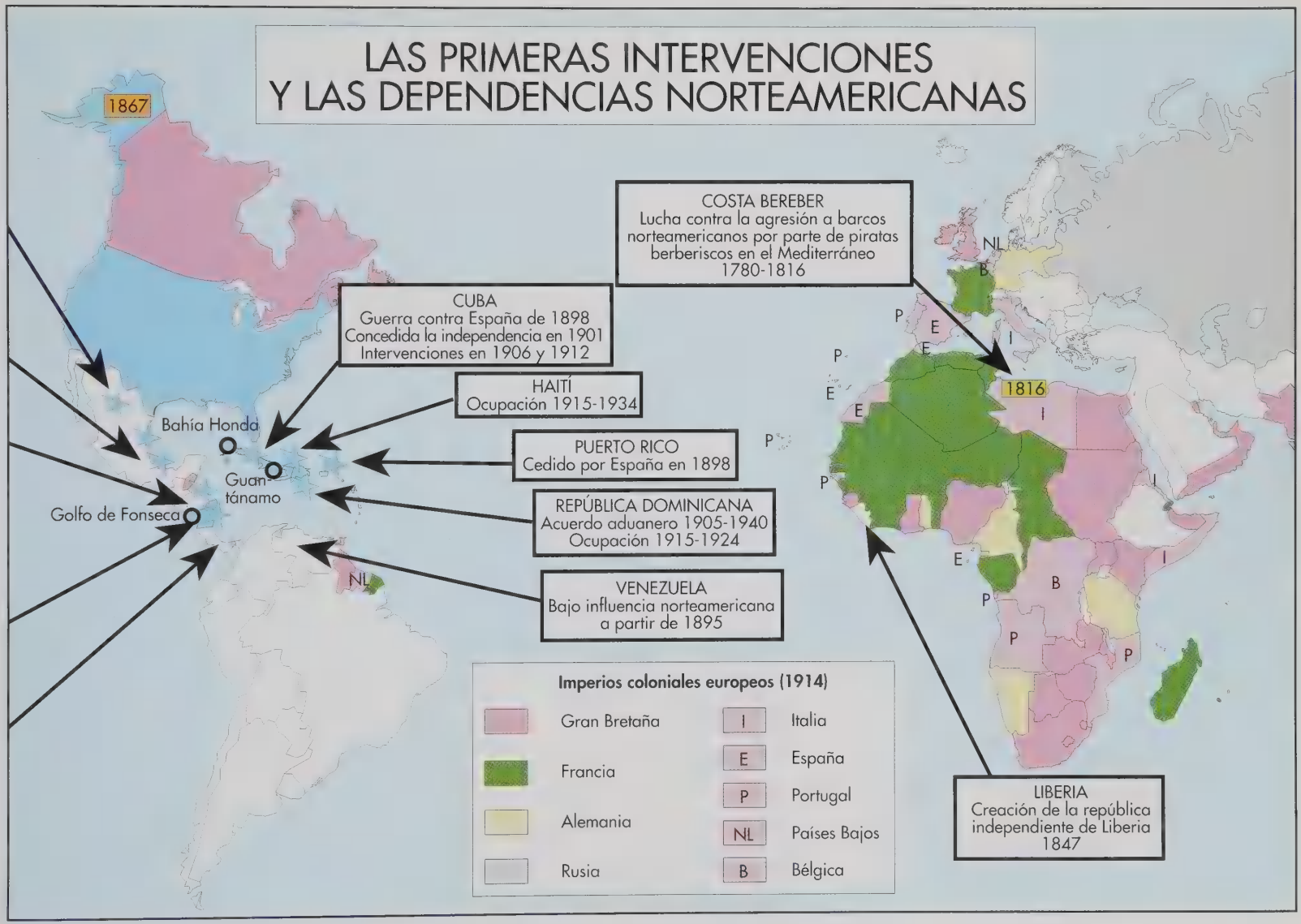
En materia de política exterior, Theodore Roosevelt fue partidario de un intervencionismo cada vez mayor de Estados Unidos en la escena internacional con el objetivo de convertir a su país en potencia mundial. Su acción a favor del tribunal internacional de La Haya le valió el Premio Nobel de la Paz en 1906.

Una vez concluido su mandato presidencial siguió mostrándose muy activo en la escena internacional. Su intento de volver a la presidencia en 1912 le enfrentó al aparato del partido republicano, que prefirió a William Taft. Creó entonces el Partido Progresista, que habría de desempeñar un dinámico papel de oposición a la política de neutralidad aplicada hasta 1917 por el presidente demócrata Woodrow Wilson.

Aparte del empleo de la «diplomacia del dólar» o del recurso menos sutil de la política del «gran bastón» (*big stick*), habitual en América Latina y en el Caribe, Theodore Roosevelt se concentró en fortalecer el prestigio internacional de Estados Unidos con la esperanza de convertir a su país en el árbitro mundial. Rompió de ese modo con la tradición de neutralidad legada por George Washington. Mediador en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, Roosevelt consigue estar representado en la conferencia de Algeciras de 1906 que debía resolver las diferencias franco-alemanas sobre Marruecos. Destacó también por su apoyo a la creación del tribunal internacional de La Haya.

De ese modo, y aunque paradójicamente en nombre de un anticolonialismo del que pretendía ser iniciador y máximo defensor, Estados Unidos fue superando su antigua resistencia a cualquier tipo de intervención exterior. Justificó la extensión de su influencia como potencia colonial por la convicción de haber sido elegido por la providencia. Sin embargo, en 1912, la vuelta a la Casa Blanca de los demócratas, menos intervencionistas que los republicanos, y la perspectiva de un conflicto generalizado en Europa bastaron para convencer a la mayoría de la opinión pública americana de que debía volver a replegarse en su tradicional actitud aislacionista.


JAPÓN
Intervención del Comodoro Perry en 1853
1858
IMPERIO JAPONÉS
1844
1894
CHINA
Revuelta de los boxers de 1900. Legaciones
1851
1868
SIAM
Tratados preferenciales 1851 y 1868
FILIPINAS
Guerra contra España 1898
Midway 1867
Wake 1899
Johnstone 1858
Guam 1898
Islas Hawai 1894
1898
Pearl Harbour
Islas Marshall
Micronesia
Islas Gilbert
Polinesia Francesa
Samoas 1878
Islas Salomón
Nuevas Hébridas
Fidji
Nueva Caledonia
NL
I
I
P
MÉXICO 1914
Ocupación de Veracruz y de Tampico
MÉXICO 1916
Intervención de Pershing contra Pancho Villa
HONDURAS
Intervención en 1907, 1911, 1924
NICARAGUA
Ocupación 1912-1933
PANAMÁ
Independencia de Colombia en 1903 como consecuencia de una revuelta de la población local incitada por Washington. Apertura del canal en 1914
Protectorados y dependencias norteamericanas
Bases navales
Principales intervenciones
1894 Tratado
1867 Compra
1858 Bajo dependencia norteamericana directa
N.B.: El mundo en 1914


LAS PRIMERAS INTERVENCIONES
Y LAS DEPENDENCIAS NORTEAMERICANAS
1867
COSTA BEREBER
Lucha contra la agresión a barcos norteamericanos por parte de piratas berberiscos en el Mediterráneo
1780-1816
CUBA
Guerra contra España de 1898
Concedida la independencia en 1901
Intervenciones en 1906 y 1912
HAITÍ
Ocupación 1915-1934
PUERTO RICO
Cedido por España en 1898
REPÚBLICA DOMINICANA
Acuerdo aduanero 1905-1940
Ocupación 1915-1924
VENEZUELA
Bajo influencia norteamericana
a partir de 1895
Bahía Honda
Guan-
tánamo
Golfo de Fonseca
1816
LIBERIA
Creación de la república independiente de Liberia
1847
Imperios coloniales europeos (1914)
Gran Bretaña
Francia
Alemania
Rusia
I Italia
E España
P Portugal
NL Países Bajos
B Bélgica

EL APRENDIZAJE DEL LIDERAZGO

A lo largo de tres graves crisis, dos guerras mundiales y la Gran Depresión de los años treinta, Estados Unidos se fue reafirmando simultáneamente como primera potencia mundial y como un modelo de sociedad. Frente a la amenaza que representaron primero los imperios centrales y más tarde las potencias totalitarias, se vieron forzados a romper su aislacionismo tradicional y proclamarse defensores de la democracia. Durante los años veinte apareció también la hoy llamada sociedad de consumo, mientras que el decenio siguiente, dominado por la personalidad de Franklin Roosevelt, estuvo caracterizado por los intentos destinados a corregir las desigualdades engendradas por la prosperidad y agravadas por la crisis: intervención del Estado en la esfera económica y puesta en práctica de un sistema de protección social que, debidamente consolidado, perdura hasta finales de los años noventa.

La entrada en la edad adulta

Cuando la primera guerra mundial estalla en Europa, Estados Unidos no tiene vocación de participar en el conflicto; el pacifismo de los norteamericanos estaba tanto más vivo en la medida en que la guerra había sido originada por problemas lejanos de los que apenas tenían un débil conocimiento. La neutralidad parecía ser igualmente recomendable a causa de los distintos orígenes europeos de la población de Estados Unidos; en 1914, de un total de 100 millones de habitantes, Estados Unidos contaba con un 13 % de ciudadanos nacidos en el extranjero y la misma proporción de ciudadanos nacidos de padres extranjeros. Millones de norteamericanos conservaban lazos familiares o sentimentales bien con los imperios centrales, bien con las democracias europeas. Finalmente, el mundo político no estaba dispuesto a enfrentarse al pacifismo de la opinión pública: durante la campaña para las elecciones presidenciales de 1916, Woodrow Wilson, candidato a la reelección, confirmó su intención de no implicar al país en el conflicto. Sin embargo, el 6 de abril de 1917 aprobaría la votación del Congreso por la que Estados Unidos entraba en la guerra. El 1 de febrero de 1917 la decisión alemana de emprender una guerra submarina a ultranza (es decir, de hundir sin aviso previo cualquier embarcación, neutral o aliada, que se aventurara por las proximidades de las costas británicas) precipitó la entrada de Estados Unidos en la guerra al lado de los aliados, con los que compartían numerosos intereses económicos y financieros. La opinión pública norteamericana se tuvo que tomar el anuncio alemán en serio cuando el 7 de mayo de 1915 el hundimiento cerca de las costas de Irlanda del paquebote británico *Lusitania* (que provocó 1.198 muertos, de ellos 128 norteamericanos) demostró la firme determinación alemana. El 3 de febrero Wilson anunció la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y el 6 de abril se declaró oficialmente la guerra.

Mientras tanto, sólo 4.355 hombres se habían alistado voluntariamente, lo que obligó al gobierno a implantar el reclutamiento obligatorio. Se formó un cuerpo de cuatro millones de hombres de los cuales aproximadamente la mitad combatieron en Europa a las órdenes del general John Pershing. Si se mira desde el punto de vista puramente militar, aunque importante (53.000 soldados norteamericanos cayeron en los distintos frentes), la participación de Estados Unidos en el conflicto no fue probablemente decisiva. En cualquier caso lo que sí permitió fue acortar la duración de la guerra. Como compensación, la ayuda financiera y económica que aportó a sus aliados le hizo pasar de deudor a acreedor de Europa.

La industria norteamericana, orientada totalmente al esfuerzo de guerra, se desarrolla y moderniza rápidamente, al tiempo que aumenta el número de obreros. Esta actividad relanza la emigración de los negros del sur en dirección al noreste, donde les resultaba relativamente fácil encontrar trabajo en las fábricas. La agricultura, que destinaba a Europa una parte importante de su producción, sobre todo de cereales, se benefició también del conflicto. La guerra enriquece a Estados Unidos y facilita su entrada en la era de la producción y el consumo masivo. Acumuló además unas reservas de oro sin precedentes, hasta el punto de que en 1919 poseía el 45 % del total mundial. Finalmente, esa riqueza le permitiría imponer a los europeos la superioridad norteamericana en la escena diplomática: el idealismo de Wilson, que habría presentado en su discurso de los Catorce Puntos (8 de enero de 1918) su visión de un mundo pacificado y democrático,

ESTADOS UNIDOS EN
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
Lusitania (G.B.)
7 de mayo de 1915
Sussex (Francia)
marzo de 1916
Guerra submarina alemana
a partir del 1 de febrero de 1917
Entrada en guerra de Estados Unidos
18 de marzo de 1917
Imperios centrales
Países que se aliaron con los imperios centrales en el transcurso del conflicto
Entente y países aliados
Países que se aliaron con la Entente en el transcurso del conflicto
Estados que se mantuvieron neutrales
Las etapas de entrada en guerra de los norteamericanos
Embarcaciones civiles aliadas hundidas por Alemania y que llevaban a bordo a ciudadanos norteamericanos
Zona de actividad de los submarinos alemanes
Frente francés
Fuerzas presentes en el frente francés en noviembre de 1918
Tropas inglesas 28 %
Tropas norteamericanas 31 %
Tropas franceses 41 %

inspira tanto los tratados de paz firmados después de la guerra como la constitución de una organización internacional, la Sociedad de Naciones.

Pero, una vez esfumada la euforia de la victoria, se cierra el paréntesis que había representado el intervencionismo de Wilson y vuelve a implantarse el aislacionismo: en las elecciones de noviembre de 1918 los republicanos consiguieron la mayoría de los escaños, tanto en el Senado como en la Cámara de representantes, gracias a un programa electoral que preconizaba el fin de la intervención norteamericana en los asuntos europeos. En noviembre de 1920 el republicano Warren Harding gana las elecciones presidenciales con el 60,4 % de los votos, frente a un 34,2 % de su principal adversario, el demócrata James Cox, que había defendido sin éxito la ratificación del tratado de Versalles. El éxito republicano se explica también por el deterioro de la situación económica, perceptible ya en el verano de 1920: una vez finalizada la guerra, las necesidades europeas de productos americanos se hicieron menos acuciantes, pues Europa había recuperado sus reservas agrícolas y reconstruido una parte de su aparato industrial. La caída de los precios agrícolas favoreció el éxodo rural y convirtió al campo norteamericano en la principal víctima de la crisis de 1920-1921. Finalmente, el temor que suscitó el auge comunista en todo el mundo tras la llegada al poder de los bolcheviques en Rusia arrastró a numerosos electores a los brazos del partido republicano. Crece una corriente anticomunista que no vacila en establecer una extraña amalgama entre el terrorismo de extrema izquierda, origen de numerosos atentados en 1919 y 1920, el idealismo de Wilson y las abundantes huelgas que se desencadenaron durante la posguerra.

A partir de 1922, la entrada de Estados Unidos en una era de prosperidad y el desarrollo de la sociedad de consumo, más de treinta años antes de su aparición en Europa occidental, contribuirían a mantener en el poder a los republicanos, cuya única preocupación era la de garantizar la continuidad de esa evolución. Los presidentes republicanos que se sucederían —Warren Harding (1920-1923), Calvin Coolidge (1923-1928) y Herbert Hoover (1928-1932)— se convertirían de ese modo en los apóstoles del liberalismo económico, acompañado en todo momento de una política conservadora en el campo social.

Una frágil prosperidad

La prosperidad norteamericana se apoyaba en un auge industrial sin precedentes ligado

a la generalización de nuevas fuentes de energía, así como en una mejora de la productividad, sobre todo gracias a las teorías de Frederick Taylor, que ideó la organización científica del trabajo. La industria automovilística, y especialmente el grupo Ford, fue una de las primeras ramas industriales en poner en práctica la producción en cadena. Símbolo de esa América de los años veinte, el automóvil, ya accesible para la mayoría de las clases medias, perdió su condición de objeto de lujo; en 1928 un 16 % de los norteamericanos tenían coche. El auge del capitalismo norteamericano estuvo acompañado de la puesta en práctica de nuevas técnicas de gestión y de distribución, al tiempo que la publicidad se convertía en un elemento clave del circuito económico.

La modernización del aparato industrial y los avances en la productividad, que permitieron a la vez una bajada del precio de los bienes de consumo y un incremento de los salarios, fueron el origen de la aparición de una vasta clase media con una forma de vida bautizada como *American way of life*. La mayoría de los objetos símbolos de la comodidad moderna se encontraban ya al alcance de un número cada vez mayor de norteamericanos: en primer lugar el automóvil, pero también el teléfono, el frigorífico, la aspiradora, la lavadora eléctrica, etc. Los rasgos característicos de la civilización norteamericana contemporánea se fueron implantando o acentuando en el transcurso de este mismo periodo: la urbanización, el desarrollo de las industrias punta, el turismo en determinadas regiones del oeste y del sur, la emancipación de las mujeres, etc. El aspecto de las ciudades norteamericanas sufrió una alteración profunda con el desarrollo de los barrios residenciales, lugar preferido por las familias de clase media, cuya principal aspiración era vivir en una vivienda unifamiliar rodeada de un pequeño jardín sin cercas. Este modelo se extendió por todo el conjunto del territorio norteamericano, sobre todo a las regiones del oeste y el sur, que se fueron poblando cada vez más: California, Tejas e incluso Florida se desarrollaban a un ritmo sostenido tanto en el plano económico como en el demográfico. Finalmente, las mujeres se beneficiaron también de ese movimiento de prosperidad. Tras haber alcanzado la emancipación política en 1920 (la 19.ª enmienda a la Constitución les concedía el derecho al voto), desempeñarían un papel cada vez más importante en la vida económica del país, accediendo algunas de ellas a puestos tradicionalmente reservados a los hombres (abogados, médicos, profesores de universidad, etc.).

Más liberal, la sociedad norteamericana de entreguerras seguía viéndose sin embargo influenciada por movimientos conservadores, en algunos casos intolerantes y xenófobos. El fundamentalismo religioso mantenía el vigor de antaño, sobre todo en los estados del sur, como demostró el proceso en 1925 de John Thomas Scopes, profesor acusado de haber enseñado a sus alumnos la teoría darwinista de la evolución. También, al menos en parte, en nombre de la religión se instaura en 1919 la 18.ª enmienda, que prohibía la fabricación y la venta de alcohol en todo el territorio norteamericano. Esta medida no tuvo prácticamente repercusión alguna sobre el consumo y por el contrario favoreció la aparición de un contrabando que enriqueció a numerosas bandas de gángsteres. La prohibición fue abolida en 1933 gracias a la 21.ª enmienda. En el sur, el resurgimiento del Ku Klux Klan en 1915 bajo la égida de William Joseph Simmons, natural de Atlanta, demostraría que el racismo seguía estando muy vivo: se calcula que en los años veinte el número de miembros del Ku Klux Klan ascendía a dos millones, puede que incluso a tres. Al acabar el decenio el movimiento muestra algunos signos de debilidad, pero debido no tanto a la violencia de sus ataques contra los negros, los judíos y los católicos, como a una serie de escándalos financieros en los que estuvieron implicados algunos de sus dirigentes. Mientras tanto, las virulentas críticas del Klan contra la inmigración eran todavía compartidas por una gran parte de la población y se vieron incluso trasladadas al plano legislativo: en 1921 y 1924 se votaron dos leyes para introducir un sistema de cuotas. Reforzaban una ley de 1917 que había instaurado el *literacy test* (los candidatos a la inmigración debían ser capaces de leer al menos 30 palabras en inglés o algún otro idioma). Destinadas en principio a limitar el número de inmigrantes, las cuotas aplicadas en 1921 y 1924 se proponían sobre todo seleccionar a los candidatos a entrar en el país. En 1924 se prohibió la inmigración a todos los asiáticos (salvo a los filipinos, que, al constituir un protectorado norteamericano, pudieron instalarse en territorio de Estados Unidos sin grandes dificultades hasta 1934). Por el contrario, el contingente de súbditos de otros países a los que se autorizaba a instalarse en

Estados Unidos debía fijarse en función de un porcentaje (primero el 3 % y luego el 2 %) del número de sus compatriotas ya instalados en 1910 (ley de 1921) y posteriormente en 1890 (ley de 1924), una época en la que el número de inmigrantes provenientes de la Europa central y mediterránea era todavía muy bajo. Estas medidas no se aplicaron a los súbditos de Canadá o de los estados suramericanos.

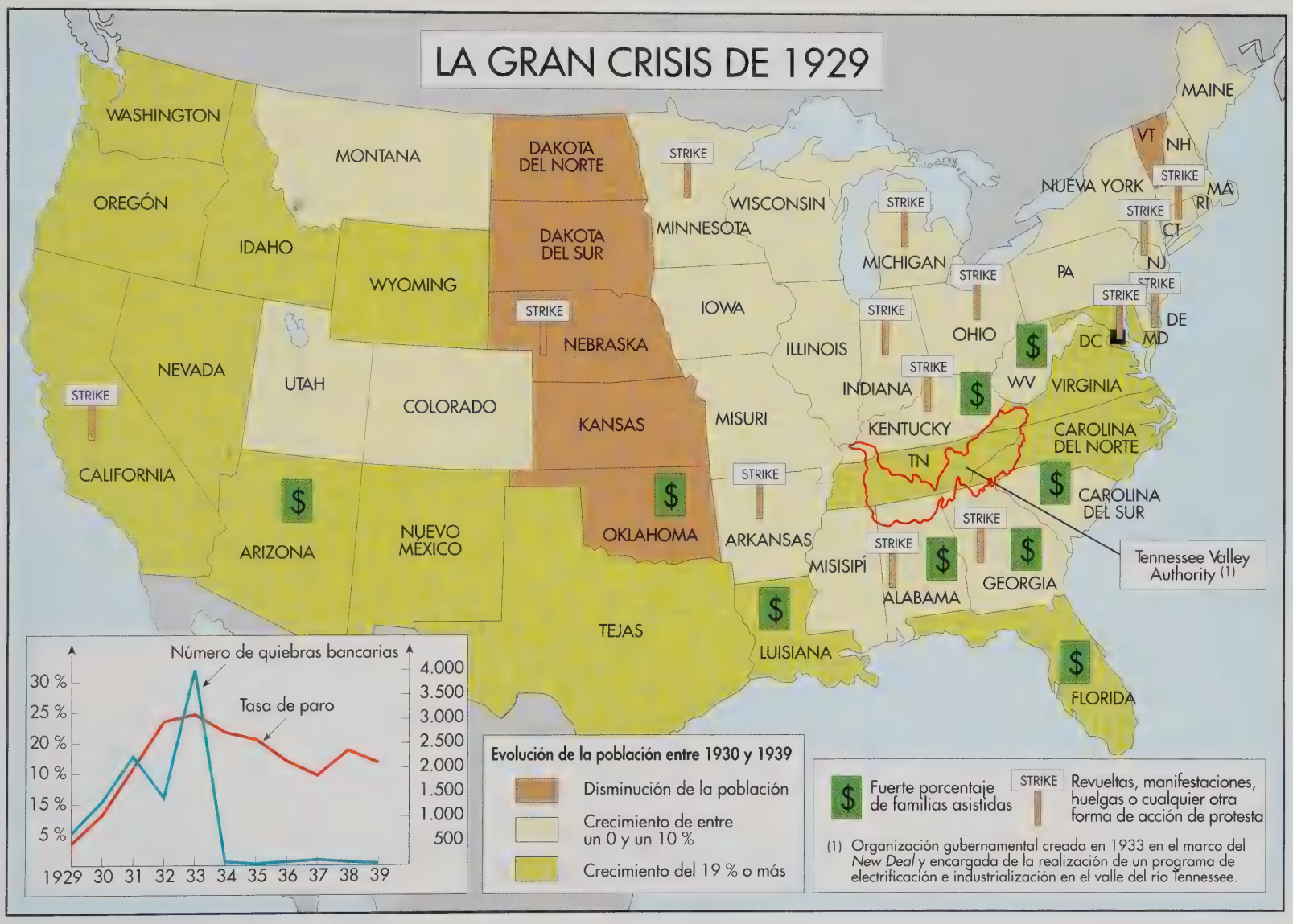
La sociedad americana de los años veinte, conservadora a pesar de la liberalización de las costumbres durante los llamados «locos años veinte» (los *Roaring Twenties*), seguía lastrada por la desigualdad: numerosos grupos de población estaban totalmente al margen de la nueva prosperidad. Determinadas regiones de Estados Unidos no se beneficiaron en absoluto de la implantación de nuevas industrias, mientras que otras seguían practicando una agricultura de subsistencia. Así ocurría sobre todo en las regiones mineras de los Apalaches, los condados textiles de Nueva Inglaterra o incluso las zonas rurales del viejo Sur. Buena parte del campo no se había recuperado de la crisis de 1920-21 y numerosos agricultores se vieron obligados a abandonar sus tierras.

La crisis y el «New Deal»

A pesar de algunos signos precursores el *crack* de 1929 sorprendió a la mayoría de los observadores. En agosto de 1928 Herbert Hoover, en aquellos momentos candidato republicano a la presidencia, declaraba con total serenidad: «El paro, con sus consecuencias de angustia y apuros económicos, está en gran medida en vías de desaparecer (...). Hoy en día en Estados Unidos estamos más cerca del triunfo final sobre la pobreza de lo que lo haya estado jamás ningún otro país en la historia». Un año después, el 22 de octubre de 1929, la Bolsa de Nueva York experimentaba la mayor caída de todos los tiempos: el jueves día 24, el famoso «jueves negro», se pusieron a la venta 19 millones de acciones. Una tercera parte no encontró compradores y pronto se desencadenó el pánico en los mercados y la caída de las cotizaciones provocó la quiebra en cascada de numerosas empresas. Los primeros afectados fueron los bancos. La considerable reducción de la masa monetaria en circulación contribuyę primero a una baja y luego a un hundimiento de los precios de la mayoría de los productos. La Gran Depresión se extiende de inmediato por todos los sectores económicos. En la agricultura tendría dos grandes consecuencias: arruinar a los granjeros que se habían endeudado para modernizar sus equipos de producción y, sobre todo, acelerar la caída de precios, evolución iniciada en la crisis de 1920-1921 y mantenida por la superproducción característica de la agricultura norteamericana en los años veinte. Entre 1929 y 1933 los precios agrícolas cayeron un 60 %. Finalmente, a mediados de los años treinta, determinadas regiones del centro y el sur sufrirían toda una serie de catástrofes meteorológicas: sequías prolongadas y tormentas de arena transformaron en un *dust bowl* (cuenca del polvo) estados como Oklahoma o Arkansas, ya afectados por la erosión derivada de la explotación intensiva de su suelo en el transcurso del decenio precedente.

En el ámbito industrial los sectores de automoción, textiles y minería fueron los más castigados, pero todos se vieron obligados a despedir trabajadores. Los primeros en verse afectados fueron los obreros no cualificados y en especial los negros. En 1933 el número de parados alcanzó la cuota máxima de los 12 millones, casi una cuarta parte de la población activa, una cifra monstruosa si se compara con los 1,6 millones en 1929.

Los orígenes de la crisis siguen siendo todavía objeto de discusión, pero la mayoría de los expertos están ya de acuerdo en atribuirla a las consecuencias de la economía norteamericana de los años veinte: la superproducción, la importancia de los créditos y el desbordamiento de la especulación. El conjunto de los sectores económicos se vio afectado por la superproducción; a finales de la década, el mercado norteamericano parecía estar saturado y las medidas que frenaban la inmigración limitaban el consumo. A este fenómeno de la superproducción se sumó a finales de los años veinte una tendencia a la reducción del consumo atribuida al débil aumento de la capacidad adquisitiva: entre 1921 y 1929 los salarios reales no aumentaron más que en un 11 %, mientras que en los dividendos se había producido una progresión del 65 %. Animados a consumir por la publicidad, los norteamericanos no habían dudado mientras tanto en recurrir a los créditos y a endeudarse para disfrutar de todas las comodidades modernas. El crédito se convirtió así en el motor de la economía norteamericana y la importancia de los préstamos concedidos por los bancos contribuía a hacer que su situación fuera especialmente


LA GRAN CRISIS DE 1929
WASHINGTON
OREGÓN
IDAHO
MONTANA
WYOMING
NEVADA
UTAH
COLORADO
CALIFORNIA
ARIZONA
NUEVO MÉXICO
DAKOTA DEL NORTE
DAKOTA DEL SUR
NEBRASKA
KANSAS
OKLAHOMA
TEJAS
MINNESOTA
IOWA
MISURI
ARKANSAS
LUISIANA
WISCONSIN
ILLINOIS
MICHIGAN
INDIANA
OHIO
KENTUCKY
TN
MISISIPÍ
ALABAMA
GEORGIA
FLORIDA
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
WV
PA
NUEVA YORK
MAINE
VT
NH
MA
RI
CT
NJ
DE
MD
DC
STRIKE
$
Tennessee Valley Authority (1)
Número de quiebras bancarias
Tasa de paro
30 %
25 %
20 %
15 %
10 %
5 %
4.000
3.500
3.000
2.500
2.000
1.500
1.000
500
1929 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39
Evolución de la población entre 1930 y 1939
Disminución de la población
Crecimiento de entre un 0 y un 10 %
Crecimiento del 19 % o más
Fuerte porcentaje de familias asistidas
Revueltas, manifestaciones, huelgas o cualquier otra forma de acción de protesta
(1) Organización gubernamental creada en 1933 en el marco del New Deal y encargada de la realización de un programa de electrificación e industrialización en el valle del río Tennessee.

frágil. Finalmente, la especulación en la Bolsa, que no afectaba más que a alrededor de millón y medio de personas, se basaba también fundamentalmente en los créditos y la mayoría de los especuladores tenían que descontar beneficios para poder devolver sus préstamos. Enfrentado a la depresión que asfixiaba a Estados Unidos, el presidente Hoover se negó en todo momento a poner en cuestión el principio de la no intervención del Estado federal en los asuntos económicos. La ceguera de Hoover, que todavía en mayo de 1930 declaraba: «Hemos superado ya lo peor y (...) debemos empezar a recuperarnos rápidamente», así como su incapacidad para renovar su visión del papel del Estado, le ganaron la animosidad de sus conciudadanos y precipitaron su derrota en las elecciones presidenciales de noviembre de 1932. Para entonces la miseria era el único destino de millones y millones de norteamericanos y el paisaje urbano se transformó con la aparición de las barriadas de chabolas, bautizadas irónicamente como «hoovervilles», situadas a veces en pleno centro de ciudades como Nueva York, donde centenares de individuos llegaron a instalarse en el mismísimo Central Park. En las proximidades de la Casa Blanca se instaló otro «hooverville» habitado por antiguos combatientes de la primera guerra mundial, acompañados por sus familias, que reclamaban el pago de sus pensiones. En julio de 1932 el presidente pidió al jefe del Estado Mayor del ejército, el general McArthur, que los expulsara de allí. La represión de McArthur, que tenía bajo sus órdenes a los comandantes Eisenhower y Parron, fue de una brutalidad inaudita, a pesar de lo cual Hoover se negó a condenarla. El candidato demócrata a la presidencia, Franklin Delano Roosevelt, debió una parte de su éxito electoral a la creciente impopularidad del presidente saliente, aunque, en su calidad de gobernador del estado de Nueva York, había empezado a aplicar ya los primeros programas de ayuda a parados e indigentes.

De hecho, el programa demócrata no tenía nada especialmente novedoso y la mayor parte de las ideas que dieron origen a las leyes del *New Deal* fueron desarrolladas por Roosevelt y su *braint trust* en el transcurso de los cuatro meses transcurridos entre su elección a la presidencia y el inicio del ejercicio de sus funciones. Roosevelt no tenía ningún plan preconcebido y no seguía ideología alguna, pero demostraría a lo largo de su presidencia una extraordinaria capacidad de transformación y experimentación. Las reformas que lanzó no constitutían un conjunto coherente y con frecuencia venían de decisiones tomadas sobre la marcha, según los acontecimientos; lo que demostraban era sobre todo la voluntad resuelta de su autor de hacer algo y poner en práctica todo lo que estuviera en sus manos para conseguir que el país saliera de la crisis. Al inicio de su mandato, el 4 de marzo de 1933, el presidente movilizó al Congreso: los cien primeros días de la presidencia se consagraron a votar leyes que afectaban a todos los sectores económicos. El *Banking Act* alivió la situación de numerosos bancos instaurando una moratoria general de los pagos y autorizando el cierre provisional de 6.000 establecimientos. El *Agricultural Adjustment Act* (AAA) animaba a los agricultores a reducir su producción mediante la concesión de indemnizaciones procedentes de un gravamen aplicado a las industrias de transformación de los productos agrícolas. El *National Industrial Recovery Act* (NIRA) estableció un plan de cooperación entre los industriales con el fin de reducir la caída de los precios, fijar un horario máximo y un salario mínimo e instituir un emblema (el águila azul) para indicar a los consumidores los productos cuyos precios habían sido fijados dentro del marco de la ley.

Este primer conjunto de medidas recibió los ataques cruzados de derecha e izquierda. Numerosos empresarios, además de los conservadores pertenecientes tanto al partido demócrata como al republicano, reprocharían a Roosevelt conceder prerrogativas demasiado importantes al Estado federal y aumentar el déficit, mientras que las críticas progresistas insistían en la insuficiencia de esas medidas para acabar con la pobreza. El Tribunal Supremo respalda algunas de las críticas emitidas contra el *New Deal* declarando inconstitucional el NIDA en 1935 y el AAA en 1936, acusados de despojar de una parte de sus poderes al Congreso y a los estados federados. Roosevelt contraataca y en 1938 somete a votación una segunda ley sobre la agricultura. Una sucesión de fallecimientos y jubilaciones entre los magistrados del Tribunal Supremo entre 1937 y 1941 le permiten proceder a la nominación de ocho nuevos jueces para ocupar puestos en el Tribunal, dando así vía libre a sus proyectos legislativos.

El *New Deal* interviene igualmente en el terreno social con la creación de un sistema de seguridad social y una serie de medidas

destinadas a favorecer el sindicalismo. En 1935 se votó el *Social Security Act*, que por primera vez organizaba un sistema de seguridad social mediante la creación de un seguro de vejez y otro de paro. Decidió igualmente el pago de los cuidados médicos a los hijos de familias sin recursos y los discapacitados. Indudablemente, la popularidad de Roosevelt le debió mucho a la puesta en práctica de este embrión del *Welfare State* (Estado de bienestar). La ley Wagner de 1935 garantizaba los derechos sindicales en la empresa y disponía la protección de los sindicalistas contra las arbitrariedades de la patronal. Estas medidas favorecieron el auge del sindicalismo norteamericano, sobre todo con la creación de un nuevo sindicato, el Congress of Industrial Organizations (CIO), más reivindicativo que la American Federation of Labor (AFL), que, desde su creación en 1881, había dominado el panorama sindical norteamericano. En 1940 el número de miembros del CIO superaba ya el de los de la AFL: 5 millones contra 4,5 sobre un total de 10,5 millones de trabajadores sindicados.

El balance de las medidas del *New Deal* se vio afectado no obstante por una nueva crisis. A pesar de una sensible recuperación de la actividad a mediados de los años treinta (en 1937 el índice de la producción industrial había vuelto ya a su nivel de 1929), la recesión golpea de nuevo al país entre 1937 y 1939. Y, lo que puede considerarse todavía más grave, el paro no experimentó una reducción duradera antes de la guerra, ya que en 1939 seguía afectando a 9,5 millones de personas; es decir, el 17 % de la población activa. Sólo la segunda guerra mundial, que movilizó al conjunto de la población en el ejército y las fábricas, permitió a Estados Unidos salir de la depresión.

LA TENNESSEE VALLEY AUTHORITY

Agencia federal creada en mayo de 1933 en el marco del *New Deal*, la Tennessee Valley Authority (TVA) tenía la misión de reorganizar el valle del río Tennessee, uno de los afluentes del Ohio, con una longitud de 1.600 km. A comienzos de los años treinta, el valle del Tennessee era una de las regiones más pobres de Estados Unidos; sus tres millones de habitantes, la mayoría campesinos, contaban con unos ingresos anuales apenas equivalentes al 40 % de la media norteamericana. El valle estaba afectado además por dos problemas ecológicos: la erosión de los suelos (más del 10 % de las tierras cultivables estaban agotadas) y las continuas inundaciones provocadas por las crecidas del Tennessee.

Dotada de poderes y medios considerables, la TVA se dedicó de manera prioritaria a regular el curso del Tennessee y sus afluentes. En total, se construyeron 21 embalses hidroeléctricos y seis grandes reservas de agua, transformando de ese modo al río en una serie seguida de lagos. Estas obras permitieron conformar un conjunto navegable de 1.200 km que unía el río Tennessee con el Misisipí y los grandes lagos, a través del Ohio. Las bajas tarifas aplicadas a la electricidad producida por los embalses lograron atraer a numerosas industrias, fundamentalmente de defensa nacional, y, después de la guerra, a centrales atómicas, además de empresas metalúrgicas, químicas... Se adoptaron igualmente iniciativas destinadas a los agricultores: por un lado, los embalses frenaban la amenaza de inundaciones y, por otro, los programas de plantación de árboles permitían luchar con eficacia contra la erosión del suelo. Las obras de infraestructura fueron acompañadas de medidas sociales ambiciosas destinadas a rebajar el índice de analfabetismo y mejorar las condiciones de vida de los agricultores.

La política de reordenación del territorio de la TVA pretendía tener un carácter global y afectar a todos los aspectos socioeconómicos del valle. A pesar de disponer de poderes muy amplios, sobre todo del derecho de expropiación, la TVA intentó siempre que fuera posible llegar a un acuerdo con las poblaciones afectadas. Único en su género, el programa de reordenación del valle del Tennessee fue uno de los elementos más originales de la política de Roosevelt y un «escaparate» inmejorable del *New Deal* que además permitió a cientos de miles de personas salir de la crisis.

Éxito en lo industrial y agrícola, el programa de la TVA tuvo sin embargo a largo plazo consecuencias desastrosas para el medio ambiente: la implantación de numerosas industrias contaminantes y el uso masivo de abonos generaron graves problemas de contaminación (lluvias ácidas, desaparición de numerosas especies de plantas y peces...).

La participación norteamericana en la segunda guerra mundial

El aislacionismo de los norteamericanos, que en el periodo de entreguerras había mantenido al país al margen de las cuestiones internacionales, reaparece al inicio de la guerra en Europa. Mientras que entre 1935 y 1937 el Congreso había votado numerosas leyes de neutralidad como reacción al «aumento de peligro», en noviembre de 1939 la ley conocida como *cash and carry* autoriza la venta de armas a los distintos países beligerantes con la única condición de que paguen al contado y se hagan cargo del coste del transporte del material adquirido. Dirigida en principio a todos los beligerantes, esta medida benefició fundamentalmente a británicos y franceses, que tenían el dominio de los mares. Cuando, tras la derrota de Francia, Gran Bretaña se queda sola frente a Alemania, en Estados Unidos se inicia un gran de-

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT (1882-1945)

Theodore Roosevelt, nacido en el seno de una familia rica y primo lejano del antiguo presidente republicano Franklin Roosevelt, cursó estudios en la Universidad de Harvard y en la facultad de derecho de Columbia. Abogado de profesión, no tardó mucho en entrar en el partido demócrata. Elegido senador del estado de Nueva York en 1910, fue secretario adjunto de la Marina de 1913 a 1920, bajo la presidencia de Woodrow Wilson. Tras perder, como candidato a la vicepresidencia, las elecciones de 1920, fue víctima de un ataque de poliomielitis que le impediría utilizar la piernas. Con la ayuda de su esposa, Eleanor, con la que se había casado en 1905, consiguió superar esa dura prueba; su valor y su constante optimismo frente a las condiciones de mayor adversidad le granjearon la admiración de los norteamericanos.

Como gobernador del estado de Nueva York (1929-1933) puso en práctica una política social original que contribuyó a darle a conocer en todo el país. En 1932 fue elegido para representar a su partido en las elecciones presidenciales contra el candidato republicano, el presidente saliente Herbert Hoover. La incapacidad de éste para proponer un programa de relanzamiento de la economía permitió a Roosevelt ganar los comicios con un 57,8 % de los sufragios. En el transcurso de la convención del partido demócrata en Chicago en la que recibió su investidura, Roosevelt pronunció un discurso que decía: «Os prometo, me prometo a mí mismo un nuevo acuerdo (el *New Deal*) para el pueblo americano (...). Esto es más que una campaña política. Es un llamamiento a las armas». De hecho, en el transcurso de los cien primeros días de su mandato, y a pesar de haber llegado al poder sin un programa preciso, logró que se adoptara una impresionante serie de medidas para combatir la depresión, que fueron el origen de una creciente intervención del Estado federal en los asuntos económicos del país. Bajo su presidencia aumentaron considerablemente las prerrogativas del poder ejecutivo.

En el campo de las relaciones exteriores, puso fin a las tentaciones aislacionistas de Estados Unidos, decidiendo la participación de su país en la segunda guerra mundial y, sobre todo, sentando las bases de un nuevo orden internacional. La aplicación del *New Deal* y su actuación como jefe del ejército durante la guerra permitieron a Roosevelt ser el único presidente norteamericano que obtuvo cuatro mandatos consecutivos: fue reelegido en 1936 con el 62,2 % de los votos, en 1940 con el 54,8 % y en 1944 con el 53,3 %. Para impedir que el poder ejecutivo estuviera dominado demasiado tiempo por un mismo hombre, el Congreso adoptó en 1951 una enmienda a la Constitución en la que se estipulaba que «nadie podrá ser elegido a la presidencia más de dos veces».

La popularidad de Roosevelt se basó en numerosos factores, el primero sin duda una personalidad fuera de lo corriente: su lucha contra la enfermedad, su obstinación, su dinamismo y una preocupación verdadera por la gente corriente conquistaron a los norteamericanos. Se hizo rodear de teóricos y universitarios de talento, que constituían su *brain trust*. Roosevelt era sin embargo un hombre pragmático que adaptaba sus decisiones a la realidad. Fue uno de los primeros en darse cuenta del impacto de los medios de comunicación de masas. Movido por el afán de pedagogía, explicaba sus medidas a la ciudadanía en entrevistas radiofónicas sumamente populares, las «charlas junto a la chimenea». Finalmente, se benefició de la popularidad de su esposa Eleanor, animadora de numerosas obras sociales de orientación progresista y que ayudó constantemente a su marido en el desempeño de sus tareas. Murió el 12 de abril de 1945, pocos meses después de haber sido elegido para un cuarto mandato. Eleanor Roosevelt se convirtió más adelante en la primera representante de Estados Unidos ante la ONU, donde influiría decisivamente en la ratificación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

bate sobre la necesidad de romper con el aislacionismo. En marzo de 1941 una ley de préstamo preferencial permite a Inglaterra (y luego a la URSS) comprar en Estados Unidos todo el material necesario y pagarlo una vez finalizada la guerra. Se calcula que esta ley permitió a los aliados de Estados Unidos beneficiarse de una ayuda global de 50.000 millones de dólares. En agosto de 1941, en el transcurso de una entrevista entre Roosevelt y el primer ministro británico, Winston Churchill, se crea la Carta del Atlántico, declaración de principios que inspiraría la futura Carta de las Naciones Unidas.

La entrada de Estados Unidos en la guerra tuvo como causa inmediata el ataque japonés contra Pearl Harbour. Las conquistas niponas en Asia y el Pacífico (invasión de Manchuria en 1931, del resto de China en 1937 y de Indochina en 1940) habían provocado la inquietud de Estados Unidos ya desde principios de los años treinta. En 1940 declararon el embargo a Japón de toda una serie de productos, sobre todo queroseno y acero, y congelaron los fondos japoneses en su territorio. El 7 de diciembre de 1941 el ataque sorpresa de fuerzas japonesas contra la base de Pearl Harbour, con un saldo de más de 2.400 muertos, llena de estupor a la opinión pública y provoca la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial.

En el conflicto bélico se movilizó al conjunto de los norteamericanos. El paro bajó considerablemente gracias al reclutamiento (el ejército norteamericano contaba con un total de 10 millones de reclutas de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta y cuatro años, además de 5 millones de voluntarios) y al empleo en las fábricas de todas las fuerzas de la nación. La poderosa corriente migratoria que trasladaba a cientos de miles de norteamericanos a los centros

industriales del norte y el oeste tuvo sin embargo contrapartidas nefastas en el plano de la cohesión social: la escasez de alojamientos y la insalubridad derivadas del amontonamiento de las familias en habitáculos mínimos desencadenó graves conflictos sociales y étnicos. Durante la guerra se suceden las huelgas y revueltas en las grandes ciudades. Brotan también numerosos arranques de xenofobia contra los ciudadanos norteamericanos de origen japonés, sobre todo contra los instalados en los estados de la costa del Pacífico. Vilipendiados desde febrero de 1942 por las campañas de prensa del grupo Hearst, por decisión de Roosevelt 120.000 de ellos fueron despojados de sus bienes e internados en campos de concentración situados en las regiones aisladas de Arkansas, Wyoming y Arizona. Permanecerían en ellos hasta finales del año 1944 y hubo que esperar hasta 1988 para que el Congreso adoptara una moción por la que les presentaban sus excusas.

El esfuerzo bélico se concentró prioritariamente en el frente europeo: los desembarcos en el norte de África (8 de noviembre de 1942), Sicilia (10 de julio de 1943) y finalmente en Normandía (6 de julio de 1944) permitieron la victoria de los aliados, mientras que los diferentes encuentros entre los dirigentes de las democracias occidentales y de la URSS diseñaban el nuevo orden mundial de posguerra. El primer encuentro entre los «tres grandes», Roosevelt, Stalin y Churchill, tuvo lugar en noviembre de 1943 en Teherán. Fue en el transcurso de esta conferencia cuando se adoptó la decisión de abrir un segundo frente en Europa mediante el desembarco aliado en Francia. Esa demanda había sido ya formulada en numerosas ocasiones por Stalin con el fin de aliviar la situación de los ejércitos soviéticos en el frente oriental. En febrero de 1945, cuando los nazis estaban ya a punto de perder la guerra, se celebró la conferencia de Yalta, en la que los aliados decidirían la suerte de la Alemania vencida. Roosevelt, que se encontraba ya muy debilitado, fue acusado posteriormente de haber hecho demasiadas concesiones a los soviéticos, sobre todo la cesión de una zona de ocupación en Corea y algunas modificaciones de las fronteras europeas, así como de haber manifestado una excesiva confianza en Stalin.

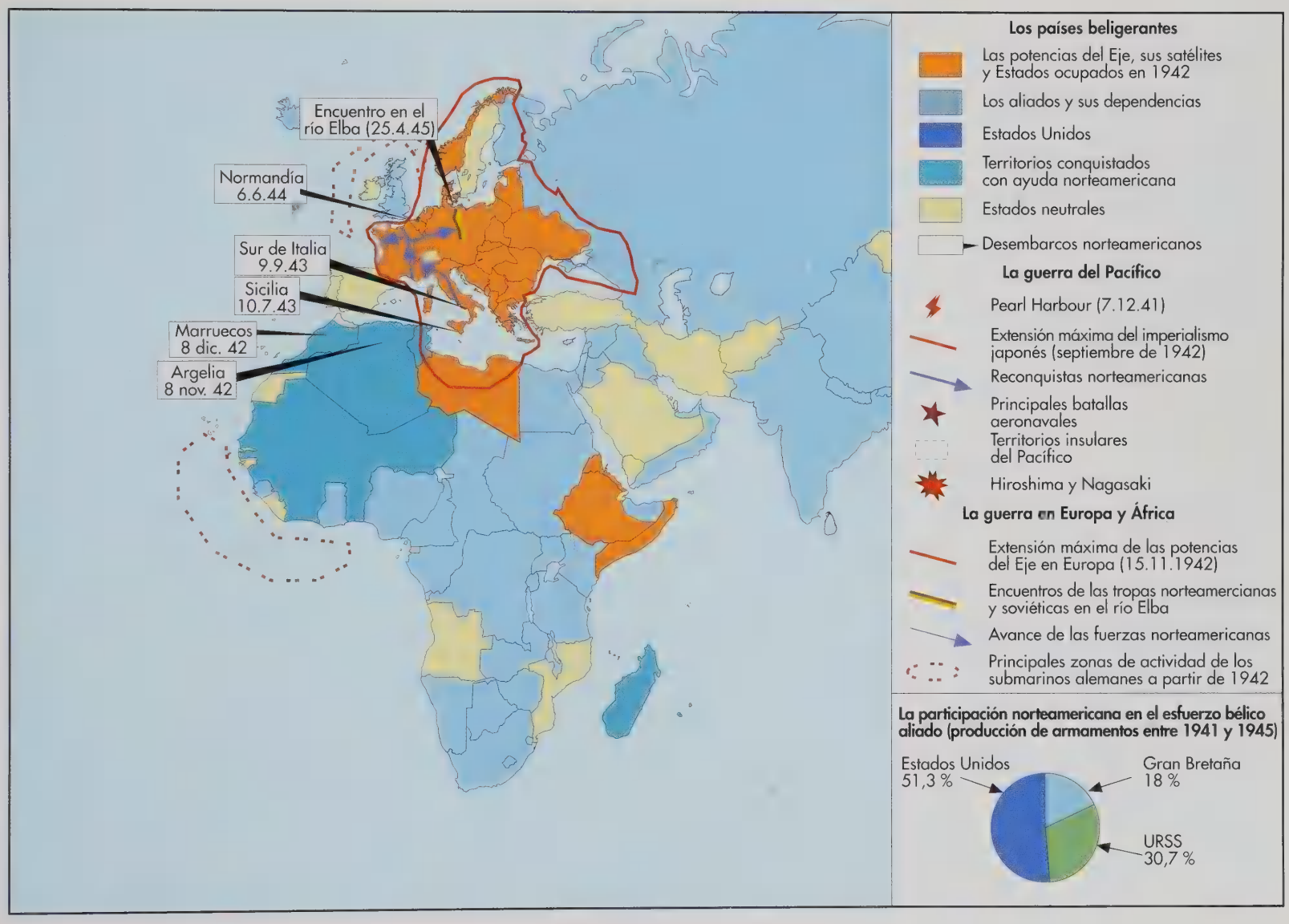
La muerte de Roosevelt el 12 de abril de 1945 dejó a su país desamparado. Ningún otro presidente había sabido encarnar tan bien las aspiraciones del pueblo norteamericano. Roosevelt supo galvanizar a sus conciudadanos y movilizar sus energías a fin de hacer todo cuanto fuera posible para salir de la depresión económica y luchar contra el agresor japonés.

Lo que marca la era Roosevelt es probablemente la puesta en práctica de un Estado benefactor. En junio de 1944 se añade una nueva piedra a ese edificio: el *GI Bill of Rights*, cuyo objetivo era compensar a los soldados norteamericanos por los servicios que habían prestado a su patria facilitándoles la reinserción. Gracias a esta ley, los ex combatientes desmovilizados se beneficiaron de la ayuda federal en su busca de un puesto de trabajo y, sobre todo, más de dos millones de ellos pudieron emprender estudios universitarios totalmente financiados por el Estado. Estas disposiciones fueron adoptadas nuevamente en el caso de los ex combatientes en las guerras de Corea y Vietnam.

El sucesor de Roosevelt, el vicepresidente Harry Truman, hereda una tarea difícil: acabar la guerra con Japón. Informado el 25 de abril de 1945 por el secretario de defensa Henry Stinson del programa de investigaciones nucleares Manhattan, decide emplear la bomba atómica contra Japón. La demostración de la potencia norteamericana —Hiroshima fue bombardeada el 6 de agosto, 180.000 víctimas directas, y Nagasaki tres días después, 80.000— obliga a Japón a capitular el 14 de agosto. Aunque la mayoría de los expertos parecen haberse puesto de acuerdo para afirmar que un desembarco en Japón hubiera representado la muerte de centenares de miles de soldados, la decisión de Truman de hacer uso de la bomba atómica, y hacerlo dos veces, sigue siendo objeto de controversia. En cualquier caso, permitió a Estados Unidos demostrar su superioridad tecnológica y militar.

Al final de la segunda guerra mundial la supremacía económica y política de Estados Unidos era incontestable; no tenían que lamentar más que 300.000 muertos, su territorio no se había visto afectado por el conflicto y su economía había salido de la depresión. En la escena diplomática no habían conseguido, sin embargo, impedir la aparición de una gran potencia competidora, la URSS. El 21 de junio de 1945 Truman ordena la retirada de tropas norteamericanas de los territorios que habían conquistado en zonas asignadas a los soviéticos, un reconocimiento tácito del dominio de Moscú sobre Europa central y oriental.

ESTADOS UNIDOS EN
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Manchukuo
Hiroshima
Nagasaki
Okinawa
Abril 45
Iwo Jima
feb. 45
Filipinas
oct. 44-dic. 45
Leyte
Batalla de Midway
3-6 junio 1942
Pearl Harbour
7.12.41
Islas Marianas
junio-julio 44
Guam
Junio 44
nov. 43
Islas Marshall
enero 44
Marshall
Carolinas
feb. 44
Islas Gilbert
nov. 43
Nueva Guinea
sept.42-jul.44
Guadalcanal
feb. 42
Islas Salomón
agosto 42-nov. 43
Batalla del mar del
Coral (mayo de 1942)


Encuentro en el río Elba (25.4.45)
Normandía 6.6.44
Sur de Italia 9.9.43
Sicilia 10.7.43
Marruecos 8 dic. 42
Argelia 8 nov. 42
Los países beligerantes
Las potencias del Eje, sus satélites y Estados ocupados en 1942
Los aliados y sus dependencias
Estados Unidos
Territorios conquistados con ayuda norteamericana
Estados neutrales
Desembarcos norteamericanos
La guerra del Pacífico
Pearl Harbour (7.12.41)
Extensión máxima del imperialismo japonés (septiembre de 1942)
Reconquistas norteamericanas
Principales batallas aeronavales
Territorios insulares del Pacífico
Hiroshima y Nagasaki
La guerra en Europa y África
Extensión máxima de las potencias del Eje en Europa (15.11.1942)
Encuentros de las tropas norteamercianas y soviéticas en el río Elba
Avance de las fuerzas norteamericanas
Principales zonas de actividad de los submarinos alemanes a partir de 1942
La participación norteamericana en el esfuerzo bélico aliado (producción de armamentos entre 1941 y 1945)
Estados Unidos 51,3 %
Gran Bretaña 18 %
URSS 30,7 %

LA ERA DE LA GUERRA FRÍA

A la salida de la guerra, Estados Unidos, el gran vencedor del conflicto, producía casi la mitad de la riqueza mundial. Desde un punto de vista puramente relativo, el final de los años cuarenta había representado el apogeo de su poderío. Sin embargo, entre 1945 y 1970, Estados Unidos conoció un crecimiento económico y demográfico sin precedentes en su historia. A lo largo de ese periodo también reforzó considerablemente su fuerza militar. Alcanzados económicamente, y en algunos casos superados, por europeos y japoneses, cuyas economías contribuyeron a reanimar después de la guerra, los norteamericanos han conservado en todo momento su liderazgo en el bloque occidental y, en parte gracias a la carrera de armamentos, lograron finalmente poner a la URSS de rodillas. Durante la guerra fría Estados Unidos se convirtió en el país de referencia en los campos económico, monetario, tecnológico y militar. No obstante, entre 1945 y 1989, aquejado por numerosas crisis, nunca dejó de transformarse ni de poner en cuestión su modelo de sociedad.

El fin de la segunda guerra mundial cogió de improviso a muchos norteamericanos, la propia administración había previsto oficialmente el final del conflicto para el verano de 1946. En los diez días que siguieron a la victoria sobre Japón fueron licenciados casi dos millones de trabajadores del sector de defensa. En un año el número de hombres alistados en el ejército desciende de 12 a 3 millones y en 1947 a 1,5. La mayoría de los observadores preveían una depresión similar a la que siguió al fin de la primera guerra mundial. En 1946, cuando el número de parados había alcanzado la cifra de 4,5 millones, el presidente Truman pone las minas de carbón bajo control federal. A fin de contener la inflación, que superaba el 18 %, Truman decide mantener el control de precios instaurado durante la guerra. Las colas de espera se multiplican ante los almacenes de alimentación y se desarrolla un lucrativo mercado negro. La polarización de las relaciones internacionales y su división en dos campos hostiles responde a un temor al agravamiento de la situación social. Tras un breve periodo de fluctuación, la guerra fría comienza realmente a partir de 1947. En este contexto el antiguo vicepresidente de F. Roosevelt desarrolla una doble dinámica: en el ámbito interior, el *Fair Deal*, prolongación del *New Deal*, y en el exterior la «política de contención» frente a la URSS.

El «Fair Deal» de Truman

En las elecciones legislativas de 1946 los republicanos consiguieron una victoria aplastante que no tardaron en interpretar como una orden de desmantelar el *New Deal*. Su actuación, alentada por el miedo a los «rojos», se centra en la disminución del poder de los sindicatos. La ley Taft-Harley hace obligatorio un preaviso de huelga de ochenta días en los sectores considerados de interés nacional y prohíbe el sistema de *close shop*, por el que los sindicatos podían imponer una adhesión obligatoria a todos los empleados de cualquier empresa.

A pesar de un balance legislativo mediocre, que el presidente Truman no dejó de denunciar en ningún momento, los republicanos estaban convencidos de ganar las elecciones presidenciales de 1948. El partido demócrata estaba más dividido que nunca y Truman tuvo que contar con dos candidaturas disidentes, una de los *Dixiecrats*, sudistas opuestos a la segregación racial, y la otra del ala izquierda del partido, que formó el Pogressive Party, contrario al enfrentamiento con la URSS. Truman logró situarse en el centro y, contra todo pronóstico, ganar las elecciones.

El *Fair Deal* fue en realidad un periodo transitorio, sin grandes avances legislativos. Estuvo sin embargo muy marcado por la consolidación del *New Deal* y por la confirmación del papel preeminente del presidente frente al Congreso, dos cosas que los contemporáneos creían ligadas a la personalidad de Roosevelt y a circunstancias excepcionales como la gran crisis de la guerra. La idea de justicia que animó el *Fair Deal* perseguía también una toma de conciencia de la situación injusta de los negros, en gran medida excluidos de la prosperidad y ciudadanos de segunda clase en el sur. Su situación era considerada no sólo un escándalo, sino también una desventaja en la guerra fría, un argumento que permitiría a los países del Este propagar denuncias de *apartheid* interno en la potencia enemiga.

La política de contención

Mientras que el clima social norteamericano fue mejorando progresivamente a partir de

1947, la situación internacional empeoró considerablemente. La toma del control por los comunistas en todos los países europeos ocupados por el ejército soviético confirma la voluntad de expansión de Moscú. En Grecia y en China sendas guerras civiles oponían a los comunistas con los aliados de los occidentales. Truman tiene ideas firmes. Decreta que Estados Unidos debe convertirse en todas las regiones del mundo en bastión contra el comunismo y ponerse a la cabeza del mundo libre ahora que las potencias de Europa Occidental estaban claramente debilitadas por la guerra. El término «política de contención», que resume esta doctrina, fue utilizado por primera vez por un alto funcionario del Departamento de Estado, George Kennan, en un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* y firmado con el seudónimo M. X.; el de «guerra fría» corresponde al título de una obra publicada ese mismo año por un periodista de primera fila, Walter Lippmann. Convencidos de lo justo de su causa, los norteamericanos, que en 1949 eran los únicos en poseer la bomba atómica, reanudaron el diálogo con Moscú en beneficio de una resolución bilateral de los problemas que habían quedado en suspenso después de la guerra. En 1948-1949 la creación de Alemania Federal, a la que los soviéticos respondieron con el bloqueo de los sectores occidentales de Berlín, se vio seguida en 1951 de la firma de un tratado separado de paz con Japón, convertido en país democrático y próspero gracias a las medidas del general McArthur, que había dirigido la ocupación del archipiélago.

Lanzado en junio de 1947 por el secretario de Estado George Marshall, el plan que lleva su nombre fue rehusado por los países del Este y consiguió dividir a Europa en dos. Entre 1948 y 1951 se inyectaron en Europa Occidental 12.400 millones de dólares, es decir, algo más del 2 % del PNB norteamericano durante ese periodo. Ese plan debía permitir a Europa recuperar con rapidez su antigua prosperidad y frenar la amenaza de los partidos comunistas locales, que contaban con un importante seguimiento entre una población muy castigada por las restricciones de la posguerra. El Plan Marshall pretendía también estimular las exportaciones norteamericanas, ya que la ayuda estaba ligada a la compra de productos *made in USA*.

Todas las grandes instituciones que desde entonces garantizan la defensa norteamericana se crearon durante este periodo: el Consejo Nacional de Seguridad, encargado de asesorar al presidente, el Departamento de Defensa, que vino a sustituir al Departamento de Guerra; la CIA (Central Intelligency Agency), responsable del espionaje y, a partir de 1950, también de acciones de desestabilización en el exterior; y la US Information Agency, dedicada a la propaganda. Aunque Estados Unidos no había formado jamás parte de ninguna alianza formal en tiempos de paz, durante este periodo creó una serie de organizaciones regionales consagradas a la defensa: el Pacto de Río, sustituido por la Organización de Estados Americanos en 1948, la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) en 1949, el ANZUS (tratado entre Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos) en 1951, OSEA (Organización de Tratado del Sudeste de Asia) en 1954 y el Pacto de Bagdad en 1955. Durante el transcurso de la guerra fría un total de 93 países establecieron relaciones de defensa con Estados Unidos.

EL MACARTISMO

La histeria anticomunista que afectó a Estados Unidos alrededor de 1950 encontró su principal impulsor en el joven y ambicioso senador republicano Joseph McCarthy. La gigantesca investigación acerca de la moralidad de los tres millones de funcionarios federales que había iniciado Truman en 1947 dio lugar a partir de 1950 al «descubrimiento» de 25.000 sospechosos de constituir un «riesgo para la seguridad», supuestamente susceptibles de ceder al chantaje de agentes soviéticos: izquierdistas, pero también alcohólicos, homosexuales o gente con deudas excesivas. Hollywood sufrió una auténtica «caza de brujas» y numerosas personalidades sospechosas de izquierdismo fueron a parar a una lista negra que les prohibía cualquier actividad laboral. Los que se negaron a dar los nombres de sus colegas sospechosos de comunismo fueron encarcelados. En los sindicatos la caza de «rojos» permitió el resurgimiento de conflictos de influencia y en 1949 se expulsó de la CIO a once organizaciones que representaban a unos 900.000 miembros. En este contexto de psicosis de complot comunista marcado por el proceso a Hiss, antiguo diplomático acusado de espionaje, y la detención del matrimonio Rosenberg, acusados de haber entregado los secretos de la fabricación de la bomba atómica a los soviéticos, McCarthy afirmó en febrero de 1950 que el Departamento de Estado estaba «infectado de comunistas». Las purgas fueron de tal magnitud que, cuando los americanos se lanzaron a la guerra del Vietnam, en el Departamento de Estado no había prácticamente ningún especialista en la región. Ese mismo año, el *Internal Security Act* prohibía a los comunistas viajar al extranjero o mantener cualquier tipo de relación con la defensa nacional. Los miembros del partido comunista, cuyo número ascendía en 1947 a 83.000, no eran en 1950 más de 55.000, cifra que en 1954 se redujo a 24.000. McCarthy fue el principal animador de la campaña anticomunista, sobre todo en el marco del House Committee on Un-American Activities (Comité de Actividades Antiamericanas), creado por el Congreso para poner en práctica la «caza de brujas». Cayó en 1954, cuando, durante una encuesta senatorial televisada sobre el ejército, apareció absolutamente ebrio e insultó a los testigos. Condenado por atentar contra la dignidad del Senado, conservó sin embargo su mandato. Murió en 1957 totalmente desacreditado.

Contrariamente a los europeos, los norteamericanos se negaron a reconocer a la República Popular China proclamada por Mao tras su victoria sobre los nacionalistas en 1949 y apoyaron activamente a Taiwan, donde se había refugiado el gobierno de Chian Kai-chek. Hasta 1971 los nacionalistas de Taiwan ocuparon el lugar de China en la ONU. La URSS protestó contra este estado de cosas y se negó a ocupar sus escaños como medida de protesta, lo que permitió a Estados Unidos librar la guerra de Corea bajo la égida de la ONU, aunque con un 90 % de tropas nacionales.

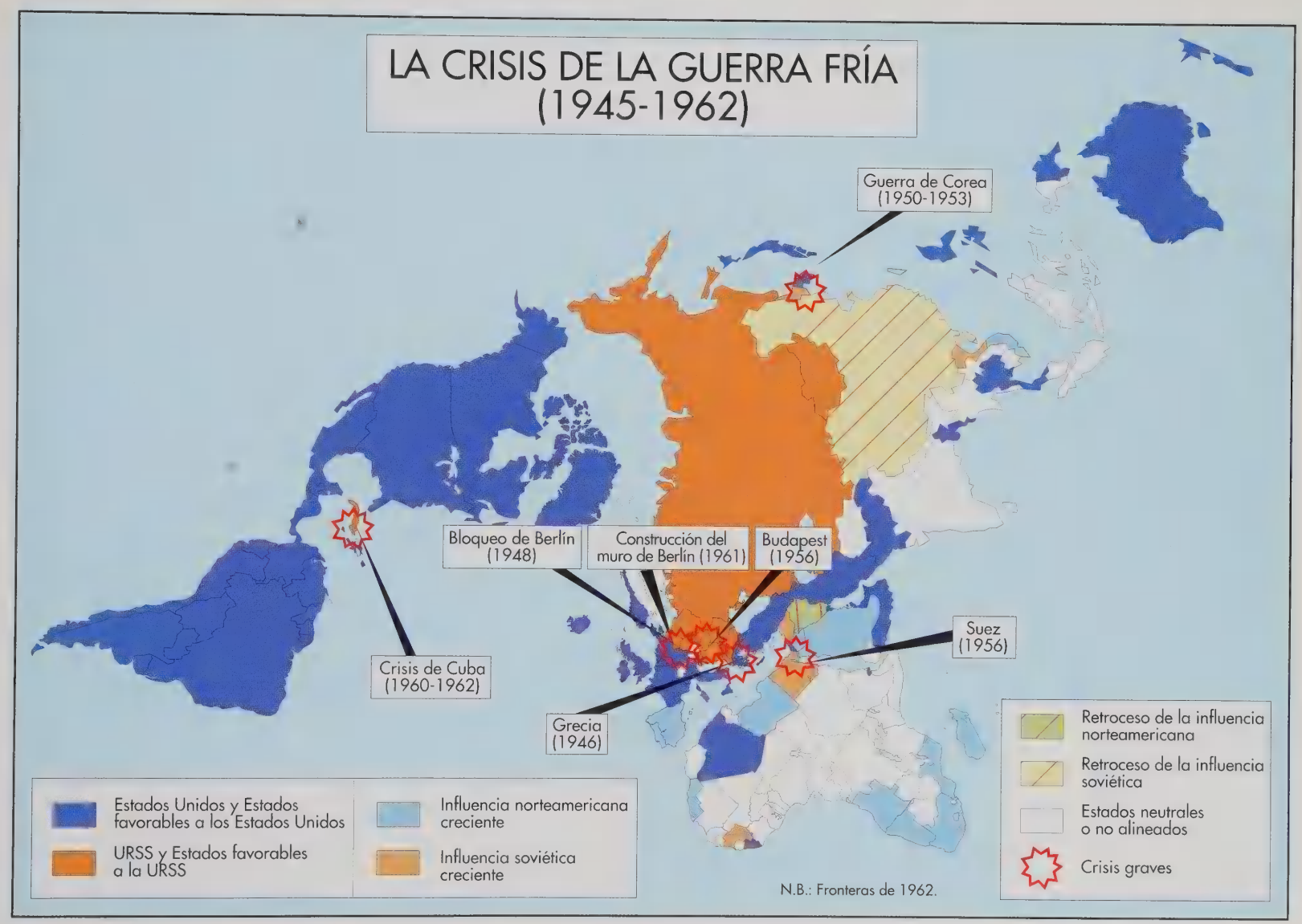
El presidente Eisenhower, que asumió sus funciones en 1953, prosiguió la política de contención de Truman. Héroe de la segunda guerra mundial, era contrario a la carrera armamentística y esperaba que la muerte de Stalin mejorase las relaciones entre las dos superpotencias. Ninguna de las proposiciones de desarme que lanzó desde su llegada al poder daría resultado. La explosión de una bomba norteamericana de hidrógeno en 1952, setenta veces más potente que la de Hiroshima, se vio seguida en 1953 por la de una bomba H soviética. Cuando, en 1957, la URSS lanza un misil intercontinental y el primer satélite Sputnik, los norteamericanos toman conciencia de su retraso en la carrera espacial. Su interés por avanzar cuantitativamente en el número de cabezas nucleares se redujo notablemente. En 1958, como respuesta al desafío espacial soviético, se crea la NASA (National Areronautics and Space Administration). Los años sesenta sirven a Estados Unidos para superar este retraso logístico; su tríada de lanzaderas nucleares (submarinos, bombarderos y misiles) carecía de equivalente en el Este. No obstante, en caso de conflicto nuclear, para entonces estaba ya garantizada la destrucción mutua para el adversario y, en la hipótesis de un conflicto generalizado, parecía cada vez más probable la destrucción de todo el planeta.

La presidencia de Eisenhower o la era del consenso

Simpático y popular, el general Eisenhower fue elegido en gran parte gracias a su promesa de poner fin a la guerra de Corea. Superando su miedo de ver a un militar a la cabeza del Estado, acepta presentarse al frente del partido republicano, algo a lo que se había negado en 1948. A los ojos de la población, «Ike» personificaba todas las virtudes norteamericanas: integridad, sencillez, moralidad, capacidad y ambición para triunfar desde un origen humilde. La atmósfera de la época estuvo marcada por la satisfacción de la América triunfante, y de todos los que se habían beneficiado de su crecimiento, y por una cierta ansiedad por el transcurso de la guerra fría.

En este clima cualquier contestación al orden establecido o cualquier demanda de reformas se consideraba profundamente antipatriótica. La visión dominante era la de un país en el que los cambios son graduales y pacíficos, que minimiza los conflictos que han caracterizado su historia. Eisenhower supo responder a este estado de ánimo con lo que él mismo denominó un «conservadurismo dinámico», mezcla de políticas económicas conservadoras y liberalismo en materia de derechos individuales. La administración de Eisenhower coincidió con cambios y mutaciones en la sociedad norteamericana como el *baby boom*, el desarrollo de los barrios residenciales, la concentración industrial o el declive agrícola.

La llegada a la edad escolar de las primeras generaciones surgidas del *baby boom* exige una considerable inversión en educación. Estos niños recibieron una atención de la que hasta entonces no se había beneficiado ninguna otra generación: la glorificación de la familia, el rápido retroceso de la mortalidad infantil, el desarrollo de toda una serie de teorías psicológicas sobre el bienestar infantil y un fuerte crecimiento económico se combinaron para otorgarles el puesto central en la vida de los norteamericanos. Las clases medias suspiraban por una casa grande, con amplios espacios y jardín. Vivir en comunidades cada vez más reducidas correspondía también al ideal democrático de Estados Unidos: en los barrios residenciales norteamericanos el sentido de vecindad es muy fuerte, todo el mundo se conoce y cada ciudadano puede influir en las decisiones comunes. El sentimiento de *neighborhood* reforzaba la creencia en un destino común. Y creció como las setas: fructificó en comunidades bastante homogéneas de jóvenes trabajadores cualificados, en su mayoría blancos y con niños pequeños, que habían crecido durante la crisis de los años treinta y combatido en la segunda guerra mundial. Esta aspiración a una vida mejor y más tranquila en *suburbia* (los barrios residenciales) la alcanzó casi una tercera parte de los norteamericanos gracias al formidable *boom* económico del periodo. A pesar de una serie de recesiones concretas en 1950, 1953-1954, 1957-1958 y 1960-1961, los asombrosos aumentos de la productividad (entre el 3 y el 7 % a lo largo de toda


LA CRISIS DE LA GUERRA FRÍA
(1945-1962)
Guerra de Corea
(1950-1953)
Bloqueo de Berlín
(1948)
Construcción del
muro de Berlín (1961)
Budapest
(1956)
Suez
(1956)
Crisis de Cuba
(1960-1962)
Grecia
(1946)
Estados Unidos y Estados
favorables a los Estados Unidos
URSS y Estados favorables
a la URSS
Influencia norteamericana
creciente
Influencia soviética
creciente
N.B.: Fronteras de 1962.
Retroceso de la influencia
norteamericana
Retroceso de la influencia
soviética
Estados neutrales
o no alineados
Crisis graves

LA GUERRA DE COREA

El 25 de junio de 1950 el gobierno comunista de Corea del Norte, afianzado en el poder entre 1945 y 1948 por Kim Il Sung con el apoyo de la Unión Soviética, lanza una ofensiva por sorpresa para reunificar la totalidad de la península coreana. Una guerra sangrienta, a la vez civil e internacional, arrasaría el país a lo largo de tres años, antes de cuajar en un sistema político que dura aún hoy. Colonia japonesa en 1910, el antiguo reino coreano fue explotado y asimilado económicamente por Japón, al que hasta agosto de 1945 suministró materias primas y mano de obra. Los acuerdos de Yalta y Postdam preveían una Corea independiente y unificada después de un breve periodo de tutela internacional. Tras la capitulación de Japón en 1945, la URSS ocupa el norte de Corea por encima del paralelo 38. Controlaba de ese modo la base fundamental de industrias metalúrgicas desarrolladas por Japón y aproximadamente 10 millones de habitantes; Estados Unidos no desembarcó en el sur más que a partir del 8 de septiembre. La capital, Seúl, y 20 millones de coreanos quedaron así en la zona de influencia de los norteamericanos, que en aquella época no atribuían la menor importancia estratégica a esa parte del mundo. En un contexto de guerra fría, el carácter irreductible de la oposición entre Syngman Rhee, nacionalista convencido, que había permanecido mucho tiempo refugiado en Estados Unidos, y Kim Il Sung, jefe comunista que había vivido primero en China y luego en la URSS a partir de 1934, privaría de todo sentido al principio de elecciones comunes en el conjunto de la península. Desde 1948 coexisten dos Estados, pero la ONU sólo reconoce el régimen de Seúl.

La guerra de Corea tuvo lugar en un momento en el que se exacerbó el antagonismo entre la URSS y Estados Unidos. Dos hechos contribuirían en 1949 al afianzamiento de unas relaciones de fuerza dentro de un mundo bipolar: la explosión en agosto de la primera bomba atómica soviética, que lanzó al mundo entero a la era de la disuasión recíproca, y en octubre la creación de la República Popular China. El fuerte envite de Kim Il Sung, que disponía de más de 200.000 hombres perfectamente armados y de un cuerpo de aviación compuesto por 150 aviones de combate formados y sostenidos por los soviéticos, se desarrolló en un clima político que parecía favorable: nada de eso ocurría en el sur, que apenas contaba con un embrión de fuerzas ligeras, puramente defensivas, asistidas por unos 500 militares norteamericanos. Syngman Rhee parecía por el contrario muy lejos de ejercer un dominio sobre todas las corrientes nacionalistas que dividían a la clase política y a la sociedad del sur.

La guerra se desarrolla en tres tiempos. La ofensiva norcoreana conquista en dos meses Corea del Sur, con la única excepción de la región de Taegu y Pusan en el sudeste de la península, donde son enviadas tropas norteamericanas después de la resolución de la ONU del 27 de junio que preveía la intervención de fuerzas de Estados Unidos y de otros países bajo la bandera de las Naciones Unidas. Durante julio y agosto se construye laboriosamente un muro de contención. Luego, poniendo en juego todos los recursos de la marina y de la aviación norteamericanas del Pacífico, el general McArthur asesta un duro golpe a los norcoreanos desembarcando el 15 de septiembre en In Chan, puerto situado en la costa oeste. Seúl es liberada el 18 de ese mismo mes, el 2 de octubre se franquea el paralelo 38. Pyong Yeng cae el 19 y el 29 de 1945 se traspasa la frontera china sobre el río Yalou. En sólo 45 días la situación da un vuelco absoluto. El ejército y la aviación norcoreanas son derrotados y el gobierno de Kim Il Sung huye.

La segunda fase de la guerra comenzó con la intervención de 500.000 hombres del ejército regular comunista chino, bautizados para la ocasión como «voluntarios», y el empleo masivo, haciéndose pasar por china, de la aviación militar soviética, que lanza a la batalla un modelo revolucionario de avión, el caza a reacción Mig 15. Norteamericanos y británicos pierden de golpe la superioridad aérea. El ejército chino reconquista en tres meses Corea del Norte y el 4 de enero de 1951 toma Seúl. En marzo se produce la contraofensiva del general Ridgeway, pero la guerra de desplazamientos termina cuando la aviación norteamericana emplea sus cazas a reacción Sable, que poco después consiguen rechazar a los Mig. Un frente de trincheras se extiende a lo largo del paralelo 36 y divide la península de este a oeste. Tras seis meses de *blitz-krieg*, llega casi una año de guerra estática. Fracasan las dos grandes ofensivas chinas de la primavera de 1951, lo que conduce al alto el fuego de noviembre de ese mismo año, aunque harían falta todavía 18 meses de negociaciones para llegar al armisticio del 27 de noviembre de 1953.

Esta guerra fue uno de los puntos culminantes de la guerra fría. ¿Podría haber llegado a ser el detonante de una tercera guerra mundial? En la primavera de 1951, el general McArthur, comandante en jefe de las Naciones Unidas en Corea, se mostró partidario de una acción de envergadura que condujera a una ofensiva contra China, incluso con armas nucleares si fuera necesario. El 11 de abril el presidente Truman cancela el plan. La guerra de Corea no pasó de ser un conflicto «limitado», al igual que el bloqueo soviético de Berlín (1948-1949) no fue más que una crisis «controlada». La negativa implícita de Washington y Moscú a dejarse arrastrar por una escalada incontrolada, una actitud propia de la guerra fría, se repetiría tanto en la crisis de Cuba de 1962 como en la guerra del Vietnam.

una serie de años) generaron una prosperidad constante y suscitaron una gran confianza en el porvenir económico. Como una pescadilla que se muerde la cola, el desarrollo de los barrios residenciales estimuló los sectores de la construcción y la industria automovilística, junto con las industrias de defensa los auténticos motores del crecimiento durante esta época. Numerosas medidas de ayuda a la construcción y el acceso a la propiedad alimentaron más todavía el *boom* de las viviendas individuales.

En 1956 el *Highway Act*, el más ambicioso programa de obras públicas de toda la historia del país, autoriza la inversión de 31.000 millones de dólares a lo largo de un periodo de trece años para la construcción de 70.000 kilómetros de autopistas. Esta inversión de-

bía responder a las necesidades que había creado el desarrollo de los grandes barrios residenciales, facilitar los intercambios entre estados y permitir unos eventuales desplazamientos rápidos del ejército. El comercio entre las distintas regiones de Estados Unidos se acelera gracias a esta medida, multiplicándose de paso las concentraciones industriales: en 1941 mil empresas producían la mitad de los artículos manufacturados, en 1968 bastaban sólo doscientas para alcanzar esa misma proporción.

Con la popularización de la maquinaria de cultivos y los abonos químicos, los rendimientos conocieron también un marcado crecimiento en el campo de la agricultura. Coincidiendo con un descenso de los precios en el mercado, las medidas políticas de apoyo a los precios agrícolas emprendidas durante los años treinta iban gravando cada vez más el presupuesto federal y el Estado iba convirtiéndose en propietario de cantidades cada vez mayores de productos de la tierra. El sistema beneficiaba a los grandes productores y aceleraba el éxodo rural de los campesinos más pobres. Esta política agrícola se vio severamente afectada cuando, entre 1954 y 1958, el presupuesto federal dejó de asumir los precios más allá del 65 % del tipo de referencia. A modo de compensación, se amplió el sistema de seguridad social a ocho millones de agricultores.

Al tiempo que confirma las políticas sociales heredadas del *New Deal*, la administración Eisenhower emprende ambiciosos programas de privatizaciones, en 1954 se autorizó incluso la construcción de centrales nucleares por empresas privadas. Inspirado por ese mismo movimiento, el Congreso vota en 1953 la liquidación de las reservas indias y pone en práctica subsidios concretos de los que se beneficiaron 61 tribus a favor de las que se adoptaron los llamados «programas de inserción», que en la mayoría de los casos demostraron quedarse cortos. Convertidos en ciudadanos comunes, la mayoría de los indios no tuvieron más remedio que vender sus tierras, con frecuencia codiciadas por lo que contenían en su subsuelo.

Llamados a menudo «edad de oro», los años cincuenta fueron en realidad testigos de cómo se iban perpetuando toda una serie de desigualdades, incluso agravándose para determinados grupos concretos (indios, pequeños agricultores, negros escasamente cualificados). A pesar del revés electoral de los republicanos en las legislativas de 1956, Eisenhower siguió siendo muy popular durante sus dos presidencias. Aunque de ideas conservadoras, practica una política keynesiana bastante clásica que permite el aumento del déficit federal para combatir las crisis periódicas de la economía. Aunque apoyó el macartismo y contribuyó a perpetuar la guerra fría, el anciano militar dedicaría su *farewell address*, discurso de despedida de la Casa Blanca, a prevenir contra el «*lobby* militar-industrial», que, en un fenómeno nuevo en la historia del país, amenazaba según él su esencia democrática.

La era Kennedy

A pesar del limitado número de logros concretos alcanzados durante su mandato, John Fitzgerald Kennedy supo dar un nuevo impulso al país y consiguió que Estados Unidos volviera a soñar. Joven y seductor, su estilo directo y dinámico rompía con la imagen paternal de un Eisenhower septuagenario. Su idea de la «Nueva Frontera» consistía en movilizar las energías del país en torno a grandes desafíos como la conquista del espacio, sobre todo con el proyecto de enviar un hombre a la Luna, pero también alrededor de la lucha contra la pobreza, las desigualdades o el racismo y la ayuda al desarrollo del Tercer Mundo.

Con la oposición de un Congreso conservador, apenas pudo poner en práctica ninguna de sus reformas sociales: educación financiada por los estados, gratuidad de las atenciones médicas para las personas mayores o el relanzamiento del consumo frente a la crisis financiera de 1960-1961. Por el contrario, en la lucha por los derechos civiles estuvo apoyado, incluso desbordado, por el Tribunal Supremo, dirigido a partir de 1953 por el juez Warren. Tras haber impuesto la integración racial en las escuelas en 1954-1955, el tribunal Warren se abstuvo de perturbar el *statu quo* político que reinaba a final de los años cincuenta. A modo de revancha, en 1962 ajusta su paso al de un presidente Kennedy que había empezado a hacer realidad sus promesas electorales sobre los derechos de los negros. Dicta sentencia a favor del principio «un hombre, un voto», anulando las diferentes disposiciones, especialmente de carácter censitario, que limitaban el sufragio en el sur. En 1962 y 1963 John Kennedy se mostró muy firme en la cuestión de la integración racial, y apeló al Congreso para que legislase en ese sentido.

Kennedy destaca sobre todo en la escena internacional. Se propone ayudar a las naciones recientemente independizadas del Tercer Mundo con ayudas sustanciales para el desarrollo y los *Peace Corps*, que llegan a reu-

LOS KENNEDY

El primer Kennedy norteamericano, heredero de una ilustre familia irlandesa, se estableció en Boston a comienzos del siglo XIX, y su hijo fue propietario de un pub. Su nieto, Joseph, acumuló, merced a actividades diversas, una gran fortuna durante los años veinte y un decenio después se convirtió en un importante apoyo de F. Roosevelt, que le recompensaría nombrándole embajador en Londres en 1938. En 1914 Joseph había contraído matrimonio con Rose Firtzgerald, descendiente de otra célebre familia irlandesa e hija del alcalde de Boston. Tras la muerte en combate del primogénito de sus nueve hijos, Joseph consagraría sus energías a asegurar la carrera política de sus tres hijos varones, John, Robert y Edward.

Nacido en el estado de Massachusetts en 1917, John cursó estudios en la Universidad de Harvard y en la London School of Economics, donde tuvo como profesor al antiguo líder laborista Harold Laski. Tras haber trabajado codo a codo con su padre en la embajada americana en Londres, redacta una tesis sobre la falta de preparación de Gran Bretaña para la guerra. Fue comandante de un torpedero en el frente del Pacífico y se distinguió como un oficial de valía excepcional. Convertido en periodista después de la guerra, recibió el Premio Pulitzer por su obra *Profiles in Courage*, consagrada a los políticos movidos por un ideal. Fue elegido representante en 1946 y en 1952 senador demócrata por Massachusetts. Enfrentado al vicepresidente saliente, Richard Nixon, John Kennedy ganaría por los pelos las elecciones presidenciales de 1960, gracias a su carisma y su inteligencia, pero también a que supo ganarse a los estados del sur designando como candidato a la vicepresidencia a uno de sus representantes más conservadores, Lyndon Johnson. Finalmente, logró movilizar al electorado católico, que en un 80 % vota por él. Protector de numerosos artistas, el presidente más joven de Estados Unidos supo rodearse de las mejores mentes de su generación, pero su reputación de seductor sólo se conoció después de su muerte, especialmente por su relación con la actriz Marilyn Monroe. Su asesinato en Dallas el 22 de noviembre de 1963, en circunstancias que aún no se han esclarecido, representó un gran trauma para el conjunto del país, que le convirtió en un auténtico mito. Su viuda, Jacky Kennedy, contraería nuevo matrimonio en 1968 con uno de los hombres más ricos del mundo, el armador griego Aristóteles Onassis.

Robert, nacido en el estado de Massachusetts en 1925, recibió en Harvard la misma educación que su hermano John, pero optó muy pronto por el Derecho, que estudió en la Universidad de Virginia. También fue oficial de marina durante la guerra, empezó a ejercer la abogacía en 1951 y entre 1957 y 1959 participó en la «caza de brujas» como miembro del Select Committee on Improper Activities, que persiguió a muchos sindicalistas. Responsable de la campaña presidencial de su hermano, Robert fue nombrado por éste *general attorney* (fiscal general) y en calidad de tal participó activamente en la lucha por los derechos civiles. Fue elegido senador por Nueva York en 1965 y consiguió la investidura demócrata para las elecciones presidenciales de 1968. El 6 de junio, cuando sus posibilidades de ganarlas parecían muy grandes, cayó asesinado por un palestino que le reprochaba su apoyo a Israel.

El menor de la familia, Edward, nacido en 1932, siguió los mismos estudios que su hermano Robert, convirtiéndose en abogado en 1959. En 1962 recuperó el puesto en el senado que había ocupado su hermano John. En 1969 se convirtió en el portavoz más joven de la mayoría senatorial. Se vio obligado a retirarse de la carrera para la investidura demócrata a las elecciones presidenciales de 1980 al ser acusado de denegación de auxilio después de que su coche sufriese un accidente en el que murió su secretaria.

nir a más de 10.000 jóvenes cooperantes. Paralelamente inicia un programa de cooperación específica con Suramérica, la Alianza para el Progreso, que reparte varias decenas de miles de millones en ayudas.

Enfrentado a grandes crisis, Kennedy sale aparentemente vencedor de ellas dramatizando al máximo la situación. Inmediatamente después de su elección, los soviéticos ponen a prueba la determinación del nuevo presidente reclamando la incorporación de Berlín Oeste a la RDA. Rodeado de un equipo diplomático joven y ofensivo, y acusado por sus adversarios de peligroso belicista, Kennedy hizo llamar a los reservistas y logró que se votara un aumento de 3.000 millones de dólares para el presupuesto de defensa. En agosto, la RDA levantó un muro en torno a Berlín Oeste, el «muro de la vergüenza», que los norteamericanos no pudieron por menos que denunciar. En el otoño los soviéticos pusieron fin a la moratoria que las dos superpotencias habían declarado tres años antes en relación con los ensayos nucleares atmosféricos. La administración Kennedy lanza un plan de construcción de refugios atómicos e incita a todas las familias a construir uno en su jardín como forma de introducir la guerra fría en la vida cotidiana de los norteamericanos.

Pero la crisis más grave sería la de los misiles de Cuba. Tras haber llegado al poder en 1959, Fidel Castro firma en 1960 un tratado comercial con la URSS e inicia la nacionalización de la economía del país. Como represalia, los norteamericanos redujeron sus compras de azúcar cubano. Cuba replicó confiscando los bienes norteamericanos que no habían sido todavía nacionalizados. En su momento, Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas y exigió a la CIA que preparase un plan de invasión. Dicho plan fue aplicado por Kennedy; en abril de 1961 comandos de exiliados cubanos apoyados por la marina norteamericana desembarcan en la bahía de Cochinos. Fracaso total: la mayoría de las embarcaciones se hundieron en los arrecifes de corales y la población, irritada por la continua injerencia de Estados Unidos en los asuntos del país desde su independencia, refuerza su apoyo al nuevo régimen. La Habana y Moscú se ponen de acuerdo en un

LA GUERRA DE VIETNAM

La guerra de Vietnam sigue siendo para Estados Unidos un auténtico trauma, una derrota militar y moral. Washington se había introducido en Indochina para apoyar a los franceses y llegó a financiar el 75 % de la guerra contra el Viet-minh, partido comunista vietnamita que combatía por la independencia. Aunque su líder, Ho Chi Min, había sido colaborador de los servicios secretos norteamericanos durante la ocupación japonesa, Estados Unidos se apresuró a interpretar el conflicto indochino desde el punto de vista de la guerra fría. Tras la partida de los franceses en 1954, temiendo una victoria comunista, los norteamericanos contribuyeron a convertir en definitiva la partición del país a lo largo del paralelo 17, que sin embargo consideraron sólo provisional en espera de elecciones. En el norte se estableció un régimen comunista y en el sur un gobierno que recibió ayuda militar norteamericana. En respuesta a la formación en 1960 del Viet-cong del sur, una guerrilla comunista que luchaba por la reunificación del país, el presidente Kennedy, recientemente humillado por el asunto de la bahía de Cochinos, decide poner en marcha el proyecto *Beef-up* para enviar 16.000 «asesores militares» norteamericanos a Vietnam del Sur. En 1963 ya habían muerto más de 500. Ese mismo año la CIA conspira para provocar el derrocamiento del líder survietnamita Diem, que había llegado al poder en 1954. Inicialmente Estados Unidos lo prefería al anciano emperador Bao Dai, pero terminó por revelarse incompetente y autocrático. En 1964 un incidente naval en el golfo de Tonkin sirvió al presidente Johnson de pretexto para obtener del Congreso una resolución *(Tonkin Gulf Resolution)* que le dejaba las manos libres en Vietnam. A falta de una declaración de guerra, el Congreso renunció a todos sus poderes en materia militar.

En 1965, cuando el Viet-cong controlaba ya la mitad del territorio del sur, un ataque contra una base aérea norteamericana suscitó una reacción contundente de Estados Unidos, que bombardeó el norte y envió al Vietnam 160.000 hombres más. Las tropas norteamericanas aumentaron hasta llegar a 550.000 hombres a comienzos de 1969. La edad media de los reclutas era de sólo 19 años. A pesar de haber sido elegido sobre la base de un programa de prudencia en la política exterior, Johnson lanzó al país a un conflicto aparentemente interminable. El secretario de defensa McNamara, convencido de que el grado de determinación del enemigo y las tácticas guerrilleras que empleaba hacían imposible la victoria, preconizó en vano una retirada progresiva y terminó por dimitir en 1968. A pesar del elevado número de muertes, la multiplicación de los actos de protesta y las terribles descripciones de las atrocidades cometidas por las tropas, la opinión pública norteamericana siguió mostrándose favorable a la escalada. Sólo el éxito de la ofensiva en todos los frentes lanzada en enero de 1968 por el Viet-cong con motivo del nuevo año vietnamita, el *Tet*, obligaría al presidente Johnson a cambiar de postura, aunque los mercados monetarios reaccionaron muy mal a este revés, provocando la caída del dólar. En abril de ese año se iniciaron negociaciones, mientras que los combates proseguían sobre el terreno. Pero las negociaciones fracasaron y, contra todo pronóstico, Johnson decidió no volver a presentarse para la presidencia.

Le tocó al nuevo presidente, Richard Nixon, poner fin a la guerra. Su política fue la de un abandono progresivo acompañado de una «vietnamización» del conflicto. A finales de 1971, en Vietnam no quedaban ya más que 150.000 norteamericanos al tiempo que se había reforzado considerablemente al ejército survietnamita. En abril de 1970, mientras se intensificaban las críticas contra la guerra, Nixon decidió lanzar una ofensiva en Camboya contra la retaguardia del Viet-cong. El Senado replicó suspendiendo en junio la *Tonkin Gulf Resolution* de 1964. Casi a la vez el *New York Times* publicó los «Dossiers del Pentágono», documentos secretos que demostraban que la administración había mentido continuamente respecto a la guerra del Vietnam. El Tribunal Supremo anuló una decisión presidencial por la que se prohibía la publicación de los documentos. Nixon reaccionó intensificando los bombardeos contra Vietnam del Norte, pero también abriendo conversaciones. El 27 de enero de 1973 se firma un cese el fuego y, en abril de 1975, incapaz de sostener la lucha contra el norte, el régimen survietnamita se derrumba. Cincuenta y ocho mil norteamericanos habían muerto en combate y, en los años siguientes, se suicidaron 60.000 de los 2,8 millones de veteranos de esta «guerra sucia». Un sentimiento difuso de vergüenza y culpabilidad —1,5 millones de vietnamitas habían muerto en el transcurso de la guerra, entre ellos numerosas mujeres y niños, a veces en condiciones atroces— marcaría a toda una generación.

Las consecuencias de esta guerra fueron múltiples y duraderas. Los norteamericanos sufrieron un golpe brutal: la primera derrota de su historia. El «síndrome de Vietnam» aún provoca desconfianza ante cualquier compromiso exterior y, en 1973, el Congreso votó la *War Powers Resolution*, que prohíbe al presidente enviar tropas al extranjero durante más de 60 días sin su aprobación expresa. Los norteamericanos empezaron también a desconfiar más de sus dirigentes y los hijos del *baby boom* pusieron en marcha una verdadera contracultura. La oposición a la guerra del Vietnam y al reclutamiento de jóvenes, en particular de estudiantes, desempeñaría un papel de catalizador para movimientos contestatarios como el de los *hippies*.

plan destinado a disuadir cualquier nueva agresión norteamericana: el despliegue de misiles nucleares en la isla apuntando directamente al territorio de Estados Unidos, a sólo 200 km de distancia. A pesar de la presencia de una base militar norteamericana en el este de Cuba, Guantánamo, Estados Unidos no detecta los preparativos soviéticos hasta octubre de 1962. Kennedy, contrario a un ataque sorpresa, opta por un bloqueo naval que dificulte cualquier nuevo desembarco de misiles. El mundo entero teme el desencadenamiento de un conflicto nuclear. El número uno soviético, Nikita Jruschov, acepta retirar los misiles de Cuba el 28 de octubre de 1961 a cambio de la promesa de Kennedy de que Estados Unidos no atacará jamás a la isla. Por su parte, poco después de la crisis,

LA LUCHA POR LOS DERECHOS CIVILES

Hacia 1945 los negros norteamericanos se encontraban en una situación legal que hoy cuesta trabajo imaginar. En 1948, apoyado por la NAAC (National Asociation for the Advancement of Colored People), organización creada en 1909 para lograr el avance de los derechos de los negros por vía judicial, el Tribunal Supremo prohibió la segregación racial en los hoteles y restaurantes de Washington y los contratos de vecindad según los cuales, y de manera totalmente legal, los propietarios blancos se prohibían vender su vivienda a un negro. La participación activa de los negros en la guerra había animado sus aspiraciones a la igualdad. A su regreso al país este nuevo optimismo había suscitado un renacimiento del Ku Klux Klan en todo el sur. El presidente Truman, partidario de la igualdad racial, se sintió escandalizado por los actos de violencia que se desencadenaron. El electorado negro había votado hasta entonces a los republicanos, que le debían la victoria en muchos estados industriales. Con la ayuda del Tribunal Supremo, Truman emprendió la tarea de abolir toda forma de segregación en el aparato del Estado y creó comisiones encargadas de examinar los posibles casos de discriminación en las contrataciones. Obligó además al ejército a aplicar políticas de integración, y los batallones, hasta entonces separados, se hicieron multirraciales.

En 1954 el Tribunal Supremo impuso la integración en la educación mediante la sentencia «Brown contra el Board of Education». La reacción de los blancos del sur fue de carácter económico y consistió sobre todo en negar créditos a todos los activistas negros, muchos de los cuales fueron además despedidos de sus puestos de trabajo. Aunque el presidente Eisenhower afirmaba comprender las resistencias a la igualdad racial, en 1957 tuvo que enviar a la guardia nacional a Arkansas para que protegiera a los niños negros que se habían matriculado en el instituto de la capital del estado, Little Rock. Las autoridades blancas de Arkansas reaccionaron cerrando el centro durante dos años. Paralelamente, el combate proseguía en otros frentes. En 1954 (oponiéndose a una ley entonces en vigor) en la ciudad de Montgomery, Alabama, una activista negra, Rosa Parks, se negó a ceder su asiento en un autobús a un blanco que se lo exigía. Los responsables de la comunidad negra de la ciudad organizaron entonces un boicot a los autobuses que duraría un año entero, situando a la cabeza de este movimiento a un joven pastor baptista, Martin Luther King, partidario de las movilizaciones no violentas preconizadas por Ghandi. Eisenhower respondió a estas agitaciones con el *Civil Right Act* de 1957, que creaba un organismo encargado de investigar cualquier posible forma de discriminación. Molestos por la lentitud del proceso, los jóvenes negros, seguidos de inmediato por el conjunto de los líderes de la comunidad, organizaron en 1960 una serie de sentadas, sobre todo ante los bares que se negaban a servir a negros. Martin Luther King, arrestado y encarcelado cuatro meses por su participación en una de esas sentadas, sólo fue liberado gracias a la intervención de Kennedy, por aquel entonces en plena campaña electoral.

Una vez elegido, Kennedy dejó en suspenso la causa de los negros hasta 1962. Ese año se vio obligado a enviar a las tropas para proteger a James Meredith, primer estudiante negro de la Universidad de Misisipí. En 1963 manifiesta su intención de declarar ilegal cualquier modalidad de segregación, anuncio al que responde el famoso discurso de Martin Luther King «I have a dream». Desde su ascenso al poder, el presidente Johnson hizo de la lucha por los derechos civiles una prioridad absoluta y, en 1964, firma el *Civil Right Act*, que permite declarar ilegal toda forma de discriminación en el acceso a la educación o el derecho al voto, hasta entonces negado a numerosos negros en diversos estados del sur. Mientras que en el sur los militantes de los derechos civiles eran víctimas de los ataques de extremistas blancos, en el norte la brutalidad de la policía desencadenaría en 1964 toda una serie de revueltas, inaugurando el fenómeno de los «veranos calientes», que se perpetuó hasta 1969, reapareció en 1980 y culminaría en 1992 con los disturbios de la zona South-Central de Los Ángeles. El *Civil Right Act* no contribuyó a mejorar en absoluto la situación de los negros en las regiones industrializadas. Éstos llevaban mucho tiempo ejerciendo su derecho al voto y conviviendo con los blancos en la vida cotidiana, al tiempo que eran admitidos en escuelas y universidades. Sin embargo, su situación socioeconómica se había convertido en catastrófica, ya que como media ganaban la mitad que los blancos y su tasa de paro era el doble. Los disturbios provocaron 34 muertes en el barrio de Watts de Los Ángeles en 1965, 26 en Newark (Nueva Jersey) y 44 en Detroit en 1967. En abril de 1968 el asesinato de Martin Luther King a manos de un extremista blanco desencadenó disturbios en 168 ciudades del país. Esta reacción, contraria al mensaje del pastor King, resulta indicativa de la evolución de una parte de la juventud negra, cada vez más atraída por el discurso violento de un Malcom X, dirigente de los *Black Muslims* (musulmanes negros) y partidario de una separación, esta vez voluntaria, de la sociedad blanca.

La comunidad negra tendía a fragmentarse. La *afirmative action* de los años setenta permitió el desarrollo de una clase media negra (que suponía un 25 % de toda la comunidad afroamericana) gracias sobre todo a una política de cuotas de acceso a determinadas universidades y puestos de trabajo. A pesar de las restricciones impuestas al sistema de cuotas por el Tribunal Supremo en 1978 en su sentencia «Bakke contra la Universidad de California», esta clase media consiguió mantenerse y en los años 90 el porcentaje de blancos y negros en los *high schools* o *colleges* es ya comparable. En el otro extremo del espectro social los negros siguen suponiendo un porcentaje desmesurado de la población más pobre. Determinadas disposiciones sociales que se remontan a 1950 han tenido efectos perversos sobre las familias negras menos favorecidas: las madres que crían solas a sus hijos son mucho más favorecidas que las parejas, y un elevado número de hombres en paro abandonan a su familia después de un parto para que la mujer pueda acceder a esas ayudas. El resultado es un aumento desproporcionado de familias monoparentales.

Kennedy manda retirar los misiles júpiter estacionados en Turquía, en la frontera de la URSS, exigencia soviética que hasta entonces había sido oficialmente rechazada.

La solución de la crisis de Cuba permitió reducir de golpe las tensiones de la guerra fría y hasta la situación de Berlín quedó estabilizada. En 1963 las dos superpotencias firman un tratado que limita las pruebas nucleares y, aunque el inicio de los años sesenta había estado marcado por una intensificación de la carrera armamentística, surge por

primera vez la idea de establecer negociaciones para la limitación de los arsenales. Poco antes de su asesinato, Kennedy se mostraba partidario de una mejora de las relaciones con Moscú.

El aturdimiento que provocó el asesinato del huésped de la Casa Blanca contribuyó a acallar cualquier crítica y a anular las resistencias del Congreso al programa legislativo que había propuesto. Su anciano vicepresidente, Lyndon Johnson, pudo de ese modo lograr lo que Kennedy no pudo conseguir en vida.

Johnson y la Gran Sociedad

Cinco días después del asesinato de Kennedy, Johnson declaraba que el mejor homenaje que el Congreso podía hacerle al presidente consistiría en votar el *Civil Rights Act*, destinado a prohibir cualquier modalidad de discriminación racista. A la votación de esta ley siguió la del *Economic Opportunity Act*, consagrado a la lucha contra la pobreza (dotada de medios limitados en un primer momento a sólo mil millones de dólares). En 1964, los demócratas consiguieron una triple victoria: la elección de Johnson, que había conseguido rodearse de una atmósfera de consenso gracias al recuerdo de Kennedy, y la mayoría en la Cámara de representantes y el Senado. Al controlar todos los poderes federales, los demócratas pudieron poner en práctica su programa. El año 1965 se anunció especialmente rico en el plano legislativo: lanzamiento de un sistema de seguro médico automático para las personas mayores (*Medicare*), participación federal en la financiación del sistema educativo (*Elementary and Secondary Education Act*) y medidas a favor de la inscripción de los negros del sur en el censo electoral (*Voting Rights Act*). En 1969 se habían inscrito un 66 % por un 40 % en 1964 y un 29 % en 1960. La lucha contra la pobreza se intensificó con tres programas destinados a la formación: *Head Start*, destinado a la escolarización precoz de los hijos de familias desfavorecidas, *Upward Bound*, concebido para ayudar a los adolescentes de familias de bajos ingresos a proseguir sus estudios, y *Job Cops*, destinado a permitir el inicio de un proceso de aprendizaje, pasantía o asistencia social a jóvenes adultos en dificultades. Otros programas vinieron a complementar este dispositivo: el VISTA (*Volunteers in Service to America*) promovía la movilización de voluntarios para «ayudar a los más pobres a salir de la pobreza por sí mismos», las *Domestic Peace Corps*, unidades de ayuda a domicilio para los más desfavorecidos, o las *Model Cities*, barrios deteriorados que conta-

ron con fondos federales destinados a mejorar las condiciones de alojamiento, sanidad, educación y empleo.

Estos programas, sostenidos entre 1963 y 1969 por un fuerte crecimiento económico que permitió duplicar los gastos sociales, redujeron la proporción de personas bajo el umbral de la pobreza del 25 % en 1962 al 12 % en 1970. Sin embargo, los habitantes del campo y las mujeres con familia a su cargo se beneficiaron más de esta mejora que las parejas o los hombres solteros del medio urbano. El número de madres solas en condiciones de pobreza siguió siendo el mismo, alrededor de 11 millones, y el éxodo rural prosiguió, al igual que la emigración de los negros del sur al noreste, agravando así los problemas de empleo en los viejos centros industriales.

En el frente de la guerra fría Johnson proseguiría la política de cerrazón y apertura sucesiva emprendida por Kennedy. En 1968 firmó con Moscú un tratado contra el crecimiento del arsenal nuclear; pero, como respuesta a la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia, relanzó la carrera armamentística, en la que Estados Unidos se había dejado alcanzar por los soviéticos entre 1963 y 1968. Pero Johnson es, sobre todo, el responsable de la escalada del conflicto de Vietnam, cuyas repercusiones para Estados Unidos fueron de una importancia enorme.

Los primeros disturbios en relación con la guerra de Vietnam estallaron en 1964, en la Universidad de Berkeley, en California, cuando se prohibieron en el campus las campañas de afiliación de asociaciones opuestas al reclutamiento obligatorio y partidarias de los derechos civiles. Para burlar esas prohibiciones se crea el *Free Speech Movement*: un movimiento asociado a la nebulosa de marxistas, pacifistas, anarquistas, feministas y nacionalistas negros que constituían la *New Left*, y dispuesto a desafiar al orden establecido, el «mundo adulto», al que acusa de quiebra moral y de no ofrecer a los jóvenes más que un ideal materialista. Incomprendidos por sus progenitores, los militantes de este movimiento, reivindicativo y hedonista a un tiempo, predicaban sobre todo los beneficios del consumo de drogas y una sexualidad liberada de cualquier tipo de freno social; principios que pusieron en práctica en pequeñas comunidades de *flower children* establecidas al margen de la sociedad, que en la ciudad californiana de San Francisco llegaron a constituir un barrio entero, Haight-Ashbury.

El año 1968 revela por fin las dimensiones del malestar norteamericano. Mientras que la guerra se intensificaba en Vietnam, la agitación estudiantil afectaba a la mayoría de los campus. Como respuesta al asesinato de Martin Luther King, se desencadenaron revueltas en los guetos negros de las grandes ciudades, pero los incendios provocados y los enfrentamientos callejeros eran algo común ya desde 1964. En junio el favorito entre los pretendientes demócratas a la presidencia, Robert Kennedy, cae también bajo los disparos de un asesino. Esta sucesión de muertes de líderes progresistas y carismáticos provoca la cólera y el desánimo de un elevado número de norteamericanos. En agosto la convención demócrata para la investidura presidencial da lugar a auténticas batallas armadas. Así, 25.000 policías desalojaron a 12.000 jóvenes contrarios a la guerra de Vietnam de los alrededores del edificio de la convención con una brutalidad que algunos senadores demócratas compararon a la de la Gestapo.

Mientras que el candidato demócrata, Hubert Humphrey, perdía cinco estados del sur en beneficio de un independiente, George Wallace, contrario a la integración y partidario de la utilización de la bomba nuclear en Vietnam, el candidato republicano, Richard Nixon, hasta entonces un viejo político profesional no demasiado popular, le vence por 500.000 votos. La división del país no había sido nunca tan grande. Mientras que el 97 % de los negros votaron por el candidato demócrata, la gran mayoría de las clases medias, inquietas por las revueltas de los años anteriores, lo hicieron por Nixon.

Las turbulencias de los mandatos de Nixon y el eclipse de Ford

La presencia de un conservador en la Casa Blanca aumenta las dimensiones del movimiento contestatario. El año 1969 resultó todavía más agitado que el anterior, tanto en los campus universitarios como en los guetos negros. La reivindicación de una contracultura joven, que abarca ya a una generación entera, culmina ese mismo año en Woodstock, en el estado de Nueva York, donde un festival de música rock logra congregar a 500.000 personas. Nixon reacciona con la fuerza y ordena al FBI la apertura de investigaciones contra el movimiento pacifista, acusado de representar una amenaza interior.

En el plano económico, Nixon pagaría muy caro los déficits acumulados por sus pre-

decesores. En 1971 la inflación se suma al estancamiento de la economía y el paro aumenta hasta situarse en un 6 %. La administración suprime la convertibilidad del dólar y deja que fluctúe libremente, poniendo así fin al orden monetario establecido al final de la segunda guerra mundial; paralelamente, los precios y todas las formas de remuneración quedaron congeladas durante un periodo de tres meses.

Aplicando una política mucho menos conservadora de la que había anunciado, Nixon propuso un sistema de ingresos mínimos garantizados que sin embargo fue rechazado por el Congreso. Pero, sobre todo, desengancha progresivamente a su país de la guerra de Vietnam y responde a las nuevas aspiraciones de la sociedad concediendo una importancia, hasta entonces inédita, a las cuestiones medioambientales: el *Clean Air Act* (1970) y el *Clean Water Act* (1972) inauguraron una política de protección natural basada en la creación de impuestos negociables con las industrias contaminantes. El presidente recupera el ideal de los Padres Fundadores y refuerza la descentralización: apoyándose en un principio de subsidiariedad, concede a los gobiernos locales y estatales distintas prerrogativas hasta entonces ligadas al poder federal. Este *New Federalism* va acompañado de un sistema de reparto igualitario de los ingresos de los estados.

Con el fin de asegurarse su reelección en 1972, Nixon dedica una atención especial al electorado blanco de los estados del sur e introduce una moratoria en el proceso de integración racial y aplicación de los derechos civiles. Tras haber nombrado a un conservador, Warren Burger, para presidir el Tribunal Supremo, no vacila en designar a jueces abiertamente segregacionistas, pero el Senado opuso sistemáticamente su veto a estas nominaciones, que consideraba peligrosas para la paz social del país. Nixon, al que el abandono de la guerra del Vietnam había convertido en una figura popular, consigue finalmente una aplastante victoria en las presidenciales de 1972. No obstante, los electores votaron un Congreso mayoritariamente demócrata, reduciendo de ese modo el margen de maniobra del presidente reelegido.

El segundo mandato de Nixon estuvo dominado por la crisis del petróleo y el escándalo *Watergate,* que le obligaría a dimitir en agosto de 1974. El vicepresidente electo, Spiro Agnew, se vio obligado también a dimitir, por un espinoso asunto de fraude fiscal, y Nixon pasó el mandato a Gerald Ford, representante del estado de Michigan.

Ford apenas tenía unos meses de mandato, que empleó en lanzar el programa *Whip Inflation Now,* destinado a animar a empresas, trabajadores y consumidores a reducir el consumo de energía y las presiones inflacionistas. La impopularidad del programa, y el perdón que el nuevo presidente otorgó a Nixon, dieron a los demócratas una victoria aplastante en las elecciones legislativas de 1974. La presidencia de Ford estuvo marcada por una lucha constante entre la Casa Blanca y el Congreso, en la que el segundo salió vencedor al conseguir poner en cuestión el «dominio imperial» del presidente sobre el sistema político.

EL *WATERGATE*

La noche del 17 de junio de 1972, en plena campaña electoral, cinco hombres fueron detenidos en la sede del comité demócrata en Washington, en el edificio *Watergate,* por colocar micrófonos y fotografiar documentos. Los supuestos delincuentes eran en realidad antiguos agentes de la CIA y su jefe dirigía las acciones del departamento, púdicamente denominado de «fontanería», es decir, el comité para la reelección del presidente saliente (CREEP). La Casa Blanca consiguió inicialmente acallar el escándalo impidiendo que el FBI realizara una investigación y dedicando 500.000 dólares a asegurarse el silencio de los cinco inculpados.

No obstante, la verdad fue surgiendo tras la reelección de Nixon gracias a la obstinación del sistema judicial, de la prensa y del Congreso. El juez federal John Sirica consiguió que los inculpados reconocieran que eran miembros del CREEP y que actuaban bajo las órdenes de la Casa Blanca. El Senate Select Committee on Campaign Practices, presidido por Sam Ervin, consiguió el testimonio de un consejero de Nixon, John Dean, que reconoció que el propio presidente era el que había ordenado acallar el escándalo. Nixon admitió que su entorno había estado sin duda implicado, pero negó en todo momento cualquier responsabilidad personal y desafió en abril de 1963 a sus consejeros más próximos y nombró para el puesto de *general attorney* a Elliot Richardson, hasta entonces secretario de defensa, que a su vez designó un fiscal encargado exclusivamente del asunto *Watergate,* el respetado Archibald Cox.

En octubre, y enfrentado a la negativa de Nixon de entregar las cintas con las conversaciones relativas al *Watergate* grabadas en su despacho oval, Richardson dimite y el presidente hace dimitir a Cox. Pero, cuando el *Washington Post* publica diversas pruebas que incriminan directamente a Nixon, el sucesor de Cox, Leon Jaworsky, continúa reclamando las grabaciones. En abril de 1974, Nixon le envía una versión censurada de las cintas, pero el lenguaje obsceno y las mentiras del presidente bastan para escandalizar a la opinión pública. A petición del Tribunal Supremo, y después de que se hubiera iniciado un procedimiento de *impeachment* en su contra, el 5 de agosto de 1974 Nixon entrega una versión integral de las cintas. Dado que éstas revelan la magnitud de sus maniobras y mentiras, termina dimitiendo el 8 de agosto de 1974.

En el difícil contexto de la crisis energética, Ford fue el primer presidente de la posguerra que tuvo que enfrentarse a una crisis económica larga. Pasada la página de la opulencia, los movimientos contestatarios opuestos al consumismo desaparecieron de la escena, reemplazados por preocupaciones más prosaicas y cotidianas.

La distensión

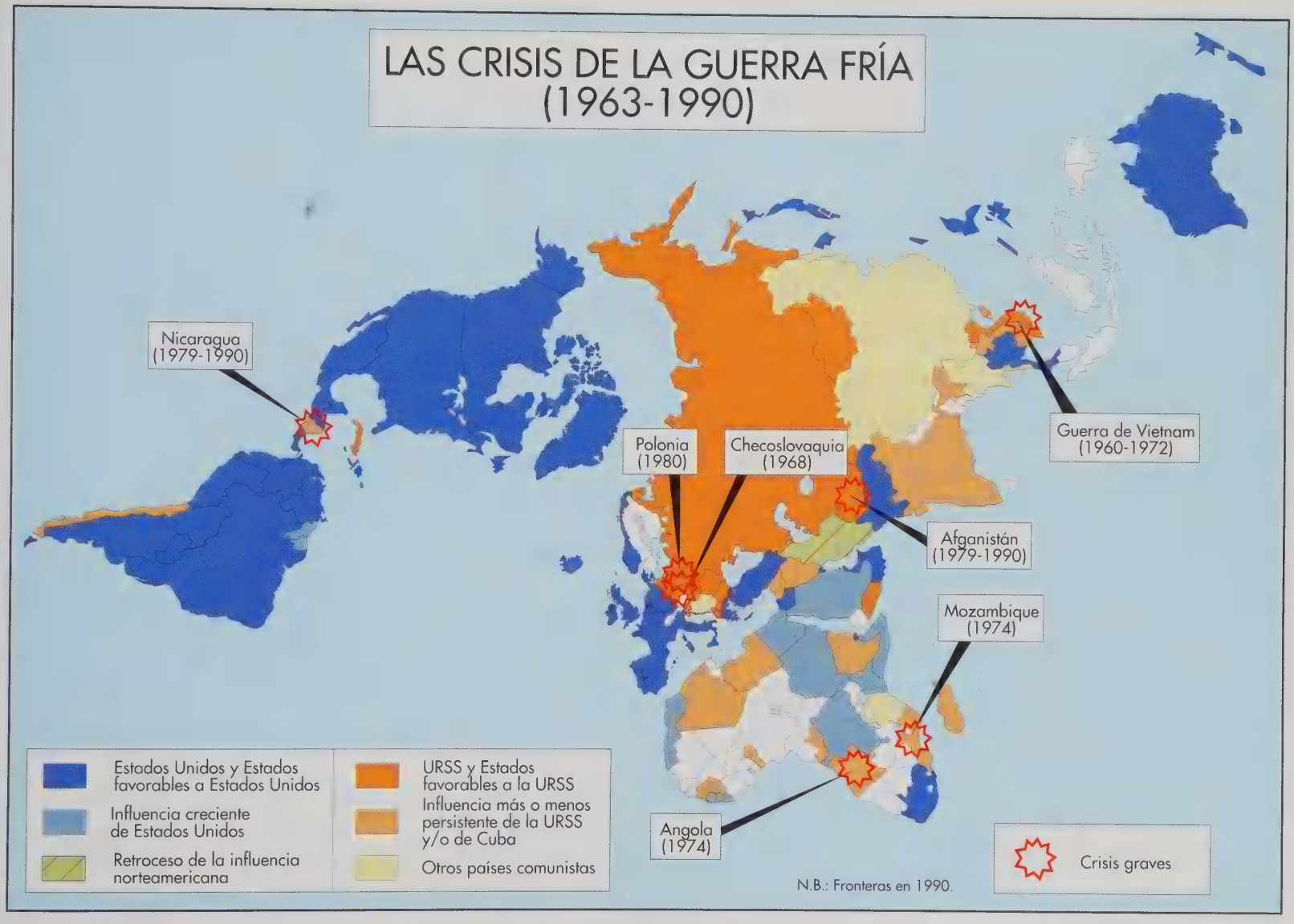
Aunque en el Congreso había defendido fervientemente la guerra fría, una vez elegido Nixon iniciaría una era de distensión en las relaciones con la URSS. El objetivo seguía siendo el mismo —contener la amenaza soviética y limitar los ataques a los intereses norteamericanos en el Tercer Mundo—, pero los medios empleados para ello cambiaron de manera radical. Iniciadas en 1969, las negociaciones SALT (*Strategic Arms Limitation Talks*, o conversaciones para la limitación de las armas estratégicas) desembocaron en la firma de un acuerdo el 26 de mayo de 1972. El desarrollo de los misiles antimisiles suponía el peligro de acelerar la carrera armamentística, por lo que se vieron limitados a un único emplazamiento en cada país. De ese modo se logró reducir el número de cohetes intercontinentales a 1.618 para la URSS y a 1.054 para Estados Unidos. Aun así, los americanos mantuvieron la superioridad que habían recuperado tras el inicio del decenio gracias al desarrollo de misiles de cabezas múltiples, tecnología que los soviéticos no dominaron hasta 1973.

Basándose en la idea de que una Unión Soviética bien integrada en el comercio internacional estaría menos tentada de oponerse al orden establecido, la política de distensión concedía bastante importancia a los aspectos comerciales. En 1972 la cuarta parte de la cosecha norteamericana de trigo fue vendida a la URSS por mil millones de dólares, un precio claramente inferior al del mercado. Esas ventas se renovarían año tras año, a un precio variable, y se convirtieron de ese modo en un medio de presión en manos del Congreso. Símbolo de la política de distensión, la conferencia de Helsinki, inaugurada en 1973 entre todos los países de la OTAN, el Pacto de Varsovia y los neutrales de Europa, concluiría en 1975 con un acta final que proponía a la vez la no intervención en los asuntos de otros países y el respeto en cada uno de ellos de las «libertades fundamentales», sobre todo de pensamiento.

La visita «histórica» del presidente Nixon a la República Popular China en febrero de 1972 materializó el acercamiento entre China y Estados Unidos iniciado en 1969 y que, desde el punto de vista de los norteamericanos, debía servir de contrapeso a sus relaciones con Moscú. Los acuerdos comerciales se desarrollaron rápidamente y en 1979 los dos países iniciaron relaciones diplomáticas.

A partir de 1973, el instigador de la política de distensión, Henry Kissinger, que hasta entonces no había sido más que asesor diplomático del presidente, se convierte en secretario de Estado. El equipo de Kissinger se esfuerza denodadamente por restablecer la hegemonía norteamericana en Oriente Medio y, en 1972, consigue que Egipto expulse a sus consejeros soviéticos. Sin embargo, la guerra desencadenada por los países árabes contra Israel en octubre de 1973 arruina la política emprendida por Kissinger y Estados Unidos se granjea la enemistad del mundo árabe al organizar un puente aéreo que permite al ejército israelí aprovisionarse y restablecer la situación inicial. Pero, una vez finalizado el conflicto, Kissinger reemprende su diplomacia de pequeños pasos, multiplicando los viajes entre Israel y las capitales árabes. Tras la dimisión de Nixon, Ford decide mantener a Kissinger en su cargo, y su política fructifica por fin en septiembre de 1975, cuando El Cairo acepta el «plan Kissinger»: retirada israelí del Sinaí, donde se desplazarían tropas de la ONU, y puesta en práctica de un sistema norteamericano de vigilancia.

En otros frentes los éxitos norteamericanos durante este periodo fueron menores. En 1973 la CIA organiza en Chile el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende, de orientación marxista. En Camboya, una operación de liberación de un carguero norteamericano y de su tripulación, tomados como rehenes por el régimen de los jemeres rojos, provoca encendidas protestas por parte del gobierno tailandés, cuyo territorio fue utilizado para la operación, y desencadena el cierre de las bases americanas en Tailandia. El Congreso se niega a cualquier forma de intervención norteamericana en África y se abstiene de votar una línea de créditos a la CIA que le hubiese permitido ayudar a los oponentes al régimen marxista de Angola. Gracias a sus planteamientos realistas, el enfoque de Nixon y Kissinger permite descargar la atmósfera de las relaciones internacionales. No obstante, la política de distensión no debe equipararse sin más a una relación norteamericana frente a la URSS, y los detractores de esta política, entre los que des-


LAS CRISIS DE LA GUERRA FRÍA
(1963-1990)
Nicaragua
(1979-1990)
Polonia
(1980)
Checoslovaquia
(1968)
Guerra de Vietnam
(1960-1972)
Afganistán
(1979-1990)
Mozambique
(1974)
Angola
(1974)
Estados Unidos y Estados favorables a Estados Unidos
Influencia creciente de Estados Unidos
Retroceso de la influencia norteamericana
URSS y Estados favorables a la URSS
Influencia más o menos persistente de la URSS y/o de Cuba
Otros países comunistas
Crisis graves
N.B.: Fronteras en 1990.

tacaba sobre todo el candidato demócrata Carter, no se cansaron de criticar su cinismo.

Las decepciones del mandato de Carter

Político escasamente conocido a escala nacional, el georgiano Jimmy Carter consigue la investidura demócrata para las elecciones presidenciales de 1976 sobre la base de un programa de moralidad pública. Desengañado por el escándalo *Watergate* y poco estimulado por candidatos escasamente carismáticos, sólo el 54 % del electorado se molesta en votar para arbitrar el duelo entre Ford y Carter. Carter, plantador de cacahuetes de profesión, ha sido el único presidente del siglo XX sin experiencia previa en Washington y continuó siendo un extraño en el microcosmos de la capital federal durante todo su mandato. Caracterizado por la falta de liderazgo, su mandato estuvo marcado por una serie de cambios rápidos en la colina del Capitolio: la disciplina partidaria del Congreso se relaja y el número de grupos oficiales de presión (*lobbies*) se cuadruplica en cuatro años.

Carter rompe la herencia del *New Deal* y no tarda en enfrentarse al *establishment* demócrata al desregularizar y suavizar la legislación de parte de la economía norteamericana, en particular los transportes y la banca. Enfrentado a un Congreso muy prudente después de la época de Nixon, no consigue la aprobación de ninguna medida legislativa importante salvo en materia de protección medioambiental y ahorro de energía (por ejemplo, un programa de limpieza para los lugares de almacenamiento de desechos químicos).

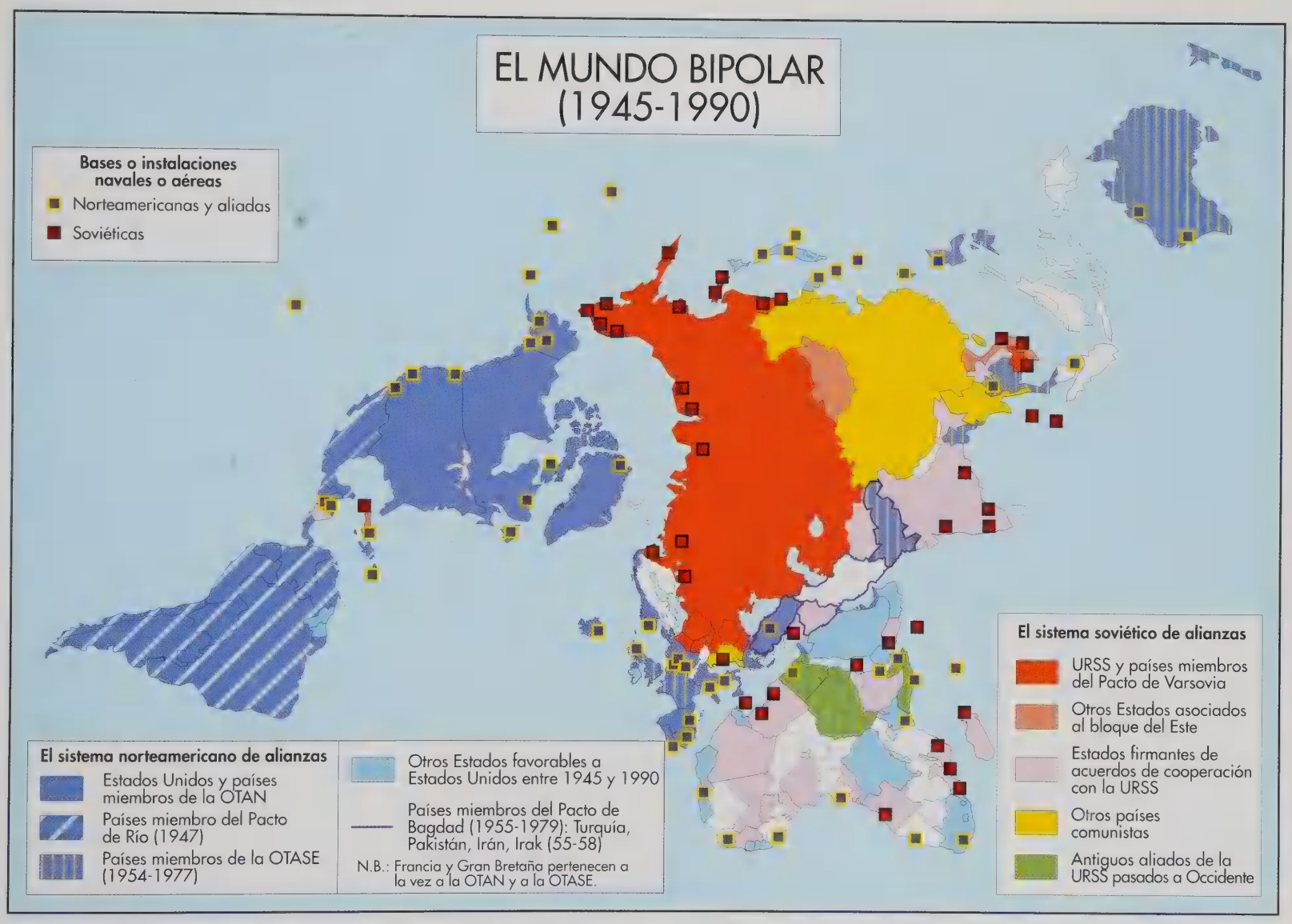
Carter aplica sus buenas intenciones y principios morales sobre todo a la política exterior. Denuncia incondicionalmente el apoyo a los regímenes dictatoriales, el importante aumento de la venta de armas al extranjero, la carrera armamentística y el excesivo intervencionismo de Estados Unidos e intenta establecer una diplomacia que no se limite a reaccionar ante los acontecimientos, más pendiente de los objetivos a largo plazo y basada en una política de prevención de los conflictos.

Carter, que se sentía heredero del presidente Wilson y su apoyo a la libre determinación de los pueblos, firmó con Panamá un tratado que preveía la devolución de la zona del canal en 1999. Interrumpió además la ayuda al régimen impopular y dictatorial de Somoza en Nicaragua, al tiempo que descongelaba las relaciones con Cuba. Tres decisiones que desencadenaron críticas airadas en Estados Unidos. A continuación llegaron la renegociación del tratado con Panamá, la toma del poder de los sandinistas en Nicaragua y la entrada en Estados Unidos de 100.000 «opositores» cubanos, la mayoría de ellos presos comunes de los que Castro se libra de buena gana.

Carter, inspirado por el acta final de la Conferencia de Helsinki, irrita a los soviéticos convirtiéndose en defensor de los derechos humanos y ofreciendo su ayuda a disidentes de todo tipo, sin por ello conseguir una mejora de la situación de las libertades en la URSS. En 1978, para protestar contra la negativa de Moscú a permitir a los judíos soviéticos emigrar a Israel, Estados Unidos aplicó sanciones económicas a la URSS, sobre todo limitando la venta de ordenadores. No obstante prosiguieron las negociaciones para el desarme y en junio de 1979 se firmó el acuerdo SALT II, pero el Senado, que lo encontraba demasiado favorable para los soviéticos, se negó a ratificarlo. En cualquier caso, fue aplicado *de facto* por ambas partes.

En diciembre de 1979 la invasión soviética de Afganistán cogió a la administración Carter entre el secretario de Estado Cyrus Vance, partidario de las soluciones de compromiso, que terminaría dimitiendo en 1980, y el consejero diplomático del presidente, Zbigniev Brsesinski, ferviente defensor de la política de contención. Jimmy Carter renegó de los principios que había pregonado tras su elección cuando anunció que Estados Unidos intervendría directamente en la defensa del Golfo e instaló bases en las regiones circundantes, Omán, Egipto, Somalia y Kenia. Autorizó a la CIA a emprender acciones secretas en Afganistán, estimuló las ventas de armas en la región y adoptó la decisión de desplegar nuevos misiles en Europa. Estados Unidos endureció además las acciones económicas contra la URSS: interrumpió los suministros de trigo y boicoteó los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980.

El principal éxito diplomático de la administración Carter fue a la larga la firma de los acuerdos de Camp David, que sellaban la paz entre Israel y Egipto. No obstante, esos acuerdos fueron en gran medida resultado de las acciones emprendidas por Henry Kissinger durante los años anteriores. El éxito


EL MUNDO BIPOLAR
(1945-1990)
Bases o instalaciones navales o aéreas
Norteamericanas y aliadas
Soviéticas
El sistema norteamericano de alianzas
Estados Unidos y países miembros de la OTAN
Países miembro del Pacto de Río (1947)
Países miembros de la OTASE (1954-1977)
Otros Estados favorables a Estados Unidos entre 1945 y 1990
Países miembros del Pacto de Bagdad (1955-1979): Turquía, Pakistán, Irán, Irak (55-58)
N.B.: Francia y Gran Bretaña pertenecen a la vez a la OTAN y a la OTASE.
El sistema soviético de alianzas
URSS y países miembros del Pacto de Varsovia
Otros Estados asociados al bloque del Este
Estados firmantes de acuerdos de cooperación con la URSS
Otros países comunistas
Antiguos aliados de la URSS pasados a Occidente

se vio rápidamente seguido de un grave revés para la diplomacia norteamericana: en 1979 estalla la revolución en Irán y las tropas del nuevo régimen toman la embajada americana en Teherán. Las elecciones presidenciales estaban a la vuelta de la esquina y un Carter en caída libre ordena en abril de 1980 una misión para rescatar a los rehenes que termina en auténtico fiasco.

Durante la presidencia de Carter se duplicaron las ventas de armas norteamericanas y se reforzó el presupuesto de defensa. No obstante, humillado en Irán, Estados Unidos había perdido parte de su prestigio mundial. Llena de contradicciones, la política de la administración Carter no consiguió reconciliar los hechos con las palabras y provocó en su propio país el descontento de pacifistas e intervencionistas por igual.

Carter fracasa también en el plano interior. Se revela totalmente incapaz de relanzar la economía norteamericana, que sufre las repercusiones de la segunda crisis del petróleo y llega en 1979-1980 a su colapso más grave desde los años treinta. Aunque sin grandes resultados, la administración aplica impopulares medidas monetaristas destinadas a combatir la inflación, como una restricción del crédito, que hizo que los intereses aumentaran a más de un 20 %.

El triunfalismo de Reagan

La impopularidad de Carter alimentó una ola de conservadurismo que terminó por conducir al poder a Ronald Reagan. El nacimiento de una «nueva derecha», dura y sin complejos, la que encarnaba un movimiento como la *Moral Majority*, sirvió para marginar a los conservadores tradicionales, de orientación algo más social. El desplazamiento del centro de gravedad demográfica del país hacia el sur y el oeste, «tierras de grandes espacios y libertad», coincidió con las críticas al *big goverment* y las dudas, cada vez mayores, acerca de la capacidad del Estado para responder a las necesidades reales de la gente.

Reagan acentuó un giro liberal ya iniciado por Jimmy Carter. Firme partidario de la economía de mercado, se opuso ferozmente al keynesianismo, todavía dominante en la época. Prometió y aplicó reducciones fiscales a las empresas y a las grandes fortunas y consiguió rebajar el presupuesto federal introduciendo grandes recortes en los programas sociales: en *Medicare* o *Medicaid,* pero también en los bonos de alimentación destinados a los pobres o en la concesión de subvenciones para los almuerzos en los centros de trabajo. Con el fin de permitir un aumento de los beneficios, y por tanto del ahorro y la inversión, Reagan inició un proceso de desmantelamiento de buena parte de la legislación ecológica, sanitaria y de seguridad, que consideraba excesivamente restrictiva para las empresas.

Esta revolución conservadora consigue algunos éxitos concretos, como la reducción de la inflación y de los tipos de interés, pero entre 1981 y 1983 arroja al país a una grave recesión. En 1982 el paro llegó a alcanzar el 10 %, la tasa más elevada desde los años treinta. En sólo dos años se aniquilaron todos los avances de la década de los sesenta en la llamada «lucha contra la pobreza» y el número de personas por debajo del umbral de la pobreza alcanzó los 34 millones. Las reducciones de impuestos habían aumentado considerablemente el déficit presupuestario —200.000 millones de dólares en 1982, es decir, tres veces el déficit de 1980—, lo que llevó a nuevos recortes en los programas sociales. Desde el inicio de su mandato Ronald Reagan se opuso frontalmente a las organizaciones sindicales, a pesar de que más de la mitad de sus miembros le habían votado (en 1981, por ejemplo, acabó con una prolongada huelga de controladores aéreos despidiendo a la mayoría de ellos). Sin embargo, Reagan siguió gozando de popularidad, al menos entre las clases medias, que veían en su política la mejor forma de recuperar el crecimiento económico.

Los hechos terminarían dándoles la razón y durante 1984 la economía creció un espectacular 7 %, lo que permitió un descenso del paro sin que se disparase la inflación. La reelección de Reagan fue abrumadora. Cuarenta y nueve de los cincuenta estados votaron a favor del presidente saliente. El partido demócrata sólo consiguió los sufragios de los que habían quedado al margen de la bonanza económica, entre los que la tasa de participación electoral es de todas formas muy baja en Estados Unidos. Las minorías étnicas y una parte del electorado femenino temían la vuelta de una política conservadora y agresiva frente a los avances feministas y de los derechos civiles.

De hecho, los éxitos económicos de la administración Reagan son atribuibles a unos planteamientos keynesianos bastante clásicos. El aumento de los pedidos militares y la reducción de impuestos de la que se bene-

ficiaron los sectores con ingresos más altos contribuyeron a sostener la demanda, mientras que el crecimiento estaba financiado por el déficit. En 1986 la deuda federal alcanzó la cifra de un billón de dólares. A pesar de la votación en 1985 de un plan que preveía un equilibrio presupuestario para 1991, todos los años fiscales, salvo 1987, vieron aumentar el déficit. El ahorro, clave de cualquier economía de mercado, siguió siendo en todo momento insuficiente y la *Reagonomics*, la peculiar versión de la economía del presidente, pronto cambió su nombre por *Voodoo economics*. Satisfechos con los resultados concretos del crecimiento, los electores de Reagan no se mostraron sin embargo demasiado partidarios de estos debates teóricos.

Mientras el sistema de prestaciones sociales para los más desfavorecidos se mantenía bajo mínimos, surgió un grupo de nuevos pobres, de hombres y mujeres con trabajos que apenas les permiten sobrevivir. Estos *working poors* representaban a finales de los años ochenta el 40 % de las personas por debajo del umbral de la pobreza. Paralelamente, el número de personas sin techo experimenta una auténtica explosión hasta situarse cerca del millón, de los que una tercera parte corresponde a pacientes psiquiátricos lanzados a la calle por el cierre de los asilos.

El enorme aumento de las desigualdades que caracteriza los dos mandatos de Ronald Reagan agrava la politización del debate social: el 20 % más rico de la población ve cómo sus ingresos reales aumentan un 40 %, mientras que los del 20 % más pobre se reducen un 10 %. Corolario importante de la cuestión racial, la pobreza, con toda su carga de ira y desesperación, afecta más a los negros y los indios. En 1985 la mitad de los niños negros vivían en condiciones de pobreza. La llamada *affirmative action* se ponía cada vez más en cuestión y las minorías llegadas recientemente a Estados Unidos conseguían sus derechos con más facilidad que indios y negros, como en el caso de los hispanos con el *brown power*, menos amenazador pero finalmente más eficaz que el *black power*. A veces la situación económica y social de esos recién llegados, entre los que conviene destacar a la comunidad asiática, mejoraba con mucha mayor rapidez que la de la gran mayoría de los negros. Mientras que durante los años setenta los efectos de la integración racial habían hecho concebir la esperanza del advenimiento de una nación norteamericana reconciliada, los años ochenta estuvieron marcados por el desarrollo de una sociedad de dos velocidades, fracturada más en lo social que en lo racial, ya que determinados negros no habían conseguido jamás integrarse en la clase media y algunos blancos pertenecían de manera evidente a la *underclass*, parte miserable de la población que sólo había logrado sobrevivir gracias a los restos del *welfare*.

La *main stream America*, ajena a las dificultades de los más desfavorecidos, recupera su confianza en el porvenir del país. La recuperación del crecimiento económico fue de la mano con la adopción de una postura ofensiva en el exterior. Convencido de que hacía falta obligar a la URSS a negociar, Reagan, desde su nueva posición de fuerza, relanza la carrera armamentística y se entusiasma con la iniciativa de defensa estratégica

NANCY Y RONALD REAGAN

En 1952, la actriz Nancy Davies, de 29 años de edad, contraía matrimonio con el presidente del Screen Actors Guild (un sindicato de actores), Ronald Reagan, de 41 años. Aparentemente, los recién casados no pertenecían al mismo mundo. La rica Nancy era una presbiteriana practicante muy introducida en los medios republicanos. Ronald, que hacía tiempo que había dejado de interpretar papeles de galán, era un sindicalista demócrata, admirador de Franklin Roosevelt e hijo de un zapatero irlandés que no había tenido más remedio que declararse en quiebra en los años treinta. Antiguo periodista deportivo, antes de debutar en Hollywood en 1937, por aquel entonces estaba divorciado de otra actriz, Jane Wyman.

Bajo la influencia de Nancy, Ronald se convirtió en un ferviente defensor de la libre empresa, al tiempo que recorría el país en el marco de una campaña de promoción para General Electric y se inscribía en 1962 en el partido republicano. En 1964, Ronald Reagan grabó un mensaje publicitario a favor del candidato republicano Jimmy Goldwater, cuyo éxito tuvo mucha resonancia. En 1966 medios del mundo de los negocios próximos a su esposa le convencieron para que se presentara a las elecciones para el cargo de gobernador de California, que ganó. Reelegido en 1970, se reveló más pragmático que conservador: aunque denunció el Estado benefactor, se abstuvo de desmantelarlo. Se enfrentó a los disturbios estudiantiles y al mismo tiempo aumentó considerablemente los medios a disposición de las universidades. Aunque proclamaba su respeto por los valores familiares, adoptó la legislación más liberal de Estados Unidos en materia de aborto.

Candidato fallido a la investidura presidencial por el partido republicano en 1968 y 1976, consigue una victoria aplastante en 1980. Tres meses después de su elección, fue víctima de un atentado; el valor que demostró en esa ocasión, así como su lucha contra un cáncer durante su segundo mandato, impresionaron mucho a la opinión pública. Omnipresente después del atentado cometido contra su marido, su esposa, Nancy, intenta planificar su programa de actividades guiada por predicciones astrológicas y consulta a un médium en relación con todas las decisiones importantes que debe adoptar. Reagan, «el gran comunicador», consiguió ser durante sus dos mandatos uno de los presidentes más populares de Estados Unidos.

IDS, programa de defensa antibalística comúnmente conocido como «guerra de las galaxias». El presidente tiene una visión simplista de las relaciones internacionales y no duda en identificar a la Unión Soviética con el «imperio del mal», la causa de todos los conflictos en el Tercer Mundo. Reagan, «el gran comunicador», atiza los sentimientos nacionalistas de sus conciudadanos y se erige en adalid del «retorno de América». Se reforzó considerablemente el apoyo de la CIA a numerosos movimientos anticomunistas de Afganistán, Nicaragua, Angola o Etiopía. Se defendió a sangre y fuego al régimen de El Salvador, sanguinario y dictatorial, muy amenazado por una guerrilla de inspiración sandinista. El 1983 los marines norteamericanos invaden la pequeña isla caribeña de Granada para expulsar a los golpistas pro cubanos. Fue la primera intervención exterior de Estados Unidos tras la guerra del Vietnam.

Paradójicamente, Reagan inauguró su mandato con un guiño amistoso a Moscú: el levantamiento del embargo de cereales decretado por Carter. No obstante, se impusieron de nuevo sanciones comerciales como respuesta a la represión del movimiento Solidaridad en Polonia en 1981 y, después de que el ejército del aire soviético hubiera abatido en 1983 un avión de las Líneas Aéreas Coreanas, Estados Unidos limitó los vuelos con destino a la URSS. A pesar de la fuerte oposición de los pacifistas europeos, la administración Reagan impone el despliegue de misiles de medio alcance en el Viejo Continente, los Persing II, concebidos para responder a los SS 20 soviéticos que apuntaban a Europa Occidental. En 1985 Estados Unidos, esta vez adoptando el papel dominante, abre las negociaciones START (*Strategic Arms Reduction Talks*), destinadas a reemplazar las SALT, ya en punto muerto.

La llegada al poder en Moscú de Mijail Gorbachov en 1985 fue considerada cada vez más en Washington como un cambio importante. A partir de 1986, y a pesar de seguir mostrándose desafiante, Ronald Reagan inicia unas relaciones amistosas con su homólogo soviético. En 1987 ambos deciden destruir los misiles de medio alcance estacionados en Europa. En 1988 los soviéticos admiten una retirada de las fuerzas cubanas de Angola a cambio de la independencia de Namibia, hasta entonces colonia surafricana. El vicepresidente George Bush intenta sin embargo mantener a sus conciudadanos en guardia afirmando que «la guerra fría no ha acabado».

La actividad diplomática de Ronald Reagan y sus sucesivos secretarios de Estado, Alexandre Haigh hasta 1982, George Schultz después, no se limitaría en absoluto a la lucha contra el comunismo internacional. En 1982 Estados Unidos participa en la misión de la ONU para mantener la paz en el Líbano, que se salda en 1983 con una salida precipitada del país como consecuencia de un mortífero atentado contra los soldados norteamericanos en Beirut. Del mismo modo, y respondiendo a la presión de la opinión pública, la administración Reagan adopta en 1986 sanciones económicas contra África del Sur, obligando al gobierno de Pretoria a comprometerse cada vez más con una abolición del *apartheid*.

El prestigio de Reagan comienza a disminuir a partir de 1986 con la revelación del escándalo *Irangate* (ventas ilegales de armas al régimen de Jomeini contra el que se había decretado un embargo militar). Los beneficios de la operación estaban destinados a financiar la acción de la guerrilla que luchaba contra el régimen sandinista de Nicaragua («la Contra»). En 1984 el Tribunal Internacional de Justicia condenó a Estados Unidos a indemnizar a Nicaragua, cuyos puertos habían minado, y el Congreso decretó la interrupción de las ayudas a la Contra. Mientras que Washington decretaba un embargo contra Managua en 1985, el Congreso restablecía la ayuda a los «contras» en 1986, pero en ese intervalo de tiempo sus actividades fueron financiadas en secreto. En la investigación que siguió a este escándalo se demostró que el presidente había actuado, como mínimo, a la ligera, pero las críticas se dirigieron más a la falta de control sobre sus propios servicios de inteligencia que a su implicación personal en el escándalo.

Cuando el *crack* del 19 de octubre de 1987 interrumpió el auge económico de los ochenta, el presidente se encontró con una renovada resistencia institucional. El Senado rechazó dos de las nominaciones que propuso para el Tribunal Supremo y el Congreso hizo caso omiso del veto presidencial en relación con una ambiciosa ley de programas de autopistas.

Los últimos años de la administración Reagan dejaron en Washington una cierta impresión de fin de reinado, con el presidente ausente la mayoría de las veces a causa de sus enfermedades. Esto no impidió que continuase siendo muy popular en el país y que aún hoy esté considerado como el vencedor de la guerra fría.

NORTEAMÉRICA SIN COMPLEJOS

Los años noventa han obligado a Estados Unidos a acometer toda una serie de adaptaciones complejas, debidas sobre todo al fin de la guerra fría, de la que habían surgido como triunfadores, a la globalización de la economía, suscitada por ellos, y a cambios tecnológicos de una rapidez sin precedentes, sobre los que no han sido sin embargo capaces de seguir ejerciendo su dominio. Reafirmados en su destino tras el relanzamiento de la economía, los norteamericanos se han mostrado más seguros de sí mismos que en los dos decenios precedentes, caracterizados por una puesta en cuestión de determinados fundamentos de la sociedad y una impresión de repliegue, casi de declive. Los problemas interiores no han desaparecido, algunos se han agravado —la pobreza, las carencias en la protección social o las dificultades en las relaciones entre grupos étnicos, religiosos y sexuales—, pero las clases medias, las que crean la opinión norteamericana, parecen sentirse menos preocupadas por estas cuestiones y más centradas en la recuperación de la economía y la vuelta de los valores más tradicionales, la familia, la moral o el trabajo. Aunque la economía norteamericana se recupera con el crecimiento de 1992, el optimismo no empieza a hacerse sentir hasta 1995. Estos sobresaltos explican en gran medida la evolución electoral del país: victoria en 1988 y derrota en 1992 de George Bush y el revés legislativo de Bill Clinton en 1994, seguido de una reelección triunfal en 1996.

Bush, un presidente diplomático

Derrotado por Ronald Reagan en las primarias republicanas de 1980, George Bush fue vicepresidente durante sus dos mandatos. Este patricio de la costa este, conservador en cuestiones económicas pero bastante más liberal en temas sociales, a pesar de que se le acusaba de no tener convicciones demasiado arraigadas, fue elegido por los republicanos por delante del senador Bob Dole, viejo profesional de la política, y el tele-evangelista Pat Robertson. Los desgarros que provocaron estas primarias contribuyeron a debilitar a Bush, que debió su elección sobre todo a la popularidad de su predecesor. También jugaron a su favor las divisiones en el seno demócrata: a la izquierda, los partidarios del reverendo negro Jesse Jackson y su coalición «arco iris», compuesta por los grupos excluidos de la sociedad norteamericana; por el centro, los del reformista Michael Dukakis, a la postre el candidato designado por los demócratas.

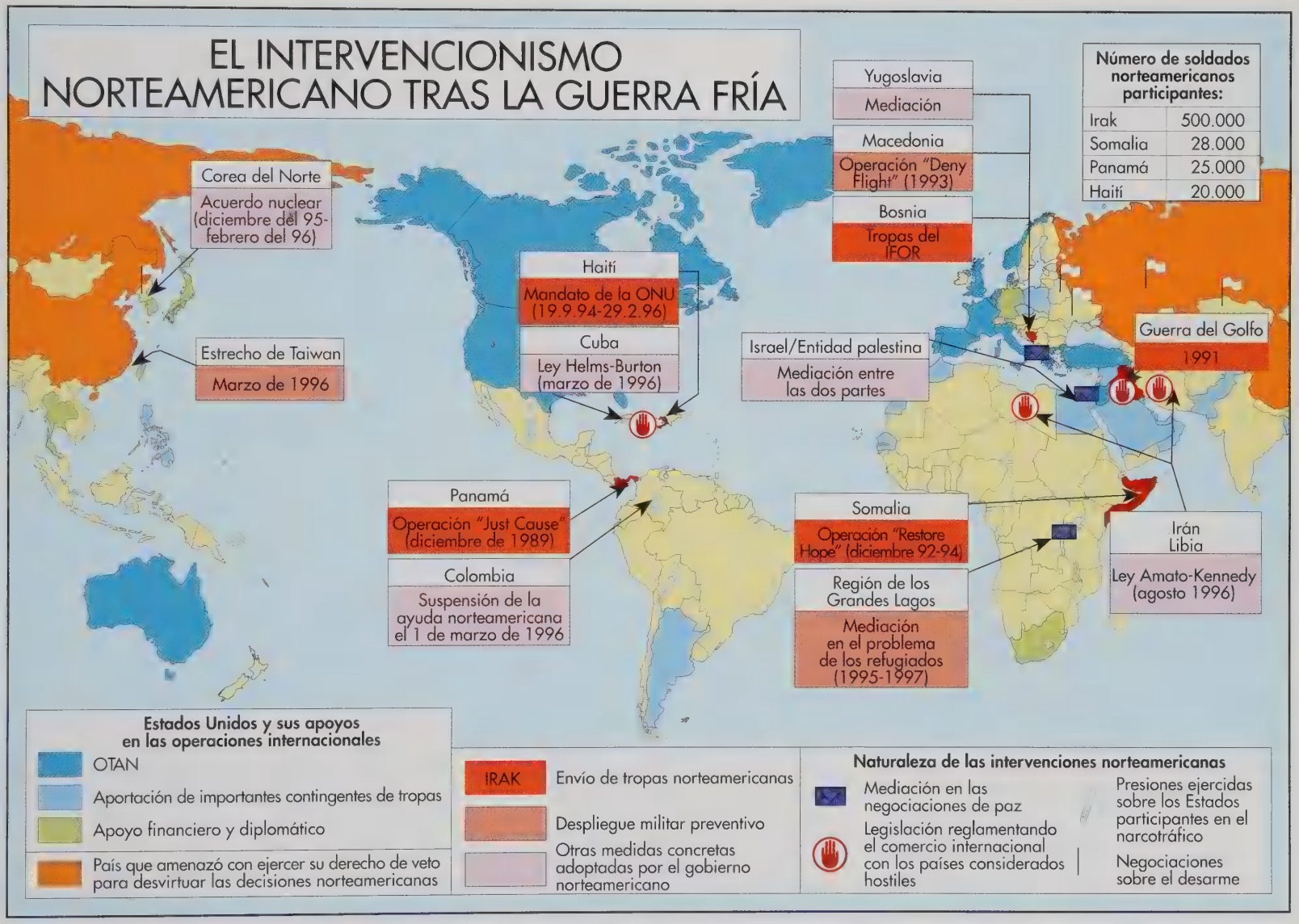
George Bush, antiguo embajador en China y ex director de la CIA, se interesó sobre todo por los asuntos exteriores y recibió continuas acusaciones de descuidar la política interior. A pesar de su voluntad de aprovechar el final de la guerra fría para establecer un «nuevo orden mundial» basado en el derecho internacional, su diplomacia tuvo sobre todo un carácter reactivo. Marcado por la cultura de la contención, el presidente tardó en creer en la voluntad de cambio de su homólogo soviético, Mijail Gorbachov, y sólo se decidió a plantear el fin del conflicto este-oeste con el derrumbamiento de la URSS en 1991. Los primeros dividendos de la paz fueron la firma en 1991 de los acuerdos START I sobre la reducción de las fuerzas nucleares, seguidos en 1992 por los acuerdos START II que preveían reducir para el año 2003 el potencial nuclear de las dos grandes potencias a menos del 10 % de su nivel en 1990.

En materia de medio ambiente la administración Bush consiguió avances importantes, por ejemplo la decisión adoptada en 1989 de prohibir los gases responsables de la destrucción de la capa de ozono o la adoptada en 1991 para congelar durante cincuenta años toda explotación de los recursos de la Antártida. Por el contrario, los norteamericanos se negaron a realizar ningún avance en la lucha contra los gases que provocan el efecto invernadero propuesta por la Cumbre de Río de 1992.

Frente a China, una vehemente condena de la represión de las manifestaciones de Tiananmen en 1989 no tardaría en dar paso a una política más conciliadora inspirada por el fuerte atractivo del mercado chino, lo que dio la impresión de una cierta parcialidad en las relaciones exteriores norteamericanas. Este sentimiento prevaleció igualmente en las relaciones con Japón, cuya opulencia llegó a aparecer insolente a ojos de unos Estados Unidos en dificultades. En 1990 el coche más venido en Estados Unidos fue un Honda y más de la mitad del centro de Los Ángeles había sido adquirido por inversores nipones: no tardó en acusarse a Japón de ser el responsable de todos los males de Estados Uni-

EL MUNDO VISTO DESDE ESTADOS UNIDOS
Europa central y balcánica
Extensión del compromiso
Conflictos étnicos
Cáucaso Asia central
Oportunidades petrolíferas
Islamismo
Europa occidental
Mantenimiento del compromiso
Competencia económica
Rusia
Estabilización
Seguridad nuclear
RUSIA
COREA DEL NORTE
CANADÁ
ESTADOS UNIDOS
CHINA
JAPÓN
COREA DEL SUR
Extremo Oriente
Sur de Asia
Oceanía
Juego de equilibrio de las potencias
Proliferación nuclear
Competencia económica
FILIPINAS
TAILANDIA
INDONESIA
AUSTRALIA
TURQUÍA
SIR.
IRAK
IRÁN
LIBIA
EGIPTO
ARABIA SAUDÍ
PAKISTÁN
INDIA
SUDÁN
NIGERIA
Rep. Dem. del CONGO
ÁFRICA DEL SUR
MÉXICO
CUBA
COLOMBIA
BRASIL
ARGENTINA
América Latina
Libre intercambio
Consolidación de la democracia
Droga
Inmigración
África negra y austral
Democratización
Despegue económico
Epidemias
Medio ambiente
Magreb
Oriente Medio
Seguridad petrolífera
Seguridad de Israel
Proliferación nuclear
Terrorismo
OTAN y aliados privilegiados (1)
Gran potencia potencialmente amenazadora
País considerado como desestabilizador u hostil
Potencia regional
(1) País que se puede beneficiar de la venta de armas sofisticadas.
Principales orientaciones de la política exterior norteamericana con respecto a la región
Visión norteamericana de los riesgos a escala regional

EL INTERVENCIONISMO NORTEAMERICANO TRAS LA GUERRA FRÍA



dos. Bush supo resistirse a los cantos de sirena del proteccionismo, pero fracasó en su intento de favorecer una mayor penetración de los productos norteamericanos en el mercado japonés y la opinión pública norteamericana se quedó con la impresión de un desequilibrio injusto.

Las guerras de después de la guerra fría

Pero donde se distinguiría sobre todo la administración Bush sería en el plano militar, con tres victorias en su haber, en Panamá, en el Golfo y, aunque en menor medida, en Somalia.

En diciembre de 1989 Bush lanza la operación *Just Cause* con el objetivo de capturar al hombre fuerte de Panamá, el general Noriega, acusado de tráfico de drogas, pero que, sobre todo, había llegado a representar una amenaza para los intereses norteamericanos. En esta primera intervención exterior de envergadura después de la de Vietnam se consigue capturar al general Noriega y trasladarlo a Estados Unidos para ser juzgado, pero la capital del país, Ciudad de Panamá, resultó devastada por los ataques norteamericanos, lo que suscitó la desaprobación del conjunto de los países de América Latina.

La guerra del Golfo, que movilizó a 500.000 soldados norteamericanos, fue una operación de importancia mucho mayor. Un triunfo militar que permitió liberar a Kuwait, anexionado por Irak en 1990, pero también un éxito diplomático en la medida en que consiguió colocar tras la bandera norteamericana a la mayoría de los países del planeta. La guerra del Golfo representó para Estados Unidos la ocasión de poner a prueba el principio de un nuevo orden mundial: al invadir Kuwait, Irak había transgredido el derecho internacional, y por tanto debía ser castigado. También se llevó a la práctica la llamada injerencia humanitaria; a los kurdos de Irak perseguidos por Sadam Hussein se les puso fuera del control de Bagdad. Sin embargo, este conflicto sacó a la luz toda la relatividad de la noción de nuevo orden internacional lanzada por Estados Unidos, que intervino en el Golfo sobre todo por el petróleo, pero cuyas limitaciones presupuestarias le obligaron a imponer la financiación de las operaciones militares a sus aliados árabes, europeos y asiáticos.

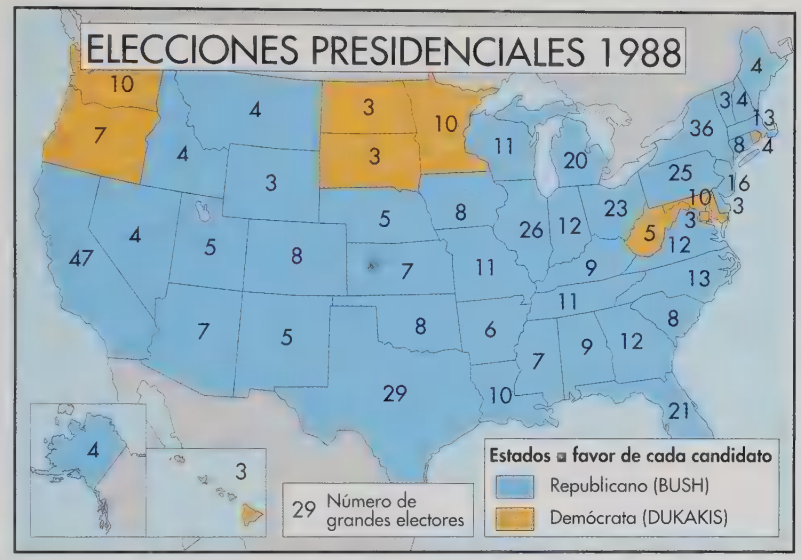
La economía de Estados Unidos se mantuvo en una situación preocupante durante todo el mandato de Bush, con un crecimiento medio del 0,7 % al año, caída de los ingresos de las familias y un aumento de la proporción de personas por debajo del umbral de la pobreza. Aunque, en vista de la gravedad de los déficits, Bush no tuvo más remedio que quebrantar su promesa electoral de no aumentar los impuestos, se mostró más bien inactivo frente a la crisis; el balance legislativo del periodo se vio asimismo perjudicado por la oposición entre un Congreso demócrata y un presidente republicano que llegó a cosechar un récord de 37 vetos.

Contando con su éxito en la guerra del Golfo para asegurarse la reelección, Bush fue sin embargo derrotado en 1992 por Bill Clinton, joven demócrata que basó su campaña en volver a centrar las preocupaciones presidenciales en la reactivación de la economía. El multimillonario tejano Ross Perot, que alcanzó un 19 % de los votos sobre la base de un programa populista, obtuvo el mejor resultado de un candidato independiente desde comienzos de siglo. Movido por su deseo de pulir su imagen de líder internacional responsable, Bush se apresura a lanzar la operación *Restore Hope*, destinada a garantizar la llegada de la ayuda humanitaria a una Somalia arrasada por la guerra civil y amenazada por las hambrunas, poniendo así los cimientos de un nuevo intervencionismo humanitario.

La era Clinton

La llegada al poder de un equipo nuevo y más preocupado por las fracturas sociales suscitó en el país numerosas esperanzas que no tardaron en verse decepcionadas. Dado que, en 1990, más de la mitad de las huelgas se habían declarado por problemas de cobertura social, la esposa del presidente, Hillary, se hizo cargo del importante proyecto destinado a una reforma del seguro de enfermedad. Pero, a falta de un acuerdo, la propia reforma no llegó a ser presentada jamás al Congreso. Otro ejemplo, menos crucial pero también significativo, fue que después de su elección, Bill Clinton intentó obligar al ejército a aceptar a los homosexuales, pero no tuvo más remedio que batirse en retirada y contentarse con el levantamiento de la prohibición... con la condición de que no hicieran públicas sus preferencias sexuales bajo ningún concepto.

A pesar de la vuelta del crecimiento económico, los numerosos fracasos, así como la multiplicación de escándalos en relación con


ELECCIONES PRESIDENCIALES 1988
Estados a favor de cada candidato
Republicano (BUSH)
Demócrata (DUKAKIS)
29 Número de grandes electores

ELECCIONES PRESIDENCIALES 1992
Estados a favor de cada candidato
Republicano (BUSH)
Demócrata (CLINTON)

ELECCIONES AL CONGRESO 1994
Estados con mayoría:
Republicana
Demócrata
Igualdad de escaños entre republicanos y demócratas
Independiente

ELECCIONES PRESIDENCIALES 1996
Estados a favor de cada candidato
Republicano (DOLE)
Demócrata (CLINTON)

el matrimonio Clinton, contribuyeron a una notable subida de los republicanos en las *mid term elections* de 1994. Los republicanos, que controlaban por primera vez en cuarenta años Cámara y Congreso, se equivocaron al dar por segura su victoria, más por el rechazo al presidente que por la adhesión a su programa, y se agruparon tras el *speaker* (portavoz en el Senado) Newt Gingrich en la que no tardó en llamarse «revolución conservadora». Pero, para su desgracia, Clinton se revelaría como un excelente táctico y un verdadero hombre de Estado.

En diciembre de 1995, cuando 800.000 funcionarios federales llevaban ya tres semanas de paro técnico por falta de fondos, Clinton aceptó el principio de una reducción drástica del presupuesto, pero dejó que la impopularidad de esa medida recayera sobre el Congreso, que es el que tuvo que llevar a efecto los recortes exigidos. Ese mismo año el atentado antifederal de Oklahoma le da la ocasión de denunciar un clima subversivo susceptible de provocar consecuencias tan nefastas como ésa. Clinton se presenta como alguien situado por encima de los partidos y consigue su reelección con un programa de centro. Supo asimismo transformar la política exterior en terreno privilegiado para demostrar su habilidad, su autoridad y su renovado prestigio. Contribuye sobre todo a la puesta en práctica del OMC, consigue la intervención de la OTAN en Bosnia antes de reforzar la frágil paz de Dayton, anima a los británicos a iniciar el proceso de pacificación de Irlanda del Norte, permite el restablecimiento de la democracia en Haití y bendice el histórico apretón de manos entre Yaser Arafat e Isaac Rabin.

BILL CLINTON

«Slick Willy», o Willy el pillo, el hábil, el embaucador. Ésas son las etiquetas que se le han puesto a Bill Clinton desde que con sólo 32 años se convirtiera en el gobernador más joven de Arkansas. Brillante, ambicioso y hábil, pero también indisciplinado, intrigante y dispuesto a buscar soluciones de compromiso cuando se siente acorralado o traicionado. No obstante, hay que reconocer también su carácter sincero y caluroso, siempre dispuesto a repartir abrazos generosos, largos apretones de mano y palmadas en el hombro. Son célebres sus estallidos y su capacidad para compartir emociones, hasta el punto que la revista *Newsweek* le ha nombrado «consolador jefe de la nación». Bill Clinton es un seductor nato con una agudeza intelectual poco común. Casi nadie creía en sus probabilidades cuando se lanzó a la campaña electoral de 1992, los grandes divos del partido demócrata habían preferido reservarse para la campaña siguiente y daban por segura la reelección de George Bush, el gran vencedor de la guerra del Golfo. La victoria por sorpresa del gobernador de Arkansas no desarma sin embargo a sus adversarios, que le siguen considerando otro político inexperto del sur, un nuevo Jimmy Carter, que muy pronto demostraría ser incapaz de controlar los secretos del poder federal, por lo que sólo hacía falta esperar que diese los primeros traspiés. Cuatro años después, Bill Clinton había adquirido ya el rango de hombre de Estado, desempeñaba un papel fundamental en la escena internacional y había agrupado en torno a él a los escépticos del partido demócrata, que aplaudieron su reelección.

Su infancia parece una historia edificante, un ejemplo para los jóvenes norteamericanos. William Jefferson Clinton nació en 1946 en Hope («esperanza»), Arkansas, en un medio modesto. Su padre murió antes de que naciese y su madre se apresuró a contraer matrimonio con Roger Clinton, que adoptó al niño, pero que con el tiempo se revelaría como un hombre alcohólico y violento. El joven Bill no tarda en convertirse en protector de su madre, intentando apaciguar los conflictos que desgarraban a su familia. Reconocería más tarde que, incluso cuando era ya un adulto, debía tener cuidado de «no hacer un uso excesivo de la capacidad de apaciguamiento que había desarrollado durante su infancia». Magnífico estudiante, jugador de fútbol americano e intérprete de saxofón, tuvo la infancia típica de los *babyboomers* con colonias de vacaciones, bailes los sábados por la tarde y diversos cargos dentro del campus universitario. Algún tiempo después se marcha de Arkansas para proseguir sus estudios en Georgetown y Oxford, antes de conseguir una beca para la facultad de Derecho de la Universidad de Yale. Allí conoció a su esposa Hillary, a la que siempre llama su «compañera en la presidencia». Personalidad no menos compleja que su marido, Hillary Rodham Clinton, una de las abogadas más influyentes de su generación, parece una mujer capaz de triunfar en todo lo que se proponga. Pero la opinión pública vio en ella a una feminista intransigente y desmesuradamente ambiciosa. Se la acusó de ejercer una influencia oculta e incontrolable en la Casa Blanca y los sabuesos del partido republicano se lanzaron en seguida a la busca de asuntos turbios y escándalos que atribuirle.

La campaña de 1992 fue una verdadera carrera de obstáculos plagada de revelaciones e insinuaciones que pretendían arrojar dudas sobre la integridad moral del candidato: ¿había fumado hachís durante los años 60? Sí, algunos cigarrillos, reconoció Clinton de mala gana, pero sin tragarse el humo. ¿Podría llegar a convertirse en jefe supremo de los ejércitos tras haber evitado combatir en la guerra de Vietnam? ¿Era verdad que mantenía relaciones fuera del matrimonio? Tampoco los primeros pasos de la presidencia fueron muy prometedores: desde la designación de asesores más bien dudosos hasta la poco satisfactoria solución de compromiso adoptada en relación con el tema de los homosexuales en el ejército, pasando por el fracaso legislativo del plan de seguridad social que intentó imponer a toda costa Hillary Clinton. La cota de popularidad del presidente desciende hasta el punto de que los parlamentarios demócratas para las elecciones de 1994 prefirieron mantener a su jefe al margen de la campaña, lo que no impidió la elección de un Congreso de amplia mayoría republicana. Literalmente contra las cuerdas, «Slick Willy» se rodea de nuevos asesores, pone en práctica la táctica de «triangulación», que debía mantenerle a una distancia equidistante tanto de su propio partido como de la oposición, adopta como suyas algunas propuestas republicanas en materia de impuestos y lucha contra la delincuencia, y utiliza hábilmente en su beneficio los patinazos verbales de líderes conservadores destacados como Newt Gingrich o Pat Buchanan.

Tras haber cumplido los 50 años, Bill Clinton parece hoy más sabio, más maduro, más sólido. Sin embargo, está amenazado por el recuerdo del escándalo político e inmobiliario *Whitewater*, en el que se vio implicado tras haber sido gobernador de Arkansas; las acusaciones de acoso sexual de una de sus antiguas colaboradoras, Paula Jones; o la financiación de su campaña de 1996, que implicó a intereses privados norteamericanos y extranjeros, especialmente chinos. Frente al viejo zorro republicano Bob Dole ha logrado al menos demostrar que los *babyboomers*, los que crecieron durante la guerra fría, el *hippismo*, la liberación de las costumbres y la sociedad de consumo, han tomado definitivamente el relevo.

EL SUEÑO AMERICANO

Inmenso espacio de libertad y abundancia, Estados Unidos es también un país de desigualdades y conformismos. Aunque la sociedad norteamericana está en crisis, con un modelo de integración paralizado y un sistema educativo en situación desastrosa, y a pesar de los problemas estructurales, la economía de Estados Unidos sigue siendo la más emprendedora del mundo y la que se beneficia de la tecnología más avanzada.

EL ESPACIO NORTEAMERICANO

La inmensidad y diversidad del espacio norteamericano se imponen como sus características primordiales: 4.300 km del Atlántico al Pacífico, 2.700 desde Canadá a México. Con Alaska y las islas Hawai, la superficie del país alcanza los 9.363.263 km^2 para 260 millones de habitantes. De ese modo, cada norteamericano dispone como media de cuatro veces más espacio que un europeo. El territorio norteamericano está organizado en tres grandes conjuntos morfológicos: la fachada atlántica y los montes Apalaches; las grandes llanuras del Medio Oeste regadas por el Misisipí y sus afluentes, y las Montañas Rocosas y la región costera del Pacífico.

A pesar de un relieve y un clima muchas veces duros para el ser humano, el espacio ha sido siempre visto y pensado como una fuerza, una fuente infinita de oportunidades y riquezas. En el siglo XIX se impuso una imagen idealizada de los grandes espacios forjada por escritores, artistas y hombres de negocios. El sueño de la tierra prometida se encarnó entonces en la conquista del oeste, que apenas alcanzada se vio elevada al rango de mito fundador, el *Manifest Destiny* de los norteamericanos para llegar a dominar el conjunto del continente.

La voluntad de apropiarse de ese inmenso espacio y domesticarlo se manifiesta en la formidable expansión territorial que, gracias a los desplazamientos hacia el oeste de los intrépidos pioneros, terminaría conduciendo a la nación hasta las orillas del Pacífico. Ese proceso de apropiación del espacio se reflejaba simbólicamente en la noción de frontera.

Las diferentes entidades que constituyen hoy día un mapa administrativo de Estados Unidos son el resultado de esta historia y de la disponibilidad de espacio que, a pesar de los problemas que fueron surgiendo, permitió que las sucesivas oleadas de colonos se estableciesen cada vez más lejos. Lejanos precursores del movimiento ecologista contemporáneo, muchos pioneros elevaron sus voces contra la explotación desenfrenada del medio natural.

La apropiación del espacio

Los indios dejaron huellas esenciales en la toponimia del país (25 nombres de estados son de origen indio). La colonización española (entre los siglos XVI y XIX), que alcanzó, en el momento más fuerte de su expansión, la mitad del territorio norteamericano, ha dejado también su rastro en el paisaje. La mayoría de las ciudades del suroeste de Estados Unidos están implantadas en lugares inicialmente colonizados por los españoles. Los sistemas de regadío, las divisiones administrativas, los estilos arquitectónicos pasados y presentes llevan también su marca.

La colonización inglesa afectó a partir del siglo XVI al noreste de Estados Unidos. Aparecieron dos modelos urbanos. El primero, predominante en Nueva Inglaterra, se organizaba jerárquicamente alrededor de un centro, la mayoría de las veces una iglesia o un edificio oficial. El segundo, basado en planos en forma de cuadrícula y adoptado de entrada por Filadelfia, aunque no tardó en extenderse luego por el conjunto del país, concede menos importancia a la noción de centro y de espacio público.

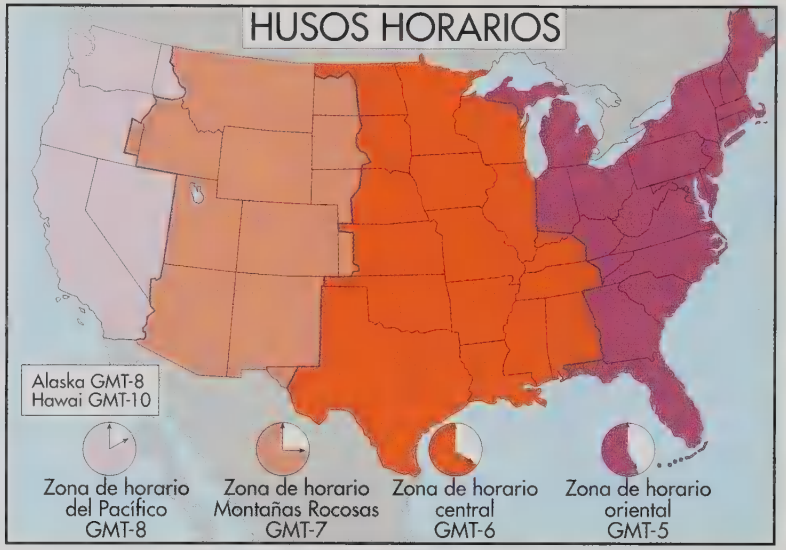
El ritmo de crecimiento de la población se fue acelerando a partir del siglo XIX y fue afectando a territorios cada vez más grandes. La conquista del oeste está marcada por cuatro hechos capitales: la compra de Luisiana a Francia en 1803, la primera expedición que atravesó el continente de un extremo a otro en 1804, la anexión de California en 1849 y el tendido de la primera línea ferroviaria transcontinental en 1869. En la segunda mitad del siglo XIX el ferrocarril desempeñaría un papel fundamental para la conquista y dominio del espacio norteamericano. En la costa este permitió el desarrollo de las ciudades ya existentes, mientras que en el oeste, la Southern Pacific Railway fue uno de los motores del crecimiento demográfico y económico. La red ferroviaria pasó de 1.600 km en 1830 a 406.000 km en 1916. Durante los últimos ochenta años, debido a la fuerte competencia del avión, ha bajado a 300.000 km.

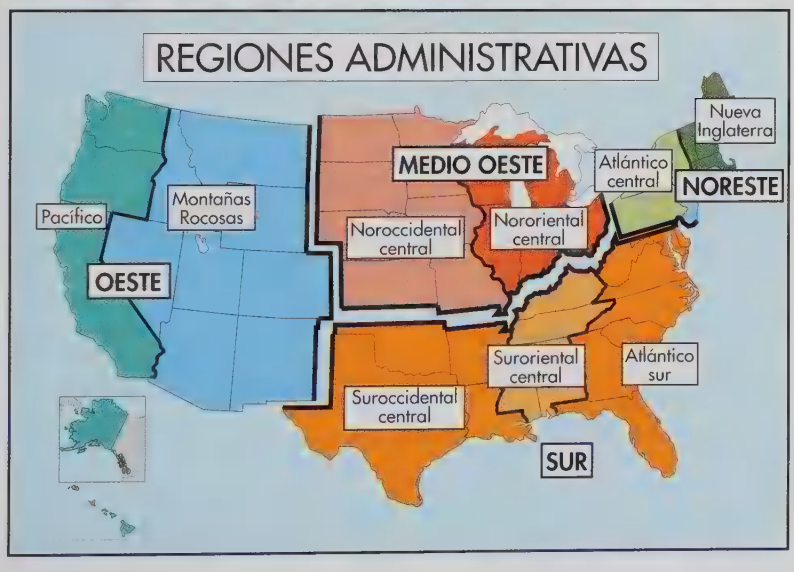
Los grandes movimientos migratorios hacia el oeste fueron alentados por el *Homestead Act* de 1862, que concedía de manera gratuita a cualquier ciudadano mayor de veintiún años 65 hectáreas de tierra.

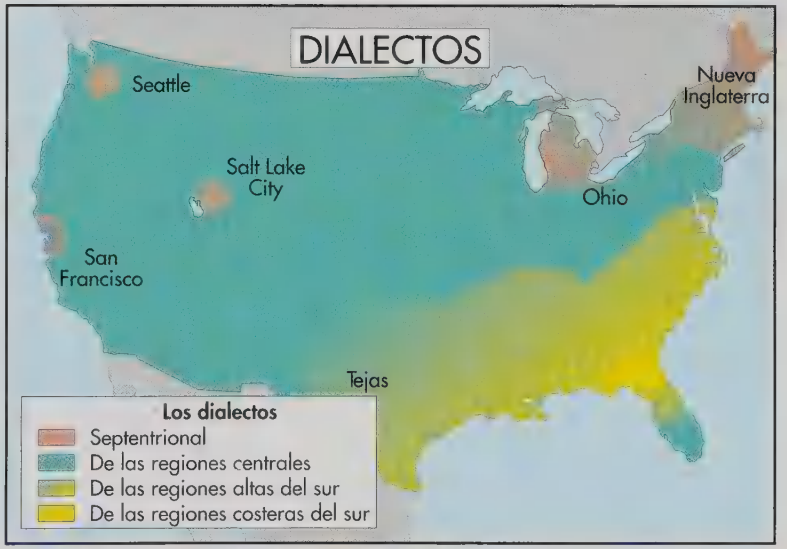
La frontera como mito fundador

En Europa las fronteras se perciben casi siempre como barreras o frenos. Para comprender el sentido, radicalmente distinto,

CUENCAS HIDRÁULICAS
Cuenca del Columbia
Souris y Red
Nueva Inglaterra
Cuenca del Alto Misisipí
Grandes Lagos y San Lorenzo
Cuenca del Misuri
Gran Cuenca
Cuenca del Ohio
Cuenca del Colorado
Arkansas Red-White
Golfo y Atlántico sur
Río Grande y golfo de México
Línea de partición de las aguas Atlántico/Pacífico
1 Pacífico norte
2 Pacífico centro y sur
3 Valle Central
4 Bajo Misisipí
5 Valle del Tennessee
6 Atlántico central


HUSOS HORARIOS
Alaska GMT-8
Hawai GMT-10
Zona de horario del Pacífico GMT-8
Zona de horario Montañas Rocosas GMT-7
Zona de horario central GMT-6
Zona de horario oriental GMT-5


REGIONES ADMINISTRATIVAS
Nueva Inglaterra
MEDIO OESTE
Atlántico central
NORESTE
Pacífico
Montañas Rocosas
Noroccidental central
Nororiental central
OESTE
Suroriental central
Atlántico sur
Suroccidental central
SUR


DIALECTOS
Seattle
Nueva Inglaterra
Salt Lake City
Ohio
San Francisco
Tejas
Los dialectos
Septentrional
De las regiones centrales
De las regiones altas del sur
De las regiones costeras del sur

que tiene este término en Estados Unidos, conviene distinguir dos palabras que en otros idiomas se traducen de manera indiferente por «frontera»: *border*, que se refiere a las fronteras territoriales (por ejemplo las de los distintos estados de la Unión), y *frontier*, que tiene una historia muy especial. Tal como quedó definida en el siglo XIX por el departamento federal del censo, la frontera es una zona apenas poblada (dos habitantes por milla cuadrada). Asociada a la conquista del oeste, terminó adquiriendo el sentido de frente pionero, la línea este-oeste que indicaba el avance del proceso de colonización.

La frontera, cerrada oficialmente por la oficina del censo en 1890, se revistió de un valor simbólico fundamental: la conquista del espacio por la imaginación como paso previo a su apropiación material. En la célebre *The Frontier in American History* de 1920, el historiador Frederick Jackson Turner la convierte en el mismo fundamento de la identidad norteamericana. Para Turner, la frontera era el lugar en el que se había forjado el carácter norteamericano, teñido de individualismo, igualitarismo y pragmatismo. Sirvió de laboratorio político y social, en el que los nuevos inmigrantes se veían obligados a labrarse una historia común y aprendían los rudimentos de la democracia.

Esta tesis, muy popular todavía, ha sido vivamente debatida durante todo el siglo XX. Según sus detractores, Turner exagera la influencia de este espacio en el carácter norteamericano y su papel como crisol social y racial: los pioneros eran bastante más conservadores de lo que él admite. Por el contrario, infravalora el papel de la ciudad en la creación de la identidad norteamericana. A pesar de estas críticas, la tesis se ha convertido en recurrente. Kennedy evocó la frontera en su discurso de toma de posesión del 20 de enero de 1961 a propósito de la lucha contra la pobreza y la discriminación y el desafío de la conquista espacial. Símbolo del sueño americano en la medida en que remite a la idea de movilización, la frontera sugiere que la construcción de la nación norteamericana es un proceso en marcha.

La organización del espacio

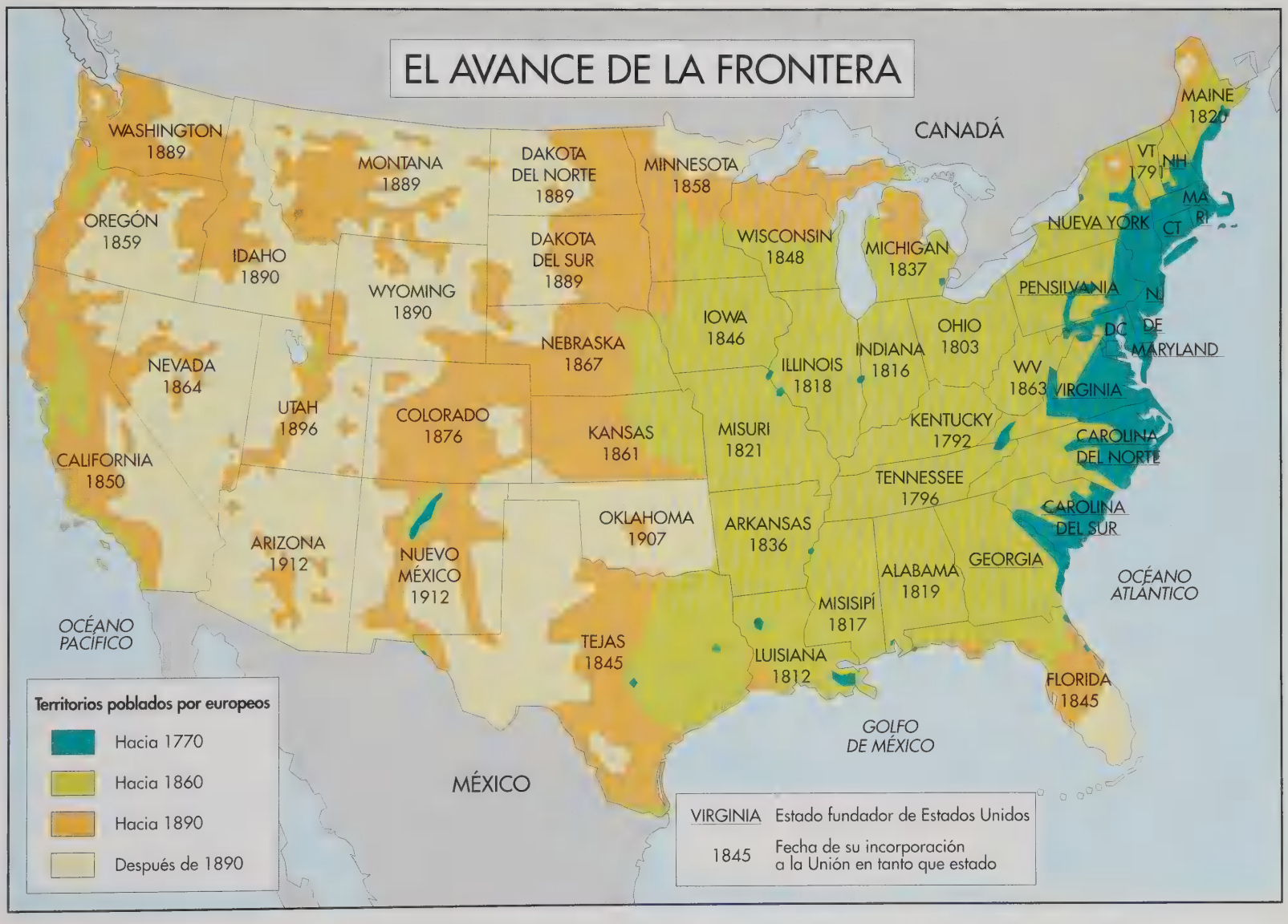
La organización territorial de Estados Unidos destaca por su complejidad y por la disparidad de entidades administrativas entre los estados federados.

El dominio federal representa un tercio del territorio norteamericano y se concentra en el oeste (60 % de dominio federal contra sólo el 2 % en el noreste). Se trata sobre todo de espacios naturales (bosques, desiertos) y minas. Estas zonas son gestionadas por el Forest Service y el Ministerio de Interior (el Bureau of Land Management, National Park Service y el Fish and Wildlife Service). Todo un arsenal de leyes y una jurisprudencia muy compleja encuadran su gestión y rigen sobre todo las relaciones entre el Estado federal, los distintos estados y el sector privado. La explotación de las materias primas (el petróleo, el gas o la madera) constituye la primera fuente de ingresos del dominio federal. Los parques naturales desempeñan por sí mismos un papel cada vez más importante en la industria del turismo y del ocio. La gestión del gobierno federal representa también una apuesta política en el marco de un debate de carácter más general sobre el papel del estado federal: la administración Reagan realizó 38.000 concesiones de tierras (es decir, dos veces más que la administración Carter), consagrando la pérdida de importancia del Estado en beneficio de intereses económicos privados.

La Constitución federal no hace referencia alguna a las colectividades locales. Cada estado determina su propio funcionamiento, sus atribuciones y su grado de autonomía, lo que se traduce en una gran diversidad. El mapa administrativo refleja la historia del crecimiento demográfico del país: muy densamente poblado en el este, la población se va haciendo cada vez menos densa según avanzamos hacia el oeste. Mientras que en el este los municipios constituyen las entidades territoriales más fuertes, en el oeste disminuye considerablemente el número de condados. Debido a esta dicotomía este-oeste, el sistema se caracteriza por la disparidad y complejidad de los diferentes niveles que se superponen: los condados, las municipalidades y los distritos.

Mientras que las fronteras entre los estados y los condados no se han modificado desde comienzos de siglo, se han creado 3.000 nuevas municipalidades y más de 20.000 distritos especializados, sobre todo en el oeste, desde 1942.

Los condados, que suman un total de 3.042, cuentan con una población y una superficie muy variables. Con sus nueve millones de habitantes, Los Ángeles es el más poblado del país, y su aglomeración urbana se extiende en gran medida por los condados


EL AVANCE DE LA FRONTERA
CANADÁ
MÉXICO
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ATLÁNTICO
GOLFO DE MÉXICO
WASHINGTON 1889
OREGÓN 1859
IDAHO 1890
MONTANA 1889
WYOMING 1890
DAKOTA DEL NORTE 1889
DAKOTA DEL SUR 1889
NEBRASKA 1867
NEVADA 1864
UTAH 1896
COLORADO 1876
CALIFORNIA 1850
ARIZONA 1912
NUEVO MÉXICO 1912
KANSAS 1861
OKLAHOMA 1907
TEJAS 1845
MINNESOTA 1858
IOWA 1846
MISURI 1821
ARKANSAS 1836
LUISIANA 1812
WISCONSIN 1848
ILLINOIS 1818
MICHIGAN 1837
INDIANA 1816
OHIO 1803
KENTUCKY 1792
TENNESSEE 1796
MISISIPÍ 1817
ALABAMA 1819
GEORGIA
FLORIDA 1845
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
WV 1863
PENSILVANIA
NUEVA YORK
MAINE 1820
VT 1791
NH
MA
RI
CT
NJ
DE
MARYLAND
DC
Territorios poblados por europeos
Hacia 1770
Hacia 1860
Hacia 1890
Después de 1890
VIRGINIA Estado fundador de Estados Unidos
1845 Fecha de su incorporación a la Unión en tanto que estado

vecinos. Se observa la misma disparidad en su funcionamiento y atribuciones. Cada vez más condados colocan administradores profesionales a la cabeza de la comisión que los dirige. Por el contrario, en otros, el *mayor-council* que preside el condado es elegido directamente por la población. La tarea esencial de los condados consiste en recaudar los impuestos que luego distribuyen entre las municipalidades. Pero en los territorios no constituidos en municipalidad, el condado asume también las funciones de un consejo municipal.

Los distritos poseen competencias especializadas. Los distritos escolares, que gestionan un tercio de los presupuestos locales, se han visto reagrupados bajo la presión del Estado y la administración federal. Por el contrario, los distritos especiales se han multiplicado: de 8.400 en 1942 han pasado a 40.000 en 1997. Se crearon al surgir problemas que las colectividades locales existentes no fueron capaces de resolver. Cada distrito es, por definición, único, e interviene según los casos en campos muy diversos: hospitales, transportes, lucha contra las inundaciones, vivienda, etc.

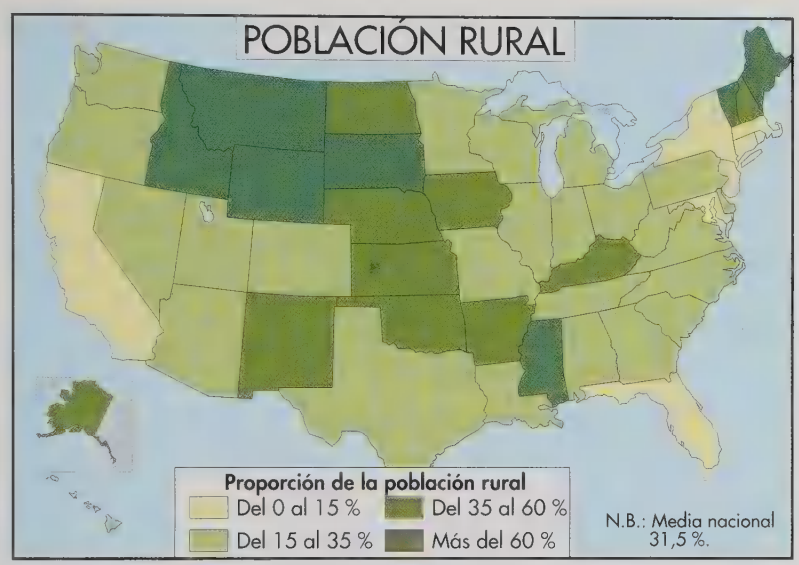
La noción de ciudad resulta muy difícil de definir en Estados Unidos. Abarca numerosas entidades: *town, municipal corporation, city, borough...* Esta diversidad semántica revela la gran disparidad en las modalidades de funcionamiento y las competencias. El poder de las ciudades emana del Estado. Éste puede decidir concederles la autonomía; es decir, que la propia ciudad elija la naturaleza o carácter de su administración. Pero, en la mayoría de los casos, las ciudades son incorporadas, es decir, simplemente reconocidas por el Estado, en el marco de una carta municipal, y se rigen por las reglas de la administración municipal estatales. Situado a la cabeza del equipo municipal, el alcalde puede ser elegido por el consejo municipal o directamente por la población. En el primer caso, dispone de muy escasos poderes y su función es más bien de carácter honorífico. En el segundo, frecuente en las grandes aglomeraciones, Nueva York por ejemplo, ejerce el poder ejecutivo y su papel se parece más al de un gobernador estatal. En este proceso de profesionalización de la gestión municipal, el 30 % de las ciudades norteamericanas se han dotado de un *manager* o gestor designado por el consejo municipal. Los consejeros municipales son elegidos por el electorado, al igual que pueden serlo el tesorero, el jefe de policía y el fiscal general. Un gran número de ciudades prohíben a los partidos políticos cualquier forma de participación en las elecciones locales: los candidatos no pueden pregonar su afiliación política, y son valorados y elegidos sólo por su grado de competencia.

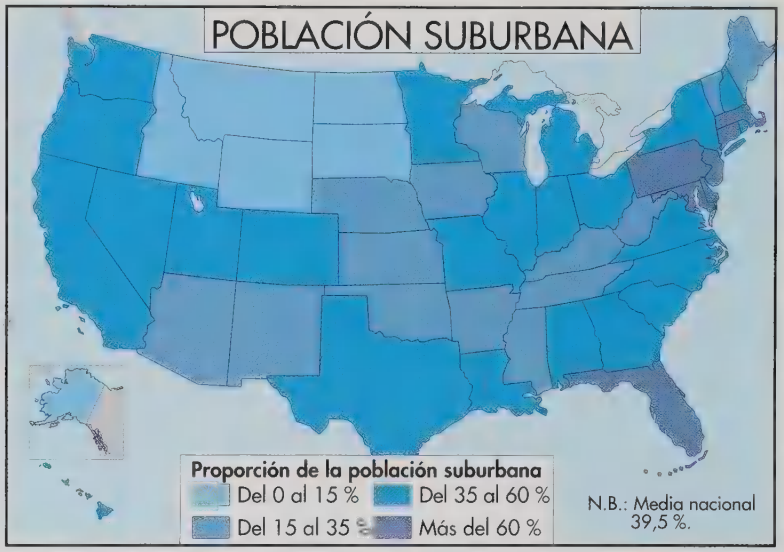
Espacio privado y espacio público

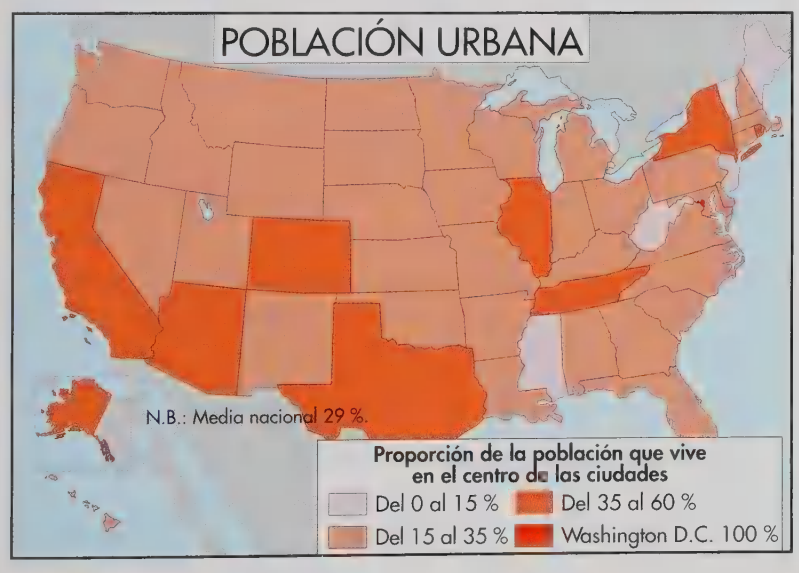
Auténtico laboratorio político, la ciudad norteamericana es también un espacio en crisis, crisis que desde los años sesenta afecta sobre todo a los centros urbanos depauperados (las *inner cities*). En el marco del largo éxodo que condujo a las clases medias y a las empresas hacia las afueras, privando de ese modo a las *inner cities* de recursos fiscales, la aparición a comienzos de los ochenta de enclaves residenciales privados situados en la periferia de las ciudades representó un paso adicional en el proceso de compartimentación de las ciudades. Alejados de los problemas y la violencia de los centros urbanos, cuatro millones de norteamericanos viven en estos nuevos espacios superprotegidos, regidos en lo fundamental por las asociaciones de copropietarios y dotados de policía privada, escuelas y centros de reunión.

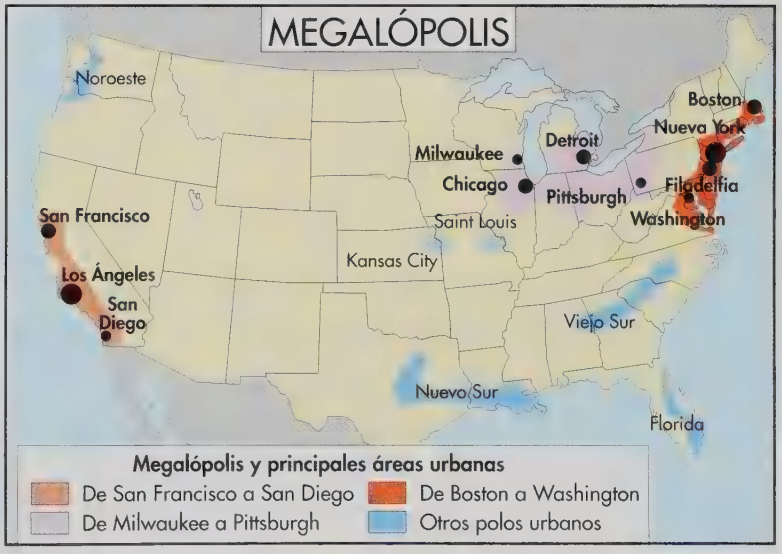
Sin embargo, la noción de comunidad está omnipresente en Estados Unidos, tanto en los discursos como en la vida local, donde sustituye con frecuencia a la acción pública. A través de la noción de comunidad, existen más procedimientos de democracia directa a escala local y regional que, por ejemplo, en España o Francia.

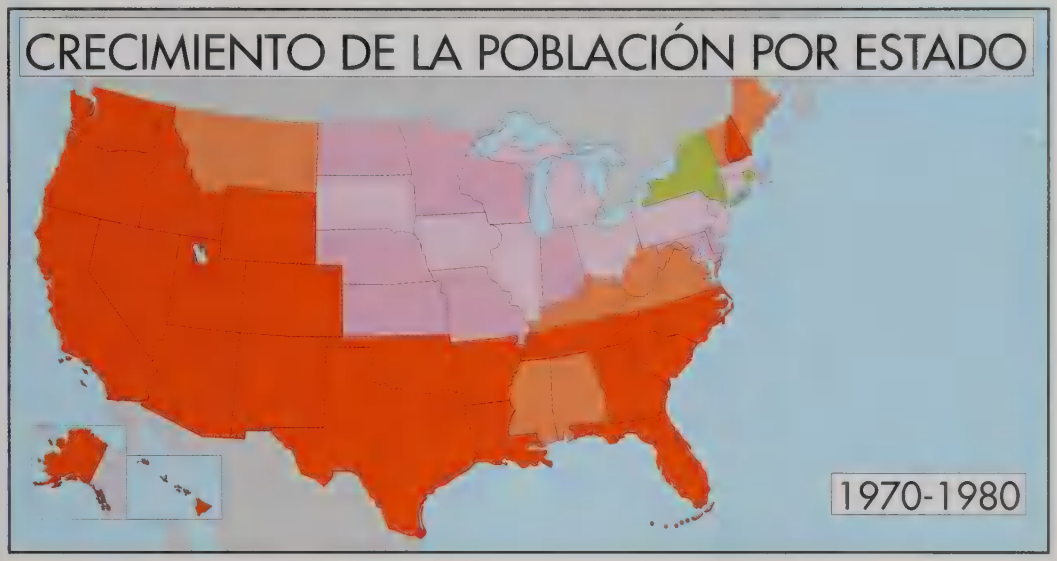
La cuestión de la distribución del territorio no tiene en Estados Unidos tanta importancia como en Europa. Debe situarse en el contexto de la debilidad del regionalismo como ideología política —a pesar de la importancia de las identidades regionales— y del sistema federal, que concede grandes dosis de autonomía a los estados, dificultando la puesta en práctica de una política nacional. No se debe llegar, sin embargo, a la conclusión de que no existe una política de distribución territorial. Los proyectos de desarrollo del *New Deal*, como el *Tennessee Valley Authority* o la *Columbia River Basin Project*, constituyen, según la terminología norteamericana, ejemplos de *regional planning*. Igualmente, los programas federales de armamento y de investigación espacial son im-

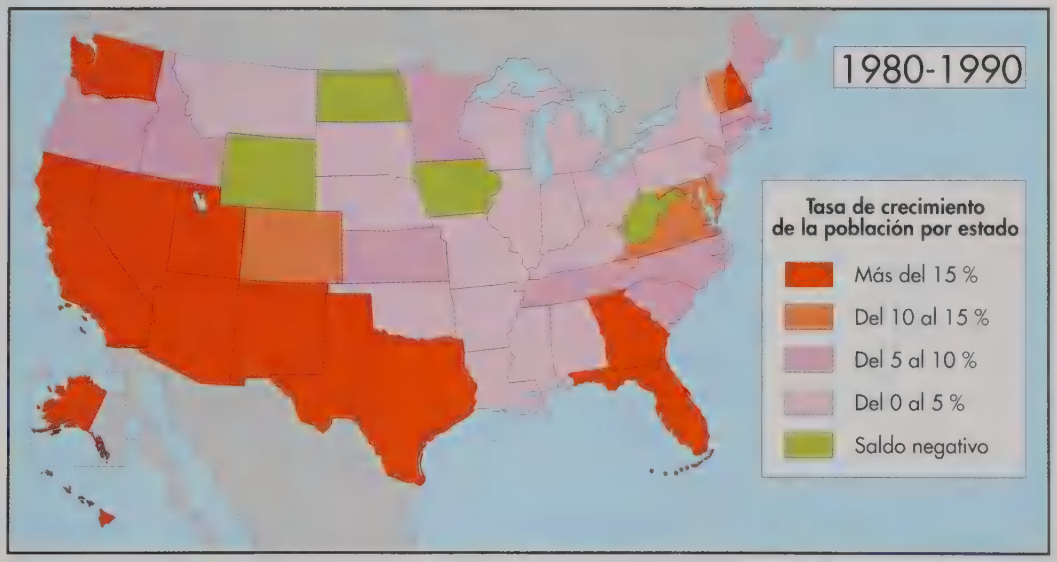

POBLACIÓN RURAL
Proporción de la población rural
Del 0 al 15 %
Del 15 al 35 %
Del 35 al 60 %
Más del 60 %
N.B.: Media nacional 31,5 %.


POBLACIÓN SUBURBANA
Proporción de la población suburbana
Del 0 al 15 %
Del 15 al 35
Del 35 al 60 %
Más del 60 %
N.B.: Media nacional 39,5 %.


POBLACIÓN URBANA
N.B.: Media nacional 29 %.
Proporción de la población que vive en el centro de las ciudades
Del 0 al 15 %
Del 15 al 35 %
Del 35 al 60 %
Washington D.C. 100 %


MEGALÓPOLIS
Noroeste
Boston
Nueva York
Detroit
Milwaukee
Chicago
Pittsburgh
Filadelfia
Washington
San Francisco
Saint Louis
Kansas City
Los Ángeles
San Diego
Viejo Sur
Nuevo Sur
Florida
Megalópolis y principales áreas urbanas
De San Francisco a San Diego
De Milwaukee a Pittsburgh
De Boston a Washington
Otros polos urbanos





portantes instrumentos de reparto o distribución del territorio y han contribuido al desarrollo del sur y el oeste. La administración Kennedy inició una auténtica política de desarrollo regional. A lo largo de los años sesenta se multiplicaron en todo el país las comisiones regionales para identificar las bolsas de paro y pobreza y repartir las ayudas federales. Pero, transfiriendo a los estados y a las regiones metropolitanas la carga del desarrollo regional, Nixon inició la agonía de cualquier forma de política centralizada en este campo.

La conservación del medio ambiente

La conservación del medio ambiente constituye una de las mayores preocupaciones de los norteamericanos en este fin de siglo. Así, en los años noventa, el 52 % considera la defensa del medio ambiente como la preocupación fundamental, situándola por delante de la educación (47 %), el aborto (37 %) y la lucha contra la droga y la delincuencia (18 %). Inaugurada en 1872 con la creación del parque nacional de Yellowstone, la política de protección de los espacios naturales ha permitido clasificar 331 emplazamientos con una superficie total de 300.000 km^2: 48 parques naturales, lagos y costas que atraen a 65 millones de visitantes todos los años.

Hasta el siglo XIX los norteamericanos albergaron sentimientos ambiguos con respecto a los espacios naturales: eran a la vez lugar de refugio, tierra prometida, cuyo carácter sagrado exigía un respeto, y reserva de recursos inagotables que se debían explotar sin

LAS TIERRAS PÚBLICAS
Olympic
Cataratas del Norte
Monte Rainier
Glaciar
Th. Roosevelt
Voyageurs
Isla Royale
Crater Lake
Yellowstone
Gran Teton
Badlands
Wind Cave
Capitole Reed
Rocky Mountain
Yosemite
Arches
Canyon Lands
Kings Canyon
Zion
Bryce Canyon
Mesa Verde
Sequois
Gran Cañón
Bosque petrificado
Islas del Canal
Hot Springs
Mammoth Cave
Shenandoah
Great Smocky Mountain
Valley Kobuk
Puertas del Ártico
Wrangell Saint Elias
Haleakala
Volcanes de Hawai
Montaña Guadalupe
Big Bend
Biscayne
Everglades
Principales parques nacionales
Bosques federales
Zona de protección de la fauna
Otras tierras públicas

EL SIERRA CLUB

El Sierra Club, fundado en 1882 por John Muir, es uno de los *lobbies* ecologistas más poderosos de Estados Unidos. Inicialmente tenía el propósito de proteger los bosques y «territorios salvajes» del país. Con ese objetivo contribuyó a crear los 53 millones de hectáreas de espacios protegidos que constituyen los diferentes parques nacionales. Originario de California, ha prosperado y se ha multiplicado con gran rapidez en forma de *chapters* locales repartidos por todo el país, aunque el más importante de todos sigue siendo el de Los Ángeles. Cada *chapter* dispone de una página de internet, a la que se puede acceder directamente o por la página principal de la organización.

A diferencia de otras organizaciones dedicadas a la defensa del medio ambiente, Greenpeace por ejemplo, el Sierra Club opera casi exclusivamente en territorio norteamericano.

A lo largo de los años, el Sierra Club ha ido ampliando poco a poco su campo de intervención a todos los aspectos más o menos ligados al medio ambiente y su defensa hasta desarrollar una teoría de *global concern* que abarca la lucha contra la contaminación y el recalentamiento de la atmósfera del planeta, la protección de la fauna y la flora o el problema de la superpoblación. Esta última cuestión constituye uno de los vectores que ha dado origen al mayor número de fantasmas alarmistas. La organización actúa más mediante presión que por medio de manifestaciones o «sentadas» y se esfuerza por «influir de la manera más agresiva posible en las medidas políticas y las decisiones que afectan al medio ambiente, tanto en América del Norte como en el resto del mundo». Según sus propios términos, el Sierra Club utiliza métodos de *lobbying* especialmente combativos, asediando a todos los centros de decisión, sea directamente con sus representantes o mediante faxes y correo electrónico.

El Sierra Club pertenece a la corriente *deep green* o *deep ecologist*. Esta concepción es antihumanista en el sentido de que no sitúa al hombre en el centro de la creación, sino que lo considera un elemento más, carente de cualquier derecho especial. Esta teoría se basa en las obras del americano Aldo Léopold, el alemán Hans Jonas y el francés Michel Serres. Sus seguidores, que llegan a pronunciarse a favor de los derechos de los árboles y las piedras, distan mucho de ser individuos marginales; de hecho ejercen una gran influencia en países como Alemania.

Pero, a diferencia de los grupos alemanes, las actuaciones del Sierra Club son siempre de carácter legalista, como demuestra el ejemplo siguiente: en 1970, Walt Disney consiguió del US Forest Service autorización para desarrollar el proyecto de parque de atracciones *Mineral King* en Sierra Nevada. El Sierra Club presentó una querella que fue rechazada, ya que no pudo demostrarse que el proyecto tuviera consecuencias nocivas para el medio natural. El derecho norteamericano se basa en la idea de que la justicia debe proteger los intereses y no los valores abstractos. La organización apeló contra esa decisión y el profesor Christopher Stone, autor de *¿Deberían gozar los árboles de un estatuto jurídico? Hacia la creación de derechos legales para los objetos naturales*, redactó una propuesta destinada a convertir el *Mineral King* en una persona jurídica. Esto implicaría que un «objeto natural» sería portador de derechos legales y podría emprender acciones ante la justicia. El tribunal podría de ese modo tomar en consideración los perjuicios sufridos por ese objeto; las eventuales reparaciones tendrían pues que ser en beneficio del propio objeto. Stone llegaría a proponer una representación legislativa proporcional para los árboles. De los nueve jueces, cuatro votaron en contra, dos se abstuvieron y tres votaron a favor.

preocuparse por las consecuencias. El transcendentalismo, corriente intelectual de mediados del siglo XIX que inspiró a su vez al puritanismo y al romanticismo, fue el primer movimiento en fustigar a un capitalismo materialista en plena expansión al presentar la naturaleza como núcleo de la identidad norteamericana y corazón de su dimensión espiritual. De este modo, nada más cerrarse oficialmente la frontera, se constituye en un poderoso movimiento decidido a proteger el medio natural contra su explotación desenfrenada por los pioneros y los empresarios.

Artistas y pensadores dejaron su lugar a científicos y políticos: en 1906 y 1916 se votaron sendas leyes por las que se creaban los parques nacionales y el National Park Service, encargado de administrarlos. En los años veinte los esfuerzos se centraron sobre todo en la conservación de los bosques y los problemas de la erosión del suelo (que varios años después darían origen a las terribles tormentas de polvo del *dust bowl*) de todo el centro del país. Del mismo modo, la política de grandes obras públicas del *New Deal* estuvo en parte inspirada por la voluntad de conservar los recursos naturales.

Hay que esperar a los años sesenta para que se produzca en la opinión pública una auténtica toma de conciencia de los daños irreversibles provocados por el desarrollo industrial. Se puso por primera vez en cuestión el mito de unos recursos naturales inagotables. Las numerosas asociaciones que se crearon a partir de ese momento se beneficiaron de un contexto político favorable: los proyectos de Kennedy, «Nueva Frontera», y de Johnson, «Gran Sociedad», concedieron una gran importancia a la conservación del medio ambiente. La administración demócrata puso en práctica todo un arsenal de medidas legislativas para combatir la contaminación: en 1963 el *Clean Air Act*, en 1964 el *Federal Water Pollution Control Act* y el *Wilderness Act*. En 1970 el *National Environment Policy Act* crea una administración federal encargada de combatir la contaminación y promover las investigaciones científicas en ese campo, la Environmental Protection Agency. Esa ley

LA CONTAMINACIÓN
Providencie
Hartfort
Milwaukee
Detroit
Filadelfia
Chicago
Sacramento
Los Ángeles
El Paso
Houston
Nivel de acidez de las lluvias (nivel de Ph)
Superior a 4,9 (poco ácido)
4,8
4,6
4,4
Inferior a 4,2 (muy ácido)
N.B.: El Ph de agua pura es de 7. El Ph normal de la lluvia es de 5,7.
Zona de elevada contaminación atmosférica
Aguas contaminadas
Estados más afectados por la contaminación de origen agrícola
Estados considerados menos contaminados (incluido Hawai)

preveía igualmente la realización de un estudio de los impactos sobre el medio ambiente, que debía someterse a un debate público, para cualquier proyecto de utilización del territorio. Este tipo de estudios es cada vez más frecuente. Desde entonces las asociaciones ecologistas, algunas especializadas en este campo, han multiplicado las denuncias ante la justicia de numerosos industriales y promotores. Conscientes del coste de los procedimientos adoptados, a lo largo de los años ochenta muchos empresarios se han mostrado favorables a las técnicas de mediación aplicadas ya en el mundo del trabajo.

El *National Environment Act* de 1970 ha fijado ciertamente normas muy estrictas de protección según el tipo de industria y de producto contaminante. Pero, con el propósito manifiesto de conciliar la protección del medio ambiente y el crecimiento económico, ha autorizado también la compra y venta de los derechos de contaminación. Estos créditos permiten a las industrias en plena expansión superar el límite legal de emisión de productos contaminantes. Las empresas que han realizado las mayores inversiones para reducir su tasa de contaminación pueden de ese modo vender los «créditos» de contaminación que hayan acumulado. Esta práctica ha arraigado ya tanto y se ha introducido de tal manera en las costumbres de las empresas que algunas de ellas acumulan los «créditos» para venderlos o utilizarlos más tarde. Además, se han creado bancas especializadas, sobre todo en California, en la gestión de «créditos» de contaminación.

Estados Unidos invierte 115.000 millones de dólares (un 2,1 % de su PIB) al año para reducir la contaminación. Esa suma es pagada en un 60 % por las grandes empresas. Gracias a un contexto legislativo cada vez más severo en relación con las industrias contaminantes, el mercado del medio ambiente ha conocido un fuerte crecimiento. El más desarrollado es el sector del tratamiento de los residuos sólidos, seguido por las actividades generadas por la descontaminación del aire, el tratamiento de las aguas y el asesoramiento técnico medioambiental. El llamado «ecoconsejo», que cuenta con 22.000 abogados «verdes», es un sector especialmente dinámico. El concepto ecológico se valora también en los servicios financieros: hay bancos «verdes» (que garantizan a sus clientes que no financian proyectos peligrosos para el medio ambiente), servicios financieros «verdes» (fondos de inversión destinados a sostener proyectos ecológicos), auditorías ecológicas (evaluación del riesgo de contaminación que representa una empresa y de las repercusiones en términos de imagen), etc.

Tras un periodo de enfrentamiento entre los ecologistas y los empresarios, la lucha para la conservación del medio ambiente parece haber integrado ya desde hace tiempo los imperativos del crecimiento económico. A lo largo de los años noventa se ha desarrollado un mercado «verde» de carácter dinámico e innovador, favorecido por la política gubernamental y las preocupaciones ecológicas de la mayoría de la población.

LA NUEVA JERUSALÉN

Estados Unidos es el primer país de la era moderna fundado bajo un ideal religioso, inspirado por el protestantismo. Sin embargo, desde su origen, la coexistencia de numerosas religiones, si bien conlleva actitudes y actos de intolerancia, prohíbe la institución de una religión oficial e impulsa al reconocimiento constitucional de la libertad de conciencia. La implantación en América del Norte de numerosos grupos religiosos procedentes de Europa y la creación de iglesias específicamente norteamericanas, la de los mormones por ejemplo, han dado lugar a una fragmentación religiosa típica de Estados Unidos y que se resume en la frase del filósofo Thomas Paine: «*I am a sect by myself*» («Soy una secta»). Pero esta diversidad no impide la omnipresencia del factor religioso en el debate político en el seno de una nación cuya divisa es «*In God we trust*» («En Dios confiamos»).

Los fundamentos religiosos

El papel de lo religioso en la colonización de América del Norte es básico. El poblamiento de Nueva Inglaterra lo iniciaron a comienzos del siglo XVII puritanos disidentes de la iglesia anglicana. La aventura de los llamados *Padres Peregrinos*, que desembarcaron en el cabo Cod en 1620 a bordo del *Mayflower* para fundar la colonia de Plymouth, es el punto de partida de un vasto movimiento que conduciría hasta el Nuevo Mundo a todos aquellos que en Europa eran perseguidos en razón de su fe. Los «Padres Peregrinos» desempeñaron también un papel fundamental en la edificación de la democracia norteamericana, ya que, en el mismo momento de su llegada, se dotaron de un pacto de gobierno, el *Mayflower Compact*, por el que se comprometían a no obedecer más que sus propias leyes. Este texto, redactado un siglo antes de la Declaración de Independencia, se ha convertido para los norteamericanos en uno de los símbolos de su democracia.

Los puritanos veían en América una nueva tierra prometida sobre la que construir una sociedad fiel a los Evangelios. Desde el inicio de la colonización, numerosos grupos religiosos congregacionistas nacidos de la Reforma se apresuraron a instalarse en Norteamérica, poblándose así los territorios de la costa atlántica norte: Massachusetts (colonia en 1629), Rhode Island (1636), Connecticut (1636), New Hampshire (separado de Massachusetts en 1679) y Maine (anexionado a Massachusetts en 1658 y convertido en el 23.º estado de la Unión en 1820). No obstante, el siglo XVII no fue en absoluto una era de tolerancia en Nueva Inglaterra: fundada sobre una estricta moral religiosa, las distintas comunidades condenaban como herejes a todos los que no se reconocieran en ella. A esta intolerancia, que se ejercía sobre todo contra los no protestantes, se sumó un fanatismo religioso que produjo episodios tan terroríficos como el proceso por brujería de Salem que, en 1692, creó una especie de Inquisición que condenó a muerte a 19 personas.

Desde comienzos del siglo XVIII sólo dos colonias observaban una auténtica tolerancia religiosa: Pensilvania, tierra de cuáqueros, y Rhode Island, colonia fundada por un disidente puritano, Roger Williams. Este último había sido expulsado de Massachusetts por profesar ideas poco ortodoxas acerca del respeto a los derechos de los indios, la separación entre asuntos civiles y religiosos y la libertad de conciencia. En 1636, seguido por algunos fieles, funda la ciudad de Providence en la bahía de Narragansett. Otros disidentes le imitaron y crearon Portsmouth (1639) y Newport (1640). Esos asentamientos se reunieron en una colonia bautizada en 1654 como Rhode Island y que, bajo la égida de Williams, nombrado gobernador, se convertiría en un lugar de tolerancia religiosa. Finalmente, conviene referirse también al ejemplo de Maryland, fundado en 1632 por lord Baltimore, y que se convirtió en un refugio para los católicos perseguidos en Inglaterra. Pero la colonia no logró atraer a demasiados y muy pronto los protestantes fueron mayoritarios; en 1649, un acta de tolerancia permitió, sin embargo, practicar su culto a todos los cristianos que aceptasen el dogma de la Santa Trinidad.

La diversidad religiosa

A lo largo de la historia de Estados Unidos la inmigración fue modificando poco a poco la cara religiosa del país, aunque el protestantismo ha seguido siendo en todo momento predominante. En los años noventa se

calcula la proporción de protestantes en algo más del 60 %, la de católicos en un 27 % y la judía en un 2 %

Los judíos estaban ya presentes en Norteamérica en el siglo XVII: en un principio se trataba de sefardíes surgidos de comunidades de origen español y portugués que venían de Inglaterra u Holanda. A partir de finales del siglo XIX la inmigración procedente de Europa oriental llevó a Norteamérica a numerosos judíos askenazíes. Hoy en día, la comunidad judía norteamericana, que cuenta con más de seis millones de miembros, está estructurada en tres grandes polos: los ortodoxos, los conservadores y los reformados.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la llegada masiva de latinos contribuyó al aumento de la proporción de católicos, fundamentalmente de ascendencia italiana e irlandesa. No obstante, un número cada vez mayor de latinos se sienten atraídos por las confesiones protestantes, en especial las evangélicas. Se calcula de ese modo que una cuarta parte de ellos son protestantes y que todos los años 60.000 abandonan la Iglesia católica. En lo que se refiere a los protestantes, se dividen en dos grupos principales: las *main-line churches*, liberales, implantadas tradicionalmente en el nordeste y que han realizado un auténtico esfuerzo de adaptación a la modernidad, y las iglesias evangélicas, que siguen aferradas a la letra de la Biblia e insisten en la conversión emocional.

Ya en la primera mitad del siglo XVIII, pastores que habían recorrido las colonias pronunciaban ante multitudes de varios miles de personas sermones con los que intentaban revitalizar la fe. Después de este «Gran Despertar» (1726-1756) destacaron sobre todo dos pastores: el calvinista Johathan Edwards, autor de numerosas obras filosóficas y teológicas, y el anglicano George Whitefield, venido de Inglaterra. En el siglo XX, la aparición de los grandes medios de comunicación de masas aumenta el público de estos predicadores. En los años cincuenta muchos pastores contaban ya con emisoras de televisión propias; el más conocido de esos pioneros era el teleevangelista Billy Graham. A partir de los años setenta se desarrollan auténticas empresas teleevangélicas, sobre todo a través de las cadenas de televisión por cable. La utilización de la imagen con fines re-

LOS CUÁQUEROS

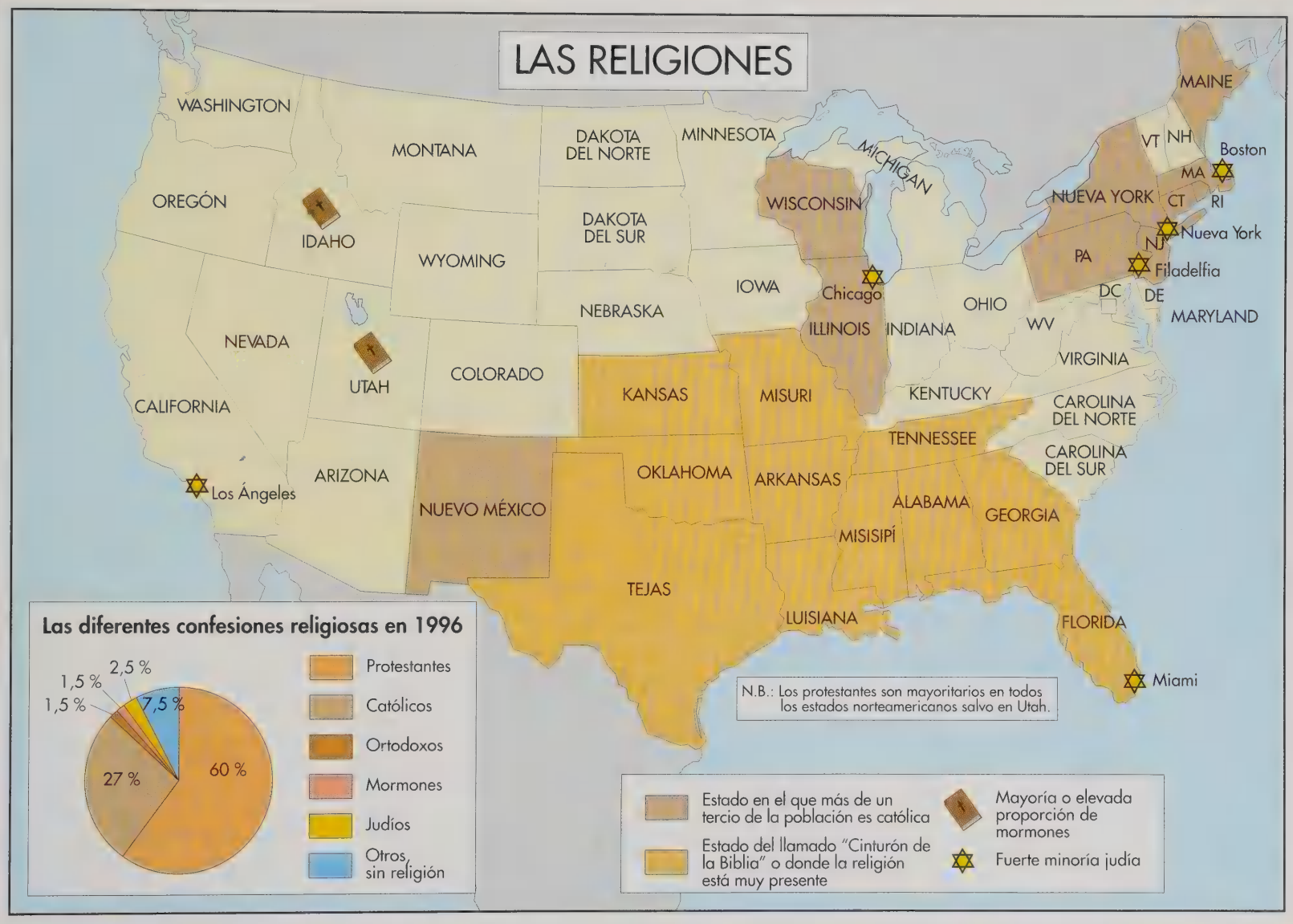
La sociedad de amigos, o cuáqueros, fue fundada por el predicador inglés George Fox (1624-1691), que rechazaba toda forma de jerarquía en la iglesia y se mostraba a favor de un retorno a la sencillez del cristianismo original. Mientras que Inglaterra estaba dividida por las rivalidades entre anglicanos y puritanos, George Fox, que llegó a ser encarcelado por su desafío a la autoridad, desempeñó una labor misionera en su propio país, en Escocia y en Irlanda, pero también en las Antillas y en América del Norte (1671-1672). Su proselitismo le permitió conseguir numerosos adeptos, seducidos por la sencillez y generosidad de unas ideas basadas en los principios de tolerancia e igualdad. Los fieles se reunían para buscar juntos, sin la ayuda de los pastores, la «luz interior», iluminación que se traducía en discursos improvisados, visiones y temblores (de donde se deriva el nombre de *quaker*, «temblador»).

La implantación definitiva de los cuáqueros en América del Norte fue obra de William Penn (1644-1718), hijo de un marino rico, que cursó estudios en la universidad de Oxford y luego en Francia, en la academia protestante de Saamur. En 1669, la muerte de su padre le deja a la cabeza de una inmensa fortuna y, en 1681, el rey Carlos II firma una carta que le concede 120.000 km² en América del Norte como reconocimiento de la deuda del Estado inglés para con su padre. Con el fin de favorecer el poblamiento de este territorio, bautizado como Pensilvania, y cuya capital era Filadelfia, la «ciudad del amor fraternal», William Penn crea sociedades de emigración en Inglaterra y en Alemania encargadas de reclutar a los colonos. Dotada en 1682 de una Constitución liberal (que inspiraría a la de los futuros Estados Unidos), Pensilvania se convertiría en tierra de acogida para los cuáqueros, pero también para todos aquellos que en Europa eran perseguidos en razón de su credo religioso. William Penn prohibió la presencia de ejércitos y fuertes en su territorio y negoció con los indios, iroqueses y delawares, a los que compraba las tierras en las que se iban instalando los recién llegados.

De vuelta en Inglaterra en 1685, William Penn fue acusado de alta traición por Guillermo III tras la revolución de 1688, y se le retiró el gobierno de Pensilvania. Sus predicaciones a favor de la tolerancia religiosa entraban en contradicción con la política anticatólica del gobierno inglés, en aquellos momentos en guerra con Francia.

Rehabilitado en 1694, Penn regresa en 1700 a América, donde fue recibido con fervor por sus administrados. Tras su muerte, en 1718, Pensilvania no consiguió mantener su identidad, y los cuáqueros terminaron reemplazados por los recién llegados, que no mostraron frente a los indios el mismo afán de justicia que Penn. Diluidos en el seno de una población cada vez más numerosa, los cuáqueros se mantuvieron sin embargo fieles a sus valores, lo que con frecuencia les hizo enfrentarse a la administración norteamericana, debido sobre todo a su negativa a prestar juramento a la bandera y realizar el servicio militar.

Los cuáqueros se mantuvieron siempre en primera línea de las luchas a favor de los derechos humanos y de la paz. Antiesclavistas, pacifistas, fervientes defensores de los derechos de la mujer, animan aún hoy en día numerosas obras caritativas y de beneficencia. En 1947, sus comités inglés y norteamericano recibirían el Premio Nobel de la Paz. A comienzos de los años noventa, el número de cuáqueros en todo el mundo ascendía a unos 220.000, de los que dos tercios vivían en Estados Unidos.


LAS RELIGIONES
WASHINGTON
OREGÓN
IDAHO
MONTANA
WYOMING
DAKOTA DEL NORTE
DAKOTA DEL SUR
MINNESOTA
NEBRASKA
IOWA
NEVADA
UTAH
COLORADO
CALIFORNIA
Los Ángeles
ARIZONA
NUEVO MÉXICO
KANSAS
OKLAHOMA
TEJAS
MISURI
ARKANSAS
LUISIANA
WISCONSIN
MICHIGAN
Chicago
ILLINOIS
INDIANA
OHIO
KENTUCKY
TENNESSEE
MISISIPÍ
ALABAMA
GEORGIA
FLORIDA
Miami
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
WV
PA
NUEVA YORK
Nueva York
Filadelfia
NJ
MARYLAND
DC
DE
MAINE
VT
NH
MA
Boston
CT
RI
Las diferentes confesiones religiosas en 1996
60 %
27 %
7,5 %
1,5 %
1,5 %
2,5 %
Protestantes
Católicos
Ortodoxos
Mormones
Judíos
Otros, sin religión
N.B.: Los protestantes son mayoritarios en todos los estados norteamericanos salvo en Utah.
Estado en el que más de un tercio de la población es católica
Estado del llamado "Cinturón de la Biblia" o donde la religión está muy presente
Mayoría o elevada proporción de mormones
Fuerte minoría judía

ligiosos es obra sobre todo de las confesiones más conservadoras, y algunos predicadores llegan a adquirir auténtica notoriedad nacional, como Pat Robertson, que desarrolla su labor en la Christian Broadcasting Network. No obstante, la imagen de los teleevangelistas está bajo sospecha desde finales de los años ochenta a causa de diversos escándalos en los que se han visto implicados tres de los personajes más populares de esta «religiosidad catódica»: los pastores Jimmy Swaggart y Jim y Tommy Baker.

Religión y política

Desde su fundación, la democracia norteamericana instituye la separación entre el Estado y las iglesias. El artículo 6.3 de la Constitución estipula que «ninguna profesión de fe religiosa será exigida como condición de aptitud para desempeñar cargos públicos bajo la autoridad de Estados Unidos», y la primera enmienda a la Constitución, redactada dos años después, afirma que «el Congreso no dictará ninguna ley por la que se establezca o prohíba el libre ejercicio de una religión». La forma norteamericana de concebir la separación entre el campo religioso y el político difiere, sin embargo, de la de otros países, de la francesa por ejemplo: la república norteamericana acepta avenirse o concertarse con todas las religiones y, a diferencia de la tercera república francesa, no se construyó por oposición a las iglesias. Aunque Estados Unidos carece de religión oficial, el hecho religioso está muy presente en la sociedad y en la vida política.

LOS PRINCIPALES CREDOS PROTESTANTES

Las iglesias protestantes norteamericanas, con más de doscientas denominaciones, se dividen en dos «coaliciones» principales:

— Las *main-line churches* están asociadas en un National Council of Churches y son bastante liberales. Sus fieles vienen sobre todo de las clases medias, pero a partir de los años sesenta es perceptible una reducción en su número. Las cinco grandes iglesias que pertenecen a este grupo son:

- La Iglesia episcopaliana, nacida de la Iglesia anglicana. Se constituyó coincidiendo con la independencia de Estados Unidos.
- La Iglesia metodista, una rama del anglicanismo inglés surgida en el siglo XVIII.
- La Iglesia presbiteriana, nacida del calvinismo.
- La United Church of Christ, nacida del calvinismo congregacionalista, que pone el acento en la independencia de las iglesias locales, las congregaciones.
- Los Discípulos de Cristo, grupo liberal para el que el bautismo del adulto mediante la inmersión total en el agua constituye el acto fundador de la fe.

— Las *iglesias evangélicas* siguen estrictamente el texto de la Biblia y están impregnadas de una moral puritana. En pleno auge desde los años sesenta, cuentan con más de cuarenta millones de adeptos y se dividen en dos grupos principales:

- Las ramas conservadoras de las familias clásicas (la más poderosa es la Southern Baptist Convention, rama sudista del baptismo).
- Otras denominaciones fundamentalistas son los perfeccionistas, los pentecostistas, que creen que los fieles pueden tener acceso a los dones carismáticos de Pentecostés (y de manera especial a la glosolalia, don sobrenatural de lenguas), y los adventistas, de ideas milenaristas.

De hecho, numerosos símbolos de la democracia norteamericana hacen referencia a Dios, sin ir más lejos las monedas, en las que aparece inscrita la frase *In God we trust*, fórmula de 1864 convertida en auténtico lema nacional en 1956. Del mismo modo, numerosos actos de la vida política y judicial norteamericana se inspiran en liturgias religiosas (por ejemplo el más importante de todos ellos, la ceremonia de investidura del presidente, en la que éste jura su cargo con la mano sobre la Biblia). Finalmente, y aunque no hace falta practicar ninguna religión para ejercer el cargo de presidente, los norteamericanos esperaron hasta el año 1960 para elegir a John Fitzgerald Kennedy, católico de ascendencia irlandesa, antes de situar a un no protestante al frente del Estado.

La influencia religiosa también se manifiesta de manera constante en el debate político, sobre todo en torno a cuestiones relacionadas con la sociedad (educación, integración de minorías o evolución de las costumbres), y la utilización de argumentos inspirados en la Biblia suele revelar una actitud conservadora. Por ejemplo, en 1925 se celebró en el estado de Tennessee el proceso a un profesor, John Scopes, acusado por los fundamentalistas religiosos de enseñar a sus alumnos las teorías darwinistas sobre el origen del hombre. Todavía hoy existen grupos religiosos favorables a que, al lado de las teorías evolucionistas, se enseñe en las escuelas la versión bíblica de la aparición del hombre sobre la Tierra. Pero también se puede invocar la Biblia para provocar avances fundamentales en materia de derechos humanos: así lo hicieron en el siglo XIX los partidarios

PROHIBICIONES Y TOLERANCIA
WASHINGTON
OREGÓN
CALIFORNIA
IDAHO
NEVADA
MONTANA
WYOMING
UTAH
ARIZONA
COLORADO
NUEVO MÉXICO
DAKOTA DEL NORTE
DAKOTA DEL SUR
NEBRASKA
KANSAS
OKLAHOMA
TEJAS
MINNESOTA
IOWA
MISURI
ARKANSAS
LUISIANA
WISCONSIN
ILLINOIS
MICHIGAN
INDIANA
OHIO
KENTUCKY
TENNESSEE
MISISIPÍ
ALABAMA
GEORGIA
FLORIDA
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
WV
PA
NUEVA YORK
MAINE
VT
NH
MA
CT
RI
NJ
MD
DE
DC
ALASKA
HAWAI
Prostitución legal
Legislación por la que se prohíben los casinos, los juegos de naipes y las máquinas tragaperras
Leyes antidiscriminatorias que protegen a los homosexuales
Edad legal del matrimonio inferior a los 15 años
Ausencia de leyes contra la sodomía
Prohibición de la práctica de la sodomía a los homosexuales
Prohibición de la práctica de la sodomía a los homosexuales y heterosexuales

LOS MORMONES

La Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día fue fundada en 1830 en Fayette, en el estado de Nueva York, por Joseph Smith (1805-1844). Smith afirmaba haber recibido el 22 de septiembre de 1827 la visita de un mensajero de Dios, Moroni, que le había indicado dónde se encontraban una serie de placas de oro con jeroglíficos grabados. Una vez «descifrados», estas placas se convirtieron en el *Libro del Mormón*, que proponía una nueva versión de la historia de América: según esta versión, el continente habría estado poblado por cuatro grandes civilizaciones: los indios, entre los que Jesucristo habría reaparecido después de su resurrección, eran los descendientes de la cuarta de esas civilizaciones. De carácter milenarista, el *Libro del Mormón*, que se llamaba así por el nombre del profeta, supuestamente autor de las placas de oro, figura junto a la Biblia entre los libros santos de los mormones.

Baptistas (todo adulto debe ser bautizado mediante su inmersión total en el agua), los mormones han edificado una iglesia perfectamente estructurada y jerarquizada que dispone de una importante red de obras caritativas y misioneras. Se establecieron inicialmente en el estado de Misuri, y pronto llegaron hasta Illinois. En 1843 Joseph Smith tuvo una nueva revelación de acuerdo con la cual instituyó la poligamia. Esta práctica fue denunciada por los vecinos de los mormones y originó actos de violencia en su contra. El 28 de junio de 1844, Joseph Smith y su hermano Hiran fueron linchados durante una revuelta.

El nuevo guía de los mormones, Brigham Young (1801-1877), condujo a sus fieles hacia el oeste, hasta el actual estado de Utah, donde en 1847 fundaron la ciudad de Salt Lake City. En 1890 su renuncia oficial a la poligamia puso fin a los conflictos que enfrentaban a los mormones con el gobierno federal, lo que permitió la incorporación de Utah a la Unión (1896).

A mediados de los años noventa la iglesia mormona contaba con más de ocho millones y medio de fieles, de los que más de la mitad vivía en Estados Unidos. Desde finales del siglo XIX, los mormones han destacado por su labor de proselitismo, que lleva a sus misioneros por todo el mundo. Europa, territorio privilegiado de misiones, fue sustituida a partir de la segunda mitad del siglo XX por América Latina, donde actualmente hay más de dos millones y medio de fieles.

Por otro lado, desde 1894 los mormones llevan a cabo una empresa realmente titánica, el censo de la humanidad entera desde su origen. Pretenden así bautizar retroactivamente a todos los hombres y mujeres que han existido para poder salvar sus almas. Esta empresa ha suscitado una enorme labor de recopilación de datos genealógicos en todo el mundo y ha permitido constituir un fichero en el que se encuentran registradas más de 15.000 millones de personas.

de la abolición de la esclavitud. Del mismo modo, y ya en el siglo XX, los combates a favor de la igualdad racial, en primera línea de los cuales se encontraban con frecuencia hombres de la iglesia como el pastor Martin Luther King, se libraron por lo general en nombre de conceptos religiosos y el movimiento de los derechos civiles comenzó en las iglesias.

La relación entre conservadurismo e influencia religiosa se ha visto, sin embargo, reforzada durante los últimos treinta años por la negativa de determinadas iglesias a adaptar su discurso a la evolución de la sociedad. A partir de los años sesenta, se ha ido asistiendo así a una creciente desafección de los creyentes norteamericanos respecto a las *main-line churches*, consideradas cada vez más permisivas. El peso creciente de los fundamentalistas ha conducido a una radicalización del debate en torno a cuestiones tan delicadas como la pena de muerte, la interrupción voluntaria del embarazo, autorizada a partir de 1973 (sentencia «Roe contra Wade»), y los comportamientos sexuales. De ese modo, en 1997, la iglesia baptista, con unos 30 millones de fieles, llamó a un boicot contra Disney con el pretexto de que esta empresa había reconocido a las parejas homosexuales. Llevados por el fanatismo, los extremistas religiosos se muestran incluso dispuestos a matar para luchar contra el aborto (paquetes bomba, tiroteos indiscriminados a las puertas de clínicas abortistas).

El auge del fundamentalismo se traduce en el campo político en la aparición de asociaciones religiosas como la *Moral Majority*, fundada en 1979 por un pastor baptista, Jerry Falwell, y disuelta diez años después. Estos grupos ejercen una poderosa influencia en el partido republicano. La *Christian Coalition* se muestra particularmente activa y ha contribuido a la victoria de los republicanos en las elecciones de 1994. Su fundador, el georgiano Ralph Reed, se inspiró en los métodos que permitieron triunfar a Martin Luther King, la organización en *grass root movements*, basada en una fuerte movilización sobre una multiplicidad de territorios locales. Sin embargo, la implicación de la derecha religiosa constituye un factor de división en el seno del partido, agitado por los debates sobre el aborto, la violencia en los medios de comunicación de masas o la obligatoriedad de orar en las escuelas públicas (declarada inconstitucional por el Tribunal Supremo en 1963, decisión que, sin embargo, no ha sido respetada en todas partes). Numerosos dirigentes y militantes del partido saben perfectamente que para ganar unas elecciones presidenciales es mejor no mostrarse excesivamente partidario de posiciones reaccionarias y se muestran a favor de situarse más al centro.

LA PENA CAPITAL
WASHINGTON
OREGÓN
CALIFORNIA
IDAHO
NEVADA
MONTANA
WYOMING
UTAH
ARIZONA
COLORADO
NUEVO MÉXICO
DAKOTA DEL NORTE
DAKOTA DEL SUR
NEBRASKA
KANSAS
OKLAHOMA
TEJAS
MINNESOTA
IOWA
MISURI
ARKANSAS
LUISIANA
WISCONSIN
ILLINOIS
MICHIGAN
INDIANA
OHIO
KENTUCKY
TENNESSEE
MISISIPÍ
ALABAMA
GEORGIA
FLORIDA
CAROLINA DEL SUR
CAROLINA DEL NORTE
VIRGINIA
WV
PA
NUEVA YORK
MAINE
VT
NH
MA
CT
RI
NJ
DE
MD
DC
ALASKA
HAWAI
Modalidades de ejecución utilizadas o utilizables:
Horca
Inyección
Pelotón de ejecución
Silla eléctrica
Cámara de gas
Estados que aplican la pena de muerte incluso por actos cometidos antes de haber cumplido los 18 años
Estados que aplican la pena de muerte exclusivamente a los mayores de 18 años
Estados que han abolido la pena de muerte

LA PRIMERA DEMOCRACIA DEL MUNDO

La Declaración de Independencia de Estados Unidos estipula que los hombres tienen «determinados derechos inalienables, entre ellos el derecho a la vida, la libertad y a la búsqueda de la felicidad». A continuación establece las grandes líneas maestras que deben presidir la constitución y organización del nuevo Estado, cuya tarea principal es «garantizar estos derechos». Tras varios años de negociaciones ente los 13 estados fundadores, la Constitución de la joven república, redactada definitivamente en 1787, creó las instituciones destinadas a cumplir ese objetivo. La principal innovación del texto, la creación de un Estado federal, se apoya igualmente en la filosofía de los derechos naturales, que los colonos conocían gracias a la lectura de pensadores ingleses, y en particular de John Locke, cuyo *Tratado sobre el gobierno civil* había aparecido en 1690. Para Locke, el gobierno nacía de un pacto o contrato entre los gobernantes y los gobernados, que buscaban de ese modo mantener su vida, su libertad y sus bienes al margen de la arbitrariedad. Pero, aunque el pueblo acepta someterse a sus gobernantes, las prerrogativas y derechos de estos últimos están limitados por la ley. Impregnados de esta filosofía, los padres fundadores construyeron Estados Unidos intentando garantizar los derechos del ciudadano mediante la puesta en práctica de un amplio sistema constitucional, en el que cada uno de los tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, ejerciera un cierto control sobre la actividad de los otros dos. Aunque sin llegar a pervertirlo del todo, la práctica constitucional ha modificado este equilibrio debido a la aparición de nuevos contrapoderes, en especial los grandes medios de comunicación de masas y los *lobbies* o grupos de presión.

El equilibrio de poderes

Compuesta por siete artículos y completada mediante 26 enmiendas adoptadas por el Congreso entre 1791 y 1965, la Constitución norteamericana establece una estricta separación de poderes, atemperada por un sistema de *checks and balances* (pesos y contrapesos).

El poder ejecutivo lo ejerce un presidente elegido cada cuatro años por un comité electoral de 538 miembros, que a su vez están nombrados por cada uno de los estados y se comprometen con el mandato que les ha sido confiado. El presidente es el único encargado de asumir el poder ejecutivo y los ministros deben responder ante él. Es, además, el comandante en jefe de los ejércitos y dispone de derecho a veto sobre las leyes adoptadas por el Congreso. Este último está compuesto por dos cámaras: el Senado, que representa a cada estado con dos senadores, y la Cámara de representantes, cuyo número por estado es proporcional a la población del mismo (hay como media uno por cada 570.000 habitantes). El Senado está en teoría presidido por el vicepresidente, que en la práctica interviene muy rara vez en los debates y no vota nada más que en caso de empate en los sufragios. El líder de la mayoría en el Senado es un personaje enormemente influyente, algo así como el auténtico amo y maestro del juego parlamentario. La Cámara de representantes está presidida por un *speaker* que, en el orden protocolario, es el tercer personaje en importancia del Estado después del presidente y el vicepresidente. Las dos cámaras son las únicas que detentan el poder legislativo y cuentan con las mismas competencias en el proceso de elaboración de las leyes. No obstante, el Senado se beneficia de más prerrogativas que la Cámara de representantes: se pronuncia sobre el fondo de la cuestión en caso de ponerse en práctica un procedimiento de *impeachment* contra una alta personalidad del Estado, y debe ratificar por mayoría de dos tercios los nombramientos de altos funcionarios propuestos por el presidente, así como los tratados internacionales que este último haya firmado. Finalmente, el Tribunal Supremo, integrado desde 1869 por nueve jueces nombrados a propuesta del presidente, ostenta el poder judicial.

De hecho, aunque las competencias de cada poder son establecidas en sus grandes líneas por la Constitución, la separación de poderes no impide que alguno de ellos pueda influir en las tareas de los otros dos. De

LA *BILL OF RIGHTS*

La Declaración de Derechos, adoptada en 1791, agrupa las diez primeras enmiendas a la Constitución, que reconocían las libertades fundamentales concedidas a los ciudadanos norteamericanos.

I. El Congreso no dictará ninguna ley que intente establecer o prohibir el libre ejercicio de una religión, ni que restrinja la libertad de palabra de prensa, o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y a dirigir peticiones al gobierno para exponerle sus agravios.

II. Una milicia bien ordenada es necesaria para la seguridad de un Estado libre, no pudiendo ponerse trabas al derecho del pueblo a tener y portar armas.

III. Ningún soldado será alojado en tiempo de paz en una casa sin el consentimiento de su propietario, ni en tiempos de guerra, salvo en la forma prescrita por la ley.

IV. El derecho de los ciudadanos a tener garantizados su persona, domicilio, papeles y efectos contra indagaciones y embargos injustificados no será violado si no es sobre una causa probable, y corroborado por juramento o afirmación, ni sin que describa de forma concreta el lugar que deba ser registrado y las personas o las cosas que deban ser objeto de embargo.

V. Nadie podrá ser juzgado por un delito capital o de carácter infamante si no es mediante declaración y acusación o acta de acusación presentadas por un gran jurado, salvo aquellos delitos que se produzcan en el ejército de tierra o en la armada, o en la milicia, cuando se encuentre prestando sus servicios en tiempos de guerra o de peligro público. Nadie podrá verse amenazado dos veces en su vida o en su integridad por el mismo delito. Nadie podrá verse obligado a declarar contra sí mismo en un proceso criminal. Nadie será privado de la vida, la libertad o la propiedad sin un procedimiento legal regular. Ninguna propiedad privada podrá ser requisada para su uso público sin una justa indemnización.

VI. En todos los procesos criminales, el acusado tendrá derecho a ser juzgado de forma pronta y pública por un jurado imparcial del Estado o del distrito en el que se haya cometido el delito, debiendo haberse delimitado previamente el distrito por ley. Deberá ser informado de la naturaleza y causa de la acusación, enfrentado con los testigos de cargo, y podrá exigir por medios legales la comparecencia de testigos de descargo y contar con la asistencia legal de un abogado para su defensa.

VII. En los procesos de derecho común en los que el valor en litigio supere los 20 dólares, existe el derecho a un juicio por un jurado y nadie juzgado por un jurado será juzgado de nuevo por un tribunal de los Estados Unidos si no es de acuerdo con las reglas del derecho común.

VIII. No podrán exigirse fianzas excesivas ni imponerse multas excesivas, ni tampoco infringirse castigos crueles e inusitados.

IX. La enumeración en la constitución de determinados derechos no se interpretará como negación o menosprecio de otros derechos del pueblo.

X. Los poderes que no hayan sido denegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni negados por ella a los estados, quedarán reservados a los estados o al pueblo.

este modo, el presidente interviene en el proceso legislativo en la medida en que puede negarse a ratificar una ley votada por el Congreso. Pero este último tiene la posibilidad de sortear el veto mediante una votación en la que tenga mayoría de dos tercios. Del mismo modo, y cuando está reunido en sesión plenaria, el Tribunal Supremo puede pronunciarse sobre los actos del poder ejecutivo o legislativo, pero carece en cambio de los medios para hacer aplicar sus resoluciones. Un fallo o sentencia del tribunal no puede ser esquivado más que mediante una enmienda a la Constitución; así, por ejemplo, la decimosexta enmienda, que creó el impuesto sobre los ingresos en 1913, fue adoptada en contra de un fallo anterior del tribunal.

Más de doscientos años después de su adopción, éstas siguen siendo las mismas instituciones por las que se rige Estados Unidos, a pesar de que el número de estados federados ha pasado de 13 a 50, y la población, de cuatro millones de habitantes a más de doscientos cincuenta millones. Una longevidad como ésa es realmente excepcional. Se debe en parte a que el país ha sabido equilibrar los poderes creados por la propia Constitución, pero también a la imprecisión del texto constitucional en numerosos puntos, que ha permitido adaptar sus instituciones a la evolución socioeconómica internacional, y al hecho de que la Constitución puede enmendarse con relativa facilidad. El primer órgano de poder al que se atribuyó una competencia no explícitamente reconocida por la Constitución fue el Tribunal Supremo que, en 1803, mediante la sentencia del caso «Marbury contra Madison», se arrogó el derecho de controlar la constitucionalidad de las leyes votadas por el Congreso o por los estados federados. A partir de esta fecha, el tribunal, que decide él mismo sobre qué cuestiones debe pronunciarse, ha anulado alrededor de 135 leyes. Del mismo modo, en el transcurso del siglo XX han aumentado considerablemente los poderes del presidente, sobre todo como consecuencia de las dos guerras mundiales, la crisis económica de los años treinta y la guerra fría. Finalmente, el reparto de competencias entre los estados federados y el poder federal se ha visto profundamente modificado en beneficio de Washington, en especial a partir de la época del *New Deal*.

El bipartidismo

Como la mayoría de los sistemas políticos anglosajones, el sistema político norteamericano se caracteriza por la alternancia en el poder de dos grandes partidos: el demócrata y el republicano. El primero de ellos, el más antiguo, tiene su origen en el partido republicano demócrata fundado en 1792 por Jefferson, y no adoptó su nombre actual hasta 1828. En el siglo XX, bajo los mandatos de Wilson y sobre todo de F. Roosevelt, se impone como un gran partido de tendencias reformadoras y favorable a la intervención del gobierno federal en las cuestiones sociales y económicas del país. Iniciador de la mayoría de los programas sociales aplicados en Estados Unidos, el partido demócrata ha sido tradicionalmente el de las minorías étnicas y religiosas: en 1989 fue el primer gran partido norteamericano en estar presidido por un negro (Ronald Brown). Está bien implantado en los centros industriales del noreste y suele recibir el voto de las clases menos favorecidas. El voto demócrata del «viejo sur», otro bastión del partido, es sociológicamente muy distinto y más bien parece herencia de la guerra de Secesión, durante la que los demócratas defendieron a los confederados. A partir de 1992 muchos de esos *Dixiecrats* se han pasado al partido republicano.

El partido republicano se fundó en 1854, una época en la que la cuestión de la esclavitud dominaba el debate político, y se alineó con Abraham Lincoln en contra de la esclavitud. Proponía una política proteccionista para favorecer el desarrollo industrial y la conquista del oeste mediante la construcción de líneas férreas. Especialmente popular en el Medio Oeste y el oeste, recoge los votos de las regiones agrícolas y de las clases medias que viven en los barrios residenciales de las grandes ciudades. Sigue una política liberal en materia económica, pero muy conservadora en cuestiones sociales y morales. No obstante, está dividido en torno a numerosos problemas, en especial el del aborto, y a menudo se mueve arrastrado por su ala más religiosa, estrechamente ligada a la poderosa y conservadora *Christian Coalition*.

Estos dos grandes partidos presentan numerosas similitudes, tanto en sus programas, que descartan las medidas extremas y se sitúan en el centro, como en su organización, caracterizada por la ausencia de disciplina partidista, el voto parlamentario y un importante grado de descentralización. Los partidos no parecen verdaderamente unidos más que en los momentos de grandes citas electorales nacionales. Tanto republicanos como demócratas aprovechan sus importantes medios económicos y el sistema de escrutinio para evitar la intromisión duradera de un tercer partido en el juego político. Los dos grandes partidos, poco polarizados políticamente y muy poco estructurados, saben poner a su servicio las ideas innovadoras y los hombres que las propagan. El sistema de primarias permite a los electores inscritos en un partido (que para cada uno de ellos supone, aproximadamente, un tercio de la población que ejerce su derecho al voto) elegir a un candidato para las elecciones presidenciales tras un sufragio calcado del de aquéllas. Aun así, el candidato independiente Ross Perrot consiguió un 18 % de los sufragios en las elecciones presidenciales de 1992.

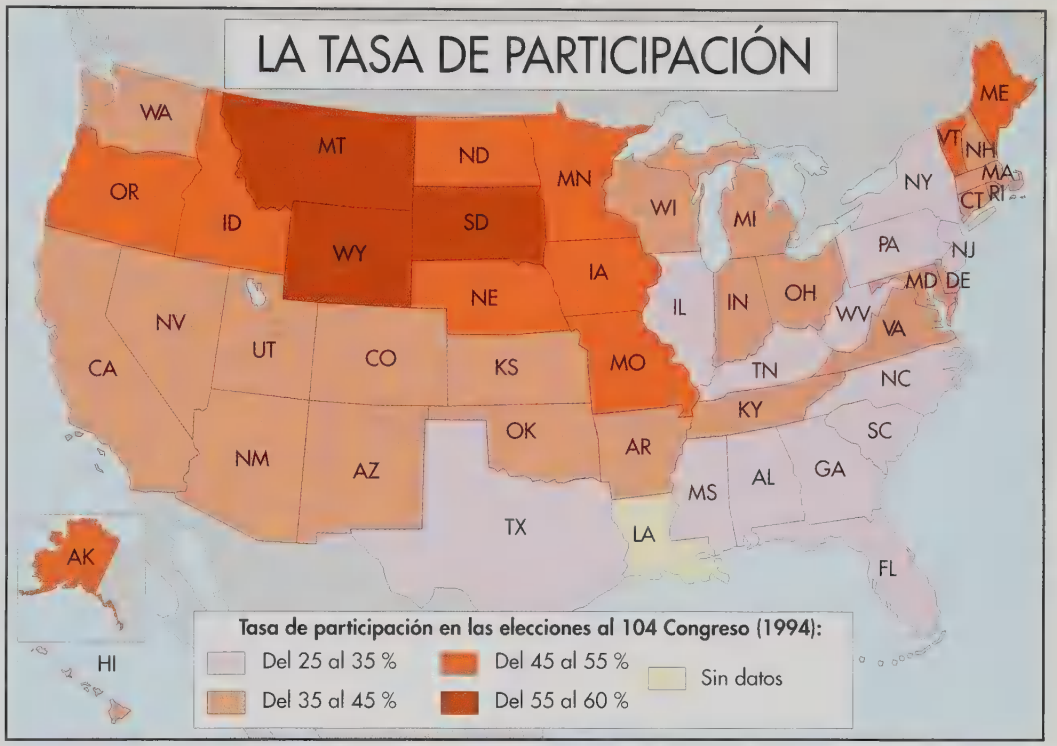
La vida política

Los norteamericanos apenas se desplazan para votar en las frecuentes ocasiones que tienen de hacerlo. La mayoría de los cargos de responsabilidad, tanto federales como de los estados, se eligen mediante el voto popular: el presidente de la Unión, elegido cada cuatro años; los senadores, cuyo mandato es de seis años; los representantes, elegidos por dos años; el gobernador de cada estado y sus ayudantes, los legisladores del Estado federal o determinados jueces de tribunales inferiores (especialmente a partir del siglo XIX), pero también algunas veces los responsables de la administración, los directores de los parques nacionales, etc. Los electores, que como media deben presentarse a las urnas cada dos años, pueden igualmente pronunciarse sobre cuestiones de interés local a través de un referéndum.

El abstencionismo es un fenómeno característico de la vida política norteamericana. La tasa de participación en las elecciones locales no supera muchas veces el 20 %. Sólo las presidenciales movilizan a un electorado considerable, aunque la tasa de participación no suele superar más que en unos pocos puntos el porcentaje del 50 %. Esta abstención crónica revela un desinterés relativo de

los norteamericanos por las cuestiones políticas; numerosos electores tienen la sensación de que su voto no contribuirá a cambiar nada y que sea cual sea el candidato elegido su vida no cambiará en lo más mínimo. Los ciudadanos norteamericanos deploran el papel cada vez mayor del dinero en las campañas electorales. La imagen, con frecuencia superficial, que dan los medios de comunicación del debate político refuerza esta visión pesimista. El elector, cuya atención se centra sobre todo en la vida privada del candidato o en el eslóganes simplistas, pierde de vista las cuestiones reales de la consulta. Este desinterés por las cuestiones públicas, especialmente perceptible entre los jóvenes y las clases sociales menos favorecidas, no es exclusivo de Estados Unidos, pero se traduce en tasas de participación mucho más bajas que en el resto de las democracias occidentales.

En comparación con los europeos, el elector norteamericano es generalmente más liberal en cuestiones económicas y más conservador en las sociales: de hecho, y dado que el sistema económico parece ser objeto de un consenso nacional, las principales cuestiones del debate político se centran desde finales de los setenta en el progreso social y la vida privada del individuo. Una parte de los norteamericanos, esencialmente las clases medias blancas, y en particular los hombres, siente amenazados sus privilegios. Este sentimiento de inseguridad resulta especialmente perceptible en las grandes metrópolis, a pesar de que la delincuencia esté experimentando un retroceso constante desde comienzos de los noventa. La mayoría de los ciudadanos considera necesaria la pena de muerte para luchar contra la violencia urbana. A partir de 1989, en determinados estados puede aplicarse incluso a menores de edad o deficientes mentales.



La impopularidad de la *affirmative action*, que había permitido a numerosos negros romper con el ciclo miseria/paro/violencia, y el desmantelamiento de las ayudas sociales (medida que Bill Clinton no tuvo más remedio que adoptar en 1996 en vísperas de las elecciones presidenciales) atestiguan el malestar de las clases medias, que se consideran relegadas por el aumento de poder de las minorías. Temen también la desestructuración del modelo familiar tradicional por el aumento del número de divorcios y abortos, la multiplicación de los hogares monoparentales (más del 23 % en 1990) o las reivindicaciones de feministas y homosexuales. Estos temores difusos explican que, desde fi-

nales de los años setenta, la familia se haya convertido en uno de los principales temas del debate político, con unos defendiendo el mantenimiento del modelo tradicional y otros apelando a la recomposición de la sociedad en torno a modelos familiares más amplios y tolerantes.

Los contrapoderes: «media» y «lobbies»

El periódico local es el auténtico corazón del periodismo americano: de los 1.600 periódicos que circulan en Estados Unidos, más del 85 % vende menos de 5.000 ejemplares. Financiados por los anuncios de las empresas locales, ofrecen esencialmente información acerca de la vida de la comunidad a la que se dirigen. Su importancia queda por general oculta tras el prestigio de los grandes rotativos que, desde hace años, y gracias a los avances de la informática, se difunden al mismo tiempo en todo el territorio: *The Wall Street Journal*, *The New York Times*, *The Washington Post*, e incluso *Los Angeles Times*, venden cada uno más de un millón de ejemplares. Gracias a su labor de investigación y a la solidez de sus análisis, estos grandes diarios han dado a conocer el periodismo americano en todo el mundo.

La televisión norteamericana lleva mucho tiempo dominada por las tres grandes *networks* (cadenas) que difunden sus programas a través de emisoras instaladas en todo el territorio: ABC, CBS y NBC. Pero, a lo largo de los dos últimos decenios, las tres han perdido audiencia en beneficio de la Fox, perteneciente al magnate australiano Rupert Murdoch, y varias cadenas de televisión por cable, que en 1992 llegaban a más del 70 % de los hogares, en comparación con el escaso 20 % en 1980. De ese modo, entre 1978 y 1992, la audiencia en *prime time* (entre las 19 y las 22 horas) de las tres principales cadenas ha pasado del 90 % al 55 %.

Los medios de comunicación americanos, el «cuarto poder», gozan en el plano formal de una libertad absoluta, incluso para enfrentarse a los poderes institucionales. No obstante, no siempre muestran voluntad de convertirse en un contrapoder. De hecho, uno de sus principales objetivos es el de vender anuncios publicitarios; los medios de carácter público son por el contrario escasos y poco influyentes, aparte del PBS (*Public Broadcasting System*), muy apreciado por el sector más intelectual de la población. El funcionamiento de los medios de comunicación de masas entra de lleno en una lógica de mercado que, sin excluir una clara adscripción a valores democráticos como las libertades de expresión y de prensa, favorece cierto conservadurismo. De ahí que los medios más importantes ofrezcan análisis y programas relativamente conformistas para atraer al público norteamericano medio, partidario de determinados valores y francamente reacio a que nadie ponga en cuestión las instituciones de su país. La revelación del escándalo Watergate por *The Washington Post* dio a la prensa norteamericana la falsa imagen de tener un poder casi ilimitado. En realidad, no evita caer en cierta complacencia en relación con los otros poderes establecidos; muchos políticos, en especial el anciano presidente Ronald Reagan, supieron sacar partido de ello. Pero también pueden arruinar la carrera de cualquiera: en un país en el que toda personalidad que desempeñe un papel público está obligada a mantener en su vida privada una moralidad intachable, buscar algún escándalo en la vida íntima de un adversario político es una práctica corriente y en gran medida aceptada. Esta exigencia moral, que probablemente constituye una reliquia de la ética puritana de los primeros colonos, ha conducido a numerosos políticos a renunciar a su carrera.

El resto del mundo considera habitualmente que la concentración de los medios de comunicación norteamericanos es excesiva para garantizar su independencia. Conviene relativizar esta idea: el grupo de prensa más importante en Estados Unidos, Gannett (que controla 80 periódicos, entre ellos *USA Today*), no alcanza más que el 10 % de las ventas totales, mientras que, por ejemplo en Australia, el grupo de Murdoch controla más del 60 % de la información escrita.

Más que los llamados *media*, lo que ejerce una influencia real en el funcionamiento de las instituciones norteamericanas son los *lobbies* o grupos de presión. Su presencia en la vida política norteamericana se basa en la primer enmienda a la Constitución, que entre otras cosas garantiza al pueblo el derecho de «reunirse pacíficamente y dirigir peticiones al gobierno».

La práctica del *lobbying* apareció en Gran Bretaña, donde la palabra *lobby* designa los

pasillos y corredores de la Cámara de los Comunes. Por extensión, el término empezó a emplearse para hacer referencia a las conversaciones y transacciones que tenían lugar entre las sesiones parlamentarias. Si lo tomamos como la relación reconocida entre un grupo de presión y los representantes electos, el *lobbying* aparece en Estados Unidos durante el primer tercio del siglo XIX, pero no alcanza un marco legislativo hasta 1946, con el *Federal Regulation of Lobbying Act*, que instaura la obligatoriedad del registro e inscripción de los representantes de grupos de presión que desarrollasen su labor cerca del Congreso. Pero la actividad de los *lobbyists* abarca por igual poder ejecutivo, administración, juntas locales y parlamentos estatales.

Se calcula que el número de *lobbyists* en Washington, es decir, los que ejercen su presión sobre miembros del Congreso, supera los veinte mil. Su objetivo es el de conseguir la adopción o abolición de una ley o una reglamentación a cambio de un apoyo económico o electoral para favorecer la reelección o promoción del parlamentario implicado. Los *lobbyists* suelen ser juristas de demostrada experiencia en diversos temas (derecho fiscal, especialistas en derecho medioambiental, etc.) o profesionales de la comunicación. Trabajan al servicio de corporaciones profesionales, privadas o públicas, y de asociaciones de ciudadanos creadas con el fin de defender un interés común (ex combatientes, feministas, minorías, etc.).

Este sistema genera efectos perversos: los *lobbies* más ricos, los que consiguen influir en el proceso legislativo, son también los más conservadores. Favorecen de ese modo el rechazo a la política de numerosos ciudadanos que señalan la injusticia de un sistema que privilegia a los mejor situados. El fracaso de la reforma del sistema de salud propuesto por el presidente Clinton ilustra a la perfección el poder de los conservadores en esta cuestión. Los grupos de presión que representaban los intereses de la mayoría de los médicos —la American Medical Association—, las compañías de seguros y los hospitales se unieron para impedir la adopción de un proyecto que habría asegurado cobertura sanitaria a todos los norteamericanos en un momento, a comienzos de los años noventa, en el que un 16 % de ellos no tenía ninguna. Para conseguirlo, los *lobbies* llegaron a invertir más de 300 millones de dólares en inundar los despachos parlamentarios y la prensa de comunicados catastrofistas sobre los efectos perversos que según ellos provocaría la puesta en práctica del plan Clinton. Parece claro que la omnipotencia de determinados *lobbies*, su papel económico en las campañas electorales y la influencia que ejercen sobre un número importante de electores, limita el margen de maniobra de los parlamentarios y frenan sus iniciativas. Eso explica que los grupos de presión, que basan su legitimidad en su papel de defensores de los intereses particulares frente al poder del Estado, se enfrenten muchas veces a acusaciones de perpetuar situaciones de injusticia social.

EL PROBLEMA DE LA VENTA DE ARMAS

La segunda enmienda a la Constitución, que forma parte de la *Bill of Rights*, ratificada en 1791, estipula que: «Siendo necesaria una milicia bien ordenada para la seguridad de un Estado libre, no se pondrá restricción al derecho del pueblo a tener y portar armas». Basándose en este argumento constitucional, los partidarios de la libre venta de armas de fuego se oponen a cualquier cuestionamiento de lo que consideran un derecho fundamental del pueblo norteamericano. Se calcula que, a mediados de los años noventa, había 200.000 millones de armas individuales en circulación en todo el territorio de Estados Unidos. El número de muertes por armas de fuego llega a las 30.000 anuales.

Sin embargo, cualquier intento de controlar las armas de fuego se encuentra con la oposición radical de la National Rifle Association (NRA), favorable al derecho sin restricción de todo norteamericano a llevar un arma de fuego. La NRA, muy poderosa y constituida en uno de los *lobbies* mejor organizados, contaba en los años noventa con casi tres millones de miembros. En 1988, año electoral, invirtió 4,5 millones de dólares para apoyar a sus candidatos. Hasta la adopción de la ley Brady, en noviembre de 1993, resultaba extremadamente fácil conseguir un arma de fuego: sólo algunos estados imponían una demora de varios días para proceder a una verificación de la identidad y de los antecedentes judiciales del comprador.

Después de la adopción de la ley Brady (que debe su nombre al antiguo portavoz del presidente Reagan, gravemente herido en 1981 durante el atentado contra el presidente y que desde entonces no ha dejado de militar a favor de una limitación de la libre venta de armas), se ha impuesto una demora de cinco días a cualquier comprador de un arma de fuego. Aunque representa una victoria para los partidarios del control de ventas, esta medida no es en sí misma suficiente para frenar la violencia engendrada por las armas. Y cualquier intento de reforzar la ley Brady corre el peligro de encontrarse con la oposición de una mayoría de parlamentarios, sobre todo republicanos. Los partidarios de esta ley sufrieron un importante revés el 27 de junio de 1997. El Tribunal Supremo anuló la disposición por la que se pretendía que los policías locales verificasen los antecedentes judiciales de los compradores de armas.

EL FIN DEL CRISOL DE RAZAS O *MELTING POT*

«Nación de naciones», Estados Unidos ha recibido desde 1820 a 60 millones de inmigrantes. La inmigración ocupa, por tanto, un lugar preponderante, pero equívoco, en las representaciones simbólicas y el debate político: con frecuencia han coexistido el espíritu de apertura y las crispaciones xenófobas.

El crisol de razas o *melting pot*, tan constitutivo de la cultura americana como el mito de la frontera, toma su nombre de una obra de teatro de Israel Zangwill, estrenada a finales del siglo XIX y titulada precisamente *The Melting Pot*, que glorificaba a Norteamérica como tierra de acogida «donde todas las razas de Europa se funden y se benefician unas de otras».

A la búsqueda de la identidad norteamericana

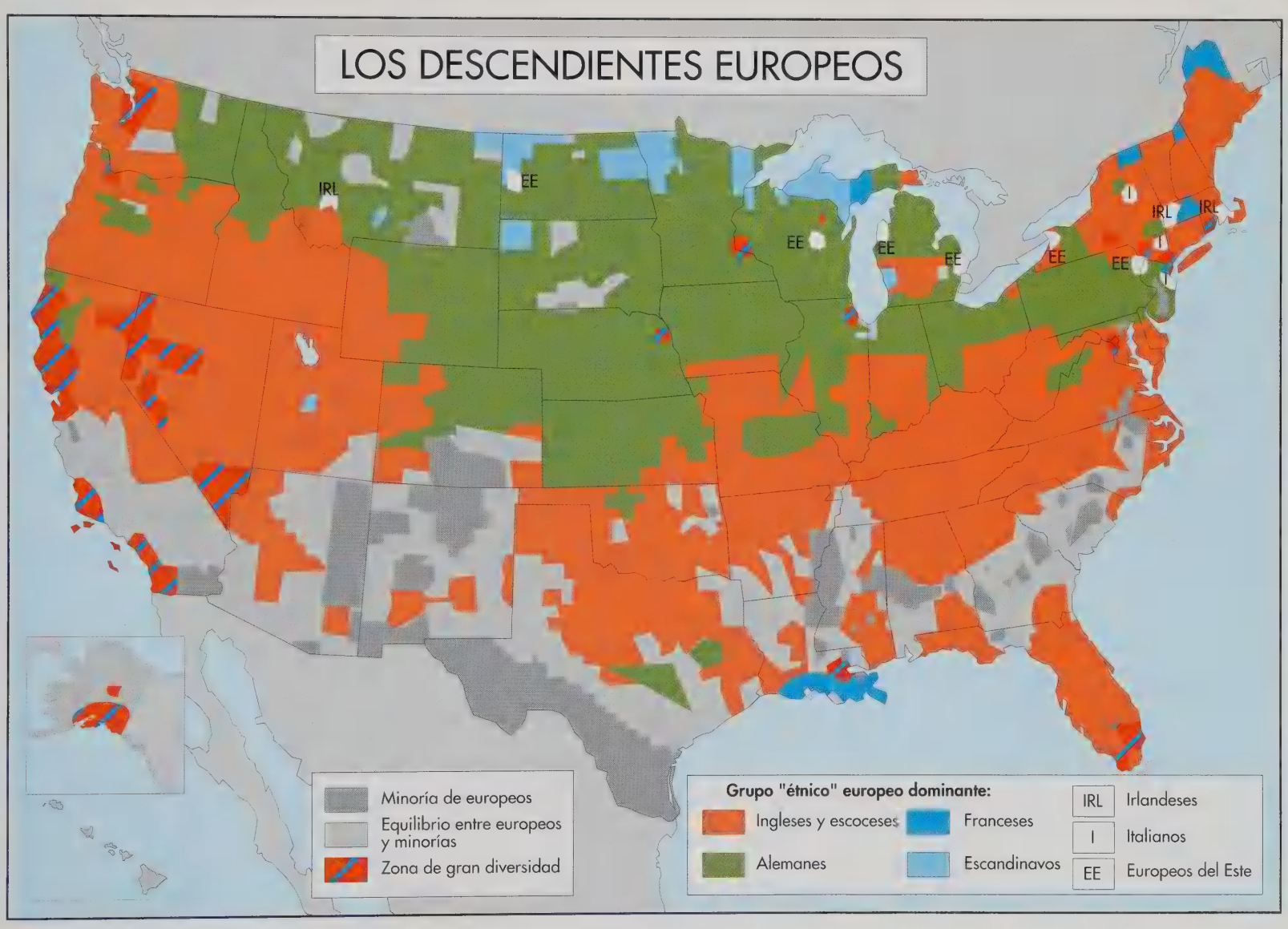
La historia de la inmigración a los Estados Unidos es conflictiva y contradictoria, hecha de ataques de generosidad y oleadas de repliegue. En la mitología nacional, la inmigración ocupa un lugar preferente: los norteamericanos se definen a sí mismos como un pueblo de inmigrantes. Mientras que esta cuestión emerge tardíamente en el debate político de muchos países europeos, la reflexión sobre la inmigración y la asimilación de los inmigrantes lleva mucho tiempo ocupando a los políticos e intelectuales norteamericanos.

El sentimiento de pertenencia a la nación se apoya fundamentalmente en una visión mesiánica de Norteamérica, tierra de abundancia y libertad, refugio de los oprimidos y los perseguidos de Europa. Para funcionar, el *melting pot* debe integrar a los recién llegados y crear «una nueva raza de hombres», para responder así al propósito de Hector Saint-John de Crèvecœur, que a finales del siglo XVII expuso por primera vez la teoría del «crisol» norteamericano. Norteamérica no se define entonces por su origen étnico, sino por su adhesión a los principios políticos y filosóficos expuestos en la Declaración de Independencia.

Tal como la definieron los padres fundadores, la identidad norteamericana es ambigua: los valores y principios universalistas que la constituyen se inscriben en la tradición anglosajona, y los procesos de americanización se resumen en realidad en adoptar la cultura anglosajona dominante. Desde entonces la contradicción, con frecuencia manifiesta, entre una ideología abierta y cosmopolita y políticas de exclusión se ha hecho cada vez más visible. Muy pronto los discursos generosos se enrarecieron con un sentimiento de desconfianza hacia los recién llegados. Así, en sus *Notas sobre Virginia* (1784), al mismo tiempo que glorifica Estados Unidos como tierra de acogida, Jefferson se interroga sobre la capacidad de los inmigrantes originarios de países monárquicos para abrazar los ideales de la joven democracia republicana.

En el siglo XIX se desarrolló una corriente de reivindicación «autóctona» a partir de la idea de que la inmigración minaba la homogeneidad y la unidad cultural del país. La hostilidad de los «autoctonistas» se centró primero en los irlandeses, pero pronto alcanzó también a los italianos y los inmigrantes de Europa central. Los nuevos inmigrantes, que no pertenecían ya a la categoría de los *White Anglo-Saxon Protestants* (*WASPs*), no podían, según esta línea de pensamiento, integrarse en la sociedad norteamericana. Los «autoctonistas», influenciados por las tesis del racismo científico, llegaron a establecer una jerarquía de «razas europeas» dominada por los *WASPs*.

Hacia 1870 surge en California un movimiento muy violento contra la presencia de chinos en el país. En una ley de 1882 aparece una nueva categoría, la de los *aliens ineligible for citizenship*. Definida en función de criterios raciales, permitía la suspensión, y más adelante interrupción total, de la inmigración china; esta medida no sería abolida hasta 1943. La campaña contra los asiáticos se intensificó entre 1909 y 1917 con la aparición de la *Asian Exclusion League*, compuesta fundamentalmente por sindicalistas. La patronal se sirvió con frecuencia de esta liga para romper las huelgas y mantener bajo mínimos los salarios de unos obreros que culpaban a los inmigrantes asiáticos de cualquier injusticia laboral. Tras la primera guerra mundial también las ideas políticas se convirtieron en motivo de exclusión: tras el *red scare* de 1919 se despojó de la ciudadanía


LOS DESCENDIENTES EUROPEOS
IRL
EE
EE
EE
EE
EE
EE
I
IRL
IRL
I
I
Minoría de europeos
Equilibrio entre europeos y minorías
Zona de gran diversidad
Grupo "étnico" europeo dominante:
Ingleses y escoceses
Franceses
Alemanes
Escandinavos
IRL Irlandeses
I Italianos
EE Europeos del Este

LOS INDIOS

La voluntad civilizadora que había provocado el declive de la cultura india fue dando paso desde principios de siglo al deseo de reparar los expolios perpetrados durante más de tres siglos y cambiar la actitud de una sociedad todavía bastante segregacionista en relación con una minoría encerrada en la imagen del «salvaje de piel roja». El cambio operado en la imagen que la administración y la opinión pública tenían de los indios ha permitido un giro radical: reducida a 250.000 personas a comienzos de siglo, la población india se ha multiplicado por tres entre 1960 y 1987 y en 1997 se alcanzó los dos millones.

El cambio de actitud del Estado federal —iniciado en 1924, cuando se concedió a los indios la nacionalidad norteamericana— se manifestó a través de la oficina para asuntos indios (BIA), inicialmente destinada a afianzar el dominio de los blancos. John Collier, director del BIA bajo la administración Roosevelt, fue el principal artífice del cambio de orientación de este organismo y, a pesar de la oposición del Congreso, consiguió que en 1934 se aprobase el *Indian Reorganization Act*, o ley Wheeler-Howard. Ésta, que ponía fin a la ley Dawes de 1887, se basaba en el principio de ofrecer la propiedad de una parcela de 160 acres a cada familia con el fin de desmantelar las reservas y dejaba a cada tribu la posibilidad de organizarse por medio de una constitución o de reglamentos que debían ser aprobados por los miembros de la tribu y el ministro del Interior.

Pero, a pesar de algunas concesiones, el Estado no concedió a los indios más que una autonomía limitada, ya que la aplicación de las constituciones y las decisiones de los consejos tribales estaban sometidas a la aprobación del BIA. Por otro lado, y a pesar de su orientación liberal, esta política no dejaba de perseguir una asimilación cultural, ya que imponía una forma de gobierno idéntica a la de los blancos.

Con la guerra fría y el macartismo, el gobierno estigmatiza el carácter socialista y en consecuencia antiamericano del sistema tribal e inicia un endurecimiento de la «política india». Esta nueva tentativa de asimilación se basa sobre todo en la *Termination Law* (1953), que pone fin al estatus particular de las naciones indias y convierte a sus miembros en norteamericanos «como los demás». Estas decisiones estuvieron acompañadas de la creación de la comisión de quejas y agravios indios con la misión de reparar los perjuicios causados, pero cuya actuación se vio circunscrita a la dimensión pecuniaria de los expolios.

Por sus ingresos y nivel educativo, el indio medio se sitúa muy por debajo del norteamericano. La política de emigración masiva hacia las zonas urbanas que empezó a finales de los años cincuenta ha provocado un proceso de agrupación en guetos de los indios, mal aceptados por la sociedad y mal preparados para la vida ciudadana. A este respecto, la aparición de organizaciones supratribales como la National Indian Youth, creada en 1961, o el American Indian Movement, en 1968, demuestra que el nacionalismo político indio ha realizado ya progresos sensibles. Con acciones tan espectaculares como la ocupación del BIA (1972) o de Wounded Knee, donde tuvo lugar la última masacre sioux (1973), estas organizaciones han conseguido centrar la atención de la mayoría de la población y suscitar una cierta alarma. Pero las represiones violentas perpetradas por el FBI (que eliminó a algunos militantes radicales tras la ocupación de Wounded Knee) han forzado a las comunidades indias a adoptar una línea de conducta menos abiertamente reivindicativa: de ese modo, de febrero a julio de 1978, se organizó la «larga marcha», que atravesó el continente entero con el fin de protestar contra la violación de los tratados que los blancos habían firmado en los siglos XVIII y XIX.

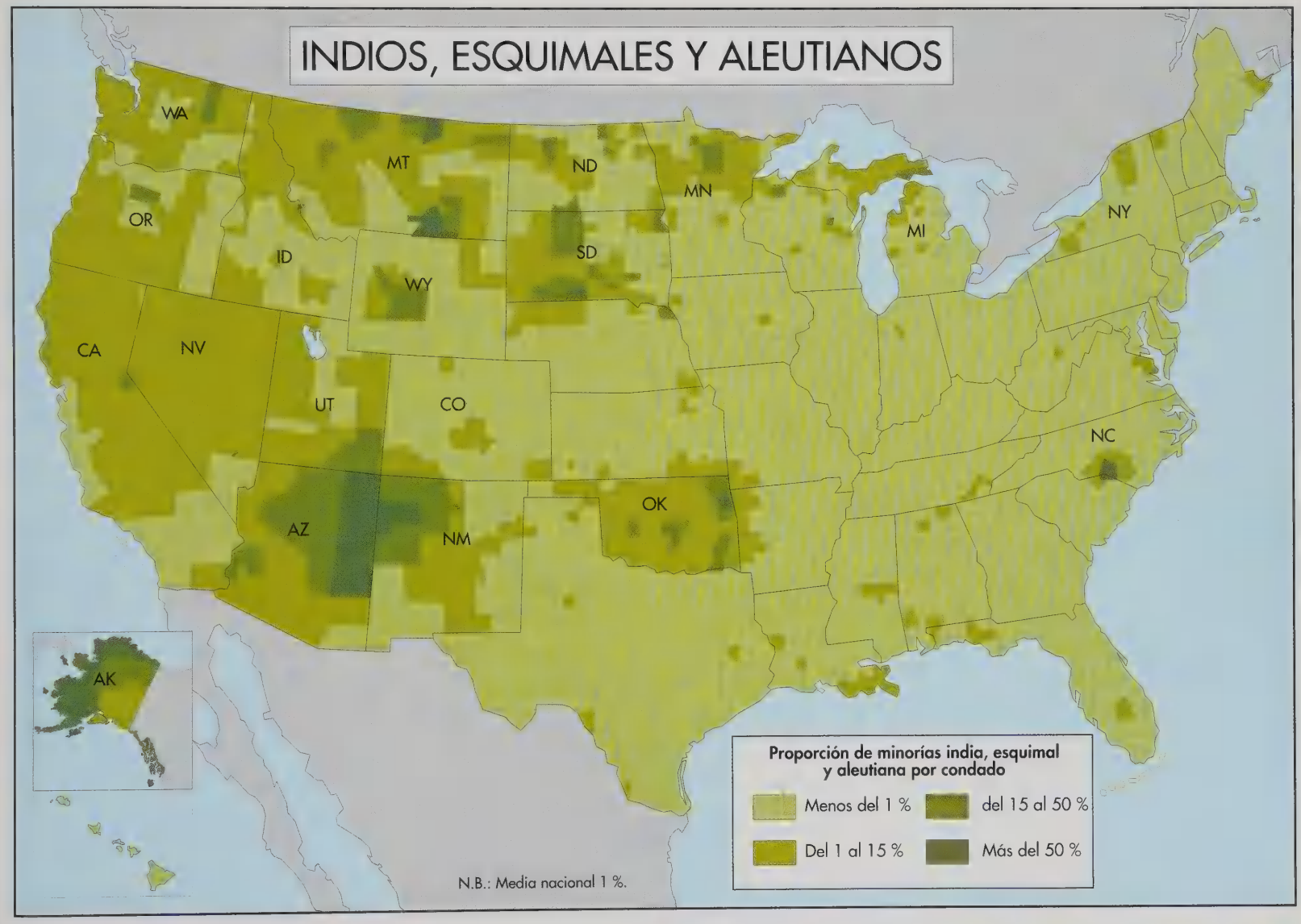
A pesar de su deseo de influir en determinados aspectos del debate político, estas organizaciones no pueden hacer olvidar que el aislamiento, las barreras lingüísticas y la discriminación confinan a los indios al nivel más bajo de la sociedad y que el voto indio tiene un peso prácticamente nulo desdeñable en las decisiones políticas. Por contra, y aunque a partir de los años ochenta los indios suelen ganar los procesos que plantean contra el Estado norteamericano o las grandes compañías petrolíferas (en 1980, el Tribunal Supremo dictó una sentencia favorable a los indios en el asunto de Black Hills y concedió 100 millones de dólares a los sioux, mientras que los passamaquodys y los penobscots, que reivindicaban dos millones de hectáreas al estado de Maine, recibieron una indemnización de 81,5 millones de dólares) la dimensión sociocultural del problema indio sigue siendo el obstáculo más grave con el que tropieza su integración.

norteamericana a anarquistas y pacifistas, y la *Internal Security Act* de 1950 prohibió la entrada de comunistas en el país.

La adopción de una política de inmigración restrictiva, legitimada a partir de los años veinte, consagró la victoria de los «autoctonistas». Es cierto que la ley Johnson Reed de 1924 se mantuvo a pesar de la demanda de nuevas restricciones, pero, al instituir por primera vez cuotas por nacionalidad, interrumpió los grandes movimientos de población que habían constituido uno de los motores de la historia norteamericana. Esta ley se tradujo en una pérdida de confianza en la capacidad de asimilación de la sociedad norteamericana y en las virtudes *melting pot*, que sin embargo adquirió durante este periodo su lugar preponderante en la mitología nacional.

Los imponderables de la política de inmigración

Estados Unidos, que llegó a atraer hasta el 40 % de los flujos migratorios mundiales, sigue siendo el principal país en recepción de inmigrantes. En 1994 tenía 22,6 millones de inmigrantes (el 8,7 % de la población total), de los que 6,2 millones eran mexicanos y casi todos los restantes habían llegado desde países subdesarrollados. El año 1995, con 720.461 nuevas entradas, se aproximó al nivel récord de los años 1900-1910. La inmigración ilegal mueve entre 300.000 y 500.000 personas al año (incluidos trabajadores temporales), principalmente de México y América Central. En Estados Unidos viven en total cuatro millones de inmigrantes ilegales.


INDIOS, ESQUIMALES Y ALEUTIANOS
WA
OR
CA
NV
ID
MT
WY
UT
AZ
CO
NM
ND
SD
MN
OK
MI
NY
NC
AK
Proporción de minorías india, esquimal y aleutiana por condado
Menos del 1 %
Del 1 al 15 %
del 15 al 50 %
Más del 50 %
N.B.: Media nacional 1 %.

Seis estados reciben al 70 % de los recién llegados: California, Nueva York, Tejas, Florida, Nueva Jersey e Illinois.

La inmigración está regida desde 1992 por cuotas profesionales, en sustitución de las nacionales de 1921, por las que los europeos tenían derecho a un máximo de 150.000 entradas al año. La cuota de la que se beneficiaba cada nacionalidad era proporcional a su importancia numérica en el conjunto de la población norteamericana en 1910 (ley de 1921) y después en 1890 (ley de 1924). Uno de los objetivos de esta legislación era el de reequilibrar la emigración en beneficio de los europeos del norte, cuya proporción en relación con la población total descendió notablemente entre 1890 y 1910, y evitar la entrada de europeos del sur y del este. El continente americano quedaba al margen de estas cuotas (latinoamericanos y canadienses no sufrieron restricción alguna), pero la ley de 1924 aplicó a los japoneses el mismo régimen de prohibición estricta que sufrieron los chinos con el *Chinesse Exclusion Act* de 1882.

La ley McCarran de 1955, votada en plena guerra fría, se centraba en los criterios políticos y planteó la exclusión de comunistas y refugiados del bloque del este. Las medidas discriminatorias contra los asiáticos no se eliminaron hasta 1965. La gran afluencia de latinoamericanos hizo que la ley de 1965 estableciese 120.000 entradas para el continente americano, por 150.000 para el resto del mundo (con un máximo de 20.000 por país). Como consecuencia indirecta de esta ley, en los años ochenta y noventa los recién llegados han sido en un 90 % originarios del Tercer Mundo, mientras que sólo un 10 % provenía de Europa.

La ley de inmigración ilegal de 1986 contemplaba dos aspectos: una amnistía para 1,8 millones de inmigrantes clandestinos y diversas sanciones para quienes los contrataban como mano de obra. No obstante, tanto el control de la frontera mexicana como la aplicación de sanciones han demostrado ser un fracaso.

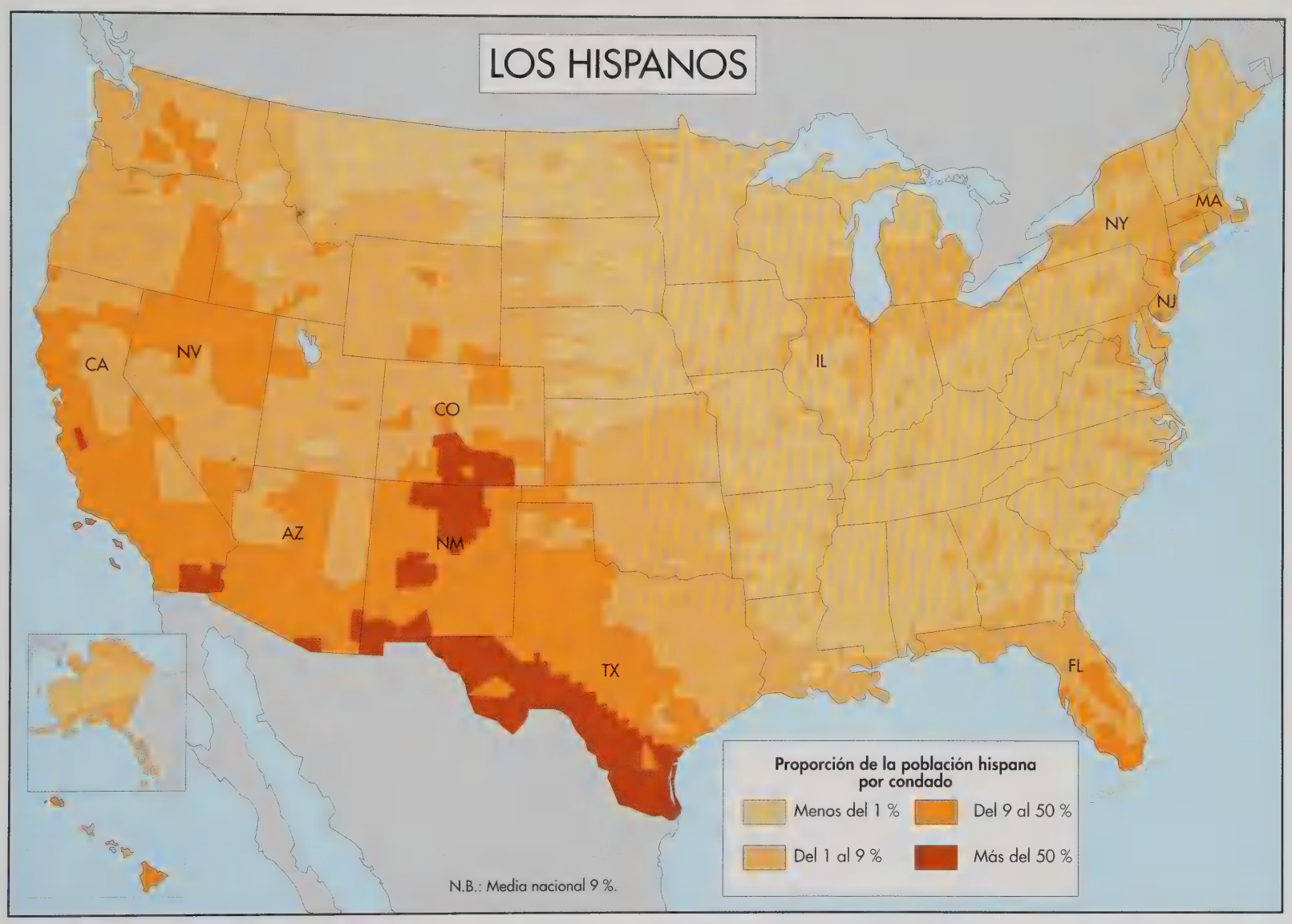
A contracorriente de las políticas seguidas en Europa durante ese mismo periodo, la ley de inmigración de 1992 aumentó considerablemente el número total de entradas, de 270.000 a 675.000. Concede prioridad a la cualificación profesional sobre el reagrupamiento familiar. Las autoridades norteamericanas, inspiradas en la legislación canadiense, reservan 10.000 entradas a inversores que se comprometan a invertir un mínimo de un millón de dólares en la economía norteamericana. Esta ley es el resultado de prácticas de *lobbying* desde el mundo de los negocios y ciertas minorías: considera la inmigración como refuerzo para la economía norteamericana y medio para regular el mercado del trabajo.

Las leyes de 1986 y 1992 han sido el eje de una movilización contra la inmigración ilegal, sobre todo en California. En noviembre de 1994, el 59 % de los electores californianos se pronunciaron a favor de una propuesta de iniciativa popular, *Save Our State*, que pretendía prohibir a los inmigrantes clandestinos el acceso a los servicios públicos, en particular a la asistencia médica y la educación. El gobernador de California se convirtió en el máximo defensor de esta propuesta, que presentó ante el Senado norteamericano, donde además se ha mostrado a favor de una limitación a la inmigración legal a 540.000 personas al año.

Siguen coexistiendo dos tipos de actitud con respecto a la inmigración: una pragmática, que tiene en cuenta el papel decisivo de la inmigración en el dinamismo económico y demográfico del país, y otra que la rechaza de plano.

El «melting pot», cuestionado

Más que de un modelo único de integración, hace falta hablar de varios modelos sucesivos. El primero concedía a los *WASPs* el protagonismo absoluto de la identidad norteamericana. En el segundo modelo, el *melting pot* se definía, por el contrario, como la fusión biológica y cultural de diferentes grupos de inmigrantes para constituir un nuevo pueblo. A partir de los años cincuenta se elevaron voces desde la izquierda y los medios universitarios para denunciar esta definición unívoca; según ellos, haría falta hablar de un triple *melting pot*: protestante, católico y judío, en la medida en la que las mezclas entre las nacionalidades de origen se daban fundamentalmente en el seno de grupos religiosos relativamente homogéneos. Un nuevo análisis del *melting pot*, el *transmuting pot*, puso en evidencia la similitud entre los dos primeros modelos de integración a pesar de su oposición formal: no había fusión, sino transformación de las características culturales de los inmigrantes recién llegados sobre un fondo cultural anglosajón que permanecía inalterable. El tercer modelo de integración, conocido con el nombre de *Salad*


LOS HISPANOS
CA
NV
CO
AZ
NM
TX
IL
NY
MA
NJ
FL
Proporción de la población hispana por condado
Menos del 1 %
Del 1 al 9 %
Del 9 al 50 %
Más del 50 %
N.B.: Media nacional 9 %.

Bowl, rompía con los dos primeros y permitía a cada grupo étnico conservar su legado cultural que, sin desnaturalizarse, debía enriquecer la identidad nacional. Último modelo hasta la fecha, el pluralismo multicultural se impuso a partir de los años sesenta siguiendo la estela de la contracultura y el movimiento por los derechos civiles, en lucha contra el sistema segregacionista del sur. Llamado algunas veces *Pizzaland* (en honor a la pizza donde, a diferencia de lo que ocurre en la ensalada, los distintos elementos no se mezclan), el multiculturalismo ha logrado introducirse, a pesar de algunas críticas, en las costumbres norteamericanas. La multiplicación de las categorías propuestas en los censos de población revela el fenómeno de creciente atomización étnica que se produce desde mediados de los años ochenta. La pertenencia étnica ha llegado a revalorizarse hasta el punto de que numerosos *WASPs* redefinen ya su identidad reconociéndose como ingleses, escoceses, alemanes o suecos. De hecho, numerosos norteamericanos buscan entre sus ancestros un origen que les parezca valioso. Este fenómeno de *Simbolic Ethnicity* puede tener consecuencias sorprendentes: 10 millones de norteamericanos (un 4 % del total) se declaran étnicamente franceses, mientras que la población de origen francés desde el punto de vista demográfico no supera el 1 %

Independientemente de este fenómeno, más del 20 % de la población norteamericana pertenece a una minoría. Con 30 millones de habitantes, los negros representan la más numerosa (un 12 % de la población total), pero son los hispanos (18 millones) los que tienen la tasa de crecimiento demográfico más alta, debido sobre todo a una natalidad elevadísima y una inmigración continuada. Los norteamericanos de origen asiático son 4 millones, y los amerindios, 1,5.

La terminología norteamericana distingue entre los anglosajones de distintos grupos étnicos (blancos de ascendencia católica o judía) y las minorías raciales (no blancos). A los negros se les define por criterios biológicos, a los asiáticos por su origen geográfico y a los hispanos por su lengua.

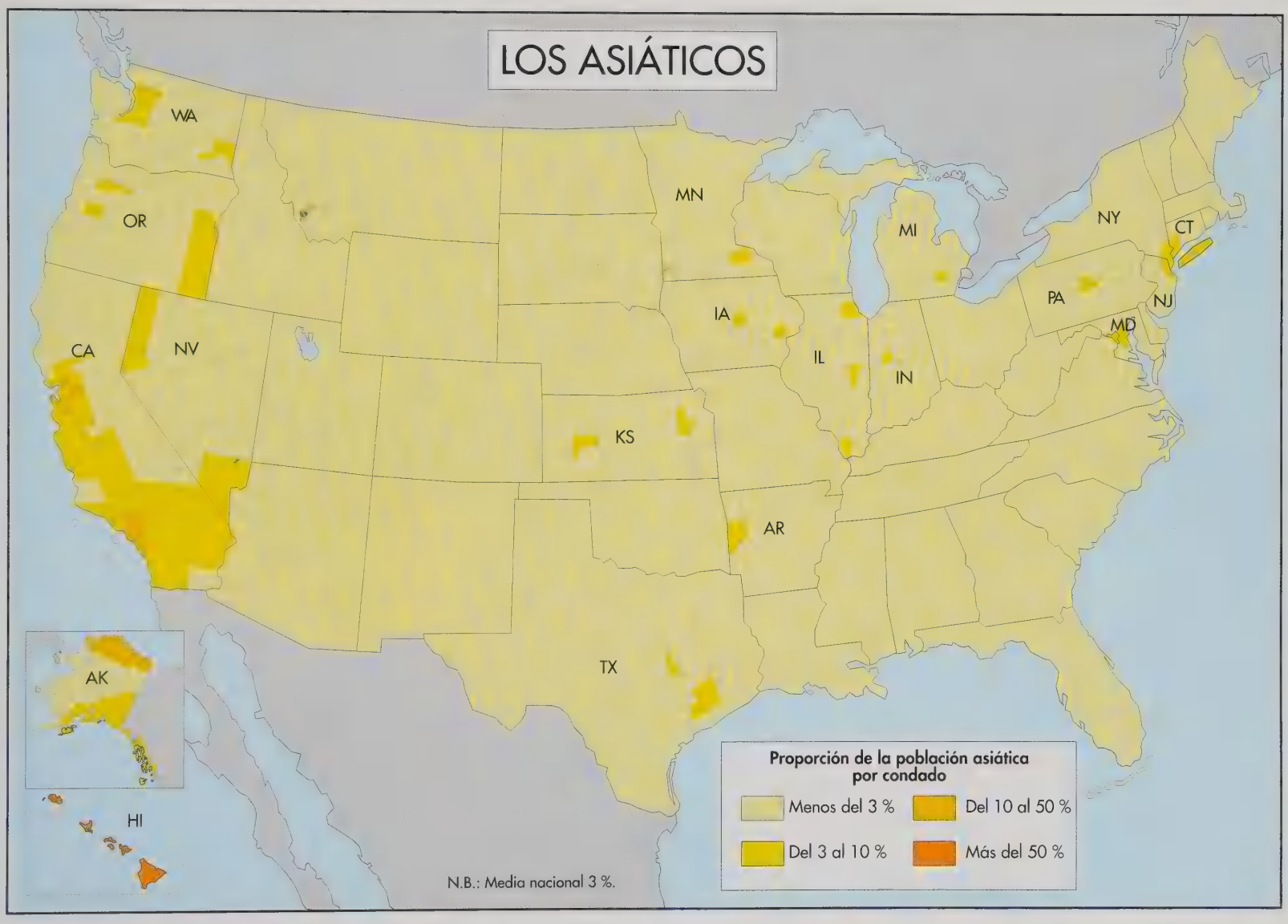
A la ambigüedad de la clasificación oficial se superpone la fluidez de las representaciones populares que, por ejemplo, sitúan a los mexicanos y portorriqueños, pero no a los cubanos, en la categoría de minorías raciales. Es sintomático el caso de muchas personas originarias de la India, que se presentan como hindúes para evitar ser confundidos con los amerindios, aunque la inmensa mayoría de ellos no practique la religión hindú. La multiplicidad de categorías utilizadas por los grupos para distinguirse entre sí refuerza la confusión, aunque un elevado número de individuos, nacidos de diversos mestizajes, no consiguen identificarse con ninguna de las existentes.

En el debate actual sobre la crisis por la que atraviesa la sociedad norteamericana, determinados argumentos recuerdan a los que utilizaron los «autoctonistas» en contra de la inmigración de italianos, irlandeses y judíos. A partir de finales de los sesenta, son los hispanos y los asiáticos los que parecen poner en cuestión la vigencia del *melting pot*. La solución de compromiso entre la identidad de origen y la identidad norteamericana que, a pesar de las dificultades iniciales, permitió integrar a oleadas sucesivas de emigrantes europeos, no puede funcionar con grupos que se sienten fieles sobre todo a su país de origen.

La controversia en torno a la lengua resulta muy representativa de las inquietudes actuales. En 1982 se creó un grupo de presión anglófona, *Us English*, opuesto al bilingüismo angloespañol del sur y el oeste del país y partidario de la adopción del inglés como idioma único. Tras el primer referéndum sobre este tema, celebrado en 1986 en California, el 75 % de los electores se pronunciaron a favor de medidas restrictivas para el español. Después, otros 15 estados han seguido el ejemplo de California. Esta movilización ha representado un golpe decisivo al bilingüismo en la enseñanza, pero no ha impedido la progresión del mismo en la vida cotidiana (anuncios, periódicos, emisoras de radio, programas y cadenas de televisión en español).

La fractura racial

Como corolario a la cuestión de la identidad nacional, la «cuestión racial» está muy lejos de resolverse en Estados Unidos. Fue el origen de la gran fractura entre norte y sur y sigue siendo desde entonces un símbolo del «hecho diferencial» sureño. Los negros, además de quedar en muchos casos al margen de la sociedad, se han visto también excluidos del *melting pot*, concebido originariamente sólo para los inmigrantes europeos. Mientras que la lucha por los derechos civiles se apoyó inicialmente en un ideal de integración, diferentes movimientos surgidos pos-


LOS ASIÁTICOS
WA
OR
CA
NV
MN
IA
KS
AR
TX
IL
IN
MI
NY
CT
PA
NJ
MD
AK
HI
Proporción de la población asiática por condado
Menos del 3 %
Del 3 al 10 %
Del 10 al 50 %
Más del 50 %
N.B.: Media nacional 3 %.

teriormente muestran una oposición radical a este modelo, como ocurre por ejemplo con los negros musulmanes de la Nación del Islam, explícitamente secesionista.

Uno de los principales legados de los años sesenta y setenta, el multiculturalismo, ha conducido a una nueva evaluación de la herencia cultural de las minorías étnicas no blancas y ha puesto en cuestión el monopolio de los *WASPs* en la definición de las normas culturales. Desde entonces nadie habla en los campus norteamericanos de negros o chinos, sino de *African Americans* o *Asian Americans*. A pesar de ello, algunas encuestas parecen demostrar que este modelo no recibe la adhesión más que de una minoría de negros y asiáticos.

La legislación de *affirmative action*, o discriminación positiva, que intenta acabar con las desigualdades que sufren las minorías, ha desempeñado un papel importante en la constitución de las identidades étnicas. Consiste, fundamentalmente, en la aplicación de cuotas en las universidades y los servicios gubernamentales y es blanco de numerosos detractores. Principalmente en el campo conservador, se acusa a estas medidas de penalizar el grado de competencia y, sobre todo, de contribuir a reforzar de manera artificial los particularismos étnicos que deberían resolverse naturalmente en el *melting pot*. La *affirmative action*, que agrupa a las poblaciones diferenciadas en bloques étnicos definidos de manera sumaria (japoneses, coreanos, chinos, indios y paquistaníes, por ejemplo, entran en la categoría única de *Asian Americans*) aprisiona de algún modo a los individuos en una supraetnicidad. Y, de hecho, la identidad étnica, producto híbrido de la aculturación, aparece en Estados Unidos en este fin de siglo como una herramienta reivindicativa, un recurso socioeconómico y político eficaz.

Ha sido precisamente la experiencia de la emigración la que ha conducido a los sicilianos a considerarse italianos, o a los irlandeses a afirmar su identidad nacional en el marco de una amplia variedad de asociaciones. A partir de los años sesenta han aparecido nuevos movimientos para defender los intereses de poblaciones no *WASP*, como es el caso del Hispanic Caucus o el Asian American Caucus, grupos de presión cercanos al Congreso que se han mostrado especialmente activos tras el debate de las leyes de inmigración de 1986 y 1990. Teniendo en cuenta el peso numérico de las minorías en determinados entornos, los partidos políticos no vacilan en jugar la carta étnica y determinados candidatos prefieren adquirir una imagen más «asiática» que china o más «hispana» que mexicana.

Tradicionalmente, los *WASPs* se han definido por oposición a las minorías étnicas, no como miembros de un determinado grupo, sino más bien como los representantes de la identidad nacional. Pero, a partir de los años ochenta, y frente a la ola contestataria, feminista y multicultural, se ha ido afirmando un discurso reivindicativo que pretende rehabilitar en las representaciones nacionales al varón americano, blanco y protestante. Los *WASPs* empiezan ya a verse como un grupo étnico, lo que constituye sin duda alguna un epílogo irónico a la historia de un mito.

SUEÑOS DE NORTEAMÉRICA

Dadme vuestras pobres muchedumbres fatigadas y amontonadas, a los que aspiran a respirar libremente, a los miserables desechos de vuestras abigarradas costas. Enviadme a los que no tienen cobijo, zarandeados por la tempestad. Yo elevo mi lámpara e ilumino la puerta dorada. Poema de Emma Lazarus grabado al pie de la estatua de la Libertad.

Nuestro país es el mundo. Todos los hombres son nuestros compatriotas. William Garrison, autor abolicionista, 1831.

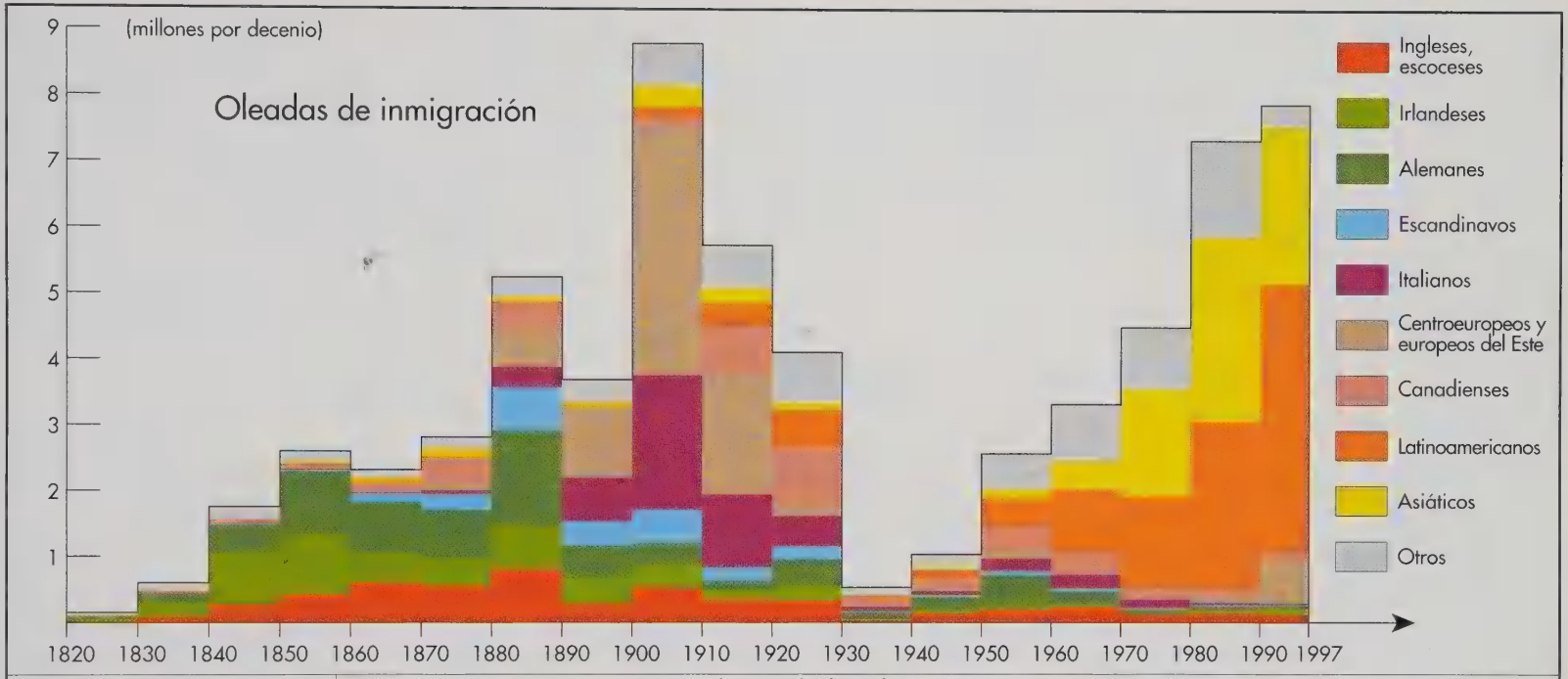
En este país sólo tenemos lugar para una bandera, la de las barras y estrellas. En este país no hay sitio más que para una lealtad, la lealtad a Estados Unidos. No tenemos sitio más que para una lengua, la lengua inglesa. Theodore Roosevelt, 1919.

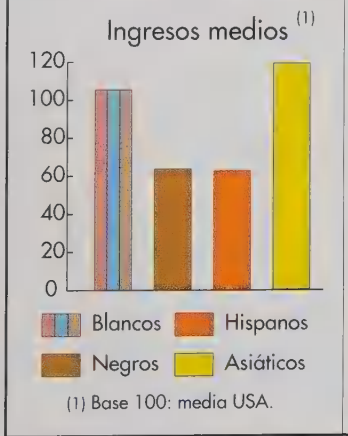
Nos enfrentamos en primer lugar con una cuestión moral. Es tan vieja como las escrituras y tan límpida como la Constitución de los Estados Unidos. El fondo de la cuestión consiste en saber si todos los norteamericanos cuentan con idénticos derechos y las mismas oportunidades, si estamos dispuestos a tratar a nuestros compatriotas como queremos que nos traten a nosotros mismos. John Kennedy, 1963.

Dado que la meta de Norteamérica es la libertad, por despreciados y maltratados que estemos, nuestro destino está ligado al de América. Martin Luther King, 1963.

He soñado que mis cuatro hijos vivirán algún día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel sino por las cualidades de su personalidad. Martin Luther King, 1963.

Tenemos las siguientes verdades por sagradas e incontestables: todos los hombres han sido creados iguales y dotados por el creador de determinados derechos inalienables, entre ellos el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Declaración de Independencia, 1776.



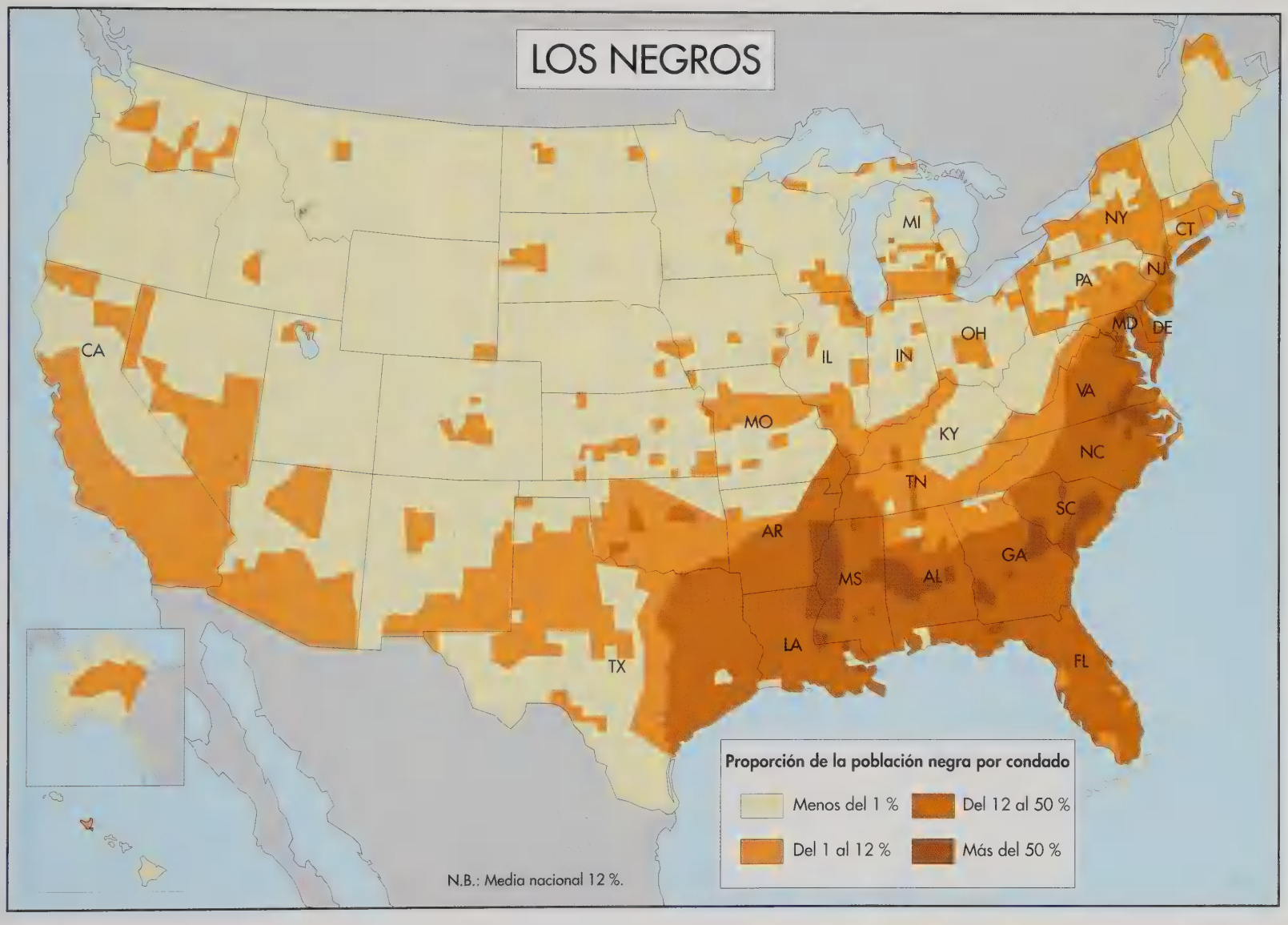


La ascendencia declarada (porcentaje de respuestas al censo de 1990)

Ascendencia declarada	% pobl.	Ascendencia declarada	% pobl.	Ascendencia declarada	% pobl.	Ascendencia declarada	% pobl.
Ingleses	11,8	Austriacos	0,3	Checos y eslovacos	1,1	Otros hispanos	0,6
Galos	0,7	Suizos	0,4	Serbios y croatas	0,1	Del subcontinente indio	0,2
Escoceses	1,9	Húngaros	0,6	Rusos y ucranianos	1,3	Chinos	0,5
Norirlandeses	2	Franceses	3,6	Griegos	0,4	Filipinos	0,5
Canadienses anglófonos	0,2	Cajuns-acadienses	0,2	De origen europ. indeterm.	5,4	Japoneses	0,4
Holandeses	2,2	Canadienses francófonos	0,8	Españoles	0,7	Coreanos	0,3
Suecos	1,6	Italianos	5,1	Cubanos	0,3	Vietnamitas	0,2
Noruegos y daneses	2,2	Portugueses	0,4	Portorriqueños	0,7	Afroamericanos	8,3
Finlandeses	0,2	Irlandeses	13,6	Mexicanos	4,1	Jamaicanos	0,2
Alemanes	20,3	Polacos y lituanos	3,6	Salvadoreños	0,2	Amerindios	3

CRONOLOGÍA: LOS NEGROS NORTEAMERICANOS

1619 Llegada de los primeros esclavos africanos.
1641 Massachusetts es la primera colonia en legalizar la esclavitud.
1663 Se descubre en Virginia una gran conjura de esclavos sublevados, la primera de una larga serie.
1777 Vermont es el primer estado en abolir la esclavitud.
1793 La invención de la desmotadora revoluciona el cultivo del algodón y transforma la economía del sur, que exige cada vez más esclavos.
1808 Prohibición de la importación de esclavos.
1820 El Compromiso de Misuri prohíbe la esclavitud al norte del paralelo 36 (exactamente 36,30°) en el oeste, pero no representa más que una breve tregua en la lucha entre el Norte y el Sur por ganarse a los nuevos estados del oeste.
1829 Publicación del Llamamiento de Walker, célebre panfleto abolicionista.
1831 Sangrienta revuelta de Nat Turner en el sur.
1852 Publicación de la novela *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher-Stowe.
1860 Abraham Lincoln es elegido presidente.
1861-1865 Guerra de Secesión.
1863 Mediante la proclamación de emancipación, el gobierno federal declara abolida la esclavitud.
1867-1877 «Periodo de la reconstrucción». Washington empuja a los negros del sur a ejercer plenamente sus derechos civiles. Nacimiento del Ku Klux Klan.
1879 Revueltas raciales en numerosas ciudades del sur e inicio de la emigración masiva de los negros hacia el norte.
1896 El Tribunal Supremo enuncia la doctrina «separados pero iguales» que legaliza la segregación.
1910 Fundación de la NAACP (Nacional Association for the Advancement of Colored People).
1916 Marcus Garvey, activista negro, funda en Nueva York la Universal Association for Black Progress, partidaria del regreso de los negros a África.
1917-1919 El reclutamiento de soldados negros en el ejército norteamericano y el posterior regreso de los veteranos provoca la hostilidad de una parte de la opinión pública. Estallan numerosos disturbios raciales. Nuevo auge del Ku Klux Klan.
1925 La obra de Alan Locke *The New Negroe* lanza el Renacimiento de Harlem, periodo de florecimiento de la cultura afroamericana.
1936 Triunfo del atleta negro norteamericano Jesse Owens en los Juegos Olímpicos de Berlín.
1939 Organización del fondo jurídico de la NAACP, dirigido por Thurgood Marshall, que se propone luchar contra la segregación presentando querellas ante los tribunales.
1941 El presidente F. Roosevelt prohíbe la segregación en la industria de guerra.
1949 El presidente Truman prohíbe la segregación en las fuerzas armadas.
1950 Ralph Bunche es el primer negro norteamericano que obtiene el Premio Nobel de la Paz.
1954 La sentencia del Tribunal Supremo «Brown contra el Board of Education» condena la segregación escolar y sirve de base legal al movimiento de los derechos civiles.
1955-1956 Boicot de los autobuses en Montgomery, Alabama, para conseguir el fin de la segregación en los transportes públicos. Martin Luther King, joven líder del movimiento, atrae la atención de la prensa y la opinión pública.
1957 Disturbios en Little Rock, Arkansas, tras las primeras tentativas de integración racial en las escuelas.
1960 Primeras sentadas de estudiantes en Greensboro, Carolina del Norte. Este movimiento a favor de los derechos civiles y contra la segregación avanza rápidamente en todos los estados del sur.
1961 Los «viajes de la libertad» (viajes en autobús de grupos raciales «integrados» a través de los estados del sur) provocan ataques y disturbios, pero permiten acabar con la segregación de los transportes entre estados.
1962 Revueltas tras el acceso del primer estudiante negro a la Universidad de Misisipí.
1963 En la ciudad de Birmingham, Alabama, Martin Luther King lanza una gran campaña de desobediencia civil en señal de protesta contra la violencia del racismo en el sur. El presidente Kennedy reacciona y anuncia un proyecto de ley prohibiendo toda forma de segregación legal. El 28 de agosto, en Washington, King pronuncia su discurso más célebre: *I have a dream...*
1964 Malcolm X, líder de los musulmanes negros, rompe con la Nación del Islam. En el «verano de la libertad» numerosos voluntarios caen asesinados durante un programa de actuaciones para la inscripción de negros en las listas electorales de Misisipí. Martin Luther King recibe el Premio Nobel de la Paz.
1965 Martin Luther King lanza en Selma (Alabama) una campaña a favor del derecho al voto. Asesinato de Malcolm X. El presidente Johnson define los principios de la acción afirmativa (discriminación positiva a favor de las minorías para el acceso a la universidad y las fuerzas armadas) y firma la ley para el derecho al voto. En agosto, los disturbios del barrio negro de Watts, en Los Ángeles, provocan 34 muertos.
1966 El movimiento de estudiantes negros se radicaliza y rompe con Martin Luther King. Aparición del Black Power. Organización de las Panteras Negras, grupo de autodefensa, en Oakland. Violentos disturbios raciales durante el verano.
1967 Martin Luther King se pronuncia contra la guerra de Vietnam. El boxeador negro Cassius Clay se niega a ser reclutado. Revueltas raciales en más de un centenar de ciudades.
1968 El Tribunal Supremo fija el principio del *Busing* (transporte de alumnos fuera de sus barrios) para imponer la integración escolar. Asesinato de Martin Luther King en abril y de Robert Kennedy en junio. Numerosos disturbios raciales. Protesta de los atletas negros norteamericanos en los juegos olímpicos de México.
1970 Angela Davis es detenida por sus actividades en favor del Partido Comunista y los derechos de los presos. Creación del Black Caucus (unión de parlamentarios negros) en el Congreso. Desde finales de los años sesenta hasta comienzos de los setenta el FBI lanza una lucha sin cuartel para eliminar a los Panteras Negras.
1972 Convención negra en Gary (Indiana) que dota de nuevo impulso a la participación electoral de los negros.
1974-1977 El caso Bakke (un estudiante que se declara víctima de una discriminación «antiblancos» cuando pretendía ingresar en la universidad de California) provoca apasionados debates en torno a la acción afirmativa.
1980 17 muertos en los disturbios que provoca en Miami la muerte de un automovilista negro detenido por una infracción de tráfico.
1984 Campaña para la investidura presidencial demócrata de Jesse Jackson, primer candidato negro de relevancia nacional.
1986 Primera celebración del día de Martin Luther King, declarado fiesta nacional.
1988 Nueva campaña presidencial de Jesse Jackson. El general Colin Powell es nombrado jefe del Estado Mayor, cargo desempeñado hasta entonces por blancos.
1992 Revueltas raciales en Los Ángeles tras la absolución de los policías que habían golpeado brutalmente al automovilista negro Rodney King. Hubo 58 muertos.
1993 La escritora negra norteamericana Toni Morrison recibe el Premio Nobel de Literatura.
1995 La absolución por un jurado mayoritariamente negro de O. J. Simpson, jugador de fútbol americano negro y estrella de la televisión, sobre el que pesaban acusaciones abrumadoras del doble asesinato de su ex esposa y un amigo de ésta, constituye un claro indicio de la división racial del país. En octubre, Louis Farrakhan, líder de la Nación del Islam y personalidad muy polémica, sobre todo por su extremismo y un antisemitismo nada disimulado, reúne a más de un millón de hombres en el transcurso de una manifestación en Washington.
1996 Bob Dole, candidato republicano a la presidencia, consigue convencer a Colin Powell para que figure junto a él como aspirante a la vicepresidencia en las elecciones de noviembre.


LOS NEGROS
MI
NY
CT
NJ
PA
MD
DE
OH
IL
IN
CA
MO
KY
VA
NC
TN
SC
AR
GA
MS
AL
LA
FL
TX
Proporción de la población negra por condado
Menos del 1 %
Del 12 al 50 %
Del 1 al 12 %
Más del 50 %
N.B.: Media nacional 12 %.

MARTIN LUTHER KING

Martin Luther King encarna el encuentro entre un lenguaje, un pensamiento y una época. Orador excepcional, dotado de una voz admirable, manejaba igual de bien el lenguaje imaginario y popular de las iglesias negras del sur y la retórica y el análisis intelectual que había practicado con gran brillantez durante sus estudios en Atlanta y Boston. Gran apóstol de la no violencia, hizo sonar en los oídos de Norteamérica un discurso dirigido a todos, predicando la fraternidad y la integración, y consiguió así galvanizar a los negros y poner a los blancos liberales al servicio de los derechos civiles. Cuando han transcurrido más de treinta años desde su muerte, sigue siendo el profeta que ofrece a Norteamérica una maravillosa visión de fraternidad: «He tenido un sueño, y es un sueño profundamente arraigado en el sueño americano (...). Consideramos evidentes en sí mismas las verdades siguientes: todos los hombres han sido creados iguales (...). He tenido un sueño, he soñado que algún día, sobre las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos propietarios de esclavos podrán sentarse juntos en la mesa de la fraternidad».

M. L. King nació en 1929 en Atlanta, en el seno de una familia burguesa negra. Estudiante destacado, consiguió un doctorado en teología por la universidad de Boston, pero renunció a su carrera académica para convertirse en pastor y regresar al sur. Entre diciembre de 1955 y noviembre de 1956, dirigió el boicot de los autobuses en Montgomery, que condujo al Tribunal Supremo a dictar sentencia a favor de la desegregación en los transportes públicos. En el transcurso de esta primera lucha, King definiría su filosofía no violenta, basándose en las enseñanzas de Ghandi y Jesucristo. Predica la no cooperación con un sistema inicuo, el amor a los enemigos y la negativa a cualquier tipo de respuesta agresiva. Mientras que al inicio de sus acciones en Montgomery lo único que pretendía era suavizar un poco el sistema de segregación, no tarda en comprender que las autoridades del sur no otorgarán ninguna concesión y que la única vía posible consistía en conseguir del gobierno federal, y sobre todo del Tribunal Supremo, la condena del mismo principio de segregación.

El incipiente movimiento de los estudiantes negros se introduce con fuerza por la brecha abierta por King y multiplica los boicots, las sentadas y los viajes de grupos racialmente «integrados». Estas acciones suscitan odio y violencia en todas partes y King modifica una vez más su estrategia, adoptando deliberadamente una actitud de provocación para desvelar públicamente la profundidad y la brutalidad del racismo en el sur. De ese modo consigue atraer la atención de la prensa, la simpatía de la opinión pública y convencer al gobierno de que debe legislar a favor de los derechos civiles.

En 1963, en Birmingham, Alabama, las manifestaciones, en las que King no vaciló en hacer participar incluso a los niños pequeños, son reprimidas con tal ferocidad por la policía local que el presidente Kennedy interviene para imponer una ley general de integración, asegurando que «la raza no tiene ya papel alguno en la vida o la ley norteamericanas». En diciembre de 1964 King, que se había convertido en un líder de estatura internacional, recibe el Premio Nobel de la Paz. Eso no impide a J. Edgar Hoover, el todopoderoso director del FBI, obsesionado por los peligros de la subversión interior, considerarlo «el negro más peligroso para el porvenir de este país, un hombre que incita al comunismo de los negros y amenaza la seguridad nacional» y perseguirlo con un odio implacable. Los agentes federales ejercieron una vigilancia continua sobre el líder negro y llegaron incluso a intentar chantajearle con sus aventuras amorosas y a tratar de empujarlo al suicidio.

En 1965, en Selma, Alabama, King lanza un desafío comparable al de Birmingham, y consigue del presidente Johnson una ley a favor del derecho al voto de los negros, que en la práctica no habían podido ejercer casi nunca en el sur. Sin embargo, los años 1965 y 1966 marcaron el inicio de una ruptura; los estudiantes se alejaron del movimiento no violento y empezaron a seguir a líderes más radicales, al tiempo que florecían nuevas organizaciones partidarias de la autodefensa, como la de los Panteras Negras. A partir de 1965, todos los veranos se desencadenaban sangrientos disturbios en los guetos negros de las grandes ciudades, pero M. L. King afirmó que él seguirá practicando la no violencia, aunque fuese el último en hacerlo. Experimentó entonces crecientes dificultades para controlar a sus seguidores, tanto más cuando se inclinaba ya abiertamente a una crítica severa de la sociedad capitalista, afirmando que la igualdad de derechos no es nada sin la igualdad de oportunidades, y que «la auténtica integración significa compartir el poder». King va todavía más lejos en la vía de la contestación y condena severamente la guerra de Vietnam. Una gran parte de la juventud norteamericana le reconoce como portavoz, pero ya ha perdido definitivamente el apoyo del presidente Johnson. El 4 de abril de 1968 es asesinado en Memphis. Su muerte desencadena una de las peores oleadas de violencia que ha conocido el país y marca el fin de toda una época para el movimiento de los derechos civiles.

LOUIS FARRAKHAN

Acusa a los judíos de «sanguijuelas», pero apela al mismo tiempo a la creación de una asamblea llamada «del gran perdón»; predica el separatismo negro a ultranza, pero afirma bonachonamente en el transcurso de una entrevista que «en la edad de la madurez me siento muy próximo a Martin Luther King»; afirma sin pestañear que ha sido informado del futuro de la humanidad tras ser abducido por una nave espacial, pero lleva con mano firme un próspero imperio financiero. Louis Farrakhan es un personaje imprevisible, exagerado y contradictorio.

Louis Eugene Walcott nació en Boston en 1933. Alumno muy estudioso, renuncia sin embargo a seguir estudios superiores para entregarse a su pasión, la viola, y lanzarse a una carrera de cantante de calipso con el seudónimo de «Chermeur». En Boston se encuentra por primera vez con Malcolm X, portavoz de la Nación del Islam. En 1955 se une al grupo de los musulmanes negros, fundado en Chicago al inicio de los años treinta y dirigido desde 1934 por Elijah Muhammad, que hacía proselitismo a favor de una doctrina de «compensación», según la cual el destino del mundo está escrito desde el principio por 24 sabios negros: el hombre blanco no fue sino el fruto de una experiencia diabólica de laboratorio, pero su reino toca a su fin... Walcott, convertido en Farrakhan, no se apartará ya nunca de las enseñanzas de Muhammad, ni tan siquiera en el momento de la ruptura con Malcolm X, al que denunciará explícitamente como un traidor que merece la muerte, ni en el de la desaparición del propio Muhammad, cuando los hijos de éste intentan reorientar la secta hacia un islamismo sunnita más tradicional.

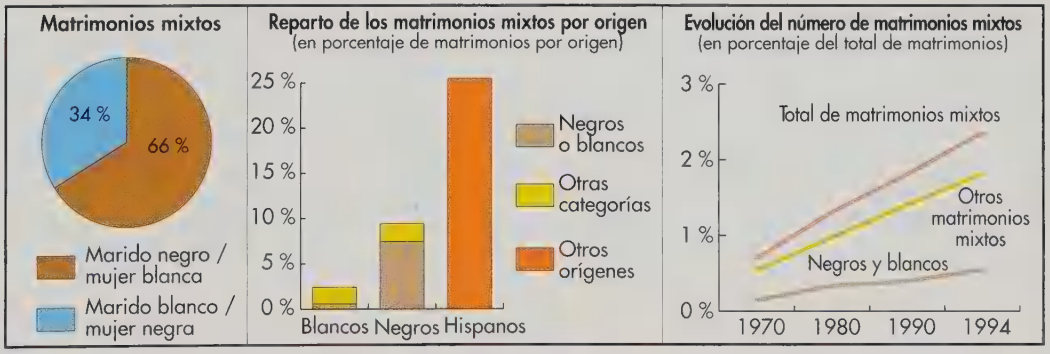
En 1977 Farrakhàn asumió la presidencia de la Nación del Islam, pero sigue siendo escasamente conocido fuera del círculo de sus discípulos. En 1984 rompe con la costumbre de los musulmanes negros de mantenerse al margen de la vida política, se inscribe en las listas electorales y aporta un apoyo estrepitoso y musculoso (su guardia pretoriana, llamada «Fruto del Islam», se encarga del orden) a Jesse Jackson en su campaña para la investidura demócrata.

La retórica llena de odio de Farrakhan, su antisemitismo militante y sus predicciones apocalípticas sobre una inminente guerra racial escandalizaron al país y contribuyeron a minar la credibilidad de Jackson, que sin embargo se niega a desautorizarle. Al mismo tiempo, estas provocaciones permiten a Farrakhan conseguir una gran notoriedad, seguir man-

teniendo en suspenso a la prensa, a la que ofrece al mismo tiempo proclamas encendidas y respuestas tranquilizadoras, y ver de ese modo crecer su influencia y el número de sus fieles (el secreto que le rodea es tal que los cálculos acerca del número de musulmanes negros oscilan entre 30.000 y 200.000 personas).

¿Qué representa hoy Louis Farrakhan? ¿Cómo y por qué consiguió reunir a más de un millón de negros en Washington el 16 de octubre de 1996? ¿Por qué tantas iglesias negras están dispuestas a colaborar con él a pesar de sus muestras de violencia verbal? En una Norteamérica en la que crece la hostilidad contra la *affirmative action*, que ha permitido el desarrollo de una clase media negra, Farrakhan ofrece a los negros la posibilidad de expresar sus temores y demostrar su fuerza, sobre todo en un momento en el que se encuentran privados de portavoz, en el que ningún gran líder de talla nacional habla en su nombre. Los políticos negros de los años noventa saben perfectamente que para ser elegido no hace falta ya representar a una comunidad racial, sino a un conjunto más amplio, que comprenda a varias comunidades raciales. El general Colin Powell retrocede ante la posibilidad de un destino presidencial. Farrakhan se apresura a ocupar estrepitosamente ese vacío.

Predica un mensaje conservador, apelando a los valores familiares tradicionales que despiertan el orgullo de los negros, molestos con la imagen que suelen dar de ellos los medios de comunicación de masas y, a veces, las estadísticas: los miembros de la comunidad son percibidos con frecuencia como violentos, irresponsables, perezosos y peligrosos. Les exhorta por el contrario a tomar el destino en sus manos, a estudiar, a trabajar y a velar por su familia. Gracias a las numerosas empresas que dependen de ella —restaurantes, panaderías, pescaderías, tiendas de cosméticos, etc.—, la Nación del Islam parece ofrecer una esperanza frente a la amenaza cada vez más familiar del paro. Recluta a numerosos adeptos en las prisiones al ofrecer una esperanza, al menos metafísica, a los que cumplen largas condenas. Envía a los miembros de su organización paramilitar a los barrios en los que la propia policía no se atreve a adentrarse. En la medida en que sus patrullas hacen que reine el orden y huyan los traficantes de drogas, y ponen en marcha programas de desintoxicación y formación, las madres de familia se atreven de nuevo a enviar a jugar a la calle a sus hijos, víctimas involuntarias de las guerras entre bandas de gángsteres.



Traducida a otros idiomas por «acción positiva» o «discriminación positiva», la *affirmative action* a favor de la comunidad negra fue «inventada» por el presidente Kennedy, pero sería Lyndon Johnson años después quien precisaría sus perfiles. En junio de 1964, declaraba: «No se toma a un individuo que, en el transcurso de los años, ha estado atado por cadenas, para liberarlo, sino que se le conduce hasta la línea de partida de la carrera y se le dice «eres libres para competir con todos demás», creyendo ser justo». Mientras que la lucha por los derechos civiles alcanzaba su punto álgido, el presidente recordaba que la igualdad de derechos no es nada sin la igualdad de oportunidades y que, en la medida de lo posible, hacía falta compensar las secuelas de muchos siglos de esclavitud y segregación. El gobierno, la administración y las empresas privadas debían por tanto emprender un esfuerzo deliberado para contratar y promover a empleados negros a todos los niveles de responsabilidad. Conocedores de que los jóvenes negros no se beneficiaban de un contexto escolar y social comparable al de los jóvenes blancos, las universidades debían instaurar un sistema de preferencia racial que reservara puestos a un determinado número de estudiantes negros, incluso si los resultados de sus exámenes de acceso no alcanzaban el nivel exigido normalmente. En 1968 el Ministerio de Trabajo precisó las moratorias concedidas a las empresas para adaptarse a las nuevas directrices. Los negros, que representaban en torno al 12 % de la población, debían alcanzar un porcentaje equivalente a todos los niveles de responsabilidad. Las otras minorías étnicas y las mujeres se beneficiaron también de este «golpe de timón gubernamental». Sin embargo, el ministerio no llegó a imponer explícitamente cuotas, contrarias tanto al principio constitucional de igualdad ante la ley como al dogma capitalista de la libre competencia.

Hito en el movimiento de los derechos civiles, considerado una vía posible para la paz racial, el programa de *affirmative action* se mantuvo durante la presidencia de Richard Nixon. Según el Plan de Filadelfia, impuesto por el presidente, las empresas que realizaban transacciones comerciales con el Estado se verían obligadas a contratar a un determinado número de trabajadores de las minorías. Algunos años después, Jimmy Carter continuaría esta política designando a un elevado número de afroamericanos para puestos de responsabilidad. El Congreso concedió a los tribunales la facultad de exigir a las empresas privadas que pusieran remedio a las prácticas discriminatorias si no querían ser sancionadas y, de mejor o peor grado, las compañías se plegaron a las exigencias de la *affirmative action*. En 1973 la compañía de telecomunicaciones ATT adoptó una decisión que haría historia: reembolsar 15 millones de dólares, como «pagos atrasados», a los empleados que habían sufrido discriminaciones por razón de su sexo o sus orígenes étnicos.

Las autoridades locales contribuyeron también a una promoción activa de las minorías. El ayuntamiento de Atlanta, presidido por un alcalde negro desde 1973, ha transformado así la metrópolis georgiana en ciudad piloto de la *affirmative action* y la nueva burguesía negra.

No obstante, la crisis del petróleo, las dificultades económicas, la degradación del clima social y de las relaciones raciales fueron impulsando poco a poco a la opinión norteamericana a adoptar el estandarte de los conservadores. La *affirmative action* fue instituida durante un largo periodo de expansión económica, cuando las universidades reclutaban activamente tanto a estudiantes como a profesores y la industria absorbía con facilidad a generaciones de jóvenes titulados, pero durante el clima de feroz competencia por los puestos de trabajo de los años de la crisis, llegó el veneno de las cuotas, de cuya aplicación se sospechaba a pesar de no haber sido declaradas nunca. En 1978 el Tribunal Supremo condenó sin ambigüedad toda posibilidad de cuotas, admitiendo en cualquier caso que el origen étnico podía constituir uno de los criterios aplicados por la universidad para diversificar las admisiones.

La era republicana, bajo la presidencia de Ronald Reagan primero, y de George Bush después, acentuaría la desgracia en la que poco a poco fue cayendo la *affirmative action*. La Comisión de Igualdad de Oportunidades para el Empleo, la división responsable de los derechos civiles en el Ministerio de Justicia y el propio Tribunal Supremo empezaron a llenarse de personas manifiestamente contrarias a la preferencia racial, que defendían un indispensable retorno a la «meritocracia». ¿No bastaba con observar el éxito de los negros respetables para llegar a la conclusión de que ya se había hecho todo, de que Norteamérica no les debía ya nada a los descendientes de los esclavos? Por otro lado, la degradación de los centros de las ciudades y los estragos de la delincuencia ¿no demostraban que algunos no podían ser redimidos, que ellos mismos eran los únicos responsables? Las revueltas de Los Ángeles en 1992, las polémicas en torno a la absolución de O. J. Simpson en octubre de 1995 y la «marcha de un millón de hombres» organizada por Louis Farrakhan poco tiempo después revelarían por el contrario la profundidad de las divisiones raciales y la inquietud de una clase media negra surgida directamente de los programas de *affirmative action*. Las preferencias raciales constituyeron el núcleo de la campaña electoral de 1996. Bill Clinton que, en 1992, había prometido un gobierno que «se parecería a Norteamérica» en cuanto a su composición étnica, se presentó como defensor de las ventajas conquistadas. Por el contrario, aguijoneado por el ala conservadora del partido republicano, Bob Dole había prometido acabar con un sistema desacreditado, pero eso no le impidió solicitar el apoyo del general Colin Powell, un claro partidario de la *affirmative action*. Al igual que la clase media negra, las mujeres se inquietaron por las posibles consecuencias de un abandono de los controles antidiscriminatorios. Pero el resentimiento de los *angry white males* («varones blancos indignados»), que se consideran víctimas de un racismo a la inversa, no para de crecer. También los norteamericanos de origen asiático desconfían de posibles cuotas étnicas que limitarían su acceso a la universidad. Hay incluso negros conservadores que denuncian un sistema que evidentemente les ha permitido dar el primer paso, pero que suscita constantes tensiones y hace planear sospechas sobre la legitimidad de su posición, que podría deberse más a la *affirmative action* que a sus propias capacidades.

LIBERTAD E IGUALDAD

De alcance universal, los valores de libertad e igualdad constituyen el centro del sueño americano. Según la historiografía nacional, han empujado a millones de europeos oprimidos a establecerse en un Nuevo Mundo que, liberado de los arcaísmos de Europa, ofrecía a todos las mismas oportunidades. Sin embargo, en Estados Unidos las nociones de libertad e igualdad difieren sensiblemente de la definición que actualmente se les atribuye en Europa. Están íntimamente ligadas a un concepto relativamente extraño a la Revolución francesa: la búsqueda de la felicidad. Inseparables, la libertad y la igualdad deben ofrecer al ciudadano garantías contra la tiranía, simbolizada por la época de la dependencia de Inglaterra, o contra la arbitrariedad, en particular la violación de los derechos naturales del hombre.

En inglés hay dos términos para referirse al concepto de libertad: *liberty*, más conceptual, y *freedom*, más concreto. Influenciada por John Locke y Montesquieu, la Constitución norteamericana se centra en los derechos (*rights*) que se derivan de la libertad. En Estados Unidos la cuestión no es la de saber si el ser humano es libre en lo absoluto, en su relación con Dios o con la sociedad, sino sencillamente en relación con los poderes políticos responsables de garantizar el ejercicio de la libertad. La noción de libertad se basa en la ética protestante de la responsabilidad, según la cual el éxito de cada uno depende directamente del uso que haga de su libertad económica, civil, de pensamiento y actuación.

La igualdad era en un principio exclusivamente la que gozan todos los ciudadanos ante la ley. Progresivamente, en el transcurso del siglo XX la noción de igualdad se ha ido aplicando también a las oportunidades de que dispone cada uno en el momento de su nacimiento, un concepto que incluye la lucha por los derechos civiles, el acceso a la educación y la protección social. Sin embargo, no se ha interpretado nunca como algo aplicable a las condiciones de riqueza o pobreza y, con algunas excepciones, el igualitarismo se considera profundamente antiamericano. El término de equidad, utilizado en otros idiomas, sería sin duda más adecuado para traducir la noción norteamericana de *equality*, que constituye el centro de los avances contemporáneos de la ciencia política en la otra orilla del Atlántico, como atestigua por ejemplo la teoría de justicia de John Rawls.

A pesar de la existencia de fuertes corrientes libertarias —representadas sobre todo por la American Civil Liberties Union, favorable a la legalización de las drogas blandas, la eutanasia, el aborto o la pornografía—, la definición norteamericana más extendida de la libertad y de la igualdad sigue siendo la que inmortalizó Louis Sinclair. Su novela *Babbitt*, publicada en 1922, retrata la América profunda (*Middle America*) como una tierra fundamentalmente materialista y conformista. El término que se ha forjado a partir de este título, *babbittry*, abarca también el ánimo de competencia, el pragmatismo y el espíritu empresarial, los valores cardinales de la sociedad americana.

Evidentemente existen intelectuales de izquierdas en Estados Unidos (liberales, como los llaman los americanos), pero el país sigue caracterizándose por una cierta desconfianza hacia los poderes públicos y un darwinismo social amortiguado por la idea del estado-providencia.

Un país que desconfía de los poderes establecidos

Muchas obras norteamericanas de ficción están repletas de historias de complots a cargo de diversos organismos gubernamentales, algo poco común en Europa. Escaldados por diferentes escándalos, entre los que el *Watergate* sigue ocupando el trono, la mayoría de los norteamericanos están convencidos de que sus dirigentes mienten, aunque sin saber muy bien a propósito de qué. Esta desconfianza tan profunda en relación con las élites creció todavía más durante los años ochenta con la denuncia por parte de los conservadores del *big governement* (Estado omnipresente). Por otro lado, el poder central sólo pudo arraigar en Estados Unidos gracias a la adopción de una declaración de derechos, la *Bill of Rights* de 1791. Promovida por James Madison, sirvió hasta cierto punto para contrarrestar las críticas antifederalistas que caracterizaron los primeros decenios de la independencia.

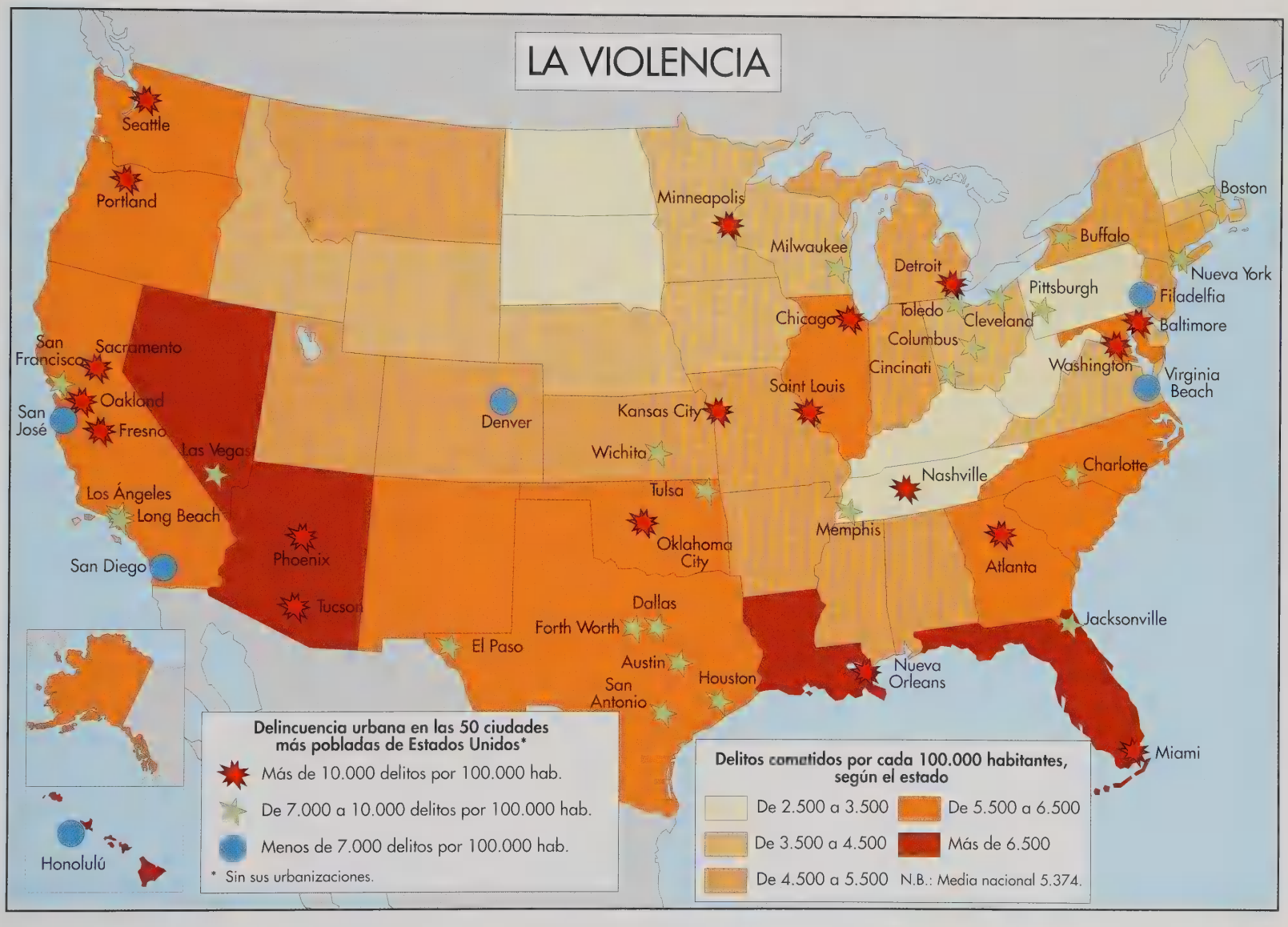
En términos generales, la responsabilidad de los dirigentes (*accountability*) es más extensa que en Europa. El ritmo de elecciones

es más rápido que en otras democracias, y en todos los escalones de la vida política están previstos procedimientos de destitución, sean de *repeal* o de *impeachment*. En la Declaración de Independencia, Jefferson insiste en el consentimiento de los gobernados (*consent*), auténtico contrato social que obliga a todos los cargos electos y al que apelan los gobiernos para cualquier decisión importante.

En caso de ruptura de este contrato, la desobediencia civil es una obligación moral. Ésta es la explicación de que cada ciudadano disponga de un derecho garantizado por la Constitución a poseer armas y formar milicias locales con sus compatriotas, herencia de la lucha por la independencia, a la que los norteamericanos siguen estando muy apegados. La práctica del *citizen's arrest*, derecho que tiene cada ciudadano a arrestar él mismo a un delincuente, ilustra también la idea norteamericana de respeto a las libertades individuales. El defensor más célebre de la desobediencia civil sigue siendo Henry Thoreau, que en 1849 apeló a la conciencia individual para rechazar cualquier forma de centralización excesiva, un punto de vista que sirvió también a los que se oponían a la guerra del Vietnam.

En los años noventa el grado de movilización de los partidarios de la desobediencia civil alcanza una dimensión inquietante. Más o menos radicales, diversas comunidades de *free men* viven al margen del Estado, con frecuencia dentro de sectas, sobre todo en el noroeste del país, una región muy poco poblada. Niegan toda legitimidad al poder federal, al que acusan de destruir de manera voluntaria las grandes praderas, modificar el patrimonio genético de la humanidad o mantener contactos secretos con extraterrestres malvados, estos grupos han sido entre otras cosas responsables del atentado de Oklahoma City que en 1995 provocó 128 muertes en un edificio federal. Esta derivación criminal, fundada en una enloquecida interpretación de la idea de libertad y del culto al *Far West*, es sin embargo hija de la tradición norteamericana de oponerse a cualquier forma de control gubernamental.

La desconfianza frente a los poderes establecidos afecta también a la esfera económica, tanto si se trata de *trusts* como de sindicatos. Cualquier distorsión de las leyes de la libre competencia, consideradas como «naturales», puede considerarse un abuso de poder. Mientras que el espíritu empresarial suscita la admiración de todos y la creación de pequeñas y medianas empresas sigue siendo la panacea, en Estados Unidos las grandes


LA VIOLENCIA
Seattle
Portland
Minneapolis
Milwaukee
Boston
Buffalo
Detroit
Nueva York
Pittsburgh
Filadelfia
Chicago
Toledo
Cleveland
Baltimore
Columbus
Cincinati
Washington
San Francisco
Sacramento
Oakland
San José
Fresno
Denver
Kansas City
Saint Louis
Virginia Beach
Las Vegas
Wichita
Charlotte
Nashville
Tulsa
Los Ángeles
Long Beach
Memphis
Oklahoma City
Phoenix
Atlanta
San Diego
Tucson
Dallas
Forth Worth
Jacksonville
El Paso
Austin
Nueva Orleans
Houston
San Antonio
Miami
Honolulú
Delincuencia urbana en las 50 ciudades más pobladas de Estados Unidos*
Más de 10.000 delitos por 100.000 hab.
De 7.000 a 10.000 delitos por 100.000 hab.
Menos de 7.000 delitos por 100.000 hab.
* Sin sus urbanizaciones.
Delitos cometidos por cada 100.000 habitantes, según el estado
De 2.500 a 3.500
De 3.500 a 4.500
De 4.500 a 5.500
De 5.500 a 6.500
Más de 6.500
N.B.: Media nacional 5.374.

corporaciones inspiran menos confianza. En 1890, el *Sherman Antitrust Act* prohibió las operaciones de monopolio o de fusión, lo que obligó, por ejemplo, al desmantelamiento en 1911 de la gigantesca Standard Oil. No obstante, hasta que el *Clayton Act* de 1914 legisló en su favor, los sindicatos fueron las principales víctimas de estas leyes. Tras medio siglo de expansión, a finales de los años setenta se produjo una nueva limitación del poder de las *trade unions*, acusadas también de no respetar las leyes del mercado, y que, en cualquier caso, habían perdido credibilidad entre los propios trabajadores.

Un Estado-providencia limitado

Este fondo de desconfianza hacia toda forma de centralización dificultó enormemente la puesta en práctica del llamado Estado-providencia, y el *New Deal* que lo instituyó dio lugar a numerosos enfrentamientos y luchas entre sus promotores demócratas y sus detractores, principalmente republicanos. En los años veinte la patronal propuso la idea de crear algún tipo de protección social, que, inspirándose en el modelo de Bismarck, sirviese para reducir la protesta social. A pesar de los repetidos ataques de la nueva derecha contra el Estado-providencia y el abandono progresivo de la cultura del *New Deal* por los demócratas, los norteamericanos siguen mostrándose muy partidarios de la protección social, que sin embargo resulta muy limitada en comparación con la cobertura ofrecida en la mayoría de los países europeos.

El sistema norteamericano de protección social está impregnado de la noción de caridad y no es comparable al sistema británico de cobertura universal ni a los sistemas francés y alemán, que conceden los derechos según las cotizaciones específicas. Sólo los más desfavorecidos pueden beneficiarse del sistema, y la colectividad tiene el deber moral de ayudar a los que no puedan hacerse cargo de sí mismos; pero recibir una ayuda no debe considerarse un derecho adquirido. Como resultado de esta idea, la definición de pobreza ha sido objeto de estudios y análisis mucho más detallados y constantes que en cualquier otro país, sobre todo a partir de los años treinta. En 1997 el umbral de la pobreza se fijó en torno a los 8.000 dólares al año por persona y el doble para una familia con dos niños.

De acuerdo con la ética protestante, la ayuda no debe favorecer ni la ociosidad ni el vicio. El *New Deal* puso en práctica un sistema de almacenes o establecimientos a escala nacional que permitían asegurar que la ayuda recibida por los parados tuviera una contrapartida en forma de trabajo. Este sistema se ha reactivado tras el lanzamiento en determinados estados del programa *Workforce* a mediados de los ochenta. El seguro de paro es muy limitado y, al contrario de lo que ocurre en Francia o en los países de tradición socialdemócrata, primar el empleo (en el caso de un parado el aumento de ingresos derivado de desempeñar un puesto de trabajo) es siempre lo más importante. Por temor a que el dinero sirva para costear algún vicio, numerosas prestaciones son en especie, como ocurre con los bonos para alimentos (*food stamps*) que se conceden a familias necesitadas, las ayudas para el alojamiento de las que pueden beneficiarse distintos grupos de población con bajos ingresos o la gratuidad de la asistencia sanitaria para los más desfavorecidos (*Medicaid*), que constituyen por otro lado los tres programas sociales más importantes destinados a los pobres.

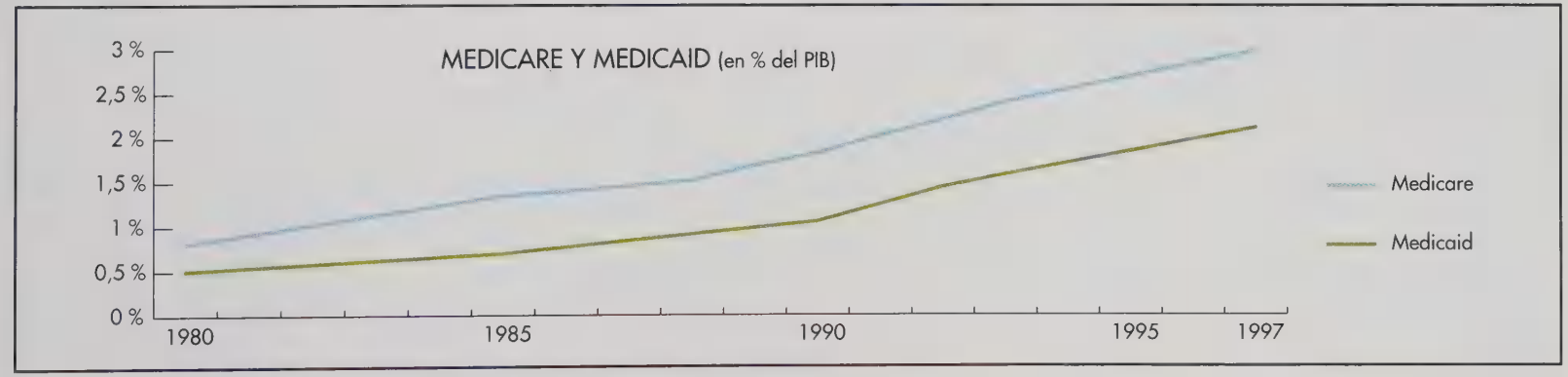
Sin embargo, el Estado-providencia beneficia sobre todo a las clases medias, a través de la gratuidad de la educación pública, de la que son las principales beneficiarias, y gracias a los programas destinados a las personas mayores, el seguro de vejez (*Social Security*) y *Medicare*, o la gratuidad de la asistencia médica para la tercera edad. De hecho, las clases medias consumen proporcionalmente más asistencia que los tramos de ingresos más bajos, y existen fuertes disparidades en la esperanza de vida según los ingresos: el 10 % más pobre de la población vive como media ocho años menos que el 10 % más rico. Los norteamericanos son más partidarios del *Medicare* y del seguro de vejez (esperan llegar a viejos para poder beneficiarse de él) que de los programas destinados a los pobres, que les parecen caros y que, con razón o sin ella, la mayoría cree que no le afectarán jamás.

En consecuencia, los norteamericanos consideran la ayuda a favor de los más desfavorecidos —pobres, personas de edad avanzada, disminuidos físicos o psíquicos, etcétera— como un deber. Pero ese deber es más de carácter individual y moral que colectivo. Unos 100 millones de norteamericanos (el 40 % de la población) participan en alguna actividad caritativa o filantrópica,

aunque sólo sea durante unas pocas horas al año, y esa cifra se ha mantenido en progresión constante desde 1980, cuando apenas llegaba a 70 millones. Evidentemente, este compromiso no siempre es voluntario y, para los estudiantes de secundaria la participación en un *community service* es con frecuencia obligatoria, pero refleja una solidaridad mucho mayor de la que se suele imaginar en el extranjero.

El voluntariado contrasta con la oposición de la opinión pública al papel redistributivo del Estado. El nivel de impuestos obligatorios que los americanos consideran aceptable es claramente más bajo que en Europa; los impuestos y cargas sociales no han superado jamás el 35 % de los ingresos nacionales, mientras que en Francia y en Alemania rozan el 50 %. Los impuestos tienen mala prensa, y la tendencia es reducir el presupuesto federal; pero los de las colectividades locales, mucho menos visibles, no dejan de aumentar, y llegaron a representar en 1996 casi la mitad de las inversiones públicas. Pese a los esfuerzos de Bill Clinton, los recortes en los presupuestos sociales federales no han cesado. Washington cada vez transfiere más responsabilidades a los estados en la gestión del *Welfare*. Las experiencias que se han derivado de ello son numerosas y variadas: determinados estados se limitan a recortar las prestaciones o a privatizar los servicios sociales, mientras que otros intentan reorganizarlos de manera más eficaz. Llama especialmente la atención el camino elegido por Michigan, un estado de tradición demócrata que ha decidido concentrar sus fondos en programas de educación para los grupos de población en condiciones más precarias: madres solteras, jóvenes de centros urbanos marginales o parados que se benefician de subsidios si cursan estudios y obtienen un título. Pero el proyecto, iniciado en 1995, es demasiado reciente y aún no se sabe si las sumas invertidas servirán para integrar en el mundo laboral al número suficiente de personas como para demostrar su «rentabilidad» y, por tanto, permitir que continúe.

Nadie duda de la necesidad y las buenas intenciones de la reforma de la asistencia social, aunque todavía no se conocen bien sus resultados. Por el contrario, la reforma del seguro de enfermedad se ha convertido en un verdadero campo de minas que los americanos no tienen ningún interés en atravesar, y menos aún según el proyecto de Hillary Clinton. Pero, en vista de las disfunciones del sistema, la idea de una cobertura universal se va abriendo paso poco a poco. En 1997 el 15 % de los norteamericanos no estaban cubiertos por ningún tipo de seguro médico. Se trata por lo general de personas situadas justo por debajo del umbral de la pobreza, trabajadores independientes o empleados de pequeñas compañías que no ofrecen seguro de empresa, y que no tienen derecho al *Medicaid* ni medios para costearse un seguro privado personal, que cuesta como mínimo 2.000 dólares al año. En ausencia de cobertura social, la población puede recurrir casi exclusivamente a los servicios de urgencia, cuyo coste de funcionamiento es prohibitivo



para la colectividad. Los seguros privados, regidos por las leyes del mercado y la competencia, practican políticas de primas cada vez más discriminatorias y se niegan a asegurar a las personas que no gozan de buena salud, o lo hacen a un precio disparatado. Las empresas que, a través de las primas, pagan la asistencia médica de sus empleados, suelen practicar tres pruebas médicas exhaustivas como requisito previo para la contratación. De este modo, el sistema se ha adentrado en una especie de círculo vicioso que niega la propia noción de seguro de enfermedad.

Por otro lado, los gastos en sanidad experimentan un crecimiento exponencial. Los norteamericanos dedicaron en 1996 más del 15 % de su riqueza nacional a la sanidad, es decir, el doble de la media de los otros países de la OCDE, sin que por ello su esperanza de vida sea más elevada. Aunque todos los países desarrollados comparten la preocupación por controlar los gastos de salud, en Estados Unidos esta cuestión es especialmente grave teniendo en cuenta los avances del país en materia de tecnología médica. Estas prácticas, sumamente costosas, se desarrollan en Estados Unidos con mayor rapidez que en cualquier otro sitio del mundo, en parte porque los médicos temen ser víctimas de un proceso judicial si el paciente considera que no han hecho todo lo que estaba en su mano para garantizar su curación.

Teniendo en cuenta el envejecimiento de la población, el *Medicaid* y el seguro de vejez resultan cada vez más gravosos para el déficit federal. En 1996 estos dos programas representaban cerca del 8 % de la riqueza nacional, mientras que, por otro lado, la mitad de los norteamericanos se beneficiaban de planes de jubilación privados; y la ausencia de reformas hará que hacia el año 2015 esa cifra sea prácticamente el doble. El país está sometido a presiones irreconciliables: por un lado, la necesidad imperativa de disminuir, o al menos controlar, los gastos sociales, considerada condición indispensable para el equilibrio presupuestario y garantía del mantenimiento de la competitividad de las empresas; y, por otro, una demanda cada vez mayor para extender las prestaciones públicas, y no sólo en el campo de la medicina, sino también, por ejemplo, en forma de ayudas a madres que trabajan fuera de casa. Pese a que el movimiento de los derechos de las mujeres está, por lo general, más desarrollado que en otros países del mundo, las mujeres norteamericanas se enfrentan a una grave escasez de guarderías infantiles de carácter público, al tiempo que sólo se les conceden permisos de maternidad muy breves, con frecuencia de menos de tres meses.

Darwinismo social

La compasión que suscitan los que se han quedado fuera del «sueño americano» suele ir acompañada de cierto sentimiento de equidad providencial: según la ética puritana del trabajo, fracasan los que Dios no ha elegido o, dicho de manera más prosaica, ellos mismos son responsables de su fracaso. Esta visión caricaturesca fue teorizada a finales del siglo XIX por William Graham, que opinaba que el sistema liberal norteamericano realizaba una selección «natural» de las personas más laboriosas y emprendedoras. De esta visión se desprenden tres consecuencias: por un lado, el Estado debe atrincherarse en la defensa de las leyes del mercado, que son las únicas que permiten funcionar a ese proceso de carácter selectivo; por otro, intentar eliminar la pobreza, consecuencia normal del sistema, equivale a gastar inútilmente el dinero de los contribuyentes; y, finalmente, al no haberse sometido a un proceso tan selectivo como el de los hombres de negocios, los políticos no son dignos de la misma confianza. Pero incluso entre los más conservadores, esta actitud está suavizada por la noción de responsabilidad de los más ricos, que deberían dedicar al menos una parte de su fortuna al servicio de la comunidad. Esta «obligación moral» explica el elevado número de fundaciones de todo tipo que han creado multimillonarios americanos, Carnegie por ejemplo. No obstante, el mecenazgo refuerza todavía más la impresión de que en Estados Unidos existe una aristocracia del dinero y, sobre todo, la creencia de que lo único que puede ennoblecer a una persona es el capital que ha almacenado con sus propias manos, a diferencia del que se hereda, que, desde el punto de vista de una ética calvinista pura, debe considerarse hasta cierto punto deshonroso.

Evidentemente, la realidad es muy distinta y, aunque menos sistemática que en Francia o en Gran Bretaña, la reproducción de las clases sociales se da también en Estados Unidos. Ya en 1876, Mark Twain adoptaba una cierta distancia con respecto al mito del *self-made-man* en la caricatura que hacía de uno de ellos en su famosa novela *Tom Sawyer*. Incluso en la edad de oro del capitalismo más

puro, en torno a 1900, sólo el 3 % de los hombres más ricos del país habían nacido pobres. Desde entonces esa proporción no ha dejado de descender.

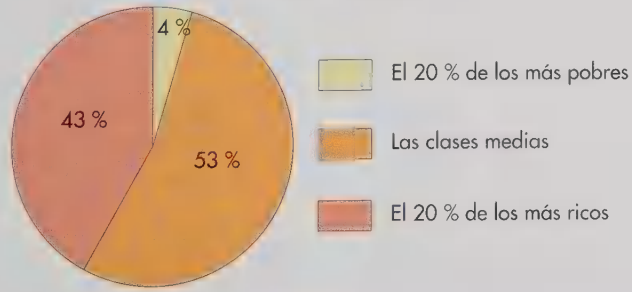
En cualquier caso, la movilidad social es mucho mayor en Estados Unidos que en Europa o Japón. De ese modo, si se toma en consideración al 20 % de los norteamericanos más pobres en 1975, sólo un 4 % de ellos seguía encontrándose entre los más pobres en 1995, mientras que el 30 % procedía del 20 % de los más ricos. La edad desempeña un papel fundamental en esta evolución, y por lo general los individuos se van enriqueciendo según envejecen, al menos hasta el momento de su jubilación. A lo largo de 24 meses consecutivos, sólo el 5 % de los norteamericanos estaban de manera permanente por debajo del umbral de la pobreza, mientras que un 22 % lo estuvieron en un momento dado del mismo periodo. Tomemos ahora en cuenta al tercio más rico de la población: la mitad ve cómo sus ingresos se reducen un 5 % cada año, un porcentaje que sólo alcanza al 30 % de los más pobres.

Esta notable movilidad social se ha utilizado para legitimar la gran disparidad existente entre los salarios: de hasta 6,5 veces entre el 10 % de los más bajos y el 10 % de los más altos, en comparación con las 3,5 veces como media que se dan en Europa. Estas disparidades se ven todavía más acentuadas si se incluyen los ingresos del capital. Tres cuartas partes de la población percibe ingresos de su trabajo, pero el 1 % de ellos concentra en sus manos el 40 % del capital del país.

Las diferencias se han acrecentado todavía más a partir de los años setenta por el doble efecto de la mayor especialización en los trabajos y la revolución liberal iniciada durante la era Reagan. Mientras que la mundialización de los intercambios y el comercio ejercía una presión a la baja sobre los salarios de los trabajadores menos cualificados, los avances de la tecnología han concedido una importancia fundamental a los conocimientos y las cualificaciones. De manera paralela, la pérdida de poder de los sindicatos, generalmente consagrados a reducir el abanico salarial, ha dejado un mayor margen de maniobra a la política salarial de las empresas. Las reducciones continuas de la reglamentación han desempeñado también su papel al suprimir diversos convenios colectivos. Entre 1973 y 1995 los ingresos reales del 10 % más pobre de la población se han reducido en un 40 %, mientras que el 10 % más rico ha aumentado los suyos en un 30 %. La bajada de los salarios va de la mano con el fenómeno de los *working poors* (personas que disponen de un puesto de trabajo pero que, teniendo en cuenta sus cargas familiares, permanecen por debajo del umbral de la pobreza), pero los salarios mensuales de los grandes directivos de empresa se cifran en millones de dólares.

La recompensa otorgada a la asunción de riesgos es enorme y ningún estigma social recae sobre las quiebras ni los beneficios, cuya tasa no ha dejado de aumentar desde los años ochenta. Se facilita mucho la creación de nuevas empresas, y las restricciones y controles administrativos que pesan sobre sus propietarios son muy ligeros en comparación con los que existen en el resto de países

Reparto de la riqueza nacional entre:



Reparto de los hogares según sus tramos de ingresos (en dólares constantes 1994)

Año	menos de 10.000 $	10.000 a 15.000 $	15.000 a 25.000 $	25.000 a 35.000 $	35.000 a 50.000 $	50.000 a 75.000 $	Más de 75.000 $
1970	14,7 %	8,3 %	16,1 %	17,5 %	20,9 %	15,7 %	6,8 %
1980	13,8 %	8,8 %	16,8 %	15,2 %	19,1 %	16,9 %	9,5 %
1990	12,9 %	8,4 %	16,1 %	17,6 %	17,6 %	17,2 %	13,3 %
1994	13,6 %	9,1 %	16,7 %	14,2 %	16,3 %	16,5 %	13,6 %

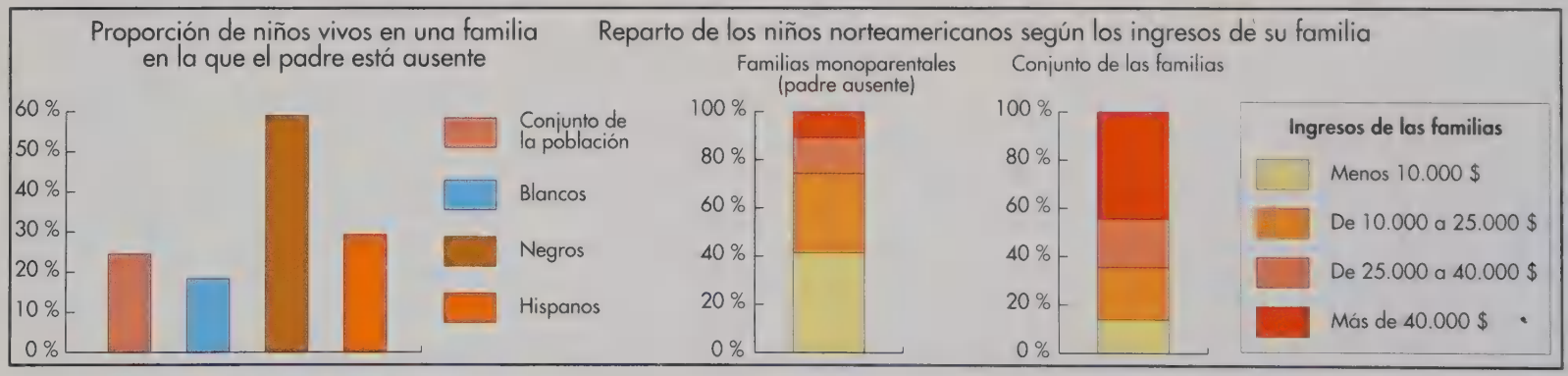
desarrollados. El tramo más elevado de impuestos sobre los ingresos se ha reducido a una tasa tributaria del 28 % y se debate cada vez más acerca de la posibilidad de introducir un *flat tax*, tasa de imposición uniforme sobre los ingresos, que acabaría con cualquier posible efecto redistributivo. Numerosos analistas ligan de ese modo la situación de casi pleno empleo que caracteriza a los Estados Unidos desde mediados de los noventa a la extrema fluidez del mercado del trabajo, ya que la contratación apenas está sometida a condición alguna.

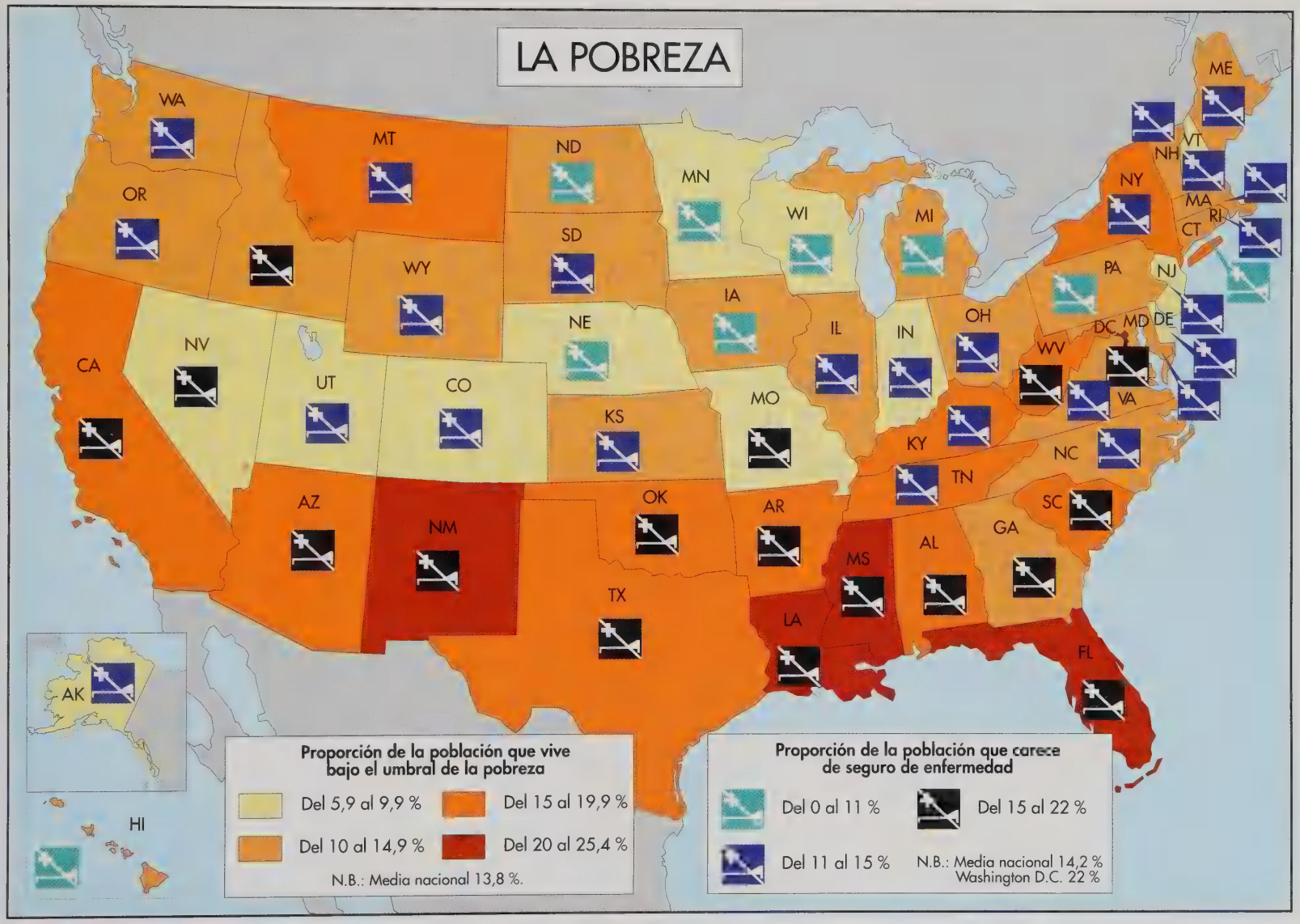
En este contexto de reafirmación del liberalismo ha aparecido una nueva explicación «científica» al darwinismo social. Charles Murray, santón de la nueva derecha, ha intentado demostrar en su obra *The Bell Curve* que los ingresos son proporcionales al coeficiente intelectual, en parte ligado al color de la piel. Según su teoría, la *underclass* está constituida por personas condenadas al fracaso, e incluso a la delincuencia, y a las que resulta inútil intentar ayudar. Tras constatar que bajo el umbral de la pobreza vive sólo el 10 % de los adultos, pero un 25 % de los niños, Murray va todavía más lejos y en obras posteriores ha afirmado que, si la inteligencia es en parte hereditaria, sería necesario suprimir todo subsidio derivado del número de hijos con el fin de reducir las elevadas tasas de natalidad de los más pobres, a la vez que deberían concederse importantes ventajas fiscales (inspiradas en el sistema francés de primas familiares) a familias acomodadas dispuestas a tener un mayor número de hijos.

Aunque esta especie de eugenesia social ha sido rechazada por la mayoría de los políticos, el debate al que ha dado origen ha permitido tomar conciencia de determinados absurdos del sistema de protección social en vigor. Una madre que críe sola a sus hijos recibe subsidios proporcionalmente más importantes que una pareja, razón por la que numerosos padres sin trabajo que viven en los guetos urbanos abandonan a su familia poco después del nacimiento de un nuevo hijo. También ha aumentado considerablemente el número de madres solteras, sobre todo en el seno de la comunidad negra, donde su proporción se aproxima al 40 %. En 1996, la mitad de las familias bajo el umbral de la pobreza carecía de padre.

Aunque está claro que en Estados Unidos existe la miseria, conviene relativizarla en comparación con el resto del mundo. Aparte de los sin techo, cuyo número se calcula en unos dos millones, la casi totalidad de los pobres de Estados Unidos disponen de agua corriente, electricidad, sanitarios, televisor, lavadora y frigorífico. Según estos criterios, esas personas serían consideradas ricas en numerosos países del mundo. Por otro lado, aproximadamente la mitad de ellas son propietarias de un coche y un vídeo.

Mientras que desde una perspectiva marxista clásica el concepto norteamericano de la libertad y la igualdad es puramente formal, ya que los individuos no son económicamente iguales y su libertad se ve sometida a numerosas trabas a causa de las prácticas capitalistas, es esta visión de «jungla social» la que parece imponerse progresivamente en el resto del planeta.




LA POBREZA
WA
OR
CA
NV
ID
MT
WY
UT
AZ
CO
NM
ND
SD
NE
KS
OK
TX
MN
IA
MO
AR
LA
WI
IL
MS
MI
IN
KY
TN
AL
OH
WV
GA
FL
SC
NC
VA
PA
NY
MD
DE
NJ
CT
RI
MA
VT
NH
ME
DC
AK
HI
Proporción de la población que vive bajo el umbral de la pobreza
Del 5,9 al 9,9 %
Del 10 al 14,9 %
Del 15 al 19,9 %
Del 20 al 25,4 %
N.B.: Media nacional 13,8 %.
Proporción de la población que carece de seguro de enfermedad
Del 0 al 11 %
Del 11 al 15 %
Del 15 al 22 %
N.B.: Media nacional 14,2 %
Washington D.C. 22 %

LA PROMESA DE LA OPULENCIA

Desde su origen, Estados Unidos ha ofrecido al mundo la perspectiva de una vida mejor, más libre, pero sobre todo más próspera. Tierra de oportunidades, espacio para la conquista, Norteamérica ha atraído los sueños de millones de europeos antes de fascinar a medio planeta. De hecho, si se excluye a determinados microestados como Luxemburgo o a algunas monarquías del petróleo, desde finales del siglo XIX Estados Unidos se ha mantenido de manera constante como la sociedad más opulenta del mundo, la que dispone del poder de compra más elevado.

Teniendo en cuenta los tipos de cambio, los ingresos de los norteamericanos son inferiores a los de japoneses o suecos; pero, si se considera el nivel relativamente bajo de los precios en los Estados Unidos, el poder real de compra de sus habitates es superior al de cualquier otro pueblo. Los norteamericanos son también los mayores consumidores individuales de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

El «American way of life»

La opulencia es un elemento constitutivo del *American way of life*. Nacido en Estados Unidos en los años veinte, el modelo de sociedad de consumo se ha extendido después al conjunto de los países desarrollados. El motor de este estilo de vida lo siguen moviendo el automóvil y la vivienda, pero marcas como Frigidaire, Nylon, Kleenex, Scotch o Polaroid forman parte del habla común de medio mundo, demostrando así el éxito de ese modelo consumista. El del capitalismo norteamericano ha consistido en utilizar los beneficios de la productividad para proporcionar a todos, o al menos a la mayoría, medios de acceder al consumo y «todas las comodidades modernas» según el modelo de Ford, que se propuso garantizar a todos sus trabajadores un salario que les permitiera comprar uno de los coches que fabricaban.

Algunos críticos del Plan Marshall afirmaban en los años cincuenta que «los cubos de basura de América bastarían para alimentar a Europa». La civilización de usar y tirar, de bienes y artículos constantemente renovables, capaces de estimular la producción, se ha combinado con la atracción por las novedades, sean *gadgets* o verdaderas innovaciones, que permiten alimentar un sistema movido por el lema de «todos queremos más».

Una de las consecuencias de esta forma de vida ha sido una notable revalorización del presente y, por tanto, una clara preferencia por el consumo en relación con el ahorro. Tras la segunda guerra mundial el nivel de consumo de bienes duraderos se ha multiplicado por cuatro. Desde los años ochenta el consumo ha aumentado con mayor rapidez que los ingresos per cápita y el patrimonio de bienes duraderos se ha acrecentado en más del 40 %. A modo de ejemplo se puede decir que los norteamericanos poseen como media dos televisores por hogar. Esta tendencia de los particulares, pero también de las empresas, a desarrollar preferencias orientadas a corto plazo, se ha visto estigmatizada con el término de *nowism*. Implica un recurso excesivo al crédito y una inversión a largo plazo muy débil en comparación con las necesidades del país.

Los norteamericanos consumen demasiado en relación con lo que ganan. Cuando la coyuntura económica cambió en los años setenta, estos hábitos marcadamente consumistas provocaron déficits comerciales y de balanza de pagos que poco a poco han ido situando al país en la posición de primer deudor del mundo.

Sin embargo, es precisamente esta intensidad del consumo la que, en gran parte, explica la capacidad de «recuperación» de la economía norteamericana. De hecho, y desde 1945 en adelante, ésta ha experimentado ciclos de crisis coyunturales cada vez más acentuadas, pero habitualmente más cortas que en el resto de los países industrializados.

Espíritu empresarial y flexibilidad

Otro factor que contribuye a explicar el dinamismo de Estados Unidos a largo plazo es

la extrema flexibilidad de su modelo económico. Las libertades económica, política y civil suelen ir unidas en la mentalidad norteamericana. Este principio ha inspirado desde hace mucho tiempo la fe en la iniciativa individual: un credo liberal que explica que Estados Unidos sea uno de los países que más favorecen y estimulan el espíritu empresarial y la iniciativa individual, sobre todo gracias a la parcialidad de una fiscalidad favorable a la creación de empresas y al «capital de riesgo». Este modelo, basado en el culto a la capacidad empresarial y a la capacidad de asumir riesgos, se ha exportado al exterior con representantes como Bill Gates, que se presenta a sí mismo como auténtico embajador de la cultura económica norteamericana.

El modelo liberal anglosajón se basa en la iniciativa individual y limita teóricamente al Estado a un papel de regulación y reglamentación. De acuerdo con el paradigma liberal, la legislación anti-*trust* norteamericana que, ya desde hace más de cien años prohíbe toda situación de monopolio, ha adquirido un valor casi constitucional. La ausencia de sector público a la europea ha abierto la vía a la competencia entre operadores privados en sectores que en Europa responden a la noción de servicio público: telecomunicaciones, transportes, energía, industria armamentística, etc.

Por otro lado, en Estados Unidos existe una «red social» más débil que en la mayoría de los países europeos. La legislación en materia de trabajo, que cumple un papel muy flexible en la economía del país, se caracteriza por cierta laxitud: los derechos de los asalariados, en esencia de carácter contractual, están marcados por una gran disparidad según los sectores, los estados y las empresas y algunos ofrecen grandes ventajas en forma de gratificaciones o incentivos (*perks*). A esto se suma una movilidad geográfica (rotación o *turn-over* de la mano de obra) y un recurso al empleo temporal muy superiores a los del resto del mundo industrializado. Las empresas norteamericanas pueden así ajustar de manera más flexible el volumen de empleo a las fluctuaciones del mercado y la coyuntura nacional e internacional. Como contrapartida social a esta fluidez, los asalariados disfrutan de menor protección contra las situaciones de precariedad y en particular contra los despidos, como ilustra el proceso de «destrucción creadora» de los años noventa: despidos masivos en determinados sectores y, paralelamente, creación de numerosos puestos de trabajo en otros. La flexibilidad implica también una mayor presión sobre los salarios. A pesar de una revalorización en 1996, el salario mínimo, calculado siempre por hora (4,75 dólares en 1997), seguía siendo sensiblemente inferior al de la mayoría de países de la Unión Europea.

Por contra, la fuerte reactividad del mercado de trabajo permite limitar el paro de larga duración hasta dejarlo en un 10 % del total por aproximadamente el 50 % como media en los otros países de la OCDE. En 1997, sólo el 0,4 % de la población activa norteamericana estaba en situación de paro crónico, mientras que en Europa esta proporción llegó al 4 %.

La prosperidad del año 2000

En el contexto económico mundial de finales de los noventa, una Europa con dificultades para salir de la crisis y un Japón en proceso de creciente endeudamiento, Estados Unidos puede hacer gala, no sin cierto triunfalismo exagerado, de su prosperidad. De ese modo, la cumbre del G8 («los siete grandes» más Rusia) que se celebró en Denver en junio de 1997 ofreció la ocasión de poner la economía norteamericana como ejemplo. No contento con afirmar que era «más sólida de lo que había sido jamás en toda una generación y la más fuerte del mundo» en su salutación a los otros jefes de gobierno, el presidente Bill Clinton pudo jactarse del éxito del nuevo enfoque norteamericano, que ha permitido a Estados Unidos «adentrarse con mayor rapidez y vigor que la mayoría de los otros países por la vía de la nueva economía mundial».

Aparte de la irritación que esta demostración de autosatisfacción no podía dejar de suscitar en la mayor parte de los países europeos (ilustrada por la forma en que cuestionaron los métodos norteamericanos para contabilizar el paro), la prosperidad económica de Estados Unidos a mediados de los noventa, con la tasa de paro a su nivel más bajo desde 1973, resulta tanto más deslumbrante en la medida en que se ha producido

a continuación de un decenio de declive relativo.

La tendencia a la reducción del déficit presupuestario parecía poner también en cuestión el diagnóstico de los años ochenta, centrado en el problema de los *twin deficits* (déficits gemelos, presupuestario y comercial) y en las graves debilidades estructurales que padecía la economía norteamericana.

El primer mandato de Clinton ha coincidido con una recuperación de los grandes indicadores económicos. La vuelta del crecimiento, progresivo tras la recesión de 1991, parece haberse instalado de manera duradera: en Estados Unidos el crecimiento anual del PIB ha sido como media del 2,4 % entre 1990 y 1997, mientras que en los países europeos se estancaba en torno al 1,3 %. Esta recuperación económica no ha implicado, sin embargo, una presión sobre los precios y los salarios, y se ha podido mantener la bajada de la inflación, iniciada en 1991.

El nuevo dinamismo de las empresas norteamericanas contrasta con lo ocurrido en el decenio anterior, caracterizado por una pérdida de competitividad en numerosos campos, sobre todo en el de las nuevas tecnologías. Este periodo tumultuoso se caracterizó por desregulaciones de gran alcance en numerosos campos (transportes aéreos, telecomunicaciones, sector financiero, etc.) iniciadas bajo el mandato de Carter, ampliadas con Reagan y mantenidas por la administración demócrata. Sus efectos se dejan sentir hasta mediados de los noventa: muy pocas de las grandes multinacionales norteamericanas han escapado a la política de *downsizing* (reducción de tamaño, es decir, de efectivos), que ha provocado planes de despidos masivos tanto en ATT como en IBM o en Boeing, que entre 1991 y 1995 ha suprimido 50.000 puestos de trabajo. Las empresas norteamericanas se han reestructurado y han recuperado su dinamismo; después de las pérdidas récord de los años ochenta, IBM pudo anunciar en 1994 unos beneficios netos de 3.000 millones de dólares, que sirvieron para reiniciar las inversiones y el desarrollo de nuevas sucursales en el extranjero, mientras que la productividad en la industria manufacturera ha vuelto a crecer. Esta rápida recuperación ha resultado especialmente espectacular en el sector del automóvil: víctimas de la competencia de la industria japonesa durante los años ochenta, los tres gigantes norteamericanos, Ford, Chrysler y General Motors, han experimentado profundas reestructuraciones acompañadas de importantes «purgas» de efectivos. Las medidas no han tardado en dar sus frutos; así, en sólo tres años, General Motors ha pasado de 3 billones de pesetas de pérdidas a 450.000 millones de beneficios en 1995. Desde 1994 Estados Unidos es de nuevo el primer productor mundial de automóviles.

Paralelamente, la situación del empleo ha conocido una mejora espectacular: la tasa de paro ha pasado del 7,4 % de la población activa en 1992 al 5 % en 1997, muy por debajo de la media de los países europeos, que se sitúa en el 11 %. A partir de comienzos de los noventa, la capacidad de la economía norteamericana para crear puestos de trabajo ha sido superior a la de los otros países industrializados. Entre 1989 y 1995 se han creado en Estados Unidos 7,6 millones de puestos de trabajo, lo que constituye un signo de relanzamiento de la *job machine* americana. Esta creación de empleos ha beneficiado casi únicamente a los servicios: desde 1992 en adelante, de cada cinco empleos creados cuatro lo han sido en este sector, gracias sobre todo a la creación de numerosas pequeñas y medianas empresas dedicadas a la sanidad, el comercio minorista o la informática.

Los nuevos empleos se han creado en su mayor parte en actividades remuneradas por debajo de la media. Se han multiplicado los empleos temporales, a tiempo parcial o interinos (la mayoría de ellos remunerados por horas), un reflejo del proceso de precarización de una parte de la población activa no cualificada que ha contribuido a engordar las filas de una nueva categoría social: los *working poors*. Aunque la reciente prosperidad norteamericana parece haber resuelto hoy el problema del paro, ya en segundo plano, el núcleo de las preocupaciones actuales lo constituye la calidad de la oferta de empleo: el mercado norteamericano del trabajo se caracteriza por un estancamiento de los salarios reales medios y una creciente desigualdad en la escala salarial.

La recuperación de la actividad ha permitido también dejar en segundo plano el problema de los *twin deficits*, realmente lacerante en los años ochenta.

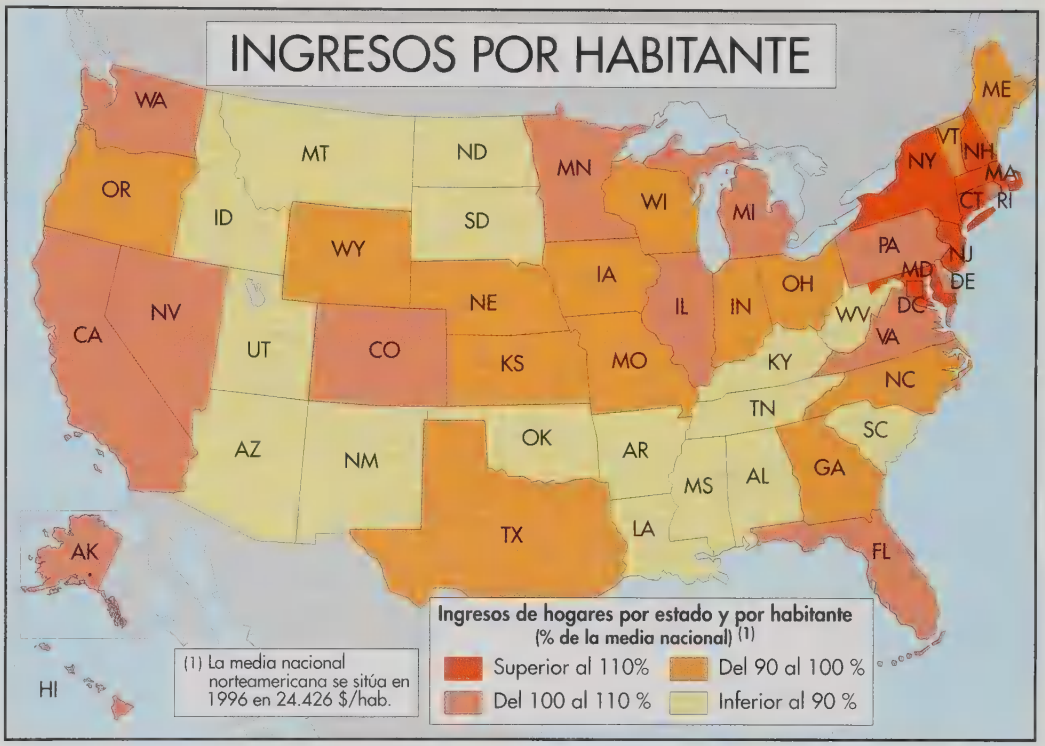
Los «twin deficits»

El déficit exterior se remonta a los años setenta. Se vio agravado durante los ochenta, periodo en el que el mercado norteamericano sufrió severos ataques de la competencia extranjera, sobre todo japonesa. Así, en 1985, y por primera vez después de la primera guerra mundial, Estados Unidos se convirtió en el primer deudor del resto del mundo. El déficit de la balanza de pagos se agravó posteriormente con el aumento del déficit público federal.

En los años ochenta el déficit comercial fluctuó en torno al 3 % del PIB y el federal subió al 4 %. El déficit de las finanzas públicas se explica por la ralentización del crecimiento y por una política presupuestaria expansionista, pero puede también imputarse al aumento de los gastos en sanidad, sobre todo en el programa *Medicare*, de una población en proceso de envejecimiento.

El crecimiento de la deuda pública durante los años ochenta dio paso a partir de 1992 a una fuerte reducción del déficit presupuestario gracias a una coyuntura económica favorable y la reducción de los gastos militares, pero también a los recortes en los gastos en ayuda social a pesar de todas las promesas del candidato Clinton durante la campaña electoral.

El acuerdo alcanzado en mayo de 1996 entre la administración demócrata y el Congreso sobre el objetivo de equilibrar las finanzas públicas en el año 2002 demuestra la voluntad norteamericana de reabsorber un desequilibrio que a partir de los años ochenta se



había diagnosticado, sin embargo, como estructural. El control del déficit presupuestario dependerá mucho de la capacidad para reformar los programas sociales, y en particular del sistema público de sanidad, e ir reduciendo poco a poco los gastos.

La economía ha debido apelar por un lado al ahorro interior, que ha demostrado ser insuficiente, y por otro a los mercados financieros mundiales, sobre todo aumentando los tipos de intereses norteamericanos con los que se tienen que alinear los otros países. Este aflujo de capitales extranjeros se ha traducido en una revalorización del dólar, lo que, en contrapartida, ha contribuido a aumentar el déficit exterior: encarecimiento de las exportaciones cada vez menores y subida de las importaciones, cuyo precio de adquisición en dólares ha bajado.

El endeudamiento global de la economía norteamericana ha podido reducirse a partir de finales de los ochenta; el descenso de los

tipos de interés y del dólar ha permitido de hecho una reducción del déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente. En cualquier caso, el desequilibrio exterior sigue siendo un dato importante de la economía norteamericana durante los noventa: la fuerte recuperación, unida a una bajada de la tasa de ahorro tanto de las empresas como de los particulares, ha vuelto a agravar el déficit de la balanza comercial.

El carácter recurrente del déficit exterior remite al principal problema macroeconómico de la economía norteamericana: la insuficiencia del ahorro nacional, principal causa del endeudamiento exterior de Estados Unidos. Aunque en 1995 aumentó la tasa nacional de ahorro, a causa por un lado de la recuperación del ahorro privado y por el otro del rigor presupuestario aplicado a partir de 1990, ésta sigue siendo demasiado baja. El ahorro y la inversión han bajado en el sector privado y en el público desde los años ochenta. De la atención que se preste en los próximos años a este desequilibrio, que ha llegado a ser estructural, dependerá a largo plazo la eficacia e incluso la viabilidad del sistema económico norteamericano.

Sin embargo, tranquilizados por las perspectivas del equilibrio presupuestario, los norteamericanos se preocupan todavía poco por el déficit exterior. Su situación económica dominante y la ventaja que extraen de la posición del dólar en los intercambios internacionales alivian considerablemente lo que para el resto del mundo sería «presión exterior».

Los dividendos de una situación de liderazgo

El éxito de la economía norteamericana es sin duda alguna el de un determinado modelo, pero se debe también en gran medida a la herencia de su liderazgo anterior y a los dividendos de una posición dominante en todo momento. Todo eso permite a los gobernantes norteamericanos ser los únicos del mundo en poder aplicar plenamente todas las herramientas de política económica disponibles: fiscalidad, masa monetaria, tipos de cambios, tipos de interés, etc.

La historia de las distintas políticas económicas norteamericanas se inscribe en una filosofía de defensa de la iniciativa privada y respeto por las leyes del mercado. Pero la experiencia del *New Deal*, periodo de relanzamiento keynesiano caracterizado por la subida de los impuestos, el control de los precios y numerosas intervenciones del gobierno federal en la vida económica, hizo que la economía del país entrase en un sistema que podríamos definir como «mixto». La era Reagan, supuestamente inspirada en el eslogan de «menos estado», estuvo sin embargo marcada por la intervención estatal mediante una política presupuestaria expansionista. Del mismo modo, la nueva prosperidad norteamericana de los años noventa se debe también en parte a una política económica expansionista. En cualquier caso, los efectos beneficiosos de la recuperación se han visto favorecidos por la flexibilización de la política monetaria de la Reserva Federal (Fed), negociada por el presidente a cambio del compromiso del ejecutivo de reducir los déficits públicos. El mantenimiento de unos tipos de interés bajos a partir de 1991 ha animado a particulares y a empresas a invertir, estimulando de ese modo la economía.

Teniendo en cuenta la debilidad de presión externa, Estados Unidos sigue siendo el único país que puede aplicar una política económica keynesiana de relanzamiento. A pesar de tratarse de una nación que predica la ortodoxia liberal, ha convertido sus déficits en dinamismo económico. De hecho, así benefician también al resto del mundo y desempeñan el papel de motor de la economía internacional.

Aunque la tasa de apertura de la economía norteamericana al resto del mundo es relativamente débil (10 % en comparación con el 25 % de Francia), y el porcentaje que representa su PIB dentro del mundial tiende a disminuir (del 40 % de 1950 ha pasado a un 25 % en 1997), Estados Unidos sigue siendo a la vez el primer importador y el primer exportador del mundo.

El análisis de la historia de los déficits demuestra que las fuertes variaciones en la balanza comercial no reflejan tanto, como ocurre en los restantes estados del mundo, la competitividad del país y sus rendimientos comerciales como las diferencias de crecimiento. En efecto, el déficit comercial tiene tendencia a aumentar cuando la economía de Estados Unidos se comporta mejor que la de sus socios y cuando la demanda interior

es fuerte, y a reabsorberse cuando su crecimiento se ralentiza en comparación con el de los otros países. De ese modo, el mercado norteamericano desempeña de alguna manera el papel de regulador de la economía mundial.

Aunque el resto del mundo depende del mercado norteamericano, Estados Unidos ha llegado también a depender de sus socios a través de los déficits. Su financiación implica una transferencia masiva de recursos exteriores, indispensable para satisfacer el actual nivel de gastos de los norteamericanos. Un sistema así sólo puede perdurar mientras que Estados Unidos siga disponiendo del privilegio de una «moneda mundial» y no es viable si no se apoya en la confianza de sus socios comerciales. Mientras que el dólar siga siendo dominante tanto en la esfera financiera como en la de la economía real, el crecimiento de su deuda exterior, expresada en dólares, no representa para Estados Unidos nada más que una reducción de sus reservas de cambio.

Esta «credibilidad» del dólar, combinada con una economía muy poco abierta, explica la política de *benign neglect*; es decir, de relativa indiferencia de las autoridades norteamericanas con respecto a las fluctuaciones de su moneda. En realidad, la reserva federal saca con frecuencia partido de los movimientos del dólar, que en ocasiones ella misma promueve. La fluctuación del dólar ha suscitado en los años ochenta un claro descontento entre los socios comerciales de Estados Unidos. La firme decisión de la UE de crear el euro se debe en gran medida al descontento que suscita el dólar. Aunque no lo afirmen abiertamente, los europeos esperan ir eliminando poco a poco la función de moneda de referencia del dólar y terminar beneficiándose con el tiempo de todas las ventajas derivadas de la posesión de una «moneda mundial».

Una evolución como ésta corre el peligro de poner en cuestión el modelo de crecimiento de los Estados Unidos imponiéndole un cierto grado de presión exterior. La batalla librada por los norteamericanos contra la constitución de bloques comerciales homogéneos de los que están excluidos (en Asia, Europa o América Latina) se inscribe en ese mismo contexto: su existencia implicaría sin duda alguna una bajada de las cuotas de mercado de Estados Unidos en las exportaciones, pero sobre todo reduciría el papel del dólar en la economía internacional.

LA EDUCACIÓN, CUESTIONADA

Los norteamericanos consideran la educación como la gran tarea colectiva del año 2000. Conscientes de la importancia de la formación de capital humano en la competencia económica internacional, los sucesivos gobiernos se han esforzado sin éxito por resolver una ecuación sumamente inquietante: las sumas dedicadas a la educación no dejan de aumentar una media del 3,5 % desde los años setenta, mientras que el nivel medio de conocimientos de los jóvenes norteamericanos no para de descender. Así, por ejemplo, en 1997, Estados Unidos se encontraba en el puesto número 28 entre las naciones industrializadas en materia de conocimientos matemáticos, y eso a pesar de la lentitud de ciertos países en reformar sus sistemas de enseñanza. A pesar de que la evidencia del fracaso de la educación primaria y secundaria provoca un notable sobresalto, la universidad norteamericana sigue siendo una de las mejores del mundo.

Estados Unidos cuenta con una tradición de educación masiva mucho más antigua que Europa. Desde su origen ha asociado la enseñanza a la construcción de una nueva sociedad. Harvard, la primera universidad del Nuevo Mundo, se fundó en 1636, es decir, sólo 16 años después de la llegada del *Mayflower*. En 1647 el gobernador de Massachusetts impuso la creación de una escuela en toda población que contara con más de 50 casas. Pero mientras que este estado, auténtico foro intelectual de Norteamérica en los siglos XVIII y XIX, se mantiene en todo momento a la cabeza del combate por la educación, los otros tampoco se quedan atrás y puede calcularse que, a mediados del siglo XVIII, la mayoría de los norteamericanos de sexo masculino sabían leer y escribir, algo que en Europa llevaría al menos un siglo más.

Un sistema descentralizado

Los estados, limitados a un papel incitador, se han negado en todo momento a inmiscuirse en las cuestiones pedagógicas. A diferencia de lo que ocurre en Francia con las leyes Jules Ferry, en Estados Unidos no existe una gran ley de carácter fundador, sino un vasto conjunto de decisiones legislativas, consagradas muchas veces a otros temas, que sin embargo han abierto la vía a progresos decisivos en el campo de la enseñanza. El *Federal Land Act* de 1785 y la *North West Ordinance* de 1787 imponían a las colectividades la cesión de terrenos para la edificación de escuelas primarias en todo el territorio de la Unión, una decimosexta parte de los territorios de carácter público en las zonas todavía no constituidas como estados. Otra ley de carácter territorial, el *Morill Act* de 1862, permitió la puesta en marcha de toda una red de universidades estatales. Destinada en principio a la creación de *colleges* tecnológicos (los *A & M Colleges* y *Agricultural and Mechanical Colleges*), permitió por ejemplo dotar a California en 1868 de varias docenas de instalaciones universitarias con campus de grandes dimensiones. En materia de financiación, el estado de Massachusetts dio ejemplo en 1827 imponiendo a las colectividades locales el mantenimiento de los edificios destinados a institutos. En 1872 el fallo Kalamazoo reconocía a las autoridades educativas, los *school districts*, el derecho a cobrar impuestos para financiar el funcionamiento de los centros de educación secundaria. Cuarenta y seis estados de un total de cincuenta se dividieron en *school districts*. Éstos alcanzarían la cifra récord de 110.000 en los años cuarenta, época en la que prácticamente cada escuela y centro de enseñanza contaba con su distrito. Actualmente son unos 13.000.

Hoy, un distrito gestiona como media seis escuelas (85.000 en total), pero las disparidades son considerables. El distrito está gestionado por un *school board*, generalmente elegido, dirigido por un *superintendent*, la mayoría de las veces nombrado. La financiación se apoya en un impuesto territorial, y las decisiones en materia escolar tienen repercusión directa sobre el valor de las propiedades y la composición sociológica de un determinado barrio: un centro de enseñanza dotado de buena reputación contribuirá a elevar los precios de las casas, mientras que unos impuestos escolares elevados pondrían en fuga a las familias sin hijos. En Estados Unidos se ve la escuela como una responsabilidad local e íntimamente ligada a la noción de comunidad, una comunidad fundada originalmente en el concepto de vecindad, de *neighborhood*. Sin embargo, esta parcelación de la enseñanza y los problemas de financiación han impulsado a los estados a intervenir con cada vez mayor frecuencia en la vida escolar:

reparto igualitario de los ingresos, fijación de programas, determinación de salarios, etc. En cualquier caso, rara vez interviene el Estado federal. Hubo que esperar hasta 1867 para que se creara una oficina federal de educación y a 1977 para que se instaurara el Departamento de Educación, escalón ministerial que no gestiona más que el 7 % de los gastos públicos en educación.

Evolución de los objetivos de la escuela

Reflejo de la evolución de la sociedad, las misiones o tareas asignadas a la enseñanza han variado de acuerdo con los periodos, o más bien con las distintas aportaciones de cada generación al edificio general de la educación. El ideal jeffersoniano del siglo XVIII se basaba en la educación del ciudadano y la formación de una élite capaz de guiar al pueblo en la lucha por la independencia. A partir de 1840 el acento se puso en el papel de la escuela como crisol de la nación. De hecho, debía acoger en su seno a los millones de inmigrantes, pero también, como preconizaba Horace Mann, inspirador del actual modelo de escuelas públicas, contribuir a la igualdad de oportunidades. A partir de 1925, con la inmigración prácticamente detenida, la escuela asumió la misión de inculcar la noción de progreso, y las ciencias adquirieron una importancia notable.

Hacia 1955, coincidiendo con el movimiento de los derechos civiles, el debate se centró sobre todo en el acceso de las minorías a la educación. En 1955 la sentencia del Tribunal Supremo en el caso «Brown contra Topeka» impuso la supresión de escuelas separadas para blancos y negros, invalidando una sentencia anterior, la del caso «Plessy contra Ferguson», de 1896, que autorizaba que los centros se reservasen para una u otra raza. En el sur las luchas raciales se centraron desde ese momento en la cuestión escolar, y con frecuencia la guardia nacional o el ejército tenían que escoltar a los negros hasta el interior de escuelas blancas. Para favorecer la mezcla social entre razas, en los años sesenta se generalizó la práctica del *bussing*, un servicio de autobuses escolares que recogían a niños blancos y negros para transportarlos a los centros de enseñanza. Muy criticada, esa ley sufriría sucesivas limitaciones. Dentro de la política de la *affirmative action*, que debe permitir compensar las desventajas socioculturales de las minorías, se ha ido aplicando paralelamente un sistema de ponderación racial en las universidades que no se ha puesto seriamente en cuestión hasta los últimos años.

En los inicios del fenómeno de lo *politically correct* («políticamente correcto»), la nueva apuesta pedagógica pareció girar a partir de 1983 en torno a una reforma del contenido de los programas. Una nueva agenda multicultural ha empezado a competir con las referencias tradicionales heredadas de Europa. La historia ha sido la primera disciplina en verse afectada por la multiplicación de cursos dedicados a indios, negros e hispanos, pero también a las mujeres. En el estudio del francés, los *dead white men*, como Balzac o Victor Hugo, se han desplazado con frecuencia en beneficio de autores más contemporáneos, preferentemente mujeres, como Nathalie Sarraute, o de francófonos no nacidos en la metrópoli como Aimé Césaire. A partir de 1995 se hace evidente un giro de timón contra los excesos de esta política. Frente al descenso de los resultados escolares (sólo imputable en parte a la desestructuración de los programas), la preocupación principal parece ser la del dominio de los conocimientos fundamentales, el *academic achievement*.

Esta última evolución rompe claramente con el espíritu del sistema educativo norteamericano. En Estados Unidos la educación ha sido tradicionalmente considerada más un proceso de creación de condiciones para la realización del individuo que un sistema de aprendizaje. Todo el mundo debe tener la posibilidad de aprender y, llevando ese planteamiento al límite, de aprender lo que le apetezca. Desde muy pronto el alumno dispone de un amplio abanico de cursos optativos y puede seguir el nivel correspondiente a sus aptitudes en muy diversas materias. El método que prevalece en las escuelas primarias es el Montessori, que se concentra en los consejos y rechaza toda forma de memorización impuesta, todo control de los conocimientos, toda confrontación del niño con una posible situación de fracaso. En diversos grados, es esta filosofía basada en la creatividad personal la que inspira los diferentes niveles del K12, el curso que conduce a la consecución del *high school diploma*, el equivalente del bachillerato en otros países. Se da más importancia a formar hombres y mujeres contentos consigo mismos que a producir «buenas cabezas». Una expresión muy de moda resume a la perfección este dilema con el que se enfrenta la escuela nor-

teamericana de los años noventa: *basics against civics*.

La constatación de un fracaso

De hecho, los norteamericanos parecen habitualmente más «ignorantes» que los europeos; la mitad no es capaz de resumir un texto periodístico, escribir de manera aceptable una carta normal y corriente, efectuar multiplicaciones sencillas, situar su estado en un mapa o decir la fecha del descubrimiento de América. De acuerdo con los criterios generalmente aceptados, podría considerarse que el 15 % son casi totalmente iletrados. Sin embargo, el país dedica a la educación el 7 % de su riqueza nacional, es decir, una proporción más importante que la de los restantes grandes países desarrollados. Estados Unidos invierte 6.000 dólares por alumno y año; en igualdad de capacidad de adquisición, sólo Suiza supera esta suma. No obstante, esta media induce a error, ya que oculta importantes disparidades.

Las causas de ese retraso, múltiples y con frecuencia controvertidas, están sin duda ligadas a la deficiente valoración de las actividades del espíritu que caracteriza a la *Middle America*, la América media, mayoritaria y silenciosa. Pero pueden identificarse otras carencias manifiestas. Aunque el número de horas de los cursos es comparable a la media de los países de la OCDE (pero claramente inferior a la de España o Francia), el tiempo que se dedica a las materias fundamentales es inferior a la media que en el resto de los países desarrollados. Por ejemplo, un alumno puede obtener fácilmente su *high school diploma* tras haber estudiado sólo 120 horas de historia en toda su vida escolar. Con la única excepción de las mejores universidades, el nivel exigido para acceder a la enseñanza superior es relativamente bajo. El escaso nivel que los profesores exigen a los alumnos repercute con frecuencia en un auténtico proceso de infantilización. A la misma edad, los norteamericanos parecen con frecuencia menos maduros intelectualmente que los europeos, mientras que son mucho más autónomos en la vida cotidiana, sobre todo en el aspecto económico, y llegan a independizarse a edades tan tempranas como los 16 o 18 años. Se acusa muchas veces a los profesores americanos de simplificar la vida escolar de sus alumnos y hacer así más difícil su vida adulta.

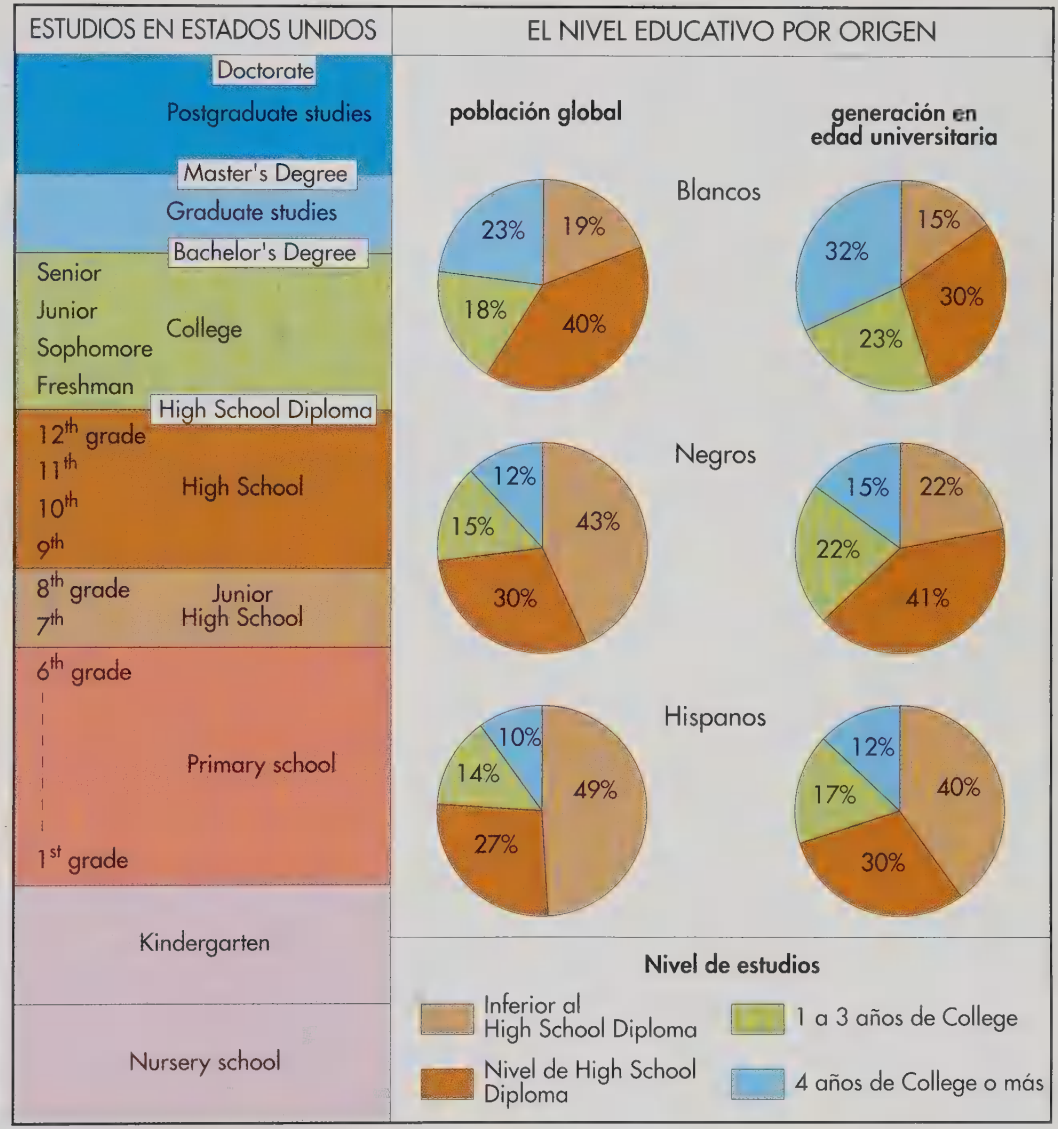
La población adolescente norteamericana está más expuesta a la violencia o los embarazos no deseados que la de otros países. El índice de homicidios entre jóvenes de 15 a 19 años es como media 15 veces más alto que el del resto del mundo desarrollado, y el de embarazos no deseados y abortos, cuatro veces más. Incluso la tasa de mortalidad de los niños pequeños es superior a la de los países europeos. La violencia es omnipresente en numerosas escuelas. Debido a la desintegración de las estructuras familiares, sobre todo en los medios menos favorecidos, los profesores se ven muchas veces obligados a sustituir a los padres: los programas de *life skills* (higiene, nutrición, socialización, etc.) están muy extendidos, y últimamente se han multiplicado los de resolución de conflictos, destinados a solventar situaciones violentas, sobre todo a través de la práctica de descentración (intentar ponerse en el lugar del otro). A pesar de que se les ofrece un amplio abanico de cursos y formaciones específicas, la mitad de los alumnos de las *inner cities*, los centros urbanos más depauperados, abandona los estudios antes de terminar la enseñanza básica.

Los profesores no siempre están preparados para responder a las situaciones de urgencia y, como ocurre en otros países, la cuestión de su formación constituye el núcleo de las preocupaciones del mundo escolar. Su nivel académico ha aumentado de manera considerable y, en 1996, la mayoría estaba en posesión de un *Masters's Degree*, frente a la cuarta parte de hace 30 años. El número de años de experiencia de los profesores se ha duplicado también, de ocho a quince años como media. Su tarea resulta también menos pesada debido a que el número medio de alumnos por clase ha descendido de 25 a 17 durante ese mismo periodo. Pero la moral no es por lo general muy alta entre los directores encargados de la administración de las escuelas, a los que con frecuencia se considera responsables del fracaso del sistema educativo. Esto revela claramente dos grandes fallos en el sistema: la enorme heterogeneidad de los niños que acceden a la escuela y la ausencia de políticas globales. Cada estado fija las condiciones para el acceso a la escuela y establece sus propios criterios de aptitud. La importancia concedida a la creatividad impulsa a los profesores a intentar hacer algo original que les desmarque de sus colegas. No obstante, para la mayoría, empleados por un distrito escolar, las perspectivas de promoción son muy limitadas.

Voluntad de superación

En materia de educación, la opinión norteamericana deplora el fin de lo que consideraba una auténtica edad de oro, la de la Norteamérica virtuosa e inocente de los años cincuenta. Es un ideal mitificado; en realidad, los avances en el acceso a la enseñanza han sido considerables desde entonces, cuando sólo la mitad de cada grupo de edad llegaba a la *high school*. La educación se ha hecho también más igualitaria y la distancia media entre el nivel de conocimientos de blancos y negros es ahora la mitad que en los años cincuenta. Sin embargo, durante los años setenta se produjo un descenso incontestable del nivel de aprendizaje de los alumnos, que llegó a un pozo sin fondo cualitativo en 1983, año de la publicación de un informe que provocó gran conmoción: *A Nation at Risk*. La National Assessment of Educational Progress calcula que, a partir de ese momento, el nivel de conocimientos de un muchacho de 17 años ha aumentado cerca de nueve puntos porcentuales. Mientras que en 1982 sólo el 13 % de los alumnos de instituto seguían cursos fundamentales de lengua y literatura, matemáticas y ciencias, en 1992 ese porcentaje ascendía ya al 50 %.

A partir de los años setenta, los poderes públicos han insistido frecuentemente en la prioridad que debe concederse a la educación. El primer programa de envergadura, *Right to Read*, fue lanzado por Nixon en 1971. Ronald Reagan declaró en 1987 el año de la educación. A George Bush le gustaba hacerse llamar el *education president*. Más recientemente, Bill Clinton ha lanzado tres disposi-



LA *IVY LEAGUE*

Ingresar, a un coste prohibitivo o gracias a una beca obtenida en condiciones muy difíciles y compitiendo con otros, en una de las prestigiosas universidades de la *Ivy League* garantiza una formación de calidad y abre la perspectiva de un brillante porvenir.

Estados Unidos cuenta con unos 3.400 centros de enseñanza superior, *colleges* o *graduates schools*, de calidad y ambiciones muy diversas. Algunos se contentan con ofrecer un cierto «barniz» de cultura general y entregar diplomas poco apreciados por los empresarios, pero que, como mínimo, permiten a la mayoría de los hijos de clase media reivindicar su paso por la universidad. Un determinado número de facultades imparten enseñanzas de calidad, pero sin llegar a situarse en el pelotón de cabeza, en el que se encuentran las auténticas «joyas de la corona», normalmente escuelas privadas, acompañadas de unas pocas escuelas públicas. Algunas universidades comienzan a reclutar a los alumnos más prometedores a la edad de 12 o 13 años. Pretenden con ello hacerse con los alumnos más brillantes y aumentar su prestigio. Ocho de estas instituciones de élite (Brown, Columbia, Cornell, Darmouth, Harvard, Pensilvania, Princeton y Yale, todas en la costa este) se han agrupado dentro de un marco muy exclusivo, la *Ivy League*, para subrayar su antigüedad, la especificidad de sus tradiciones y su carácter elitista.

Graduarse en una de esas universidades garantiza un futuro profesional inmejorable. Incluso antes de tener los resultados de los exámenes, las grandes empresas, los gabinetes de abogados y los centros médicos se disputan a los graduados de cada una de las promociones. No obstante, otras universidades, más recientes y mejor repartidas por el territorio de Estados Unidos, practican también una selección intensiva y gozan de un prestigio casi igual a las de la *Ivy Ligue*. Se podría citar entre otras a las universidades de Stanford, Berkeley, MIT, Duke, UCLA, John Hopkins, Ann Arbor o a la Universidad de Chicago.

ciones importantes cuyos perfiles siguen siendo, sin embargo, vagos y desdibujados: *Goals 2000*, la *parent involvement initiative* y *School-to-work*. Hillary Clinton ha dedicado el segundo mandato de su marido a la educación, y le ha consagrado la casi totalidad de sus intervenciones públicas.

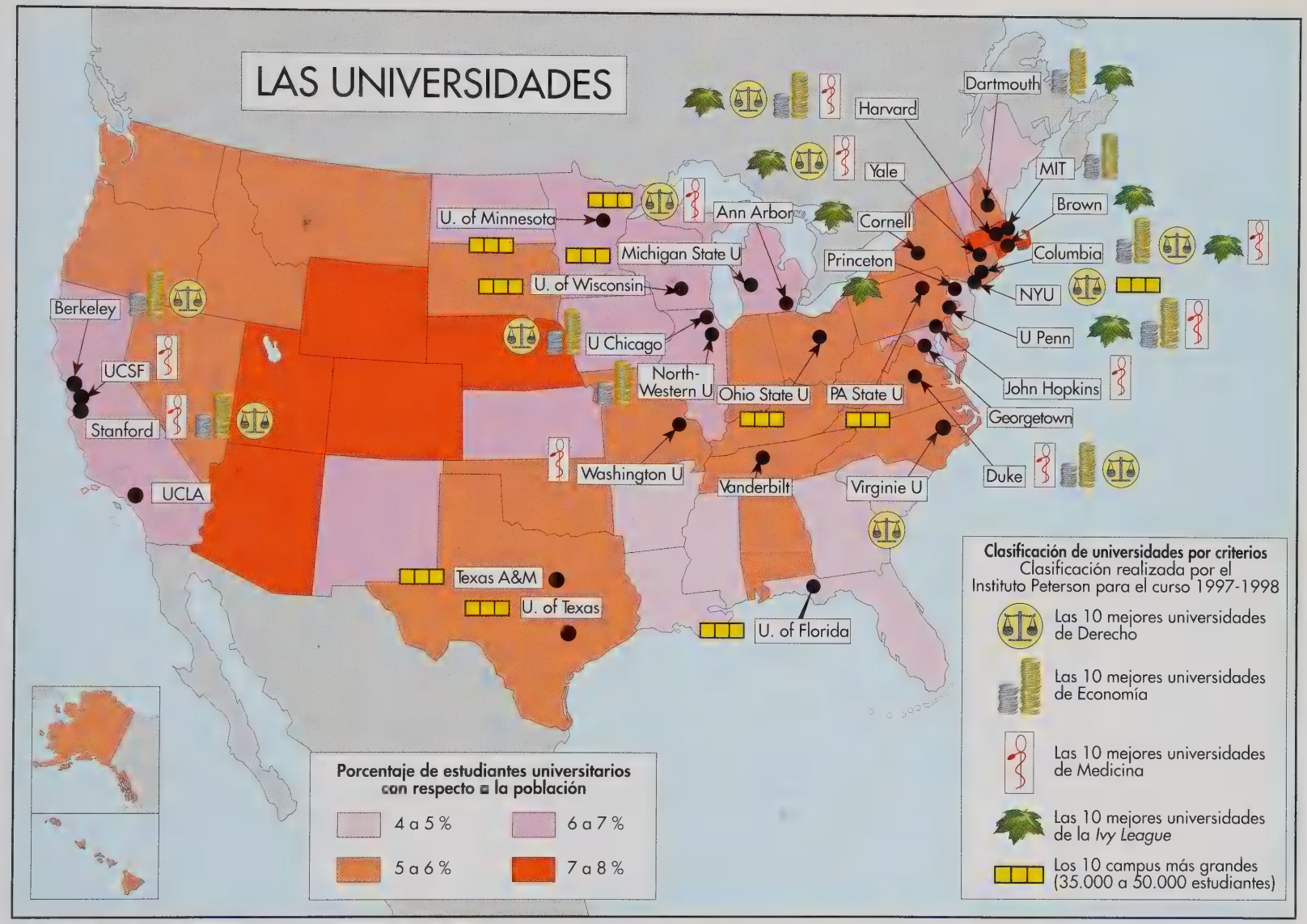
School-to-work se plantea una revalorización de las enseñanzas técnicas inspirándose en el modelo alemán y una intensificación de las relaciones entre el mundo del trabajo y la escuela. A partir de finales de los años ochenta las grandes empresas se han mostrado cada vez más interesadas en la enseñanza secundaria, y se han multiplicado los programas de patrocinio de escuelas, incluso en los barrios con más dificultades. En 1997 aproximadamente una *high school* de cada cinco se ha beneficiado de algún tipo de apoyo empresarial, sobre todo en forma de donaciones de material y asistencia técnica.

La *parent involvement initiative* tiene como objetivo devolver a los padres el protagonismo que habían perdido; responsabilizándoles de la educación de sus hijos, pero también recuperando el control democrático que habían dejado de ejercer sobre la escuela. Ambos aspectos se habían diluido con el desarrollo de los servicios administrativos, que en 1997 absorbían el 50 % del presupuesto del sector, por sólo un 20 % en 1960.

El debate, planteado inicialmente por la derecha, gira en torno al derecho de elección de los padres. Mientras que las escuelas privadas no representan más que el 5 % del total, se ha multiplicado el número de escuelas bajo contrato, sobre todo en los estados de Michigan y Massachusetts. Cada año se duplica el número de estas *charter schools*, financiadas con fondos públicos pero gestionadas por instituciones privadas. Creadas en 1991, en 1996 eran ya 500. Bill Clinton anima estas iniciativas, pero sólo de manera tímida, pues teme que no sean bien acogidas por los poderosos sindicatos de profesores. Simultáneamente, se ha puesto en práctica un sistema de *vouchers*, ligado a los impuestos que pagan los padres, que pretende reducir las ventajas de las familias ricas en la elección de escuelas, sean privadas o públicas.

Las reformas pretenden también ayudar a los sectores más desfavorecidos. De este modo, los fondos federales se consagran exclusivamente a la educación de niños con alguna deficiencia y alumnos procedentes de familias pobres. Determinados estados, Connecticut por ejemplo, han decidido paralelamente ligar sus subvenciones a las escuelas al número de alumnos desfavorecidos que acoja cada una. Esto ha provocado la multiplicación de las llamadas *magnet schools*, centros piloto instalados en barrios marginales que pretenden atraer con la calidad de los programas también a los hijos de las clases medias. Ofrecen por ejemplo cursos de teatro y artes gráficas o de idiomas poco corrientes como el ruso, el japonés, el chino o el árabe.

El debate más innovador se centra, sin embargo, en la necesidad de uniformizar los programas, la formación de los profesores y la financiación de las escuelas. El sistema francés, que anteriormente se citaba como ejemplo opuesto al americano, se ha conver-


LAS UNIVERSIDADES
Harvard
Dartmouth
Yale
MIT
Brown
Ann Arbor
Cornell
U. of Minnesota
Michigan State U
Princeton
Columbia
U. of Wisconsin
NYU
Berkeley
U Chicago
U Penn
UCSF
North-Western U
Ohio State U
PA State U
John Hopkins
Georgetown
Stanford
Washington U
Vanderbilt
Virginie U
Duke
UCLA
Texas A&M
U. of Texas
U. of Florida
Porcentaje de estudiantes universitarios con respecto a la población
4 a 5 %
6 a 7 %
5 a 6 %
7 a 8 %
Clasificación de universidades por criterios
Clasificación realizada por el Instituto Peterson para el curso 1997-1998
Las 10 mejores universidades de Derecho
Las 10 mejores universidades de Economía
Las 10 mejores universidades de Medicina
Las 10 mejores universidades de la Ivy League
Los 10 campus más grandes (35.000 a 50.000 estudiantes)

tido desde hace algún tiempo en fuente de inspiración. La gran heterogeneidad de los programas unida a la movilidad de las familias contribuye a una desestructuración de los programas. Esta aspiración de homogeneidad y mayor igualdad de oportunidades se enfrenta, sin embargo, a otra preocupación, la que suscita el multiculturalismo, que conduce al desarrollo de enseñanzas bilingües gracias a una financiación especial. Para poder beneficiarse de ese auténtico maná económico, numerosas escuelas, sobre todo con mayoría de alumnos negros, han intentado sin éxito obtener el reconocimiento del *ebonics*, habla típica de determinados barrios.

La excelencia universitaria

En comparación con la enseñanza secundaria, la situación de la universidad parece mucho mejor. Podría hablarse de un verdadero milagro universitario. Generalmente mediocres cuando salen de las *high schools*, los estudiantes norteamericanos tienen sin embargo un nivel bastante más alto cuando salen de los *colleges* donde estudian los cuatro primeros años de universidad, y pueden después acceder, ya en universidades propiamente dichas, a unos estudios de tercer ciclo que son los más reputados del mundo. La universidad norteamericana atrae por otro lado al 30 % mundial de los estudiantes matriculados en universidades fuera de sus países. Evidentemente, la selección juega un importante papel: de las 2.500 universidades y *colleges* con que cuenta el país, sólo una treintena gozan de reputación internacional. La excelencia se encuentra sobre todo en las grandes universidades, en especial las pertenecientes a la *Ivy League* y la asociación *Women's Colleges*, el equivalente femenino de la primera. Pero en más de una tercera parte de los condados del país existe también al menos un *Community College*, que imparte formación profesional de dos o tres años (los *Associate Degrees*). El trabajo es generalmente menos intenso que en las universidades europeas y la tasa de fracasos globalmente más baja. Sobre todo, los estudiantes adquieren muy pronto una autonomía total y sólo de manera excepcional siguen viviendo con sus padres. El tercer año de *college* suele pasarse en algún país extranjero. Los estudiantes financiados exclusivamente por sus padres son una minoría ínfima. El elevado coste de los estudios (que se cifra en decenas de miles de dólares al año) significa que la mayoría de ellos deben trabajar y/o endeudarse. Las becas, cada vez más escasas, no cubren más que una parte del coste de la vida de estudio. Incluso las universidades públicas cobran derechos de matriculación elevados y, siguiendo el ejemplo de California, los estados más generosos han reducido notablemente sus subvenciones. Este sistema se corresponde a la perfección con el espíritu norteamericano: en la medida en que el estudiante se beneficiará directamente de su formación, es normal que asuma una parte sustancial de su coste. De hecho, las primas que se cobran por contar con un título o diploma universitario son importantes, y cada año de estudios suplementarios suele implicar una subida salarial del orden del 20 %.

Pero el sistema es también mucho más fluido que en Europa. La universidad no sólo está destinada sólo a los más jóvenes, y es bastante corriente alternar los estudios con el trabajo. La edad media de obtención de un *Master's Degree* (similar a una licenciatura superior) es de 28 años, y la de un *PhD* (doctorado), de 35. El acceso masivo a la universidad comenzó con el *GI Bill* de 1944, que permitió a más de cinco millones de ex combatientes iniciar o reanudar sus estudios. Este programa fue sustituido en 1956 por un generoso sistema de préstamos públicos todavía en vigor, aunque haya experimentado recortes espectaculares.

Las universidades, cuyos campus suelen ocupar las afueras de las grandes ciudades, gozan de un lugar privilegiado en el entramado económico y político de Estados Unidos. La cooperación con las empresas se remonta al siglo XIX, y los profesores de mayor reputación desempeñan un papel activo en calidad de asesores para políticas públicas, asociados a *lobbies* o grupos de presión o a través de los medios de comunicación de masas. Son muchos los que dan el salto a la política, como hizo por ejemplo la actual secretaria de Estado Madeleine Albright, antigua profesora de relaciones internacionales en la universidad de Georgetown. A comienzos de siglo el estado de Wisconsin sistematizó este papel mixto del profesorado, empleando a más de 40 profesores en régimen de tiempo parcial. Esta idea se ha extendido posteriormente a otras regiones, y el cuerpo de catedráticos, cuyo prestigio social contrasta con la de los profesores de primaria y secundaria, aparece ya a ojos de la comunidad como depositario de una misión que trasciende a la meramente educativa.

LOS AVANCES TECNOLÓGICOS

Estados Unidos «ganó» la guerra fría en gran parte gracias a sus avances tecnológicos, dominio privilegiado del concepto de frontera. Había que hacer todo lo que fuera necesario para conservar la superioridad del país en los campos clave de la investigación científica y de sus aplicaciones prácticas. Ésos son los fundamentos del poderío norteamericano y su liderazgo mundial, presente y futuro.

Estados Unidos ya no pretende ejercer hoy una superioridad en todos los campos, ni dominar la producción mundial, como ocurrió en los decenios que siguieron a la segunda guerra mundial. Pero sí reafirma su voluntad de conservar siempre un margen de adelanto en el desarrollo tecnológico. Es ésta, además, una ambición que ha sido defendida por todos los presidentes norteamericanos, desde el Ronald Reagan de «*We have to keep our leadership in technology*» («Tenemos que conservar nuestro liderazgo tecnológico») al Bill Clinton de «*We have to keep technology at home*» («Tenemos que mantener la tecnología en casa»).

Japón ha conseguido prácticamente un monopolio mundial en determinadas aplicaciones de la electrónica. Por otro lado, Europa (Francia y Alemania sobre todo) seguirá siempre compitiendo con Norteamérica en cuanto a potencial científico e industrial, sea en materia aeronáutica y espacial o en el campo armamentístico. Estados Unidos no puede seguir ignorando el desarrollo de los nuevos países industriales de Asia, con China a la cabeza. La producción de estos países, considerable y lo suficientemente barata como para poder venderse en todo el mundo, resulta, sin embargo, aún bastante «primitiva» en muchos aspectos. No obstante, se han puesto los cimientos tecnológicos y se ha proclamado claramente la voluntad política de acceder a un estadio superior en el transcurso del próximo siglo. Los gobiernos y las grandes empresas asiáticas, para los que desde hace mucho tiempo el desarrollo económico se ha alcanzado, según una expresión muy de moda en Estados Unidos, más «por un esfuerzo de transpiración que de inspiración», aceptan hoy sin titubeos el envite decisivo del acceso a las técnicas punta. Desde hace algún tiempo la apertura de cada nuevo mercado va acompañada de la demanda de transferencias tecnológicas.

Enfrentado a estos cambios, el dinamismo científico y técnico de la Norteamérica actual se mantiene gracias a la combinación de numerosos factores: un potencial científico de primera fila, importantes inversiones de capital para apoyar los proyectos de vanguardia de jóvenes innovadores originarios de cualquier parte del mundo; créditos para la investigación que el gobierno dedica a campos tales como la defensa o la exploración del espacio; la existencia de un gigantesco mercado nacional de 260 millones de habitantes; y, sobre todo, el convencimiento de que las comunicaciones, la informática, la aeronáutica y la industria espacial constituyen los más importantes mercados mundiales. Hace falta disponer de sumas muy elevadas, utilizadas inicialmente en forma de capital de riesgo, y ser capaz de atraer a los mejores «cerebros» nacionales y extranjeros. Por si fuera poco, el *brain drain* es ya tradicional en Estados Unidos.

A finales del siglo XX está estableciéndose un importante compromiso financiero en materia de investigación y desarrollo. Paralelamente, se asiste a un proceso constante de fusión de medios de producción entre algunas grandes empresas con vocación mundial. De hecho, sólo las empresas gigantescas disponen de los medios financieros, industriales y humanos que permiten innovar y producir a la vez. De este modo, Boeing se convirtió en 1996 en la única empresa norteamericana que construye aviones de transporte y suministra, además, más de dos tercios del parque aéreo mundial, muy por delante de su única competidora, la empresa europea Airbus Industries. Otras empresas norteamericanas como IBM, Intel o Microsoft ocupan lugares dominantes en los estratégicos sectores de la electrónica y la informática.

El desarrollo técnico y científico se ha considerado siempre un triunfo de la sociedad norteamericana, estrechamente ligado a su propia historia. La estrecha relación entre los descubrimientos de la ciencia y la industria ha multiplicado las revoluciones técnicas del mundo actual, condicionado por numerosas aplicaciones científicas nacidas en Estados Unidos.

Unos inicios prometedores

Ya en el siglo XVIII la clase dirigente de la América inglesa poseía un nivel técnico tan elevado como el que había en la metrópoli.

Repartidas a lo largo de 2.000 km de costas, las comunidades de colonos no tenían más remedio que instalarse en los entornos más favorables, donde el terreno era más propicio a los cultivos o donde las poblaciones indígenas, divididas en pequeñas tribus antagónicas, pudieran ser expulsadas o sometidas a la marginalidad sin demasiadas dificultades. El mar fue la vía de unión y el primer medio de comunicación entre todos esos asentamientos. No tardó en aparecer un mundo de comerciantes, marinos y pescadores, pero también de constructores de navíos, que prosperaron sobre todo en Nueva Inglaterra. Pronto llegaron a dominar a la perfección las técnicas más modernas de construcción naval. Las colonias norteamericanas eran ya económicamente independientes y se sentían preparadas para la autonomía política. Los propios astilleros se encargaban de producir la madera, el cáñamo, la lona y los metales que utilizaban en la construcción de barcos. No sólo los marinos de Boston comerciaban con la carne de las ballenas que cazaban en todos los mares del mundo, sino que la colonia de Massachusetts hizo construir ya en 1720 su primer navío de guerra. Fue en Nueva Inglaterra donde nacieron los *clippers*, los veleros para el comercio más rápidos jamás construidos. Esta larga tradición de dominio marítimo quedó inmortalizada en 1851 por la victoria del yate *America* en las regatas de la isla de Wight, donde se situó por delante de 14 competidores británicos.

Estados Unidos ha dispuesto desde sus orígenes, sobre todo en los estados del norte, de conocimientos técnicos para fabricar barcos, pero también las herramientas, los carromatos y las armas necesarias para que sus agricultores-ganaderos-pioneros avanzasen hacia el oeste.

El reino del pragmatismo

Incluso antes de 1900, las innovaciones de los norteamericanos permitieron situar a su industria en el primer puesto mundial, por delante de Gran Bretaña. Pero los inventores norteamericanos del siglo XIX no fueron en absoluto teóricos, sino incansables experimentadores, con frecuencia expertos hombres de negocios que hicieron fortuna gracias a sus inventos. El arquetipo de todos ellos es Thomas Edison.

Muchos aspectos favorecieron el desarrollo de Estados Unidos durante el siglo XIX. La población era todavía poco numerosa y la escasez de mano de obra constante, por lo que no hubo más remedio que recurrir a la inmigración, pero también a las innovaciones técnicas. El marco político se caracterizaba por un notable grado de libertad local en un contexto democrático que no ponía traba alguna a la capacidad de iniciativa. El gobierno federal animaba a la expansión territorial. El marco psicológico dominante era el de la tradición protestante puritana, que exalta la libertad individual, pero también el sentido de comunidad entre los hombres ante Dios, carente de cualquier inhibición en relación con el dinero y el trabajo. El comercio se mostraba muy activo, y la sociedad, deseosa de logros materiales y dispuesta a acoger toda clase de innovaciones y técnicas. En Europa llamamos *American ingenuity* (ingenuidad americana) a esta actitud individual y colectiva con la que los americanos abordan los problemas materiales de una manera práctica y sin apriorismos.

Teniendo en cuenta este entorno tan favorable, el recurso a las máquinas y la técnica se revela con frecuencia como el medio más eficaz y rápido para solucionar los problemas de producción, explotación, transporte o comunicación. La guerra civil de 1861, primera guerra técnica e industrial del planeta, constituye de algún modo la matriz del moderno Estados Unidos.

El primer problema que se planteó fue el del transporte de masas. En el siglo XIX, en un país sin auténticas carreteras, se seguía utilizando la navegación de cabotaje y las grandes vías de agua. Entre 1817 y 1825 se construyó un canal que unía los Grandes Lagos con el Atlántico a través de los ríos Erie y Hudson. Robert Fulton (1765-1815), el norteamericano que había propuesto en vano la construcción de un sumergible a vapor a Francia e Inglaterra, consiguió en 1807 hacer navegar de manera regular un barco de paletas de 39 metros a lo largo de los 240 kilómetros del río Hudson, que separa Nueva York de Albany. Los grandes vapores de paletas se generalizaron con gran rapidez en toda la cuenca del Misisipí y convirtieron la ciudad de Nueva Orleans, situada en la intersección de las grandes vías fluviales y marítimas, en el gran centro del comercio de algodón, madera y cereales. Las obras de Mark Twain han inmortalizado estas travesías comerciales por los ríos Misisipí y Ohio.

El 4 de julio de 1828 se dio el primer golpe de pico para la construcción de una línea

ferroviaria destinada a unir el puerto de Baltimore con el valle del Ohio, situado 600 km al oeste. En 1835 los distintos estados habían concedido ya más de 200 concesiones ferroviarias. En 1840 la red ferroviaria alcanzaba una longitud de 4.500 km, casi tantos como la red de canales por entonces en servicio. En aquellos momentos Europa no contaba más que con unos 2.900 km de vías férreas. El desarrollo sería prodigioso, ya que en su apogeo, en 1916, las redes ferroviarias alcanzaban un total de 406.000 km y daban trabajo a dos millones de personas. Muy pronto, Estados Unidos dejó de depender de la tecnología europea. La primera locomotora norteamericana se construyó en Nueva York a partir de una máquina de vapor de barco. Entre 1829 y 1841, Estados Unidos importó sólo 120 locomotoras inglesas y, entre 1830 y 1950, la industria norteamericana construyó 160.000 máquinas a vapor, sin dejar de perfeccionarlas hasta alcanzar auténticos monstruos de 400 toneladas, con una potencia de 7.000 caballos, capaces de arrastrar convoyes de 150 vagones; es decir, un total de 12.000 toneladas. Las últimas máquinas de vapor siguieron prestando servicio hasta 1960, cuando fueron definitivamente reemplazadas por las locomotoras diesel. El desarrollo económico de Estados Unidos se apoyó sobre todo en el ferrocarril. La guerra de Secesión apenas ralentizó su expansión, y las redes atlántica y pacífica se unieron finalmente en 1869. Gracias a las vías férreas, Chicago se convirtió en el primer mercado mundial del trigo y la carne. Los primeros mataderos industriales y los modernos silos para conservar los cereales revolucionaron la producción y el mercado agrícola.

Este auge coincidió con el del telégrafo, inventado por Samuel Morse (1791-1872) en 1840. Paralelamente, se desarrolla una poderosa industria siderúrgica gracias a los gigantescos recursos de carbón y minerales férreos, tratados con las técnicas más modernas descubiertas en Europa. Esta industria creció enormemente en los estados del norte inmediatamente después de la guerra civil. Fue de la mano con el desarrollo de los ferrocarriles y proporcionó las armas y los barcos de guerra para la marina de Estados Unidos. Auténtica punta de lanza del imperialismo norteamericano, la nueva potencia naval permitirá en 1898 expulsar a España de la cuenca del Caribe y de Filipinas.

En la segunda mitad del siglo XIX, los norteamericanos realizaron también una labor pionera en la búsqueda, extracción y explotación de petróleo y gas. Fueron los primeros en apresurarse a sustituir el transporte de los productos petrolíferos por vía férrea por una

red de oleoductos a la que siguió muy pronto otra de gasoductos.

Los monocultivos nacieron en Estados Unidos con la aparición hacia 1850 de enormes cosechadoras y trilladoras mecánicas arrastradas por docenas de caballos. Estas máquinas permitían revalorizar rápidamente las tierras, lo que contribuyó a impulsar el frente de la colonización cada vez más hacia el oeste. A comienzos del siglo XX los norteamericanos se encontraban a la vanguardia de la mecanización agrícola. Entre los agricultores americanos cada vez era más común disponer de maquinaria, primero movida a vapor y luego con motores de explosión, mientras que los del resto del mundo, salvo raras excepciones, seguían utilizando el caballo y el arado.

Finalmente, los norteamericanos han desempeñado un papel determinante en la implantación generalizada del teléfono, cuyo primer modelo práctico es desarrollado en 1876 por Alexander Graham Bell (1847-1922). Apasionado por las aplicaciones de la electricidad, Thomas Edison (1847-1931) perfeccionó el telégrafo eléctrico, inventó el primer fonógrafo en 1877 y dos años después la bombilla incandescente. En las proximidades de Nueva York, primero en Memlo Park y luego en West Orange, creó los primeros laboratorios de investigación aplicada. Allí nacerían todas las invenciones que comercializaron sus múltiples empresas: compañías de iluminación pública, una fábrica de acumuladores, otra de cemento, etc. Edison fue también el fundador de la primera compañía norteamericana de construcciones eléctricas, que luego se extendería por Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Rusia y Austria. Mediante fusiones y compras sucesivas, su compañía, primer esbozo de gran empresa multinacional, daría origen en el cambio de siglo a la gigantesca General Electric, aún hoy la empresa norteamericana más importante en el campo eléctrico.

En la misma época, bajo el impulso de ingenieros como Taylor (1856-1915) y Ford (1863-1947), la industria norteamericana introdujo el estudio sistemático de los movimientos y tiempos del trabajo, la estandarización de las piezas mecánicas y la producción industrial en cadena. Los norteamericanos no han inventado la fotografía, ni el cine, ni el automóvil, pero han sido los primeros que han sabido utilizar todas esas técnicas a gran escala. Por el contrario, sí fueron pioneros en la construcción de rascacielos y puentes gigantescos. Lograron terminar el canal de Panamá en 1914, después de esforzados trabajos en los que utilizaron los ingenios mecánicos más modernos, sin comparación posible con los empleados por la empresa francesa veinte años antes.

Deben atribuirse a Estados Unidos dos inventos que han revolucionado la sociedad del siglo XX: el avión, cuya paternidad también reivindican los franceses, y la lámpara de triodo, origen de la electrónica. En 1903 los hermanos Wright hicieron volar su primer aeroplano. En 1908 demostrarían en Francia las virtudes de su motor en comparación con los de los pioneros franceses. La construcción aeronáutica se había puesto en marcha a finales de los años treinta. En 1907 Lee de Forest inventó la lámpara de triodo, inaugurando de ese modo la era de la radio y luego la de la electrónica. Cuarenta años después, lámparas derivadas de las de triodo serían empleadas para sustituir los relés mecánicos en la primera calculadora, una máquina gigantesca construida para satisfacer las necesidades de cálculos matemáticos complejos que exigía la investigación nuclear. La sociedad IBM, nacida en 1912 y conocida hasta entonces como fabricante de cajas registradoras, sería la encargada de realizar este primer ancestro del ordenador. El avance, la base de un desarrollo ulterior prodigioso, fue posible gracias a que en aquellos momentos se conjugaba la voluntad política de un estado en guerra con los recursos de una industria ya muy poderosa y los conocimientos teóricos de matemáticos como el inglés Turing, el norteamericano de origen húngaro Von Neumann o sus compatriotas Eckert y Mauchly.

La era de la hegemonía

Desde comienzos del siglo XX, la concesión de los premios Nobel de Física, Química y Medicina proporciona todos los años un indicador del nivel de desarrollo científico en los diferentes países del mundo. A lo largo de 95 años, 187 de esos premios, sobre un total de 450, han sido concedidos a científicos norteamericanos. Un dato como éste basta para hacer comprender hasta qué punto Estados Unidos se convirtió en el país elegido por la cultura científica moderna, y hasta qué punto sigue siéndolo. El número de científicos norteamericanos de nacimiento es muy notable, pero no inferior al de los

que, aunque nacidos en el extranjero, trabajan en las universidades y laboratorios norteamericanos, que han atraído a los investigadores europeos desde bastante antes de la primera guerra mundial. Los norteamericanos sólo empezaron a aparecer en el palmarés del Nobel a partir de los años treinta. Antes de 1939 sólo habían recibido 11 premios científicos. A partir de entonces las universidades norteamericanas se han convertido en auténtico caldo de cultivo para premios Nobel.

El periodo inmediatamente posterior a la primera guerra mundial, caracterizado sobre todo por la preeminencia económica y financiera de Estados Unidos con respecto a una Europa arruinada, supuso un desarrollo sin precedentes de la investigación científica. Dos factores han dado un impulso esencial a la hegemonía científica de Estados Unidos en el siglo XX. El primero es coyuntural: la llegada a Estados Unidos a partir de 1930 de destacados investigadores europeos que encontraban en las universidades norteamericanas una acogida generosa y facilidades materiales desconocidas en Europa. Sus grandes laboratorios, dotados con toda clase de medios, atrajeron a los espíritus más intrépidos de Europa. Ofrecían además refugio a un elevado número de científicos europeos perseguidos en Alemania e Italia por su origen judío o sus opiniones políticas. El segundo factor fue la participación de Estados Unidos en la segunda guerra mundial. Norteamérica adquirió en ese momento los medios necesarios para conducir simultáneamente dos guerras victoriosas, en Europa y en el Pacífico, al tiempo que, desde 1941, se concentraba en el desarrollo de un arsenal atómico. En 1941, Roosevelt, convencido por sus asesores científicos y por las evidencias de Einstein, ordena la construcción de una bomba atómica. La primera explosión experimental tuvo lugar en julio de 1945 en Nuevo México. Un mes después llegaron los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, que condujeron a la capitulación de Japón. La aceleración de conocimientos científicos que representó una decisión así seguirá siendo sin duda alguna uno de los hitos decisivos del siglo XX. Esta proeza técnica, que se realizó en un plazo de sólo cuatro años, fue posible gracias a la formación, un decenio antes, de una base científica sólida y al potencial industrial de Estados Unidos.

De la industria masiva a las industrias punta

En 1945 Estados Unidos dominaba ya a la perfección todos los procesos metalúrgicos. Se había convertido en el mayor productor mundial en todos los campos. Ejercía un dominio absoluto en aplicaciones punta tales como la aviación, los radares y las transmisiones radioeléctricas. En todas partes se registraban avances gigantescos, fuera la utilización de nuevas fibras como el nailon, inventada por Dupont de Nemours en 1942, o el uso generalizado de la penicilina. Ese antibiótico fue descubierto en un laboratorio por el investigador y sabio británico Alexander Fleming en 1928, pero sólo la industria química norteamericana fue capaz de producirlo de manera masiva a partir de 1944.

En 1945, sólo dos campos técnicos, que conocerían un desarrollo considerable durante la segunda mitad del siglo XX, escapaban a la supremacía norteamericana: la fabricación de motores de aviones a reacción y la de co-

EL MASSACHUSETTS INSTITUTE OF TECHNOLOGY (MIT)

Fundado en Boston en 1861 por William Barton Rogers, el Massachusetts Institute of Technology fue concebido desde su origen como una institución en la que la enseñanza debía desembocar en aplicaciones prácticas de la ciencia. En 1916, el MIT, ligado estrechamente a la ciudad de Boston, se instala en Cambridge, en las proximidades de la Universidad de Harvard. El MIT sigue siendo uno de los primeros centros científicos universitarios de Estados Unidos. Cuenta con cinco facultades de ingeniería, aproximadamente 9.500 estudiantes (de ellos un 15 % extranjeros) y 70 laboratorios especializados en los campos nuclear y electrónico, pero también en la arquitectura y las ciencias humanas. Es también un importante centro de publicaciones científicas.

La existencia en las proximidades de Boston de instituciones universitarias prestigiosas ha permitido en los años que siguieron a la segunda guerra mundial la aparición de un importante fenómeno técnico e industrial. La primera gran zona de innovaciones tecnológicas se ha instado a lo largo de la carretera 128, que rodea Boston. La reconversión de la economía de guerra, las necesidades de un mercado mundial sostenido por el Plan Marshall, pero también las inversiones masivas del Estado norteamericano en el desarrollo militar y civil de la energía nuclear, de la electrónica y el desarrollo espacial durante los primeros años de la guerra fría, han estimulado a las empresas instaladas en la zona a invertir capitales y a atraer a jóvenes innovadores deseosos de rentabilizar lo más rápidamente posible los logros más recientes de la investigación científica. Posteriormente, ese modelo de desarrollo tecnológico ha creado escuela.

EL SILICON VALLEY

Desde los años sesenta el Silicon Valley se ha convertido en el núcleo de la industria informática. Su nombre viene del silicio, producto base para los compuestos electrónicos. En el momento actual, esta zona de innovación tecnológica se extiende por el sur de San Francisco a lo largo de una gran región de 40 km de largo entre Palo Alto, sede de la importante universidad científica de Stanford, y las localidades de Sunnydale, Santa Clara, Cupertino y San José. Cuenta con millón y medio de habitantes y con aproximadamente 8.000 empresas, de las que 3.000 están especializadas en electrónica. Cuatro quintas partes de estas empresas dan empleo a menos de 50 personas. En las mayores, miles de empleados trabajan en la fabricación de chips o en el montaje de ordenadores en talleres ultramodernos propiedad de grupos operadores. El número de empleos generados por la industria de la alta tecnología se sitúa actualmente entre 300.000 y 400.000.

El Silicon Valley nació por iniciativa de Frederick Terman, profesor de Técnicas de Radio en la Universidad de Stanford. En el marco de la recesión de los años treinta, para asegurar salidas profesionales a sus estudiantes, les animó a fundar empresas de electricidad y preconizó un diálogo constante entre empresarios y enseñantes que él llamaba «el matrimonio de la ciencia y la economía». A partir de 1939 dos de sus alumnos, Hewlett y Packard, crearon una empresa para comercializar un osciloscopio de su invención. En 1981, su empresa de electrónica daba trabajo a 60.000 personas. En 1995, convertida ya en segunda empresa norteamericana de electrónica sólo por detrás de la gigantesca IBM, Hewlett Packard empleaba a 102.000 personas en todo el mundo, de ellas 18.000 en Silicon Valley. En California nació toda una industria a partir de la invención del transistor en 1948 por Bardeen y Shockley, que impartían clases en Stanford. La miniaturización permitió en 1955 la realización de la primera calculadora transistorizado. La invención de los circuitos impresos en 1959 y, sobre todo, la del microprocesador en 1971 por Ted Hoff, de la sociedad Intel, han acelerado el desarrollo de la industria informática, estimulada además por las necesidades crecientes de la conquista espacial y de la carrera armamentística.

Desde el primer momento, el sistema de capital riesgo ha constituido el motor del crecimiento de Silicon Valley. El éxito de la sociedad Apple, creada en 1977 por Jobs y Wozniak, que lanzó el ordenador portátil e inauguró la era de la microelectrónica, es el ejemplo emblemático de los triunfos de Silicon Valley. Evidentemente, la mortalidad de las empresas es elevada, pero también lo son los beneficios, que en algunos años han llegado a ser 240 veces mayores que la inversión inicial. Se calcula que, en diez años, entre un 20 y un 30 % de las sociedades creadas en régimen de capital riesgo sobreviven y rinden como media diez veces más de la cantidad invertida inicialmente. Esta tasa de rendimiento conduce a los inversores a seguir prestando apoyo a la creación de nuevas empresas de tecnología, las *start-up*. Dado que el ciclo de vida de los productos informáticos es extremadamente breve, la innovación y creación de empresas está constantemente estimulada y las nuevas reemplazan a las ya desaparecidas continuamente.

El propio éxito de Silicon Valley ha conducido a una saturación del espacio edificable y de los ejes de comunicación, lo que ha dado lugar a un aumento de los gastos de instalación. Las empresas más florecientes se han extendido por otras zonas: Hewlett Packard por Colorado, Apple en Tejas e Intel hacia Oregón, no lejos de la empresa Microsoft de Bill Gates. Al mismo tiempo, en Silicon Valley se han instalado laboratorios y centros de producción de empresas norteamericanas, como IBM, y extranjeras, sobre todo japonesas, como Toshiba, Hitachi o NEC, deseosas de beneficiarse de la abundancia de iniciativas para el mercado futuro.

Tras la pausa que siguió a la extraordinaria expansión de la década de los ochenta, Silicon Valley está de nuevo en pleno auge. Las recientes aplicaciones para las redes de comunicación, como Internet, el desarrollo de los microordenadores y el progreso de la biotecnología, han contribuido a relanzar el mercado y la actividad. Las empresas se disputan a los ingenieros más brillantes y a los mejores equipos, mientras que los inversores buscan a los empresarios más innovadores. En 1996 se invirtieron en Silicon Valley 2.500 millones de dólares, es decir, la cuarta parte de todo el capital riesgo invertido ese año en Estados Unidos.

hetes. El adelanto alemán en estos dos campos era incontestable. La victoria sobre la Alemania nazi permitió a Estados Unidos, al igual que a los soviéticos, convertirse en los grandes centros de investigación de los que nacería la aviación moderna y la industria espacial. El ingeniero alemán Werner von Braun fue el inspirador del programa espacial norteamericano que conduciría a Neil Armstrong a la Luna en 1969. Fortalecido gracias a estos avances en el campo de la aeronáutica, Estados Unidos contaba en 1997 con tres enormes grupos, Boeing, Lockheed y Raytheon, que construyeron el 80 % de los aviones y misiles militares y dos tercios de los aviones civiles vendidos en todo el mundo ese año.

Hacia el siglo XXI

Tras la desaparición de la Unión Soviética, sólo queda Estados Unidos como auténtica potencia nuclear y espacial. A medio plazo, su superioridad en estos dos campos no podrá ser igualada por Europa, ni por una Rusia en proceso de reconstrucción, ni por China, que todavía camina hacia la era moderna. Por tanto, no es en esos terrenos, sino en el orden económico mundial, donde Estados Unidos debe esforzarse de manera prioritaria por conservar su liderazgo. De hecho, no ocupa ya el primer puesto en la producción industrial básica, y lo mismo empieza a ocurrir en numerosas industrias de transformación. Siempre a la cabeza en cuanto al con-

LOS CENTROS CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS
CANADÁ
MÉXICO
U Wash
Seattle
Portland
Stanford
Berkeley
UCSF
San Francisco
SILICON VALLEY
Caltech
Los Ángeles
UCLA
USC
UCSD
San Diego
Phoenix
Los Álamos
Santa Fe
U Colorado
Denver
U of Minnesota
St. Paul
Madison
Chicago
Urbana
Ann Arbor
Detroit
U Ohio
Columbus
Pittsburgh
Cornell
MIT / Harvard
Boston
Rochester
Columbia / Yale
NYU
ROUTE 128
U Penn
Nueva York
Filadelfia
John Hopkins
Washington
Duke / Chapel Hill
Vanderbilt
Nashville
Georgiatech
Atlanta
Tallahasee
Cabo Cañaveral
Dallas
U of Texas
Austin
Texas AM
Houston
Nueva Orleans
San Antonio
Los tres mayores centros de investigación universitaria
Otros grandes centros de investigación universitaria
Alta tecnología (electrónica, aeroespacial, nuclear, biogenética)
Zona de innovación especialmente dinámica

Los primeros experimentos con cohetes en Estados Unidos se deben a un investigador aislado, el ingeniero Richard Goddard, que en los años treinta consiguió lanzar determinados prototipos que alcanzaron una altitud de 9.000 metros. Los norteamericanos lo han convertido en el padre fundador de la astronáutica americana. En realidad, la industria espacial estadounidense nació después de 1945, como consecuencia directa de la victoria sobre la Alemania hitleriana.

A comienzos del siglo XX, la conquista del espacio no pasaba de ser una simple reflexión futurista sobre un problema que superaba totalmente las posibilidades técnicas de la época. Fue conducida sobre todo por teóricos como el ruso Tsiolkovski, el alemán Oberth o el francés Esnault-Pelterie. Prototipos de cohetes impulsados por pólvora, herederos de los inventados en 1810 por el inglés Congreve, fueron utilizados a pequeña escala en 1914-1918.

La joven Unión Soviética y Alemania fueron los únicos en retomar el estudio y perfeccionamiento de los cohetes. Se trataba sobre todo de hacerse con un nuevo tipo de armamento. En Rusia, esas investigaciones constituyeron el origen de los famosos «órganos de Stalin», prototipos de armas revestidos ya de todas las características fundamentales del misil militar actual. En Alemania, terminarían dando lugar a los V2, cuyos terroríficos efectos no bastaron sin embargo para modificar el curso de la guerra. La puesta en servicio en septiembre de 1944 de aquel «arma milagrosa» resultó demasiado tardía, pero el recuerdo de los peligros con los que tuvieron que enfrentarse los aliados no podría olvidarse. En mayo, los soviéticos ocuparon el centro de experimentación de Peenemünde mientras que el ejército norteamericano capturaba simultáneamente en Baviera al inventor de las V3, Von Braun, sus equipos de ingenieros y numerosas V2 en construcción. Científicos y materiales fueron inmediatamente trasladados a Nuevo México, mientras proseguía la guerra del Pacífico. Von Braun propuso entonces a los norteamericanos su proyecto de cohete A4, que había estudiado para bombardear Nueva York desde Europa. La suya fue la primera descripción concreta de un misil intercontinental.

La guerra fría, y después el desarrollo de armas atómicas en la URSS, imprimieron un nuevo giro a la industria norteamericana de los cohetes y a sus aplicaciones espaciales, que son sobre todo de carácter militar. A partir de 1949 el presidente Truman creó en Florida el polígono de lanzamiento de Cabo Cañaveral. El equipo germano-norteamericano con sede en Redstone lanzó en julio de 1950 un misil inspirado en los V2, que fue el origen de toda la gama de cohetes Jupiter, Thor y Juno. Este último fue el que consiguió poner en órbita un satélite de 14 kilos en enero de 1958; es decir, cuatro meses después de la sorpresa del primer Sputnik, que pesaba 84 kilos.

Estimulado por los avances soviéticos, el presidente Kennedy lanza en mayo de 1961 el programa Apollo que, tras los vuelos de circunvalación de la tierra Mercury (1959-1963) y Gemini (1964-1966), financiaría nueve vuelos lunares, seis con alunizaje incluido, escalonados entre 1964 y 1972. El cohete gigante Saturno, ideado por Von Braun, aseguró el éxito de la iniciativa de Kennedy. Movilizando considerables medios, tanto técnicos como económicos, contribuyó a fundar la industria espacial norteamericana.

Este esfuerzo estaba sostenido por una voluntad política constante que animaba el orgullo nacional. Se evoca la época de una Nueva Frontera. Debía recuperarse a cualquier precio el retraso inicial con respecto a la Unión Soviética. Simultáneamente, Estados Unidos consigue un desarrollo prodigioso en el campo de los misiles estratégicos de largo alcance, que pueden lanzarse desde el suelo o desde submarinos nucleares. La rivalidad americano-soviética en el espacio discurrió en paralelo con la carrera de armas nucleares de disuasión, que duraría 30 años. 1962 fue el año de la crisis de los misiles de Cuba. En 1980 la tensión alcanzó su punto álgido con el despliegue de «euromisiles» soviéticos y norteamericanos en Europa y el inicio del proyecto de defensa estratégica o «guerra de las galaxias». Lanzado por el presidente Reagan, preveía la puesta en marcha de una amplia gama de satélites de detección y destrucción en vuelo de misiles soviéticos. A partir de 1985 el hundimiento político, industrial y económico de la URSS, revelado poco después de la llegada de Gorbachov al poder, contribuye a frenar progresivamente la carrera de armamentos estratégicos y a reducir espectacularmente las posibilidades espaciales de Rusia.

En 1965, con los Early Bird, aparecen en Estados Unidos los satélites de conexión de telecomunicaciones comerciales. Representarían una revolución mundial en los campos de las comunicaciones y la televisión. Desde ese momento comienza a existir un mercado espacial de actividades rápidamente convertidas en indispensables para la economía de todo el planeta. Los gigantes de las comunicaciones, desde el primer momento empresas norteamericanas, se disputan el espacio para poner en órbita auténticas «constelaciones» de satélites telefónicos. La red Internet, aparecida un cuarto de siglo después para paliar mediante satélites de conexión eventuales fallos de la red científica militar norteamericana, se ha convertido, sin embargo, en una herramienta de comunicación de carácter universal.

A partir de 1970 la NASA estudia un sistema de lanzadera reutilizable. En 1981 diversos equipos ponen en órbita satélites directamente a partir de esta lanzadera. Se construyeron para ello cinco costosos ingenios. Desde 1997 han efectuado ya más de 80 misiones. Se trata de un éxito incontestable. No obstante, la explosión accidental de la lanzadera Challenger inmediatamente después de su lanzamiento en enero de 1986 dio lugar a una suspensión de los vuelos durante dos años. El empleo de la lanzadera, auténtico «camión» espacial de vuelos de circunvalación de la tierra, representa el inicio de la era de la explotación comercial, científica y militar del espacio. Tras la retirada en 1988 del programa soviético Bourane y el abandono en 1993 del avión espacial europeo Hermes, Estados Unidos es el único país capaz de desarrollar esta técnica.

La cooperación ruso-norteamericana en las estaciones espaciales tripuladas, iniciada a finales de la era soviética, se traduce en la presencia, constante a partir de 1995, de un astronauta norteamericano a bordo de la estación orbital Mir. De hecho, Rusia no podría mantener este tipo de actividad si no fuera por la aportación financiera de los contratos de vuelo de astronautas americanos y europeos. Estados Unidos se ha asegurado ya la dirección del proyecto de estación internacional Alfa. Este programa, con participación norteamericana, rusa, japonesa y europea, prevé el ensamblaje en el espacio, en principio a partir del año 2002, de un laboratorio espacial tripulado de carácter permanente y avituallado por lanzaderas.

sumo de energía, a partir de 1973 han empezado a depender de sus importaciones de petróleo. Se puede pues hablar de un declive relativo en comparación con el momento de apogeo de la civilización industrial a partir del siglo XIX sobre la base del hierro, el carbón y el petróleo. La industria automovilística sigue siendo poderosa, produce como un continente entero, pero no tiene ya la importancia ni provoca los mismos efectos de impulso técnico y progreso social que en otros tiempos. Sectores que en los años sesenta y setenta estaban a la cabeza de la revolución tecnológica, parecen haber caído actualmente en desgracia. La construcción de centrales nucleares productoras de electricidad se ha interrumpido tras el accidente de Three Mile Island en los años ochenta.

La realidad es que se ha producido una mutación, un cambio gigantesco en la industria. En el territorio norteamericano se traduce en el auge de California o de Tejas y en la reestructuración de los centros económicos del noreste y el Medio Oeste. Estados Unidos sigue apostando por conservar su hegemonía, pero ésta se basa sobre todo en las industrias punta, que condicionan el desarrollo de todas las otras formas de actividades industriales, económicas y sociales. La investigación exige notables inversiones de capital. Su utilización en aplicaciones prácticas resulta también muy costosa, y para obtener beneficios es necesario que los productos se impongan rápidamente en el conjunto del mercado mundial. Es la única forma de recuperar los fondos invertidos, de desplazar a la competencia y, sobre todo, de poder seguir invirtiendo en nuevos avances tecnológicos. A modo de ejemplo, diremos que desde hace unos 15 años se produce una revolución informática cada dos o cada tres años, a veces menos. Las consecuencias visibles de esta evolución son la bajada de precios de venta y la multiplicación de los rendimientos ofrecidos por los ordenadores. En otro campo, el de la aviación civil, en el que las inversiones para la investigación resultan todavía más costosas y el mantenimiento de las ventas en todo el mercado mundial es por consiguiente esencial, la dureza de la lucha ha eliminado casi totalmente la industria aeronáutica rusa, que se ha visto obligada a equipar sus aviones con células de motores y equipamientos radioeléctricos occidentales. Esta competencia implacable ha conducido también a la desaparición de la empresa Douglas, absorbida por Boeing, y ha obligado a Lockheed a fusionarse con Martin.

Arriesguémonos a realizar una comparación histórica. En el siglo XVIII Inglaterra, una nación con menos de diez millones de habitantes, sentó las bases de su hegemonía política, económica y militar a todo lo largo del siglo XIX a partir de un proyecto bien sencillo: comerciar libremente en todas las regiones del mundo y dominar el transporte marítimo. En un primer momento, la marina inglesa podía contar con su superioridad téc-

LAS *MAJORS* DE LA INFORMÁTICA

Estados Unidos alberga las más importantes empresas informáticas del mundo. La primera de ellas, IBM, fundada en 1912 y dirigida a partir de 1914 por Thomas John Watson, se especializó desde el primer momento en cajas registradoras y material de oficina, antes de fabricar calculadoras muy potentes en los años cuarenta y ordenadores en los cincuenta. IBM, que goza desde hace mucho tiempo de una posición dominante en el mercado, sobre todo en el de los ordenadores más potentes, ha sufrido una crisis en los años noventa al tener que enfrentarse con la competencia de empresas japonesas y al mayor dinamismo de las pequeñas empresas informáticas norteamericanas. Tras unos resultados negativos en 1991 (los primeros de su historia), la empresa ha experimentado una recuperación a partir de 1994. Por otro lado, Big Blue ha conservado su adelanto tecnológico y en 1997 consiguió mejorar los procedimientos de grabación de los transistores combinando el cobre con el silicio.

Desde hace bastante tiempo segunda gran empresa incontestable en la industria informática norteamericana, Apple, fundada en 1976 por Steve Jobs y Stephen Wozniak en el Silicon Valley californiano, fue pionera en el campo de la microinformática y en 1984 lanzó la gama de ordenadores personales Macintosh. Tras un crecimiento fulgurante, la empresa sufrió graves problemas financieros, en particular por haber tardado en ceder las licencias de explotación de Macintosh a otros constructores, permitiendo de ese modo la aparición de «clones». Apple, en claro declive desde comienzos de los noventa, no ha tenido más remedio que unirse en agosto de 1997 a la poderosa Microsoft, primera empresa mundial en el campo de los programas informáticos, para lanzar su nuevo sistema, Rhapsody.

Los norteamericanos dominan no sólo la construcción de materiales y la edición de programas, sino también la fabricación de microprocesadores. Situada en el primer puesto en ese campo, la sociedad Intel se alió en 1997 con sus competidoras Advanced Micro Devices y Motorola para desarrollar un microprocesador cien veces más potente y con capacidad de memoria mil veces superior a los existentes hasta entonces. Intel y los otros fabricantes de microprocesadores constituyen sin duda alguna las empresas con mayores probabilidades de sacar partido de los formidables avances del mercado informático mundial.

nica, científica y económica. El recubrimiento de los cascos de los barcos con cobre, por ejemplo, aseguraba una mayor longevidad de las embarcaciones. Inglaterra fue por otro lado el primer país en preocuparse por resolver científicamente los problemas derivados de la navegación, y finalmente Londres supo organizar desde el principio un sistema de fletes y seguros especialmente eficaz. La revolución industrial convirtió al Reino Unido en el gran país manufacturero del mundo. El libre cambio y la libertad marítima y comercial se convirtieron en dogmas. Para protegerlos, Gran Bretaña se propuso controlar todos los puntos de paso obligados (Gibraltar, Malta, las salidas del mar Rojo, los estrechos de la Sonda, etc.), así como de crear protectorados o colonias en todos los lugares en los que fuera posible el comercio o la explotación de los recursos naturales. Durante más de un siglo, basándose en estos puntos de apoyo y en el marco de una política mundial de comercio, las flotas mercante y militar del Reino Unido impusieron el dominio de la *Pax britannica.*

El proyecto norteamericano para el siglo XXI responde a las mismas perspectivas mundiales, pero los medios son distintos. La sociedad occidental ha pasado desde el siglo XVIII de un mundo en el que la existencia estaba condicionada por la agricultura y la fuerza física del hombre y los animales a otro nacido de la revolución industrial y regido por las máquinas. Se trata de una civilización que se ha ido haciendo progresivamente mundial y que está en trance de transformarse por el impacto de los progresos técnicos. Estamos en los albores de una civilización «posindustrial», que se caracteriza por la inmediatez de la información, la rapidez de las comunicaciones y un intercambio internacional cada vez más fluido.

Del mismo modo que Inglaterra controlaba todos los puntos de paso obligado para la navegación, Estados Unidos se esfuerza por apoderarse de los puntos estratégicos del mundo moderno. Hoy el dominio de la información condiciona tanto el comercio como a la opinión pública y los conocimientos científicos y técnicos. El acceso inmediato a todo tipo de información se ha convertido en una exigencia universal y en un mercado casi ilimitado. Conservar y desarrollar estos medios de actuación es el objetivo primordial de la estrategia de los que deben adoptar las decisiones económicas y políticas (*to keep American communication dominance,* «mantener el dominio de Estados Unidos sobre la comunicación»). La preeminencia de la que gozan los norteamericanos en este campo se debe a la conjunción de numerosas innovaciones: comunicaciones vía satélite, avance de la electrónica, nuevos medios de transmisión, desarrollo informático, etc.

Los norteamericanos ven su futuro en un liderazgo mundial que comienza por la economía. El dominio de la técnica permitirá que jamás se ponga en cuestión su condición de primera fuerza militar y espacial, pero sobre todo que su industria mantenga en todo momento la iniciativa en las actividades clave del mundo futuro.

El análisis del volumen y la naturaleza de las inversiones en investigación y desarrollo permiten pensar que Estados Unidos mantendrá su adelanto con respecto al resto del mundo. Inversiones que entre 1995 y 1996 superaron los 25 billones de pesetas, mientras que, por ejemplo, en Francia apenas supusieron 1,3 billones. Más significativos son todavía los sectores en los que más se ha invertido: el espacio y las telecomunicaciones, en los que se debe mantener el adelanto conseguido, las construcciones aeronáuticas y la biotecnología y la medicina, campos estos últimos que se consideran prioritarios hasta el punto de invertirse en ellos una media anual de más de dos billones de pesetas. Las manipulaciones genéticas de los seres vivos se traducen ya en términos económicos con la llegada masiva al mercado mundial de los productos «transgénicos» de la nueva agricultura norteamericana. Avance o desviación peligrosa, las perspectivas de intervenciones en el patrimonio genético humano son ya una realidad.

POTENCIA MUNDIAL

Economía, capacidad militar, diplomacia, cultura... Estados Unidos es la mayor potencia del planeta en todos los campos y se propone seguir siéndolo al precio que sea. Queda por definir la finalidad de ese poder. Norteamérica se esfuerza por forjar un «nuevo orden internacional» y por imponer su liderazgo al resto del mundo.

DIPLOMACIA Y ECONOMÍA

En el primer capítulo de su libro *Diplomacy*, consagrado a la historia de la diplomacia norteamericana, el ex secretario de Estado Henry Kissinger señala: «En el siglo XX ningún otro país ha ejercido una influencia tan decisiva y al mismo tiempo tan ambivalente como Estados Unidos (...). Ninguna nación ha demostrado más pragmatismo en la forma habitual de conducir sus relaciones diplomáticas, ni más ideología en la consecución de sus convicciones morales históricas». Las relaciones que mantienen diplomacia y economía en Estados Unidos deben ser analizadas a la luz de esta ambivalencia fundamental, de esta paradoja persistente entre el profundo humanismo de los principios reivindicados y la realidad de las acciones emprendidas por la gran potencia norteamericana.

Toda la complejidad de la relación entre economía y diplomacia en Estados Unidos se deriva del hecho de que Norteamérica no puede dar la impresión de limitarse a perseguir de manera egoísta sus propios intereses económicos. La administración norteamericana parece, sin embargo, perderse a veces en justificaciones aventuradas con las que pretende demostrar la necesidad y legitimidad de sus actos, sobre todo ante su propia opinión pública.

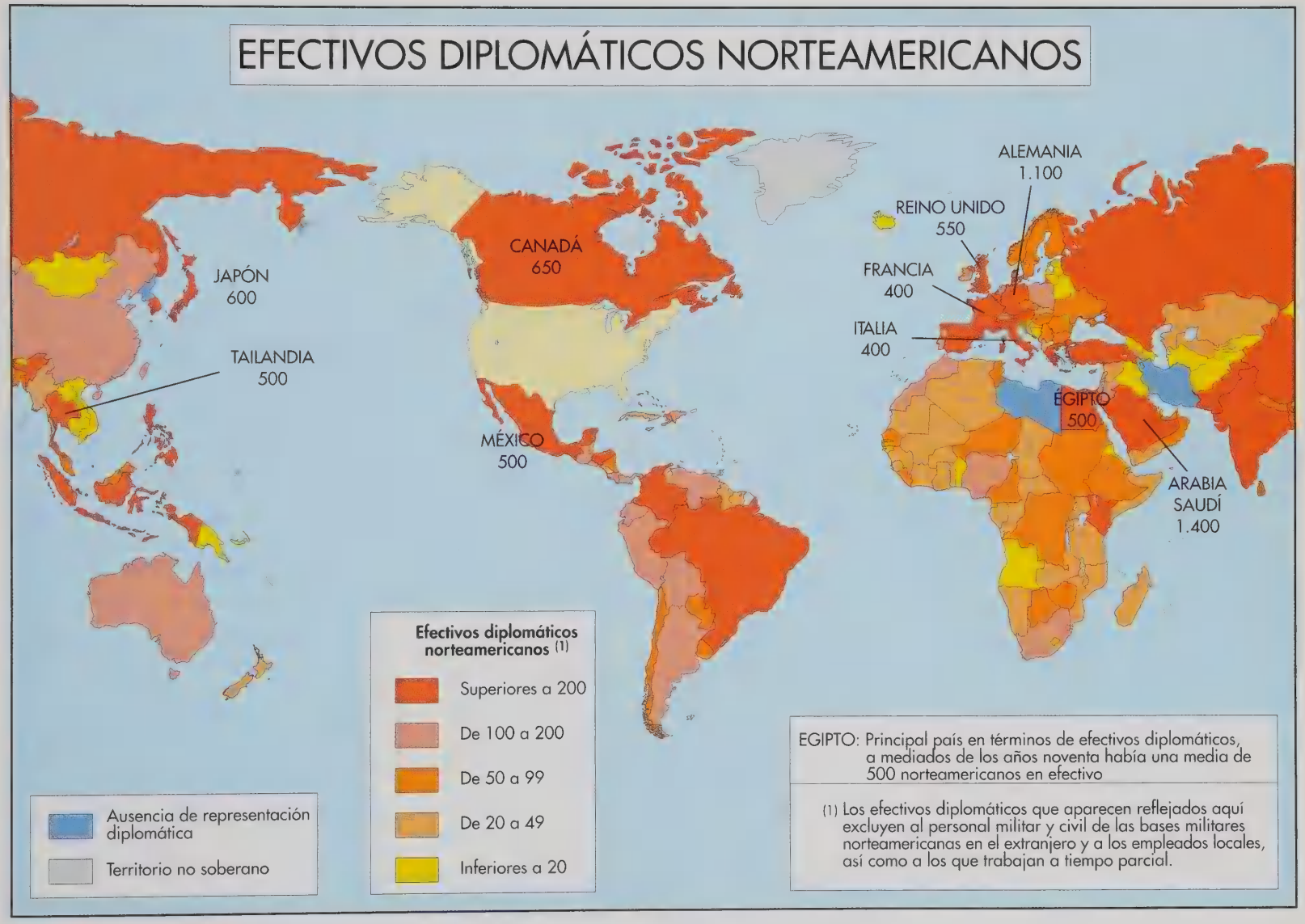
Puede afirmarse también que es esta dicotomía entre valores y hechos, entre el fin y los medios, entre el moralismo de los principios reivindicados y el pragmatismo, en algunos casos incluso cinismo, de las actuaciones económicas y comerciales norteamericanas, la que convierte al país en objeto de críticas. Se puede justificar que, en tanto que primera potencia económica mundial, Estados Unidos se esfuerce por preservar sus intereses con el fin de mantener su liderazgo. Que los dirigentes norteamericanos hagan de la economía la prioridad absoluta en materia de política extranjera sigue siendo una opción que los otros países deben ciertamente aceptar. Por el contrario, lo que escandaliza y molesta hoy día es la tendencia cada vez mayor de Estados Unidos a promover sus intereses «geoeconómicos» en detrimento de sus obligaciones geopolíticas.

¿Moralistas o estrategas?

Según la escuela realista, la noción de interés nacional constituye la base esencial de la política exterior de todo país y, en su primera acepción, la diplomacia debe concebirse como un aparato de representación y defensa de los intereses particulares de un Estado en el escenario internacional. Como cualquier otra nación «implicada» en los asuntos del mundo, Estados Unidos se ha esforzado constantemente por defender sus intereses vitales (la integridad de su territorio, el mantenimiento de su bienestar económico, la perpetuación de sus valores) contra eventuales amenazas exteriores de orden militar, económico, político o cultural. En este sentido, la diplomacia norteamericana ha dado ya pruebas de una notable eficacia y de un innegable poder de negociación y persuasión, virtudes que le han permitido alcanzar un grado de poder internacional sin precedentes en la historia reciente.

Sin embargo, Estados Unidos tiene más dificultades que otros países para reconocer que el interés nacional constituye la única motivación de sus acciones en el escenario internacional. La «susceptibilidad» norteamericana en este punto se explica sobre todo por el hecho de que este país ha articulado sus relaciones con el resto del mundo sobre valores «más nobles». Convencidos de contar con un sistema de gobierno mejor que cualquier otro, los norteamericanos llevan mucho tiempo convencidos de que su nación debe actuar en nombre de valores altruistas.

A pesar de su incuestionable éxito económico y comercial, durante el siglo XIX Estados Unidos se mantuvo como potencia neutral que, fiel al *farewell address* del presidente Washington, veía en las luchas intestinas de las potencias europeas de la época una fuente evidente de corrupción. Puede decirse que, al menos en cierta medida, Norteamérica se construyó como una especie de «anti-Europa». Tierra de acogida y democracia, se consideraba la encarnación de la idea de libertad. Cuando, a finales del siglo pasado, Estados Unidos emprendió la tarea de ampliar su influencia, primero en el continente americano y luego en el mundo entero, sus principios de actuación se inspiraron en una doctrina destinada a legitimar sus intervenciones. Convencido del peso universal de sus valores, Estados Unidos se atribuyó la misión de beneficiar al resto del mundo.


EFECTIVOS DIPLOMÁTICOS NORTEAMERICANOS
JAPÓN
600
TAILANDIA
500
CANADÁ
650
MÉXICO
500
ALEMANIA
1.100
REINO UNIDO
550
FRANCIA
400
ITALIA
400
EGIPTO
500
ARABIA
SAUDÍ
1.400
Efectivos diplomáticos norteamericanos (1)
Superiores a 200
De 100 a 200
De 50 a 99
De 20 a 49
Inferiores a 20
Ausencia de representación diplomática
Territorio no soberano
EGIPTO: Principal país en términos de efectivos diplomáticos, a mediados de los años noventa había una media de 500 norteamericanos en efectivo
(1) Los efectivos diplomáticos que aparecen reflejados aquí excluyen al personal militar y civil de las bases militares norteamericanas en el extranjero y a los empleados locales, así como a los que trabajan a tiempo parcial.

Pero esta concepción tan particular de la diplomacia, todavía en el momento actual muy presente en los discursos de los dirigentes norteamericanos, resultaba evidentemente difícil de conciliar con los imperativos estratégicos de defensa de los intereses del país en el mundo. En su obra *Sobre la democracia en América*, Alexis de Tocqueville había puesto de relieve esta dificultad: «La política exterior no exige la utilización de prácticamente ninguna de las cualidades propias de la democracia y demanda por el contrario el desarrollo de casi todas las demás».

Las grandes líneas de la política exterior norteamericana han nacido pues del enfrentamiento constante entre dos grandes corrientes de pensamiento. La primera, encarnada por hombres como Woodrow Wilson o Thomas Jefferson, defiende una visión idealista de las relaciones internacionales que invoca el papel moral que debe desempeñar Estados Unidos en la puesta en práctica de un orden mundial que tienda hacia la paz, la democracia y la prosperidad. La segunda, ilustrada sobre todo por el secretario de Estado Alexander Hamilton y el presidente Theodore Roosevelt, tiene por el contrario una orientación mucho más pragmática, más próxima al concepto de *realpolitik*, que antepone la seguridad nacional a cualquier otro interés.

Henry Kissinger, uno de los mayores defensores norteamericanos de la *realpolitik*, ha resumido a la perfección la ambivalencia de la política norteamericana entre universalismo y egoísmo. Según él, «los norteamericanos han sido siempre refractarios a la razón de estado, a admitir que los intereses del Estado justifican los medios utilizados para alcanzarlos. Jamás han querido reconocer abiertamente que perseguían intereses egoístas. Tanto en el transcurso de las dos guerras mundiales como en los conflictos locales, sus dirigentes han afirmado en todo momento que combatían para defender no intereses, sino principios».

La guerra fría

En este sentido el periodo de la guerra fría constituye un momento privilegiado en el que el interés nacional y los principios morales tenían como base una misma oposición: a una ideología, el comunismo, y a un enemigo, la Unión Soviética.

El conflicto hizo que se subordinasen los intereses económicos a las necesidades estratégicas de las naciones, obligadas a organizar el comercio internacional según los bloques enfrentados. En su calidad de líder occidental, Estados Unidos hizo de la economía un instrumento eficaz de la política exterior del que se sirvió para extender su influencia en el mundo.

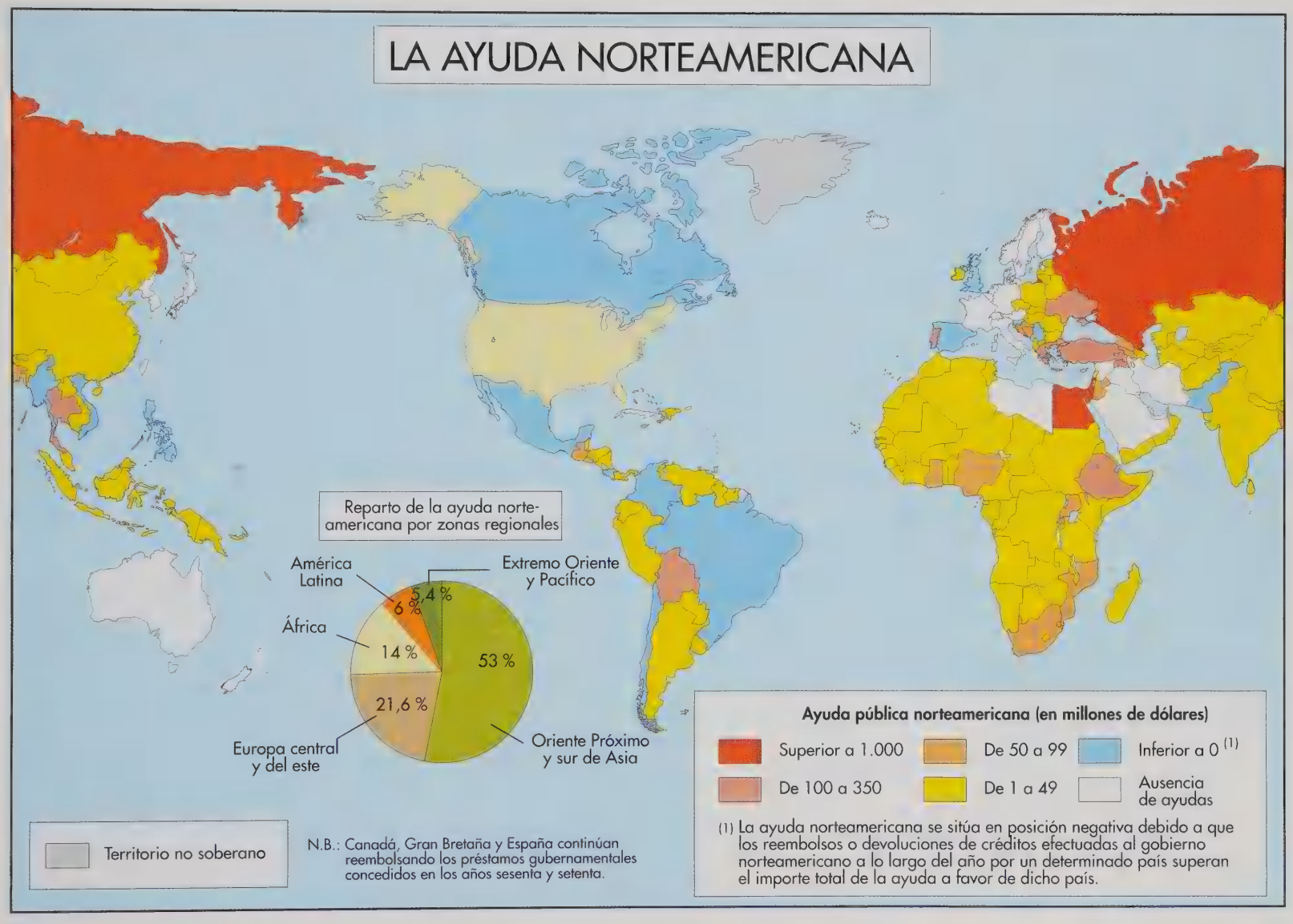
Esta instrumentalización de la economía al servicio del enfrentamiento estratégico se basaba en la idea de que el desarrollo económico genera de manera natural una liberalización política e induce de ese modo a una aproximación al campo occidental. Ésa fue la lógica que presidió a partir de 1945 la reconstrucción de Japón, la aplicación del Plan Marshall en los años cincuenta y la Alianza para el Progreso propuesta por John Kennedy para América Latina en 1961. El Plan Marshall se proponía no sólo ayudar al Viejo Continente a recuperarse, sino también atraer a los pueblos europeos tentados por el comunismo de la gran potencia soviética. El esfuerzo económico de Norteamérica, sin igual en toda su historia, se revelaría estratégicamente rentable: Europa occidental quedó firmemente anclada al bloque occidental.

Finalmente, el periodo de la guerra fría modificó totalmente el equilibrio de las fuerzas mundiales. La aparición de nuevos interlocutores, económicos sobre todo, quedó en gran medida minimizada debido a que ejercían una débil influencia política y a que dependían de las estrategias diplomáticas de los dos grandes. Manteniendo la hegemonía de las dos superpotencias, depositarias casi únicas del poder diplomático y militar, la guerra fría contribuyó a ocultar, o al menos desdibujar, la noción de competencia económica.

La reevaluación de las prioridades

El fin de la guerra fría acrecentó considerablemente la importancia de la economía en las relaciones internacionales. En todos los países se produjo una reevaluación de sus prioridades en la medida en que la ausencia de amenazas estratégicas e ideológicas les había dado la posibilidad de aplicar políticas exteriores más autónomas y, en consecuencia, más centradas en la defensa de sus intereses económicos inmediatos. En este contexto, la economía ha dejado de ser el instrumento de una política exterior costosa

LA AYUDA NORTEAMERICANA



para convertirse por el contrario en su objetivo principal.

También Estados Unidos se ha visto obligado a redefinir sus prioridades. La caída del imperio soviético ha posibilitado un «retorno a la normalidad»; es decir, la gran potencia norteamericana se desentiende de la política exterior anterior en beneficio de una definición más restrictiva del interés nacional. De acuerdo con esta idea, el número tres del Departamento de Estado, Peter Tarnoff, afirmaba en mayo de 1993 que Norteamérica carecía ya de los medios para conducir unilateralmente las cuestiones mundiales y debía ajustar sus objetivos de política exterior según sus medios económicos. Esta declaración desencadenó una auténtica tempestad diplomática al poner el acento sobre la paradoja con la que se había enfrentado ya Estados Unidos en los noventa: en el orden mundial posestratégico, Estados Unidos no podía mantenerse al margen del mundo, pero tampoco dominarlo.

Los objetivos de la política exterior de Bill Clinton

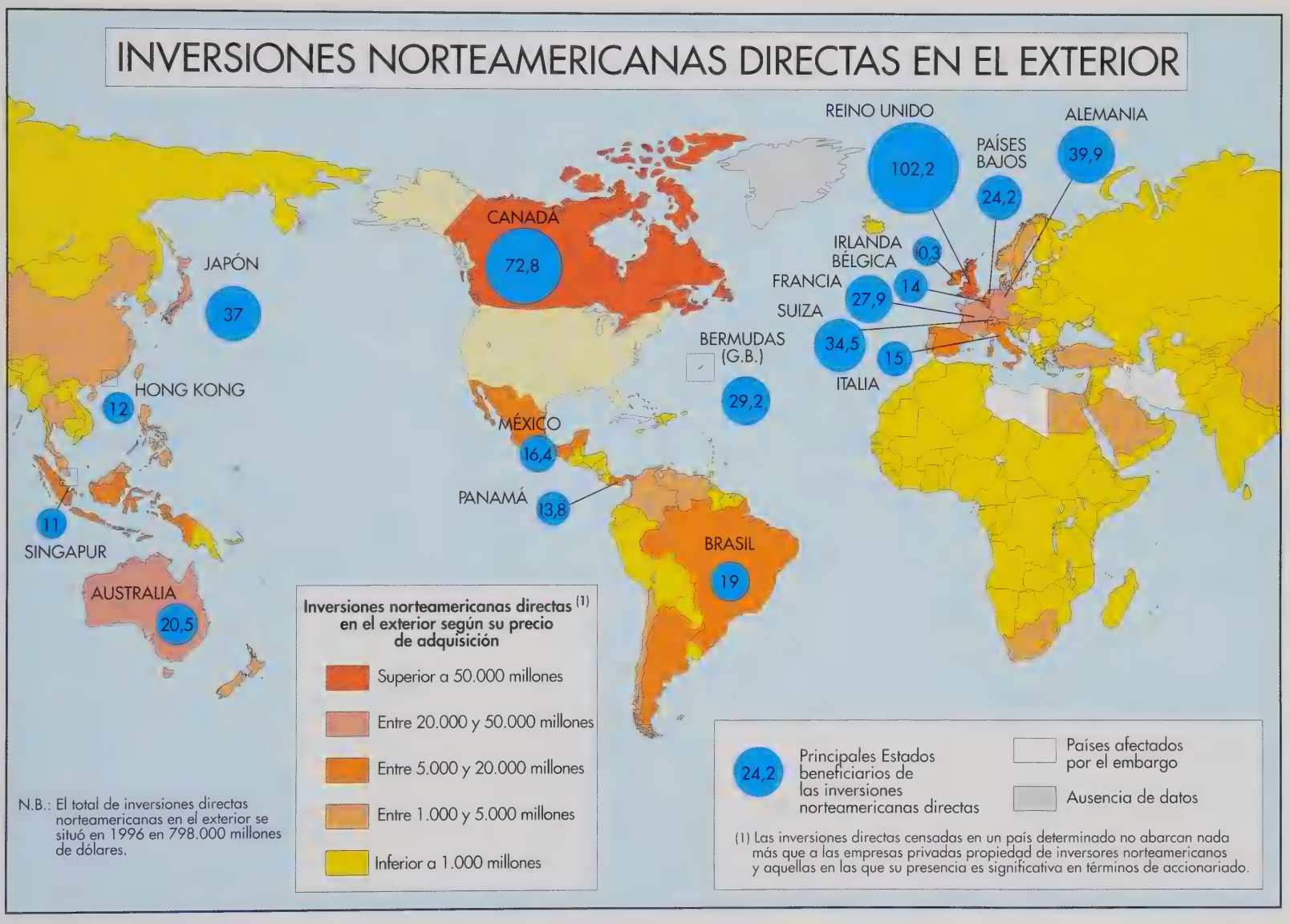
Tras la elección de Bill Clinton en noviembre de 1992, numerosos observadores y comentaristas pronosticaron la llegada de una política exterior más orientada hacia el aislacionismo y el proteccionismo. En realidad, el mandato de Bill Clinton se ha caracterizado por todo lo contrario, por la búsqueda de la liberalización en el marco de una estrategia de «renovación económica». Basándose en la idea de que el liderazgo americano no podía seguir basándose únicamente en la preeminencia estratégica, el nuevo presidente se apresuró a afirmar que Estados Unidos debía adaptarse urgentemente a la evolución de las relaciones económicas. El concepto de seguridad económica figuró desde el principio como uno de los temas básicos del programa de Bill Clinton, mientras que su administración se dedicaba a subrayar la estrecha relación entre «el éxito económico de Norteamérica y sus intereses políticos y estratégicos».

Este giro fue posible gracias al apoyo de la opinión pública en el transcurso de la campaña presidencial de 1992. Tras doce años de gestión republicana, los norteamericanos tenían la sensación de haber estado demasiado tiempo relegados en beneficio de los compromisos de Estados Unidos lejos de sus fronteras. Ese mismo año la revista *Foreign Affairs* señalaba: «Si se les pregunta cuál debería ser el objetivo más importante de Estados Unidos en el exterior, el 62 % de los norteamericanos pondrían en primer puesto la defensa de los intereses económicos de su país, por delante de la defensa y promoción de la democracia». La elección del candidato Bill Clinton se basó inicialmente en que supo adaptar los temas de su campaña a estas nuevas aspiraciones, relegando las grandes cuestiones internacionales a un lugar secundario.

La prioridad que concedieron los demócratas a la economía tuvo repercusiones sobre la política exterior del nuevo presidente. Se trataba sobre todo de favorecer las exportaciones norteamericanas en el marco de políticas comerciales «estratégicas». La adopción de ese objetivo estuvo basada en una sencilla constatación: a partir de 1987 las exportaciones de bienes y servicios habían representado un tercio del crecimiento de los Estados Unidos y el número de puestos de trabajo ligados a la exportación había aumentado a una velocidad seis veces mayor que el de los empleos dependientes de atender la demanda interior. El principio de competitividad constituyó, por tanto, la piedra angular del programa del presidente. Gracias a una economía eficiente, la economía empezó a crecer de nuevo y la prosperidad volvió a Estados Unidos.

Parecía por tanto más necesario que nunca desarrollar la economía norteamericana en el sentido de una mayor apertura al comercio internacional y, sobre todo, a los mercados susceptibles de importar productos norteamericanos. Bajo la tutela del ministro de comercio Ronald Brown, empezó a prestarse una atención muy especial a los *big emerging markets* (grandes mercados emergentes), los diez grandes países en los que se preveía un mayor crecimiento durante los siguientes años: México, Argentina, Brasil, India, China, Indonesia, Corea del Sur, Polonia, Turquía y África del Sur.

Paralelamente, la liberalización ha progresado tanto en el ámbito regional, con ALENA, como en el mundial, con la conclusión de la Ronda de Uruguay y la creación de la OMC. Por otro lado, la reciente recuperación de la economía de Estados Unidos, que contrasta con el marasmo relativo de otros países de la OCDE, confirma su condición de superpotencia.


INVERSIONES NORTEAMERICANAS DIRECTAS EN EL EXTERIOR
REINO UNIDO
102,2
ALEMANIA
39,9
PAÍSES BAJOS
24,2
CANADÁ
72,8
IRLANDA
10,3
BÉLGICA
FRANCIA
14
27,9
SUIZA
JAPÓN
37
BERMUDAS (G.B.)
34,5
15
ITALIA
29,2
HONG KONG
12
MÉXICO
16,4
PANAMÁ
13,8
11
SINGAPUR
BRASIL
19
AUSTRALIA
20,5
Inversiones norteamericanas directas (1) en el exterior según su precio de adquisición
Superior a 50.000 millones
Entre 20.000 y 50.000 millones
Entre 5.000 y 20.000 millones
Entre 1.000 y 5.000 millones
Inferior a 1.000 millones
N.B.: El total de inversiones directas norteamericanas en el exterior se situó en 1996 en 798.000 millones de dólares.
24,2
Principales Estados beneficiarios de las inversiones norteamericanas directas
Países afectados por el embargo
Ausencia de datos
(1) Las inversiones directas censadas en un país determinado no abarcan nada más que a las empresas privadas propiedad de inversores norteamericanos y aquellas en las que su presencia es significativa en términos de accionariado.

La duplicidad comercial norteamericana

A pesar del credo liberal norteamericano, Washington se considera con derecho a sancionar unilateralmente a los países que le causen perjuicios, incluso si éstos no son de carácter económico, lo que constituye evidentemente una traba a la libertad de comercio. De ahí que Estados Unidos utilice su poder económico, pero también su poder político y diplomático, para poner en práctica lo que en muchas ocasiones parece ser un auténtico chantaje comercial.

Para ello la administración norteamericana dispone de un arsenal legislativo perfectamente engrasado. La sección 201 del *Trade Act* de 1974 prevé que cuando un sector económico norteamericano sea desestabilizado por un fuerte incremento de las importaciones, sus representantes puedan convocar a la International Trade Commission, organismo que ofrecerá recomendaciones al ejecutivo. Este procedimiento puede conducir así a la aplicación de barreras proteccionistas (imposición de derechos aduaneros, restricciones cuantitativas, etc.). La sección 301 y la enmienda 301 bis de esa misma ley se refieren a la defensa de los derechos comerciales norteamericanos cuando se vean amenazados por una competencia que se considere desleal (*unfair*). Alertado por el USTR (United States Trade Representative), y según el contenido de la sección 301 bis, el Departamento norteamericano de Comercio tiene derecho a exigir al país «infractor» aumentar sus importaciones de productos norteamericanos. El carácter desleal de las prácticas comerciales es por tanto apreciado de manera estrictamente unilateral por las autoridades norteamericanas. De este modo, y aunque rara vez se recurre a procedimientos semejantes, su sola existencia constituye una amenaza suficiente para ejercer una presión decisiva sobre los interlocutores comerciales de Estados Unidos.

Aunque anterior a la llegada de Bill Clinton a la Casa Blanca, la guerra comercial entre Japón y Estados Unidos por el mercado de los semiconductores constituye un claro ejemplo de utilización de medidas legislativas unilaterales. En 1986 la industria norteamericana de componentes electrónicos estaba perdiendo terreno frente a la competencia nipona. Las firmas japonesas, mejor integradas en grupos industriales y financieros, se estaban instalando de manera masiva en el mercado norteamericano. Para contrarrestar esta ofensiva, el sindicato profesional norteamericano, la Semiconductors Industry Association, exigió protección al gobierno. Este último podía utilizar todo el arsenal jurídico de la legislación anti-*dumping* («abaratamiento anormal»). Pero, al no estar seguro de ganar el pleito, Estados Unidos optó por tratar directamente con los japoneses, y finalmente les impuso un acuerdo. La primera cláusula del *Semiconductors Trade Agreement* (STA) preveía que las firmas niponas debían vender sus componentes a un precio superior a los costes de producción norteamericanos. La segunda cláusula obligaba a Japón a facilitar la entrada de productos norteamericanos en su mercado. El acuerdo STA, desfavorable para los intereses japoneses, pudo obtenerse por la presión de todo el arsenal de medidas de represalias norteamericanas y, en particular, por la amenaza de aplicar las secciones 301 y 301 bis de su legislación comercial.

El paternalismo norteamericano para con sus interlocutores comerciales se manifiesta a veces en una condescendencia inquietante, cuando no ofensiva. O, por el contrario, se enmarca en una lucha despiadada entre todas las grandes potencias mundiales con el único fin de promover sus propios intereses económicos al precio que sea. Sin embargo, el peso de la economía norteamericana provoca una resonancia del todo excepcional a las sanciones comerciales que Estados Unidos aplica o amenaza con aplicar.

Una cooperación limitada

En el contexto de la «posguerra fría», la diplomacia norteamericana se ha ido desentendiendo poco a poco de sus compromisos globales cultivando la noción de un «reparto de las cargas». De hecho, ha sido en el marco de una readaptación de sus intereses estratégicos donde las autoridades norteamericanas han favorecido la firma de acuerdos regionales como garantía de paz y de cooperación económica entre los estados. En cualquier caso, eso no ha impedido a Estados Unidos hacer caso omiso de las reglas del multilateralismo cuando consideraba que sus intereses estaban directamente amenazados, y todo en beneficio de las negociaciones bilaterales, en algunos casos incluso de sanciones unilaterales, frente a países considerados enemigos de Norteamérica.

La ley Helms-Burton contra Cuba, adop-

tada en marzo de 1996 por presiones del *lobby* de los cubano-americanos, la Cuban American National Foundation, constituye un ejemplo reciente, en la misma línea que la ley d'Amato contra los países acusados de terroristas. Esta última, que se adoptó tras el atentado perpetrado en 1995 contra el World Trade Center de Nueva York, pretende sancionar a las empresas extranjeras que inviertan más de 40 millones de dólares en el sector petrolífero de Irán o Libia. Estas dos medidas tienen en común el hecho de no sancionar directamente a los países afectados, sino de dirigirse en primer lugar a sus interlocutores comerciales con el fin de marginar comercialmente a los países en cuestión, en este caso concreto Irán, Libia y Cuba. Estados Unidos se esfuerza además por convencer a los otros países democráticos de que deben seguir sus pasos si no quieren sufrir ellos mismos las consecuencias del ostracismo. Así, en julio de 1996, en el transcurso de la reunión del G7 en Lyón, Bill Clinton apeló sin gran éxito a los aliados europeos de Estados Unidos para que adoptasen medidas contra los países a los que Washington acusa de practicar o apoyar al terrorismo internacional.

LA LEY HELMS-BURTON

La ley Helms-Burton «de la libertad y solidaridad democrática con Cuba», adoptada por el Congreso norteamericano el 6 de marzo de 1996, y firmada el 12 de marzo por el presidente Clinton, representa una ofensiva diplomática y económica al régimen cubano. En ella se prevén sanciones contra las empresas extranjeras que comercien con Cuba o que utilicen o exploten los bienes confiscados a empresas norteamericanas después de la revolución castrista. El texto permite a los ciudadanos perjudicados por las expropiaciones posteriores a 1959 presentar ante los tribunales norteamericanos demandas de daños y perjuicios contra las empresas extranjeras en cuestión. Una cláusula autoriza igualmente a la justicia norteamericana a prohibir la entrada en Estados Unidos de dirigentes de esas mismas empresas y de sus familiares.

La primera aplicación de la ley Helms-Burton, contra la sociedad minera Sheritt International, suscitó una oleada de protestas entre los países que mantienen relaciones comerciales con Cuba. En nombre de la libertad de comercio internacional, la Unión Europea, primer interlocutor comercial de Cuba (45 % de los intercambios exteriores de la isla), ha denunciado de manera contundente el refuerzo del embargo norteamericano. Por otro lado, países como Canadá, España o Italia, que mantienen importantes relaciones comerciales con Cuba, han puesto en práctica medidas legislativas destinadas a esquivar la ley norteamericana y ofrecer la posibilidad de un recurso jurídico a las empresas víctimas de la misma.

Al producirse poco tiempo después de la campaña presidencial, esas protestas internacionales situaron al presidente norteamericano en una posición delicada tanto frente al Congreso de su país como frente a los principales interlocutores comerciales de Estados Unidos. En consecuencia, la entrada en vigor del artículo de ley que autorizaba a los norteamericanos a llevar ante la justicia a las sociedades que utilizaran los bienes expropiados ha sido demorada en dos ocasiones, primero en julio de 1996 y luego en febrero de 1997 por iniciativa de Bill Clinton. No obstante, esa disposición no ha sido revocada. En cuanto a las restantes cláusulas, son teóricamente aplicables a partir del 1 de agosto de 1996, pero la Unión Europea ha exigido al Congreso norteamericano que no entren en vigor. La evolución de la ley Helms-Burton es incierta, pero los republicanos siguen apoyándola. Robert Dole, candidato republicano a las elecciones presidenciales de noviembre de 1996, aseguró que «ceder ante Fidel Castro retirando el artículo 3 del arsenal de sanciones» equivalía a una «aprobación norteamericana de la dictadura cubana». Por el contrario, para numerosos interlocutores comerciales de Estados Unidos, esa ley debe seguir considerándose como la consecuencia de una opción política y diplomática equivocada, ya que Estados Unidos mantiene una actitud hostil hacia Cuba sin querer pagar las consecuencias comerciales que de ella se derivan.

Un realismo a toda prueba

El ideal de la Norteamérica misionera, portadora de un mensaje universal de democracia y paz, convierte sobre el papel a Estados Unidos en uno de los más fervientes defensores de los derechos del hombre y el derecho internacional.

Sin embargo, estos principios no tardan en olvidarse cuando están en juego los intereses económicos norteamericanos. Estados Unidos ha visto con frecuencia cómo se le reprochan sus intervenciones militares en el extranjero, casi siempre basadas en los beneficios económicos que espera obtener. Críticas que se formularon sobre todo tras la tercera intervención norteamericana en Irak, en 1996, que contrastó con la actitud indiferente que los norteamericanos habían demostrado con respecto al conflicto de Bosnia. Este reproche, que en lo que se refiere a Estados Unidos podría hacerse de manera casi sistemática, esta aún más justificado si se toma en consideración la actitud estadounidense con respecto a China. En este caso concreto, la tendencia norteamericana a poner la diplomacia al servicio del comercio resulta especialmente patente. Tras amenazas verbales repetidas hacia los dirigentes chinos, el Congreso norteamericano decidió finalmente renovar por dos años más la cláusula de nación favorecida a China, sin que

sus autoridades hubiesen mostrado el menor indicio de rectificación en materia de derechos humanos. La atracción que el mercado chino ejerce sobre los inversores norteamericanos contribuyó a imprimir un giro de 180 grados en la táctica de Estados Unidos: aunque subordinaban los acuerdos comerciales a una distensión política, contaban con que la intensificación de las propias relaciones comerciales provocara a la larga el mismo efecto.

Paralelamente, la gran potencia norteamericana se desentiende de manera cada vez más clara de la mayoría de los programas de ayuda al desarrollo. En 1996, con las únicas excepciones de Israel y Egipto, todos los países constataron un descenso de las sumas que les habían sido tradicionalmente asignadas por Estados Unidos. Las ayudas al desarrollo para el continente africano, por ejemplo, disminuyeron en un 38 % en relación con las de 1995. Parece como si, en lo que a estas ayudas se refiere, todos los pretextos fueran válidos para legitimar la ausencia de compromiso económico norteamericano. Los dirigentes de Washington han justificado la reducción de programas de ayuda reprochando, por ejemplo a Rusia, las ventas de armas y de reactores nucleares a Irán o, en el caso de Nicaragua, por la insuficiencia de las privatizaciones emprendidas por el gobierno. La ayuda al desarrollo global ofrecida por Estados Unidos se redujo en 1996 en 23.000 millones de dólares, con lo que representa ya menos del 1 % en el presupuesto federal, un porcentaje tres o cuatro veces menor al de la mayoría de presupuestos europeos.

Norteamérica, convertida desde hace tiempo en única superpotencia mundial, parece tener cada vez menos escrúpulos en poner su potencia económica y diplomática al servicio de sus intereses comerciales. Pasada ya la guerra fría, esta actitud se enfrenta a una hostilidad creciente por parte de la comunidad internacional. Razón suficiente para relativizar tal omnipotencia: de hecho, Estados Unidos parece cada vez menos capaz de imponer sus leyes, como demuestra la oposición canadiense y europea a la ley Helms-Burton o las tentativas europeas por mantener, al menos hasta 1999, un «diálogo constructivo» con Irán.

Al margen de estas divergencias, se constata sin embargo una evolución similar en los dos países que se consideran heraldos de la democracia en todo el mundo, Francia y Estados Unidos, y desde el final de la guerra fría asistimos en los dos casos a un creciente aumento de la distancia entre la reafirmación de esos valores y la defensa cotidiana de los intereses comerciales de cada país, sea frente a China, Rusia o África.

VISIONES PRESIDENCIALES

Thomas Jefferson: *Paz, comercio y honesta amistad con todas las naciones, pero alianzas, fuente de complicaciones, con ninguna* (1801).

Abraham Lincoln: *Se puede engañar a veces a todo el mundo o todo el tiempo a algunos, pero lo que no se puede es engañar todo el tiempo a todo el mundo* (1858).

Theodore Roosevelt: *No golpear nunca si se puede evitar, pero si se hace, no golpear nunca con suavidad* (1913).

Woodrow Wilson: *A veces la gente me califica de idealista. Pues bien, a ésos les digo que son norteamericanos y que Norteamérica es la única nación idealista del mundo* (1919).

Calvin Coolidge: *El negocio de Estados Unidos es hacer negocios* (1925). *La prosperidad es sólo un instrumento a nuestra disposición, no una divinidad a la que venerar* (1928).

Franklin Roosevelt: *Consagraré la política internacional de esta nación a la política de buena vecindad* (1933).

Dwight Eisenhower: *No podrá existir nunca el Estado de derecho si apelamos a un código de conducta internacional cuando se trata de los que se oponen a nosotros y a otro cuando se trata de los que consideramos nuestros amigos* (1956).

John Kennedy: *Mis queridos conciudadanos de Estados Unidos, no os preguntéis qué es lo que vuestro país puede hacer por vosotros; preguntaos qué es lo que vosotros podéis hacer por vuestro país. Mis queridos conciudadanos del mundo, no os preguntéis qué es lo que Norteamérica hará por vosotros, sino lo que todos nosotros juntos podemos hacer por la libertad del hombre* (1961).

Henry Kissinger (secretario de Estado): *No tenemos en absoluto la intención de asegurarnos una tranquilidad ilusoria a costa de nuestros amigos. Estados Unidos no sacrificará nunca conscientemente los intereses del prójimo. Pero desentrañar cuáles son los intereses comunes no es algo que se haga de manera automática, exige una redefinición constante* (1973).

EL DÓLAR A PARTIR DE 1945

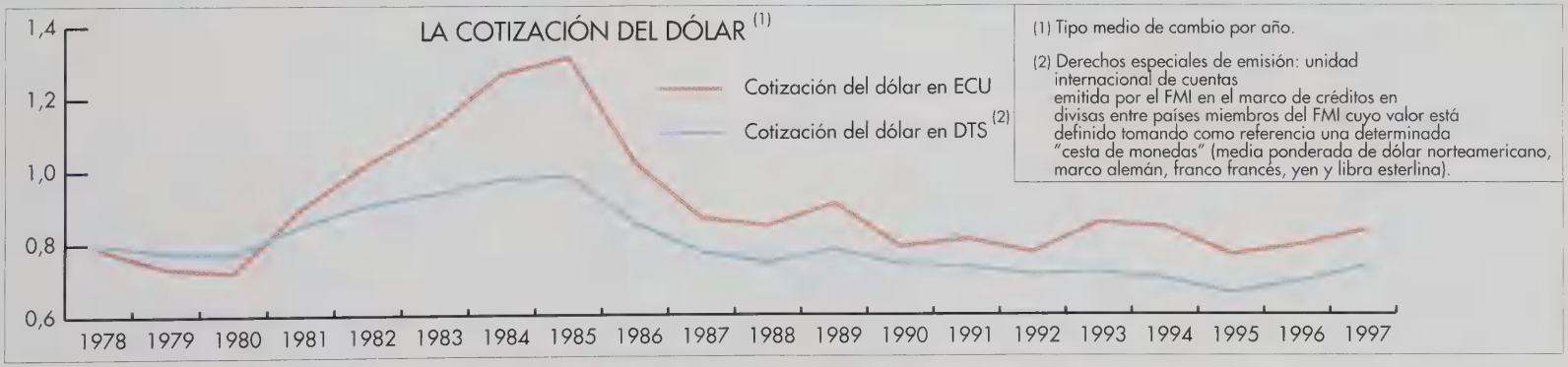
Al consagrar el dólar como moneda pivote del nuevo sistema internacional de cambios, los acuerdos de Bretton Woods, firmados en 1944, no hicieron sino traducir a la esfera monetaria la potencia política, económica y militar de Estados Unidos al final de la segunda guerra mundial. El dólar, la única moneda inmediatamente convertible en oro (a una tasa de 35 dólares la onza), se convirtió de hecho en la primera moneda mundial de reserva, préstamo e intercambios en un sistema de paridades fijas entre las distintas divisas. Cincuenta años después de la puesta en práctica del sistema de Bretton Woods, el dominio del dólar en los mercados internacionales, aunque cada vez más relativo, y su papel central en la economía mundial no han podido ser nunca desmentidos.

En el contexto de la posguerra, la emisión de divisas norteamericanas en dirección al extranjero, destinada entre otras cosas a financiar la reconstrucción europea, engendraría una separación cada vez mayor entre las reservas norteamericanas de oro y los créditos en dólares mantenidos en el extranjero. Durante los años sesenta se produjeron los primeros indicios de desestabilización de un sistema monetario internacional basado en una exportación masiva de dólares, la única moneda capaz de alimentar el mercado internacional. La proliferación de eurodólares (créditos en dólares depositados en los bancos europeos y prestados a unos elevados tipos de interés) fue uno de los factores que contribuyen a explicar el déficit permanente de la balanza de pagos norteamericana, que engendra una crisis de confianza en el dólar. Asimismo, las presiones cada vez más intensas sobre una divisa norteamericana sobreevaluada, así como los riesgos inflacionistas, condujeron a la suspensión de la convertibilidad en oro del dólar en agosto de 1971, decisión psicológicamente difícil para las autoridades norteamericanas, y a una primera devaluación. Tras una segunda devaluación realizada en febrero de 1973, se abandonó oficialmente el sistema de tipos de cambio fijos, y el sistema monetario internacional entró en un periodo de gran inestabilidad, agravado por las dos crisis del petróleo. Sin embargo, lejos de debilitar al dólar, la era de los tipos de cambio flotantes confirma su papel fundamental en el mercado internacional de cambios, y las fluctuaciones del billete verde, guiadas en gran medida por las decisiones de política económica interior de las autoridades norteamericanas, han desempeñado un importante papel en los desequilibrios de la economía mundial.

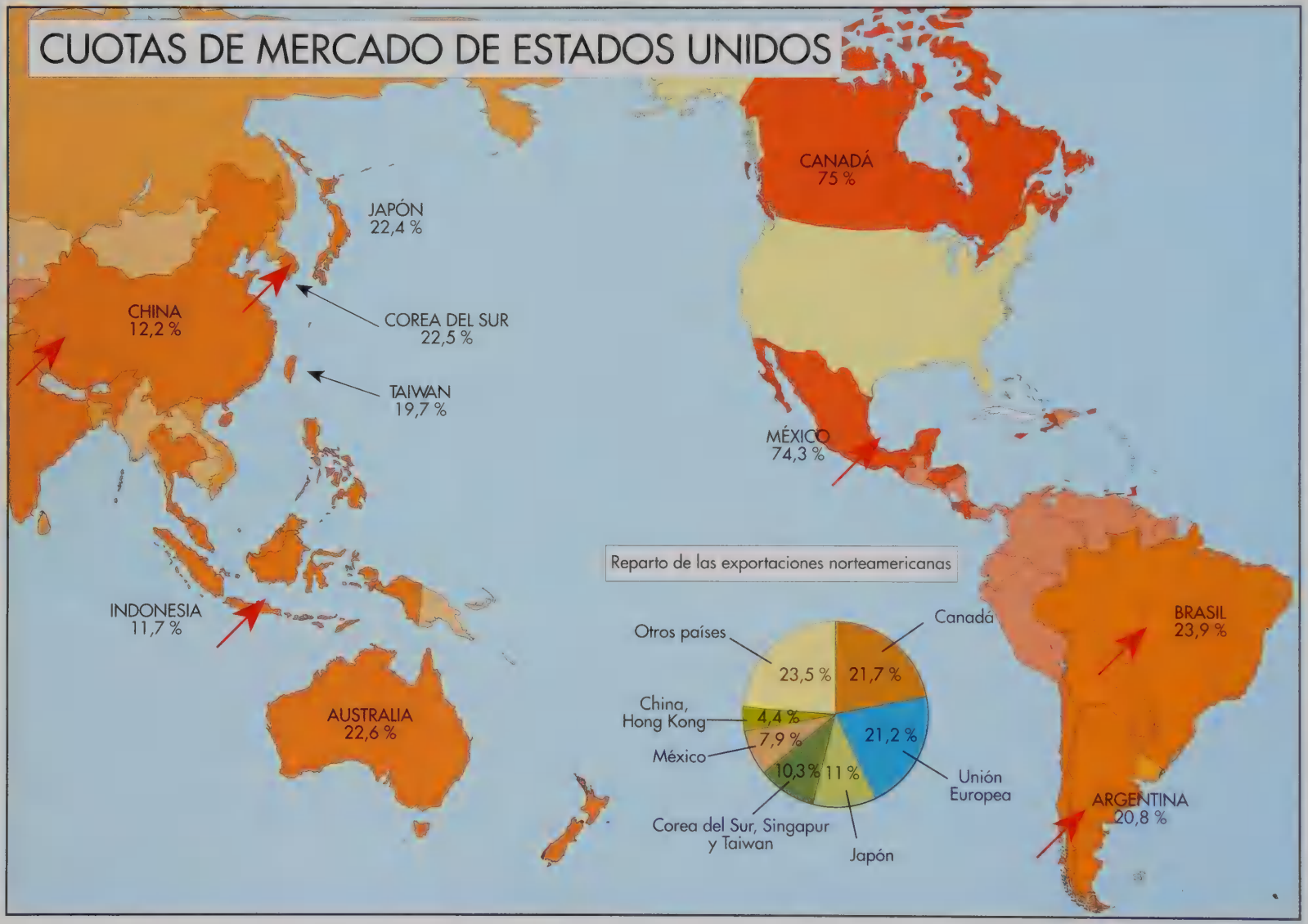
A partir de los años ochenta, en un contexto de aumento del déficit presupuestario y exterior de la economía norteamericana, se asiste a una remontada del dólar, favorecida por la subida de los tipos de interés. Esta subida, decidida unilateralmente por las autoridades monetarias norteamericanas para luchar contra la inflación, se propagó al conjunto de las economías de los países industrializados, al tiempo que repercutió duramente sobre la economía de los más endeudados. Acusado por sus interlocutores comerciales de jugar con la cotización del dólar y de financiar sus déficits incidiendo en el mercado mundial de capitales, Estados Unidos se vio empujado a partir de los acuerdos de Plaza de 1985 a aceptar una bajada progresiva del dólar. Según los acuerdos de Louvre de 1987, los gobiernos de los países industrializados reafirmaban su voluntad de promover una estrecha colaboración en materia de política monetaria con el fin de garantizar la estabilidad de los tipos de cambio. Pero esta declaración de intenciones no bastó para superar las consecuencias de las desreglamentaciones financieras ni para evitar el *crack* de las bolsas de 1987.

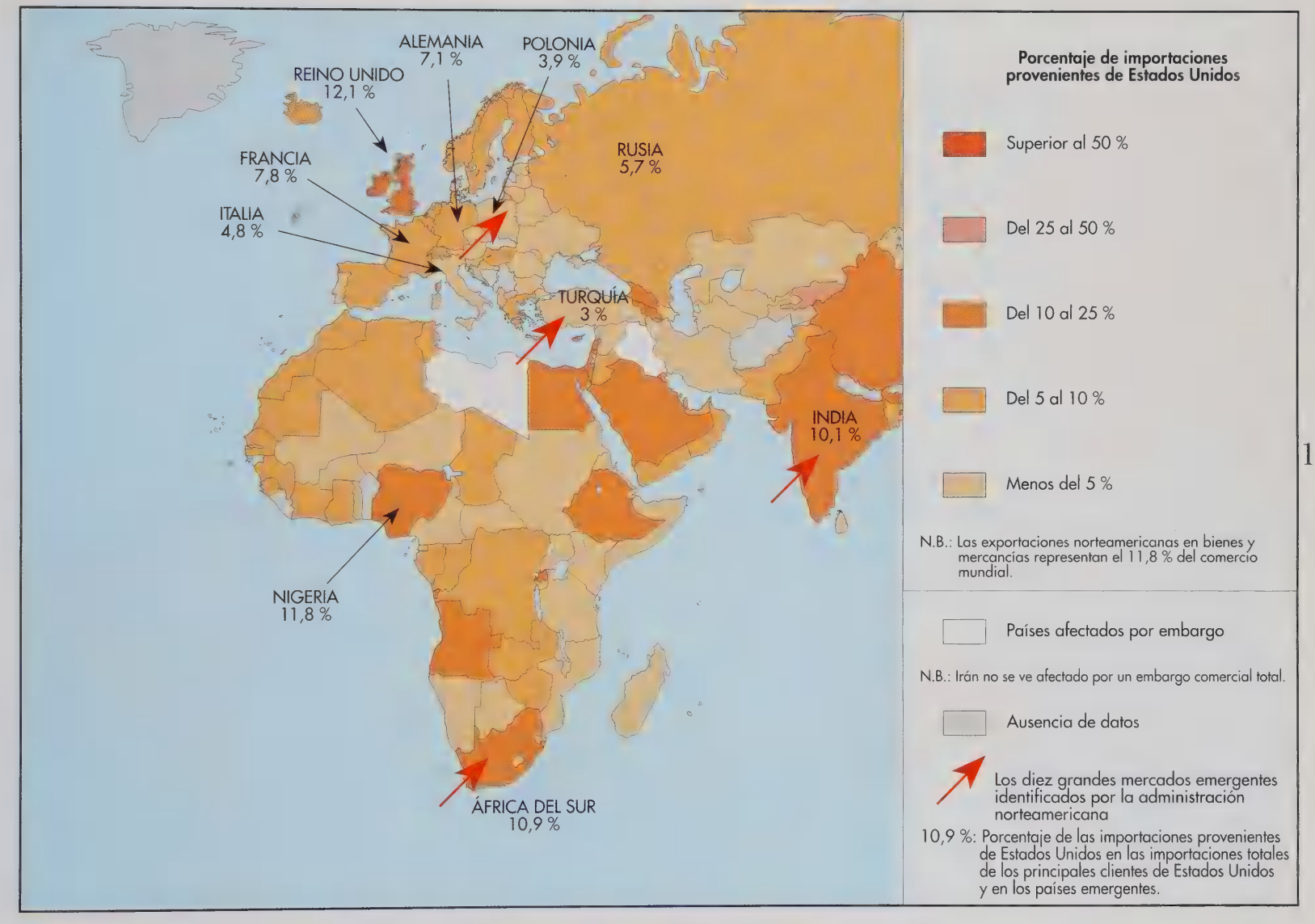
Después de esa fecha numerosos factores han contribuido a debilitar al dólar en relación con el yen y las monedas europeas: por un lado, una política voluntaria de devaluación competitiva del dólar con el objetivo de relanzar las exportaciones, pero también factores estructurales de la economía norteamericana, el incremento del déficit presupuestario y exterior, la insuficiencia de los ahorros nacionales, y, a escala mundial, el aumento de la potencia económica asiática y la perspectiva de una moneda europea única. Un signo indicativo de esta pérdida de confianza relativa en la divisa norteamericana lo constituye el hecho de que en 1994, y por primera vez desde 1945, el dólar descendió por debajo de la barrera de los 100 yenes.

A pesar de esta debilidad «crónica», el dólar seguía siendo en 1995 la primera moneda de intercambio para el comercio internacional (con alrededor del 40 % de los intercambios internacionales facturados en dólares) y la moneda pivote para el mercado de cambios (con el 45 % de las transacciones realizadas con el dólar como moneda de referencia). Se ha reducido el dominio del «rey dólar», pero la casi inexistencia de una zona yen y el carácter reducido de la zona marco, a la espera de la puesta en práctica de una moneda europea, hacen que ninguna otra moneda nacional o internacional tenga en este momento posibilidades de competir con el billete verde.

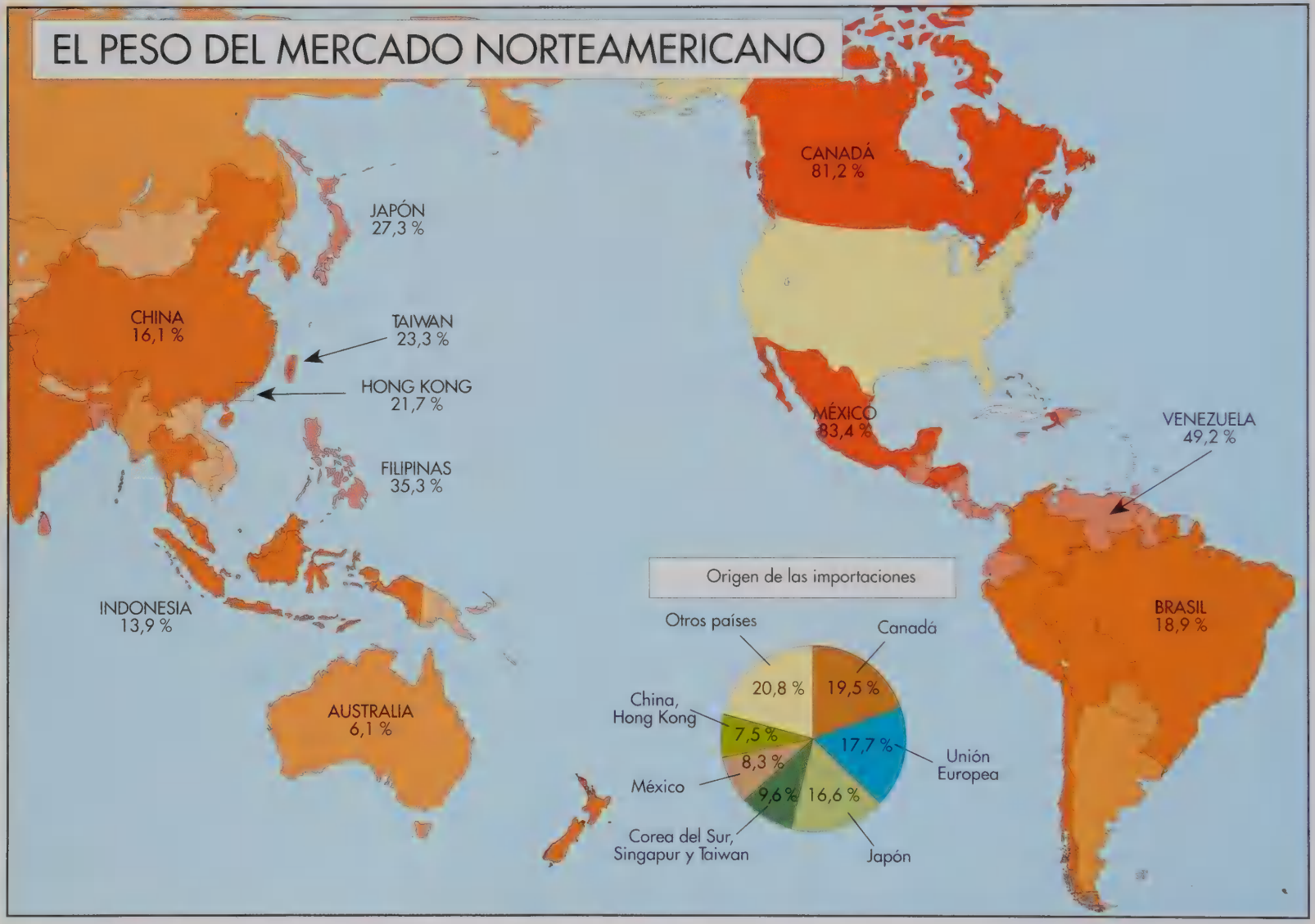


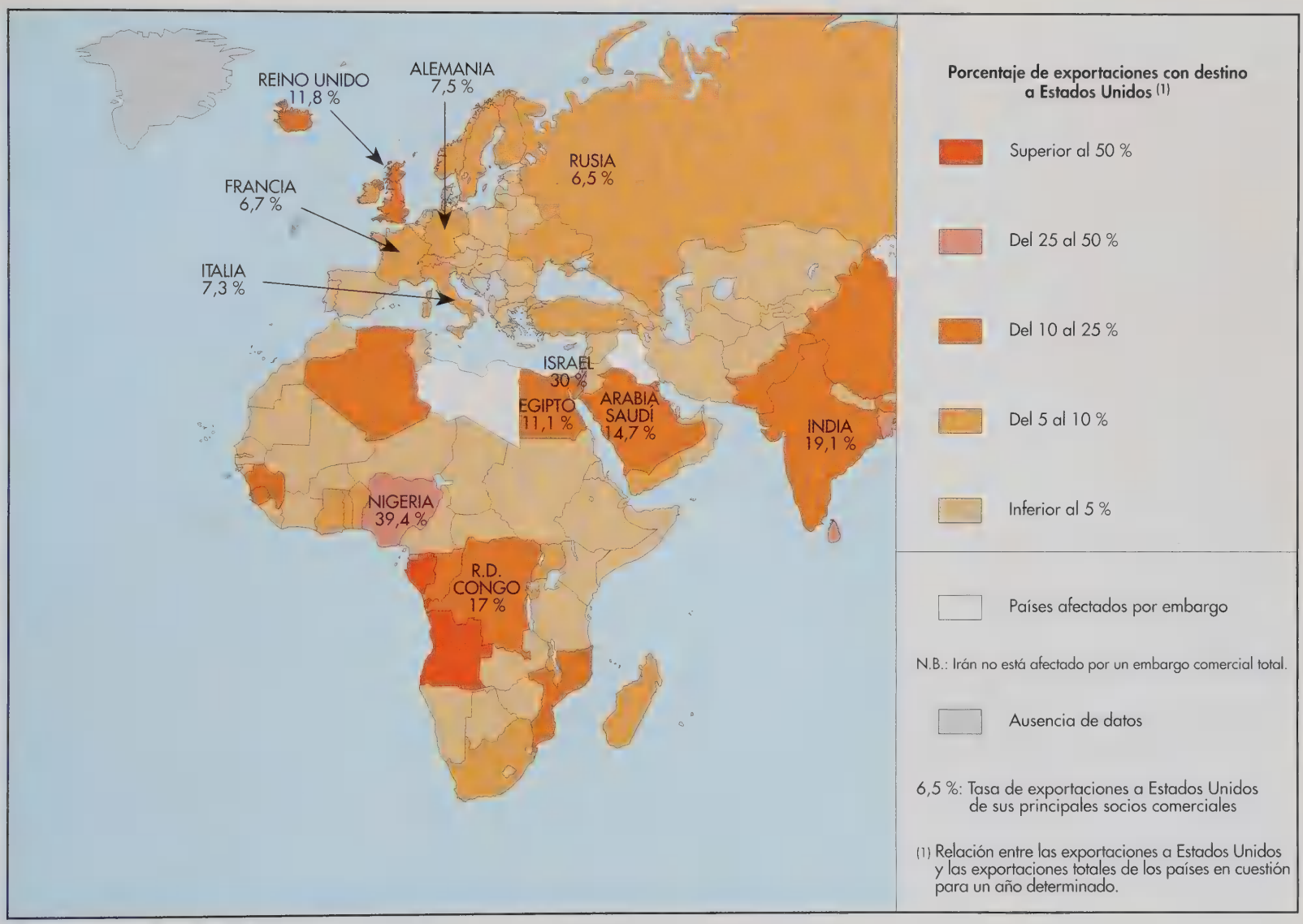
CUOTAS DE MERCADO DE ESTADOS UNIDOS

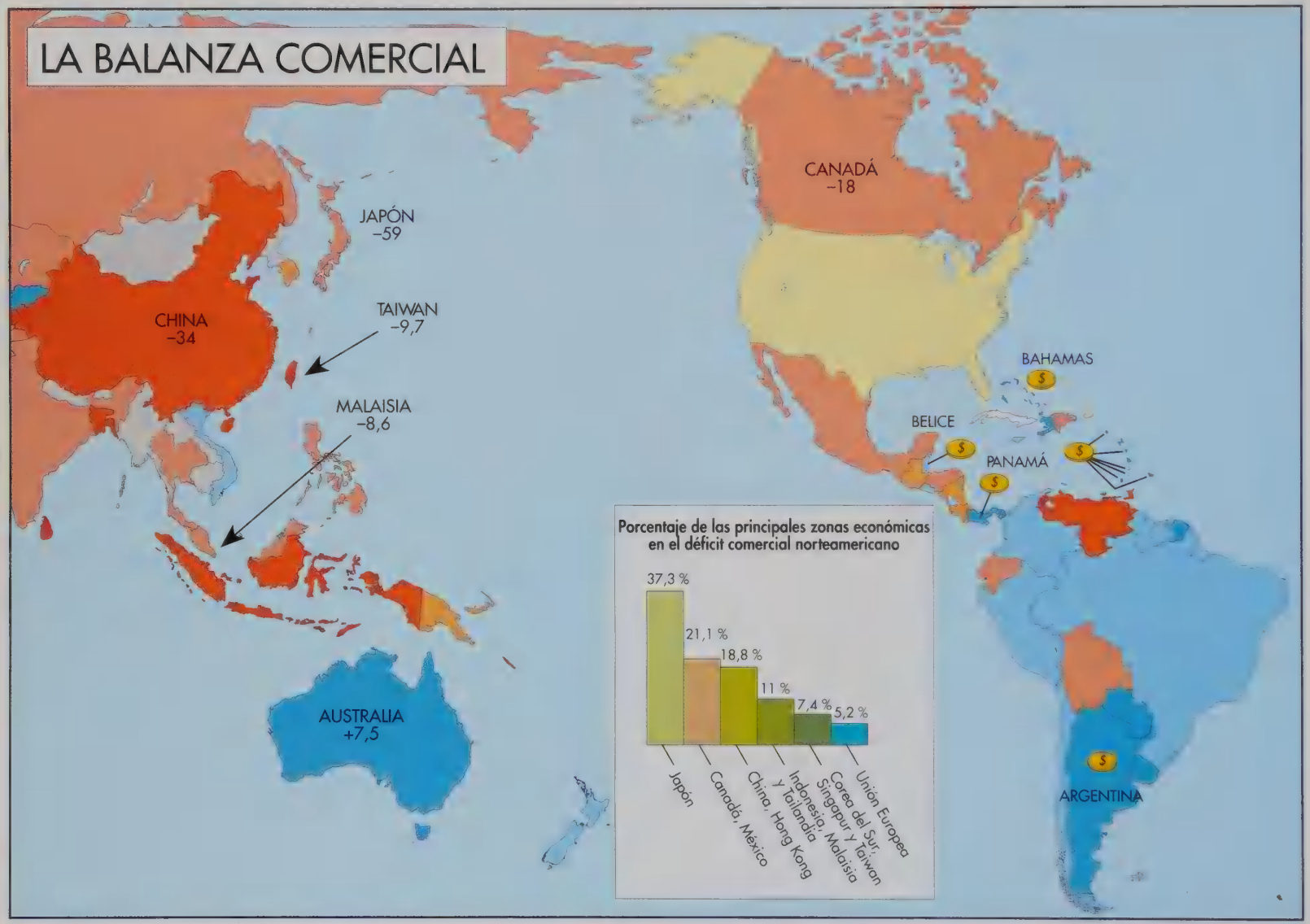


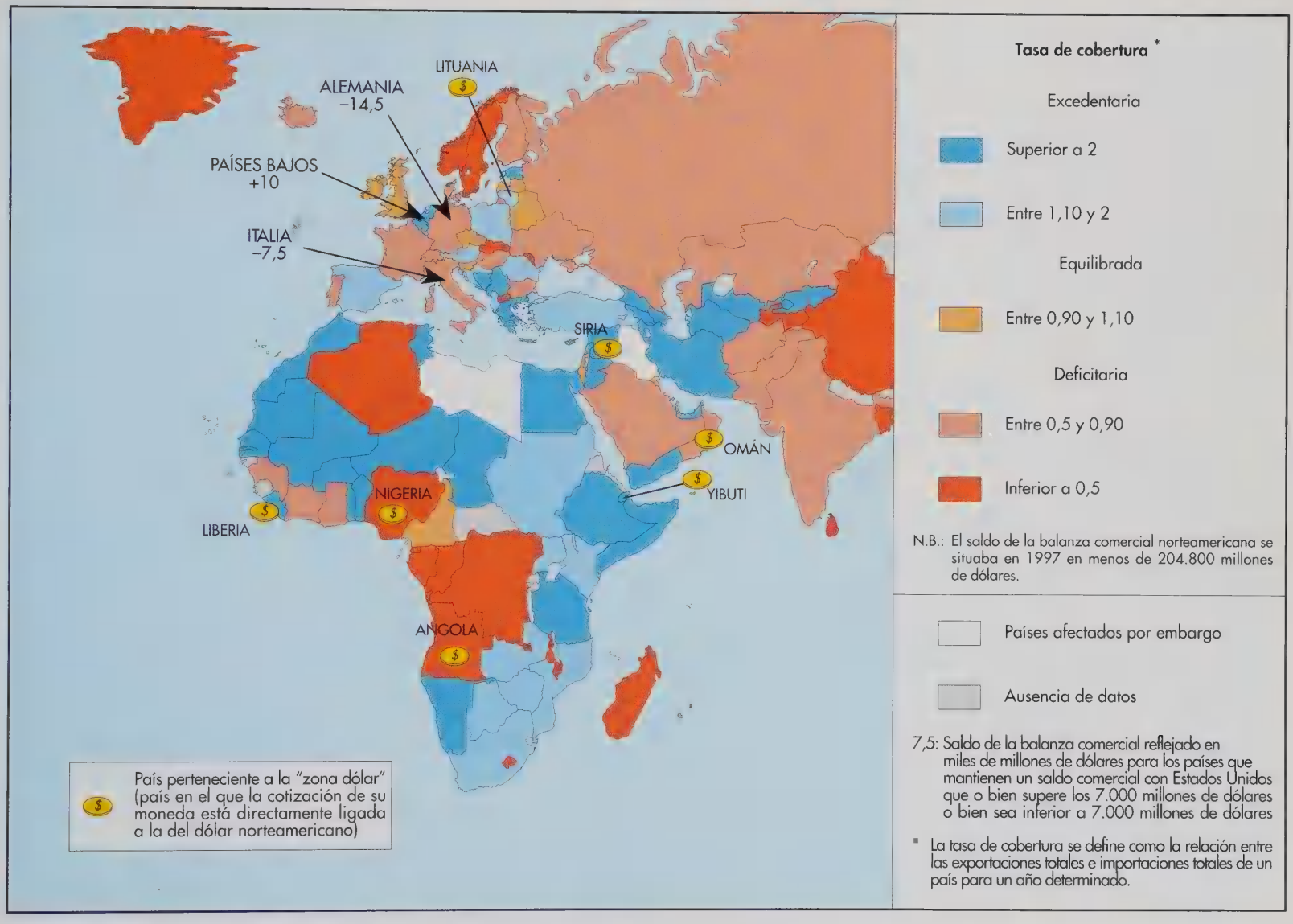

ALEMANIA
7,1 %
POLONIA
3,9 %
REINO UNIDO
12,1 %
FRANCIA
7,8 %
ITALIA
4,8 %
RUSIA
5,7 %
TURQUÍA
3 %
INDIA
10,1 %
NIGERIA
11,8 %
ÁFRICA DEL SUR
10,9 %
Porcentaje de importaciones provenientes de Estados Unidos
Superior al 50 %
Del 25 al 50 %
Del 10 al 25 %
Del 5 al 10 %
Menos del 5 %
N.B.: Las exportaciones norteamericanas en bienes y mercancías representan el 11,8 % del comercio mundial.
Países afectados por embargo
N.B.: Irán no se ve afectado por un embargo comercial total.
Ausencia de datos
Los diez grandes mercados emergentes identificados por la administración norteamericana
10,9 %: Porcentaje de las importaciones provenientes de Estados Unidos en las importaciones totales de los principales clientes de Estados Unidos y en los países emergentes.

EL PESO DEL MERCADO NORTEAMERICANO




REINO UNIDO
11,8 %
ALEMANIA
7,5 %
RUSIA
6,5 %
FRANCIA
6,7 %
ITALIA
7,3 %
ISRAEL
30 %
EGIPTO
11,1 %
ARABIA
SAUDÍ
14,7 %
INDIA
19,1 %
NIGERIA
39,4 %
R.D.
CONGO
17 %
Porcentaje de exportaciones con destino a Estados Unidos (1)
Superior al 50 %
Del 25 al 50 %
Del 10 al 25 %
Del 5 al 10 %
Inferior al 5 %
Países afectados por embargo
N.B.: Irán no está afectado por un embargo comercial total.
Ausencia de datos
6,5 %: Tasa de exportaciones a Estados Unidos de sus principales socios comerciales
(1) Relación entre las exportaciones a Estados Unidos y las exportaciones totales de los países en cuestión para un año determinado.


LA BALANZA COMERCIAL
CANADÁ
−18
JAPÓN
−59
CHINA
−34
TAIWAN
−9,7
MALAISIA
−8,6
AUSTRALIA
+7,5
BAHAMAS
BELICE
PANAMÁ
ARGENTINA
Porcentaje de las principales zonas económicas en el déficit comercial norteamericano
37,3 %
21,1 %
18,8 %
11 %
7,4 %
5,2 %
Japón
Canadá, México
China, Hong Kong y Tailandia
Indonesia, Malaisia Singapur y Taiwan
Corea del Sur
Unión Europea


LITUANIA
ALEMANIA
−14,5
PAÍSES BAJOS
+10
ITALIA
−7,5
SIRIA
OMÁN
YIBUTI
NIGERIA
LIBERIA
ANGOLA
País perteneciente a la "zona dólar" (país en el que la cotización de su moneda está directamente ligada a la del dólar norteamericano)
Tasa de cobertura *
Excedentaria
Superior a 2
Entre 1,10 y 2
Equilibrada
Entre 0,90 y 1,10
Deficitaria
Entre 0,5 y 0,90
Inferior a 0,5
N.B.: El saldo de la balanza comercial norteamericana se situaba en 1997 en menos de 204.800 millones de dólares.
Países afectados por embargo
Ausencia de datos
7,5: Saldo de la balanza comercial reflejado en miles de millones de dólares para los países que mantienen un saldo comercial con Estados Unidos que o bien supere los 7.000 millones de dólares o bien sea inferior a 7.000 millones de dólares
* La tasa de cobertura se define como la relación entre las exportaciones totales e importaciones totales de un país para un año determinado.

EL DESPLIEGUE MILITAR

Al contrario de lo que ocurre en la mayoría de los países de la Europa continental, Estados Unidos no mantiene fuerzas armadas importantes más que de manera intermitente. El ejército ha tenido rara vez en Estados Unidos la importancia que sí ha podido tener en cambio en el aparato de Estado de Francia, Alemania, Rusia o España, y la propia noción de golpe de Estado o de dictadura militar es totalmente extraña a la cultura norteamericana.

Dejando al margen la guerra de Secesión, desde su independencia hasta 1917 Estados Unidos no ha mantenido jamás fuerzas terrestres importantes. Al no considerar su territorio directamente amenazado por nadie, y a imagen del Reino Unido, se ha concentrado sobre todo en su poderío marítimo. El importante esfuerzo bélico desplegado en 1917-1918 no continuó en tiempos de paz, y el ejército americano en 1938 apenas se había modernizado en relación con el de 1919. Pero, empezando por copiar los tanques franceses y los aviones británicos de la época, entre 1939 y 1944 Estados Unidos produjo más armamento que ninguna otra potencia en cualquier otro periodo de la historia.

A partir de 1945 el gobierno norteamericano planifica una reducción de los efectivos (que en sólo un año descendieron de 12 millones a 1,5) y una congelación del número de mandos militares. A modo de comparación, tanto Francia como la URSS acrecentaron durante esta época su esfuerzo militar. Sólo la guerra fría obligaría a Estados Unidos a emprender, a partir de 1947, una carrera armamentística que en 1989 forzaría a los países del Este a tirar la toalla. De no haber existido Stalin, el reclutamiento obligatorio, constante entre 1943 y 1973, habría cesado a partir de 1948, año en que los efectivos aumentaron a tres millones. De hecho, en Estados Unidos el ejército es algo puramente instrumental y, en ausencia de amenazas directas, se mantiene en el mínimo estricto.

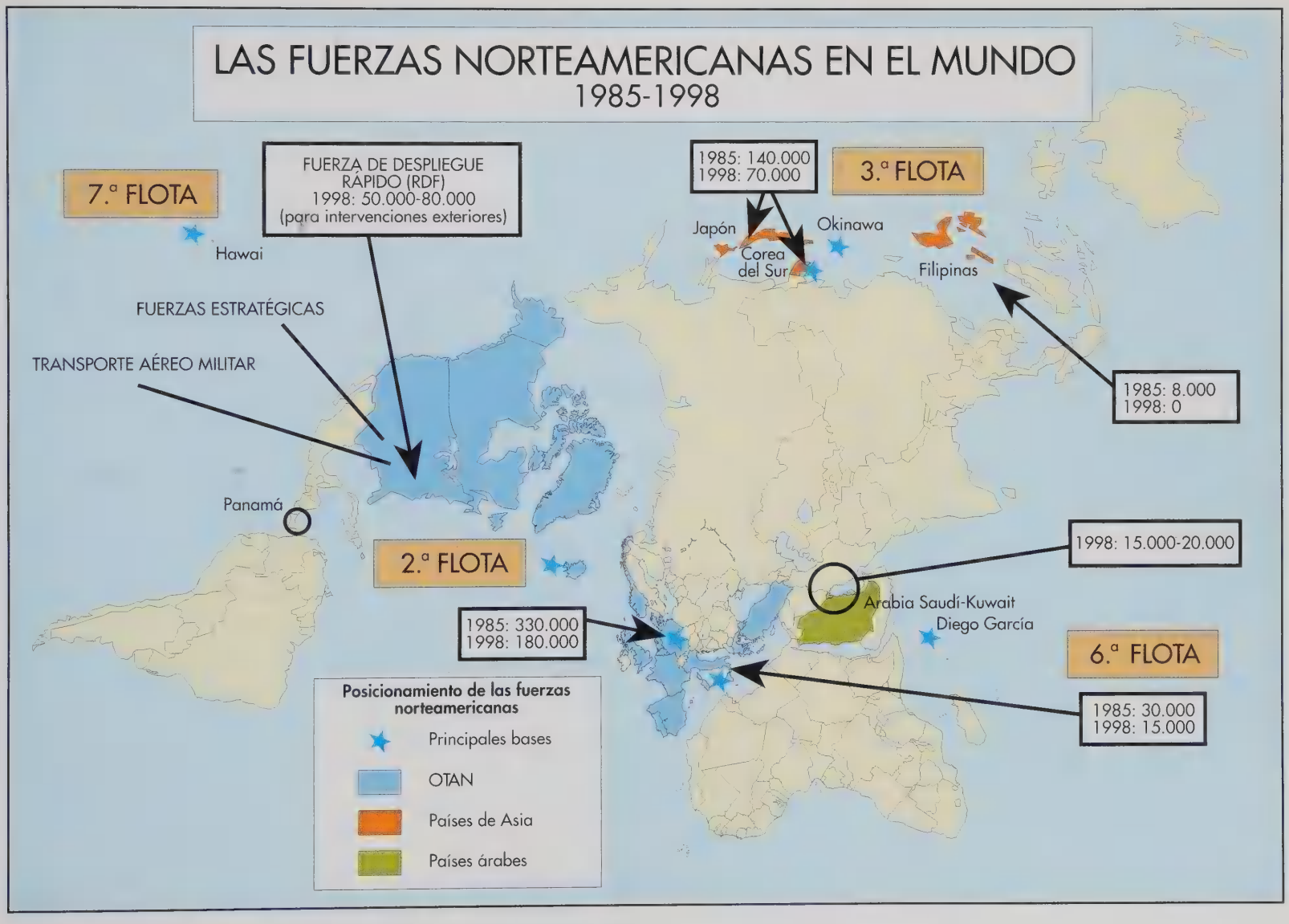
En este contexto, la caída de la URSS es un elemento que contribuye todavía más que los países de Europa occidental a una importante reducción del esfuerzo de defensa. Entre 1992 y 1997 el número de hombres alistados en el ejército ha pasado de 2,3 a 1,7 millones, y el número de soldados norteamericanos estacionados en el extranjero, de 350.000 a 200.000. El número de cabezas nucleares, que llegó a alcanzar la cifra de 25.000, se redujo a 10.000, y para el año 2005 debe descender hasta 3.000. La parte de la riqueza nacional dedicada a la defensa se ha rebajado del 10,5 % en 1962 al 5,8 % en 1990 y el 4 % en 1997.

No obstante, resulta impensable un retorno al *statu quo* de las épocas aislacionistas. Por un lado, Estados Unidos no está en absoluto dispuesto a renunciar al liderazgo a escala planetaria que ha conquistado. Por otro, el poderoso *lobby* militar-industrial que se ha constituido a partir de los años cincuenta frena todo lo que puede los recortes en el presupuesto de defensa. Finalmente, las industrias de armamento desempeñan un papel fundamental en la economía de numerosas regiones norteamericanas: han constituido el motor de la industrialización en el oeste y el sur del país y son, por tanto, el verdadero instrumento de la reordenación económica del territorio.

Variación de las condiciones de supremacía

Hasta la explosión de la primera bomba atómica, el *US Army* no se distinguía en absoluto de los ejércitos de otros países más que por su fuerza cuantitativa, enorme en tiempos de guerra, mínima en tiempos de paz. Su principal misión era la de defender el territorio de la Unión, por lo general muy poco amenazado, a pesar del ataque sorpresa japonés a Pearl Harbour en 1941, y la de hacer oír la voz de Norteamérica en el concierto de las naciones. Durante la segunda guerra mundial, los norteamericanos adoptaron la estrategia que tantos éxitos dio a los alemanes al inicio del conflicto: destruir por medio de la aviación, romper los frentes con los carros de combate y sólo después conquistar el territorio. Así pues, el antimilitarismo es casi inexistente en Estados Unidos y la adhesión popular a las políticas de defensa adoptadas se mantiene casi constante.

Hasta los inicios de la distensión, la cuestión cuantitativa era la dominante, pero en un principio referida solamente a las fuerzas


LAS FUERZAS NORTEAMERICANAS EN EL MUNDO
1985-1998
7.ª FLOTA
Hawai
FUERZA DE DESPLIEGUE RÁPIDO (RDF)
1998: 50.000-80.000
(para intervenciones exteriores)
FUERZAS ESTRATÉGICAS
TRANSPORTE AÉREO MILITAR
Panamá
2.ª FLOTA
1985: 140.000
1998: 70.000
3.ª FLOTA
Japón
Corea del Sur
Okinawa
Filipinas
1985: 8.000
1998: 0
1998: 15.000-20.000
Arabia Saudí-Kuwait
Diego García
1985: 330.000
1998: 180.000
6.ª FLOTA
1985: 30.000
1998: 15.000
Posicionamiento de las fuerzas norteamericanas
Principales bases
OTAN
Países de Asia
Países árabes

nucleares, campo en que Estados Unidos no siempre ha disfrutado de una ventaja tecnológica con respecto a la URSS. El ejército debía asegurar la defensa del «mundo libre» y su respuesta frente a la amenaza soviética debía ser contundente en los cinco continentes. La victoria en la segunda guerra mundial había renovado el orgullo militar de la nación y, hasta comienzos de la guerra de Vietnam, los norteamericanos apoyaron sin reservas el importante esfuerzo de defensa que les era exigido.

El trauma de la derrota en Vietnam hizo que la opinión pública y los dirigentes norteamericanos se mostraran reacios a cualquier compromiso exterior. Se puso en práctica la ilusoria doctrina de los enfrentamientos sin bajas. Las misiones del ejército se hicieron a la vez más numerosas y ligeras: defender el territorio nacional directamente amenazado por los misiles soviéticos, apoyar a los aliados de Estados Unidos en todo el mundo, defender los intereses norteamericanos en el extranjero, participar en misiones humanitarias. La idea dominante pasó a ser la de una respuesta gradual en función de la amenaza. A pesar de los esfuerzos por ahorrar en los presupuestos, Estados Unidos adquirió una notable ventaja tecnológica sobre la URSS, pero en determinados campos se enfrenta ahora a la competencia de sus aliados europeos.

En 1991 se abrió una nueva era militar con la caída de la URSS y la victoria en la guerra contra Irak. La amenaza es desde entonces más difusa y menos peligrosa. Parece haberse superado el síndrome de la guerra de Vietnam, pero las presiones para reducir el presupuesto de defensa abundan cada vez más. La defensa norteamericana ha dado un salto tecnológico que ningún otro país del mundo puede seguir. La guerra se vuelve electrónica y pone el acento en la información y las telecomunicaciones. El ejército de Estados Unidos es capaz de dejar sordo y ciego a cualquier otro, como hizo con el de Sadam Hussein durante la guerra del Golfo. Por el contrario, resulta menos eficaz contra los movimientos guerrilleros, a los que sin embargo detecta mejor, y sigue siendo en gran medida impotente frente al terrorismo.

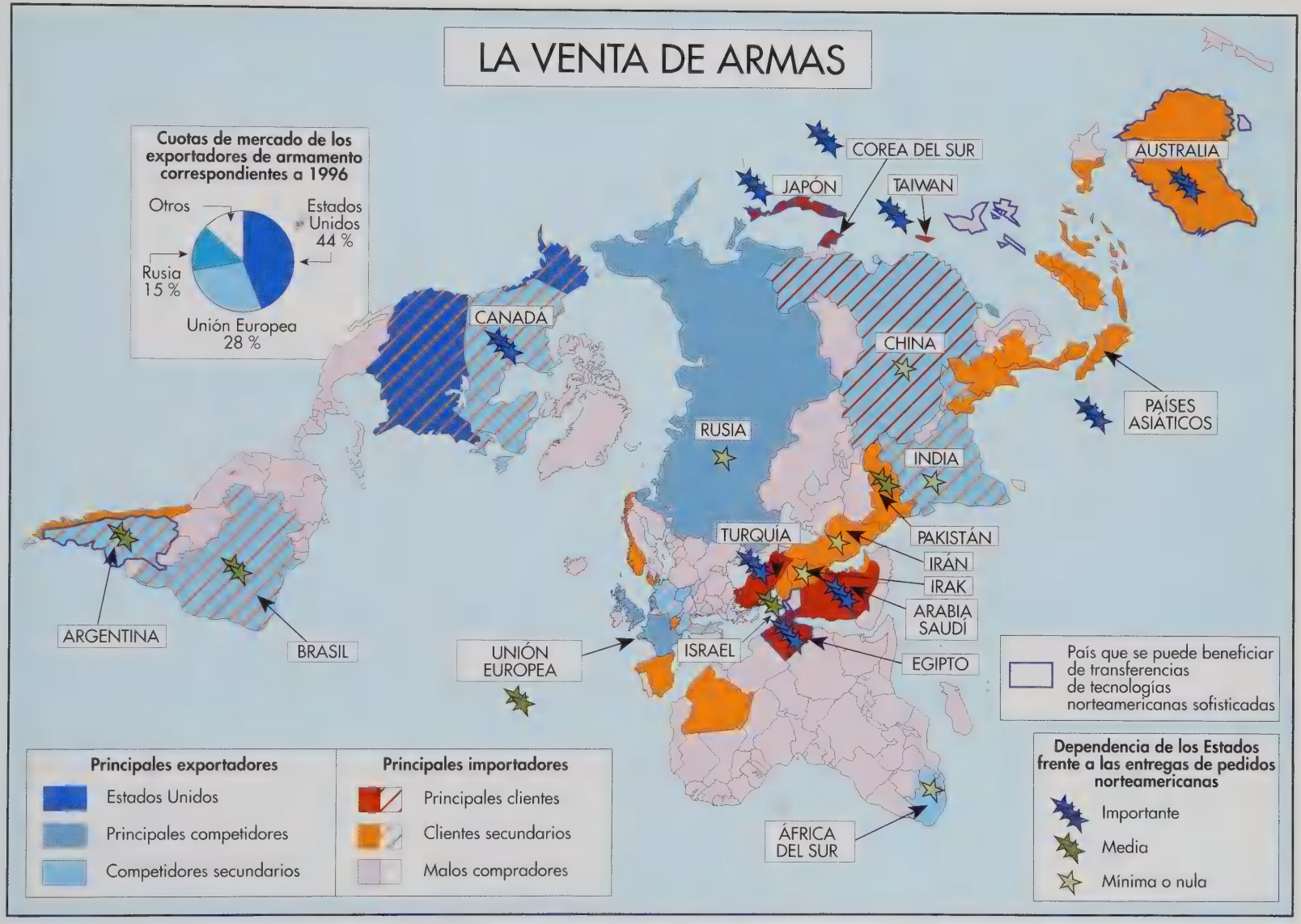
¿Supremacía, para qué?

Con un adelanto tecnológico mayor que nunca y desprovisto de un auténtico enemigo, Estados Unidos debe redefinir las misiones de su ejército. En un informe de febrero de 1996 el presidente Clinton estableció claramente los objetivos de defensa para los diez años próximos. Su administración ha fijado las condiciones de utilización de la fuerza en tres categorías: amenazas contra los intereses vitales que justifiquen el empleo masivo y unilateral de la fuerza, dando como ejemplo el caso del petróleo en la guerra del Golfo; amenazas contra el «bienestar» (*well being*) de Estados Unidos que exijan un estudio de las ventajas e inconvenientes del empleo de la fuerza, que no debería utilizarse más que dentro de un marco internacional, en este caso el ejemplo citado es el de Haití, donde se trataba de frenar la inmigración ilegal a Estados Unidos y estabilizar el país; y por último las acciones humanitarias, para las que no debe emplearse la fuerza más que en último recurso y en el marco de las Naciones Unidas, como ocurrió en el caso de Ruanda.

Inspirados por las lecciones de la guerra de Vietnam, el secretario de Defensa de Ronald Reagan, Casper Weinberger, y el jefe del Estado Mayor de los ejércitos durante la guerra del Golfo, Colin Powell, contribuyeron a elaborar una doctrina de intervención militar centrada en la idea de una clara separación entre los militares y los políticos, que debían fijar los objetivos precisos, pero absteniéndose de entrometerse en las tácticas empleadas. Antes de cualquier intervención militar debían plantearse siete cuestiones clave: ¿se han agotado ya todas las vías pacíficas?, ¿se han definido claramente los objetivos militares?, ¿cuáles pueden ser las consecuencias indirectas de una intervención?, ¿qué medios son necesarios?, ¿cuál será el coste económico y humano de la operación?, ¿cómo garantizar el apoyo de la opinión pública y del Congreso? y ¿existe una vía de salida en caso de fracaso (*an exit strategy*)?

Teniendo en cuenta los imperativos anteriormente expuestos, Estados Unidos ha calibrado sus fuerzas para estar en disposición de responder simultáneamente a dos crisis, una crisis internacional importante, comparable a la guerra del Golfo, que movilizó a más de un tercio del potencial militar norteamericano disponible, y una crisis «menor», como es desde el punto de vista norteamericano la de Bosnia.

Esta ambición supone mantener una ca-


LA VENTA DE ARMAS
Cuotas de mercado de los exportadores de armamento correspondientes a 1996
Otros
Estados Unidos 44 %
Rusia 15 %
Unión Europea 28 %
COREA DEL SUR
JAPÓN
TAIWAN
AUSTRALIA
CANADÁ
CHINA
PAÍSES ASIÁTICOS
RUSIA
INDIA
TURQUÍA
PAKISTÁN
IRÁN
IRAK
ARABIA SAUDÍ
ARGENTINA
BRASIL
UNIÓN EUROPEA
ISRAEL
EGIPTO
ÁFRICA DEL SUR
País que se puede beneficiar de transferencias de tecnologías norteamericanas sofisticadas
Principales exportadores
Estados Unidos
Principales competidores
Competidores secundarios
Principales importadores
Principales clientes
Clientes secundarios
Malos compradores
Dependencia de los Estados frente a las entregas de pedidos norteamericanas
Importante
Media
Mínima o nula

pacidad de actuación masiva muy rápida, a pesar del cierre de numerosas bases en el extranjero. Las fuerzas norteamericanas en ultramar se han reagrupado en un número limitado de emplazamientos, preferentemente en territorio de aliados seguros, donde se considera que su sola presencia tiene un efecto disuasorio, como ocurre por ejemplo en Corea del Sur. Pero Estados Unidos se ha reservado el derecho a utilizar instalaciones aéreas o marítimas en unos ochenta países del mundo, y en numerosos puntos del planeta ha multiplicado las labores previas al envío de material bélico.

Los objetivos de defensa parecen centrarse en las preocupaciones económicas. Más allá de la noción de seguridad económica, se considera que la promoción de los intereses económicos norteamericanos es un *security concern* (es decir, una cuestión de seguridad nacional). Se incluye también la promoción de un desarrollo sostenible (*sustainable development*) en todo el mundo, introduciendo la lucha contra las amenazas ecológicas planetarias entre las misiones del ejército, y la defensa de la democracia, pero no tanto por defenderla como valor absoluto, sino porque un país democrático tiene menos posibilidades de entrar en conflicto con Estados Unidos.

La lucha contra la proliferación nuclear, química, bacteriológica y balística constituye igualmente un objetivo de defensa. Los acuerdos de desarme firmados con Rusia, los tratados de desnuclearización firmados con los países «nucleares» surgidos del desmembramiento de la URSS (Ucrania, Kazajistán y Bielorrusia) y la difícil tarea de controlar las capacidades nucleares de Irak y Corea del Norte sirven a un mismo objetivo de disminución de los riesgos de destrucción masiva. Sin embargo, no se ha podido llegar todavía a ningún acuerdo equivalente con China, acusada de irresponsabilidad armamentística, sobre todo por las ventas a Irán.

A pesar de su poder, Estados Unidos intenta evitar intervenir en solitario e insiste constantemente en la necesidad de «compartir la carga» con sus aliados europeos y asiáticos. No obstante, su posición resulta ambigua y, aunque reclama a sus socios un mayor esfuerzo militar, intenta disuadir a los europeos de que pongan en práctica programas de defensa demasiado independientes de la tecnología norteamericana. Por otro lado, los aliados se han sentido escaldados por la guerra del Golfo que, financiada en gran medida por Alemania y Japón, ha dado de Norteamérica la imagen de una potencia mercenaria.

En cualquier caso, el desarrollo de los avances norteamericanos en materia de tecnología militar no será eterno. Aunque Estados Unidos considera poco menos que imposible la aparición de una defensa europea totalmente autónoma, los responsables norteamericanos son conscientes por ejemplo de que, a pesar de su pacifismo actual, Japón necesitaría menos de dos años para dotarse de armamento nuclear y que, teniendo en cuenta su formidable crecimiento económico, es previsible que China disponga a partir del año 2015 de medios que le permitan rivalizar militarmente con cualquiera.

El ejército, ¿un reflejo de la sociedad?

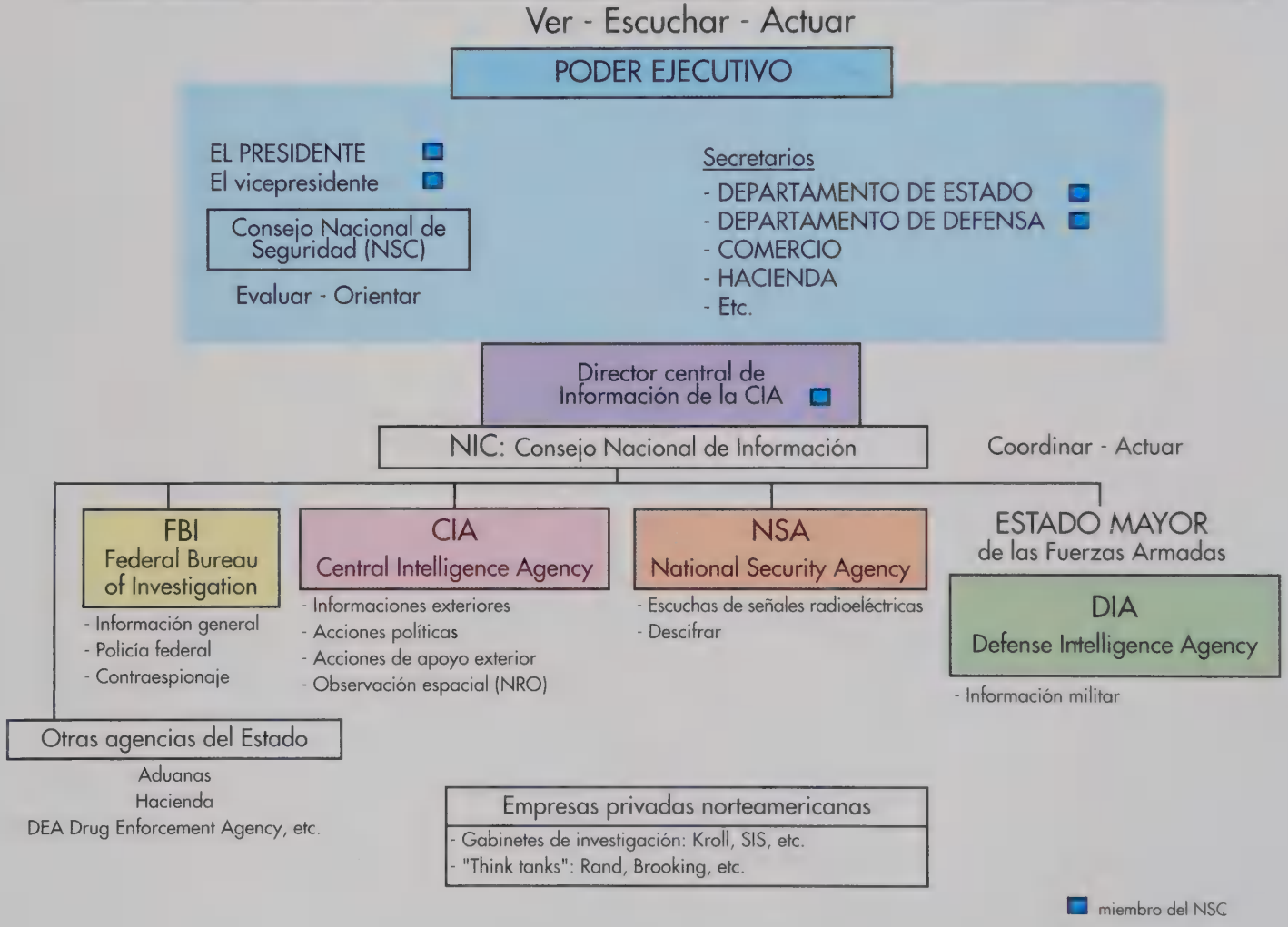
El ejército experimenta cada vez más dificultades para conservar a sus mejores efectivos, sobre todo los salidos de West Point (centro de formación militar de élite), atraídos por los salarios a veces muy elevados que les ofrecen las empresas privadas.

Al ejército le resulta también difícil seguir desempeñando el papel de promotor social que tuvo a partir de los años cincuenta, sobre todo merced a la financiación de los estudios universitarios de los veteranos. Mientras que el 80 % de los oficiales del ejército de tierra son blancos, el 55 % de los soldados rasos son negros. Esta disparidad es un fenómeno reciente y plantea el problema de la representatividad de esta institución. El ejército resulta cada vez menos representativo de las costumbres y hábitos de la nación y, aunque el presidente Clinton ha conseguido que se reconozcan los derechos de los homosexuales, el adulterio sigue siendo causa de expulsión. Con todo, las mujeres desempeñan un papel por lo general más importante que en otros ejércitos del mundo.

No existe por el momento divorcio entre el ejército y la nación, y el prestigio del uniforme sigue siendo muy grande, como demuestra la popularidad de los generales más conocidos, por ejemplo Colin Powell, símbolo del éxito social que el ejército puede ofrecer a los negros. No obstante, la ausencia de una amenaza exterior claramente identificada plantea a largo plazo el peligro de incidir en la cohesión de las Fuerzas Armadas, consideradas por el momento una de las mejores del mundo.

EL PESO MILITAR
CANADÁ
MÉXICO
Seattle-Tacoma
Bremerton
Spokane
Hanford
Richland-Tri-Cities
Idaho National Engineering Lab
Minneapolis-St. Paul
Plattsburgh-Burlington
Portland
Portsmouth
Boston
Rome-Utica
Providence
Newport
Scranton
Wilkes-Barre
Newak-Paterson
Trenton
Philadelphie
Asbury Park
Camdem-Filadelfia
Dover
Baltimore
Ashtabula
Mound
Dayton
Fernald
Portsmouth
Richmond
Joliet
Cheyenne
Sacramento
Salt Lake City-Ogden
Denver
Rocky Flats
Lawrence Livermore
San Francisco
Nevada Test Site
Kansas City
Kansas City
St. Louis
Paducah
Oak Ridge
Savannah River
Los Ángeles
San Diego
Yuma
Phoenix
Tucson
Los Álamos
Sandia
Pantex
Oklahoma City
Fort Worth
Shreveport
Birmingham
Macon
Albany
Jacksonville
Pensacola
Pinellas
Fairbanks
Anchorage
Honolulú
Gastos militares (en % del PIB por estado)
8 a 11 %
6 a 8 %
4 a 6 %
2 a 4 %
0,8 a 2 %
N.B.: El total de gastos militares para Estados Unidos se eleva al 3,1 % del PIB.
Principales emplazamientos nucleares
Principales aglomeraciones urbanas en las que la existencia de bases militares está sujeta a un programa restrictivo

LAS CAPACIDADES DE INFORMACIÓN DE ESTADOS UNIDOS



EL PODER «BLANDO»

El *soft power* o «poder blando» es una noción desarrollada durante los años ochenta por los politólogos norteamericanos Joseph Nye y William Owens. Lo definieron como la capacidad de alcanzar los objetivos internacionales más por la adhesión que por la coerción. La era de la mundialización ofrece a Estados Unidos la ocasión de extender su dominio por medios pacíficos gracias a la capacidad de seducción del modelo norteamericano, tanto desde el punto de vista político y económico como desde el cultural. Nye y Owens, cuyos trabajos pretenden influir en la política exterior norteamericana, ponen el acento en el impacto político del *soft power*. Si un estado está en posición de legitimar su poder a los ojos de los demás, puede prescindir de emplear los medios coercitivos para influir en sus comportamientos. De este modo, los esfuerzos diplomáticos en conferencias internacionales o la exportación de productos culturales *made in USA* pueden inducir a la adopción de normas e instituciones pro norteamericanas. Afirman que el *soft power* es, o puede ser, un instrumento de inestimable valor para la política exterior, ya que contribuye a pacificar y a generar sinergias favorables a la economía norteamericana. Imposible de cuantificar en sí mismo, el efecto del *soft power* hace ver hasta qué punto entran los valores y las normas americanas en los mercados extranjeros: de entrada, y en el plano económico, la integración de las economías nacionales en el sistema capitalista mundial permite la penetración de los bienes de consumo norteamericanos, y sobre todo de los productos culturales. En la medida en que un consumo de esta índole implica una interiorización de las normas y los valores, las dimensiones sociales de esta penetración pueden llegar a ser sobrecogedoras. A nivel político, cabe prever la adopción de programas favorables a los intereses norteamericanos por una élite dirigente occidentalizada.

El dominio norteamericano sobre los mercados internacionales de la cultura

La exportación de bienes de consumo norteamericanos afecta a todos los continentes en un número muy elevado de sectores culturales; en primer lugar, los productos audiovisuales, pero también la edición, la prensa, la información y los hábitos alimentarios. El cine y la televisión son las facetas más visibles de la cultura norteamericana en el extranjero y constituyen el sector más rentable: el sector audiovisual ocupa el segundo puesto entre las exportaciones, justo después del agroalimentario, y genera el excedente comercial más elevado por detrás del sector aeronáutico. A comienzos de los años noventa, las empresas norteamericanas controlaban casi tres cuartas partes del mercado mundial de la imagen sumando cine y televisión. Según estudios realizados por la Unesco, Estados Unidos ha exportado siete veces más programas de televisión que su mayor competidor inmediato, Gran Bretaña. Incluso en el mercado europeo las cien primeras cadenas de televisión importan de Estados Unidos el 69 % de los programas de ficción que emiten. Por otro lado, y dependiendo de cada país, las empresas norteamericanas acaparan entre el 80 y 90 % del mercado mundial del vídeo. El cine norteamericano conoce un éxito mundial. Las películas norteamericanas no representan más de un 6 o un 7 % de la producción mundial, pero ocupan el 50 % del tiempo de proyección. Esta capacidad de imponerse en todo el mundo se explica en parte por la concentración de las empresas de distribución en Estados Unidos. En 1993, ocho empresas se repartían el 89 % del mercado norteamericano, que en sí mismo representa casi la mitad del mundial. Esas empresas norteamericanas disponen de la única red verdaderamente mundial de distribución de películas. La expansión del sector ha beneficiado exclusivamente a Estados Unidos y, en Europa, la cuota de mercado de las películas norteamericanas ha pasado del 56 % en 1985 al 76 % en 1994, mientras que la de las del resto del mundo, incluidas las europeas, ha experimentado una caída del 9 %. La receptividad del público a las películas norteamericanas es tal que las producciones extranjeras sólo pueden esperar un éxito comparable si las *majors* (grandes productoras) americanas compran sus derechos. Muchas veces se atribuye el éxito mundial del cine norteamericano a los importantes medios empleados por las empresas productoras. A modo de ejemplo, en 1994 el

presupuesto medio de la producción de una película ascendía a 2,8 millones de dólares en la Unión Europea, mientras que en Estados Unidos era de 11,6. Pero si las películas norteamericanas continúan imponiéndose en el mercado mundial y obtienen las máximas recaudaciones, es también gracias a su capacidad para acceder al universo entero utilizando como señuelo los mitos norteamericanos. En el sector audiovisual, y aparte de las cadenas británicas, sólo algunas grandes empresas latinoamericanas como Globo (Brasil) y Televisa (México) consiguen competir con Estados Unidos concibiendo programas «universales». Además, Televisa ha logrado acaparar una gran parte del mercado hispano en Estados Unidos.

También en el terreno de la información las empresas norteamericanas ocupan una posición privilegiada, tanto si se trata de recogerla como de difundirla. La prensa norteamericana monopoliza una gran parte del mercado extranjero: por ejemplo, *The Wall Street Journal* y *The New York Times* tienen cada uno una difusión exterior diaria que alcanza decenas de miles de ejemplares y la distribución de los semanarios *Time* y *Newsweek* supera el millón de ejemplares fuera de Estados Unidos. En cuanto al *International Herald Tribune*, sólo se imprime y distribuye en el extranjero. Sin embargo, el dominio norteamericano en el sector de la información se hace sentir sobre todo a través de las imágenes. La información vía satélite está casi exclusivamente dominada por la cadena norteamericana CNN, que ha conocido un enorme éxito fuera de Estados Unidos. Ni siquiera cadenas tan boyantes como la MBC saudí, con base en Londres, pueden aspirar a rivalizar con la credibilidad de las informaciones norteamericanas vía satélite, que llegan incluso a los propios habitantes de Arabia. Sólo la BBC, cuya red internacional de recepción televisiva está todavía poco desarrollada, sirve como figura de referencia alternativa.

En el mundo de la educación y la ciencia el papel de Estados Unidos es decisivo. Según estudios de la Unesco, se encuentra a la cabeza de la lista mundial en cuanto al número de estudiantes extranjeros matriculados en sus universidades, que en 1993 ascendía a más de 450.000. Norteamérica representa de algún modo el centro intelectual de las investigaciones, tanto en el campo de las ciencias exactas como en el de las ciencias sociales, como demuestra el prestigio de sus revistas científicas, entre las que cabe citar *The New England Journal of Medicine* y el *Foreign Affairs*.

El idioma constituye el vector fundamental del expansionismo científico y cultural norteamericano. El inglés es hablado por 470 millones de personas y es, por tanto, la segunda lengua del mundo en número de hablantes, sólo después del chino mandarín. Está presente en todos los continentes y es la primera lengua en el comercio y los intercambios internacionales. Como consecuencia, los términos norteamericanos se imponen en el inglés internacional e incluso en otros idiomas.

El esplendor de Norteamérica en el mundo se mide también por la atracción que ejerce entre los turistas. Estados Unidos recibe todos los años casi tantos turistas como Francia o España. En 1993 ocupó el primer lugar por ingresos turísticos, seguido de Gran Bretaña. El sector de la restauración está también muy influenciado, por no decir dominado, por el ejemplo norteamericano. Las veinte primeras empresas multinacionales de restauración son cadenas americanas de *fast food*.

¿Una cultura mundial?

Se observa la influencia norteamericana en los hábitos cotidianos más banales: en la organización del trabajo, en el ocio. La disposición urbanística de los barrios residenciales y los supermercados que los rodean son inventos norteamericanos que se encuentran con frecuencia en todas partes. ¿Debe considerarse que se ha producido una americanización de las culturas de todo el mundo o que el consumo en sí mismo ha llevado aparejado ese proceso de modernización? Según el politólogo norteamericano David Rieff, la cultura se ha convertido en un simple producto de consumo.

La mundialización habría provocado un fenómeno de uniformización en el que la cultura de masas americana es el modelo. Para Reiff, no parece adecuado hablar de una voluntad de conquista cultural del mundo por parte de los norteamericanos. En este caso se trata más bien de una consecuencia del predominio de las exportaciones culturales norteamericanas, ya que la industria de la cultura se preocupa del beneficio de sus empresas y no de cuestiones como el imperialismo. La politóloga norteamericana Hannah Arendt constata que la evolución de las costumbres amenaza la diversidad y las es-

EL INGLÉS EN EL MUNDO
Proporción de la población que comprende el inglés en:
los países en los que el inglés es el idioma oficial
Del 0 al 15 %
Del 15 al 50 %
Del 50 al 89 %
Más del 90 %
los países no anglófonos
El inglés es comprendido y hablado por la mayoría de la población
Uso bastante extendido del inglés
Enseñanza habitual del inglés
El inglés es poco utilizado en la vida cotidiana

pecificidades de las culturas del mundo. Otros acusan directamente a Estados Unidos. El norteamericano Theodor Adorno afirma que el imperialismo de su país engendra una uniformización cultural a la que se denomina comúnmente como «cultura mundial».

Samuel Huntington, historiador norteamericano famoso por sus polémicos artículos acerca del conflicto entre civilizaciones, sostiene por el contrario que los intercambios culturales no engendran ni similitud ni procesos de americanización. Las otras civilizaciones podrían modernizarse sin por ello occidentalizarse. Fuera de Estados Unidos se encuentran también investigadores escépticos con respecto a la pertinencia del concepto de arma cultural. El politólogo francés Ghassan Salamé no constata en absoluto una uniformización de los comportamientos a pesar de la corriente de mundialización patente en los intercambios, los medios de comunicación y los desplazamientos transcontinentales. Por el contrario, se ve cómo resurgen particularidades regionales o locales por influencia de los discursos que defienden la excepción cultural, las especificidades locales y los valores religiosos, como los de los partidos islamistas en el mundo árabe musulmán o los del partido hinduista BJP en la India.

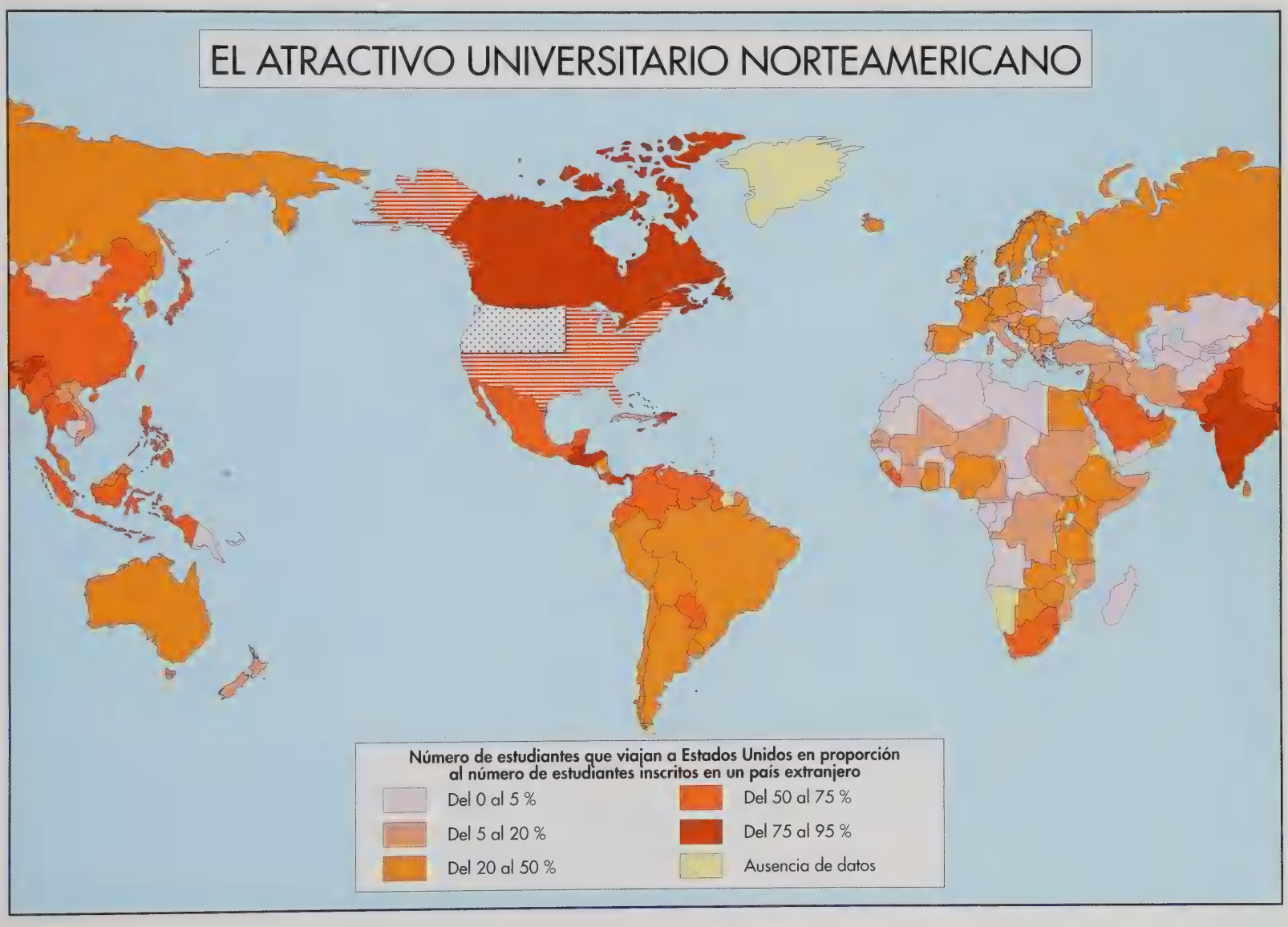
El sociólogo americano Orlando Patterson afirma que, desde su punto de vista, la americanización de las producciones culturales no equivale en absoluto a una uniformización del mundo, sino más bien a la adopción del modelo norteamericano de mercadotecnia, que permite que los productos sean accesibles al mundo entero. Según este autor, no se debe presuponer una reacción necesariamente pasiva por parte del Tercer Mundo frente a la cultura norteamericana, ya que cada uno interpreta y selecciona las «intrusiones» culturales según sus propias experiencias. Afirma por otro lado que las regiones periféricas contribuyen a la producción de la cultura de masas norteamericana. Cita así el impacto que han podido tener las culturas de todo el mundo en la música y los productos alimentarios de Estados Unidos. El *reggae* o los restaurantes *tex-mex* ilustran a la perfección esta influencia de los países del Tercer Mundo en la cultura norteamericana. Estos bienes multiétnicos son por lo general adaptados a las técnicas de marketing norteamericanas y luego exportados. En otras regiones del mundo se constata la existencia de un fenómeno paralelo. Determinadas empresas combinan los métodos norteamericanos y un contenido cultural con fuerte sabor local con el fin de competir con las exportaciones de Estados Unidos. En Europa las películas de éxito están con frecuencia calcadas de los modelos norteamericanos: secuencias rápidas, iluminación cuidada y *happy endings*. En América Latina las telenovelas hacen furor gracias a un formato norteamericano y a un contenido en el que las referencias culturales son de carácter más nacional. Del mismo modo, enfrentada al asombroso éxito de los McDonald's, la alcaldía de Moscú lanzó en 1994 una cadena de *fast food*, la Ruskoe Bistró, que ofrece menús tradicionales rusos.

Estos pocos ejemplos muestran una complejidad en las interacciones culturales que no cesa de desarrollarse. No se puede negar el atractivo comercial de la exportación cultural. Aunque también puede afirmarse que la cultura de masas norteamericana, o americanizada, parece responder adaptándose con particular acierto a las exigencias del mercado. No obstante, resulta más difícil determinar hasta qué punto ese consumo conduce a la interiorización de valores subyacentes, aunque cabe suponer que el tiempo y la intensidad de los intercambios juegan a favor de esta influencia.

La instrumentalización política de la cultura

La política cultural parece indicar que el gobierno cree en la utilidad política de la difusión cultural. Para mejorar la comprensión internacional de la sociedad norteamericana, y de la política exterior de Estados Unidos, el gobierno norteamericano dispone de una institución pública, la United States Information Agency (USIA), integrada desde 1997 en el Departamento de Estado. En 1989, con sus agencias anexas, la USIA se beneficiaba de un presupuesto de 1,3 millones de dólares; es decir, seis veces superior al de la Unesco. Esta organización se muestra muy activa en los intercambios universitarios, las bibliotecas, las escuelas, los centros culturales, la prensa y la edición. Se ha subrayado ya el importante papel que desempeña la CNN, siempre cerca de los encargados de adoptar decisiones y las élites mundiales, pero también conviene señalar el impacto que pueden tener emisoras de radio como de Radio Free Europe o Voice of America,

EL ATRACTIVO UNIVERSITARIO NORTEAMERICANO



uno de los principales instrumentos de la USIA. Fáciles de captar, las emisiones de radio pueden llegar a un número muy elevado de oyentes. Gracias a su difusión en 48 idiomas, Voice of America alcanza una audiencia de varias decenas de millones de personas. El impacto político de estos medios queda patente en determinados sondeos realizados durante periodos de crisis internacional: según la BBC, el número de egipcios que escuchaban la Voice of America aumentó del 1 al 11 % desde el momento en que se desencadenó la crisis del Golfo. Tras la masacre de Tiananmen, Voice of America se convirtió en la principal fuente de información para el 60 % de los chinos con estudios universitarios. Además, durante la conferencia de Pekín sobre las mujeres de 1995, Voice of America fue el único medio que difundía en las ondas locales reportajes relacionados con cuestiones feministas. En ausencia de objetivos de rentabilidad, este tipo de emisoras se han implantado en los mercados locales más recónditos, mientras que cadenas como la CNN o diarios como *The New York Times* no llegan nada más que a una población urbana y anglófona. Esta élite es objeto de tanta atención por parte del gobierno norteamericano que éste ha lanzado recientemente Worldnet, una red mundial de televisión con sede en Washington.

Washington estimula también la implantación de sociedades de carácter cultural en el extranjero con el fin de favorecer el crecimiento de esta industria y de promover una imagen positiva de Estados Unidos en todo el mundo. La administración Clinton interviene de manera regular a favor de empresas norteamericanas con el fin de asegurarles acuerdos para la exportación. Evidentemente, estas presiones diplomáticas no tienen nada de especial, y los gobiernos francés, alemán o ruso hacen exactamente lo mismo. Pero la legislación norteamericana va más lejos en la protección de las grandes empresas. Por ejemplo, en el sector del cine existe una legislación especial que autoriza a las empresas a crear carteles de exportación, y ello a pesar de las leyes anti-*trust* norteamericanas.

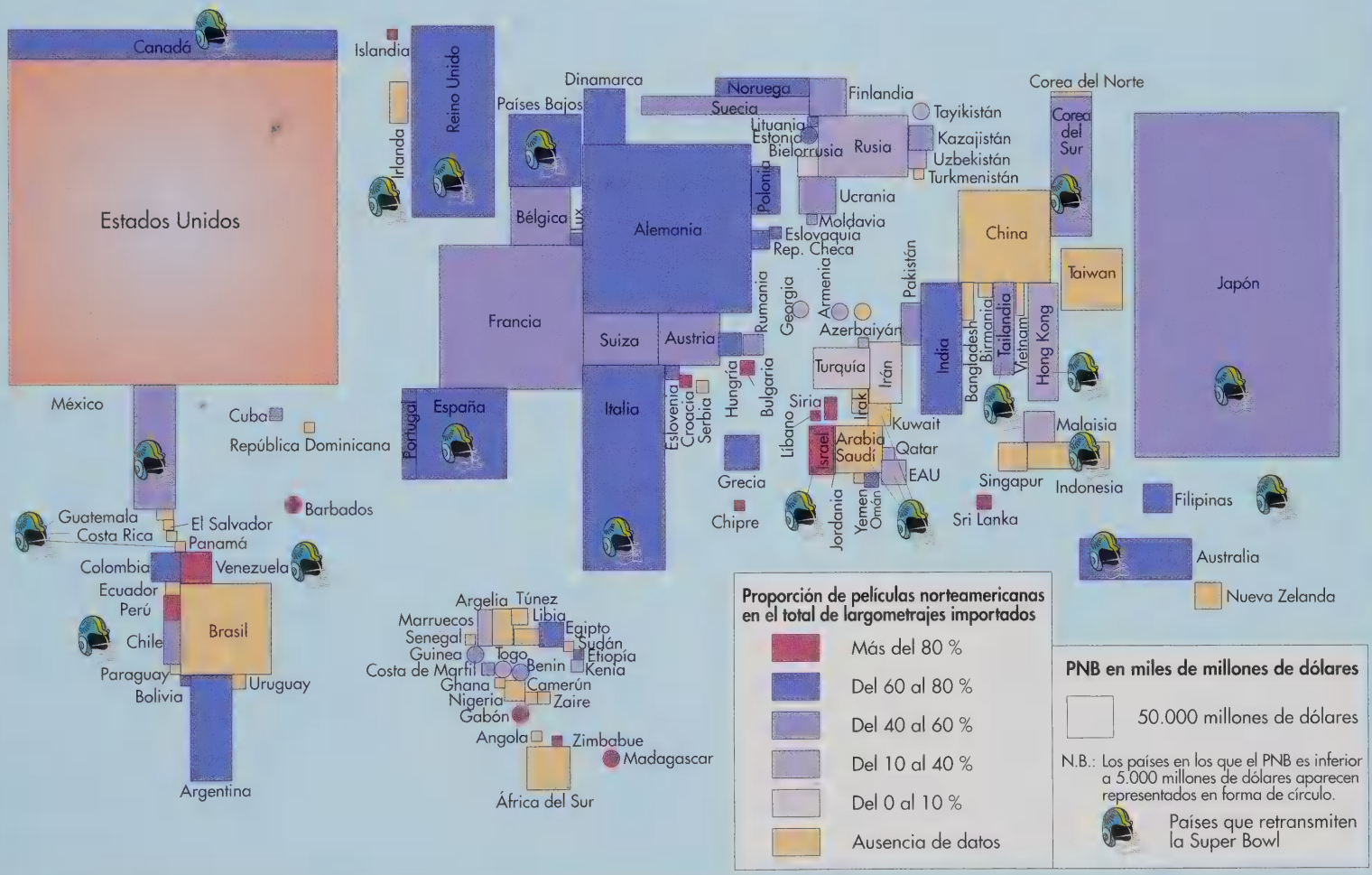
Ambiciones normativas

De manera más general, Washington intenta gestionar la transición hacia la integración de las economías dotando al comercio internacional de reglas de funcionamiento claras y aceptadas por todos, pero que en cualquier caso le sean favorables. Estados Unidos anima especialmente el desmantelamiento de tarifas aduaneras que dificulten la libre circulación de mercancías y servicios, en particular a través de la Organización Mundial de Comercio (OMC), cuyas reglas de funcionamiento son obra suya. El tratado de libre comercio entre Canadá, México y Estados Unidos (ALENA) se inscribe dentro del mismo propósito de integración económica. Teniendo en cuenta el peso relativo de Estados Unidos, un 87 % del PNB total de esta zona de librecambio, lo más probable es que Washington consiga imponer sus normas a los otros gobiernos. La iniciativa de la empresa panamericana EAI, lanzada por la administración Bush en 1990, tiene como objetivo promover las reformas económicas y políticas y derribar las barreras comerciales en todo el continente. Por otro lado, más allá del continente americano, EAI y ALENA sirven finalmente al objetivo general de promover el librecambio al tiempo que estimulan la apertura de las economías de los países de Asia oriental, inquietos ante la creación de bloques comerciales en América y Europa. Por otro lado, el gobierno estadounidense se muestra muy favorable a un acuerdo de librecambio entre los países de la ASEAN, en la medida en que podría terminar estimulando los intercambios con el resto del mundo. Manteniendo sus esfuerzos diplomáticos en la región, la Casa Blanca consiguió en 1992 institucionalizar la llamada APEC (Cooperación Económica Asia Pacífico) que agrupa a las economías más poderosas del Pacífico y permite a Estados Unidos mantener una posición central en la zona económicamente más dinámica del mundo.

En materia financiera, el lugar dominante que Norteamérica ocupa en el seno del FMI y de la banca mundial le permite dictar las normas de gestión real. Los llamados *Chicago boys*, economistas formados por la escuela de Chicago, han impuesto su monetarismo a las instituciones financieras internacionales que dictan sus leyes a los países en dificultades. Por otro lado, Estados Unidos desempeña un papel clave en las decisiones del FMI en cuestión de préstamos, y la amplitud de los apoyos concedidos a México en 1995 y a Seúl en 1997 se debe en gran medida a la calidad de las relaciones de estas capitales con Washington.

América no tiene ya rival en la innovación y el dominio de las tecnologías y los sectores

LAS IMÁGENES AMERICANAS



INTERNET

En 1997 el número de servidores de Internet censados se situaba en torno a los 40.000, mientras que en todo el mundo 40 millones de personas utilizaban la red. Esta red informática mundial fue creada hacia finales de los sesenta por la Advanced Research Project Administration (ARPA), una división del Departamento norteamericano de Defensa. El proyecto consistía en crear un protocolo de comunicación estandarizado (TCP/IP) que uniera las universidades norteamericanas con el industria de Defensa. Otros servicios fueron sumándose durante los años ochenta, y se incrementó notablemente la rapidez de comunicación de la red. Entre 1985 y 1994, Internet creció desde un millar de puntos a más de dos millones, de los que el 80 % se encuentran en Estados Unidos. Hay censados unos 640.000 centros educativos americanos, 520.000 comerciales y 220.000 gubernamentales y/o militares. La mayoría de los 700.000 puntos situados fuera de Estados Unidos utilizan también el inglés. Cada semana se crean varios miles de nuevos puntos unidos a Internet.

Se pueden encontrar usuarios de Internet en prácticamente todos los rincones del planeta, con la excepción de la mayor parte de África, determinadas zonas de Oriente Medio y América Latina, donde esta red está reservada a una pequeña élite. Un elevado número de redes primarias que gestionan el tráfico en Internet están asimismo situadas fuera de Estados Unidos. Su infraestructura adolece, sin embargo, de fiabilidad, lo que explica que numerosas llamadas efectuadas entre dos países distintos utilicen la red norteamericana NSFNET.

A pesar de la mundialización de los intercambios, la notable presencia de las empresas norteamericanas en los centros comerciales, la concepción norteamericana de los aspectos lógicos de la explotación y el dominio del inglés en la red contribuyen a dotar a Internet de una imagen netamente norteamericana. En muchos sentidos, este medio de comunicación se ha convertido en símbolo esencial del papel desempeñado por Estados Unidos en el nuevo orden mundial.

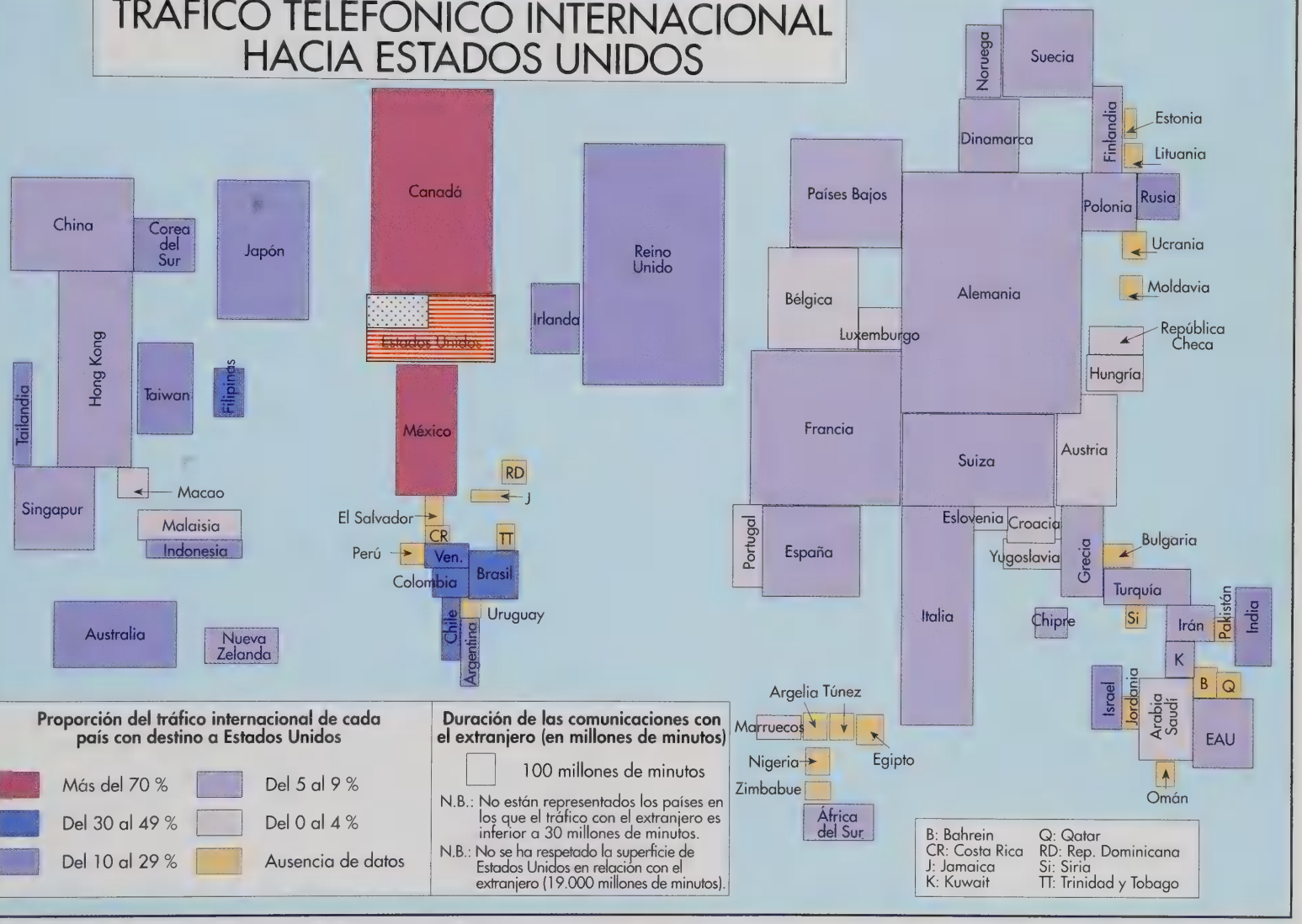
Aunque la red fue inicialmente puesta en marcha por el gobierno norteamericano, no está sin embargo sometida a ningún control gubernamental. Esta amalgama de redes informáticas está dirigida por numerosas organizaciones situadas en más de 70 países. Aunque los servicios ofrecidos en Internet siguen sin estar reglamentados, determinadas decisiones tecnológicas se toman en el seno de pequeños comités que elaboran las normas que afectan a los protocolos de transmisión.

La reglamentación de Internet constituye, sin embargo, una apuesta de primera importancia para las grandes empresas norteamericanas. En el momento actual se oponen dos conceptos: uno europeo, que defiende sobre todo la lucha contra cualquier forma de concentración, y otro norteamericano, más mercantilista y partidario de la «cartelización». El *Communication Act* de 1995, que permite la concentración, asegura la defensa de los intereses del sector privado norteamericano en el campo de la comunicación. Algunos observadores opinan sin embargo que el éxito económico de las grandes empresas de comunicación norteamericanas será limitado, teniendo en cuenta el carácter intrínsecamente antimonopolista de la tecnología específica de Internet.

del futuro. Si Estados Unidos ha podido intentar convertirse en el «conmutador» central de todo el planeta, se debe a que la información se ha convertido en un recurso de gran importancia en un mundo en vías de integración. El objetivo es el de situarse en la intersección de las rutas de comunicación con el fin de ser los primeros en beneficiarse de las informaciones. Su maestría en el uso de las telecomunicaciones y la informática constituye en este sentido un instrumento esencial a la hora de la mundialización. Asimismo, la apuesta en el control de las telecomunicaciones consiste en saber quién fijará las normas internacionales, por ejemplo en materia de telefonía móvil, en la que las frecuencias no son de momento compatibles entre una y otra orilla del Atlántico. Estados Unidos utiliza todo su peso para imponer sus normas y estándares en todos los campos del futuro: transmisiones de datos a través de Internet, CD, TVHD o televisión de alta definición, etc.

El liderazgo norteamericano en la economía internacional está reforzado por sus esfuerzos en los frentes político y militar. Las instituciones internacionales, creadas todas bajo la égida norteamericana a partir de 1945, demuestran esta tradición de doble liderazgo que garantiza la cohesión del bloque occidental. La inclusión de nuevas zonas económicas en los acuerdos comerciales promovidos por Estados Unidos se desarrolla de ese modo a la par que sus esfuerzos diplomáticos por ampliar las instituciones estratégico-militares. Frente a los desafíos de su consolidación como potencia única tras la guerra fría y la reconstrucción de un sistema de seguridad para la Europa amenazada por las turbulencias de las transiciones políticas en el Este, Estados Unidos ha lanzado la idea de un «nuevo atlantismo». A partir de junio de 1991 ha procedido a la reforma de la OTAN: fuerte reducción de los efectivos y creación de unidades multinacionales dependientes en último extremo del Estado Mayor norteamericano. En noviembre de 1991 los esfuerzos diplomáticos norteamericanos permitieron la creación del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (COCONA), que asegura el diálogo y las acciones comunes en materia de seguridad con las nuevas democracias del Este. En junio de 1992 la OTAN anunció la decisión de poner sus fuerzas y sus infraestructuras al servicio de la Conferencia de Seguridad y Coopera-

TRÁFICO TELEFÓNICO INTERNACIONAL HACIA ESTADOS UNIDOS



Proporción del tráfico internacional de cada país con destino a Estados Unidos

- Más del 70 %
- Del 30 al 49 %
- Del 10 al 29 %
- Del 5 al 9 %
- Del 0 al 4 %
- Ausencia de datos

Duración de las comunicaciones con el extranjero (en millones de minutos)

100 millones de minutos

N.B.: No están representados los países en los que el tráfico con el extranjero es inferior a 30 millones de minutos.

N.B.: No se ha respetado la superficie de Estados Unidos en relación con el extranjero (19.000 millones de minutos).

B: Bahrein
CR: Costa Rica
J: Jamaica
K: Kuwait
Q: Qatar
RD: Rep. Dominicana
Si: Siria
TT: Trinidad y Tobago

ción Europea (CSCE) para misiones de paz desde el Atlántico a los Urales. Estas estructuras de transición constituyen el andamiaje institucional que permite asegurar a la vez la cohesión del bloque occidental y la consolidación del liderazgo norteamericano, sobre todo mediante el dictado de normas técnicas que favorecen las ventas de armas norteamericanas. Lo que el secretario norteamericano de Comercio, Mickey Kantor, denomina liderazgo, es calificado por otros representantes de la OTAN, evidentemente de forma anónima, como «gangsterismo político». Mediante acciones paralelas, Washington ha obligado a los Estados nucleares que han sucedido al imperio soviético a firmar el tratado de no proliferación nuclear (TNP). Los acuerdos START, que prevén la reducción de armas nucleares estratégicas, abren el camino para el despliegue de una red de inspección y de controles de carácter intervencionista sobre los armamentos nucleares en los Estados de la antigua URSS. Esos acuerdos se completaron en 1993 con la firma de un tratado de prohibición de las armas químicas al que pueden adherirse todos los Estados.

Se constata, sin embargo, la multiplicación de resistencias culturales después de que se hayan hecho sentir los efectos económicos y políticos de la mundialización. En 1994, la conferencia de El Cairo sobre población y desarrollo señaló esta búsqueda de autenticidad cultural. Para los occidentales, una de las apuestas esenciales de esta conferencia consistía en intentar imponer las normas sobre cuestiones sociales de competencia nacional. Se formularon numerosas acusaciones contra Occidente, y en particular contra Estados Unidos, cuyos esfuerzos diplomáticos, supuestamente destinados a promover la democracia, parecen estar motivados por un anhelo de carácter mercantil y no por una auténtica preocupación de orden ideológico o moral.

Es innegable que, en alguna ocasión, la administración Clinton ha endurecido el tono con respecto al gobierno chino o que el presidente ha creado Radio Free Asia para favorecer la democracia, pero ni se plantea condicionar la concesión de ventajas comerciales a la liberalización política. La cruzada occidental por la democratización en el mundo es criticada por un número cada vez mayor de especialistas e intelectuales, entre los que figuran los politólogos norteamericanos Snyder y Mansfield, que opinan que los países cuyos regímenes autoritarios están en vías de transición democrática están expuestos a importantes riesgos de inestabilidad política y de guerra.

Con el fin de favorecer a determinadas organizaciones internacionales no dependientes del Estado que apoyan las normas ecológicas, sociales, políticas o morales norteamericanas, al clausurar la conferencia de Copenhague sobre el desarrollo social en 1995, el vicepresidente norteamericano Al Gore declaró su intención de financiar directamente a estas asociaciones locales a costa de los Estados, generalmente acusados de corrupción, despilfarro y gastos militares excesivos. Esta maniobra permitirá al gobierno norteamericano conceder fondos a organizaciones cuyos objetivos concuerden con los de Washington, sin depender del acuerdo previo de los gobiernos afectados. Desde ese momento, la OCDE y la banca mundial han empezado a hacer lo mismo.

Estados Unidos detenta en todo momento más fuentes tradicionales de poder (*hard power*) que cualquier otro país y, en su calidad de vencedor de la guerra fría, es el vivo reflejo del éxito. El *soft power* norteamericano se deriva de este poder tradicional, sin el que la cultura norteamericana, al igual que las normas e instituciones económicas y políticas promovidas por Washington, no podría ejercer tanta atracción sobre los otros países, ni incitar a sus dirigentes a la sumisión.

Según Joseph Nye, el reto al que se enfrentará Norteamérica en el nuevo orden internacional no será el de defenderse contra la aparición de una nueva potencia hegemónica, aunque China podría revelarse a la larga como un serio competidor, sino saber forjar una estrategia adaptada a la era de la independencia transnacional y consolidar su influencia en un mundo en transición.

ESTADOS UNIDOS, MODELO Y ESPANTAJO

Desde su fundación, Estados Unidos ha mantenido relaciones ambivalentes con el resto del mundo: inspira sentimientos violentos y apasionados, una mezcla de atracción y rechazo.

Admirada por su forma de vida y su poder o vilipendiada por sus excentricidades y excesos, Norteamérica fascina. Ha logrado instalarse rápidamente en el núcleo de los debates político, económico y cultural; uno se declara a favor o en contra de Estados Unidos, de su diplomacia, su sistema económico, sus productos culturales, etcétera.

El sueño americano funciona siempre, tanto en la vieja Europa como en los antiguos países comunistas, en Asia o en América Latina. Las élites del mundo entero mantienen la mirada fija en el primero de la clase, un laboratorio de futuro al que hace falta estudiar con atención. Sin embargo, el modelo norteamericano no ha logrado nunca la unanimidad y provoca los rechazos más viscerales. Encarnación de la modernidad, Estados Unidos da miedo: seguir su ejemplo significa poner en peligro la propia identidad e incluso la soberanía nacional.

Un polo de atracción siempre eficaz

Más de un millón de personas emigran todos los años a Estados Unidos. Las cifras son elocuentes: el amante norteamericano conserva todavía todo su poder de atracción. Originariamente tierra de asilo y de opulencia, en el imaginario de la mayoría de las poblaciones del mundo, Norteamérica sigue siendo el símbolo de la libertad y el progreso.

Desde su nacimiento hizo soñar por sus grandes espacios abiertos, por la oportunidad de las «tierras vírgenes». Tras la segunda guerra mundial, Norteamérica se impone como la democracia más fuerte del planeta, el líder del «mundo libre». Por esa razón, es el destino privilegiado de todos los que desean cambiar de vida o empezar de nuevo. Norteamérica ha aparecido en todo momento como «el espacio en el que todo era posible, en el que el emigrante pobre tenía las posibilidades de convertirse en un sabio célebre o en un rico hombre de negocios», explica el historiador francés Michel Winock. Su dinamismo y capacidad de adaptación fascinan, pero es sobre todo el país en el que los cuentos de hadas se hacen realidad, el forjador de la leyenda del *self-made-man*. La imagen de Estados Unidos, el *American dream*, resiste de manera sorprendente a todas las contingencias y sigue ejerciendo una atracción muy intensa. De ese modo, en 1991, cuando el gobierno norteamericano organizó una lotería mundial con 40.000 visados de entrada al país, 5 millones de candidatos intentaron probar suerte (350 veces más aspirantes que «premios» ofrecidos).

Los disidentes de Europa oriental o los *boat people* que huían de la península indochina a mediados de los años setenta encontraron refugio en los brazos del Tío Sam. En América Latina, donde se soportan mal los incesantes sobresaltos políticos y el retraso económico con respecto al gran hermano del norte, son muchos los que optan por el exilio en Estados Unidos, patria del confort y la estabilidad. Incluso los países desarrollados de Europa y Asia experimentan el irresistible hechizo de una región a la vez familiar y singular, donde todo es siempre más grande, más intenso y sorprendente. Entre las clases medias, las estancias para aprender el idioma o el viaje de estudios para al menos uno de los hijos se convierte en algo casi obligado. El viejo continente, lastrado por un paro casi crónico, sigue fascinado por el mito del *self-made-man* encarnado por un John Rockefeller o un Bill Gates. Una imagen de efectividad asombrosa: todos los años el Departamento de Comercio censa algo más de 50.000 inmigrantes provenientes de la Unión Europea. Son hasta tres veces más los que solicitan la *green card*, la famosa «tarjeta verde» que permite trabajar en suelo norteamericano y abre la vía a la nacionalización.

Sensibles asimismo a la forma de vida norteamericana y a las numerosas posibilidades que ofrece Estados Unidos en materia de investigación y libertad de expresión, nu-

merosas personas inteligentes y preparadas, del bloque del Este pero también de occidente o del Tercer Mundo, abandonan sus respectivos países rumbo a Norteamérica. Se trata del famoso *brain drain* o fuga de cerebros.

Un laboratorio del futuro

La fascinación por Norteamérica se deja sentir también entre las élites, que no ocultan su admiración por la nación más avanzada del mundo. Para alcanzar al primero de la clase hace falta, si no imitarlo, sí al menos inspirarse en él. Estados Unidos tiene la reputación de reflejar la situación de otras sociedades con diez o veinte años de adelanto. La futura evolución de las costumbres, el declive o emergencia de nuevos sectores económicos está ya en marcha en la patria del Tío Sam. Tanto si se considera que tiene un papel de oráculo como si se piensa que puede servir de alerta, la referencia a Estados Unidos es casi obligatoria.

Formados en las grandes universidades norteamericanas, en las que han estudiado de cerca su economía, los dirigentes de los países en vías de desarrollo o de los antiguos países del bloque oriental intentan aplicar en los mismos las recetas *made in the USA*. Copiar el modelo norteamericano se considera la mejor forma de acceder a la modernización. Una teoría que ha servido para imponer el liberalismo más radical en México o introducir la economía de mercado mediante un «tratamiento de choque» en Europa central y oriental.

Desde su aparición como nación, y sobre todo a partir de comienzos de siglo, Estados Unidos se aparece como una reserva inagotable de innovaciones de todo tipo. El «taylorismo» y el «fordismo», inicialmente muy criticados, terminaron siendo adaptados algunos años después en la vieja Europa de los años treinta. Aunque en un terreno distinto, la Coca-Cola, el chicle o el jazz que los soldados norteamericanos dieron a conocer a las poblaciones a las que venían a liberar tuvieron el mismo éxito. Luego, progresivamente, las películas y la publicidad fueron difundiendo la forma de vida a la americana, el famoso *American way of life*.

Al salir de largos años de penuria y frustraciones, Europa envidió los privilegios provenientes de la otra orilla del Atlántico, que parecían la máxima expresión del confort y del progreso: un automóvil familiar y rutilante, un frigorífico, un televisor, una lavadora, etcétera. En las esferas del armamento y la industria aeroespacial, desde el primer hombre que puso el pie sobre la Luna hasta la «guerra de las galaxias», Estados Unidos se ha mantenido siempre en posición hegemónica, salvo, evidentemente, cuando los soviéticos lanzaron su Sputnik en 1957.

Reforzada por los éxitos a escala planetaria conseguidos por sus productos, la industria de Hollywood tiene numerosos émulos. Efectos especiales espectaculares, comedias populares concebidas para atraer al gran público, las fórmulas infalibles del cine norteamericano son con frecuencia copiadas en otros países para intentar hacer películas de éxito comercial asegurado. Del *heavy metal* al *grunge*, pasando por el *rap*, los productores discográficos de todo el mundo se esfuerzan

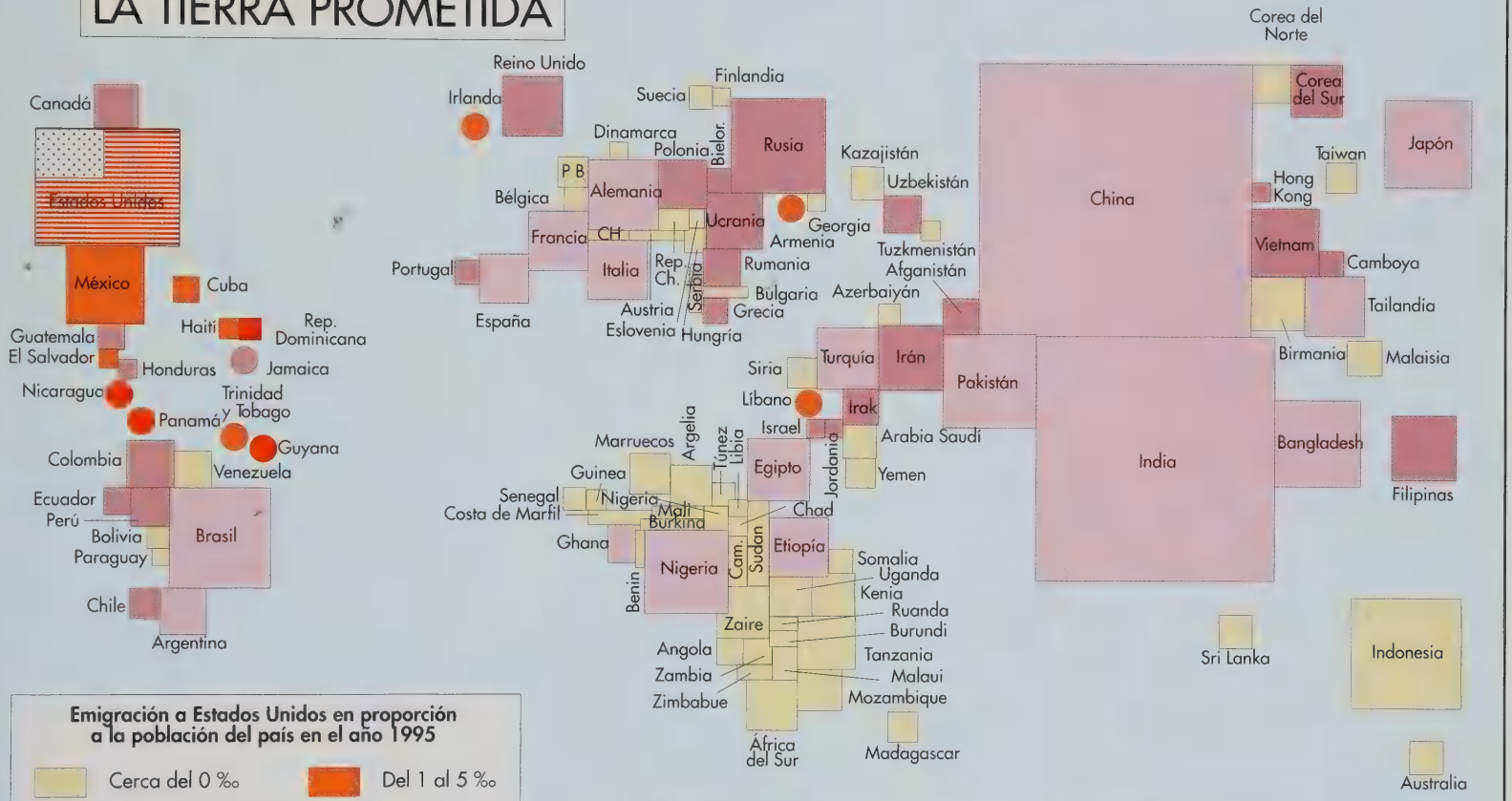
COCA-COLA EN TODAS PARTES

Junto a los vaqueros, la Coca-Cola es el producto más conocido del mundo. Presente en casi doscientos países, el refresco inventado hace ya 110 años por un farmacéutico de Atlanta, John Pembleton, es mucho más que eso, es un mito, el símbolo mismo del capitalismo y de la sociedad de consumo. Difundida en Europa por los soldados norteamericanos durante la segunda guerra mundial, la Coca-Cola no ha dejado desde entonces de ampliar su «zona de influencia». La empresa Coca-Cola, líder mundial en el campo de las bebidas no alcohólicas, con el 47 % de cuota de mercado, vende más de 72.000 millones de litros al año en todo el mundo.

La pequeña botella de formas curvas se ha impuesto como símbolo de pertenencia al mundo libre, como un atributo de la «democracia de mercado». Coca-Cola realiza dos terceras partes de sus ventas fuera de América del Norte, en Europa, pero también en la India, en China, en Israel o en México. Implantada en Europa del Este tras la caída del muro de Berlín, la empresa de Atlanta vende hoy en día dos veces más que su eterna rival, la Pepsi, símbolo de la colaboración con el régimen comunista desde que en 1959 firmó un acuerdo de semimonopolio en la URSS.

La estrategia de Coca-Cola, conseguir que todos sus productos (la propia Coca-Cola, pero también Fanta, Sprite, Minute Maid o Nestea) estén a disposición de un número cada vez mayor de consumidores, consiste en bajar los precios en los países en vías de desarrollo. Con 18.000 millones de dólares de ventas y más de 3.000 millones de beneficios en 1995, la Coca-Cola Company es un valor seguro para los inversores; su cotización en Bolsa se calcula en 95.000 millones de dólares; es decir, tres veces superior a la de General Motors, la empresa norteamericana más importante. Como Marlboro y McDonald's, Coca-Cola es la encarnación del consumo de masas mucho más allá de la propia Norteamérica.

LA TIERRA PROMETIDA

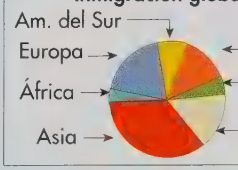


Emigración a Estados Unidos en proporción a la población del país en el año 1995

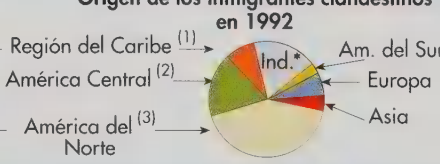
- Cerca del 0 ‰
- Del 0,1 al 0,5 ‰
- Del 0,5 al 1‰
- Del 1 al 5 ‰
- Del 5 al 11 ‰
- 10 millones de habitantes

N.B.: Sólo están representados los países con más de cinco millones de habitantes, salvo aquellos en los que la inmigración a Estados Unidos resulta significativa y que aparecen reflejados en forma de círculos.

Inmigración global



Origen de los inmigrantes clandestinos en 1992



(1): Islas del Caribe.
(2): Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y El Salvador.
(3): Canadá, México.
* Indeterminados.

denodadamente por seguir las nuevas tendencias de las grandes metrópolis norteamericanas.

La moda no escapa a este fenómeno. De entrada fueron las grandes estrellas de Hollywood, Jean Harlow, Marilyn Monroe, Ava Gardner o Lauren Bacall, las que fueron imponiendo un estilo, una forma de peinarse, una silueta, imitados primero en Norteamérica y luego en todos los países en los que se exhibían sus películas. Hay también un estilo Grace (Kelly) y un estilo Jackie (Kennedy, luego Onassis). Y, sobre todo, numerosos diseñadores americanos han triunfado en la otra orilla del Atlántico: Ralph Lauren, Donna Karan, Calvin Klein... Aunque París sigue siendo la capital de la alta costura, desde los años ochenta la moda, sea *prêt-à-porter* o callejera, procede cada vez más de Nueva York.

Esta influencia resulta igualmente perceptible en la evolución de la sociedad. Incremento de la violencia, consolidación del fenómeno de los guetos, revueltas raciales, *political correctness* (corrección política), lucha contra el tabaquismo o el acoso sexual, las costumbres en los países occidentales evolucionan también «a la americana», aunque con algunos años de retraso respecto a los eternos pioneros.

Tierra de excesos

Analizado exhaustivamente, comentado, adulado, el modelo norteamericano dista sin embargo mucho de ser perfecto. Divide radicalmente a las clases políticas e intelectuales entre fervientes partidarios y detractores furibundos según el contexto económico y geopolítico internacional. Pero, ya desde el siglo XIX, la *intelligentsia*, sobre todo en Francia, se ha dedicado a denunciar la cara sombría de Estados Unidos. El primer analista extranjero de la sociedad norteamericana, Alexis de Tocqueville, no dejó de subrayar los aspectos inquietantes: el conformismo, un individualismo que linda con el egoísmo, la hipocresía, la tentación de la intolerancia... No obstante, tanto en su época como durante el periodo de entreguerras, la admiración superaba a los sentimientos de rechazo.

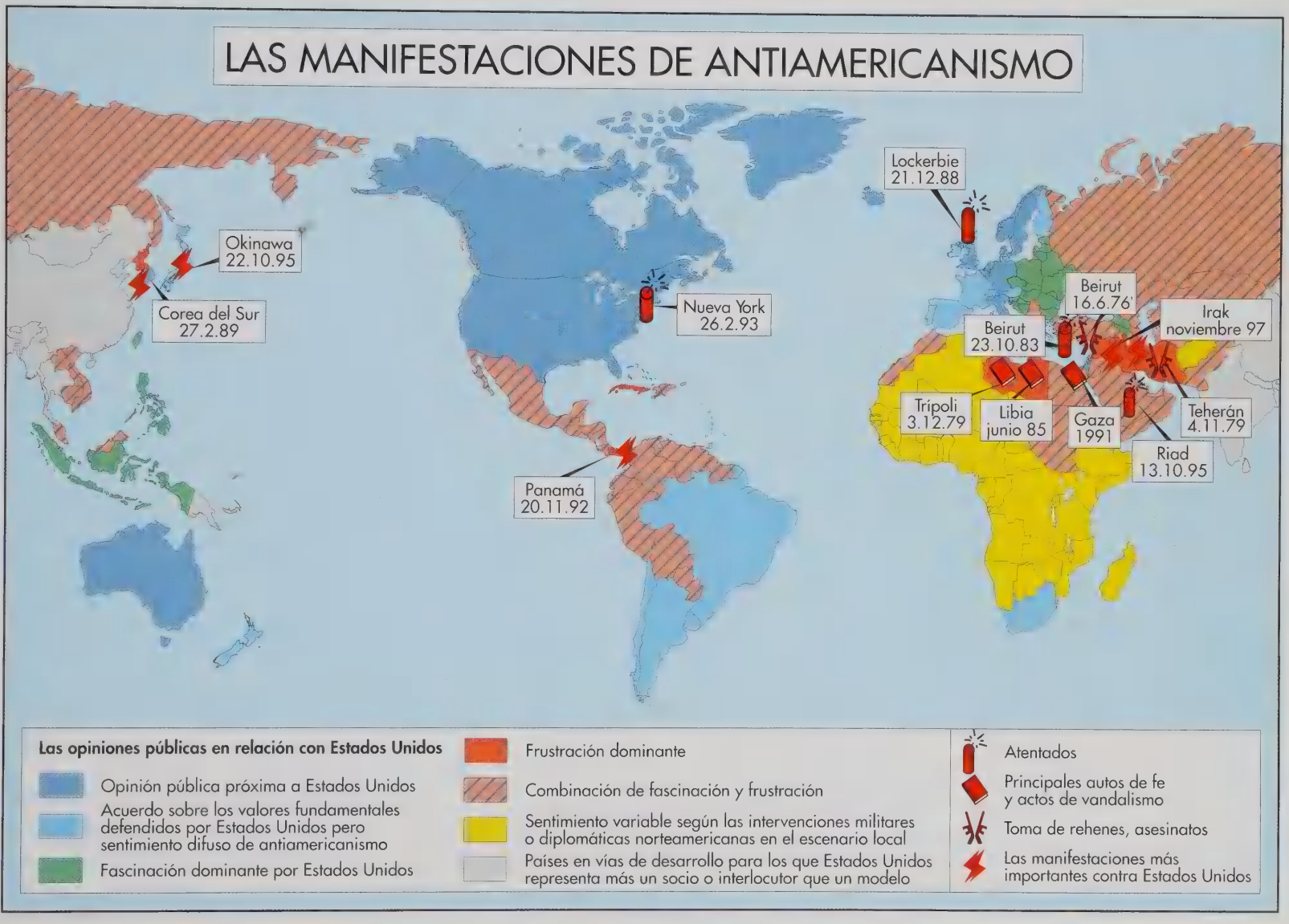
En cualquier caso, la Europa de comienzos de siglo, todavía muy segura de su poder, no supo ver la amplitud de las transformaciones que estaban teniendo lugar en la joven Norteamérica. Sólo una generación después, durante los años cuarenta, el viejo continente tomaría plenamente conciencia del poderío de Estados Unidos.

Ya en 1929, el *crack* de Wall Street y la crisis consiguiente engendraron una profunda decepción y sordos rencores. Norteamérica, que hasta ese momento había deslumbrado tanto a Europa, parecía haberse convertido desde ese momento en la fuente de todos sus males. Acusado de haber «contaminado» a Europa con su crisis de la Bolsa, Estados Unidos se convirtió en el blanco de múltiples ataques por parte de intelectuales a ambos lados del espectro político. «Nada tiene un aire sano y natural», se inquietaba Georges Duhamel hablando de la alimentación en el país yanqui en sus *Escenas de la vida futura*, el gran best-séller francés de 1930. «Por donde pasa un norteamericano, no vuelve a crecer la hierba», escribían Robert Aron y Arnaud Dandieu en una obra de título bien explícito: *El cáncer americano* (1931). Hartos de mirar al otro lado del océano, los europeos buscan las soluciones más cerca, en Alemania, en Italia o, sobre todo, en la URSS.

A partir del periodo de entreguerras, la imagen de Estados Unidos aparece directamente ligada a la de su futuro rival, la Unión Soviética. El Tío Sam es objeto de críticas cada vez más políticas, ya no sólo sociológicas. Tras la segunda guerra mundial, la guerra fría obliga a elegir entre pro soviéticos y atlantistas. Los intelectuales comunistas fustigaron a la diplomacia de Estados Unidos y advirtieron contra la americanización de las sociedades. En 1951, tras el proceso al matrimonio Rosenberg, víctimas del macartismo, Jean-Paul Sartre se siente angustiado: habla de una «Norteamérica de la rabia», antes de denunciar el *American way of death*, en la revista *Les Temps modernes*. La guerra de Vietnam termina de desacreditar a Estados Unidos entre la intelectualidad, pero también a ojos de la opinión pública internacional.

A comienzos de los años ochenta Norteamérica va recuperando progresivamente su prestigio en el exterior mientras comienza a declinar el de la URSS. Y, sobre todo, los avisos de los intelectuales parecen haber sido en vano, ya que la americanización no es ya un peligro sino una realidad. Para demostrar su modernidad, en todos los rincones del planeta, los jóvenes, y un buen número de los que no lo son tanto, beben coca-cola, llevan vaqueros, comen Big Macs (hay 18.000 restaurantes McDonald's en todo el mundo) y asisten a los conciertos de Michael Jackson, cuyo nombre es conocido por más de la mi-

LAS MANIFESTACIONES DE ANTIAMERICANISMO



tad de la humanidad. En Japón, como consecuencia de la ocupación norteamericana al final de la guerra, el béisbol se convierte en deporte nacional. En las pantallas europeas las películas nacionales van desapareciendo progresivamente, rehuidas por los espectadores, en beneficio de las grandes producciones hollywoodienses. El modelo del *American way of life* se ha convertido en universal.

El peligro yanqui: una amenaza para la identidad

Pero esta americanización de las culturas y las formas de vida suscita auténtico miedo. Muchas veces allí donde la americanización es más fuerte, el antiamericanismo se muestra también más vivo. El ejemplo más sorprendente de la ambivalencia de las actitudes respecto a Estados Unidos lo constituye el caso de México, donde cuando los manifestantes protestan contra la implantación de una fábrica norteamericana y blanden pancartas con el mensaje «*Yankee go home*», no faltan algunos que añaden «*and take me with you*» («y llévame contigo»).

La asimetría entre los dos países es tal que, para México, como para otros muchos Estados, el único medio de evitar el complejo de inferioridad y el debilitamiento de sus especificidades culturales es el antiamericanismo, la crítica en toda regla al gigante del norte, al que se acusa de abusar de esta relación desigual de fuerzas. Estados Unidos es ese «titán convertido en enemigo de nuestra identidad y el modelo secreto de todo lo que querríamos ser», como explica el poeta mexicano Octavio Paz.

El resentimiento frente a Estados Unidos resulta tanto o más potente en cuanto se apoya en las humillaciones anteriores (pérdida de territorios para México, ocupación militar de Japón, Corea del Sur, Filipinas o Panamá) o se considera como una forma de explotación económica, sobre todo por la presencia de sociedades norteamericanas en las zonas mineras o agrícolas de América Latina. Para los defensores de la identidad nacional, Norteamérica representa el paso de una sociedad agrícola, anclada en las tradiciones, a una sociedad industrial, en algunos casos incluso posindustrial, «la caricatura de una mutación dolorosa» como resume Michel Winock.

La mutación es con frecuencia dolorosa, sobre todo cuando se realiza de manera forzada, como en el caso de Irán («el nuevo Japón» le llamaban durante los años sesenta). La introducción precipitada del modelo agroindustrial norteamericano tuvo efectos catastróficos sobre la sociedad: un éxodo rural forzoso, desaparición de los sectores intermedios (los grandes terratenientes), hundimiento del pequeño comercio y el artesanado en beneficio de las industrias de producción en cadena... La occidentalización desenfrenada de los grupos dirigentes, sobre todo con la introducción de las mujeres en la vida social, unida a un lujo ostentoso y a la notoria corrupción del régimen, provocaron el nacimiento de un violento sentimiento antioccidental, antiamericano más que nada, provocado por el apoyo de Washington al sah. En Teherán la denuncia del modelo norteamericano encuentra terreno abonado. En 1978-1979 el nuevo régimen, nacido de la revolución islámica, da a su política una orientación decididamente antiimperialista; es decir, dirigida contra los intereses norteamericanos en Irán. Los estudiantes iraníes estuvieron a punto de tomar al asalto la embajada norteamericana en noviembre de 1979 durante una manifestación en la que reclamaban la extradición del sah, hospitalizado en Nueva York. Al ser una «metonimia de la modernidad», según la acertada fórmula del politólogo Pascal Ory, Estados Unidos cristaliza todos los sentimientos de rechazo hacia Occidente en general. Intentando erigir un modelo capaz de competir al propuesto, incluso impuesto, por los países industrializados, muchos líderes del mundo árabe, o en términos más generales en los territorios del islam, utilizan a Estados Unidos como figura del mal absoluto, «el gran Satán», según la expresión del ayatollá Jomeini, para reagrupar a la comunidad nacional en torno a la religión y al rechazo del otro. Denunciando sobre todo su cultura, vulgar, inmoral y corruptora, el islam fundamentalista pone a las poblaciones en guardia contra los cantos de sirena de Occidente y, sobre todo, de Norteamérica, encarnación de la modernidad.

La repulsión que inspira Estados Unidos se remonta al mismo momento de su nacimiento. La imagen de Estados Unidos no ha dejado de oscilar entre el ideal y el antimodelo. Sospechoso en todo momento de querer abusar de su fuerza y de intentar imponer sus valores a través de la ideología, es sin duda alguna el país con el mayor número de admiradores incondicionales y detractores encarnizados.

GEOPOLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS

Omnipresente en los cinco continentes, Estados Unidos aplica, según la región de que se trate, registros distintos en función de su forma de percibir los retos locales, la solidez de su implantación y las resistencias con las que se encuentra en sus intentos de imponer su visión del mundo y la defensa de sus intereses.

EL PATIO TRASERO DE LAS AMÉRICAS

El único continente en que la influencia de Estados Unidos no está hoy prácticamente contrarrestada por ninguna otra es América. Coto vedado de Washington, el Nuevo Mundo está económicamente dominado por Estados Unidos, que representa más del 80 % del PIB del continente, cuando sólo representa el 30 % de su población.

Las relaciones que los norteamericanos mantienen con América Latina son extremadamente complejas, teñidas de una desconfianza recíproca, pero también caracterizadas por cierta fascinación mutua. Esta relación de amor-odio es el resultado de un pasivo histórico importante, pero también vehículo de estereotipos que revelan un cierto desconocimiento mutuo.

Gringos y chicanos

A su llegada a California hacia 1920, los colonos anglosajones se sintieron atraídos por la forma de vivir y pensar autóctona. De esta experiencia, Norteamérica se forjó una idealización romántica de la aristocracia latina, que todavía marca a una parte de los intelectuales de Estados Unidos. Sin embargo, en su gran mayoría, los norteamericanos tienen un complejo de superioridad con respecto a sus vecinos pobres del sur, a los que consideran los únicos responsables del retraso de su desarrollo, por su falta de organización y laboriosidad.

Por el contrario, los hispanos consideran que la riqueza de los gringos proviene más o menos directamente de su explotación. Fustigando los prejuicios de sus conciudadanos, el escritor peruano Mario Vargas Llosa escribía en 1996: «La prosperidad de Estados Unidos será producto de nuestro sudor y nuestras lágrimas. De entrada, (los gringos) nos han saqueado, ahora nos mantienen aparte y nos desprecian. Pero nosotros, aunque pobres, éramos de algún modo superiores a esos nuevos ricos: a causa de la antigüedad de nuestra historia y nuestras culturas prehispánicas, del esplendor de nuestro pasado colonial, de nuestras costumbres refinadas y aristocráticas, tan superior a su palurdez democrática».

Denunciada por otro escritor, el mexicano Octavio Paz, la actitud de numerosos intelectuales latinoamericanos ilustra a la perfección la esquizofrenia de las élites de la «otra América» frente a Estados Unidos: especializados en la denuncia del imperialismo y de su poderoso vecino del norte, se exilian voluntariamente en Estados Unidos, país al que reclaman también toda clase de becas y subvenciones.

Este antagonismo se remonta a los años veinte, época en que la intelectualidad latinoamericana dio un doble giro. Hasta entonces muy influenciados por Francia y mayoritariamente de derechas, los pensadores, escritores y universitarios de América Latina empezaron a mirar hacia Estados Unidos y a realizar al mismo tiempo un viraje a la izquierda.

La influencia francesa se ha mantenido durante mucho tiempo en el cono sur del continente, en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, países geográficamente más lejanos de Estados Unidos y, con la excepción de Chile, menos afectados por su intervencionismo militar y económico. Este grupo de países, cuyo nivel de desarrollo hizo esperar en los años treinta que alcanzasen el nivel económico de Estados Unidos, ha mantenido desde comienzos de los cincuenta relaciones más tranquilas y serenas con América del Norte. Todavía hoy el cono sur sigue siendo la región del continente en la que la huella económica y política de Estados Unidos está menos marcada. Gracias a la creación de Mercosur, Mercado Común del Sur, Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay pueden aspirar a formar un grupo relativamente autónomo en una América dominada por Estados Unidos, constituyéndose en un polo abierto a otras influencias, en especial europeas.

Si el fin de la guerra fría permitió una mejora global de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y, por consiguiente, atenuar las críticas de los intelectuales, también ha permitido a la gran república del norte ofrecerse como modelo incontestable

para todo el continente. Aunque hasta ahora su política se había centrado en México, América Central y la región del Caribe, en el nuevo contexto de la posguerra fría Estados Unidos intenta afirmar su influencia sobre todo el hemisferio y conseguir un retorno al panamericanismo.

Un protector invasor

Desde su origen, la principal preocupación geopolítica de Estados Unidos frente a las Américas ha sido «proteger» esa región del mundo frente a influencias exteriores «nefastas», la de las metrópolis europeas durante el siglo XIX, Alemania durante las dos guerras mundiales o el comunismo durante la guerra fría.

La doctrina enunciada por el presidente Monroe en 1923, durante las luchas de independencia de las colonias españolas y portuguesas en América, preconizaba la exclusión de Europa del Nuevo Mundo. Sin embargo, en los años siguientes, Estados Unidos, que carecía todavía de los medios necesarios para aplicar esta política, precisó que no tenía en mente ninguna alianza defensiva con sus jóvenes vecinos del sur. Los norteamericanos se concentraron desde entonces en otro aspecto de la doctrina Monroe, la expansión hacia el oeste, fundamentalmente a costa de México, y se desinteresaron por los restantes países de América Latina.

Las primeras manifestaciones de su misión protectora no se dieron hasta la década comprendida entre 1860 y 1870; en 1864 contra España, que amenazaba a Perú, y en 1867 contra Francia, que, aprovechando que Estados Unidos se encontraba enfangado en la guerra de Secesión, había impuesto en 1861 al archiduque Maximiliano en el trono de México.

En 1895 se inició una nueva etapa. Los norteamericanos se propusieron como mediadores para resolver las diferencias territoriales entre Venezuela y Gran Bretaña en relación con la frontera de la Guayana inglesa. El secretario de Estado de la época, Richard Olney, enviaría a Londres una declaración amenazadora: «Estados Unidos es hoy prácticamente soberano en este continente y sus decretos deben considerarse como ley por los sujetos a los que ofrece su mediación». De hecho, el conflicto se resolvió gracias a la voluntad de conciliación del gobierno británico, pero sin que se consultara a los venezolanos.

En 1898, Estados Unidos tomó como pretexto la dureza de la represión española contra las numerosas revueltas cubanas para declararse en guerra contra España. Su fácil victoria les permitió hacerse con el control de Puerto Rico, Filipinas y Cuba, que codiciaban desde hacía una veintena de años y ocuparon hasta 1902. La partida de las tropas norteamericanas, que conservaron la base de Guantánamo, se resolvió mediante un tratado draconiano que prohibía a Cuba cualquier acuerdo con otra nación sin la aprobación previa de Washington y concedía a Estados Unidos el derecho a intervenir en la isla para mantener el orden, lo que haría de 1906 a 1909, en 1912 y de 1917 a 1922. Conocido con el nombre de enmienda Platt, este tratado seguiría en vigor hasta 1934.

En 1917 Estados Unidos compró a Dinamarca las islas Vírgenes, pero no se propuso expulsar totalmente a las potencias coloniales que mantenían todavía pequeñas posesiones en Guayana y las Antillas: Francia, Gran Bretaña y los Países Bajos. Por el contrario, en 1913 Washington se dedicaría a contrarrestar la influencia cada vez mayor de Alemania en la región. Ante la perspectiva de un conflicto mundial, Berlín se interesaba de cerca por el canal de Panamá, cuyas obras estaban a punto de finalizar, e intentaba implantarse en los diversos estados del Caribe antes de su apertura, en 1914.

Esta amenaza, combinada con conflictos internos, impulsaría a los norteamericanos a controlar las elecciones de la República Dominicana en 1914, preludio de la ocupación militar de la isla en 1916, a imponer en 1915 un protectorado de hecho sobre Haití, que ocuparían en 1918, y, en 1916, hacerse ceder por Nicaragua, país en el que los *marines* habían intervenido ya entre 1909 y 1912, los derechos de construcción de un segundo canal interoceánico. Las simpatías del revolucionario mexicano Pancho Villa por el Káiser desempeñarían también un papel decisivo en la intervención norteamericana más allá del río Grande en 1914 y, de nuevo, en 1916 y 1917. En cualquier caso, esta segunda operación estuvo motivada sobre todo por el deseo de proteger los intereses petrolíferos

norteamericanos. La entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial tuvo, por otro lado, una consecuencia inesperada: la concesión de un estatuto a los puertorriqueños que, hasta entonces súbditos de Estados Unidos, se convirtieron en ciudadanos en 1917 para poder ser reclutados por el ejército.

Frente al auge del nazismo, los norteamericanos adoptaron una política radicalmente distinta. En el contexto de la política de buena vecindad con América Latina puesta en práctica por Franklin Roosevelt, que contrastaba con la del gran bastón de su tío Theodore Roosevelt, Estados Unidos emprendió una acción propagandística sumamente eficaz contra el fascismo y el nazismo, fundamentalmente en Perú, Cuba y Brasil. Esta política tuvo menos eco en Argentina, país que no aceptaría formar parte del bando de los aliados hasta pocos meses antes de la capitulación alemana.

Las cosas fueron más complicadas con México, que, sospechoso en todo momento de simpatías proalemanas, había expropiado todos los intereses extranjeros en el petróleo en 1938 y se atrevía a aprovisionar a las fuerzas del Eje. Tras haber intentado organizar un boicot internacional contra México, Estados Unidos negoció en 1942 un compromiso según el cual el gobierno mexicano debía indemnizar a las empresas petrolíferas norteamericanas, pero manteniendo la plena propiedad de sus recursos y una libertad total en cuanto a su utilización. Paralelamente, México se comprometía en secreto a no aprovisionar al Eje y, a través del programa Bracero, enviaría a centenares de miles de mexicanos a las fábricas norteamericanas para asegurar el relevo de los obreros enviados al frente. Estos chicanos fueron en general mal recibidos y, en 1950, la operación *Wetback* devolvería a México un millón de inmigrantes clandestinos, aunque tras el fin del programa Bracero buena parte de los mexicanos se quedaría en Estados Unidos.

Una lucha implacable contra el comunismo

Desde el inicio de la guerra fría la lucha contra la expansión comunista dominó la política de Estados Unidos con respecto al resto del continente. Mientras que revestían de un cierto tono institucional a la idea de panamericanismo, los norteamericanos emprendían numerosas operaciones de fuerza. Tras la elección en 1951 de un presidente izquierdista en Guatemala, Jacobo Guzmán, la CIA organiza una rebelión que tomaría el poder en 1954... y devolvería a la todopoderosa empresa norteamericana United Fruits los derechos de propiedad de los que le había despojado Guzmán. El aprovisionamiento de los rebeldes se efectuaba mediante envíos de material militar a través de las plantaciones de la United Fruits. Dado que los latinoamericanos se habían acostumbrado a la política de buena vecindad aplicada por Washington a partir de los años treinta, la popularidad de Estados Unidos descendió rápidamente en toda América Central. El vicepresidente Nixon escapó por los pelos a un airado ataque de la multitud en Caracas en 1958, mientras que en 1959 estallaron revueltas antiamericanas en Panamá.

La toma del poder en Cuba por el nacionalista Fidel Castro, cuyo programa consistía entre otras cosas en reducir la influencia de Estados Unidos en la isla, en la que controlaban gran parte de la economía, se percibió como una grave amenaza. Tras la firma en 1960 de un tratado de comercio entre Cuba y la Unión Soviética, el presidente Eisenhower ordenó a la CIA preparar un plan para derrocar a Castro. Su sucesor, John Kennedy, prosiguió esta política y lanzó en abril de 1961 la operación *Mongoose*, un desembarco de opositores cubanos en la bahía de Cochinos que terminaría en auténtico fiasco. Castro busca entonces la protección de Moscú, lo que desemboca en octubre de 1962 en la crisis de los misiles. Una vez retirados los misiles soviéticos, Estados Unidos se comprometió a respetar la soberanía cubana, pero mantendría el embargo que habían decretado unilateralmente contra la isla.

La CIA prosiguió sus actividades en otros países, sobre todo en Brasil, donde el presidente Joao Goulart se negó a condenar a Cuba y expropió los intereses de la compañía telefónica norteamericana ITT. Tras haberse opuesto a su reelección en 1962, la Agencia Norteamericana de Información ayudó en 1964 a su derrocamiento por parte de una junta militar. Un escenario similar se reproduciría en Chile, donde Estados Unidos controlaba la minería del cobre, principal rique-

ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA CENTRAL
DE 1898 A 1945
DE 1945 A 1998
Bahamas (G.B.)
1916-1924
Puerto Rico
1898-1902, 1906-1909 1912, 1917-1922
Islas Vírgenes norteamericanas
Cuba
República Dominicana
Honduras británicas
Jamaica (G.B.)
Haití
1915-1934
México
1924-1925
Honduras
1912-1925
Guatemala
El Salvador
Nicaragua
1903
Trinidad (G.B.)
1909-1910, 1912-1925, 1926-1933
Costa Rica
Panamá
Guyana (G.B.)
Bahamas (1973)
1962
1994
Puerto Rico
Islas Vírgenes
Cuba
Guatemala
1954
Jamaica (1962)
Haití
1965
República Dominicana
México
Belice (1981)
Granada (1974)
Honduras
1983
Nicaragua
Panamá [1968-82]
El Salvador
1979-92
1980-1990
Venezuela
Costa Rica
1989-90
Colombia
[1968-92]
Guyana (1966)
Ecuador [1972-76]
Las relaciones entre Estados Unidos y la zona del Caribe 1898-1998
Naturaleza de los regímenes políticos:
Estados Unidos y sus dependencias
Protectorados norteamericanos
Dependencias europeas
Otros Estados
País antagonista a partir de 1960
Derrocamiento o intento de derrocamiento de un régimen de izquierdas
Países que han tenido gobiernos de izquierda [fechas]
Movimientos guerrilleros de inspiración cubana (activos en los años sesenta)
N.B.: Los datos entre paréntesis y en cursiva indican las fechas de independencia.
Naturaleza de las intervenciones:
directas
indirectas
Bloqueo norteamericano a Cuba
Adquisición de derechos de construcción y explotación del canal
Presencia de fuerzas norteamericanas hasta el año 2000 (Tratado de 1978)
Bases navales norteamericanas
Miembros de la fuerza interamericana para el mantenimiento de la paz en la República Dominicana

za del país: en 1973 la CIA organiza el derrocamiento del presidente socialista Salvador Allende, elegido tres años antes.

La única intervención militar directa del periodo fue la que se lanzó en 1965 contra la República Dominicana para aplastar una sublevación popular contra la junta militar que ejercía el poder. Casi veinte años después, en 1983, y en circunstancias comparables, Ronald Reagan ordenaría la invasión de la pequeña isla de Granada.

Sin embargo, el presidente Reagan lanzó sobre todo dos grandes operaciones de guerra indirecta, en El Salvador y en Nicaragua, cuya brutalidad contrastó con la política de no intervención adoptada por su predecesor Jimmy Carter. Entre 1979 y 1992, los norteamericanos sostendrían a toda costa la represión de los movimientos revolucionarios de El Salvador, lanzando al país a una larga guerra civil. En Nicaragua se esforzarían por derrocar el gobierno pro cubano de los sandinistas, que habían llegado al poder en 1979, y sostuvieron a partir de 1981 a la Contra, un movimiento armado de rebelión. En 1985 Washington decretó un embargo contra el país. En 1986 estalló el escándalo del *Irancontragate*, que demostraba que la administración Reagan había financiado a los contras mediante ventas ilegales de armas a Irán. La suspensión de la ayuda norteamericana aceleraría la resolución del conflicto, que se saldó en 1990 con unas elecciones democráticas que desalojaron del poder a los sandinistas.

Tras el fin de la guerra fría, Estados Unidos sólo ha lanzado dos operaciones armadas en la región: en Panamá, en 1989, para capturar al presidente Noriega acusado de narcotráfico y en Haití, en 1994, para devolver al poder al presidente electo, el padre Aristide. Resulta evidente el contraste entre esta última operación, ciertamente criticada pero emprendida bajo el mandato de la ONU y en nombre de la democracia, y las intervenciones de Estados Unidos durante la guerra fría.

A lo largo de cincuenta años, la lucha contra el comunismo fue el alfa y el omega de la política norteamericana en la región. Sirvió indudablemente a los intereses económicos amenazados por los regímenes de izquierda, pero durante todo este periodo los intereses comerciales o financieros norteamericanos siguieron en todo momento subordinados a su objetivo geoestratégico: la exclusión total de la Unión Soviética del hemisferio. Así, varios países no comunistas nacionalizaron intereses norteamericanos, como hicieron Perú y Bolivia en 1969 o Venezuela en 1974, sin suscitar por parte de Washington ninguna reacción más que la puramente diplomática.

Dos siglos entre panamericanismo e imperialismo

Estados Unidos, que se había negado en un primer momento a dotar de contenido militar al panamericanismo, estuvo ausente de la primera conferencia panamericana, que se celebró en Panamá en 1826 y estuvo presidida por el héroe de la independencia de las antiguas colonias españolas, Simón Bolívar. La reunión resultó un fracaso y, lejos de unificar el conjunto de las naciones de habla hispana del continente, sería el preludio del desmembramiento de la gran Colombia creada por Bolívar. La primera conferencia panamericana en la que participó Estados Unidos se celebró en Washington en 1889. Estados Unidos se ofreció como modelo industrial y las delegaciones latinoamericanas tuvieron derecho a visitar numerosas fábricas. Fue también la ocasión de negociar diferentes tratados de comercio que aceleraron una determinada división internacional del trabajo: Estados Unidos como suministrador de productos manufacturados y el resto del hemisferio como proveedor de materias primas. Esta conferencia, en la que participaron todos los Estados independientes del continente (con la única excepción de la República Dominicana, en aquella época muy próxima a España), desembocaría en 1890 en la creación de la Unión de Repúblicas Americanas, que cambiaría su denominación para convertirse en 1910 en la Unión Panamericana. Su sede se estableció en Washington, pero las conferencias se celebraron cada cinco años una vez en cada país.

Las conferencias panamericanas dieron a Estados Unidos ocasión de afirmar su imperialismo y a todos los países latinoamericanos de expresar su resentimiento, cada vez mayor, por las intervenciones de Washington, sobre todo después de que, en 1904, el presidente Roosevelt formulase su «corolario» a

la doctrina Monroe: que era «deber» de Estados Unidos intervenir en cualquier lugar del hemisferio en caso de desgobierno o incompetencia. Esta política del gran bastón estuvo suavizada por su sucesor, William Taft, que se convirtió en el apóstol de una diplomacia del dólar a base de grandes inversiones, la incorporación de los pequeños Estados centroamericanos a la zona del dólar, la asunción de la deuda exterior de estos países y el control de sus aduanas. A pesar de sus intenciones pacifistas, el presidente Wilson proseguiría la política imperialista de Washington en la zona del Caribe, pero de algún modo en contra de su voluntad y más como reacción a lo que pasaba que siguiendo un modelo programado.

Estados Unidos desarrolló una actitud muy paternalista con sus vecinos del sur. En los años veinte los consejeros norteamericanos controlaban el presupuesto de la mayoría de los Estados del Caribe y América Central, en los que las grandes empresas norteamericanas se ocupaban de la construcción de carreteras, escuelas, sistemas de regadío, etc. Por otro lado, la situación sanitaria de la región mejoraría considerablemente gracias a esas inversiones, como ocurrió con Cuba y con Puerto Rico a partir de 1898.

El imperialismo yanqui era frecuentemente criticado, tanto en Estados Unidos como en Europa o América Latina, pero parecía especialmente rentable en la medida en que como forma de control indirecto eximía a Washington de toda obligación colonial, fuese el mantenimiento permanente de un ejér-

cito o la creación de una administración sobre el terreno, mientras que, en caso de plantearse una situación problemática, era libre de intervenir o no. De este modo las tropas norteamericanas intervendrían en Honduras en 1924 para restablecer el orden frente a una rebelión provocada por las malversaciones de las empresas fruteras norteamericanas. Por el contrario, frente a la revolución cubana de 1933, Estados Unidos se contentó con favorecer un golpe de Estado militar que permitió a Fulgencio Batista hacerse con el poder, que conservaría hasta 1959.

En numerosos países, el mantenimiento del orden estuvo confiado a guardias nacionales formadas por Estados Unidos y dirigidas por hombres endeudados con Washington, lo que permitió la marcha de las tropas norteamericanas, como ocurrió en la República Dominicana en 1924. El jefe de la guardia nacional, Rafael Trujillo, instauró en 1928 una dictadura que se mantendría hasta 1961. Presentes en Nicaragua de manera casi continuada entre 1912 y 1933, las tropas norteamericanas confiarían también el poder al jefe de la guardia nacional, Anastasio Somoza, cuya familia dirigiría el país con mano férrea hasta 1979.

En 1929 el 46 % de las inversiones norteamericanas en el extranjero se dirigían hacia América Latina, pero Estados Unidos recibía de esta región beneficios que no reinvertía. En 1930 los intereses agrícolas norteamericanos controlaban casi la mitad de los ingresos de los países de América Central y dos tercios de la producción azucarera cubana; las minas peruanas y los campos petrolíferos venezolanos eran en su gran mayoría de propiedad norteamericana.

Movido por un deseo de extender los principios del *New Deal* a las relaciones exteriores, en 1933 y a propósito de los latinoamericanos, Franklin Roosevelt dijo: «dejémosles su parte», y afirmó su deseo de emprender una política de «buena vecindad». Ya en los años veinte, Estados Unidos había sentido la tentación de prestar sus «buenos oficios» en los conflictos entre Perú, Bolivia y Chile. En 1928 el presidente Hoover había renunciado al corolario Roosevelt y, en 1929, había firmado los tratados interamericanos de arbitraje y conciliación que planteaban el principio de resolución pacífica de los conflictos. Franklin Roosevelt iría todavía más lejos, declarando abolida en 1934 la enmienda Platt, que afectaba a Cuba, y proponiendo en 1936 el principio de no intervención en los asuntos de cualquier otro Estado americano.

Esta política de buena vecindad provocó un relanzamiento del panamericanismo y fue recompensada en 1939 con la declaración de Panamá, por la que los latinoamericanos afirmaban la inviolabilidad del continente por toda potencia exterior, refiriéndose evidentemente a Alemania.

En 1947 se firmó el Tratado de Río, alianza defensiva contra toda agresión exterior y, en 1948, la Unión Panamericana se transformó en Organización de Estados Americanos, OEA, que de paso afirmó su anticomunismo. De este modo, en 1954, la OEA asimila el comunismo a una expresión exterior capaz de provocar la intervención de los países firmantes del Tratado de Río. En la ONU, los países latinoamericanos renunciaron a la no alineación y se mostraron como fieles aliados de Estados Unidos. En 1962 Estados Unidos tuvo sin embargo algunas dificultades por conseguir la exclusión de Cuba de la OEA y sus interlocutores se mostraron más bien reticentes a romper sus relaciones bilaterales con el régimen de Fidel Castro.

El presidente Kennedy acababa de lanzar en 1961 la Alianza para el Progreso, ambicioso programa de ayuda que se presentaba como el equivalente del Plan Marshall para América Latina y que pretendía alcanzar el mismo objetivo a través de la lucha por el desarrollo: segar la hierba bajo los pies del comunismo. Pero, aunque el nivel de vida y de educación mostraron cierta tendencia al alza en la región y el imperialismo norteamericano adoptó formas más sutiles, los regímenes latinoamericanos soportaban cada vez peor lo que consideraban dictados de Washington. Por otro lado, el apoyo concedido por Estados Unidos a los regímenes dictatoriales de la región chocaba cada vez más con la opinión de los países vecinos.

La presidencia de Carter se caracterizó por una cierta mejora de las relaciones entre ambas partes del continente y por un relajamiento de la doctrina anticomunista: a los Estados que lo deseaban se les autorizó a reanudar sus relaciones con Cuba, mientras que la OEA observaba una postura de neutralidad frente a la llegada al poder de los san-

dinistas en Nicaragua. Por el contrario, el presidente Reagan sufrió numerosos fracasos en el continente, como la negativa de determinados países a apoyar su política en El Salvador o la posición autónoma adoptada por el grupo de Contadora, formado por México, Venezuela, Colombia y Panamá, en su intento por pacificar América Central. La iniciativa por el Caribe de 1982 se quedó en papel mojado por falta de fondos. Destinada a contrarrestar la atracción de los Estados independientes de las Antillas por Europa, a los que se les permitía beneficiarse del programa ACP para África, el Caribe y el Pacífico, y a desviar la atención de los países de la región del apoyo de Washington a Londres durante la guerra de las Malvinas, esta iniciativa fue interpretada por numerosos países de la región como una maniobra.

Que Estados Unidos no hubiese condenado la política de Margaret Thatcher en las Malvinas fue considerado por los latinoamericanos una renuncia inaceptable al único aspecto de la doctrina Monroe del que ellos se consideraban beneficiarios: América para los americanos. Sin embargo, el fracaso de la junta argentina en la guerra de las Malvinas se convirtió en el origen de su caída e indirectamente, por una suerte de efecto dominó, del retorno del continente a la democracia.

El panamericanismo se manifestó con mayor vigor con motivo de la crisis de la deuda latinoamericana. Como la economía de la región había retrocedido en el transcurso de los años setenta, los grandes países del con-

tinente se encontraban enfrentados a una crisis económica sin precedentes que estalló finalmente en 1982. Tanto directamente como a través del FMI, Estados Unidos se comprometió a evitar la bancarrota de Estados como México o Brasil.

Se estableció una dependencia mutua entre los bancos norteamericanos y los Estados endeudados y, ayudando a sus vecinos, Washington protegía también su propia economía. El mismo esquema se reproduciría en 1994 cuando, frente a la nueva crisis financiera mexicana, Washington puso en pie un fondo de apoyo sin precedentes por valor de 18.000 millones de dólares

Mientras que Estados Unidos acababa de ser condenado por primera vez por la OEA a propósito de su operación en Panamá, y frente a la amenaza de bloques comerciales consolidados en otras regiones del mundo, en 1990 el presidente Bush presentó su iniciativa para las Américas, un proyecto más bien vago, considerado por un lado como el dividendo para el continente derivado del fin de la guerra fría, pero destinado sobre todo a terminar creando una vasta zona de libre cambio de Canadá a Tierra del Fuego. El acuerdo de libre intercambio norteamericano (ALENA) firmado en 1992 entre Estados Unidos, Canadá y México se vendió como la primera etapa de este proceso de integración continental.

El crecimiento sin precedentes que ha conocido América Latina en el transcurso de los años noventa, con tasas muchas veces de dos cifras, así como la generalización de la democracia en el conjunto del continente y la extinción de la mayoría de los núcleos de guerra civil hacen esperar relaciones interamericanas a la vez más intensas y equilibradas. Estados Unidos sigue pretendiendo dominar el continente, pero guiándose más por sus mercados emergentes que por sus materias primas. La interdependencia por la que se rigen las relaciones entre el norte y el sur del continente americano provocan un cierto sentimiento de solidaridad. A pesar de esta toma de conciencia, los intereses entre norte y sur difieren en torno a cuestiones comunes como la droga, la inmigración o la protección del medio ambiente. Por ejemplo, Colombia acusa a Estados Unidos de inmiscuirse en sus asuntos internos cuando intenta erradicar el tráfico de drogas; México protesta regularmente contra el trato inhumano que reciben los *espaldas mojadas* (*Wetbacks*) que consiguen atravesar el río Grande; Brasil se propone imponer limitaciones a la explotación de la Amazonia, pulmón verde del continente, etc.

El lejano occidente

Las diferencias entre el norte y el sur de América son muy numerosas, empezando por la cultura y el nivel de desarrollo. Pero, aparte de esas diferencias, existen determinados puntos comunes. En conjunto, son países nuevos en comparación con la historia de Europa o Asia. Aunque su población es casi íntegramente resultado de mestizajes, todas sus sociedades están dominadas por referencias europeas. La independencia de los países de América Latina siguió, con sólo cincuenta años de diferencia, a la de Estados Unidos. El sistema presidencial que rige Estados Unidos está siendo progresivamente reproducido en la mayoría de los países de la región, y se encuentran procedimientos tan típicamente norteamericanos como el *impeachment* en, por ejemplo, Brasil. Comparadas con Europa, las diferencias de ingresos son más acentuadas, pero se consideran lógicas y naturales. La disponibilidad de grandes espacios desempeña tanto en el norte como en el sur un importante papel en la organización del territorio, de la sociedad y, en determinados aspectos, de las formas de producción.

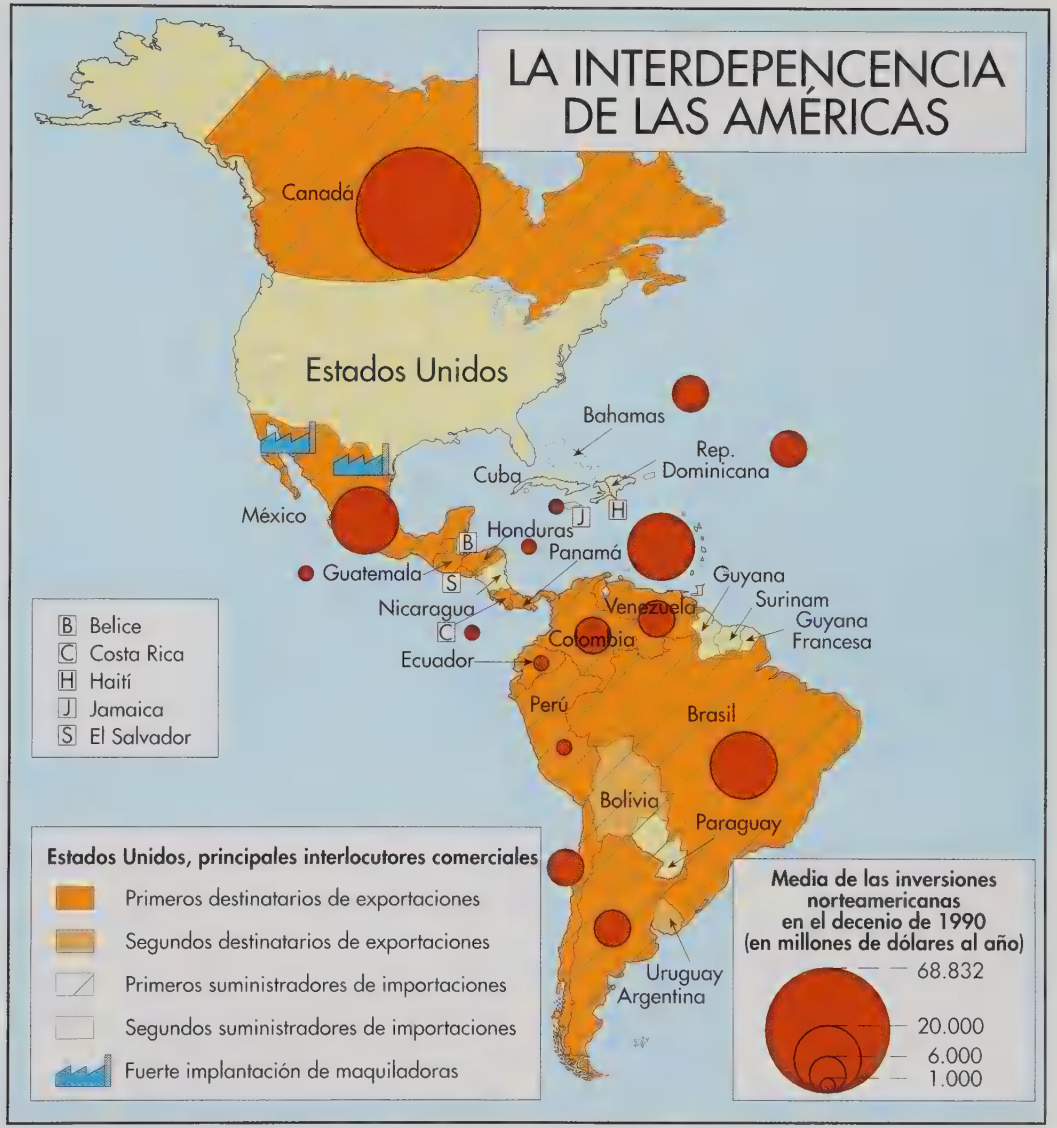
Los paralelismos entre Estados Unidos y América Latina tienen todavía tendencia a multiplicarse. Se está dando tanto una americanización de las formas de vida y pensamiento de determinados países, o de determinadas capas de la población de los países de habla hispana o portuguesa, como una creciente latinización de Estados Unidos.

Aunque la influencia política de Estados Unidos adopta nuevas formas, a veces más sutiles y suaves, su influencia cultural avanza rápidamente en el territorio mediante la formación de élites latinoamericanas, la americanización de las formas de consumo de las clases medias o la difusión de la cultura popular de Estados Unidos en todas las capas de la sociedad. Numerosas iglesias protestantes y sectas norteamericanas se han implantado masivamente en el sur, sobre todo en Brasil. Cada vez más pequeñas y medianas empresas norteamericanas se trasladan o ins-

talan sucursales en la región, en México principalmente, contribuyendo a modificar los hábitos locales de gestión.

Por el contrario, el aumento de poder de los latinos en Estados Unidos, desde un punto de vista numérico, pero también en términos de poder económico y político, cambia la fisonomía de numerosos estados, desde California hasta Florida. Basándose en una población que se ha mantenido en todo momento en esos territorios (80.000 mexicanos en el momento de la anexión del suroeste), los hispanos, comenzando por los cubanos que empezaron a emigrar a Florida en 1890, han sabido más que ninguna otra minoría mantener su cultura e influir de paso en la norteamericana, sea a través de la cocina, de la música, etc. Esa población desempeñó un papel cada más activo en las relaciones entre las dos Américas y contribuyó a una mejor comprensión recíproca.

En 1848, el 98 % de los mexicanos del suroeste optaron por convertirse en norteamericanos, pero se negaron mayoritariamente a dejarse absorber por la cultura anglosajona. Entre 1898 y 1902 la burguesía cubana, por otro lado muy celosa de su hispanidad, se mostró favorable a la integración de la isla en Estados Unidos. En 1953 los puertorriqueños decidieron seguir siendo norteamericanos a condición de mantener su autonomía cultural. Estos ejemplos, procedentes de contextos históricos muy distintos, y de los que sería peligroso intentar extraer alguna ley general común, ilustran sin embargo una doble voluntad de los hispanos: deseo de integración y negativa a dejarse asimilar.



CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS

¿Qué hace que uno sea canadiense? Respuesta: lo que hace que uno no sea norteamericano. Esta ocurrencia ilustra a la perfección las relaciones entre las dos sociedades. Las formas de vida y consumo de los canadienses son prácticamente idénticas a las de los norteamericanos, la lengua materna del 80 % de los canadienses es el inglés y los canadienses se informan y divierten tanto a través de los medios norteamericanos de comunicación como de los de su propio país. Sin embargo, la identidad canadiense se define fundamentalmente en nuestros días por oposición al gran vecino en torno a unos cuantos valores simbólicos: el sistema parlamentario heredado de Westminster, el Estado benefactor, el rechazo de la violencia (tres veces menos muertos por habitante en Canadá que en Estados Unidos) y por una mayor cortesía en el conjunto de las relaciones humanas. Esas distintas características acercan a Canadá más a Gran Bretaña que a Estados Unidos.

Canadá nació del rechazo de la independencia norteamericana y es el producto de la cohabitación de dos «pueblos fundadores»: los americanos deseosos de seguir siendo fieles a la Corona británica que emigraron desde las trece colonias hasta las provincias marítimas y de Ontario a finales del siglo XVIII y los quebequeses, a los que Londres garantizó su autonomía cultural y religiosa. En varias ocasiones, los francocanadienses, desconfiando de una asimilación forzada, rehusaron las ofertas de integración en Estados Unidos. La región occidental canadiense fue hasta mediados del siglo XIX objeto de disputa y fuente de conflictos en las relaciones entre Londres y Washington y la opinión pública norteamericana se ha mostrado en numerosas ocasiones partidaria de apoderarse de todo el país.

El desarrollo de Canadá ha sido más tardío que el de Estados Unidos y debe mucho a la inversión de capital norteamericano. Desde mediados del siglo XIX hasta los años treinta millares de canadienses, sobre todo francófonos, emigraron a Estados Unidos. En 1990 casi cuatro millones de norteamericanos se declaraban de ascendencia canadiense.

Las relación de poder entre los dos países es de uno a diez y los intercambios de Canadá con Estados Unidos representan una quinta parte de su PIB. Pero, mientras que en 1970 los norteamericanos controlaban el 60 % de la industria canadiense, la tasa se redujo a la mitad 20 años después, gracias al fuerte crecimiento experimentado por Canadá, pero también a una legislación muy restrictiva en materia de control extranjero de las empresas. Estados Unidos codicia sobre todo los recursos energéticos y mineros que alberga el inmenso territorio canadiense. El acuerdo de libre intercambio entre los dos países entró en vigor en 1989 complementado por un «plan energético continental». Este acuerdo se fundió en 1992 con ALENA, pero el cambio no ha disminuido la intensidad de los intercambios comerciales entre los dos países, que es por volumen el comercio bilateral más importante del mundo. Beneficia claramente a Canadá, que a lo largo de los años ha mantenido un superávit de entre 10.000 y 20.000 millones de dólares.

Canadá, cuyo presupuesto de defensa por habitante es la tercera parte del de Estado Unidos, está prácticamente integrada con su vecino también en materia de defensa. Desde un punto de vista oficial los dos países son «conjuntamente» responsables de la defensa del norte canadiense y el Atlántico norte. Por otro lado, el 90 % de la población canadiense habita a menos de 500 km de la frontera con Estados Unidos, a lo largo de una franja de unos 6.000 km.

Aunque en casos de crisis grave Canadá se pone siempre al lado de Estados Unidos, de vez en cuando adoptan posiciones muy críticas con la diplomacia de Washington, por ejemplo en relación con Cuba. Así, y a pesar de casi un siglo de reiteradas demandas norteamericanas, hasta 1989 Canadá se negó a integrarse en la OEA. Los canadienses se ofrecen voluntariamente para practicar una política «desinteresada»: aportan importantes contingentes a la ONU para el mantenimiento de la paz, mantienen una ayuda al desarrollo que es de las más elevadas del mundo, contribuyen a la supervisión de las elecciones en todos los países en vías de desarrollo miembros de la Commonwealth, etc.

Una eventual división del país, defendida por el partido de los independentistas de Quebec, empujaría a Washington a intentar integrar a las restantes provincias canadienses. Esta perspectiva, realista desde el punto de vista económico, representa una auténtica pesadilla para el 90 % de los canadienses y explica en gran medida la oposición de los anglófonos a la soberanía de Quebec.

CANADÁ, PAÍS CODICIADO

«Cincuenta y cuatro cuarenta o guerra.»

Lema inventado con motivo de las elecciones de 1844 por el senador William Allen a propósito de la determinación de la frontera de Oregón entre Canadá y Estados Unidos.

«Cualquiera que haya observado los avances de la colonización anglosajona en América se dará cuenta de que antes o después la raza inglesa predominará, y terminará absorbiendo al Bajo Canadá desde el punto de vista demográfico, como lo domina ya en conocimientos, energía, espíritu empresarial y riqueza.»

John Durham, gobernador general de la América del Norte británica, informe a la Corona (1839).

«En estos días tan tranquilos y poco agitados en los que la gran metrópoli imperial se mantiene espléndidamente aislada en Europa.»

George Foster, político canadiense, discurso parlamentario (1896).

«Espero ver el día en que la bandera norteamericana ondee hasta en el último kilómetro cuadrado de las posesiones británicas en América del Norte, hasta en el mismo polo norte.»

James Clark, portavoz de la Cámara de representantes, debate parlamentario (1911).

EL COMPLEJO EUROPEO

Estados Unidos mantiene con Europa una relación mucho más intensa que con los otros continentes. «Niño prodigio» del continente, siente una mezcla de afecto, simpatía, condescendencia e irritación por una Europa que con frecuencia considera caduca y envejecida. Más que cualquier otra colonia europea, al romper sus lazos coloniales Estados Unidos buscó liberarse de toda tutela del Viejo Continente. Mientras que el peso de Estados Unidos superó el del Reino Unido a comienzos del siglo XX y al de toda Europa después de la segunda guerra mundial, a partir de los años ochenta la Unión Europea se ha situado al menos económicamente en pie de igualdad con la primera potencia del planeta. Esta nueva configuración complica todavía más la idea que se hacen los americanos de sus relaciones con Europa.

Ruptura y continuidad

Los mitos fundadores de Norteamérica, la llegada del *Mayflower* por ejemplo, arrojan luz sobre la ambición de ese nuevo país: romper con el pasado, simbolizado por la Europa del siglo XVIII con todos sus arcaísmos, absolutismos y corrupciones, reales o supuestos. Estados Unidos se creó en oposición a Europa, jactándose de su firme voluntad de no repetir sus errores. De esa voluntad nació el mesianismo de Norteamérica, su optimismo y la búsqueda de un modelo específico. El primer presidente de la Unión, George Washington, puso en guardia a sus conciudadanos contra los «embrollos» (*entanglements*) de Europa y, coincidiendo con el traspaso de poderes a su sucesor, advirtió al país que debía mantenerse al margen de las luchas europeas, en aquellos momentos la de la Francia revolucionaria contra la mayoría de las monarquías del continente. Sin embargo, quince años antes, Francia había ayudado a la joven nación a conquistar su independencia.

Mientras que las luchas napoleónicas se iban extinguiendo y el comercio podía retomar poco a poco su actividad habitual, el Congreso aprobaba en 1816 una subida generalizada de aranceles (*american system*) que debía permitir al país librarse de toda dependencia comercial exterior. Ese programa sólo se aplicó de manera muy parcial y episódica, pero estimularía en gran medida el debate político norteamericano a todo lo largo del siglo XIX, hasta que la economía del país se convirtió en la más fuerte del mundo. Resulta en todo caso significativo de la importancia de la noción de ruptura.

Política, diplomática y en cierta medida económica, la ruptura con Europa fue también social e ideológica. Mientras que a partir de 1840 los efectos nefastos de la revolución industrial se hicieron patentes en Gran Bretaña, con el desarrollo de la pobreza y la aparición de la lucha de clases, los norteamericanos creyeron ser capaces de evitar esos males. Un convencimiento basado en la impresión de que América había sabido crear una sociedad de ciudadanos que la providencia guiaría hacia el progreso. Los norteamericanos, seguros de ser la prolongación más extrema de Europa, sintieron la tentación de pensar que su país representaba de algún modo el «triunfo» de la historia del Viejo Continente. Siempre al margen de las locuras y extravagancias de Europa, Estados Unidos debía quedarse sólo con las fuerzas vivas para poder explotar lo mejor posible sus impresionantes espacios naturales.

Una vez afirmada la identidad norteamericana, la voluntad de ruptura se fue atenuando a partir de finales del siglo XIX. Enfrentados en sus anhelos imperiales con otras civilizaciones, en particular asiáticas, los blancos de Norteamérica, que tenían ya la costumbre de convivir con negros e indios en su propio suelo, fueron reapropiándose poco a poco de su herencia europea.

La cultura clásica inglesa y la historia europea fueron muy valoradas por los intelectuales americanos, al menos hasta los años veinte, que sentían una especial atracción por la Roma republicana. A partir de 1880 los viajes a Europa, con escalas en Londres, París y Roma por lo menos, se convirtieron en una experiencia obligada para cualquier joven de la buena sociedad de Nueva Inglaterra. Sin embargo, esta práctica jamás se extendió al conjunto de la sociedad y los imperativos del «crisol de razas» obligaron a poner el acento en la historia y la cultura específicamente norteamericanas. Aunque cada vez más norteamericanos viajan actual-

mente a Europa, ese turismo masivo no puede asimilarse sin más al «año sabático» en Europa que, para los jóvenes de familias acomodadas, ha sustituido a los antiguos viajes europeos, forma particular de peregrinaje iniciático.

Aunque más del 70 % de la población norteamericana sea de origen europeo, no existe ninguna categoría estadística «europea» comparable a las de afroamericanos o asiático-americanos. En Estados Unidos se define oficialmente a los blancos como «caucásicos», término prácticamente en desuso en cualquier otra parte del mundo. Evidentemente, ser de origen «europeo» sigue siendo la norma, pero definirse como «europeo» se consideraría algo profundamente antiamericano. Por otro lado, los lazos familiares son bastante tenues y, teniendo en cuenta las fechas de llegada más recientes de sus antepasados, los hispanos o los asiáticos tienen con mayor frecuencia padres en el extranjero que los descendientes de los europeos.

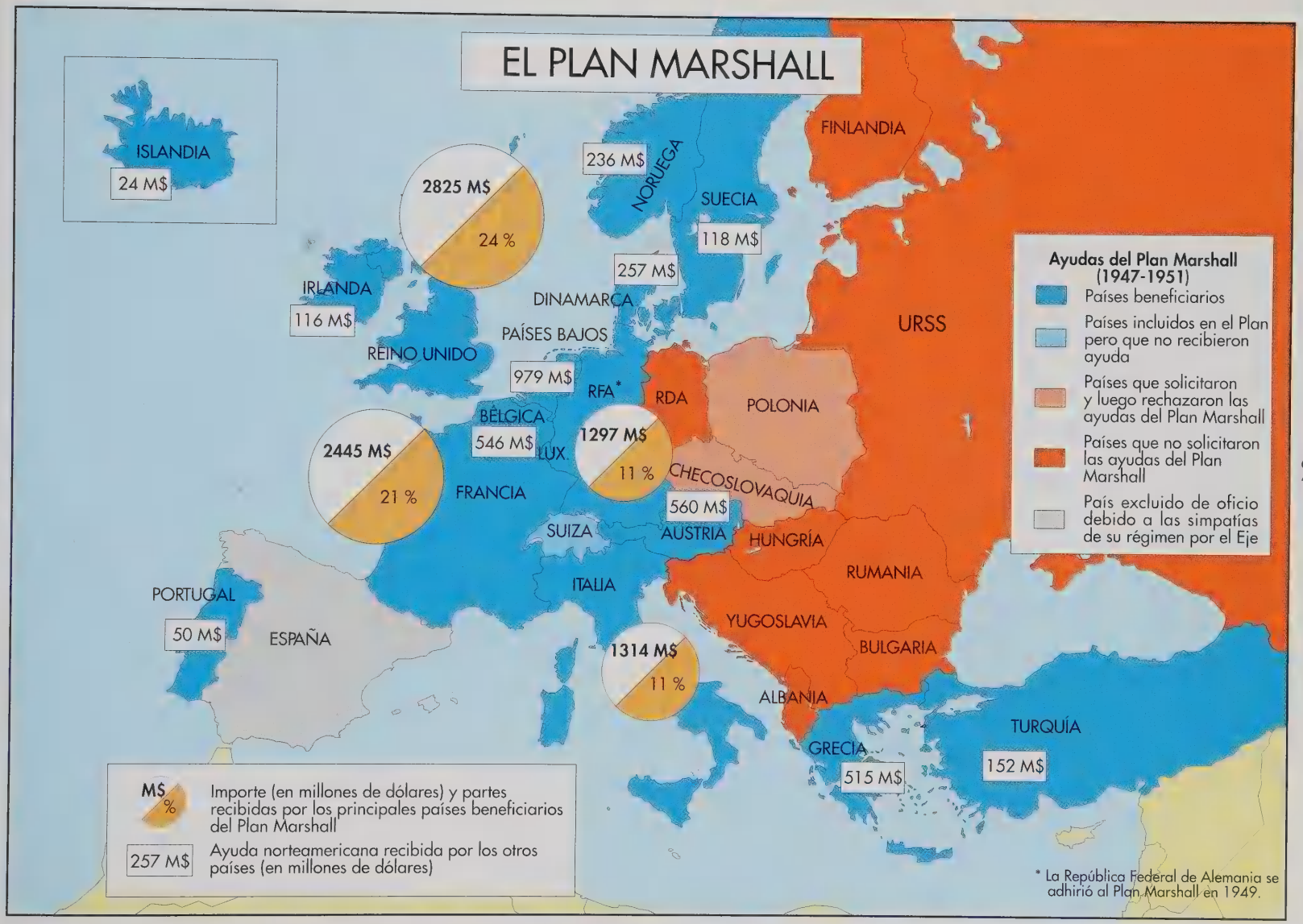
Aislacionismo e intervencionismo

El aislacionismo norteamericano ha tenido desde el primer momento funciones protectoras con Europa y sus designios, en particular sobre el continente americano. Así, el único momento de tensión con Francia en el siglo XIX, en 1866 y a propósito de México codiciado por Napoleón III, fue motivado por la defensa de un país vecino. Las únicas guerras que Estados Unidos ha librado con potencias europeas, con Gran Bretaña en 1812 y con España en 1898, deben atribuirse sobre todo a los apetitos territoriales de la joven nación, en el Nuevo Mundo y en el Pacífico. Con la única excepción del dilema en cuanto a la actitud a adoptar frente a las guerras franco-inglesas, que se resolvió rápidamente en 1793-1794 a favor de mantener el comercio con Inglaterra, provocando según la expresión norteamericana una «semiguerra» con Francia hasta 1800, la cuestión del compromiso norteamericano en Europa no se planteó hasta la primera guerra mundial. Posteriormente, y con motivo de las distintas crisis internacionales, Estados Unidos no ha dejado de oscilar entre tentaciones aislacionistas e intervencionistas.

La doctrina Monroe, enunciada por el decimoctavo presidente de Estados Unidos en 1816, se ha presentado con frecuencia como base del aislacionismo norteamericano. De hecho, se trata de un tipo de aislacionismo, pero sólo si ese término se interpreta en sentido inverso a su acepción contemporánea. Prohibir el Nuevo Mundo a las potencias del Viejo Continente equivalía a una voluntad de aislarse de Europa y no a un deseo de no intervencionismo; por el contrario, la doctrina Monroe estaba apoyada en el ideal democrático de Estados Unidos, cuya misión es oponerse al despotismo de las metrópolis; en este sentido, constituye el fundamento de la doctrina intervencionista de Washington que, hasta nuestros días, justifica sus acciones en nombre del derecho y de la democracia.

A pesar de su proximidad cultural, es precisamente con los británicos con los que los norteamericanos mantienen las relaciones más conflictivas a todo lo largo del siglo XIX. Al recuerdo de la guerra de Independencia se sumó el deseo de apoderarse de los inmensos territorios de Canadá y, a partir de 1880, una sorda competencia por la supremacía industrial, e incluso por el control de determinados mares. El Tratado de Gante, que puso fin en 1814 a la guerra iniciada dos años antes, deja en suspenso los problemas territoriales que la habían provocado; sólo se resolvieron después de múltiples tensiones y amenazas de guerra, para el noreste en 1842 y para el noroeste en 1846. Mientras que los norteamericanos simpatizaban con la revuelta de los canadienses de 1837, en 1844 Londres intenta apoyar la independencia de Tejas e impedir su anexión por Estados Unidos. El apoyo relativo concedido por Londres a los confederados durante la guerra civil dejó huellas profundas y, en 1871, los británicos aceptaron indemnizar a Washington por los daños causados por los barcos que habían vendido a los sudistas. Los dos países se enfrentaron también en América Latina: en 1822, y en nombre de la doctrina Monroe, Washington se negó a aceptar una oferta de apoyo británico a las luchas de independencia de los virreinatos españoles y, 1896, Venezuela pide ayuda a Estados Unidos para resolver el conflicto fronterizo que le enfrentaba al Reino Unido.

El acercamiento anglonorteamericano se remonta sólo a finales del siglo XIX. Movidos por su deseo de contrarrestrar el aumento del poder de Alemania, los británicos buscaron la alianza con Estados Unidos, con los que, por otro lado, compartían posiciones librecambistas. En 1898 Londres apoyó a Estados Unidos en su guerra contra España; en


EL PLAN MARSHALL
ISLANDIA
24 M$
2825 M$
24 %
236 M$
NORUEGA
SUECIA
118 M$
257 M$
FINLANDIA
IRLANDA
116 M$
DINAMARCA
PAÍSES BAJOS
REINO UNIDO
979 M$
RFA*
RDA
POLONIA
URSS
BÉLGICA
546 M$
LUX.
1297 M$
11 %
2445 M$
21 %
FRANCIA
CHECOSLOVAQUIA
560 M$
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANIA
ITALIA
PORTUGAL
50 M$
ESPAÑA
YUGOSLAVIA
BULGARIA
1314 M$
11 %
ALBANIA
TURQUÍA
GRECIA
515 M$
152 M$
Ayudas del Plan Marshall (1947-1951)
Países beneficiarios
Países incluidos en el Plan pero que no recibieron ayuda
Países que solicitaron y luego rechazaron las ayudas del Plan Marshall
Países que no solicitaron las ayudas del Plan Marshall
País excluido de oficio debido a las simpatías de su régimen por el Eje
M$ %
Importe (en millones de dólares) y partes recibidas por los principales países beneficiarios del Plan Marshall
257 M$
Ayuda norteamericana recibida por los otros países (en millones de dólares)
* La República Federal de Alemania se adhirió al Plan Marshall en 1949.

1901 les cedieron sus derechos sobre el canal de Panamá, y, en los años siguientes, aunque a veces no de muy buen grado, apoyaron la participación de la diplomacia norteamericana en la resolución de crisis europeas, como ocurrió en 1906 durante la conferencia de Algeciras, destinada a resolver el conflicto franco-alemán en Marruecos.

Esta actividad diplomática, continuación de una ofensiva común con las potencias europeas en China en el año 1900 en nombre de la política de «puertas abiertas», fue muy criticada en Estados Unidos y se acusó al presidente Theodore Roosevelt de entrometerse en los «embrollos» europeos. Cuando estalló la primera guerra mundial, hicieron falta tres años para que los norteamericanos se decidieran a participar en la misma, y ello a pesar de la mala prensa que tenía el militarismo alemán, la violación de la neutralidad belga y el naufragio del *Lusitania*. El presidente Wilson tuvo que combatir denodadamente contra la obstrucción sistemática de numerosos senadores, a los que calificó como *Little band of wilful men* («hatajo de obstinados»), expresión con la que desde ese momento se designa a toda forma de oposición radical a la ley de la mayoría. El envío de tropas a suelo europeo contradecía los principios fijados por Estados Unidos desde el momento de su creación. Esa participación en el conflicto sólo fue posible porque se consideró destinada a transformar radicalmente Europa y a permitir imponer en ella los «buenos» principios que guiaban Norteamérica, formulados por el presidente Wilson en sus Catorce Puntos.

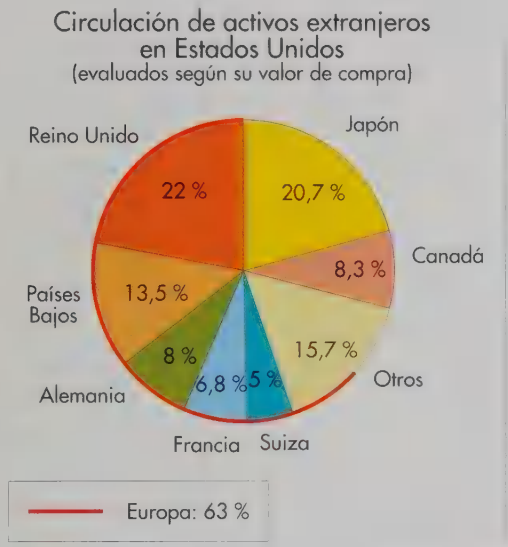
Sin embargo, en 1920, la negativa del Senado a adherirse a la SDN (Sociedad de Naciones), que sin embargo no era sino la traslación institucional de los principios de Wilson, impide el advenimiento de un sistema de seguridad colectiva y una diplomacia transparente que habían soñado los norteamericanos. El pacto Briand-Kellog, firmado en 1928 a iniciativa de Francia y Estados Unidos, y ratificado por 62 países, pretendía declarar la guerra ilegal, pero demostró ser igualmente inoperante.

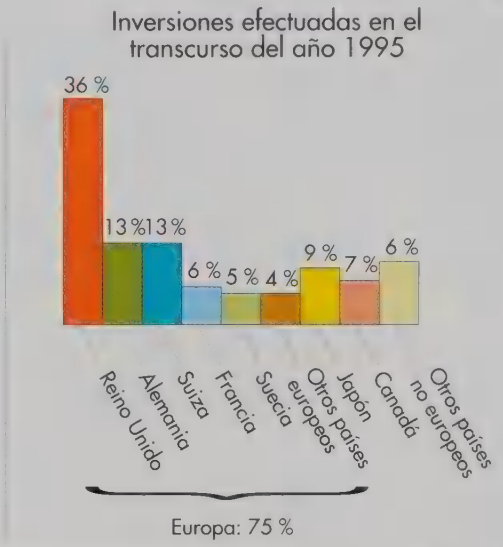
Pacifistas, partidarios de una responsabilidad norteamericana en el mantenimiento de la paz y aislacionistas ocuparían el primer plano de la escena política durante todos los años veinte. En los años treinta el presidente Franklin Roosevelt tuvo que luchar permanentemente contra los aislacionistas y sobre todo contra su predecesor, Herbert Hoover. El Congreso vota sucesivamente tres *Neutrality Acts*, en 1935, 1936 y 1937. En un discurso pronunciado en Chicago en 1937, Roosevelt arguye que resultaba imposible seguir siendo neutral frente a las dictaduras, y a partir de 1940 emprende un combate casi permanente con los partidarios del *America first*, que, considerando que Hitler no amenazaba directamente a Estados Unidos, se negaban a cualquier forma de ayuda a Gran Bretaña. Sólo el ataque japonés a Pearl Harbour decidiría en 1941 la entrada en guerra de Estados Unidos; sin embargo, fue Alemania la que, en virtud del pacto tripartito, declararía la guerra a Estados Unidos y no a la inversa. El hecho de que el peso de Estados Unidos en la victoria aliada fuera todavía más decisivo que durante la primera guerra mundial hizo que Washington creyera poder remodelar el mundo de posguerra de acuerdo con sus planes; pero, aunque asumió la carga de reconstruir Europa occidental, demostraría ser mucho más débil en las negociaciones con los soviéticos, al menos hasta 1948.

El sistema internacional por el que se rige todavía el mundo, la ONU, el FMI, etc., refleja las ideas de transparencia y regulación colectiva de Franklin Roosevelt, muy parecidas a las de Woodrow Wilson. Por otro lado, los norteamericanos demostraron saber administrar bien la victoria y ser generosos en ella: lejos de aniquilar a Alemania (o Japón), contribuyeron a levantar a las potencias vencidas. Esta generosidad, que debía permitir a los países europeos servir de baluarte contra el expansionismo soviético, se extendió también a los aliados exangües, en particular al Reino Unidos y a Francia, nación que Roosevelt aceptaría entre las cinco grandes; por otro lado, París se convirtió en sede de la OTAN y de la OEC (Organización Europea de Cooperación Económica), encargada de administrar el Plan Marshall y convertida después en la OCDE. Calificado por Churchill como «el acto menos egoísta de la historia», el Plan Marshall demostró ser la mejor expresión de la «benevolencia desinteresada» (*disinterested benevolence*), que pretendía guiar la política exterior de Estados Unidos. Aunque esa opinión debería ser muy matizada en lo que se refiere al papel del Plan Marshall en la naciente guerra fría, permanece el hecho de que, tanto en lo económico como en lo militar, el compromiso norteamericano en Europa no fue nunca tan importante. Su participación en el lanzamiento del *boom* de los «treinta años gloriosos» es

LAS ORGANIZACIONES EUROAMERICANAS
CANADÁ
ESTADOS-UNIDOS
Unión Europea
NORUEGA
FINLANDIA
SUECIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
REINO UNIDO
IRLANDA
DINAMARCA
PAÍSES BAJOS
RUS.
RUSIA
POLONIA
BIELO-
RRUSIA
ALEMANIA
BÉLGICA
LUXEMBURGO
UCRANIA
R.CHECA
FRANCIA
ESLOVAQUIA
AUSTRIA
SUIZA
HUNGRÍA
MOLDAVIA
S.
ITALIA
CROACIA
RUMANIA
PORTUGAL
BOSNIA
YUGOSLAVIA
ESPAÑA
BULGARIA
MA
A.
TURQUÍA
GRECIA
Países miembros de la OTAN
Países de la OCDE (1)
Países que se han adherido
a la "Asociación por la Paz"
Países de la OSCE (2)
(1) Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
(2) Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa
MALTA
CHIPRE

LAS INVERSIONES EUROPEAS EN ESTADOS UNIDOS





incontestable, aunque pueda dicutirse su amplitud. Se puede considerar también que, si Francia hubiera tenido que asumir la defensa de su territorio europeo, entonces asegurada por Estados Unidos, no habría podido librar las guerras de Indochina y Argelia ni desarrollar su propia fuerza de disuasión.

Periódicamente puesta en cuestión en la propia Europa, la presencia norteamericana en el Viejo Continente recibe también críticas en Estados Unidos. La doctrina de respuesta gradual, elaborada en 1967, se ha considerado una muestra de desinterés con respecto a la defensa de Europa, ya que un ataque contra la misma no desencadenaría más que una reacción «gradual» de Estados Unidos. Por otro lado, en los años setenta, mientras los europeos se mostraban mayoritariamente hostiles a la guerra de Vietnam y los partidos comunistas francés e italiano parecían a punto de llegar al poder, la comisión senatorial de defensa propuso en numerosas ocasiones la retirada de los soldados norteamericanos, considerados por su simple presencia como los mejores garantes de la efectividad del «paraguas» nuclear norteamericano. La cuestión volvió a plantearse coincidiendo con el fin de la guerra fría, pero aunque los efectivos se han reducido, salvo en Italia, su presencia, generalmente mejor tolerada por la población local que en otras regiones del mundo, parece servir para garantizar no tanto la disuasión como la participación norteamericana en los asuntos políticos del continente.

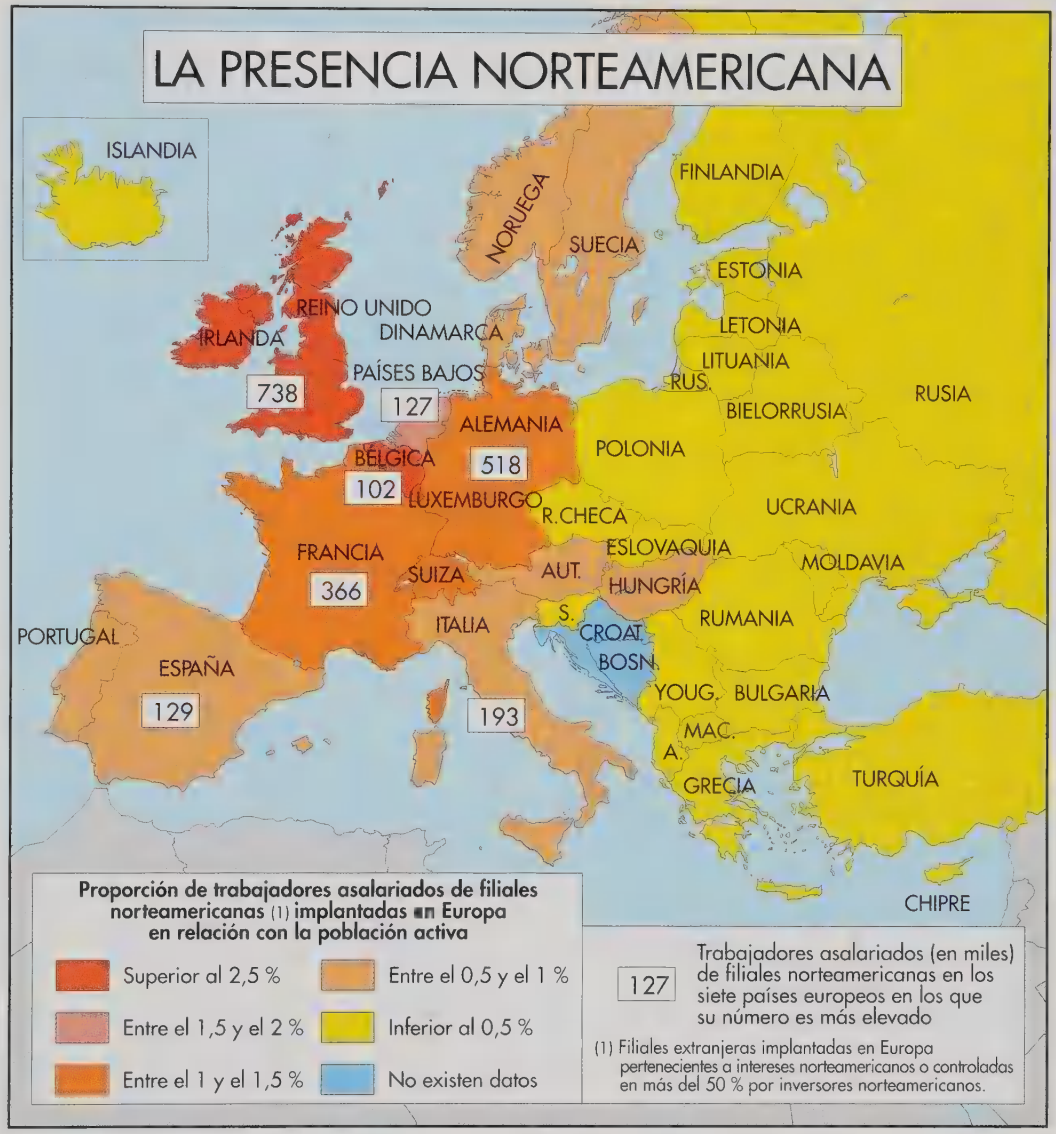
Colaboración y competencia

Desde 1945 la relación entre Europa y Estados Unidos no ha sido nunca igualitaria. Los norteamericanos deben necesariamente consultar a sus aliados, pero deciden de forma soberana. Sin embargo, los choques más violentos no son de carácter estratégico, sino comercial, y se han ido acumulando a partir de los años setenta.

Estados Unidos ha favorecido el acercamiento de las democracias de Europa occidental, sobre todo apoyando en numerosas ocasiones las iniciativas de uno de los padres de Europa, Jean Monet, que en parte tenía una formación cultural norteamericana. Según De Gaulle: «Se trata de construir Europa sin romper con los norteamericanos, pero con independencia de ellos. Los norteamericanos han favorecido a Europa en la medida en que pudiera ser para ellos un medio de mantener o desarrollar su hegemonía. Cuando creen, por el contrario, que esa influencia corre el riesgo de disminuir si Europa se constituye en un organismo poderoso capaz de sobrepasarlos, se muestran me-

nos entusiastas» (conversaciones de 1963 contadas por A. Peyrefitte). De hecho, y aunque Estados Unidos se ha manifestado constantemente a favor de la construcción europea, a partir de 1972 no ha dejado de denunciar la constitución de una fortaleza comercial europea y, tras la negativa de Francia a integrarse en la comunidad europea de defensa en 1954, ha jugado con las divisiones europeas para evitar la formación de una entidad autónoma de defensa. La idea de un pilar europeo de la OTAN, muy de moda en los años noventa, ya había sido sugerida por Kennedy en 1960. Mientras tanto, los norteamericanos han reformado en profundidad la postura militar de la OTAN, incluso antes de la celebración de las cumbres en las que se debía debatir el tema en 1990 y 1994.

Los choques entre Europa y Estados Unidos han dado con frecuencia la impresión de un duelo franco-norteamericano, con los demás países europeos colocándose más o menos claramente detrás de uno de los protagonistas. Desde la negativa de De Gaulle a aceptar la entrada en el Mercado Común del Reino Unido, presentada de manera algo caricaturesca como un auténtico «caballo de Troya» norteamericano, hasta la cuestión de la integración de los países de Europa central en la Unión Europea, los norteamericanos han preconizado siempre una rápida ampliación de Europa, enfrentándose así a las preferencias francesas por una profundización de la Unión Europea. Casi todas las guerras comerciales que han punteado las relaciones entre ambas orillas del Atlántico (la soja, la carne sometida a tratamiento de hormonas, los plátanos, el Concorde, el sec-



tor audiovisual, etc.) se han saldado con derrotas europeas. En 1997 la Comisión Europea alcanzó una victoria simbólica imponiendo las condiciones, muy difíciles de controlar, para la fusión de los dos gigantes norteamericanos de la aeronáutica, Boeing y Douglas. Sin embargo, y en contra de lo que opinaron la mayoría de los comentaristas, las fricciones comerciales no se han visto especialmente agravadas tras la desaparición de la amenaza común soviética. Por el contrario, las divergencias diplomáticas resultan cada vez más patentes, como ha ocurrido a propósito de Irán, Cuba, Oriente Próximo, África central o Argelia.

La forma que tienen los norteamericanos de ver la integración europea ha ido evolucionando con el tiempo. Estado Unidos imaginó en un primer momento una asociación regional de Estados como la que preveía la Carta de las Naciones Unidas y rápidamente vio en la CECA un medio para acelerar la reconstrucción de un continente crucial en la estrategia de la guerra fría. El Mercado Común se percibió desde el primer momento como una oportunidad para las multinacionales norteamericanas y el sistema monetario europeo como una apuesta legítima, pero limitada a la abrogación unilateral de la convertibilidad en oro del dólar. El advenimiento de la Comunidad y después de la Unión Europea le parecía a Washington una simplificación conveniente, que permitía responder a la célebre frase de Henry Kissinger: «Cuando llamo a Europa, ¿qué número debo marcar?», pero también como el riesgo de ver emerger un auténtico contrapeso a la potencia política norteamericana. Por otro lado, el final de los ochenta se caracterizó por el debate sobre la decadencia norteamericana, y su principal animador, Joseph Nye, predicaba que una Europa unida sería la mayor potencia del siglo XXI. Esta cuestión ha quedado totalmente eclipsada por la formidable recuperación de la economía norteamericana durante los noventa y el aumento del euroescepticismo. La moneda única, que podría sin embargo competir seriamente con el dólar, no parece asustar demasiado a los norteamericanos.

Washington no ha tenido nunca una política monolítica respecto a Europa y trata a cada país de una manera concreta y particular. Acusado de intentar dividir para dominar, Estados Unidos tiene como objetivo primordial asegurar la estabilidad del continente, garantizar el uso de sus bases militares y, de manera más discreta, favorecer sus exportaciones. Italia, políticamente diminuta, es considerada por Washington una aliada muy segura que merece ser tratada con consideración. Las relaciones con Londres, a pesar de su condición de «especiales», dependen sobre todo de la química que sean capaces de establecer sus máximos mandatarios, excelente entre Ronald Reagan y Margaret Thatcher o entre Bill Clinton y Tony Blair, mediocre entre George Bush y John Major.

Estados Unidos suele tratar a Francia con deferencia, pero la considera un factor de preocupación e incluso de graves problemas. 1996 fue el *annus horribilis* de las relaciones franco-norteamericanas, durante el que se revelaron numerosos puntos de divergencia (ONU, OTAN, Palestina, Zaire, etc.) a pesar de la buena prensa de Jacques Chirac en Washington. La relación que más cuenta para los dirigentes norteamericanos sigue siendo la que mantienen con Alemania, considerada el líder natural de Europa y un aliado prácticamente indefectible a pesar de que a veces se deje atraer por los cantos de sirena de su socio francés. En mayo de 1989, justo antes de la caída del muro de Berlín, George Bush propuso al canciller Kohl una «colaboración en el liderazgo», que, por consideración a París, este último se negó sin embargo a aceptar, al menos oficialmente.

Aun sin nombrarla, Estados Unidos ha intentado la misma política de colaboración en Asia, con Japón como líder regional. Este continente, que a partir de comienzos de los noventa se ha convertido para Estados Unidos en un interlocutor comercial más importante que Europa, plantea el peligro de hacer bascular la atención de Estados Unidos del Atlántico al Pacífico, a pesar de su inclinación sentimental hacia el continente en el que se encuentran los ancestros de la mayoría de su población. Sin duda alguna, la perspectiva de un debilitamiento relativo de la importancia de Europa a los ojos de Estados Unidos constituye a largo plazo una amenaza mucho más importante que las peripecias de sus diferencias comerciales.

ESTADOS UNIDOS, HUÉRFANO DE RUSIA

Estados jóvenes en comparación con las viejas naciones de Europa occidental, tanto Estados Unidos como Rusia se caracterizan por la inmensidad de sus espacios, la multiplicidad de sus riquezas y la diversidad de su población.

Este patrimonio común impresionó ya a los espíritus visionarios del siglo XVIII, como el barón de Grimm. En 1790, este autor alemán escribía a Catalina II de Rusia: «Dos imperios compartirán todas las ventajas de la civilización, del poder del ingenio, de las artes, las armas y la industria: Rusia en el este y Norteamérica en el oeste. En cuanto a nosotros, estaremos demasiado degradados, demasiado corrompidos para saber lo que hemos sido como pueblo si no es por medio de una tradición vaga y despojada de inteligencia».

Al menos en su primera parte, esta predicción se haría realidad, después de que Rusia y Estados Unidos hubiesen atravesado un difícil periodo de afirmación frente a Europa occidental y un lento avance de su poder. Esta identidad de destinos, confirmada de manera inequívoca por la complejidad paradójica derivada del contexto de la guerra fría, constituye el origen de los lazos tan especiales que unen a Estados Unidos y Rusia. El espacio dejado por la desaparición de la URSS obliga hoy a Norteamérica a redefinir esos lazos y a repensar su propio papel en el nuevo orden mundial.

La relación Estados Unidos/ Rusia: reflejo de los mitos norteamericanos

Tanto la historia de Estados Unidos como la de Rusia se caracterizan por una expansión territorial casi ininterrumpida hasta finales del siglo XIX. Este fenómeno, apuntalado a partir de 1830 por dos doctrinas políticas, el panamericanismo y el panislamismo, ha dado origen en ambos países a una literatura popular de estilo épico, reflejo de los mitos nacionales.

A comienzos del siglo XVII, cuando los primeros colonos procedentes de Inglaterra se establecieron en suelo americano, el gran ducado de Moscú proseguía su expansión imparable, iniciada algunos decenios antes. La victoria de Iván el Terrible sobre los tártaros en 1552 había abierto a Rusia las rutas del este y los mares del sur. Ampliando sin cesar sus fronteras, como por otro lado hacía la joven república de Estados Unidos, el imperio ruso conquistó la orilla septentrional del mar Negro en 1770, poco antes de que los norteamericanos tomasen el control del golfo de México. La colonización de la actual Ucrania meridional por emigrantes rusos, ucranianos, moldavos, serbios y alemanes no puede más que recordar a la de la Luisiana americana, mientras que la cosmopolita Odesa, fundada en 1796, iba adquiriendo un vago parecido con Nueva Orleans. A finales del siglo XIX el oro negro empuja a los rusos cada vez más al sur, hacia el Cáucaso, y a los norteamericanos hacia las fronteras de Tejas.

El avance ruso hacia el Pacífico fue rápido. En 1580 Rusia franquea los Urales, vieja cadena montañosa de la era herciana, al igual que la de los Apalaches. Este hecho abrió a los comerciantes cosacos y a otros aventureros las puertas de Siberia. El río Lena se alcanzó en 1628, el mar de Okhotsk diez años después. En 1741, Vitus Bering, al que Pedro el Grande había encomendado la exploración de un hipotético estrecho que separaba Asia de América, llegaba a las costas de Alaska. Ese acontecimiento dio origen a la creación en 1799 de la Compañía Ruso-Americana, sociedad anónima dedicada al comercio de pieles y a la que el zar Pablo I concedió la jurisdicción sin reservas sobre las posesiones rusas en América. Para facilitar el avituallamiento de los asentamientos en Alaska el zar Alejandro I ordena la colonización de California en una franja de costa que habían dejado libre españoles e ingleses. A partir de 1812 se fundaron varias colonias rusas, la más importante fue la situada en las proximidades de la actual Russ Port, pequeña población en la desembocadura del río Russian, al norte de San Francisco. El desmantelamiento de estas aldeas fortificadas se produjo en el transcurso de la década de 1840, tras la conquista de California por Estados

Unidos. Otros proyectos de colonización rusa en América, como el de las islas Hawai, tuvieron un carácter efímero.

Tras la derrota rusa en Crimea (1856), el zar Alejandro II decidió vender Alaska. Este lejano territorio, cuyo interés comercial y estratégico para el imperio se había reducido considerablemente, resultaba por otro lado difícil de defender. Rusia prefirió cederlo antes que arriesgarse a una nueva humillación. El zar propuso la transacción a Estados Unidos, convencido de que «entre los pueblos ruso y norteamericano no existe ninguna injuria que olvidar». En 1863, cuando Rusia se vio amenazada por Alemania y Francia tras la insurrección de Polonia, la flota del Báltico pudo ponerse al abrigo de puertos norteamericanos. En contrapartida, Rusia apoyó la demanda norteamericana de libertad de navegación para los países neutrales durante la guerra de Crimea. En 1867, y a pesar de las reticencias iniciales del Congreso, el gobierno norteamericano se comprometió a adquirir Alaska, territorio alejado de Estados Unidos por varios miles de kilómetros. Obedecía así a la misma prioridad que había impulsado a Rusia a implicarse en la región: impedir que Inglaterra afirmase su poder.

Un sueño americano

En 1865 se elaboró un proyecto de conexión telegráfica entre América y Europa a través de los estrechos de Bering y de Siberia. Para prepararlo viajó a Rusia un joven norteamericano, George Kennan, descendiente de los pioneros del *Mayflower*. Kennan quedó deslumbrado ante la inmensidad del país, su diversidad y el calor humano de sus habitantes. De vuelta en Norteamérica, publicó varios textos en los que hacía una apología de Rusia y sus clase dirigente. Tras un segundo viaje por Siberia (1886), descubrió cómo se trataba allí a los prisioneros políticos. Su visión de Rusia se transformó y adoptó la resolución de ganarse la simpatía y la ayuda de sus compatriotas «en favor de estos rusos dispuestos a morir por los ideales en los que se fundó la democracia norteamericana». Durante más de medio siglo Kennan recorrió Estados Unidos para denunciar los abusos de poder del régimen zarista y elogiar los movimientos de liberación rusos. Durante todo este periodo, Norteamérica tuvo la visión de Rusia que le proporcionaba la mirada de Kennan, y abrazó sus puntos de vista, al igual que su proyección etnocéntrica del porvenir de Rusia. Las actividades de Kennan suscitaron la creación de numerosas asociaciones de apoyo a los exilados antizaristas. En un primer momento, estas asociaciones conseguirían la abolición del tratado de extradición de 1893 entre Estados Unidos y Rusia, y luego, tras la matanza de Kichinev (1903), hicieron llegar al zar una carta de protesta firmada por el presidente Theodore Roosevelt. Estas campañas contra la autocracia constituyeron el origen de los sentimientos pro nipones de los norteamericanos durante la guerra ruso-japonesa de 1905. Fueron también la base de la simpatía que despertaron los insurgentes en Estados Unidos inmediatamente después de la revolución que se desencadenó ese mismo año.

La continuidad del régimen autocrático en San Petersburgo decepcionó a los que esperaban el advenimiento de un nuevo régimen. Los judíos norteamericanos que visitaban el imperio ruso se encontraban sometidos a las mismas restricciones de circulación y residencia que sus correligionarios rusos, y el Congreso norteamericano abolió en 1911 el tratado de comercio americano-ruso de 1832, que preveía total libertad de desplazamiento para los ciudadanos norteamericanos que fuesen a Rusia. Esta decisión, tomada bajo la presión de la opinión pública, reveló la reciente impopularidad del régimen zarista en Norteamérica. En este contexto, la revolución de febrero de 1917 y la formación del gobierno provisional fueron recibidos con entusiasmo. El presidente Wilson saludó al «generoso pueblo ruso, que con toda su ingenua majestad ha venido a unirse a las fuerzas que luchan por la libertad en el mundo, la justicia y la paz». La toma del poder por los bolcheviques, considerados usurpadores que no tenían derecho moral o legal a representar a la población rusa, supuso por el contrario una profunda desilusión para los que habían soñado que estaba a punto de nacer una réplica eslava de Norteamérica.

Del imperialismo a la hegemonía

La entrada de Rusia (1914) y de Estados Unidos (1917) en la guerra contra los imperios centrales fue el resultado natural de la política imperialista de ambos países. Desde finales del siglo XIX el sentimiento de superioridad moral de los norteamericanos, reforzado por la potencia y prosperidad cre-

cientes de su nación, encontró su prolongación en la política exterior. A comienzos del siglo XX la defensa y el desarrollo de los intereses económicos de Estados Unidos, así como la asunción de su misión moral y civilizadora, constituyeron los fundamentos de su política exterior. La entrada en guerra contra Alemania se basaba en esa doble lógica. La salvaguarda de sus intereses económicos fue igualmente una de las razones para que Rusia entrase en la guerra. País fundamentalmente agrícola, dependía casi exclusivamente de sus exportaciones de trigo para financiar la industrialización y devolver los créditos extranjeros indispensables para la misma. El 90 % del trigo ruso exportado tenía que atravesar Dardanelos, por lo que el país convirtió la toma del estrecho en uno de sus principales objetivos bélicos. Por otro lado, Rusia veía en su papel de protectora de las poblaciones ortodoxas de los Balcanes el medio de extender su zona de influencia hacia el oeste. Gracias a la decadencia del imperio otomano, había ido avanzando regularmente en esa dirección desde finales del siglo XVIII. Sin embargo, el imperialismo ruso chocó en esa región con los intereses del imperio austro-húngaro, que, intentando extenderse hacia el sur, se anexionó Bosnia Herzegovina (1908). El ultimátum austriaco tras el atentado de Sarajevo empujó a Serbia, aliada tradicional de Rusia, a enfrentarse a los Habsburgo, desencadenando de ese modo la primera guerra mundial.

Aunque al final de la guerra, Rusia y Estados Unidos se encontraban en situaciones muy distintas, ambas naciones parecían portadoras de ambiciones universales. La intervención de Estados Unidos al lado de la Entente le permitió desempeñar un papel determinante en la conferencia de paz. Ésta sirvió de tribunal al presidente Wilson, que en sus Catorce Puntos resumió su concepción de un nuevo orden internacional, basado en el derecho, la democracia y la libertad. En Rusia, el triunfo en un contexto difícil de la insurrección bolchevique pareció confirmar la idea de Lenin de que el éxito de la revolución en un solo país debía implicar su triunfo en todos los demás. En 1919, la sublevación de los espartaquistas en Alemania y la llegada al poder del comunista Béla Kun en Hungría parecían justificar esta teoría. Incluso en Estados Unidos tuvieron lugar en 1920 manifestaciones espontáneas de simpatía hacia los soviets. Sin embargo, los acontecimientos no tardaron en desmentir el mesianismo de Wilson y el internacionalismo marxista-leninista. Norteamérica, que no deseaba volver a encontrarse comprometida por el sistema internacional que ella misma había iniciado, se replegó en una neutralidad manifiesta. La Rusia soviética, que por su parte atravesaba por graves dificultades económicas, no tuvo más remedio que apelar a los métodos liberales y los capitalistas extranjeros para relanzar su aparato de producción. En virtud de esa Nueva Política Económica (NEP), la empresa norteamericana Ford instaló una fábrica de automóviles en Gorki (1921), mientras que la extracción de amianto en los Urales fue confiada a una empresa norteamericana y el ingeniero que se había ocupado de acondicionar las cataratas del Niágara supervisó la edificación de diques sobre el río Dniéper. Con motivo de la hambruna que arrasó Rusia en 1921 y 1922, el pueblo norteamericano dio pruebas de una gran generosidad hacia los rusos, reflejo de su tradicional simpatía por ese pueblo. Millares de soviéticos se salvaron de la muerte gracias a las organizaciones cuáqueras y a la ayuda aportada por la American Relief Administration, que dirigía el futuro presidente Hoover. El abandono de la NEP y el fracaso de los movimientos revolucionarios en Europa y Oriente obligaron a Rusia a replegarse sobre sí misma y consagrarse a la construcción del socialismo en un solo país; pues, según Stalin, la URSS bastaba «con su sola presencia para revolucionar al mundo entero».

La llegada al poder de Hitler en enero de 1933 impulsó a Estados Unidos y a la URSS a modificar su política. Rompiendo con la actitud de sus predecesores, Franklin Roosevelt reconoció al gobierno soviético (noviembre de 1933), y alertó a sus conciudadanos a partir de 1937 sobre los peligros que amenazaban a la democracia en Europa. La URSS, que veía su seguridad en peligro, se esforzó por salir de su aislamiento y multiplicó las iniciativas diplomáticas. Ambos países se sentían poco preparados para una guerra y retardaron lo más posible su entrada en el conflicto. La URSS se apresuró a trasladar el grueso de su industria pesada hacia el este. Estados Unidos, aparte de redoblar su esfuerzo militar, decidió en agosto de 1941 conceder préstamos preferentes a la Unión Soviética, ventaja otorgada sólo a los países cuya seguridad se consideraba «vital» para la seguridad americana.

Los supergrandes

La contribución determinante de Estados Unidos y la URSS a la victoria sobre las potencias del Eje les aseguró un liderazgo incontestado sobre el mundo de posguerra. La URSS, que ya en 1945 se perfilaba como un aliado difícil, adquirió rápidamente a los ojos de los norteamericanos la condición de potencia rival cuyos avances se debían contener. En febrero de 1946 George Kennan, encargado de negocios en Moscú y sobrino del gran amigo de Rusia del mismo nombre, describía la URSS como «impermeable a las normas de la razón, pero sensible a las de la fuerza». Este análisis definiría durante más de veinte años la política norteamericana frente al Kremlin.

La primera bomba atómica soviética (1949), y después la bomba H (1953), dio a la URSS la esperanza de que la paridad con Estados Unidos estaba próxima. Ese nuevo dato contribuyó a una flexibilización de su política. Se multiplicaron las conferencias internacionales y los dirigentes soviéticos visitaban Occidente con frecuencia. Convertida en superpotencia de hecho, la URSS velaría más celosamente que nunca por que reinase el orden en el interior. En 1956 Estados Unidos permitió a los soviéticos reprimir como quisieran la insurrección de Budapest, a la que Radio Free Europe no había escatimado muestras de simpatía y aliento.

La posesión del arma nuclear reforzó la división del mundo en dos y sustituyó las negociaciones a cuatro bandas de la posguerra por el diálogo soviético-americano, lo que relegó a Francia y Gran Bretaña a la condición de potencias de segundo orden. En 1959 el número uno del Kremlin, Nikita Jruschov, se reunió con el presidente Eisenhower en Camp David. En esta ocasión, los americanos, para los que la URSS llevaba muchos años confundida con la ominosa figura del mariscal Stalin, descubrieron con curiosidad la franqueza y naturalidad de Jruschov. Este jefe de Estado, cuya ambición era la de que en el plazo de veinte años su país se pusiera a la altura de Estados Unidos, estuvo a punto de desencadenar un conflicto directo con Washington al estallar la crisis de Cuba. El temor compartido ante la posibilidad de un enfrentamiento semejante impulsó a la URSS y Estados Unidos a intentar alcanzar un equilibrio entre sus fuerzas nucleares y a prevenir la proliferación de las armas atómicas. John Kennedy afirmó en su discurso inaugural de 1960: «No negociaremos jamás porque tengamos miedo, pero tampoco tendremos miedo de negociar». En junio de 1963 se estableció el principio de una línea directa, el «teléfono rojo», entre Washington y Moscú; en agosto, y en virtud de un tratado firmado en Moscú, los dos grandes se prohibieron seguir realizando ensayos nucleares que no fuesen subterráneos. El hecho de compartir el patrimonio del terror había terminado generando entre las dos potencias antagonistas una especie de paradójica complicidad que les convirtió en los auténticos gendarmes del mundo.

Esta colaboración para mantener la paz se reforzaría a lo largo del periodo conocido con el nombre de «distensión». Iniciada bajo la presidencia de Richard Nixon, respondía al deseo de la administración norteamericana de, según los términos empleados por el secretario de Estado Henry Kissinger, instituir «una estructura de paz estable». Esa voluntad se traduciría en el reconocimiento de la hegemonía de la potencia contraria en su propio campo. Implicaría también la instalación de una política de intercambios comerciales y de transferencia de tecnología de Estados Unidos a la URSS. En 1972 el fracaso de las negociaciones multilaterales para el desarme impulsaron a Estados Unidos y a la URSS a firmar en Moscú los acuerdos Salt 1, que preveían una estabilización del equilibrio nuclear entre ambos países. En 1973 las negociaciones iniciadas cuatro años antes en Helsinki desembocaron en la firma de un acuerdo que sancionaba las situaciones nacidas de la segunda guerra mundial. En septiembre de ese mismo año, Richard Nixon y el número uno soviético, Leonidas Breznev, firmaron en Estados Unidos un tratado para «la prevención de la guerra nuclear». Uno de los símbolos más espectaculares del acercamiento entre Estados Unidos y la URSS fue el vuelo espacial «Soyouz-Apollo» de 1975. Para mantener el diálogo americano-soviético y calmar la susceptibilidad del Kremlin, el presidente Kennedy se negó ese mismo año a recibir al disidente Alexander Solzhenitsin. En 1977 su sucesor, Jimmy Carter, defensor convencido de los derechos humanos, adoptó una actitud inversa cuando escribió personalmente a otro ilustre disidente, Andrei Sajarov, para asegurarle su apoyo.

La crispación de la administración norteamericana, cada vez más presionada por su opinión pública, tuvo como consecuencia una doble toma de conciencia. El inmenso

EL TELÉFONO ROJO

El 20 de junio de 1963 se firmó un acuerdo entre Washington y Moscú que preveía la instalación en el plazo más breve posible de una línea de comunicación permanente e inmediata que permitiera en caso necesario una conexión personal directa entre el presidente norteamericano John Kennedy y Nikita Jruschov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, presidente del consejo de ministros y «amo» de la URSS. Por primera vez en la historia, saltándose los canales diplomáticos habituales, una «conexión directa de urgencia», popularizada con el nombre de «teléfono rojo» *(red line)*, unía a los jefes de Estado de las dos superpotencias indiscutibles del planeta.

No resulta del todo correcto decir que esa conexión inicial, que empezó a funcionar el 30 de agosto de 1963, fuese un teléfono, pues se trataba más bien de un teletipo, para el que se había construido una línea especialmente protegida contra las interrupciones y las posibilidades de intercepción exterior. Todavía no era cuestión de recurrir a las transmisiones vía satélite, que estaban empezando a desarrollarse, así que se apostó por una conexión fija de carácter terrestre para unir la Casa Blanca con el Kremlin. Es probable que diese también ocasión de colaborar a los servicios especiales de desciframiento y transmisiones gubernamentales, que se ocuparían de proteger su propio intercambio de mensajes diplomáticos y de intentar «descifrar» los del adversario. Para asegurar una continuidad perfecta, la línea funcionaba de manera permanente y en ambos sentidos, y cualquier interrupción accidental desencadenaba la puesta en servicio de una línea suplementaria. Por otro lado, lo que se pretendía era que en caso de que, a pesar de las medidas adoptadas, alguien escuchase, evitar que una súbita activación del teléfono rojo fuera interpretada como un indicio político, aunque el código, constantemente renovado, hiciera incomprensible la comunicación. Los norteamericanos cifraron el texto de la Constitución americana y de todas sus enmiendas mientras que, más literarios, los soviéticos transmitían incesantemente el texto de *Guerra y paz*, al menos si hemos de creer lo que decía la prensa de la época.

Tantas precauciones y complicaciones técnicas, al igual que la rapidez en la puesta en funcionamiento de la línea, sólo pueden explicarse por el dramatismo del clima de la época. La guerra fría acababa de alcanzar su punto álgido con la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962, que había demostrado hasta qué punto Moscú y Washington podían llegar a una ruptura irremediable y en qué medida la lentitud de la diplomacia clásica no respondía ya a las necesidades del mundo moderno. El teléfono rojo cubría una necesidad política común, directamente derivada del temor a la destrucción mutua, asegurada en caso de recurrir a las armas nucleares: un verdadero equilibrio del terror. En esta época fue cuando por fin la doctrina de las destrucciones proporcionales, llamada también guerra limitada, respuesta gradual o *flexible response*, sustituyó a la teoría de las destrucciones masivas.

El teléfono rojo no ha dejado de existir, perfeccionándose sin cesar al ritmo de los avances de la tecnología. Por lo que sabemos, no se puede juzgar todavía el papel de esta herramienta en la gestión de las crisis que han punteado las relaciones norteamericano-soviéticas: guerra de Vietnam, invasión de Checoslovaquia en 1968, crisis polaca de 1981 y guerras en Oriente Próximo y Afganistán. Pero al menos se puede afirmar que el principio en que se basa, poner a disposición de los jefes de Estado una conexión directa en caso de urgencia, se ha llevado a la práctica en numerosas ocasiones en las que la situación exigía una consulta directa «en la cumbre».

esfuerzo armamentístico de la URSS la había convertido al cabo de veinte años en la primera potencia militar del planeta; por otro lado su zona de influencia no había cesado de ampliarse merced a toda una serie de guerras periféricas. Aunque los norteamericanos, traumatizados por la experiencia de Vietnam, habían privilegiado el diálogo en favor de la paz, se sublevaban sin embargo contra todo lo que pudiera dar la idea de que se habían portado de manera inocente en las negociaciones. En consecuencia, pretendieron que su país recuperase el primer puesto en el tablero mundial. Por esa razón, los acuerdos SALT II, firmados en Viena en 1979, no fueron ratificados por el Congreso.

La elección de Ronald Reagan, partidario de una política de firmeza en las relaciones con Moscú, confirmó en 1980 el endurecimiento norteamericano. Frente a lo que llamaba el «imperio del mal», el nuevo presidente elaboró un ambicioso programa estratégico, bautizado como «guerra de las galaxias», que terminó asfixiando a la URSS, que no pudo soportar el intercambio de desafíos. La llegada al Kremlim de Mijail Gorbachov (1985), que deseaba reducir los gastos militares con el fin de reformar en profundidad la economía soviética, desembocó en una nueva fase de distensión respecto al mundo occidental. Una nueva era que se concretó mediante la firma de los acuerdos START con Estados Unidos. Este convenio preveía una importante reducción de las armas estratégicas y los arsenales nucleares. Mijail Gorbachov y su homólogo norteamericano, George Bush, lo firmaron finalmente en 1991, no sin antes incluir una cláusula que otorgaba a la agonizante Unión Soviéticas la condición de «nación favorecida».

El hundimiento de la URSS y su posterior desaparición (diciembre de 1991) dejó el camino libre a Estados Unidos para quedarse en exclusiva con el papel de «supergrande».

La caída de la Unión Soviética dejó a Norteamérica frente a una Rusia renaciente, ávida de libertad y bienestar. Seguro de su saber hacer y sus tradiciones, Estados Unidos se mostró dispuesto a acompañar a los rusos en su camino hacia la democracia y la economía de mercado. Se repetía el viejo sueño wilsoniano.

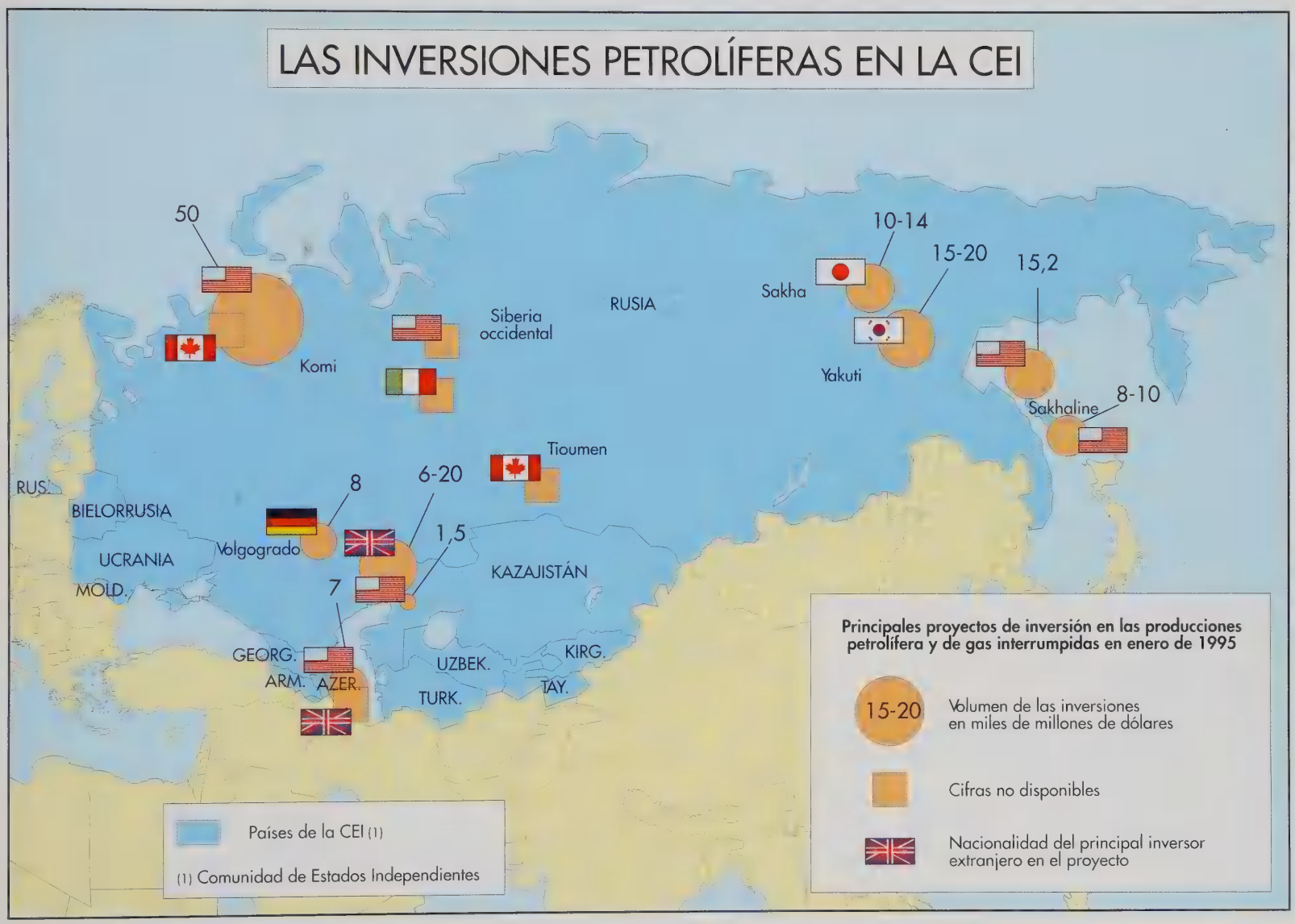
El desorden norteamericano

La ayuda norteamericana a Rusia ha abarcado campos tan variados como la energía, el espacio, el medio ambiente, el comercio o la gestión empresarial. En 1991, Estados Unidos concedió a Moscú créditos por valor de 1.500 millones de dólares para financiar la compra de productos alimentarios. Este despliegue no estaba sólo destinado a servir a los intereses rusos. Con ello Estados Unidos se proponía competir con Alemania, el primer interlocutor comercial de un inmenso país que se estaba convirtiendo a la economía liberal. Por otro lado, Washington compartía el deseo de los dirigentes rusos de instaurar una estrecha cooperación entre los dos Estados para evitar los peligros de la proliferación nuclear. Los países nacidos de la división de la URSS tenían ojivas nucleares y bombarderos estratégicos y, por otro lado, la mafia rusa amenazaba con adueñarse de *stocks* de armamentos, peligros ambos que el orden mundial nacido de la posguerra había sabido conjurar. Se esfumó de ese modo la euforia posterior a la caída del «telón de acero».

El fin del sistema bipolar arroja luz sobre la forma de compartir las responsabilidades planetarias, la comunidad de intereses y actitudes que han ligado a la URSS y a Estados Unidos. También obligó a Washington a redefinir su política, condicionada en gran medida durante más de medio siglo por la existencia de un bloque estable y poderoso en el Este. El peligro permanente y claramente identificable que dicho bloque representaba sirvió para unir a los norteamericanos en torno a valores comunes. Por otro lado, ambas superpotencias habían aplicado una política conservadora, destinada a reprimir, cada una en su propio campo, los particularismos y los deseos de independencia. Debido a la incapacidad de la URSS para asumir desde comienzos de los noventa su papel de gendarme, las lógicas nacionales se manifestaron con virulencia en Europa oriental, sustituyendo, muchas veces de modo fulminante, a la lógica de los bloques.

Los norteamericanos parecieron conjurar esa situación perpetuando los reflejos nacidos de la guerra fría. En agosto de 1991, inquieto ante las conmociones y las transferencias de soberanía que la desaparición de la URSS parecía capaz de provocar, el presidente Bush puso a los ucranianos en guardia contra «una independencia suicida». La tradicional política de relaciones privilegiadas entre los jefes de Estado soviético y norteamericano le condujo por otro lado a apoyar sin reservas a Mijail Gorbachov, mientras que éste no dejaba de perder impulso en su propio país. La popularidad del que los norteamericanos denominaban «Gorby» llegó a alcanzar en Estados Unidos tales proporciones que pudo calificarse de «gorbymanía». Ese fenómeno, debido a las virtudes de democracia y occidentalización que encarnaba el número uno soviético, remitió una vez más a Norteamérica a sus propios mitos. La atracción por la figura de Gorbachov no se redujo en los años posteriores y aún hoy recibe de Estados Unidos la mayoría de los fondos de los que se nutre su fundación. Movido por su deseo de estabilidad, el presidente Clinton mantuvo una diplomacia que privilegiaba las relaciones personales. Para no debilitar la posición de Boris Yeltsin, al que considera portador de las promesas de democracia y reformas en Rusia, ha sabido acallar las críticas en circunstancias tan especiales como las que llevaron al jefe de Estado ruso a mandar bombardear el Parlamento o, más tarde, al lanzamiento de operaciones militares rusas contra los independentistas chechenos. Pocas semanas antes de las elecciones presidenciales rusas la conferencia de prensa que los dos jefes de Estado ofrecieron en Moscú, y en la que se llamaron «querido Boris» y «querido Bill», demostró claramente que la Casa Blanca votaba por la continuidad.

La perpetuación de los reflejos heredados de la guerra fría se manifiesta también en el deseo de los norteamericanos de no enfrentarse con los rusos a propósito de su *hinterland* y las antiguas democracias populares. Los proyectos de ampliación de la OTAN a los Estados de Europa central se vieron por tanto congelados en 1997. Rusia negocia con Estados Unidos una readaptación del tratado sobre fuerzas convencionales en Europa con el fin de conservar un elevado número de vehículos armados en el norte del Cáucaso y de crear una zona de seguridad frente a sus vecinos islámicos. Recordando la guerra de


LAS INVERSIONES PETROLÍFERAS EN LA CEI
50
Komi
Siberia occidental
RUSIA
10-14
15-20
Sakha
Yakuti
15,2
Sakhaline
8-10
Tioumen
6-20
8
1,5
7
Volgograd
KAZAJISTÁN
RUS.
BIELORRUSIA
UCRANIA
MOLD.
GEORG.
ARM.
AZER.
UZBEK.
TURK.
KIRG.
TAY.
Países de la CEI (1)
(1) Comunidad de Estados Independientes
Principales proyectos de inversión en las producciones petrolífera y de gas interrumpidas en enero de 1995
15-20
Volumen de las inversiones en miles de millones de dólares
Cifras no disponibles
Nacionalidad del principal inversor extranjero en el proyecto

Chechenia, que se desencadenó en 1994, el presidente Clinton no dudó en compararla con la guerra de Secesión, episodio doloroso pero que contribuyó a la formación de la historia nacional norteamericana.

La vigilancia ejercida por Rusia en el Cáucaso y Asia central sirve por otro lado a los intereses occidentales. Por esta razón ilustra la actitud contradictoria de los países de la OTAN. Mientras que se adaptan con facilidad a la idea de que Rusia ejerza un papel imperial fuera de sus fronteras, es decir en las zonas más inestables de su *hinterland*, prefieren que su política interior sea liberal y democrática. O, dicho de otra manera, la actual política imperialista de Rusia se inscribe en una continuidad histórica que no cesa de afirmarse en la medida en que se va consolidando el conservadurismo en el interior del país. La recuperación de lazos con Bielorrusia o con Moldavia o las tentativas de constituir una alianza militar en el interior de la CEI señalan la vuelta a los comportamientos tradicionales de Rusia. Traumatizada por reformas caóticas, el descenso de su nivel de vida y una creciente inseguridad, la población rusa alberga en su gran mayoría una profunda nostalgia por la grandeza y el orden que reinaban en la época de la antigua URSS. Los rusos viven como una profunda humillación la concesión de miles de millones de dólares en concepto de ayuda humanitaria que les conceden los países occidentales, en primera fila de los cuales se encuentra Estados Unidos. Este sentimiento se ha traducido en un antioccidentalismo que se manifiesta la mayoría de las veces en un virulento antiamericanismo. En abril de 1995 la *Ruskaia Gazeta* denunciaba a «las empresas norteamericanas que compran a cambio de nada los cerebros y la tecnología de los rusos». Presentado por sus adversarios como «el hombre del extranjero», el presidente Bosis Yeltsin empezó a modificar considerablemente su política exterior a partir de 1993, a la vez que reforzaba su autoritarismo en el interior. El acercamiento a China e Irán o la negativa a permitir que expertos norteamericanos visiten los emplazamientos nucleares rusos parecen gestos destinados a manifestar la voluntad de poder ruso frente a Estados Unidos.

La reivindicación de Rusia de ser tratada como la gran potencia heredera de la URSS ha sido debidamente tenida en cuenta por los occidentales. De este modo, la han recibido favorablemente en una serie de organizaciones internacionales en las que su presencia se ve revestida en ocasiones de aspectos paradójicos. Así, Rusia fue admitida en enero de 1996 en el Consejo de Europa, organismo en el que los miembros se comprometen a respetar los derechos humanos, que son infringidos continuamente en Chechenia. Por otro lado, ha sido invitada en numerosas ocasiones a participar en las reuniones del G7 y ha conseguido participar como miembro de pleno derecho en ese club de países ricos, cuando su peso en la economía mundial no deja de decrecer. Las relaciones entre Rusia y los países de la OTAN resultan especialmente reveladoras del tratamiento dado a Rusia por Occidente en general, y por Estados Unidos en particular. Washington ha sentido así la tentación de llenar de contenido su propuesta de «colaboración estratégica», consiguiendo que haya oficiales rusos permanentemente cerca del mando supremo de las fuerzas aliadas en Europa y que oficiales de la Alianza Atlántica estén a su vez próximos a la cúpula del Estado Mayor ruso en Moscú. Este homenaje a la potencia rusa favorece la concepción de las relaciones ruso-norteamericanas expuesta en febrero de 1996 por el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Eugeni Primakov: «Las relaciones entre Rusia y Estados Unidos son de primordial importancia; pero, para que estas relaciones sean útiles, ambos países deben encontrarse en pie de igualdad con el fin de eliminar definitivamente las secuelas de la guerra fría». En 1997 se profundizó todavía más en esta cooperación mediante la firma en París de un tratado formal entre OTAN y Rusia que implica la celebración de consultas sistemáticas.

Finalmente, Moscú vive la relación con Estados Unidos de manera mucho menos ambigua y Norteamérica se ha convertido sin duda alguna en el modelo de la sociedad para los moscovitas, a veces hasta llegar a extremos de auténtica caricatura: desde los pantalones vaqueros que, en la época soviética, se intercambiaban a precio de oro en el mercado negro, hasta el éxito sin precedentes del McDonald's instalado en la Plaza Roja durante la *perestroika*, pasando por algunos de los clubes privados más exclusivos de la capital que, en 1997, concedían automáticamente la condición de miembro a cualquier ciudadano norteamericano.

EL COCONA Y LA ASOCIACIÓN POR LA PAZ
RUSIA
RUS.
BIELORRUSIA
UCRANIA
MOLD.
GEOR.
ARM.
AZER.
KAZAJISTÁN
TURK.
UZBEK.
TAY.
KIRG.
N.B.: Todos los países de la OTAN son miembros del COCONA.
Países de la CEI (1)
Límites del Pacto de Varsovia en el momento de su disolución en 1990
(1) Comunidad de Estados Independientes
Países miembros del COCONA (2)
País firmante del pacto "Asociación por la Paz"
(2) Consejo de Cooperación del Atlántico Norte

LA REGIÓN DE ORIENTE MEDIO

Oriente Medio es la región del mundo menos representada entre la población de Estados Unidos. Menos de un millón de norteamericanos son de origen árabe, iraní, turco o israelí. Oriente Medio, zona especialmente turbulenta, es frecuentemente una de las prioridades actuales de la diplomacia norteamericana. Es también la región del mundo en la que la influencia norteamericana suscita una respuesta más airada. Estados Unidos está presente en Oriente Medio y en el mundo árabe de manera masiva desde los años cincuenta, pero su interés por la región es muy anterior. La primera intervención exterior de la joven república norteamericana tuvo lugar en las costas del norte de África. Estados Unidos, que se negaba a pagar los «peajes» impuestos por los piratas berberiscos, lanzó una expedición punitiva contra Trípoli. Dado que la libertad de navegación obtenida fue sólo relativa, los norteamericanos reanudaron la política de cañoneras en 1815, esta vez contra Argel y Túnez. El paralelismo con determinadas actitudes norteamericanas en el Oriente Medio contemporáneo parece evidente: frente a los Estados «fuera de la ley», sólo resulta eficaz la fuerza.

Durante la guerra fría, y aparte de la oposición al bloque soviético en todos los frentes, otros dos elementos contribuyeron a conformar la política norteamericana en la región: la seguridad de los aprovisionamientos petrolíferos y las «afinidades selectivas» con Israel.

La carrera por el petróleo

La utilización del petróleo como fuente de energía es un invento norteamericano que se remonta a 1869, y los grandes grupos petrolíferos norteamericanos se constituyeron mucho antes que sus competidores extranjeros. Durante mucho tiempo Estados Unidos se contentó con explotar los enormes recursos petrolíferos de su propio subsuelo, que en 1945 aseguraban ya dos terceras partes de la producción mundial. Sin embargo, después de la primera guerra mundial, los norteamericanos empezaron a intentar controlar una parte de los recursos de otra gran región productora del planeta: Oriente Medio. En un primer momento, en una época en la que el ideal wilsoniano impregnaba todavía la diplomacia norteamericana, Estados Unidos se alió con Francia para impedir a Gran Bretaña el establecimiento de un protectorado en Irán. En 1924 se impuso de nuevo el realismo y, decidido a sacar partido de su contribución determinante a la victoria de los aliados, Estados Unidos obligó a que los derechos alemanes en la explotación del petróleo de Irak se repartieran de manera equitativa, consiguiendo de ese modo el control de una cuarta parte de la producción (Francia obtuvo la misma proporción y Gran Bretaña se quedó con el resto).

Pero, mientras que todas las demás regiones del mundo árabe permanecían bajo el dominio colonial de los europeos, los grupos petrolíferos norteamericanos se beneficiaban de la creación de Arabia Saudí para proseguir su expansión. Estados Unidos desconfiaba de los británicos, todavía demasiado presentes en la región para su gusto. Los saudíes concedieron un trato preferente a las compañías norteamericanas y, en 1933, aceptaron un consorcio creado para la ocasión, la Arabian American Oil Company, Aranco, la mayor concesión jamás otorgada. Desde entonces, Estados Unidos se convirtió en aliado privilegiado de los saudíes. En 1934, la Gulf Oil, la única gran empresa norteamericana del petróleo que no había estado asociada a Aranco, y la Anglo Persian (convertida posteriormente en British Petroleum) se repartieron la explotación petrolífera del vecino Kuwait.

La segunda guerra mundial representó una aceleración inaudita en la búsqueda de petróleo en la región y permitió además el control americano del oro negro en Oriente Medio, sobre todo gracias al fracaso de la ofensiva de Rommel en el norte de África, que por otro lado desempeñó un papel clave en la victoria aliada. Los norteamericanos fueron los principales beneficiarios de estos descubrimientos: en 1944 controlaban el 42 % de las reservas conocidas de la región, por sólo un 5 % en 1936. A partir de ese momento Estados Unidos modificó su política de aprovisionamiento energético y em-

pezó a considerar sus recursos nacionales como reservas a explotar de manera muy parsimoniosa. Su implicación en Oriente Medio tomó entonces una amplitud totalmente distinta.

En 1953, en colaboración con Londres, Washington organizó el derrocamiento del primer ministro iraní Mohammad Mossdegh, que había nacionalizado la industria petrolífera en 1951. Sin embargo, los países occidentales se vieron obligados a llegar a un acuerdo por el que concedían a Irán el 50 % de los beneficios derivados de la explotación del petróleo. Dado que la demanda de petróleo aumentaba con rapidez, las *majors* (grandes compañías) tuvieron que enfrentarse a la competencia de pequeñas empresas europeas, pero también norteamericanas (la Getty, por ejemplo). Éstas ofrecían a los gobiernos locales mayores ingresos que las «siete hermanas», en particular a los libios, cuyo territorio apenas había sido explotado. En este contexto, y deseosos de asegurarse la supervivencia de millares de pequeños productores que había en su territorio, Estados Unidos adoptó en 1959 una legislación proteccionista que terminaría conduciendo a un hundimiento de los precios mundiales. En 1960, preocupados por sus ingresos, los países exportadores fundaron la OPEP, Organización de Países Exportadores de Petróleo.

Tras la guerra árabe-israelí de 1967, Arabia Saudí, Libia y Kuwait, decididos a convertir el petróleo en un arma al servicio de la causa árabe, fundaron la OPAEP, Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo. Enfrentados al apoyo occidental a Israel durante la guerra de octubre de 1973, y mientras que los países socialistas del mundo árabe (Argelia, Irak y Libia) estaban en vías de nacionalizar su petróleo, la OPAEP decidió someter a un embargo petrolífero a los «amigos de Israel» (Estados Unidos, Holanda, Bélgica, Portugal y África del Sur) y aumentar los precios del petróleo en un 70 %. La OPAEP anunció también que se proponía reducir la producción un 5 % al mes mientras que Israel no se retirara de los territorios ocupados en 1967. Se había desencadenado la crisis del petróleo y en sólo dos meses los precios mundiales se multiplicaron por cuatro. La monarquías del Golfo estaban escarmentadas por la experiencia iraní de los años cincuenta y se mostraron reticentes en todo momento a la idea de las nacionalizaciones, para lo que siguieron las directrices fijadas por la OPAEP. Las empresas europeas y norteamericanas perdieron el control de la producción, pero conservaron el de la distribución. Las economías occidentales se vieron afectadas de pleno, mientras que Estados Unidos, que podía seguir contando con sus propias reservas, quedó relativamente indemne. En parte bajo presiones de Estados Unidos, y en parte porque esas medidas amenazaban con penalizar la creciente prosperidad de los países árabes petroleros, a lo largo de 1974 la OPAEP fue levantando progresivamente el embargo decretado en 1973 y terminó por abandonar la idea de una reducción de la producción por razones políticas. Por el contrario, Arabia Saudí, primer exportador mundial de hidrocarburos, aceptó desempeñar el papel de productor clave y, con el fin de mantener los precios, dejaría fluctuar su producción en función de la demanda.

Con el objetivo de promover la creación de una agencia internacional de la energía, concebida en un primer momento como un «cartel» que pudiera servir de contrapeso a la OPEP, los norteamericanos lanzaron ambiciosos programas de investigación sobre el ahorro de energía y, al igual que los otros países occidentales, emprendieron prospecciones intensivas en todos los rincones del mundo. A pesar de una segunda crisis del petróleo en 1979, consecuencia de la interrupción de la producción iraní durante el periodo revolucionario, el aumento de la oferta y la disminución en el ritmo de crecimiento de la demanda permitieron una estabilización y, a partir de 1986, un descenso de los precios del petróleo. Paralelamente, las relaciones privilegiadas que las monarquías petroleras se apresuraron a reanudar con Estados Unidos limitaron cualquier posible cambio brusco de precios decidido por los países del Golfo. Una determinada interdependencia económica, tanto petrolífera como financiera y tecnológica, terminó conduciendo a la toma de conciencia de la existencia de intereses comunes entre Estados Unidos y los países del Consejo de Cooperación del Golfo, que agrupa a las monarquías petroleras que rodean a Arabia Saudí. Estados Unidos ha afirmado en numerosas ocasiones que considera la región vital para su seguridad y que está dispuesto a defender sus intereses por la fuerza si lo considera necesario.

Estados Unidos abandonó la idea de la autosuficiencia energética para empezar a di-

versificar sus fuentes de aprovisionamiento. En los años noventa no dependían ya del Golfo más que para una sexta parte de sus necesidades, mientras que Japón, por ejemplo, obtiene más de la mitad de su energía de los países árabes. En 1990 la respuesta norteamericana a la invasión de Kuwait por Irak apareció como una lucha por el control de los principales recursos petrolíferos del planeta (el 10 % de las reservas mundiales conocidas están en Irak, otro 10 % en Kuwait y un 25 % en Arabia Saudí, potencialmente amenazada por la ofensiva iraquí). Este elemento fue sin duda alguna determinante en la decisión del presidente Bush de lanzar la operación Tormenta del Desierto, pero se trataba más de un problema de aprovisionamiento de sus aliados europeos y asiáticos que del propio Estados Unidos. Hace falta tomar en cuenta sobre todo la dimensión internacional del petróleo y su papel en la prosperidad global de las economías industriales. Estados Unidos se ha mostrado por otro lado muy coherente a este respecto haciendo pagar a sus aliados la parte que les correspondía en el coste del conflicto, que se calculaba según el total de sus importaciones de petróleo provenientes del Golfo. No se debe subestimar la sinceridad del razonamiento de George Bush sobre un nuevo orden mundial a construir después de la guerra fría; un orden basado en el derecho internacional, pero también y de manera inequívoca en la preeminencia norteamericana. Finalmente, la guerra del Golfo tuvo repercusiones directas sobre el conflicto árabe-israelí, cuestión especialmente espinosa para Washington.

Las dos Jerusalén

Estados Unidos no ha sido siempre el mejor aliado de Israel, pero los dos países comparten diversos valores y referencias. La fundación de Estados Unidos se basó en un proyecto comparable al de Israel: colonial pero generoso, imbuido de valores religiosos pero laico, democrático aunque ambiguo en cuanto al estatus de las poblaciones autóctonas. El mito norteamericano de la Tierra Prometida y la elección divina remite de manera constante al Antiguo Testamento mientras que, como tales, los Evangelios están ausentes de la esfera de lo público. Un baptista creyente como el antiguo presidente Carter besó la tierra de Israel cuando visitó el país. Estas referencias, comunes al conjunto de las élites norteamericanas, desempeñan un papel mucho más importante en la determinación de la política de Estados Unidos con respecto al Estado hebreo que el *lobby* judío norteamericano, cuya influencia se exagera con frecuencia. Evidentemente debe tenerse en cuenta el peso electoral de los seis millones de judíos norteamericanos, pero, a escala nacional, esa comunidad, en gran medida adscrita al partido demócrata, no representa más que el 2,5 % del electorado.

A lo largo del siglo XX la comunidad judía de Estados Unidos, más numerosa que la de Israel, ha sostenido económicamente a la Agencia Judía Internacional, organización sionista que permitió la creación del Estado de Israel. Por el contrario, al menos en un primer momento, el gobierno norteamericano siguió una política más ambigua. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos se encontraba en una situación paradójica. Por un lado, la opinión pública, conmovida por las revelaciones sobre el holocausto, y movilizada por una tradición de apoyo a las naciones jóvenes, apoyó la creación de Israel. Por el otro, y en el contexto de los inicios de la guerra fría, la voluntad de sustituir a un Reino Unido debilitado por el conflicto y de asegurar el aprovisionamiento de petróleo al «mundo libre» incitó a Washington a alinearse con el bando árabe. Estados Unidos apoyó el plan de partición de Palestina propuesto por la ONU en 1947, antes de retractarse del todo a comienzos del año 1948.

La primera guerra árabe-israelí, que en 1948 dio lugar a la creación del Estado de Israel, la ganaron los sionistas con armas soviéticas y no norteamericanas. Nada más terminar el primer estallido del conflicto, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos firmaron una declaración común por la que se comprometían a garantizan el *statu quo* territorial y a limitar sus ventas de armas a los bandos beligerantes. Esta declaración sirvió como pretexto a Estados Unidos para aplicar un embargo a la venta de armas a Israel, mientras que en 1951 Washington instalaba su primera base militar en la región en Dhahran, una localidad de Arabia Saudí, país firmemente opuesto a Israel.

En 1956 la operación tripartita organizada por Francia, Gran Bretaña e Israel contra el Egipto del coronel Nasser, que acababa de nacionalizar el canal de Suez, se estrelló contra la amenaza conjunta de Moscú y Washington. Sin embargo, Estados Unidos se aproximó a Israel en 1958, año marcado por

la llegada al poder en Bagdad del Baas, partido decididamente hostil a Estados Unidos, y por un cambio de régimen en Francia, país que, en aquella época, era el principal apoyo político y militar de Israel. El cambio de régimen en Irak condenó el Pacto de Bagdad, que habían formado en 1955 Gran Bretaña, Pakistán, Turquía, Irán e Irak para frenar la expansión de la URSS por su flanco sur, y subrayó la fragilidad de los regímenes árabes. Israel, el único Estado democrático de la región, parecía un aliado mucho más firme y seguro. En 1962 Washington levantó el embargo sobre la ventas de armas al Estado hebreo. Esta decisión habría podido desencadenar la hostilidad de los aliados árabes de Estados Unidos, pero la guerra fría se encontraba en su momento álgido y el conservadurismo de las monarquías del Golfo y del rey Hussein de Jordania superaba a su antisionismo, permitiendo a Estados Unidos conciliar su nueva alianza con sus antiguas amistades árabes.

Sin embargo, la victoria israelí de 1967 atizó los rencores frente a Estados Unidos, acusado de haber permitido a su aliado emprender esa aventura militar. El chantaje petrolero árabe, consecuencia del fracaso de la ofensiva antiisraelí de 1973, convenció a Washington de que debía ejercer toda su influencia para intentar resolver el conflicto árabe-israelí. La obstinación del mediador norteamericano Henry Kissinger y del presidente Carter conduciría en 1979 a la firma de los acuerdos de Camp David y a la paz entre Israel y el Egipto del presidente Sadat. Esta paz por separado, condenada por el resto del mundo árabe, eliminó la amenaza de

una nueva ofensiva antisionista, necesariamente abocada al fracaso teniendo en cuenta la capitulación egipcia.

Estados Unidos pareció contentarse durante mucho tiempo con este *statu quo*. Washigton se negó a mantener un diálogo con la OLP, a la que acusaba de terrorismo, y apoyó, casi incondicionalmente, a Israel durante todos los años ochenta, especialmente con motivo de sus campañas en el Líbano, que sin embargo fueron fuertemente contestadas en el seno de la comunidad judía norteamericana e incluso en Israel. La guerra del Golfo permitió nuevos avances. Desde el punto de vista de Estados Unidos se había producido una situación excepcional que había conducido a Israel a encontrarse al lado de la mayoría de los Estados árabes contra un enemigo común, Irak. Washington, que, para evitar acusaciones de aplicar un doble rasero, había condenado por primera vez a Israel en la ONU durante la crisis del Golfo, obligó al Estado hebreo a sentarse en una mesa de negociaciones en la conferencia in-

ternacional organizada en Madrid en 1991. Paralelamente, el gobierno norteamericano condicionó la concesión de créditos a Israel a la interrupción de los asentamientos de colonos judíos en los territorios ocupados a partir de 1967. En 1992 esta presión fue determinante para la elección de una mayoría laborista más susceptible de aceptar una solución de compromiso que la derecha que hasta entonces había detentado el poder en Israel.

Estados Unidos propuso los acuerdos de Oslo, firmados con gran pompa en Washington por el líder palestino Yaser Arafat y por el primer ministro israelí Isaac Rabin bajo los auspicios del presidente Clinton. Patrocinador del proceso de paz, Bill Clinton se sintió sin embargo decepcionado por la vuelta al poder en 1996 de la derecha israelí, lo que supuso un paso atrás en la solución del conflicto. Muy pronto las relaciones entre ambos países quedaron sensiblemente afectadas. Sin embargo, para la opinión pública del mundo árabe Estados Unidos seguía firmemente asociado a Israel y en las manifestaciones se quemaban juntas la bandera israelí y la norteamericana.

Guerra fría y guerra santa

Desde 1945 la prioridad de la política norteamericana en la región fue frenar el avance soviético hacia el sur. En 1947 el presidente Truman declaró que su país estaba dispuesto a tomar el relevo de Gran Bretaña, y en 1952 Turquía se integró en la OTAN. Esta política, continuada por Eisenhower con el derrocamiento del régimen iraní de Mossadegh en 1953, provocó en 1955 la firma del Pacto de Bagdad. Bajo la égida anglonorteamericana, los regímenes pro occidentales de la región se aproximaron unos a otros para formar un cordón en torno a las fronteras meridionales de la URSS.

El año 1956 representó un auténtico punto de inflexión para Estados Unidos. El desastre político de la expedición de Suez incitó a los británicos a retirarse progresivamente, cediendo a Estados Unidos la tutela moral sobre los Estados árabes moderados. Esta expedición bélica abortada consiguió igualmente acercar a Egipto a la URSS, provocando la aparición de un bloque neutral en proceso de constitución entre Egipto, Siria, Arabia Saudí y Jordania. En 1957 el presidente Eisenhower, que había prometido su ayuda a «cualquier país de la región que quiera prevenir una agresión o una subversión», decidió lanzar una intervención en el Líbano, donde el presidente Chamoun estaba amenazado por una insurrección. Por el contrario, la revolución iraquí de 1958 pilló por sorpresa a Estados Unidos. Desde entonces, y después de que saltara por los aires el Pacto de Bagdad, los americanos tuvieron que contentarse con una posición defensiva.

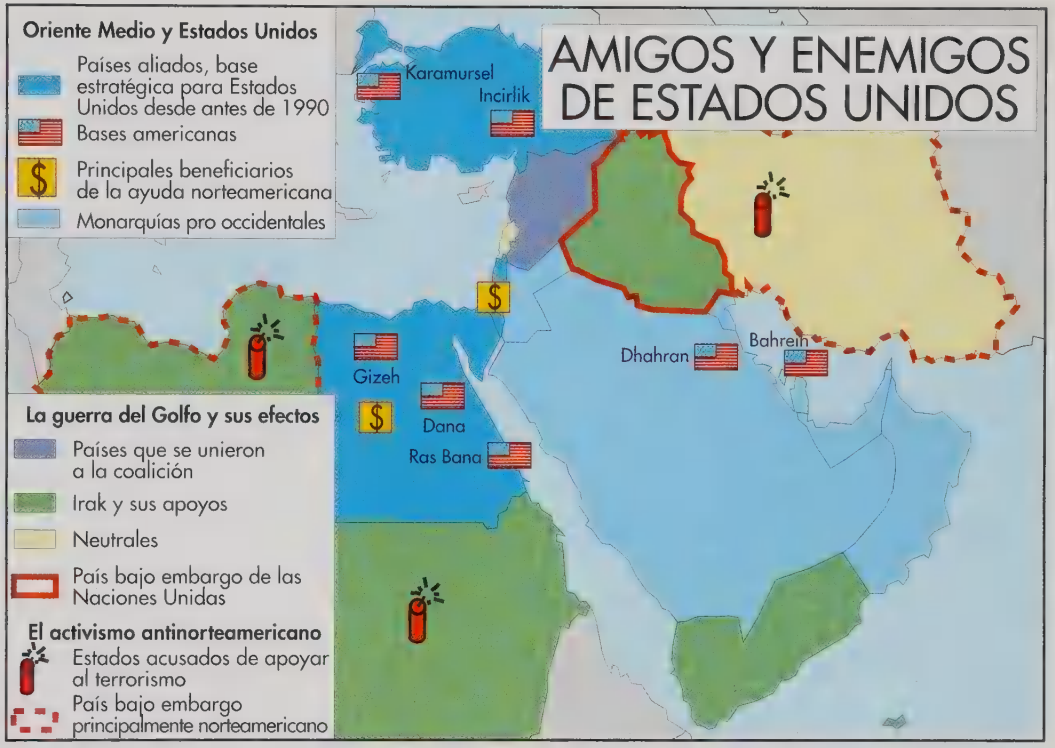
La URSS fue afirmando progresivamente su influencia sobre los tres países históricamente más importantes del mundo árabe, Egipto, Irak y Siria, donde el partido Baas se hizo con el poder en 1963. El apoyo que dieron a Israel durante la guerra de 1967 redujo todavía más la capacidad de los norteamericanos para influir sobre el curso de los acontecimientos en el mundo árabe. Argelia se aproximó también a la URSS, mientras que Yemen del Sur, de donde se expulsó a los británicos en 1967, se convertía en un país comunista. En 1969 el coronel Gadafi tomó el poder en Libia e hizo salir a su país de la órbita occidental. La única nación que se aproximó a Estados Unidos durante esta época fue Sudán, donde el presidente Nemeyri escaparía por los pelos en 1971 de un golpe de Estado comunista finalmente abortado.

El basculamiento de Egipto hacia el bando occidental en 1977 restauraría el equilibrio este-oeste en el mundo árabe. Sin embargo, en 1979, la invasión de Afganistán por los soviéticos, primera conquista del ejército rojo tras la segunda guerra mundial, y el derrocamiento del régimen del sah en Irán, considerado el «gendarme del Golfo», representaron dos golpes de gran alcance. A través de Pakistán, Estados Unidos apoyó activamente a los rebeldes afganos opuestos a Moscú, y el hundimiento del ejército rojo desplegado en Afganistán fue una de las causas del desmoronamiento de la URSS en 1991. El advenimiento de una república islámica en Irán, régimen hasta entonces inédito, plantearía un problema más complejo para Estados Unidos. El fracaso de la marcha forzosa hacia la modernidad que el sah había intentado imponer al país se volvió en contra de Estados Unidos, modelo y tutor del régimen derrocado. El asalto de «estudiantes islamistas» contra la embajada norteamericana en Teherán (1979) y la consiguiente toma como rehenes de sesenta diplomáticos representó para Estados Unidos una humillación sin precedentes, tanto más cuando el comando norteamericano encargado de liberarlos

fracasó lamentablemente en el desierto iraní en abril de 1980. El régimen islámico se negó a cualquier tipo de compromiso con la URSS, pero, según su fraseología, Estados Unidos se había convertido en el «gran Satán», la potencia opresora a combatir. La revolución iraní invirtió las prioridades norteamericanas: con la URSS ya muy debilitada, lo que se trataba sobre todo era de oponerse a un país que pretendía exportar su revolución al conjunto de la región.

Animado por la posibilidad de aniquilar el régimen iraní, Estados Unidos, seguido por los restantes países occidentales, se unió a la URSS, inquieta ante el peligro de propagación de la oleada islamista en el Asia soviética, para apoyar a Irak en la guerra que este país desencadenó en 1980 contra Irán. Sin embargo, y desconfiando del panarabismo del dirigente iraquí Sadam Hussein, los norteamericanos decidieron armar disimuladamente a los iraníes con la esperanza de que los dos enemigos terminarían asfixiándose mutuamente. Este escándalo, conocido con el nombre de *Irangate*, salpicó a toda la administración Reagan, pero la guerra duró ocho años.

Paralelamente, Estados Unidos se compromete a luchar firmemente contra el terrorismo en Oriente Medio, utilizado por numerosos Estados de la región como forma de presión frente a Occidente. De este modo, las fuerzas norteamericanas enviadas por la ONU al Líbano durante la guerra civil se vieron obligadas en 1983 a abandonar el país como consecuencia del bombardeo de sus instalaciones. En abril de 1986 la aviación norteamericana bombardeó Libia, acusada



de haber fomentado numerosos atentados antiamericanos en Europa, y estuvo a punto de acabar con la vida del coronel Gadafi. Washington publica todos los años una lista de Estados acusados de apoyar el terrorismo, entre los cuales suelen figurar, dependiendo de los años, Irán, Libia, Siria, Sudán e Irak. En esta lista no ha aparecido jamás ningún Estado de otra región del mundo. Las acciones militares norteamericanas precedieron a una intensa actividad diplomática que condujo a un embargo parcial contra Libia en 1992. Por otro lado, se adoptaron medidas legislativas, en particular la ley d'Amato, que sancionaba a las empresas que comerciasen con Irán.

A pesar de su firme oposición a Irán, Estados Unidos mantiene una posición ambigua respecto a numerosos movimientos islamistas. Aparte de su apoyo a los mujaidines de Afganistán, convertidos en combatientes por la libertad contra el régimen soviético, llevan mucho tiempo permitiendo a Arabia Saudí (en la que el carácter teocrático del

régimen es comparable al de Irán) financiar la mayoría de los movimientos integristas sunitas del mundo árabe y frente al FIS argelino ha adoptado una posición conciliadora a la que desde hace tiempo se opone Francia.

Esta última postura se interpreta a veces en París como una voluntad de inmiscuirse en el Magreb, la única región del mundo árabe en la que Washington no domina la situación. De hecho, tras la desaparición de la URSS de la región hacia 1985, Estados Unidos ha encontrado muy pocas resistencias en Oriente Medio. La invasión de Kuwait por el Irak de Sadam Hussein en 1990, por ejemplo, no estuvo motivada por ningún sentimiento antiamericano. De hecho, el comportamiento de Washington durante las semanas que precedieron al conflicto fue muy ambiguo, hasta el punto de que el embajador norteamericano en Bagdad llegó a declarar a propósito de Kuwait que Estados Unidos no tenía «opinión alguna sobre las diferencias entre las naciones árabes». ¿Interpretó Sadam Hussein esa declaración como un «cheque en blanco» que le hizo subestimar la capacidad de reacción de Estados Unidos? Resulta difícil responder a esta pregunta, pero en cualquier caso los norteamericanos han sido los mayores beneficiarios del conflicto. El turbulento régimen de Sadam Hussein ha terminado en el banquillo de los acusados ante la comunidad internacional y las fuerzas norteamericanas se han establecido de manera duradera en la región del Golfo. Washington ha recuperado la iniciativa en el juego diplomático local y ha insuflado vida al poder coercitivo de la ONU, y todo sin desembolsar ni un céntimo, ya que el coste del conflicto lo financiaron íntegramente sus aliados.

La duración del embargo, que en 1999, ocho años después del fin del conflicto, atenaza todavía a la población iraquí, contrasta con la actitud conciliadora que ha adoptado Estados Unidos respecto a la toma de control del Líbano por parte de Siria, cuyo régimen es todavía menos democrático que el de Irak, pero que ha demostrado ser un valioso aliado durante la guerra del Golfo y continúa siendo una pieza maestra en las negociaciones entre árabes e israelíes. El relanzamiento del proceso de paz sigue siendo una condición necesaria (pero sin duda alguna no suficiente) para el mantenimiento a largo plazo de la hegemonía norteamericana en la región.

LA GUERRA DE PALABRAS: DECLARACIONES DE GEORGES BUSH Y SADAM HUSSEIN DURANTE LA GUERRA DEL GOLFO

	George Bush		Sadam Hussein
2/8/90	*No hay lugar en el mundo de hoy día para una agresión tan bárbara.*	5/8/90	*Hemos puesto fin a la división colonial.*
5/8/90	*Irak ha mentido de nuevo, sus dirigentes son forajidos y renegados.*	17/8/90	*Los kuwaitíes son iraquíes desde hace siglos. Si estalla la guerra enviaremos a su país a miles de norteamericanos en sus ataúdes.*
3/9/90	*No será posible el orden internacional si los Estados más grandes pueden engullir a los más pequeños. Debemos demostrar que la agresión no es rentable.*	24/9/90	*Si Irak es atacado su plan estratégico consiste en destruir todos los pozos de petróleo de la región. El objetivo final es el de liberar Palestina.*
3/10/90	*La retirada incondicional de Kuwait favorecerá la posibilidad de resolver el problema entre Israel y los países árabes.*	19/12/90	*Los que reclaman la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad deberían resolver primero la cuestión palestina, que espera desde hace 23 años.*
20/11/90	*No podemos permitir que un tirano utilice amenazas económicas.*	21/1/91	*El que acepte diez mil muertos conseguirá la victoria.*
17/1/91	*No es Irak contra Estados Unidos, sino contra el mundo entero.*	24/1/91	*La «Madre de todas las batallas» dará su fruto. Para los creyentes será un honor combatir.*
24/1/91	*Hay momentos en la vida en los que merece la pena batirse por defender los valores esenciales. Ha llegado uno de esos momentos.*		

LA LLAMADA DEL PACÍFICO

Los inicios del imperialismo americano en el Pacífico se presentan con frecuencia como una ruptura con la actitud aislacionista del siglo XIX. O, según algunos historiadores, el expansionismo de Estados Unidos no sería más que la prolongación extracontinental de la conquista del oeste. En 1845 el publicista John O'Sullivan había anunciado bajo la fórmula *Manifest Destiny* la vocación de la nación norteamericana de extenderse por todo el continente. La culminación del ferrocarril transcontinental de 1869 habría podido poner fin a esta «misión». En cualquier caso, el espíritu mesiánico norteamericano supera el marco estrictamente continental. La creación de un imperio colonial en el Pacífico no fue sino la continuación de este impulso pionero en ultramar.

El evangelio de un nuevo «Manifest Destiny»

Basándose en una interpretación expansiva de la doctrina Monroe, y tomando como pretexto la defensa de sus intereses comerciales, a mediados del siglo XIX el gobierno federal de Estados Unidos emprendió la construcción de un auténtico imperio. En 1854 la expedición del comodoro Perry a Japón constituyó la primera intervención estadounidense en el Pacífico. La compra de Alaska a Rusia en 1867 demostraría tener una importancia fundamental y dio a Estados Unidos su primera posición estratégica en la región.

Entre 1867 y 1898 la tendencia expansionista se mantuvo sin dar resultados espectaculares. Hubo que esperar a la presidencia de McKinley (1897-1901) para que se iniciara la auténtica fase de conquista del Pacífico. El año 1898 representó un hito decisivo en la historia norteamericana. En doce meses se produjo una verdadera sucesión de anexiones: Hawai, las islas Wake, las islas Midway, las islas Johnston, las islas Samoa y los restos del imperio español, en particular Filipinas. McKinley declaraba actuar «en nombre de la humanidad» para justificar semejante oleada imperialista. La expansión en el Pacífico se convirtió en una salida para los problemas internos del país.

Al mismo tiempo, numerosos observadores, incluso en Estados Unidos, criticaban el tono paternalista empleado para justificar la expansión, una actitud que les parecía hipócrita, además de una traición a los valores norteamericanos. Aunque poco numerosos, estos adversarios de la corriente imperialista se hicieron oír en todo el país y atrajeron a numerosas personalidades de primera fila del mundo de la política, la universidad, las letras y las artes, así como de los negocios. La corriente abarcaba a bastantes escritores, como Mark Twain y William Dean Howells, a políticos como William Jennings Bryant y el senador George Hoar, e incluso a empresarios como Andrew Carnegie. Pero, a pesar de todo, el imperialismo norteamericano siguió realizando avances considerables.

A diferencia de los países europeos de finales del siglo XIX, Estados Unidos no emprendió nunca luchas coloniales en África ni en Oriente Próximo. Por otro lado, en el Pacífico, sus intereses comerciales y estratégicos corrían el peligro de chocar con los de sus rivales europeos. A partir de 1890, y a pesar de tener un poder todavía limitado, Estados Unidos comenzó a adoptar iniciativas para defender sus intereses en Asia: un mercado libre y abierto a todos y un imperio chino cristianizado principalmente por misioneros norteamericanos. En 1899 el secretario de Estado norteamericano John Hay exigiría a las distintas potencias con intereses en China que se adhiriesen al principio de «puertas abiertas»; es decir, seguridad del libre acceso comercial para todos los países. Esta política nacía del sueño de que el inmenso mercado chino permitiría funcionar a las fábricas norteamericanas durante decenas de años.

Partidario de la «política del gran bastón», Theodore Roosevelt retomó la estrategia imperialista de McKinley. Con el fin de controlar mejor el acceso al Pacífico firmó con Canadá en 1903 el tratado que otorgaba a Estados Unidos el control del canal interoceánico en construcción, que fue inaugurado en 1914. Se comprometió igualmente en un esfuerzo de construcción naval considerable, que permitió a la marina de guerra norteamericana convertirse en la tercera del mundo en 1905 y la segunda en 1907.

La retórica norteamericana de expansión y del *Manifest Destiny* no tardó en asumir jus-

tificaciones racistas. Inspirándose en Rudyard Kipling, el gobierno evocaría la «carga del hombre blanco» o las responsabilidades de la raza blanca con respecto a los pueblos eufemísticamente llamados «de color». Los misioneros, en su mayoría mujeres, propagaron también de modo bastante patriotero la cultura y los valores norteamericanos en toda Asia. Josiah Strong, misionero congregacionalista, publicó en 1885 *Our Country* (Nuestro país), obra en la que explicaba que Dios había confiado a los anglosajones la tarea de regenerar el mundo. Aunque este libro tuvo bastante éxito, la mayoría de los norteamericanos de la época manifestaban muy poco interés por el extranjero.

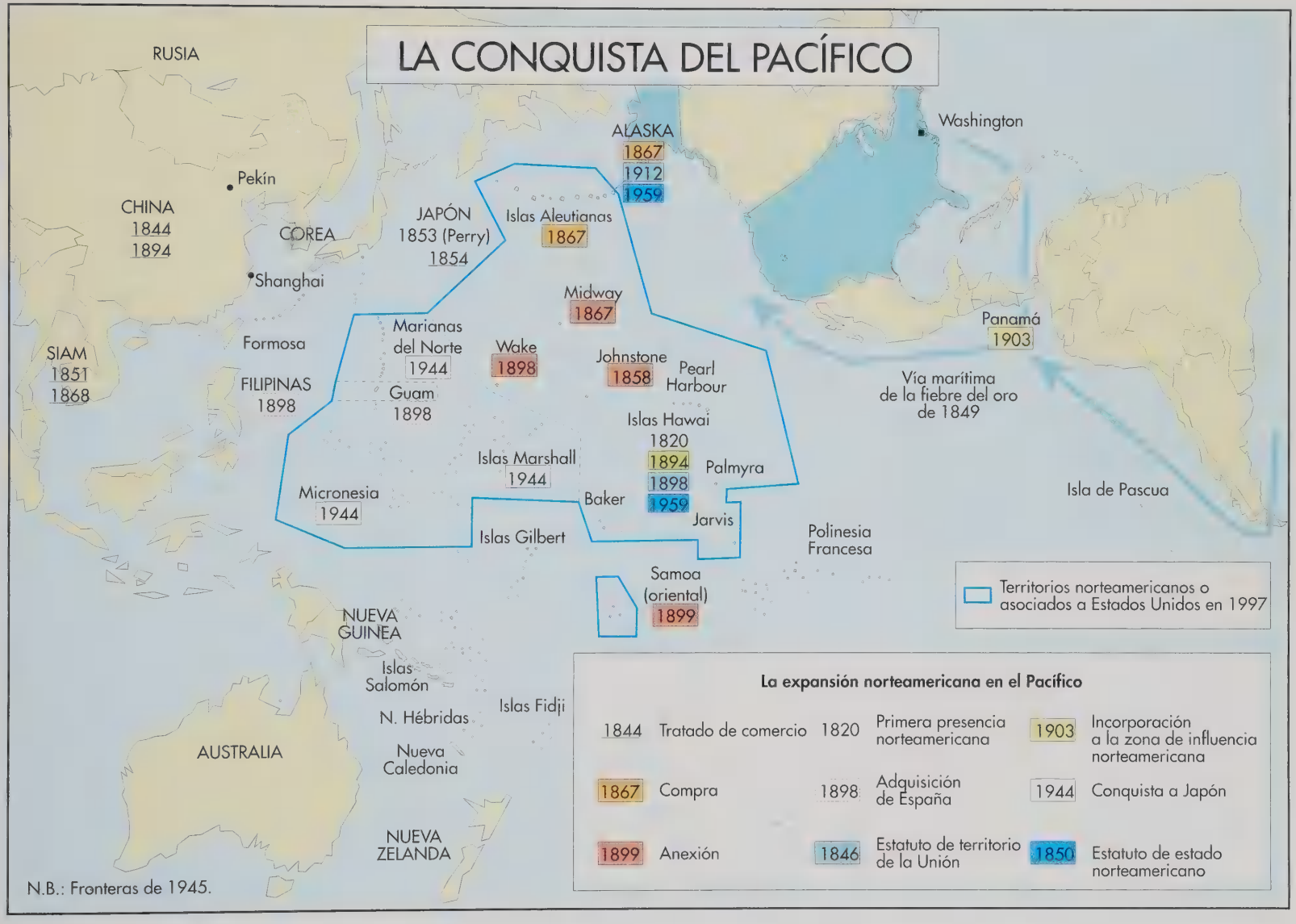
A partir de la elección de Woodrow Wilson para la presidencia de Estados Unidos el impulso imperialista pareció atenuarse, sin por ello desaparecer del todo. Wilson, en sus famosos Catorce Puntos, situó la democracia y el derecho de autodeterminación de los pueblos en primer plano de la diplomacia. Su sucesor, Warren G. Harding (1921-1923), fue el promotor de la política denominada *America First* (América primero), que se tradujo en un relativo desinterés de los norteamericanos por las aventuras imperiales, y sobre todo por cualquier tipo de «misión civilizadora».

Paralelamente, las relaciones norteamericano-japonesas no dejaron de degradarse a partir de 1924, sobre todo con la aprobación del *Johnson Act*, que prohibía toda inmigración de Japón a Estados Unidos. En el plano diplomático los norteamericanos se mostraron mucho más vacilantes y se contentaron con una «condena moral» de la ocupación japonesa de Shanghai en 1932. El secretario de Estado de la época, Henry Stimson, enfrentado a una opinión pública pacifista y sin más tropas en el Pacífico que una marina de guerra bastante débil, no tenía otra opción. Aunque internacionalista por convicción, Franklin Roosevelt no basó su campaña electoral de 1932 en una política exterior demasiado comprometida: se trataba sobre todo de combatir la grave crisis económica por la que atravesaba el país. El agravamiento de los problemas en el Pacífico (la creación del protectorado japonés de Manchukuo en China y el fracaso de los acuerdos de limitación naval) inquietaron notablemente a Roosevelt, pero la opinión pública seguía interesándose muy poco por los asuntos extranjeros, como demostraron las leyes de neutralidad de 1935, 1936 y 1937. Es innegable que las atrocidades cometidas por Japón, como el bombardeo a ciegas de Shanghai, contribuyeron a hacer bascular la opinión pública hacia el bando antijaponés. Sin embargo, Estados Unidos seguía sumido en una actitud más bien aislacionista cuando se produjo el ataque japonés a Pearl Harbour, que les pilló desprevenidos.

El efecto de la segunda guerra mundial

La segunda guerra mundial, y sobre todo el frente del Pacífico, hizo resurgir las corrientes xenófobas en la sociedad norteamericana. De hecho, las restricciones a la inmigración proveniente de Asia existían desde hacía bastante tiempo. En 1882 el Congreso federal había aprobado una prohibición de la inmigración china durante un periodo de diez años. En 1921 se aprobó una nueva ley en ese mismo sentido y de duración indeterminada, que no fue abolida hasta 1943. Para colmo, entre 1906 y 1907 las relaciones con Japón se habían deteriorado a causa de la oleada xenófoba desencadenada en California contra la inmigración de «orientales», cortada de raíz en 1924. Se produjo por otra parte de «guetización» de los inmigrantes asiáticos, con el asentamiento de chinos y japoneses en los barrios étnicos de Chinatown y Japantown. Desde el inicio de la guerra del Pacífico, en toda la costa oeste se crearon «centros de realojamiento» o, dicho de manera más prosaica, campos de internamiento forzoso. De los 120.000 norteamericanos de origen japonés retenidos contra su voluntad en esos campos, 77.000 eran «nisei» (nacidos en suelo norteamericano). Su encarcelación no tuvo más justificación que su origen étnico. Hubo que esperar hasta 1988; es decir, cuarenta y tres años después del fin de la guerra, para que los supervivientes recibieran excusas públicas del Congreso norteamericano, que fijó una indemnización de 20.000 dólares para cada una de las víctimas.

Los soldados norteamericanos estuvieron sometidos en el Pacífico a condiciones más duras que en Europa: alejamiento cultural, combates cuerpo a cuerpo en la jungla, ataques de aviones kamikazes japoneses, condiciones inhumanas para los prisioneros de guerra, etc. En este contexto, la decisión de utilizar la bomba atómica con el objetivo de salvar la vida de centenares de miles de soldados y evitar una prolongación del conflicto parecía prácticamente inevitable. No obstante, los bombardeos de Hiroshima el 6 de


LA CONQUISTA DEL PACÍFICO
RUSIA
Pekín
CHINA
1844
1894
COREA
Shanghai
JAPÓN
1853 (Perry)
1854
Islas Aleutianas
1867
ALASKA
1867
1912
1959
Washington
Midway
1867
Panamá
1903
Vía marítima
de la fiebre del oro
de 1849
Marianas
del Norte
1944
Wake
1898
Johnstone
1858
Pearl
Harbour
Formosa
SIAM
1851
1868
FILIPINAS
1898
Guam
1898
Islas Hawai
1820
1894
1898
1959
Palmyra
Islas Marshall
1944
Micronesia
1944
Baker
Jarvis
Islas Gilbert
Isla de Pascua
Polinesia
Francesa
Samoa
(oriental)
1899
Territorios norteamericanos o
asociados a Estados Unidos en 1997
NUEVA
GUINEA
Islas
Salomón
Islas Fidji
N. Hébridas
AUSTRALIA
Nueva
Caledonia
NUEVA
ZELANDA
La expansión norteamericana en el Pacífico
1844 Tratado de comercio
1820 Primera presencia norteamericana
1903 Incorporación a la zona de influencia norteamericana
1867 Compra
1898 Adquisición de España
1944 Conquista a Japón
1899 Anexión
1846 Estatuto de territorio de la Unión
1850 Estatuto de estado norteamericano
N.B.: Fronteras de 1945.

PEARL HARBOUR

En un contexto de vivas tensiones con Estados Unidos, Japón se alió con Alemania e Italia mediante la firma, el 27 de septiembre de 1940, del llamado pacto tripartito. Aun negándose a cualquier concesión importante a Japón (en 1940 prohibió la exportación a dicho país de hierro y acero), Roosevelt concedió mayor atención a la guerra en Europa que a los conflictos en el Pacífico.

Sin embargo, a partir de julio de 1941, un nuevo gobierno japonés dirigido por el príncipe Konoye, con el belicista general Tojo como ministro de guerra, adoptó una línea radical. Siguiendo la idea del almirante Yamamoto, comandante en jefe de la flota, Japón decidió atacar la base militar norteamericana de Pearl Harbour, situada en el centro del archipiélago de Hawai. El ataque aéreo asestó un mortífero golpe a la flota estadounidense en el Pacífico: 18 acorazados hundidos o gravemente dañados, así como tres cruceros, tres destructores y cuatro navíos auxiliares; 138 aviones destruidos, 2.403 soldados muertos y 1.200 heridos. Simultáneamente, los japoneses lanzaron ataques contra Filipinas, la isla de Guam y el archipiélago de Midway. El día siguiente, el 8 de diciembre, el Congreso, convocado por Roosevelt, votó la declaración de guerra con un solo voto en contra.

agosto de 1945 y de Nagasaki el 9 de agosto se produjeron en un ambiente de odio exacerbado a los japoneses que contrasta con la actitud benevolente de los americanos hacia el país después de su derrota.

Tras la ocupación de Japón, el general McArthur recibió plenos poderes. Supervisó la redacción de una nueva Constitución, en gran medida inspirada por la de Estados Unidos, que entró en vigor el 3 de mayo de 1947. Aunque el emperador siguió siendo el símbolo del Estado, fue totalmente despojado de sus poderes. McArthur logró poner los fundamentos de una sociedad próspera y pacífica imponiendo una presencia fuerte, pero al mismo tiempo respetuosa con las tradiciones japonesas.

La guerra fría y el «lago norteamericano»

En China, a pesar de los 3.000 millones de dólares que Estados Unidos «donó» a los nacionalistas de Chiang Kai-chek entre 1945 y 1949, la victoria de los comunistas de Mao Zedong fue total y el 1 de octubre de 1949 se proclamó la República Popular. Washington lamentó profundamente el curso de los acontecimientos y se negó a reconocer al nuevo régimen. La política norteamericana en la región entró pues en una especie de versión ampliada del *containment* o la contención. Estados Unidos consideraba que el gobierno nacionalista establecido en Taiwan era el único legítimo, y en este marco se elevó a Japón al rango de aliado privilegiado en el Pacífico. Japón recuperó gracias al Tratado de San Francisco (8 de septiembre de 1951) su soberanía y el derecho a asumir su «autodefensa», pero las tropas norteamericanas siguieron instaladas en el archipiélago.

La política de contención se puso por primera vez a prueba en 1950 en Asia con la guerra de Corea, primera manifestación de la tensión entre los dos bandos en la región. Aunque la evolución de la guerra no fue decisiva, la gran firmeza que demostró Truman durante la misma convenció a la URSS del grado de determinación de Estados Unidos. Por otro lado, el armisticio firmado en 1953 pesaría mucho sobre las relaciones chino-norteamericanas.

El tratado por el que se creaba la OTASE (Organización del Tratado del Sudeste Asiático), ya dentro de la nueva política asiática de Washington, asociaría en 1954 a Estados Unidos con Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda, a las que luego se sumarían Tailandia, Filipinas y Pakistán, para dificultar «la expansión del comunismo». Pero esta organización, una suerte de OTAN asiática, se probó bastante ineficaz. A falta de intereses comunes entre los países firmantes, la OTASE se disolvió en 1977.

El 7 de abril de 1954 el presidente Eisenhower expresó en una conferencia de prensa su temor a que el comunismo se extendiese por todo el sureste asiático por efecto de lo que llamó «efecto dominó». En marzo de 1965 esta inquietud se tradujo en el despliegue de tropas americanas en Vietnam: 23.000 hombres en un principio, 267.000 hacia mediados de 1966 y 542.000 en 1969. La guerra de Vietnam dividió profundamente al país y suscitó en 1965 la aparición de un movimiento de desobediencia civil de gran envergadura contra el reclutamiento forzoso. Contribuyó además a disminuir notablemente el prestigio internacional de Norteamérica. El trauma de esta guerra, la más larga de toda la historia de Estados Unidos, se conoce con frecuencia con la expresión «síndrome de Vietnam». En total, el conflicto le costó la vida a más de 1.300.000 personas, de ellas 57.000 soldados norteamericanos, entre 300.000 y 400.000 civiles survietnamitas, 200.000 soldados survietnamitas y 500.000 soldados comunistas.

La tragedia vietnamita y la oleada de protestas a la que dio lugar sembraron dudas en el espíritu de una nación hasta entonces se-

gura de su destino. Sin embargo, la presencia militar en la región se intensificó con el estacionamiento de fuertes contingentes de tropas en Japón, Corea del Norte y Filipinas, y con el refuerzo de la Séptima Flota. Por otra parte, y a pesar de la visita del presidente Nixon a China en 1972, hubo que esperar hasta 1979 para que se establecieran relaciones diplomáticas entre ambos países. Paradójicamente, parece como si el fin de la guerra fría y el desmoronamiento de la Unión Soviética no hayan servido más que para exacerbar las tensiones entre Estados Unidos y China, sobre todo en el plano económico, aunque ambos países eviten enfrentarse de manera demasiado brutal.

Una importante apuesta económica

La expansión de las economías asiáticas, después de la de Japón durante los años cincuenta, le debe mucho a la apertura del mercado norteamericano. Los intercambios norteamericanos con Asia sobrepasaron por primera vez los mantenidos con Europa en 1982; en 1997, eran ya superiores al 80 % del total. Este compromiso económico de Estados Unidos en la región del Pacífico se manifiesta cada vez más en el marco de acuerdos regionales, y sobre todo los de la APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico). Lanzada por Australia en 1989, la APEC está muy influenciada por Estados Unidos, que desea conservar su liderazgo en la región asiática del Pacífico. Por otro lado, el primer encuentro de países de la APEC tuvo lugar en su territorio, concretamente en la ciudad de Seattle, en noviembre de 1993.

Aunque Asia no representa más que el 12 % de las inversiones norteamericanas, entre 1980 y 1990 ha sido en ese continente donde se ha producido la mayor tasa de crecimiento comercial. Japón es hoy además el segundo inversor extranjero en Estados Unidos, después del Reino Unido, con el 21 % de las inversiones totales.

Coincidiendo con la aparente desaparición de la guerra fría, y a pesar de las dificultades con las que se encuentra desde hace algunos años, Estados Unidos considera a Japón su rival más peligroso, pero también su interlocutor más importante. El incremento acelerado del déficit comercial con Japón (que en 1996 representaba el 53 % del déficit comercial total) ha incitado a numerosos norteamericanos a interrogarse sobre las «prácticas desleales» de otros países. Desde mediados de los años noventa es sobre todo China, país con el que Estados Unidos mantienen su segundo déficit comercial más importante, donde se han concentrado las críticas.

A pesar de estos ataques, numerosos expertos piensan que la economía norteamericana depende de la evolución de los intercambios comerciales con el Pacífico. Por otro lado, Washington se ha comprometido firmemente a apoyar las economías tailandesa y coreana, amenazadas desde 1997 por una grave crisis. Sin embargo parece que, en la lucha por conquistar los «mercados emergentes» de Asia, Estados Unidos ha empezado a ceder el dominio a otras potencias regionales, sobre todo a Japón. Malaisia ofrece

FILIPINAS

Por el Tratado de París del 10 diciembre de 1898 España tuvo que ceder Filipinas a Estados Unidos a cambio de una indemnización, pero el jefe del movimiento independentista filipino, Emilio Aguinaldo, que proclamó la República filipina en 1899, continuó la guerra contra los norteamericanos hasta 1901. La represión de la insurrección, extremadamente mortífera, duró tres años y costó la vida a más de 200.000 filipinos y 5.000 soldados norteamericanos.

Entre 1898 y 1946, Filipinas permaneció bajo el dominio de Estados Unidos y se declaró el inglés idioma oficial de las islas. El *Jones Act* de 1916 reconocía sin embargo su derecho a un gobierno autónomo. Mediante la votación del *Tyding-McDjuffy Act*, el Congreso norteamericano autorizó el 24 de marzo de 1934 la creación de una Commonwealth de Filipinas, destinada a conquistar su independencia al cabo de diez años. Cuando se produjo la ocupación japonesa del archipiélago en 1941, el presidente Quezón y su gobierno se exilaron a Estados Unidos. En 1943, Quezón obtuvo de Roosevelt el compromiso de que Filipinas sería independiente tras la marcha de los japoneses. McArthur dirigió la reconquista del archipiélago entre octubre de 1944 y julio de 1945. El 4 de julio de 1946 Filipinas obtuvo la plena soberanía.

Sin embargo, Estados Unidos se esforzó por conservar sus intereses en el archipiélago mediante acuerdos especiales como el *Bell Trade Act* de 1946. Igualmente, los ciudadanos norteamericanos se beneficiaban de privilegios negados a otros extranjeros por la Constitución filipina. En virtud del acuerdo firmado en 1947, los americanos obtuvieron una concesión de 90 años que les permitía instalar bases militares en Filipinas, pero este acuerdo fue roto por el Senado filipino el 9 de septiembre de 1991 y, en 1994, Estados Unidos tuvo que devolver la base aérea de Clark y la base naval de Subic Bay. Esta evolución de los acontecimientos manifiesta la cada vez mayor independencia del Estado filipino (sobre todo después de la caída del dictador pro americano Marcos en 1985), aunque las relaciones entre los dos países, especialmente las de carácter comercial, siguen siendo muy estrechas.

un buen ejemplo de esta transformación. Hasta fechas muy recientes, los intercambios comerciales del país se dividían equitativamente entre Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. En 1997 los intercambios con Japón representaban la mitad del total, y con Estados Unidos sólo una quinta parte. Por otro lado, Malaisia se encuentra a la cabeza de un movimiento de vocación panasiática, la EAEC (Comité Económico de Asia del Este), del que se verían excluidos los países «blancos» a orillas del Pacífico, como Estados Unidos o Australia.

Aunque estimulado por Washington, el bloque regional de la ASEAN (Asociación de Naciones de Asia del Sureste) se impone cada vez más como un contrapeso a los intereses norteamericanos en la región (los países de la ASEAN realizan entre ellos dos terceras partes de sus intercambios comerciales). A los seis países fundadores de la ASEAN se sumaron en 1997 otros tres, entre ellos Vietnam, todavía uno de los últimos países comunistas, y Birmania, continuamente acusada de violar los derechos humanos. Aunque la voluntad de conquistar esos mercados haya empujado a Estados Unidos a dejar a un lado la dimensión humanitaria y la defensa de los derechos humanos, el gobierno norteamericano apenas ha reaccionado ante esta ampliación. Según la lógica de un «compromiso constructivo» con países como China, se considera que el liberalismo económico y los intercambios comerciales contribuirán a una flexibilización de los regímenes y, a largo plazo, a una liberalización también en el plano político y social. En las relaciones con China y Vietnam (país con el que la normalización completa sólo se produjo el 11 de julio de 1995, veinte años después de la caída de Saigón) las consideraciones económicas se anteponen a la ideología o los principios humanitarios. En materia comercial, los americanos saben alzar la voz como nadie y en febrero de 1995 China tuvo que capitular en el campo de la propiedad intelectual (pirateo de programas informáticos, películas, discos compactos, etc.) frente a la amenaza de sanciones económicas. Además, la decisión de conceder a China o Indonesia la condición de nación favorecida desencadena todos los años vivos debates en Estados Unidos sobre el alejamiento cada vez mayor entre los valores americanos fundamentales y el nuevo pragmatismo de Bill Clinton.

Una incierta comunidad pacífica

El fin de la guerra fría ha generado, con la desaparición del antagonismo EE UU-URSS, un nuevo desequilibrio en Asia oriental. El Pacífico asiático, la región militar más inestable y con mayor presencia militar del globo, tiene ahora como principales actores militares a Estados Unidos, Rusia, China, Corea del Norte y Japón. La cada vez más desquiciada carrera armamentística en la región es un mal augurio para el futuro: entre 1987 y 1997 China ha aumentado sus gastos militares anuales en un 60 %, Malaisia en un 125 %, Singapur en un 100 % y Filipinas en un 50 %.

En Asia la administración norteamericana se enfrenta también a elecciones difíciles. Como consecuencia de las maniobras militares de la marina china en aguas territoriales de Taiwan en marzo de 1996, Washington dio pruebas de firmeza y reiteró su compromiso para con la isla. Bill Clinton, reelegido en 1996 con más dificultades de las previstas, se embarcó inmediatamente en una gira por las capitales asiáticas donde, por una vez, los acuerdos estratégicos cobraron prioridad con respecto a las desavenencias económicas.

Aunque la mayoría de los países asiáticos se quejan del imperialismo norteamericano en sus diferentes formas, parece haberse superado ya el legado colonial de Estados Unidos. Si lo fue alguna vez, el Pacífico ha dejado ya de ser un «lago norteamericano». Por otro lado resulta poco probable que los norteamericanos mantengan sus sueños imperiales. Desde hace bastante tiempo, Estados Unidos ha subrayado su papel de *honest broker* (árbitro honrado) en el Pacífico, vocación a la que conceden siempre una gran importancia.

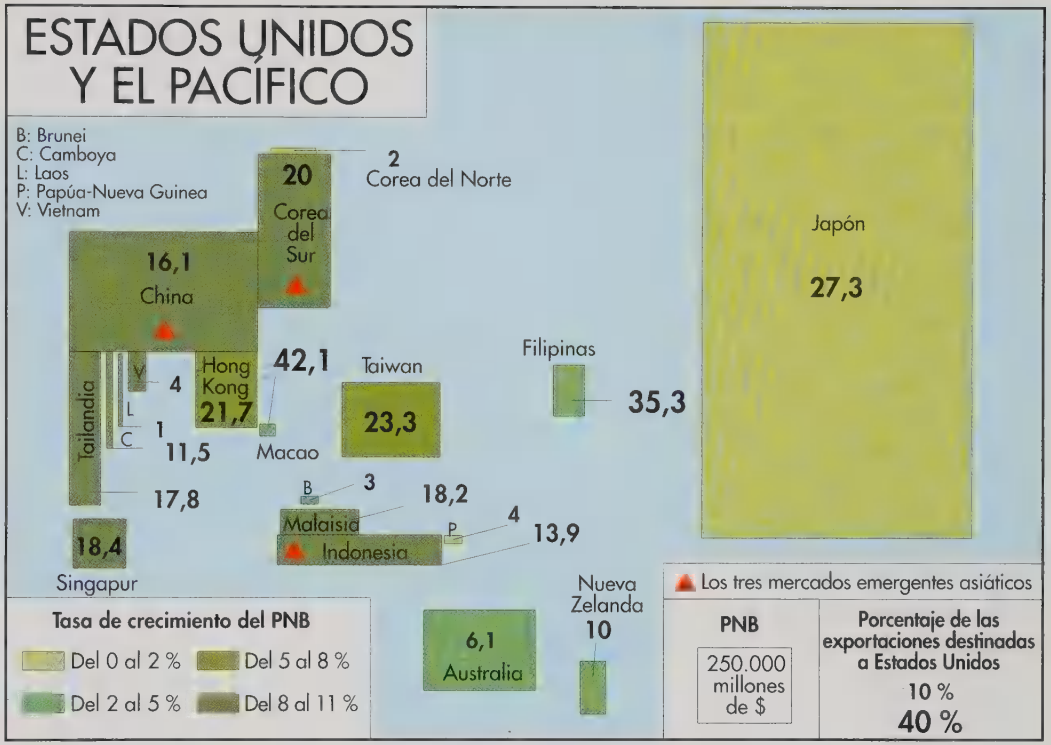
Estados Unidos sigue siendo la primera potencia militar en el Pacífico, pero carece ya de los medios presupuestarios necesarios para mantener su presencia sin importantes contribuciones de Japón o de Corea del Sur. No obstante, este retraimiento americano debe relativizarse. Aunque en 1996 Estados Unidos y Japón se pusieron de acuerdo en la retirada militar de la isla de Okinawa, en el archipiélago siguen estacionados 47.000 soldados norteamericanos. Su presencia es considerada totalmente vital por numerosos países, sobre todo Taiwan, Corea del Sur, Tailandia y Japón. En otros casos, Estados Unidos está ligado a sus socios por tratados bilaterales. Otros muchos países de la región,

en especial Indonesia, Malaisia, Singapur y Filipinas, dependen también de Estados Unidos, sea como protector *de facto* o como parte integrante de un determinado equilibrio de fuerzas.

Las divisiones del mundo chino, del mundo malayo, la especificidad japonesa o la presencia de todas las grandes religiones mundiales no favorecen excesivamente la aparición de una unidad cultural. Por el contrario, el auge de los contactos, a la vez económicos, políticos y culturales, parece crear un nuevo espacio comunitario. No se sabe todavía si esas dos tendencias son conciliables o si demuestran el nacimiento de una auténtica comunidad transpacífica. Parece que el dinamismo económico de la región ha permitido que emerja una nueva forma de integración más profunda, pero menos tangible.

Las influencias culturales, políticas y sociales son recíprocas: americanización de Asia, pero también orientalización de numerosas regiones de Estados Unidos. La influencia política de Norteamérica, y sobre todo la «democratización» de Asia, han dado fruto especialmente en Japón, Corea del Sur, Taiwan, Tailandia y Filipinas. Japón es el país que envía a las universidades norteamericanas el mayor porcentaje de alumnos que cursan sus estudios en el extranjero: 43.770 en 1993; es decir, el 74 % del número total de estudiantes nipones en el extranjero. Incluso China empieza a enviar a Norteamérica a sus alumnos más brillantes: en 1993 había en las facultades estadounidenses alrededor de 82.000 estudiantes chinos.

Por su parte, la sociedad norteamericana



presta cada vez mayor atención a Asia. Lo demuestran las numerosas tesis universitarias dedicadas a Asia, sobre todo en instituciones como el prestigioso East West Institute de Hawai. En 1997 vivían en Estados Unidos 7,4 millones de asiáticos; esto es, el 2,9 % de la población total, pero se espera que en el año 2050 llegue al 10 %. Los asiáticos desempeñan además un papel cada vez más importante en la escena política norteamericana: en 1997, mil doscientos eran cargos electos en 32 estados, dos ocupaban escaños en el Senado y siete en la Cámara Baja. Estas cifras son considerables teniendo en cuenta su escasa importancia numérica y que desde el punto de vista geográfico se encuentran concentrados sobre todo en los estados de California, Hawai y Nueva York.

En cualquier caso, el futuro de las relaciones norteamericanas con Asia sigue siendo incierto. A pesar del renovado atractivo de Asia, los norteamericanos no parecen en absoluto dispuestos a romper sus lazos históricos y afectivos con Europa.

LA PERIFERIA AFRICANA

En la cumbre del G8 celebrada en Denver en 1997 Bill Clinton declaró que África era su prioridad diplomática, «el último desafío del desarrollo y la democratización». Sin embargo, África ha sido tradicionalmente el pariente pobre de la diplomacia norteamericana; aunque una parte importante de la población de Estados Unidos tenga sus orígenes en el África subsahariana, el país no ha seguido nunca una línea política clara y definida con respecto a este continente. Determinadas iniciativas norteamericanas de lucha contra la trata de esclavos desembocaron a lo largo del siglo XIX en hechos concretos, como la creación de Liberia o la exploración de la cuenca del Congo por Henri Stanley, apoyados por una gran campaña de opinión en Estados Unidos. A pesar de que nunca ha intentado directamente hacerse con colonias en África, Estados Unidos intervino activamente en la partición del continente. En la conferencia de Berlín que, en 1885, decidiría la suerte de todo el centro del continente, Washington defendió el principio de la libertad de comercio y favoreció la creación del Estado libre del Congo, devuelto al rey de Bélgica, patrocinador con Estados Unidos de las expediciones de Stanley. Su única estrategia real ha consistido en intentar dificultar la presencia de la Unión Soviética, sobre todo a partir de los años sesenta, momento en que numerosos países africanos accedieron a la independencia. A pesar de los cambios de régimen y los golpes de Estado, esa política ha conducido a Estados Unidos a alianzas con regímenes autoritarios, pero también a intervenir militarmente en África.

Desde el final de la guerra fría, y coincidiendo con el reflujo del marxismo en África, Estados Unidos ha reorientado su diplomacia regional e intenta implantarse económicamente en el continente: multiplica los acuerdos de cooperación bilaterales y favorece la implantación de empresas norteamericanas.

Estados Unidos y la independencia de los Estados africanos

Estados Unidos ha «redescubierto» África en el momento de las independencias. El deseo de manejar a sus aliados en el seno de la OTAN y el interés de la Unión Soviética por los Estados del Tercer Mundo recién independizados contribuyeron a moderar su tradicional anticolonialismo. A partir de los sesenta Washington ha mostrado dos líneas de actuación en relación con los Estados africanos. La primera, de carácter humanitario y marginal, fruto de las ideas progresistas de moda en Estados Unidos en aquella época, desembocó en la experiencia de los *Peace Corps* (jóvenes voluntarios que participaban en misiones de desarrollo en Estados del Tercer Mundo) creados por John Kennedy. La segunda pretendía ser más política y se inspiraba en el temor a que la URSS ganara terreno en África, lo que indujo a Estados Unidos a instalarse en el continente.

Esta segunda actitud resulta perceptible en la crisis congoleña de comienzos de los años sesenta. La independencia del Congo belga, declarada en junio de 1960, provocó la secesión de Katanga, rica provincia del sur, así como una intervención militar belga con el fin de garantizar la seguridad de los antiguos colonos europeos. En el conflicto que opuso al presidente Joseph Kasavubu al primer ministro Patricio Lumumba, ambos favorables a la unidad del país, Estados Unidos apoyó al jefe de Estado mientras que la URSS se puso del lado del presidente de gobierno, más progresista en teoría. Lumumba fue asesinado en enero de 1961 por una facción congoleña apoyada por la CIA. Tras varios años de problemas y disturbios y una tentativa de secesión del este del país, el general Mobutu, que se había hecho con el poder gracias a un golpe de Estado en 1965, intentó mantener la unidad del país recurriendo a un feroz autoritarismo. Desde entonces, junto a Francia y la antigua potencia colonial, Bélgica, Estados Unidos se convirtió en uno de los más fervientes defensores del régimen del Zaire. A pesar de la corrupción manifiesta de dicho régimen, el apoyo norteamericano no se puso en cuestión hasta comienzos de los noventa, sobre todo por el carácter caótico del proceso democrático.

La guerra fría en África

Al margen del Zaire, dos regiones sirvieron de escenario a la rivalidad entre las dos superpotencias en el continente: el «cuerno de África», zona estratégica que domina el acceso al mar Rojo, y África austral, rica en minerales y petróleo, pero muy dependiente de Suráfrica.

En el cuerno de África, Estados Unidos y la URSS intentaron explotar la rivalidad entre Somalia y Etiopía y formaron distintas alianzas según fueran evolucionando los conflictos y el equilibrio de poderes en cada momento. En 1977 estalló la guerra de Ogaden entre Somalia y Etiopía. Luego, Etiopía fue apoyada por la URSS tras la llegada al poder del coronel Mengistu, mientras que el régimen anterior del emperador Haile Selassie se había beneficiado de una importante ayuda militar norteamericana. Frente a esta nueva situación, Somalia, anteriormente pro soviética, se aproximó a Estados Unidos y le concedió la base de Berbera, que controla el paso hacia el mar Rojo.

En África austral, partidos que afirmaban ser marxistas-leninistas, apoyados por la URSS y Cuba, tomaron el poder en Angola y Mozambique, tras la marcha de los portugueses en 1975. Desde ese mismo momento los norteamericanos, que habían tomado partido en favor del colonizador portugués contra los principales movimientos independentistas apoyados por el bloque del Este, favorecieron la aparición de movimientos de guerrillas antimarxistas: la CIA sostuvo a la Renamo de Mozambique y, en 1985, una votación del Congreso autorizó al gobierno a aportar una ayuda oficial a la Unita de Angola.

Llevado por su deseo de erradicar la influencia soviética en esta región, Estados Unidos, que había puesto ya en sordina su anticolonialismo en la época de las guerras de independencia, se encontró objetivamente aliado a África del Sur. De hecho, tropas surafricanas intervinieron directamente contra el régimen angoleño, mientras que en Mozambique se introdujeron comandos para apoyar a la Renamo. La voluntad norteamericana de contener la amenaza soviética en la región chocó en cualquier caso con la toma de conciencia del coste diplomático que podría representar un apoyo demasiado claro al régimen de Pretoria. De ese modo, el presidente Jimmy Carter respaldaría el embargo a las ventas de armas a Suráfrica adoptado por la ONU en 1977. Por el contrario, Ronald Reagan intentó reinsertar el problema surafricano en la lógica global de enfrentamiento este-oeste y adoptó en rela-

LIBERIA

Liberia fue el resultado de la acción de varios filántropos norteamericanos agrupados en la American Colonization Society, fundada en 1816 por el reverendo Robert Finley con el objetivo de instalar en África a antiguos esclavos negros. La creación de hogares para esclavos liberados en la costa occidental de África fue iniciada por los británicos, que en 1787 habían instalado un primer contingente en lo que es actualmente Sierra Leona. En 1821 se creó el primer hogar para esclavos liberados en la actual Liberia, bautizado como Monrovia en honor al presidente James Monroe. Un segundo hogar, Maryland, fue fundado en 1833 y anexionado a Liberia en 1857. En total, entre 1822 y 1892, Liberia recibió a más de 20.000 esclavos liberados. Monrovia estuvo administrada por gobiernos blancos hasta 1841, y después por un negro, Joseph Jenkins Roberts, que en 1847 proclamó la independencia de la colonia con el nombre de Liberia.

La historia de Liberia estuvo dominada por las rivalidades entre los descendientes de los esclavos liberados, los afroamericanos, y las poblaciones autóctonas, que estuvieron marginadas del poder hasta la segunda mitad del siglo XX. Ese antagonismo se agravó cuando, a comienzos de siglo, los afroamericanos se dedicaron a la trata de esclavos con destino a la colonia española de Fernando Poo. La economía del país estuvo durante mucho tiempo dominada por los intereses norteamericanos, sobre todo en lo que se refiere a las dos principales fuentes de ingresos: la flota mercante, que, gracias a una semifranquicia fiscal, se convirtió en los años cincuenta en la primera del mundo, y la explotación del caucho, iniciada en 1926 por el grupo norteamericano Firestone. Estados Unidos es también desde hace mucho tiempo el primer inversor del país.

El dominio de los afroamericanos en las instituciones y la corrupción del régimen condujeron en abril de 1980 a un golpe de Estado militar que llevó al poder al sargento Samuel Kanyon Doe, el primer nativo en dirigir el país. Sin embargo, el nuevo presidente perpetuó las prácticas del régimen anterior, es decir, benefició a su propia etnia, los krahns, que no representaban más que el 5 % de la población. Este dominio suscitó el descontento de la mayoría de las otras etnias y en diciembre de 1989 provocó un movimiento de rebelión encabezado por el afroamericano Charles Taylor, un antiguo alto funcionario acusado de corrupción que había permanecido algún tiempo encarcelado en Estados Unidos por tráfico de armas. La rebelión no tardó en degenerar en una auténtica guerra civil en la que se enfrentaron numerosas facciones rivales, con consecuencias dramáticas para la población: más de 150.000 muertos y un tercio de los habitantes condenados al éxodo. Todo ello suscitó en septiembre de 1990 una primera intervención de marines norteamericanos para evacuar a los occidentales, entre ellos dos mil norteamericanos, cuando un grupo rebelde penetró en la capital y ejecutó al presidente Doe. La multiplicación de conferencias de paz bajo la égida de las Naciones Unidas, la Organización de la Unidad Africana y la Comunidad Económica de Estados de África Occidental no consiguió impedir que el país se hundiera en un estado de guerra civil casi permanente. En dos ocasiones, en 1992 y 1996, los soldados norteamericanos se vieron nuevamente obligados a evacuar a los extranjeros residentes. No obstante, en virtud de la antigüedad de los lazos entre ambos países, Estados Unidos se ha negado en todo momento a implicarse militarmente en un conflicto que sigue siendo de poco interés para los medios de comunicación.

RESTORE HOPE, LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA EN SOMALIA

Restore Hope es el nombre que se dio a la intervención realizada bajo órdenes norteamericanas y mandato de la ONU destinada a asegurar el suministro de ayuda humanitaria a las zonas de Somalia en las que éste se había visto dificultado por la guerra. Iniciada el 9 de diciembre de 1992, se completó en mayo de 1993, cuando fue sustituida por la Onusom II.

Somalia, un país fuertemente armado durante la guerra fría, ha conocido después una situación de hambruna debida a la sequía y los enfrentamientos en el sur del país que desde la marcha del presidente Siad Barré en 1991 oponen a los clanes del presidente interino Alí Mahdi con los del general Aidid.

La gravedad de la situación suscitó la resolución 751 del Consejo de Seguridad de la ONU el 24 de abril de 1992 (creación de la Onusom). La intervención se limitó en un primer momento al establecimiento de un puente aéreo entre Kenia y la capital, Mogadiscio, en agosto de 1992. En noviembre, una vez finalizada la campaña electoral norteamericana, los medios de comunicación concedieron una importante cobertura al drama somalí, sobre todo con las imágenes de la moribunda población de Baidoa. George Bush, antiguo embajador ante la ONU, celoso de su imagen ante la historia y deseoso de presentarse como hombre de paz, candidato derrotado pero todavía presidente en ejercicio hasta la investidura de su sucesor Bill Clinton, decidió enviar un contingente de 30.000 hombres al mando del general Johnston. Para ello Estados Unidos obtuvo un mandato de la ONU (resolución 794).

La operación, iniciada el 9 de diciembre de 1992, permitió poner fin a la hambruna y recuperar las ciudades de Mogadiscio y de Baidoa. Sin embargo, no se consiguió el objetivo de pacificación del país que les había asignado el secretario general de la ONU, Butros Butros-Ghali. No se desarmó a las facciones enfrentadas, sobre todo en el norte. Este casi fracaso y el temor a un reclutamiento forzoso tras la gran cobertura ofrecida por los medios a la muerte de 19 soldados norteamericanos hicieron que la intervención no tardase en resultar sumamente impopular entre la opinión pública norteamericana. Eso es también lo que explica el desinterés progresivo de Estados Unidos por Somalia tras la investidura del presidente Clinton.

ción con Pretoria una política de «compromiso constructivo» destinada a conseguir la evolución del régimen del *apartheid*, pero manteniendo en todo momento la solidez de la pertenencia del país al bando occidental. Esta política, contundentemente criticada, fue abandonada en 1985 en favor de las sanciones económicas.

A finales de los ochenta, coincidiendo con el reflujo de la influencia marxista en África y la liberalización del régimen surafricano, la importancia estratégica de África austral disminuyó a ojos de los norteamericanos. Sin embargo, sobre todo después del fin del *apartheid*, la región, que constituye el polo de desarrollo para todo el continente, continúa atrayendo numerosas inversiones. Es también un punto de atracción para los afroamericanos en paro. Expuestos al racismo en su propio país, algunos se sienten atraídos por las perspectivas de promoción social que ofrece ya la Suráfrica pos-*apartheid*.

Hacia una diplomacia económica

Al inicio de los noventa, con la Unión Soviética desmoronada y escarmentados por el fracaso militar de su intervención en Somalia, los norteamericanos favorecen una diplomacia económica e intentan ayudar a sus empresas a implantarse en el continente africano. Las más interesadas son las compañías petrolíferas con intereses en el Congo, Gabón, Camerún, Nigeria y Angola, donde tienen que competir con empresas europeas, sobre todo la francesa Elf y la anglo-holandesa Shell. En la tercera cumbre África-«Afroamérica», celebrada en Dakar en 1995 (después de las de Abidjan de 1991 y Libreville de 1993), el secretario norteamericano de Comercio, invitado para la ocasión, declaró en su discurso de clausura: «No dejaremos el mercado africano a los europeos». Esas cumbres, que se celebran cada dos años desde 1991, nacieron por iniciativa de un pastor negro norteamericano, Leon H. Sullivan, con el objetivo de poner en contacto a los «afroamericanos» con la «tierra de sus antepasados». Ofrecen también a los inversores norteamericanos la ocasión de conocer de primera mano un continente muchas veces olvidado, pero en el que los intercambios con Estados Unidos avanzan con rapidez. Entre 1994 y 1995 las exportaciones norteamericanas a África aumentaron en más de un 20 %. En 1997, por iniciativa del Congresional Black Caucus de Atlanta, que desde los ochenta agrupa a la élite económica y política negra, el Congreso propuso la creación de un foro africano para sustituir las ayudas públicas por inversiones privadas, a imagen de la acción empresarial emprendida por la Cámara de Comercio de Atlanta.

Dinámicos, incluso ofensivos en el plano económico, sobre todo después de la victoria republicana en el Congreso de 1994, los nor-

teamericanos han disminuido en gran medida sus ayudas públicas a África. La ayuda exterior total representa ya menos de un 1 % del presupuesto federal; es decir, poco más de 13.000 millones de dólares. Tras el primer mandato de Clinton, entre 1992 y 1996, se redujo en un 20 %. África ha sido el continente más afectado por esta reducción: en 1995, las ayudas que se le asignaban descendieron un 35 % en relación con el año anterior. La reducción de la ayuda norteamericana a los países en vías de desarrollo se sitúa en el marco más global de una voluntad de reducir el déficit presupuestario. Revela también el conflicto que opone a la presidencia y el Congreso, a cuyo cargo está la financiación de la política exterior que decide la administración. En cuanto a la opinión pública, que en general sobrestima mucho el importe real de la ayuda exterior, anima a los parlamentarios a disminuir las ayudas al desarrollo y a conceder prioridad a los problemas internos del país.

La contestación de la preeminencia francesa

Mientras que, durante la guerra fría, Washington veía la presencia francesa en África como un puesto avanzado del mundo occidental, a partir de 1989 se da una exacerbación cada vez más clara de las rivalidades entre ambos países. Desde los años ochenta, Estados Unidos intenta socavar los «cotos de caza» petrolíferos de la Elf en Gabón, Congo y Camerún, mientras que las compañías francesas intentan reforzar su presencia en Nigeria, país tradicionalmente ligado a los in-

tereses anglosajones. En los noventa la ofensiva de los empresarios afroamericanos se ha concentrado en los países francófonos de África occidental, en particular en los más ricos (Costa de Marfil, Senegal y los países petrolíferos anteriormente citados), y no es en absoluto casual que todas las cumbres africanas/afroamericanas se hayan celebrado en capitales hasta hace poco especialmente próximas a París.

En donde el enfrentamiento es más patente es en el plano diplomático-militar. Así, en la crisis de los Grandes Lagos, París y Washington apoyaron de manera manifiesta a grupos contrarios. El gobierno hutu de Ruanda fue derrocado por los rebeldes tutsis entrenados y financiados por la Uganda anglófona y, a través de dicho país, sin duda alguna por la CIA. Lo más probable es que Estados Unidos no tenga realmente un plan global preestablecido para oponerse a Francia en la región y, aunque sin gran éxito, ambos países han intentado colaborar en planes de ayuda humanitaria, en particular en Ruanda. Pero las últimas acciones sucesivas de Francia (*Opération Turquoise*) y Estados Unidos (*Provide Hope*) parecen en último extremo más opuestas que complementarias.

Los acontecimientos adquirieron una mayor magnitud geopolítica en 1996 cuando la crisis se extendió hasta el Zaire. El régimen corrupto de Mobutu, apoyado en todo momento por Francia y, hasta finales de los ochenta, por Estados Unidos, se derrumbó frente a los rebeldes de Leurent-Désiré Labila, indirectamente armados por Estados Unidos y apoyados por los nuevos regímenes tutsis de Ruanda y Burundi y el Estado de Uganda. En esta ocasión, la prensa internacional anglófona insistió en el «complejo francés de Fachoda», refiriéndose a la retirada de las tropas francesas de Sudán frente a los avances británicos en 1898. Las manifestaciones en Kinshasa, ciertamente no muy numerosas, a favor de la adopción del inglés y en detrimento del idioma nacional, el francés, no hicieron sino confirmar esta impresión.

En el otoño de 1996, y a través de medios de comunicación interpuestos, se produjo un agrio intercambio de impresiones entre los gobiernos francés y norteamericano a propósito de una gira preelectoral por África: el ministro delegado para la Cooperación, Jacques Godfrain, acusó al secretario norteamericano de Estado Warren Christopher de pasarse a África por la entrepierna, a lo que éste contestó que el continente no constituía un «coto vedado» de Francia.

La línea de división del continente que dibujaron los acuerdos militares firmados por París y Washington (para Estados Unidos el cuerno de África, los costas del océano Índico y África austral y para Francia África occidental, el Magreb y África central) está actualmente en cuestión y ambos países se esfuerzan por ofrecer su cara más amable a la nueva potencia en auge en el continente, la Suráfrica de después del *apartheid*. No obstante, en 1997, y escarmentada por la experiencia del Zaire, Francia decidió cooperar con Estados Unidos para intentar resolver la crisis que estalló en Congo-Brazaville. Es probable que esto abra una nueva fase de cooperación en el África subsahariana.

EL ESTADO DE LA UNIÓN

Cronología detallada
Tablas estadísticas
Bibliografía
Índices

CRONOLOGÍA

−50000-10000 Oleadas sucesivas provenientes de Asia pueblan el continente americano.

Hacia −15000 Desarrollo de las culturas de la edad de piedra: cazadores nómadas de las grandes llanuras.

Hacia −8000 Desarrollo de las «culturas del desierto» semisedentarias (desde Oregón hasta el norte de México).

Hacia −2000 La agricultura (maíz) se extiende desde México (Arizona, Nuevo México).

−986-1008 Primeras exploraciones vikingas demostradas. (Terranova, Península del Labrador).

Hacia −1000 Extensión de la agricultura a la costa atlántica y desarrollo de las culturas Adena y Hopewell.

Hacia 700 Extensión de la agricultura a la cuenca del Misisipí.

Hacia 1000 Desarrollo de la cultura urbana Pueblo (Arizona, Nuevo México).

1492-1498 Cristóbal Colón descubre las Antillas.

1497-1498 Viaje de John Cabot por el golfo de San Lorenzo por cuenta del rey de Inglaterra.

1507 El geógrafo alemán Martin Waldsee Müller da al Nuevo Mundo el nombre de «América» en honor de Américo Vespucio, explorador de Guayana y Brasil.

1534-1541 El francés Jacques Cartier explora el valle del San Lorenzo.

1539-1542 Los españoles Hernando de Soto y Francisco de Coronado exploran la actual California.

1565 Los españoles fundan la colonia de San Agustín, arrasada en 1586 por el inglés Francis Drake, en la actual Florida.

1584-1587 Fundación y posterior abandono de la colonia inglesa de Roanoke, Virginia.

1607 Fundación de Jamestown (Virginia), la primera colonia inglesa permanente en América (13 de mayo).

1608 Fundación de Quebec por Samuel de Champlain.

1609 El navegante Hudson explora el actual emplazamiento de Nueva York por cuenta de los holandeses. Asentamiento español en Santa Fe.

1619 Llegada de los primeros esclavos africanos a Jamestown.

1620 Travesía por el Atlántico del *Mayflower* (22 de julio-9 de noviembre). Firma del pacto del *Mayflower* (21 de noviembre). Fundación de Plymouth (25 de diciembre).

1626 Los holandeses en la isla de Manhattan, comprada a los indios del mismo nombre, fundan la ciudad de Nueva Amsterdam.

1630 Fundación de Boston. Las colonias inglesas alcanzan los 4.600 habitantes.

1634 Fundación de Maryland.

1636 Fundación de Rhode Island y de Connecticut. Fundación de la Universidad de Harvard.

1638 Fundación de la colonia sueca de Delaware.

1655 Aproximación de la colonia sueca a las colonias holandesas.

1660 La población de las colonias inglesas cuenta ya con 75.000 habitantes, entre ellos 3.000 negros. Aprobación del *Navigation Act*, que limita el comercio en beneficio de la metrópoli.

1663 Carta de fundación de Carolina del Norte y del Sur.

Nueva Amsterdam es tomada por los ingleses y se convierte en Nueva York.

1675 En Nueva Inglaterra el jefe indio «rey Felipe» forma una coalición de tribus que se sublevan contra los ingleses.

1682 Los franceses se instalan en Luisiana.

1683 William Penn compra las tierras de los indios delaware y funda Pensilvania.

1692 El proceso por brujería de Salem, Massachusetts, se salda con 19 ejecuciones.

1700 La población de las colonias alcanza los 250.000 habitantes (28.000 negros).

1704 Fundación del *Boston News Letter*, el primer periódico de Norteamérica.

1713 Inglaterra arrebata la Acadia a Francia (Tratado de Utrecht).

1716 Apertura del primer teatro en Williamsburg, Virginia.

1726-1756 «Gran despertar» religioso en Nueva Inglaterra.

1732 Fundación de Georgia.

1749-1755 Competencia franco-inglesa por el control del valle del Ohio.

1752 Benjamin Franklin descubre la electricidad e inventa el pararrayos.

1754 Conferencia de Albany: Benjamin Franklin propone un «plan de unión», rechazado tanto por los colonos como por la Corona.

1756-1763 Guerra de los Siete Años (*French and Indian Wars*), en la que se enfrentan Francia e Inglaterra.

1760 Las colonias alcanzan 1.600.000 habitantes, de ellos 325.000 negros.

1763 El Tratado de París pone fin en Europa a la guerra de los Siete Años y consagra la expulsión casi total de Francia de América del Norte (10 de febrero). Canadá, el valle del Ohio y todas las regiones situadas al este del Misisipí pasan a Gran Bretaña; España se queda con las que están al oeste de la cuenca. Discurso de Jorge III que prohíbe la colonización al oeste de los Apalaches.

1764 En abril, el *Sugar Act* impone impuestos sobre el azúcar, la madera y sus derivados: primera serie de conflictos entre los colonos y la Corona británica.

1765 *Stamp Act*, ley sobre el derecho de timbre (marzo). Nueve colonias se reúnen en un Congreso que vota la declaración de derechos basada en el principio de «no hay impuestos sin representación parlamentaria» (octubre).

1766 Anulación del *Stamp Act*.

1767-1769 Los *Townshend Acts*, que gravan el comercio en las colonias, desencadenan el boicot a los productos ingleses.

1770 Anulación de los *Townshend Acts*, salvo el que afecta al té. Masacre de Boston (5 muertos). El ejército abre fuego sobre los colonos sublevados.

1773 Ley que concede un semimonopolio a la East India Company en detrimento de los

comerciantes locales (10 de mayo). Incidente de la *Boston Tea Party* (16 de diciembre): la destrucción de tres cargas de té británicas desencadena el bloqueo del puerto y la aplicación de la ley marcial a la colonia de Massachusetts.

1774 Reunión del primer Congreso continental en Filadelfia, que a las pretensiones de Londres opone una declaración de derechos de los norteamericanos (5 de septiembre). Rhode Island declara abolida la esclavitud.

1775 Sangriento enfrentamiento en Lexington (19 de abril) entre milicianos y el ejército británico, batalla que señala la ruptura política y el inicio de la guerra de Independencia. El Congreso continental designa a George Washington comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas (15 de junio).

1776 Declaración de Independencia precedida de un preámbulo sobre los derechos humanos y su no respeto por parte del rey (4 de julio).

1777 Las tropas inglesas del general Burgoyne capitulan en Saratoga el 14 de octubre. La votación por parte del Congreso de los «artículos de confederación» permite el establecimiento de un gobierno confederado de las colonias sublevadas (15 de octubre).

1778 Cuando ya La Fayette y 5.000 voluntarios se han unido al general Washington a partir de julio de 1777, Francia compromete en la guerra de Independencia a su flota y a un cuerpo de ejército formado por 7.500 hombres a las órdenes de Rochanbeau. Proporciona también una ayuda económica decisiva. El 6 de febrero se firma un tratado de alianza y de comercio con Francia, que reconoce a Estados Unidos (17 de diciembre).

1781 Fundación en Filadelfia del Bank of North America (mayo). Tras dos años y medio de operaciones militares, la victoria franco-americana de Yorktown da lugar a la capitulación del ejército inglés de lord Cornwallis y al fin de la guerra (19 de octubre). Se abren negociaciones con Londres.

1783 Tratado de Versalles con Gran Bretaña, que reconoce la independencia de Estados Unidos (3 de septiembre). En diciembre, George Washington abandona el mando del ejército y vuelve a la vida política. Noah Webster publica *The American Spelling Book.*

1787 *Northwest Ordinance*: prohibición de la esclavitud y libertad religiosa garantizada en los territorios no constituidos en estados (13 de julio). Cuatro años después de la independencia se demuestra la impotencia del gobierno del Congreso continental frente a las voluntades de los trece estados. Carece de cualquier recurso propio y no puede contar más que con las aportaciones que deseen concederle los estados. Esta debilidad engendra a la vez un marasmo económico y dificultades políticas. Frente a esos problemas se fue imponiendo la idea de una Convención constitucional, elegida por los estados. Reunida al final en Filadelfia bajo la presidencia de Washington, esa Convención vota la Constitución, acta de nacimiento de la nación norteamericana, que pone fin a la independencia y a la soberanía de los estados nacidos de las trece colonias (17 de septiembre).

1789 Elección del primer Congreso federal (febrero-marzo). George Washington es elegido primer presidente de Estados Unidos (6 de abril). Reunión del primer Congreso el 4 de marzo. George Washington presta juramento (30 de abril).

1789-1797 George Washington (1732-1799)
Elegido en 1789 y reelegido en noviembre de 1792, se niega a aceptar un tercer mandato en septiembre de 1796 y se retira en marzo de 1797. Dota a la joven república de un fuerte poder central, oponiéndose de ese modo a los jeffersonianos, partidarios de la autonomía de los estados frente al poder del gobierno federal.

1790 Primeros informes al Congreso del secretario del Tesoro Alexander Hamilton relativos a la naturaleza del federalismo.

1791 Creación por veinte años de la banca de Estados Unidos (25 de febrero). *Mid-term elections*: victoria de los federalistas. Constitución de un distrito que terminaría convirtiéndose en la capital del país. Ratificación de las diez enmiendas de la Carta de Derechos.

1792 Reelección de George Washington.

1793 El presidente lanza una proclamación de neutralidad tras la declaración de guerra de Francia a Gran Bretaña y a Holanda (22 de abril). Dimisión del secretario de Estado Thomas Jefferson (31 de julio).

1794 Tratado de Jay con Inglaterra que resuelve las diferencias comerciales entre los dos países (18 de noviembre). Rebelión en Pensilvania contra los impuestos que gravan el whisky. *Mid-term elections*: victoria de los federalistas.

1796 Mensaje de despedida de George Washington, que insta a sus compatriotas a no tomar partido en los conflictos que están asolando Europa (*no entanglement*) (19 de septiembre). Elección de John Adams, segundo presidente de Estados Unidos (7 de diciembre).

1797-1801 John Adams (1735-1826)
Vicepresidente durante los dos mandatos de George Washington, conduce una política federalista caracterizada en el exterior por las tensiones con Francia y en el interior por medidas autoritarias muy impopulares.

1798 XI enmienda, relativa al poder judicial de los estados (8 de enero). Leyes autoritarias del gobierno que, por una parte, dotan al presidente del derecho a expulsar sin proceso a cualquier extranjero sospechoso, ley sobre los extranjeros y, por el otro, consideran como un delito cualquier ataque o crítica contra un miembro del gobierno, ley sobre la sedición (junio-julio). Resoluciones de los estados de Kentucky y Virgi-

nia protestando contra las leyes de junio y julio. Esta iniciativa reafirma el papel de los estados en la protección de las libertades y les atribuye el derecho a anular una ley federal que contravenga los derechos naturales de los ciudadanos (noviembre-diciembre). *Mid-term elections*: victoria de los federalistas.

1799 Muerte de George Washington (14 de diciembre). El Congreso abandona Nueva York para instalarse en la capital federal, que toma el nombre de Washington.

1800 La población de Estados Unidos alcanza los cinco millones de habitantes.

1801 Thomas Jefferson se convierte en el tercer presidente de Estados Unidos (11 de febrero).

1801-1809 Thomas Jefferson (1743-1826)

La presidencia de Thomas Jefferson, fundador del partido demócrata republicano, precursor del actual partido republicano, está dominada por una rápida democratización de la vida pública.

1802 *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos.

1803 Sentencia «Marbury contra Madison» dictada por John Marshall, presidente del Tribunal Supremo. Por primera vez, el tribunal se abroga el derecho de invalidar una ley e interpretar la Constitución (24 de febrero). Tratado de París: Estados Unidos compra la Luisiana francesa por 80 millones de francos (30 de abril).

1804 XII enmienda sobre la forma de escrutinio de los votos en las elecciones presidenciales: los grandes electores designan mediante dos escrutinios, oficialmente distintos, a presidente y vicepresidente (25 de septiembre). Reelección de Thomas Jefferson.

1805 La expedición de los exploradores Lewis y Clark, realizada por encargo de Jefferson, alcanza la costa del Pacífico (18 de noviembre).

1807 *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos. El *Embargo Act* limita el comercio con Francia e Inglaterra para mantener a Estados Unidos al margen de las guerras napoleónicas.

1808 El Congreso prohíbe la trata de esclavos (1 de enero). Elección de James Madison, cuarto presidente de Estados Unidos.

1809-1817 James Madison (1751-1836)

Personalidad importante en la convención de Filadelfia y fundador del partido republicano. Durante sus dos mandatos James Madison no logró, sin embargo, mantener la posición neutral de Estados Unidos frente a los conflictos europeos y lanzó a su país a una guerra de dos años contra Inglaterra.

1810 *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos.

1812 Estados Unidos declara la guerra a Inglaterra, que pretendía prohibirles todo comercio con la Francia napoleónica (18 de junio). Reelección de James Madison.

1814 Washington es incendiado por la flota inglesa (24 de agosto). El Tratado de Gand pone fin al conflicto contra Inglaterra considerado por el presidente como una «segunda guerra de Independencia» (24 de diciembre). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos.

1815 El general Andrew Jackson repele un ataque inglés a Nueva Orleans; los beligerantes no estaban todavía informados de la firma del tratado de paz (8 de enero). Ataque contra los piratas del norte de África para demostrar la presencia norteamericana en la escena diplomática.

1816 Votación del primer arancel proteccionista (27 de abril). Elección de James Monroe, quinto presidente de Estados Unidos.

1817-1825 James Monroe (1758-1831)

Presidente demócrata republicano, cumplió dos mandatos marcados por un periodo de estabilidad conocido con el nombre de Era of good feelings.

1818 El general Andrew Jackson invade Florida (7 de abril). Convención anglonorteamericana sobre la ocupación conjunta del territorio de Oregón (20 de octubre). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos.

1819 Tratado Adams-Onis: España vende la Florida a Estados Unidos por cinco millones de dólares, pero conserva el territorio de Tejas (22 de febrero).

1820 El Congreso vota el compromiso de Misuri: la entrada en la Unión del Misuri esclavista se ve «equilibrada» por la de Maine, antiesclavista. Al oeste del Misisipí se prohíbe la esclavitud al norte del paralelo 36° 30′, prolongando así la antigua línea Mason-Dixon que separaba Maryland de Pensilvania. Reelección de James Monroe.

1821 Fundación de Troy Female Seminary, primera universidad para mujeres.

1822 Estados Unidos reconoce a las nuevas repúblicas independientes de América Latina y se manifiesta como protector natural de sus vecinos frente al imperialismo europeo. *Mid-term elections*: victoria de los demócratas republicanos.

1823 En su mensaje anual al Congreso, James Monroe anuncia los principios de una doctrina política que, a partir de ese momento, lleva su nombre, y que se resume en la célebre frase «América para los americanos» (2 de diciembre).

1824 Elección de John Quincy Adams, sexto presidente de Estados Unidos.

1825-1829 John Quincy Adams (1757-1848)

Hijo del presidente John Adams, John Quincy Adams fue uno de los creadores en 1820 del partido republicano nacional, nacido de una secesión con los jeffersonianos. Inspirador de la doctrina Monroe, fue un presidente de tendencia conservadora.

1825 Apertura del canal Eire, que une los Grandes Lagos con el río Hudson y el puerto de Nueva York. Primera locomotora norteamericana.

1826 *Mid-term elections*: victoria de los jacksonianos.

1828 Subida del «impuesto de abominaciones» para los estados del sur, que dependían de Europa para sus equipamientos textiles. Elección de Andrew Jackson, séptimo presidente de Estados Unidos.

1829-1837 Andrew Jackson (1767-1845)
Sus dos mandatos consecutivos se caracterizan por la apertura a la modernidad. Antiguo general, héroe nacional desde la batalla de Nueva Orleans contra los ingleses en 1815 y antiguo gobernador de Florida, Andrew Jackson es el primer presidente surgido de las filas del partido demócrata. Refuerza el poder central y garantiza la práctica del sistema de despojos (spoil system) *colocando a sus partidarios en todos los puestos clave.*

1830 Joseph Smith publica el *Libro del Mormón*. *Mid-term elections*: victoria demócrata. Inauguración en Baltimore de la primera línea de ferrocarril norteamericana con una longitud de 13 millas.

1831 Primer número del semanario antiesclavista *The Liberator* (1 de enero).

1832 El vicepresidente John Calhoun desencadena la crisis de la «anulación» con un discurso al Congreso en el que afirma que todos y cada uno de los estados tienen derecho a oponerse a una ley federal que consideren anticonstitucional. Como consecuencia de ello, Carolina del Sur se niega a plegarse al sistema de aranceles. Sólo la presencia de tropas enviadas por el presidente Jackson impide una secesión. Reelección de Andrew Jackson a la presidencia.

1833 Formación de la American Anti-Slavery Society (14 de diciembre). Fundación del Oberlin College, primer centro de enseñanza mixto y, a partir de 1835, multirracial.

1834 George Bancroft publica el primer volumen de su magna obra *History of the United States*. *Mid-term elections*: victoria demócrata.

1835 Tejas, colonizada por los anglosajones a partir de 1821, se aprovecha de los problemas internos de México para proclamarse república independiente (3 de noviembre). Fundación del *The New York Herald* de James Bennett. Alexis de Tocqueville publica *La democracia en América*.

1836 El Congreso adopta la norma de la mordaza (*Gag Rule*) para poner fin a las peticiones abolicionistas. Tejas se separa de México. Asedio de El Álamo del 23 de febrero al 6 de marzo. Elección de Martin Van Buren, octavo presidente de Estados Unidos.

1837-1841 Martin Van Buren (1782-1862)
Demócrata, antiguo senador y vicepresidente de Andrew Jackson a partir de 1833, su mandato está marcado a partir de 1837 por una grave crisis económica y financiera que destroza su popularidad.

1838 *Mid-term elections*: victoria demócrata.

1840 Elección de William Harrison, noveno presidente de Estados Unidos.

1841-1841 William Harrison (1773-1841)
Presidente del partido whig, *surgido del seno del partido republicano nacional, William Harrison muere al inicio de su mandato como consecuencia de una pleuresía contraída el mismo día de su investidura.*

1841 Primer número del *The New York Tribune* de Horace Greeley. Muerte de William Harrison, el 4 de abril. John Tyler se convierte en el décimo presidente de Estados Unidos.

1841-1845 John Tyler (1790-1862)
Abogado, gobernador de Virginia y posteriormente vicepresidente de William Harrison, Tyler termina gobernando sin el apoyo de ningún partido.

1842 El Tratado Webster-Ashburton fija la frontera americano-canadiense al norte de los estados de Maine y de Minnesota (9 de agosto). Sentencia «Commonwealth contra Hunt», que legaliza a los sindicatos obreros. *Mid-term elections*: victoria demócrata en la Cámara de representantes; el partido *whig* conquista el Senado.

1844 Elección de James Knox Polk, decimoprimer presidente de Estados Unidos. Samuel Morse inventa el telégrafo.

1845-1849 James Knox Polk (1795-1849)
Presidente demócrata, James Knox Polk lanza una política manifiestamente expansionista, induce a la guerra contra México y realiza numerosas conquistas territoriales. Sin embargo, y durante todo su mandato, tiene que enfrentarse a una fuerte oposición demócrata en el Congreso.

1845 El estado independiente de Tejas vota su integración en Estados Unidos (1 de marzo).

1846 Inicio de la guerra contra México (13 de mayo). *Mid-term elections*: victoria del partido *whig*. Acuerdo fronterizo con Gran Bretaña en relación con el territorio de Oregón.

1847 El ejército norteamericano ocupa México (14 de septiembre). Los mormones se instalan en Utah.

1848 La fiebre del oro triplica la población anglosajona de California. El Tratado de Guadalupe Hidalgo pone fin a la guerra norteamericano-mexicana: México queda obligado a reconocer la anexión de Tejas y a ceder los territorios que constituyen los actuales estados de Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, California y una gran parte de Colorado a cambio de una indemnización de 15 millones de dólares (2 de febrero). Fundación del partido demócrata. Elección de Zachary Taylor, decimosegundo presidente de Estados Unidos.

1849-1850 Zachary Taylor (1784-1850)
Candidato elegido por el partido republicano whig, *fallece como consecuencia de una trombosis en el segundo año de su mandato.*

1850 Muerte de Zachary Taylor el 9 de julio. (Enero-julio) Millard Fillmore se convierte en el decimotercer presidente de Estados Unidos.

1850-1853 Millard Fillmore (1800-1874)

Vicepresidente de Taylor, antiesclavista manifiesto, se esfuerza en vano por contener las disensiones sobre la cuestión de la esclavitud entre los estados del Norte y del Sur.

1850 (Agosto-diciembre) Compromiso de 1850 que regula la cuestión del esclavismo en los estados recientemente incorporados (agosto). El *Fugitive Act* prevé la pena de muerte para los esclavos fugados. California se convierte en el 31.º estado de Estados Unidos.

El ferrocarril del Eire une los Grandes Lagos con la costa atlántica. Fundación del *The New York Times*. Hermann Melville publica *Moby Dick*.

1852 Massachusetts adopta la primera ley relativa a la enseñanza escolar obligatoria. Harriet Beecher-Stowe publica *La cabaña del tío Tom*. *Mid-term elections*: victoria demócrata. Elección de Franklin Pierce, decimocuarto presidente de Estados Unidos.

1853-1857 Franklin Pierce (1804-1869)

Presidente demócrata. La cuestión de la esclavitud domina todo su mandato, durante el que intenta frenar los ardores de los abolicionistas.

1854 Primer tratado japonés-norteamericano, consecuencia de la visita un año antes de la escuadra del comandante Perry, que abre el territorio japonés al comercio norteamericano e internacional. Primera reunión del partido republicano fundado ese mismo año (28 de febrero). La ley Kansas-Nebraska (30 de mayo) concede a los nuevos territorios soberanía en materia de esclavitud, poniendo de ese modo fin al compromiso territorial de 1820. Manifiesto de Ostende que propone la compra de Cuba a España (18 de octubre). *Mid-term elections*: victoria de los republicanos en la Cámara de representantes y de los demócratas en el Senado.

1855 Walt Whitman publica *Hojas de hierba*.

1856 Elección de James Buchanan, decimoquinto presidente de Estados Unidos.

1857-1861 James Buchanan (1791-1868)

Presidente demócrata, James Buchanan es partidario del sistema esclavista. Las pasiones se exacerban durante todo su mandato, sobre todo en relación con la cuestión del reconocimiento o no de la esclavitud por las constituciones de los futuros estados de Kansas y de Nebraska.

1857 Sentencia «Dred Scott contra Sandford», por la que el Tribunal Supremo anula la validez jurídica del compromiso de Misuri de 1820: un esclavo sigue siendo esclavo aunque resida en un estado no esclavista (6 de marzo).

1858 *Mid-term elections*: los republicanos consiguen una mayoría relativa en la Cámara de representantes; los demócratas conservan el Senado. Primer cable transatlántico.

1859 Primera explotación petrolífera en Pensilvania.

1860 Elección de Abraham Lincoln, decimosexto presidente de Estados Unidos (noviembre). Secesión de Carolina del Sur (20 de diciembre).

1861-1865 Abraham Lincoln (1809-1865)

La elección de Abraham Lincoln, candidato republicano de ideas abolicionistas, desencadena una guerra civil de cinco años de duración en la que se oponen nueve millones de sudistas a veintidós millones de unionistas.

1861 Abandono de la Unión por parte de los once estados del sur que se constituyen en los Estados Confederados de América, *Confederate States of America*, bajo la presidencia de Jefferson Davies, con Richmond, en el estado de Virginia, como su capital (9 de febrero). El general confederado Pierre Beauregard ataca el cuartel federal de Fort Sumter, próximo a Charleston (12 de abril). Batalla de Bull Run ganada por los ejércitos sudistas (21 de julio). El *Homestead Act* concede gratuitamente tierras a los pioneros que se instalen en el oeste (4 de mayo). Batalla de los siete días. El general Lee repele en Richmond la ofensiva nordista emprendida por el general McClellan (26 de junio-2 de julio). *Mid-term elections*: victoria republicana.

1863 Victoria del ejército nordista en Gettysburg, que pone fin a la ofensiva sudista sobre Washington (1-3 de julio). Victoria en Vicksburg de los ejércitos nordistas al mando del general Grant (julio).

1864 El general nordista William Sherman, comandante del ejército del oeste, se apodera de Atlanta, centro neurálgico de todas las comunicaciones del sur (2 de septiembre). Reelección de Abraham Lincoln (noviembre).

1865 (Abril-diciembre) La ciudad de Richmond es cercada por los ejércitos nordistas (1 de abril). Capitulación de Appomatox: el general Lee se rinde al general Grant (9 de abril). La guerra de Secesión, considerada desde el punto de vista militar como la primera guerra moderna, provocó 359.000 bajas en el bando de los nordistas y 258.000 en el de los sudistas. Asesinato de Abraham Lincoln (15 de febrero). Andrew Jackson se convierte en el decimoséptimo presidente de Estados Unidos.

1865-1869 Andrew Jackson (1808-1875)

Vicepresidente de Abraham Lincoln, de personalidad poco definida, tiene que hacer frente a las secuelas de la guerra, entre ellas una deuda considerable. Su actitud conciliadora en torno a la cuestión de la reintegración del Sur le valió la hostilidad de los republicanos radicales.

1865 (Mayo-diciembre) XIII enmienda, abolición de la esclavitud (18 de diciembre).

1866 Readmisión del estado de Tennessee en la Unión (24 de septiembre). *Mid-term elections*: victoria republicana. Fundación del Ku Klux Klan (24 de diciembre), organización clandestina de extrema derecha desmantelada en 1871.

1867 Primera ley de reconstrucción (2 de marzo). Compra de Alaska a Rusia a cambio de 7,2 millones de dólares.

1868 Proceso de *impeachment* contra Andrew Johnson exigido por los republicanos radicales: voto positivo de la Cámara de representantes, pero posterior voto negativo del Senado el 16 de mayo (24 de febrero). XIV enmienda sobre la ciudadanía norteamericana, concedida a los antiguos esclavos, sobre la inhabilitación de los antiguos responsables confederados y la deuda federal, que no tiene en cuenta la deuda de los confederados. Readmisión en la Unión de siete estados secesionistas: Arkansas, Alabama, Florida, Georgia, Luisiana, Carolina del Norte y del Sur (28 de julio). Elección del general Grant, vigesimoséptimo presidente de Estados Unidos (noviembre).

1869-1877 Ulysses S. Grant (1822-1885)

Jefe militar victorioso, es el candidato natural del partido republicano. Grant ejerce dos mandatos consecutivos marcados a la vez por la expansión territorial hacia el oeste y por la «reconstrucción» del Sur, que se lleva a cabo en un clima de negocios y corrupción.

1869 Dos líneas ferroviarias se unen en Promontory Point (Utah) para formar el primer ferrocarril transcontinental (10 de mayo). *Crack* de la Bolsa de Nueva York. Viernes negro del 24 de septiembre. Concesión del derecho al voto a las mujeres en el territorio de Wyoming (10 de diciembre).

1870 XV enmienda, relativa a la universalidad del derecho al voto sin distinción de razas (30 de marzo). Readmisión de los tres últimos estados secesionistas: Virginia, Tejas, Misisipí. *Mid-term elections*: victoria republicana.

1871 Incendio en Chicago que destruye tres cuartas partes de la ciudad (8 y 9 de octubre).

1872 Ley de amnistía de los antiguos confederados con la única excepción de 500 dirigentes (22 de mayo). Reelección de Ulysses Grant (noviembre). Creación del primer parque nacional, Yellowstone (Wyoming).

1873 Una serie de quiebras bancarias provoca una recesión que no se supera hasta 1878.

1874 *Mid-term elections*: victoria de los demócratas en la Cámara de representantes por primera vez tras la guerra civil y de los republicanos en el Senado.

1875 *Civil Rights Act* (1 de marzo): los negros pueden formar parte de un jurado y se garantiza su libre acceso a todos los lugares públicos.

1876 Victoria de los siux sobre Custer y sus hombres en Little Big Horn (25 de junio). Exposición universal de Filadelfia. Invención del teléfono por Graham Bell. Mark Twain publica *Tom Sawyer*. Elección de Rutherford Hayes, decimonoveno presidente de Estados Unidos (noviembre).

1877-1881 Rutherford Hayes (1822-1893)

Presidente republicano elegido con una débil mayoría. El Congreso no confirmó su elección hasta el 2 de marzo (185 grandes electores contra 184).

1877 Intervención de las tropas federales, que aplastan violentamente una huelga de ferroviarios en Pensilvania (julio).

1878 Invención del fonógrafo por Thomas Edison. *Mid-term elections*: victoria demócrata.

1879 Apertura de los primeros grandes almacenes Woolworth (Utica, Nueva York).

1880 Elección de James Garfield, vigésimo presidente de Estados Unidos.

1881-1881 James Garfield (1831-1881)

Antiguo jefe del partido republicano, cae gravemente herido por un irritado solicitante de favores al inicio de su mandato.

1881 Muerte de James Garfield el 19 de septiembre. Chester Arthur se convierte en el vigésimo primer presidente de Estados Unidos (septiembre).

1881-1885 Chester Arthur (1830-1886)

Vicepresidente, sucede a James Garfield. Apoyado en el dinamismo de los hombres de negocios, su administración marca el inicio del cambio de Estados Unidos hacia una sociedad industrial. Durante su mandato se produce un importante desarrollo de los transportes, la metalurgia, la explotación del carbón y el petróleo, y del sistema bancario, paralelamente a la puesta en práctica de una potente agricultura. Se constituyen los grandes trusts.

1882 Fundación del primer *trust*, la Standard Oil Company. La *Chinese Exclusion Act* pone freno a la inmigración china (6 de mayo). *Mid-term elections*: victoria demócrata en la Cámara de representantes y republicana en el Senado.

1883 El *Pendleton Act* crea un bosquejo del estatuto de la función pública (16 de enero). *Civil Rights Cases*: el Tribunal Supremo declara inconstitucional el *Civil Rights Act* de 1875.

1884 Envío desde París de la estatua de la Libertad a Estados Unidos (4 de julio). Elección de Grover Cleveland, vigésimo segundo presidente de Estados Unidos (noviembre).

1885-1889 Stephen Cleveland (1837-1908)

Su elección señala la vuelta al poder del partido demócrata y pone fin a veinte años de preeminencia política de los republicanos tras el final de la guerra civil.

1885 Inauguración en Chicago del primer rascacielos del mundo.

1886 Revueltas en la plaza de Haymarket, en Chicago, tras una manifestación a favor de la jornada de ocho horas (4-5 de mayo). Rendición del jefe apache Jerónimo (4 de septiembre). Inauguración de la estatua de la Libertad a la entrada del puerto de Nueva York (28 de octubre). Creación de la American Federation of Labor, primer gran sindicato obrero, bajo el impulso de Samuel Gompers (8 de diciembre). *Mid-*

term elections: victoria demócrata en la Cámara de representantes y republicana en el Senado.

1888 Elección de Benjamin Harrison, 23.º presidente de Estados Unidos (noviembre).

1889-1893 Benjamin HARRISON (1833-1901)

Nieto del presidente William Harrison y antiguo senador republicano por Indiana, pone en práctica una política económica proteccionista y orienta su política exterior hacia un mayor acercamiento a los estados del continente americano.

1889 Inauguración de la primera conferencia panamericana en Washington (2 de octubre).

1890 Arancel McKinley (julio). Adopción del *Sherman Antitrust Act*, que asegura la total libertad de comercio en el interior de Estados Unidos y prohíbe la formación de *trusts*. El Census Bureau declara el fin de la «frontera». *Mid-term elections*: victoria demócrata en la Cámara de representantes republicana en el Senado. La batalla de Wounded Knee pone fin a la última guerra india (Dakota del Sur, 29 de diciembre). En Nueva York, Ellis Island se convierte en el centro de tránsito para los inmigrantes (31 de diciembre).

1891 Aparición del partido populista. Huelgas en las acererías de Homestead (6 de julio). Las elecciones presidenciales llevan de nuevo al poder a Stephen Cleveland.

1893-1897 Stephen CLEVELAND (1837-1908)

Candidato demócrata, elegido por segunda vez, Stephen Cleveland inscribe su acción política en el marco de la búsqueda del desarrollo económico del país.

1893 Exposición Universal en Chicago (mayo-octubre). Pánico financiero que dio lugar a una recesión que se prolongaría hasta 1897.

1894 Marcha del populista Jacob Coxey y de su «ejército de parados» sobre Washington (25 de marzo-1 de mayo). *Mid-term elections*: victoria republicana.

1896 Por el fallo «Plessy contra Ferguson» el Tribunal Supremo aprueba la segregación racial de acuerdo con la doctrina «iguales pero separados» (8 de julio). Elección de William McKinley, vigésimo quinto presidente de Estados Unidos (noviembre).

1897-1901 William McKINLEY (1841-1901)

Elegido por el partido republicano, su mandato es el de la afirmación de la potencia económica de una nación de 76 millones de habitantes, cuya producción industrial supera ya a la de Gran Bretaña.

1897 Ocupación de Hawai por Estados Unidos.

1898 La guerra contra España hace que la zona del Caribe y las islas Filipinas pasen a la órbita de Estados Unidos (14 de abril-10 de diciembre). Anexión de Hawai (7 de julio). *Mid-term elections*: victoria republicana. Tratado de París: Estados Unidos recibe Puerto Rico, Wake, Guam y las Filipinas a cambio de una indemnización de 20 millones de dólares. Independencia de Cuba (10 de diciembre).

1899 Doctrina de «puertas abiertas» proclamada en relación con China, que debe abrirse libremente al comercio pero sigue siendo un Estado soberano.

1900 *Gold Standard Act*: adopción del patrón oro. Washington participa en la intervención de las potencias europeas en China tras la revuelta de los *boxers*. Reelección de William McKinley (noviembre).

1901 Enmienda Platt, que instaura el protectionado de Estados Unidos sobre Cuba (2 de marzo). Atentado contra William McKinley (6 de septiembre), que fallece como consecuencia de sus heridas el 14 de septiembre. Theodore Roosevelt se convierte en el vigésimo sexto presidente de Estados Unidos (noviembre).

1901-1909 Theodore ROOSEVELT (1859-1919)

Antiguo gobernador republicano del estado de Nueva York y vicepresidente de McKinley, se convierte en presidente a su muerte. Fue reelegido en 1904. En el plano interior se esfuerza por regular la vida económica del país y amplía considerablemente las prerrogativas presidenciales en ese campo. Por otro lado, compromete activamente a Estados Unidos en la escena internacional y pone en práctica la diplomacia del dólar en la zona del Caribe.

1902 *Mid-term elections*: victoria republicana.

1903 Ante la negativa de Colombia a permitirle construir el canal de Panamá, Estados Unidos provoca una revolución que conduce a la independencia de Panamá, que les otorga la zona de su futuro canal (18 de noviembre). Jack London publica *La llamada de la selva*.

1904 Elección de Theodore Roosevelt (noviembre). Roosevelt extiende la doctrina Monroe y afirma el derecho de Estados Unidos a intervenir en los asuntos latinoamericanos (6 de diciembre). Juegos Olímpicos de Saint Louis.

1905 Intervención militar norteamericana en Santo Domingo. Fundación en Chicago de un sindicato de Industrial Workers of the World (IWW). Fundación del Rotary Club.

1906 San Francisco resulta destruido por un incendio provocado por un seísmo (18 de abril). Upton Sinclair publica *La jungla*. *Mid-term elections*: victoria republicana.

1907 *Crack* de la Bolsa (13 de marzo).

1908 Elección de Howard Taft, vigésimo séptimo presidente de Estados Unidos, en noviembre.

1909-1913 William H. TAFT (1857-1930)

Jurista y antiguo senador republicano por el estado de Ohio, primer alto comisario norteamericano de Filipinas y secretario de guerra de Theodore Roosevelt, William Taft fue elegido con el apoyo del presidente saliente, pero su política, pura rutina conservadora, le hizo perder a su mentor.

1910 *Mid-term elections*: victoria demócrata en la Cámara de representantes y republicana en el Senado.

1911 El Tribunal Supremo ordena la división de Standard Oil, que considera un *trust* monopolista, en varias empresas. Primer vuelo transcontinental.

1912 Arizona se convierte en el 48.º estado de la Unión (14 de febrero). Desembarco de marines en Nicaragua por impago de su deuda con Estados Unidos (14 de agosto). Elección de Woodrow Wilson, vigésimo octavo presidente de Estados Unidos.

1913-1921 Thomas W. Wilson (1856-1924)

Jurista y economista, su elección en 1912 lleva al partido demócrata al poder. En el interior del país, la administración, presidida por el lema de New Freedom *(nueva libertad), se caracteriza por numerosas reformas democráticas. En el exterior, la entrada en guerra del país trastoca las relaciones mundiales de fuerza a favor de Estados Unidos, que realiza la primera auténtica demostración de su poder.*

1913 XVI enmienda, que autoriza al Congreso a crear un impuesto federal sobre los ingresos (25 de febrero). XVII enmienda, que instituye una elección directa de los senadores por sufragio universal (31 de mayo). Creación del Federal Reserve System. Se pone en práctica en las fábricas Ford el sistema de trabajo en cadena.

1914 Votación del *Clayton Antitrust Act*, que prohíbe las fusiones que puedan dar lugar a una situación monopolista en un determinado sector. Inauguración del canal de Panamá. El presidente Wilson proclama la neutralidad de Estados Unidos en la guerra europea, lo que no impide la concesión de préstamos de guerra. *Mid-term elections*: victoria demócrata.

1915 La flota alemana torpedea el navío británico *Lusitania* con el resultado de 1.198 muertos, entre ellos un centenar de norteamericanos (7 de mayo). Desembarco norteamericano en Haití (28 de julio), que se convierte en protectorado americano (16 de septiembre). Estreno de la película de D. W. Griffith *El nacimiento de una nación.*

1916 Compra a Dinamarca de las islas Vírgenes (4 de agosto). Reelección de Woodrow Wilson con un programa pacifista (noviembre). Estados Unidos establece un gobierno militar en la República Dominicana (29 de noviembre).

1917 Declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania el 6 abril como respuesta a la guerra submarina alemana, iniciada el 31 de enero. Instauración del reclutamiento obligatorio (18 de mayo). Llegada a Boulogne-sur-Mer de la primera división norteamericana en Europa al mando del general Pershing (13 de junio).

1918 Woodrow Wilson expone en su mensaje al Congreso los «catorce puntos» que considera necesarios para llegar a una paz justa (8 de enero). Más de un millón de soldados norteamericanos participan en el conflicto en Europa (julio). *Mid-term elections*: victoria republicana. Armisticio (11 de noviembre). La gripe española provoca 500.000 muertos en Estados Unidos.

1919 Apertura de la conferencia de paz (18 de enero). XVIII enmienda: instauración de la prohibición de la fabricación, transporte y venta de toda clase de bebidas alcohólicas (29 de enero). El pacto de la Sociedad de Naciones propuesto por el decimocuarto punto de Wilson es firmado por los aliados (28 de abril). El Senado desaprueba al presidente Wilson negándose a ratificar el Tratado de Versalles (29 de noviembre). Deportación de 250 comunistas extranjeros. En 1920 son detenidos 3.000 comunistas norteamericanos.

1920 El Senado se niega a ratificar la convención de la Sociedad de Naciones (19 de marzo). XIX enmienda, instauración del derecho de voto para las mujeres (26 de agosto). Atentado con bomba en Wall Street (16 de septiembre). Wilson recibe el Premio Nobel de la Paz. Elección de Warren Harding, vigésimo noveno presidente de Estados Unidos.

1921-1923 Warren G. Harding (1865-1923)

*El breve mandato de Warren Harding inaugura la era de la «prosperidad» norteamericana que, hasta la crisis de 1929, está dominada por los valores republicanos de «el americanismo al 100%» y de la vuelta a la normalidad (*Back to normalcy*) tras la participación norteamericana en la primera guerra mundial.*

1921 Introducción de cuotas de inmigración (19 de mayo). Estados Unidos firma un tratado de paz separado con Alemania (24 de agosto). Apertura de la conferencia de Washington sobre la limitación de las construcciones bélicas y la prohibición del empleo de gas en la guerra (12 de noviembre).

1922 Sinclair Lewis publica *Babbitt. Mid-term elections*: victoria republicana. Aparición del *Reader's Digest.*

1923 Muerte de Warren Harding el 2 de agosto. Calvin Coolidge se convierte en el trigésimo presidente de Estados Unidos (noviembre).

1923-1929 Calvin Coolidge (1872-1933)

Vicepresidente de Warren Harding, al que sustituye tras su fallecimiento, Calvin Coolidge fue elegido en 1924. Estados Unidos conoce un periodo de prosperidad sin precedentes y un desarrollo anárquico caracterizado por el abuso del recurso al crédito. La superproducción agrícola arruina a los pequeños agricultores. Las transacciones en la Bolsa de Nueva York superan en volumen a la de Londres. El 60 % de las reservas mundiales de oro se encuentran en Estados Unidos. Se generaliza el uso del automóvil, que modela la civilización norteamericana.

1924 Segunda ley de cuotas. Prohibición de la inmigración japonesa. Se concede la ciudadanía norteamericana a todos los indios (15 de junio). Intervención armada en la República Dominicana. George Gershwin estrena *Rhapsody in Blue.*

1925 Condena a John Scopes por haber enseñado la teoría de la evolución a sus alumnos (Dayton, Tennessee).

1926 El *Air Commerce Act* prevé la concesión de ayudas federales para la creación de una aviación comercial. *Mid-term elections*: victoria republicana.

1927 Charles Lindbergh atraviesa el Atlántico en avión (20 de mayo). Ejecución de los anarquistas Nicolas Sacco y Bartolomeo Vanzetti, condenados por un supuesto asesinato en un proceso en el que no se demostró su culpabilidad (23 de agosto). Estreno de la primera película sonora, *El cantor de jazz*, de Alan Crosland.

1928 Elección de Herbert Hoover, trigésimo primer presidente de Estados Unidos (noviembre).

1929-1933 Herbert C. Hoover (1874-1964)
Candidato republicano elegido en pleno periodo de prosperidad norteamericana. Tardó demasiado en darse cuenta de la gravedad de la crisis de 1929.

1929 Paroxismo de la guerra de bandas de gángsteres en Chicago. *Agricultural Marketing Act*: estabilización de los precios agrícolas (15 de junio). Plan Young para el pago de las reparaciones de guerra alemanas (junio). *Crack* en la Bolsa de Wall Street («jueves negro»), que terminaría provocando en cuatro años una recesión del 45 % de la economía, un fuerte crecimiento del paro y una bajada del nivel de vida (24 de octubre). William Faulkner publica *El sonido y la furia*.

1930 Creación del Federal Farm Board, destinado a adelantar fondos a las cooperativas agrícolas (marzo). *Mid-term elections*: los demócratas alcanzan la mayoría en la Cámara de los representantes, mientras que la mayoría del Senado sigue siendo republicana (4 de noviembre).

1931 Inauguración en Nueva York del Empire State Building (1 de mayo). Moratoria sobre la deuda exterior esencialmente destinada a aliviar la situación económica de Alemania. Esta medida cerró la regulación de las reparaciones (6 de julio).

1932 Creación de la Reconstruction Finance Corporation, que instaura un sistema de préstamos a las instituciones bancarias (2 de febrero). Marcha de veteranos sobre Washington (28-29 de julio). Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Elección de Franklin Roosevelt, trigésimo segundo presidente de Estados Unidos (noviembre).

1933-1945 Franklin D. Roosevelt (1880-1945)
Candidato demócrata, primo lejano de Theodore Roosevelt, abogado, senador y posteriormente gobernador del estado de Nueva York, Franklin Delano Roosevelt es elegido gracias a una auténtica marea electoral. Cuarenta y dos estados de un total de cuarenta y ocho le dieron su voto. Entre 1933 y 1935 la política del New Deal *se esfuerza por relanzar la actividad bancaria (moratoria de las deudas, devaluación del dólar, abandono del patrón oro...) y por reducir el paro mediante grandes inversiones financieras a cargo del presupuesto federal (construcción de presas, reordenación del valle del Tennessee, etc).*

1933 XX enmienda, relativa a los mandatos del presidente, del vicepresidente, de los congresistas y los senadores (6 de febrero). Periodo de cien días (9 de marzo a 16 de junio), caracterizado por la intensa actividad legislativa. El *Agricultural Adjustement Act* organiza los créditos agrícolas y pone en práctica un sistema de subvenciones para las tierras dejadas en barbecho (12 de mayo). Ley sobre la revalorización del valle de Tennessee (*Tennessee Valley Authority*) (18 de mayo). Abandono del patrón oro (5 de junio). *National Industrial Recovery Act* garantiza un salario obrero mínimo y liberaliza los derechos sindicales (16 de junio). Se adopta el control de los bancos. Washington reconoce a la URSS (16 de noviembre). XXI enmienda: fin de la prohibición, anulación de la XVIII enmienda (5 de diciembre).

1934 Retirada de las tropas americanas de Haití. *Mid-term elections*: avances electorales de los demócratas en la Cámara de representantes y en el Senado (6 de noviembre).

1935 Franklin Roosevelt anuncia un relanzamiento del *New Deal* (4 de enero). Ley Wagner sobre las relaciones laborales (5 de julio). Ley sobre la seguridad social por la que se crea el Estado-providencia (14 de agosto). El *Neutrality Act* afirma una política aislacionista (31 de agosto). Creación del sindicato Congress of Industrial Organizations (CIO).

1936 El Tribunal Supremo invalida la *Agricultural Adjustemen Act* (6 de enero). Reelección de Franklin Roosevelt. Margaret Mitchell publica *Lo que el viento se llevó*.

1937 Lucha entre Franklin y el Tribunal Supremo (5 de febrero-22 de julio). Discurso de la «cuarentena» de Franklin Roosevelt (5 de octubre). La cañonera norteamericana Panay es bombardeada por aviones japoneses (12 de diciembre).

1938 Nuevo *crack* bursátil en Wall Street. El número de parados en Estados Unidos alcanza los diez millones (25 de marzo). Instauración de un salario mínimo (28 de junio). *Mid-term elections*: los demócratas pierden escaños en el Congreso, pero conservan la mayoría.

1939 Fuerte crecimiento del presupuesto de defensa (enero). Mientras que estalla la guerra en Europa, Estados Unidos reafirma su neutralidad (5 de septiembre). John Steinbeck publica *Las uvas de la ira*.

1940 El secretario de Estado Summer Welles efectúa una misión de información en Berlín, París y Londres (marzo). Tras la derrota francesa, Franklin Roosevelt autoriza la transferencia a la Royal Navy británica de cincuenta destructores. Londres tiene que hacer frente ella sola a la ofensiva submarina alemana (3 de septiembre). Reelección de Franklin Roosevelt en noviembre.

1941 Ley de préstamo preferencial (*lend-lease*), que permite aportar una ayuda financiera y material a los países democráticos en lucha (10 de marzo). Carta del Atlántico: declaración común Churchill-Roosevelt (14 de agosto). Reelección de Franklin Roo-

sevelt (noviembre). El ataque sorpresa japonés a la base norteamericana de Pearl Harbour (7 de diciembre) provoca la entrada en guerra de Estados Unidos el 8 de diciembre. Ampliación del reclutamiento obligatorio a todos los hombres de entre 20 y 40 años de edad (19 de diciembre).

1942 Internamiento de 110.000 norteamericanos de origen japonés. Batalla del mar de Coral en el nordeste de Australia (7 y 8 de mayo). Victoria norteamericana de Midway en el Pacífico (3 y 6 de junio). Operación Torch: desembarco en el norte de África (8 de noviembre). *Mid-term elections*: victoria demócrata. Reconquista americana de Guadalcanal, en el archipiélago de las Salomón (12-15 de noviembre).

1943 Franklin Roosevelt participa en la conferencia de Casablanca con Winston Churchill (12 y 24 de enero). Fin de la campaña del norte de África (13 de mayo). Disturbios raciales en Detroit y Nueva York (junio). Impuestos sobre los ingresos retenidos en origen (1 de julio). Desembarco aliado en Sicilia (10 de julio). Conferencia de Quebec sobre la apertura de un nuevo frente en el oeste de Europa (11 y 24 de agosto). Operación Avalancha: desembarco en el sur de Italia (9 de septiembre). Avances en la guerra del Pacífico, sobre todo en las islas Gilbert (noviembre). Conferencia de Teherán en la que participaron Franklin Roosevelt, Winston Churchill y Josip Stalin. Discusión sobre el desembarco en Francia y la creación de una organización internacional para el mantenimiento de la paz (28 de noviembre-1 de diciembre).

1944 Entrada de las tropas norteamericanas en Roma (4 de junio). Desembarco en Normandía (6 de junio). *GI Bill of Rights*: creación de un sistema de jubilación para los antiguos combatientes (22 de junio). Conferencia de Bretton Woods: el dólar se convierte en patrón internacional (julio). Desembarco norteamericano en Provenza (15 de agosto). Conferencia de Dumbarton Oaks sobre las Naciones Unidas (21 de agosto-7 de octubre). Franklin Roosevelt es reelegido para su cuarto mandato (noviembre).

1945 (Enero-abril) Firma de la Carta de San Francisco, que representó la puesta de los cimientos de la Organización de Naciones Unidas (26 de enero). La conferencia de Yalta ratifica las nuevas relaciones de fuerzas entre las dos superpotencias que surgen victoriosas de la guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética (4 y 11 de febrero). Desembarco en Okinawa (1 de abril). Muerte de Franklin Roosevelt. Harry Truman se convierte en el trigésimo tercer presidente de Estados Unidos (12 de abril).

1945-1953 Harry S. TRUMAN (1884-1972)

Vicepresidente de Franklin Roosevelt. A su llegada a la Casa Blanca, Harry Truman se enfrenta a la difícil tarea de terminar la guerra y frenar a la potencia soviética. Debe también velar por asegurar la preeminencia política, económica y militar de Estados Unidos en un mundo por reconstruir y conducir la transición de una economía de guerra a una de paz.

1945 (Mayo-diciembre). Capitulación de Alemania (7 de mayo). Los Álamos, primer ensayo de la bomba atómica norteamericana (16 de julio). Conferencia de Potsdam (17 de julio-2 de agosto). Bomba atómica sobre Hiroshima (6 de agosto) y luego sobre Nagasaki (9 de agosto). Capitulación de Japón (14 de agosto). Los norteamericanos reemplazan a los japoneses en el sur de Corea (8 de septiembre). MacArthur se convierte en comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Asia (9 de septiembre).

1946 Huelgas en las minas y después en la industria a partir de abril. Independencia de Filipinas (4 de julio). *Mid-term elections*: la oposición republicana consigue la mayoría en las dos cámaras (noviembre).

1947 George Marshall se convierte en secretario de Estado (enero). Doctrina Truman sobre la resistencia al comunismo en Europa (12 de marzo). La ONU confía a Estados Unidos el mandato sobre las islas del Pacífico, que la Sociedad de Naciones había dado a Japón (2 de abril). Anuncio del Plan Marshall en la Universidad de Harvard (5 de junio). El Congreso hace caso omiso al veto presidencial del 20 de junio a una ley que limitaba el derecho de huelga.

1948 Adopción del Plan Marshall, que inyecta 12.500 millones de dólares a las economías occidentales en forma de donativos (2 de abril). Creación de la Organización de Estados Americanos (30 de abril). Bloqueo soviético a Berlín y puesta en práctica de un puente aéreo norteamericano para quebrantar el cerco económico a los sectores occidentales de Berlín (1 de abril-30 de septiembre). Harry Truman es reelegido para un segundo mandato (noviembre). Informe Kinsey sobre la sexualidad.

1949 Tratado de la Alianza Atlántica (4 de abril): es firmado por doce países y da origen el 24 de agosto a una alianza militar, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN, que bajo dirección norteamericana coordina la defensa de Europa frente a la Unión Soviética. Retirada de las tropas norteamericanas de Corea (29 de junio). Condena a cinco años de prisión a los dirigentes del partido comunista norteamericano (14 de octubre).

1950 El presidente Truman decide fabricar la bomba H (31 de enero). Discurso del senador Joseph McCarthy en Wheeling denunciando la presencia de comunistas en el seno de la administración norteamericana (9 de febrero). Para prevenir las amenazas de huelga general, el ejército se hace cargo de los ferrocarriles, cuyo control mantiene legalmente hasta 1952. Inicio de la guerra de Corea (25 de junio). Desembarco norteamericano en Corea (15 de septiembre). *Mid-term elections*: los demócratas son mayoría en ambas cámaras. Embargo contra la China comunista (8 de diciembre).

1951 Ratificación de la XXII enmienda, que limita el número de mandatos presidenciales a dos (27 de febrero). Harry Truman frena a MacArthur cuando éste propone el empleo de la bomba atómica en Asia (11 de abril). Condena por espionaje el 19 de junio al matrimonio formado por Julius y Ethel Rosenberg, ejecutados en 1953. Creación del ANZUS con Australia y Nueva Zelanda (1 de septiembre). Tratado de paz con Japón (8 de septiembre).

1952 El Tribunal Supremo declara inválida la requisa de las acererías del país decidida por el presidente Truman con el fin de poner trabas a una huelga (2 de junio). El *Immigration and Naturalization Act* suprime toda discriminación contra los no europeos (26 de junio). Explosión de la primera bomba H norteamericana (1 de noviembre). Elección de Dwight Eisenhower, trigésimo cuarto presidente de Estados Unidos (noviembre).

1953-1961 Dwight D. Eisenhower (1890-1969)

*Comandante en jefe de las fuerzas aliadas occidentales en Europa durante la segunda guerra mundial y comandante supremo de la OTAN a partir de 1950, Dwight Eisenhower fue elegido en 1952 bajo la etiqueta del partido republicano. Cumple dos mandatos caracterizados por una política de contención de la expansión comunista (*containment*) y por el auge del movimiento de derechos civiles (*civil rights*).*

1953 Armisticio en el frente de Corea (27 de julio).

1954 Lanzamiento del primer submarino de propulsión nuclear (21 de enero). Se declara inconstitucional la segregación racial en las escuelas (16 de mayo). *Mid-term elections*: la posición demócrata consigue la mayoría en las dos cámaras. Censura del Senado por mentiras y maniobras al senador McCarthy, que había dirigido la lucha anticomunista dentro del país. Pacto de la OTASE, que pretendía ser simétrico a la OTAN pero para el sureste de Asia. La retirada de Francia de Indochina conduce a Estados Unidos a comprometerse en Vietnam del Sur.

1955 Montgomery, Alabama: una pasajera negra, Rosa Parks, se niega a ceder su asiento en el autobús a un blanco (1 de diciembre). Campaña de boicot de la NAACP (National Association for the Advancement of Coloured People). Fusión de los dos principales sindicatos, la AFL (American Federation of Labor) y la CIO (Congress of Industrial Organizations) en la AFL-CIO.

1956 Representando a los estados del sur, 101 miembros del Congreso llaman a oponerse a la integración racial impuestas por el Tribunal Supremo (12 de marzo). Reelección de Dwight Eisenhower (6 de noviembre).

1957 El Tribunal Supremo pone fin a la llamada «caza de brujas» (junio). El presidente Eisenhower envía tropas para proteger a los alumnos negros de la Central High School de Little Rock (Arkansas), a los que una multitud blanca se negaba a dejar entrar en el centro (24 de septiembre). La Unión Soviética lanza un primer satélite artificial, el Sputnik (4 de octubre). Jack Kerouac publica *En el camino*.

1958 Lanzamiento del primer satélite norteamericano, Explorer I (31 de enero). Intervención norteamericana en el Líbano (mayo-octubre). *Mid-term elections*: desastre electoral republicano a causa del aumento del paro.

1959 Alaska se convierte en el 49.º estado de Estados Unidos (3 de enero). Visita del vicepresidente Richard Nixon a Moscú (julio). Hawai se convierte en el 50.º estado (21 de agosto). Encuentro Jruschov-Eisenhower en Camp David (15-23 de septiembre).

1960 Vasta campaña de sentadas contra la segregación en Estados Unidos (febrero). El asunto del avión espía norteamericano U2, abatido sobre el cielo de la URSS, reanima la tensión norteamericano-soviética (1 de mayo). Elección de John Kennedy como trigésimo quinto presidente de Estados Unidos (noviembre).

1961 (Enero) Ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba (3 de enero). Dwigth Eisenhower explica la «teoría de las fichas de dominó» (19 de enero).

1961-1963 John F. Kennedy (1917-1963)

Candidato demócrata y primer presidente católico de Estados Unidos, John Kennedy fue elegido frente al vicepresidente republicano Richard Nixon tras una campaña que movilizó a todo el clan Kennedy y numerosos intereses económicos. Su administración se caracteriza por el inicio del envío de consejeros militares a Vietnam del Sur y el enfrentamiento con la Unión Soviética.

1961 (Febrero-diciembre) Estados Unidos envía ayuda y asesores militares a Laos (21 de marzo). La XXIII enmienda acuerda la elección de grandes electores que eligen al presidente en el distrito de Columbia, capital federal (29 de marzo). Fracasa el intento de desembarco de anticastristas apoyados por la CIA en bahía de Cochinos en Cuba (17 de abril). Primer vuelo espacial de un norteamericano, Alan Shepard (5 de mayo). Dos mil consejeros militares norteamericanos en Vietnam del Sur (11 de diciembre).

1962 El primer estudiante negro, James Meredith, entra en la Universidad de Misisipí bajo la protección de 3.000 soldados (1 de octubre). John Kennedy denuncia la presencia de misiles soviéticos en Cuba, a un tiro de piedra de Estados Unidos, y exige a los dirigentes soviéticos que desmantelen su armamento haciendo pesar la amenaza de recurrir a las armas nucleares (22 de octubre). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas. Rachel Carson, *Silent Spring*.

1963 El Tribunal Supremo declara inconstitucionales las leyes que imponen la oración en las escuelas públicas (17 de junio). Instalación del teléfono rojo entre Washington y Moscú (20 de junio). Tratado de pro-

hibición de ensayos nucleares salvo los subterráneos (25 de julio). El pastor Martin Luther King reúne a 200.000 personas en el transcurso de una marcha pacífica sobre Washington (28 de agosto). John Kennedy cae asesinado en Dallas por Lee Harvey Oswald en circunstancias todavía no explicadas (22 de noviembre). A la muerte de John Kennedy, Lyndon Johnson se convierte en el trigésimo sexto presidente de Estados Unidos.

1963-1969 Lyndon B. Johnson (1908-1973)
Vicepresidente y antiguo senador por Tejas, sucede a John Kennedy. Fue reelegido en 1964. Su administración coincide con la guerra de Vietnam.

1964 En su discurso de investidura, el presidente declara la guerra contra la pobreza (8 de enero). La XXIV enmienda suprime toda exención en la concesión del derecho al voto (23 de enero). Inicio de las rondas Kennedy: negociaciones aduaneras en el marco del GATT (5 de mayo). Incidente naval en el golfo de Tonkin que sirvió de pretexto para los primeros ataques aéreos norteamericanos en Vietnam (2 de junio). Misisipí: asesinato de tres funcionarios responsables de la aplicación de los derechos civiles (22 de junio). Lyndon Johnson firma el *Civil Right Act* (2 de julio). El contingente terrestre norteamericano en Vietnam del Sur alcanza los 125.000 hombres (julio); culminaría con 580.000 en 1968. El Congreso autoriza el envío de tropas americanas a Vietnam (7 de agosto). Informe Earl Waren, presidente del Tribunal Supremo, sobre el asesinato de John Kennedy. Se considera como único culpable a Oswald (27 de septiembre). Inicio del Free Speech Movement en Berkeley (1 de octubre). Martin Luther King recibe el Premio Nobel de la Paz (14 de octubre). Elección de Lyndon Johnson (noviembre).

1965 Lyndon Johnson autoriza bombardeos continuados sobre Vietnam al norte del paralelo 20° (7 de febrero). Ley que condena los atentados al derecho de voto de los negros (18 de febrero). Asesinato del dirigente nacionalista negro Malcolm X, antiguo representante de la Nation of Islam, organización radical con la que había roto en 1964 (21 de febrero). Primera manifestación nacional en Washington contra la guerra de Vietnam (17 de marzo). Intervención norteamericana en la República Dominicana (28 de abril). Lyndon Johnson firma la ley por la que se crea Medicare, seguro de asistencia médica para los mayores de 65 años (20 de julio). *Voting Rights Act* (6 de agosto). Revueltas negras en el barrio de Watts en Los Ángeles (11-16 de agosto). El *Inmigration Act* pone fin a las cuotas de inmigración (3 de octubre).

1966 Nueva campaña de bombardeos en Vietnam del Norte (21 de enero). Se lanza el lema *Black Power* durante una marcha celebrada en el estado de Misisipí (17 de junio). Graves revueltas negras en Chicago, Cleveland y Brooklyn (julio). *Mid-term elections*: los demócratas consiguen la mayoría en ambas cámaras. Fundación de la National Organization for Women (21 de noviembre).

1967 La XXV enmienda aborda el caso de que la presidencia quede vacante (10 de febrero). Manifestaciones contra la guerra de Vietnam en Nueva York y San Francisco (15 de abril). Serie de revueltas raciales en Nueva Jersey y Detroit (julio).

1968 El Viet-minh lanza la ofensiva del Tet (30 de enero). Asesinato de Martin Luther King (4 de abril). Asesinato del senador Robert Kennedy (5 de junio). Inicio de las negociaciones entre Estados Unidos y Vietnam del Norte (10 de mayo). Firma del tratado de no proliferación de armas nucleares (1 de julio). Elección de Richard Nixon como trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos (noviembre).

1969-1974 Richard M. Nixon (1913-1994)
Representante y luego senador por California. Candidato perdedor frente a John Kennedy en 1960 y luego frente a su rival demócrata en California, Richard Nixon vuelve a la política tras la campaña de 1968 y hace del anticomunismo su principal arma electoral. Su concepción de la presidencia le lleva a considerar la política exterior como un campo reservado exclusivamente a él. En colaboración con Henry Kissinger, que se convierte en subsecretario de Estado, intenta poner fin a la guerra de Vietnam para evitar una debacle del ejército norteamericano.

1969 Apertura de las negociaciones de París para salir del *impasse* militar en Vietnam (25 de enero). Los astronautas norteamericanos ponen el pie en la Luna (22 de julio). El concierto de Woodstock reúne a más de 300.000 personas (15-17 de agosto). Washington y Moscú inician las negociaciones SALT en Helsinki (17 de noviembre).

1970 El *Earth Day* marca el auge del movimiento ecologista (22 de abril). Intervención norteamericana en Camboya (30 de abril-30 de julio). Manifestación nacional de feministas (26 de agosto). Creación de la Environmental Protection Agency (10 de septiembre). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas en las dos cámaras.

1971 La XVVI enmienda establece la mayoría de edad electoral a los 18 años (5 de julio). El Tribunal Supremo autoriza la publicación por el *The New York Times* de los «Dossieres del Pentágono», una serie de encuestas sobre las actuaciones del ejército en Vietnam (30 de junio). Richard Nixon bloquea los precios y los salarios durante noventa días. Ese mismo día el fin del sistema de Bretton Woods llega a su fin con la decisión de Washington de dejar fluctuar libremente la cotización del dólar (15 de agosto). Bombardeos de Vietnam del Norte (26 de diciembre).

1972 Visita de Richard Nixon a China, preludio del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países. El presidente concede a China la cláusula de nación más

favorecida (21-28 de febrero). Reanudación de las ofensivas norvietnamitas. Bombardeo de Hanoi (15 de abril). Minado del puerto de Haiphong (5 de mayo). Visita de Nixon a Moscú, la primera de un presidente norteamericano. Firma de los primeros acuerdos norteamericano-soviéticos de limitación de las armas nucleares SALT I (30 de mayo). Importantes ventas de cereales a la URSS. Asalto del cuartel general demócrata (17 de junio). Reelección de Richard Nixon (7 de noviembre).

1973 El Tribunal Supremo autoriza el aborto («Roe contra Wade», 2 de enero). Acuerdo de París: cese del fuego en Vietnam y retirada progresiva de las fuerzas norteamericanas (27 de enero). Se devalúa el dólar en un 10 % (12 de febrero). Leonid Breznev visita Washington (16-24 de junio). Acusación a Richard Nixon en el escándalo del *Watergate* (25 de junio). Fin de los bombardeos sobre Camboya (15 de agosto). Dimisión del vicepresidente Spiro Agnew, acusado de fraude fiscal (10 de octubre). De acuerdo con la Constitución, Gerald Ford es nombrado por el Congreso para reemplazarle. Apoyo norteamericano a Israel durante la guerra de Kippor (25 de octubre). Inicio de la crisis petrolífera, los países de la OPEP triplican el precio del petróleo y someten a Estados Unidos a un embargo petrolífero que permanecerá en vigor hasta marzo de 1974. El Congreso hace caso omiso del veto del presidente a una ley que prohibía el envío de tropas al extranjero sin acuerdo parlamentario (7 de noviembre).

1974 (Enero-agosto) Visita de Richard Nixon a Moscú (junio). La comisión judicial de la Cámara de representantes recomienda aplicar el *procedure of impeachment* contra el presidente (27-29 de julio). Dimisión de Richard Nixon (9 de agosto), sustituido por Gerald Ford, que se convierte en el trigésimo octavo presidente de Estados Unidos.

1974-1977 Gerald R. Ford (1913)

Vicepresidente designado un año antes por el Congreso, Gerald Ford sucede a Richard Nixon. No obstante, afirma su autoridad sobre todo en el campo de la política exterior, manteniendo con el secretario de Estado Henry Kissinger la política de distensión con la URSS.

1974 (Septiembre-diciembre) Cumbre de Vladivostok entre Estados Unidos y la URSS (23-24 de noviembre). *Mid-term elections*: victoria demócrata.

1975 Caída de Saigón y evacuación de los últimos soldados norteamericanos (29 de abril). Una comisión gubernamental acusa a la CIA de haber realizado operaciones ilegales, entre ellas fichar injustificadamente a 300.000 personas. Acuerdos de Helsinki (1 de agosto). Atentado en el aeropuerto neoyorquino de La Guardia (29 de diciembre).

1976 El centro de gravedad demográfica de Estados Unidos se sitúa por primera vez al oeste del Misisipí. Acuerdos de Jamaica. Desmonetización del oro y del patrón dólar (8 de enero). La sonda Viking llega a Marte (20 de julio). Elección de Jimmy Carter, trigésimo noveno presidente de Estados Unidos.

1977-1981 James Earl Carter (1924)

Candidato demócrata, Jimmy Carter utilizó durante su campaña el descrédito caído sobre los republicanos por el escándalo Watergate para presentarse ante la opinión pública como un hombre honesto e idealista, pero la oposición de los republicanos y la fragilidad de su administración le impiden llevar a cabo gran parte de sus reformas.

1977 Gary Gilmore consigue que se ejecute la pena de muerte que le había sido impuesta, convirtiéndose en el primer reo ejecutado desde 1967 (17 de enero). Amnistía a los desertores de Vietnam (17 de julio). Lanzamiento del Plan Carter para el ahorro energético (18 de abril).

1978 Un referéndum en California impone una reducción del 57 % en los impuestos locales (6 de junio). El Tribunal Supremo rechaza un sistema generalizado de cuotas por raza (28 de junio). Jimmy Carter lanza un plan contra la inflación con el que pretendía una reducción del déficit presupuestario y una limitación de los salarios (25 de octubre). Acuerdos de Camp David, orquestados por Estados Unidos, que inaugura un proceso de paz entre Israel y Egipto (octubre). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas. La comisión legislativa sobre el asesinato del presidente Kennedy concluye que debió haber cómplices.

1979 Normalización de relaciones con China popular (1 de enero). Accidente nuclear en Three Mile Island (Pensilvania, 28 de marzo). Cumbre Breznev-Carter en Viena: SALT II (16-18 de julio). Plan Carter para la economía (16 de julio). Primera visita papa Juan Pablo II (octubre). Un préstamo federal salva a la empresa Chrysler de la bancarrota (1 de noviembre). Toma de rehenes en la embajada norteamericana en Teherán (12 de noviembre).

1980 Anuncio de sanciones económicas contra la URSS (4 de enero) tras la invasión de Afganistán por tropas soviéticas (26-27 de diciembre de 1979). Estados Unidos boicotea los juegos olímpicos de Moscú (20 de enero). Fracaso de la tentativa norteamericana de liberar a los rehenes retenidos en Irán, que arruina el prestigio de Jimmy Carter (abril). Erupción del volcán Mont Saint Helen, estado de Washington (18 de mayo). Elección de Ronald Reagan, cuadragésimo presidente de Estados Unidos (noviembre). Asesinato del cantante John Lennon (8 de diciembre).

1981-1989 Ronald W. Reagan (1911)

Antiguo actor, pero también gobernador constantemente reelegido en California desde 1966, el nuevo presidente republicano encarnará durante ocho años una incontestable voluntad de renovación. En el plano interior es partidario

del liberalismo y la desregulación, que elimina implacablemente a las empresas más débiles. En el exterior se compromete a mantener una política de firmeza frente a la URSS.

1981 Liberación de los rehenes norteamericanos retenidos en Irán (20 de enero). Tentativa de asesinato del presidente Reagan (30 de marzo). Primer lanzamiento de la plataforma espacial Columbia (12 de abril). Ley sobre una reducción masiva de los impuestos, 750.000 millones de dólares en cinco años (29 de julio). El gobierno acaba con la huelga de controladores aéreos despidiendo a 12.500 de ellos (3 de agosto). Sandra O'Connor se convierte en la primera mujer nombrada para formar parte del Tribunal Supremo (21 de septiembre). El número de parados alcanza los 10,8 millones, cifra récord desde 1940 (diciembre). Embargo de los avituallamientos para la explotación de gas y petróleo contra la URSS como represalia por la instauración de un gobierno militar en Polonia (19 de diciembre); se levantaría en noviembre de 1982 coincidiendo con la liberación del dirigente sindical Lech Walesa.

1982 El Departamento de Justicia impone la división de la gigantesca AT&T en 22 empresas telefónicas (8 de enero). El proyecto de enmienda constitucional sobre igualdad de derechos entre hombres y mujeres se ve abandonado tras diez años de lucha infructuosa para convencer a los estados de que lo ratificaran (22 de marzo). *Mid-term elections*: victoria de los demócratas en la Cámara de representantes mientras que el Senado sigue siendo de mayoría republicana. Participación de la fuerza multinacional de intervención en Líbano. El senador demócrata Edward Kennedy, acusado de haber permitido que su secretaria se ahogara durante un accidente, renuncia a la carrera a la presidencia (1 de diciembre).

1983 El déficit presupuestario alcanza los 232.000 millones de dólares, es decir, el 29,1 del presupuesto federal. Discurso del presidente anunciando el proyecto de IDS, iniciativa para la defensa estratégica o «guerra de las galaxias» (23 de marzo). Reforma de la seguridad social (20 de abril). 241 marines muertos a causa de un atentado en Beirut (23 de octubre). Invasión de isla de Granada (25 de octubre), como respuesta a una brusca radicalización del régimen marxista instaurado en 1979.

1984 Las tropas norteamericanas salen de Líbano (7 de febrero). Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Reelección de Ronald Reagan en noviembre.

1985 Estados Unidos se convierte en deudor neto frente al extranjero debido al agravamiento del déficit presupuestario (212.000 millones de dólares), y comercial (122.000 millones). Acuerdos del Plaza entre Estados Unidos y sus interlocutores, con los que se pretendía limitar la bajada del dólar (22 de septiembre). Ronald Reagan se reúne en Ginebra con Mijail Gorbachov (19-20 de octubre).

1986 Ataque aéreo a Libia, acusada de organizar atentados antiamericanos (14 de abril). Ronald Reagan se encuentra con Mijail Gorbachov en Reykjavik (11-12 de octubre). *Mid-term elections*: mayoría demócrata en el Congreso (11-12 de octubre). Revelación del escándalo llamado *Irangate* que relaciona al entorno del presidente con ventas de armas clandestinas a Irán (25 de noviembre).

1987 Acuerdos del Louvre entre Estados Unidos y sus interlocutores, con los que se pretendía asegurar la estabilización de las grandes divisas (22 de febrero). Entrada en vigor de sanciones comerciales contra Japón, acusado de prácticas comerciales desleales (17 de abril). *Crack* bursátil (19 de octubre). El informe parlamentario de investigación sobre el *Irangate* se muestra muy severo con respecto al presidente Reagan, pero no prevé ningún procedimiento de destitución (18 de noviembre). Firma del tratado de no proliferación en Washington (8-10 de diciembre).

1988 Acuerdo de librecambio entre Estados Unidos y Canadá (2 de enero). Washington anuncia que los privilegios arancelarios concedidos a los «cuatro tigres» (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwan) van a ser suprimidos (29 de enero). Estados Unidos emprende una acción judicial para conseguir el cierre de la oficina de la OLP en la ONU (22 de marzo), pero renuncia el 29 de agosto ante la hostilidad de la casi totalidad de miembros de la ONU. Cumbre de Moscú, centrada fundamentalmente en el desarme y los derechos humanos (29 de mayo-2 de junio). Se suaviza la política arancelaria (23 de agosto). Elección de George Bush como cuadragésimo primer presidente de Estados Unidos. El Senado y la Cámara de representantes siguen contando con mayoría demócrata (8 de noviembre). Nominación de James Baker como secretario de Estado (9 de noviembre). Estados Unidos acepta la apertura de un diálogo con los representantes de la OLP (14 de diciembre).

1989-1993 George H. W. Bush (1924)

Hombre de negocios, director de la CIA, embajador en China, presidente del partido republicano y vicepresidente entre 1981 y 1989, George Bush ejerció un mandato marcado por dos grandes acontecimientos: el desmoronamiento de la URSS y la guerra del Golfo.

1989 Represalias norteamericanas contra la negativa europea a importar carne hormonada. Quejas de la CEE acerca del GATT (1 de enero). Revueltas negras en Miami (16-17 de enero). El *Exxon Valdez*, petrolero con capacidad para 300.000 toneladas, choca contra la costa de Alaska y provoca la mayor marea negra jamás ocurrida en América del Norte (24 de enero). El Tribunal Supremo autoriza la ejecución de los condenados a muerte diminuidos psí-

quicos o de los que tuvieran entre 6 y 18 años en el momento de cometer su delito (26 de junio). La Bolsa de Nueva York experimenta la mayor bajada tras el lunes negro del 19 de octubre de 1987 (13 de octubre). El demócrata David Norman Dinkins se convierte en primer alcalde negro de Nueva York, mientras que Douglas Wilder, otro demócrata, se convierte en el primer gobernador negro (noviembre). Cumbre entre George Bush y Mijail Gorbachov en Malta. George Bush afirma su intención de integrar a la URSS en la comunidad internacional (2-3 de diciembre). Operación militar *Just Cause*, que expulsa del poder al dictador panameño Noriega, acusado de tráfico de drogas (20 de diciembre).

1990 En su discurso sobre el estado de la Unión, George Bush propone la reducción de las fuerzas norteamericanas y soviéticas en Europa central y oriental a 195.000 efectivos (31 de enero). Cumbre entre George Bush y Mijail Gorbachov en Washington (30 de mayo-3 de junio). Suspensión del diálogo norteamericano-palestino tras la negativa de la OLP a condenar el atentado palestino del 30 de marzo de Israel (20 de junio). Firma de un acuerdo con el que se pretendía reducir el número de bases norteamericanas en Grecia (8 de julio). George Bush anuncia que la evolución de las relaciones este-oeste implican la reducción del 25 % de las fuerzas militares norteamericanas (2 de agosto). Invasión de Kuwait por tropas iraquíes que marca el inicio de la guerra del Golfo (2 de agosto). Estados Unidos toma el mando de las operaciones aliadas con las ofensivas «Escudo del Desierto», a partir del 7 de agosto, y «Tormenta del Desierto», en enero de 1991, que se saldan en marzo con la derrota iraquí. El alcalde de Washington, Marion Barry, es condenado a seis meses de prisión por consumo de drogas (26 de octubre). *Mid-term elections*: elecciones ligeramente favorables a los demócratas (6 de noviembre). En el marco de la cumbre de la CSCE (20 de noviembre), se firma en París una declaración transatlántica destinada a regular las consultas entre la comunidad europea y Washington. George Bush visita Argentina, Chile y Venezuela para proponer a América Latina una colaboración basada en la democracia y el librecambio (3-8 de diciembre). Como consecuencia de entrevistas con el ministro soviético de asuntos exteriores E. Shevardnadze, George Bush anuncia una serie de medidas de ayuda económica a la URSS (12 de diciembre). El descenso del 1,6 % del PNB en el cuarto trimestre del año confirma la recesión de la economía norteamericana.

1991 Primera gira de James Baker por Oriente Próximo; en el transcurso de la misma se firma un acuerdo con los países árabes del Golfo para medidas de seguridad regional, pero en lo fundamental la gira se ocupa de relanzar el proceso de regulación del conflicto árabe-israelí (8-16 de marzo). Encuentro Bush-Gorbachov en Moscú, la primera cumbre después de la guerra fría (30-31 de julio). Golpe de Estado militar en Haití que derroca a su presidente, el sacerdote Jean-Bertrand Aristide (30 de septiembre). Por iniciativa de Estados Unidos se celebra en Madrid una conferencia de paz con delegaciones siria, libanesa, egipcia, jordana, palestina e israelí (30 de octubre-2 de noviembre).

1992 Reunión en Washington de la conferencia internacional sobre ayudas a la CEI bajo la égida de Estados Unidos (22-23 de enero). Discurso sobre el estado de la Unión. George Bush anuncia una reducción de 50.000 millones de dólares en el presupuesto de defensa a lo largo de 5 años (28 de enero). Los presidentes norteamericano y ruso proclaman una nueva era en las relaciones entre ambos países (1 de febrero). George Bush anuncia el desbloqueo de 24.000 millones de dólares para ayudar a Rusia (1 de abril). Revueltas raciales en Los Ángeles por la absolución de cuatro policías blancos que habían propinado una paliza a un automovilista negro detenido por exceso de velocidad; se saldan con 50 muertos (29 de abril-1 de mayo). Cumbre norteamericana-soviética sobre el desarme (17 de junio). Estados Unidos, Canadá y México firman un acuerdo de principios para el establecimiento de una zona de librecambio, la ALENA o NAFTA (North American Free Trade Agreement) que abarca a 164 millones de consumidores (12 de agosto). Elección de Bill Clinton como cuadragésimo segundo presidente de Estados Unidos (3 de noviembre). Lanzamiento de la operación militar *Restore Hope* en Somalia (diciembre) para poner fin a los combates que impiden la llegada de la ayuda alimentaria.

1993 (Enero) George Bush y Boris Yeltsin firman en Moscú el tratado START II sobre la reducción de armamentos estratégicos (3 de enero). Ataques de la aviación norteamericana y de los aliados contra Irak como consecuencia de incursiones militares en Kuwait y de la violación de las zonas de exclusión aérea impuestas a Irak en el norte de su territorio.

1993- **William J. CLINTON** (1946)

Bill Clinton, gobernador de Arkansas, fue elegido con el 43 % de los votos frente a un 39 % para George Bush y un 19 % para Ross Perrot, candidato de un partido reformista creado para la ocasión. Clinton, artífice de un programa social basado en gran medida en las reivindicaciones de las diferentes minorías o grupos que se manifiestan como tales en el país, compone desde el mismo momento en que asume el cargo un gobierno de equilibrio interétnico cuidadosamente dosificado. Plantea los principios de una política de saneamiento presupuestario y de reducción de los gastos que afecta de entrada a los proyectos militares y preside una neta recuperación de la economía norteamericana. En el exterior intenta conciliar el papel de árbitro de la paz que Estados Unidos, convertido en única

potencia mundial, desempeña en Oriente Próximo entre Israel y los países árabes, Asia y Europa, negándose siempre que le ha sido posible a autorizar cualquier forma de intervención directa de sus fuerzas en las zonas en conflicto.

1993 (Febrero-diciembre). Bill Clinton presenta su plan de reactivación de la economía destinado a reducir el déficit presupuestario al 2,7 % del PIB (17 de febrero). Atentado en el World Trade Center de Nueva York que provoca seis muertos y más de mil heridos (26 de febrero). Acusando a la CEE de prácticas preferenciales, Estados Unidos rompe las negociaciones en curso acerca de la apertura recíproca de los mercados públicos europeo y norteamericano (12 de marzo). Bill Clinton se reúne en Vancouver con el presidente ruso Boris Yeltsin, al que proporciona una ayuda por valor de 1.600 millones de dólares, tanto para sostener las reformas democráticas como para financiar el desmantelamiento de las fuerzas nucleares de la ex Unión Soviética (3-4 de abril). El ataque por parte del FBI al rancho de Waco, donde se había refugiado una secta, se salda con la muerte de 56 de sus miembros (19 de abril). Se abandona (13 de mayo) el programa IDS lanzado en marzo de 1983 por Ronald Reagan. Washington anuncia sanciones económicas contra China, acusada de haber vendido misiles a Pakistán (25 de agosto). Muerte de 18 soldados norteamericanos en el transcurso de la operación *Restore Hope* en Somalia (octubre). Estados Unidos retira sus tropas.

1994 Bill Clinton firma con Boris Yeltsin y el presidente ucraniano Kravchuk un acuerdo trilateral que prevé el desmantelamiento del arsenal nuclear de Ucrania. Los presidentes norteamericano y ruso firman la «declaración de Moscú», que prevé que sus misiles nucleares no apunten jamás a sus respectivos territorios (14 de enero). Bill Clinton decide levantar el embargo comercial decretado contra Vietnam en 1975 (3 de febrero). Reactivación de la sección 301 de la ley sobre el comercio, por la que Estados Unidos se otorga el derecho a adoptar sanciones comerciales unilaterales frente a sus interlocutores (3 de marzo). Dos colaboradores de Bill Clinton son citados para comparecer en el escándalo inmobiliario *Whitewater*, en el que está implicado el antiguo gobernador de Arkansas (4 de marzo). Prolongación desde septiembre de 1994 hasta septiembre de 1995 de la moratoria sobre los ensayos nucleares norteamericanos (14 de marzo). Estados Unidos renueva a China la cláusula de nación favorecida (26 de mayo). Resolución 940 de la ONU, que autoriza a Estados Unidos a ampliar todos los medios necesarios para favorecer la salida de los golpistas de Puerto Príncipe y restablecer la democracia en Haití (31 de julio). Como consecuencia de un acuerdo firmado entre la misión conducida por el antiguo presidente Jimmy Carter y la Junta haitiana, Estados Unidos interviene en Haití (21 de septiembre). Cumbre de Washington que reúne a Bill Clinton y Boris Yeltsin y permite la firma de un acuerdo para el relanzamiento del proceso de desmantelamiento nuclear y una intensificación de los intercambios comerciales (27 de septiembre). *Mid-term elections*: fuerte subida republicana, tanto en la Cámara de representantes como en el Senado (8 de noviembre). Lloyd Bentsen sustituye al dimitido Robert Rubin en el puesto de secretario del Tesoro (6 de diciembre).

1995 Discurso sobre el estado de la Unión. Bill Clinton propone un nuevo contrato social que defiende la conquista de la solidaridad al tiempo que prevé una reducción del papel del Estado-providencia (24 de enero). A pesar de la hostilidad del Senado, el presidente adopta un decreto que prevé la concesión de 20.000 millones de dólares en préstamos y garantías a México tras la bancarrota del Estado mexicano (31 de enero). A pesar de la intervención de la Reserva Federal norteamericana, en los mercados de cambios de Tokio el dólar alcanza su nivel histórico más bajo (3 de abril). El atentado de Oklahoma City, atribuido a las milicias de extrema derecha opuestas al poder federal, es el más mortífero de toda la historia de Estados Unidos: 268 muertos y más de 500 heridos (19 de abril). Fracaso de la cumbre de Moscú entre Bill Clinton y Boris Yeltsin consagrada a la venta de equipos nucleares a Irán, la ampliación de la OTAN y la guerra de Chechenia (10 de mayo). El secretario de Estado Warren Christopher anuncia la voluntad de Washington de iniciar un nuevo diálogo transatlántico para el siglo XXI y propone una zona de librecambio entre Estados Unidos y Europa (2 de junio). En la ciudad suiza de Ginebra se firma un acuerdo sobre la industria automovilística con Japón que permite evitar una guerra comercial (28 de junio). Bill Clinton anuncia la normalización de relaciones con Hanoi (11 de julio). El líder del movimiento radical negro Nation of Islam, Louis Farrakhan, reúne en la capital del país a más de 400.000 hombres (16 de octubre). Acuerdos de Dayton: Bill Clinton consigue imponer a las tres facciones, serbia, croata y bosnia, acuerdos de paz que implican el reemplazamiento de las fuerzas de la ONU por un contingente americano-franco-británico de la OTAN bajo dirección de Estados Unidos (noviembre).

1996 Condena a reclusión a perpetuidad de Cheikh Oman Abd al Rahman, declarado culpable del atentado del World Trade Center (17 de enero). La aviación militar cubana derriba a dos Cessna norteamericanos de una organización anticastrista, los Hermanos al Socorro. Como represalia, Bill Clinton firma la ley Helms-Burton, que refuerza el embargo contra Cuba (12 de marzo). Apertura de la cumbre antiterrorista de Charm-el-Cheik, donde Estados Unidos califica a Irán, Irak, Libia y Sudán de estados terroristas (13 de marzo). En Japón, Bill Clinton firma un acuerdo militar con el que pretende reforzar los lazos de seguridad entre Tokio y Washington

(16 de abril). El Tribunal Supremo prohíbe toda forma de discriminación contra los homosexuales (20 de mayo). Un atentado provoca 19 víctimas en el campamento militar de Dhahran en Arabia Saudí (25 de junio). La empresa canadiense Sheritt International es la primera condenada bajo la ley Helms-Burton (11 de julio). La explosión en pleno vuelo de un boeing de la TWA provoca 230 víctimas (17 de julio). Inauguración de los juegos olímpicos de Atlanta (19 de julio), que el día 27 del mismo mes se ven marcados por un atentado con bomba. Firma de la ley d'Amato-Kennedy que impone sanciones contra toda empresa que invierta más de 40 millones de dólares al año en los sectores petrolíferos y de gas en Irán y Libia (5 de agosto). El ejército iraquí interviene en el Kurdistán, bajo control internacional desde 1991. Reacción inmediata de Estados Unidos que obliga a Sadam Hussein a retirar sus tropas tras varios enfrentamientos aéreos (septiembre). Bill Clinton es reelegido presidente con el 50 % de los sufragios, pero los republicanos conservan la mayoría en el Senado y la Cámara de representantes (5 de noviembre). Trent Lott sucede a Robert Dale a la cabeza de la mayoría republicana en el Senado, mientras que Bill Clinton nombra a Madeleine Albright secretaria de Estado y William Cohen sucede a William Perry en Defensa (3 de diciembre).

1997 Reelección del republicano Newt Gingrich a la presidencia de la Cámara de representantes (7 de enero). Recordando durante la presentación de su programa de gobierno que una cuarta parte de los alumnos salen de la enseñanza secundaria prácticamente analfabetos, Bill Clinton promete situar la mejora del sistema educativo en el centro de sus preocupaciones (4 de febrero). En el transcurso de una gira internacional, Madeleine Albright afirma la voluntad de Estados Unidos de implicarse con determinación en la escena internacional (15 de febrero), y acelerar la apertura de la OTAN a los países del Este a pesar de las reticencias de Moscú y de sus diferencias con Francia sobre el mando de la OTAN en el Mediterráneo (18 de febrero). Bill Clinton condena la decisión del primer ministro israelí Benjamin Netanyahu de construir una nueva colonia judía en Jerusalén este. Estados Unidos opone su veto a un proyecto de resolución de la ONU que pretendía denunciar este asentamiento (3 de marzo). La economía norteamericana da muestras de su magnífica salud con un crecimiento del 4,7 % en el cuarto trimestre de 1996 y un porcentaje de paro estabilizado en torno al 5 %. Encuentro de Bill Clinton y Boris Yeltsin en la cumbre de Helsinki para firmar acuerdos de desarme y cooperación económica; la cuestión de la OTAN sigue en punto muerto (20-21 de marzo). Bill Clinton y su administración se convierten en el eje de una insistente polémica relativa a la financiación a la campaña demócrata de 1996 (marzo). Visita del vicepresidente norteamericano Al Gore a China (24 de marzo). La Unión Europea retira sus quejas a la OMC tras la decisión de la Casa Blanca de no aplicar la ley Helms-Burton a compañías europeas (11 de abril). Ratificación por el Senado de la convención sobre la prohibición de armas químicas (24 de abril). Creación artificial de un minicromosoma humano por un equipo de especialistas en genética de la Case Western Reserve University (abril). Poniendo fin a más de un año de negociaciones, se concluye un acuerdo entre la Casa Blanca y los republicanos para alcanzar el equilibrio presupuestario hasta el año 2002 (2 de mayo). Primera gira de Bill Clinton por América Latina y firma de una «alianza contra las drogas» con México (6 de mayo). Bill Clinton se disculpa públicamente en nombre de Estados Unidos ante los sobrevivientes de experimentos médicos realizados con negros en Alabama entre 1932 y 1972 (16 de mayo). Acusado de acoso sexual por Paula Jones, una ex colaboradora suya, Bill Clinton ve cómo aumenta la incertidumbre sobre la inmunidad jurídica del presidente de Estados Unidos a causa de un fallo del Tribunal Supremo que decide que puede ser procesado (27 de mayo). Adopción por la Cámara de representantes de una resolución que reconoce a Jerusalén como capital indivisible de Israel (10 de junio). Las principales empresas de la industria norteamericana del tabaco llegan a un acuerdo con cuarenta estados que prevé el desembolso a lo largo de veinticinco años de 400.000 millones de dólares a las víctimas de los cigarrillos (20 de junio). Cumbre del G8 en Denver que supone primera participación oficial de Rusia (20-22 de junio). Renovación a China de la cláusula de nación favorecida (24 de junio). El Tribunal Supremo norteamericano prohíbe el suicidio con asistencia médica (26 de junio). El Tribunal Supremo invalida parcialmente la ley Brady de 1993, negando que los compradores de armas puedan ser sujetos a un control de sus antecedentes judiciales (27 de junio). Bajo presiones de Bill Clinton la apertura de la OTAN al este se limita a Hungría, Polonia y la República Checa (8 de julio). McDonnell se fusiona con Boeing, que consigue de ese modo un monopolio sobre los aviones de más de cien plazas y un semimonopolio sobre los aviones de transporte de carga (23 de julio). Conferencia de Oslo sobre la prohibición de las minas antipersonales. Estados Unidos abandona las sesiones negándose a asumir las conclusiones de los expertos (18 de septiembre). La fiscal general Janet Reno anuncia la apertura de una encuesta preliminar acerca de las actividades de recogida de fondos realizadas personalmente por Bill Clinton con motivo de la campaña de 1996 (21 de septiembre). Acuerdo de seguridad norteamericano-japonés que prevé la ampliación de la asistencia de

fuerzas japonesas a las norteamericanas en caso de crisis regional (23 de septiembre). Nuevas disposiciones restrictivas en materia de inmigración. Los inmigrantes deberán ser a partir de este momento apadrinados por un residente y justificar ingresos al menos equivalentes al 125 % del salario que marca el umbral de pobreza (20 de octubre). Estados Unidos registra la tasa de paro más baja (4,7 %) desde 1973 (octubre). Duro revés político para Bill Clinton, obligado a diferir *sine die* la votación sobre el *fast track*, procedimiento que le habría permitido firmar acuerdos comerciales internacionales sin necesidad de consultarlos al Senado (10 de noviembre). Clima diplomático muy degradado entre Israel y Estados Unidos, que se impacienta al ver cómo Benjamin Netanyahu compromete sus intereses en Oriente Próximo. Se multiplican sin éxito las misiones especiales y las tentativas de mediación (junio-diciembre). Vivas tensiones entre Irak y Estados Unidos tras la expulsión de los expertos de la comisión encargada de supervisar el desarme de Irak que, tras una serie de amenazas militares norteamericanas a Bagdad, reanuda sus tareas en diciembre.

1998 Kenneth Starr, procurador independiente nombrado en el caso de corrupción *Whitewater*, inicia una investigación sobre las relaciones entre el presidente y Monica Lewinsky, joven becaria en la Casa Blanca (12 de enero). Por primera vez desde 1969, Estados Unidos presenta un presupuesto fiscal equilibrado. Las acusaciones de acoso sexual realizadas por Paula Jones contra Bill Clinton se juzgan sin fundamento (1 de abril). En la segunda Cumbre de las Américas, los jefes de Estado del continente lanzan la idea de una zona de librecambio que agruparía a todos los países del Nuevo Mundo en el 2005 (19 de abril). El gobierno federal, junto a veinte estados, inicia un proceso contra el gigante del *software* Microsoft por no respetar la legislación antimonopolios (18 de mayo). Dos atentados contra las embajadas americanas en Kenia y Tanzania se saldan con 190 muertos. (10 de agosto). Bill Clinton reconoce en directo en televisión haber tenido una relación «incorrecta» con Monica Lewinsky (19 de agosto). En represalia por los atentados del 10 de agosto, Estados Unidos bombardea industrias químicas en Sudán y bases islamistas en Afganistán. El millonario saudí Ben Laden, establecido en Afganistán, es sospechoso de ser responsable de dichos atentados (22 de agosto). Caída significativa de Wall Street (−10 % del 27 al 31 de agosto). Avance de los demócratas en las elecciones a la Cámara (5 de noviembre). Tras el dossier presentado por Starr en el caso Lewinsky, hecho público por el Congreso, la Cámara de representantes abre una investigación sobre la acusación contra el presidente Clinton (10 de noviembre). La aviación americana lleva a cabo una ola de bombardeos contra Irak (16 al 19 de diciembre). La Cámara de representantes vota a favor de iniciar el procedimiento contra Clinton por perjurio y trabas a la justicia (22 de diciembre).

1999 El Senado declara al presidente inocente de la base de las acusaciones (15 de febrero). Difícil visita de la secretaria de Estado Madeleine Albright a Pekín, marcada por la cuestión de los derechos humanos y el espionaje (1 de marzo). Estados Unidos decide imponer aranceles del 100 % a doce grupos de productos europeos en respuesta contra el sistema comunitario de importación de plátanos, considerado discriminatorio, y amenaza a la Unión Europea con otras sanciones como respuesta a la prohibición de importación de carne con hormonas (3 de marzo). Intensa campaña de bombardeos de la OTAN contra Serbia acusada de limpieza étnica de la minoría albanesa de Kosovo (23 de marzo al 9 de junio). El acuerdo de Kumanovo conduce a la retirada de las fuerzas serbias de la provincia y a la llegada de un contingente occidental y ruso de cerca de 50.000 hombres, de los cuales 7.000 son americanos. Mientras que el vicepresidente Al Gore y el gobernador de Tejas George W. Bush junior, hijo del presidente del mismo nombre, aparecen como los candidatos más probables para la elección presidencial del 2000, la esposa del presidente, Hillary Rodham Clinton, anuncia su candidatura al Senado por el estado de Nueva York (11 de junio). A pesar del trauma causado en todo el país por la matanza en una escuela de Littleton (Colorado, 20 de abril, 15 muertos), el proyecto de ley que pretendía restringir la venta de armas de fuego es cancelado por el Congreso (18 de junio).

ESTADOS	Capital	Ciudad principal	Año de incorporación a la Unión	Superficie en miles de km²	Población en millones de habitantes			Densidad en hab./km²	Minorías en % de la población				Número de inmigrantes admitidos
					(1900)	(1950)	(2000)	(1996)	Negros	Hisp.	Indios	Asiát.	
ALABAMA	Montgomery	Birmingham	1819	105,2	1,8	3,1	4,5	38	26,1	0,7	0,4	0,6	1.837
ALASKA	Juneau	Anchorage	1959	1.718,7	0,06	0,13	0,70	0,3	4,4	3,6	16,5	4,2	1.129
ARIZONA	Phoenix	Phoenix	1912	295	0,12	0,75	4,4	12	3,4	20,5	6,2	1,8	9.041
ARKANSAS	Little Rock	Little Rock	1836	137,5	1,3	1,9	2,6	17	16,2	0,9	0,6	0,6	1.031
CALIFORNIA	Sacramento	Los Ángeles	1850	411	1,5	10,6	34,9	73	7,9	27,8	1,0	11,0	208.498
CAROLINA del N.	Raleigh	Charlotte	1789	135	1,9	4,1	7,6	49	22,8	1,3	1,3	0,9	6.204
CAROLINA del S.	Columbia	Columbia	1788	79,2	1,3	2,1	3,9	44	31,0	1,0	0,2	0,7	2.110
COLORADO	Denver	Denver	1876	270	0,54	1,3	4,1	12	4,5	13,9	1,0	2,1	6.825
CONNECTICUT	Hartford	Bridgeport	1788	12,8	0,91	2,0	3,3	256	8,8	6,9	0,2	1,8	9.537
DAKOTA del N.	Bismarck	Fargo	1889	183	0,32	0,62	0,64	3	0,6	0,8	4,2	0,6	635
DAKOTA del S.	Pierre	Sioux Falls	1889	199,6	0,40	0,65	0,77	3	0,6	0,9	7,6	0,6	570
DELAWARE	Dover	Willmington	1787	6,1	0,18	0,32	0,76	109	18,1	2,7	0,3	1,7	984
FLORIDA	Tallahassee	Jacksonville	1847	155,9	0,53	2,7	15,3	83	14,7	13,4	0,3	1,4	58.093
GEORGIA	Atlanta	Atlanta	1788	152,6	2,2	3,4	7,6	42	28,7	1,9	0,2	1,4	10.032
HAWAI	Honolulú	Honolulú	1959	16,7	0,15	0,50	1,3	66	2,6	8,1	0,5	66,2	7.746
IDAHO	Boise	Boise	1890	216,4	0,16	0,59	1,3	5	0,4	5,9	1,5	1,1	1.559
ILLINOIS	Springfield	Chicago	1818	146,7	4,8	8,7	12,2	78	15,4	8,5	0,2	2,8	42.400
INDIANA	Indianapolis	Indianapolis	1816	94,1	2,5	3,9	6,1	59	8,1	1,9	0,2	0,8	3.725
IOWA	Des Moines	Des Moines	1846	145,8	2,2	2,6	2,9	19	1,9	1,3	0,3	1,0	2.163
KANSAS	Topeka	Wichita	1861	213,1	1,4	1,9	2,7	12	6,1	4,1	0,9	1,5	2.902
KENTUCKY	Frankfort	Louisville	1792	104,6	2,1	2,9	4,0	35	7,3	2,9	0,2	0,5	2.036
LUISIANA	Baton Rouge	Nueva Orleans	1812	125,6	1,4	2,7	4,5	34	32	2,3	0,5	1,1	3.366
MAINE	Augusta	Portland	1820	86	0,70	0,91	1,2	14	0,4	0,6	0,5	0,7	829
MARYLAND	Annapolis	Baltimore	1788	31,3	1,2	2,3	5,3	153	26,4	3,0	0,3	3,4	15.937
MASSACHUSETTS	Boston	Boston	1788	21,4	2,8	4,7	5,6	281	5,8	5,2	0,2	2,7	22.882
MICHIGAN	Lansing	Detroit	1837	150,8	2,4	6,4	9,8	62	14,4	2,3	0,6	1,3	12.728

ESTADOS	Capital	Ciudad principal	Año de incorporación a la Unión	Superficie en miles de km²	Población en millones de habitantes			Densidad en hab./km²	Minorías en % de la población				Número de inmigrantes admitidos
					(1900)	(1950)	(2000)	(1996)	Negros	Hisp.	Indios	Asiát.	
MINNESOTA	St Paul	Minneapolis	1858	217,7	1,7	3,0	4,8	20	2,5	1,4	1,2	2,1	7.098
MISISIPÍ	Jackson	Jackson	1817	123,6	1,5	2,2	2,8	21	36,4	0,7	0,4	0,5	815
MISURI	Jefferson City	Kansas City	1821	180,5	3,1	4,0	5,4	28	11,0	1,3	0,4	0,9	4.362
MONTANA	Helena	Billings	1889	381,1	0,24	0,59	0,92	2	0,4	1,6	6,1	0,6	447
NEBRASKA	Lincoln	Omaha	1867	200	1,1	1,3	1,7	8	3,8	2,7	0,8	0,9	1.595
NEVADA	Carson City	Las Vegas	1864	286,3	0,04	0,16	1,7	4	7,7	12,4	1,9	4,0	4.051
NEW HAMPSHIRE	Concord	Manchester	1788	24,2	0,41	0,53	1,2	46	0,6	1,1	0,2	0,9	1.144
NUEVA JERSEY	Trenton	Newark	1787	21,3	1,9	4,8	8,1	363	14,2	10,4	0,2	4,1	44.083
NUEVA YORK	Albany	Nueva York City	1788	127,4	7,3	14,8	18,2	141	17,3	13,1	0,4	4,4	144.354
NUEVO MÉXICO	Santa Fe	Alburquerque	1912	315,2	0,2	0,68	1,8	5	2,4	40,5	9,5	1,2	2.936
OHIO	Columbus	Columbus	1803	106,3	4,2	8,0	11,5	102	11,2	1,4	0,2	0,9	9.184
OKLAHOMA	Oklahoma City	Oklahoma City	1907	180,1	0,79	2,2	3,4	17	7,8	3,0	8,3	1,2	2.728
OREGÓN	Salem	Portland	1859	249,3	0,41	1,5	3,4	11	1,8	4,5	1,5	2,8	6.784
PENSILVANIA	Harrisburg	Filadelfia	1787	117,4	6,3	10,5	12,3	101	9,5	2,1	0,1	1,3	15.971
RHODE ISLAND	Providence	Providence	1790	3,2	0,43	0,79	1,0	310	4,5	5,0	0,4	2,0	2.907
TENNESSEE	Nashville	Memphis	1796	109,4	2,0	3,3	5,5	45	16,5	0,8	0,2	0,7	3.608
TEJAS	Austin	Houston	1845	692,4	3,1	7,7	20,0	25	12,6	27,6	0,4	2,7	56.158
UTAH	Salt Lake City	Salt Lake City	1896	220	0,28	0,69	2,2	8	0,8	5,5	1,6	2,3	2.951
VERMONT	Montpelier	Burlington	1791	24,9	0,34	0,38	0,60	23	0,3	0,7	0,3	0,7	658
VIRGINIA	Richmond	Virginia Bea.	1788	107,7	1,9	3,3	7,1	57	19,8	2,8	0,2	3,0	15.342
VIRGINIA OCC.	Charleston	Charleston	1863	62,6	0,96	2,0	1,8	29	3,1	0,5	0,1	0,4	663
WASHINGTON	Olympia	Seattle	1889	176,6	0,52	2,4	6,1	28	3,3	4,9	1,9	5,1	18.180
WASHINGTON D.C.	–	Washington	–	158	0,28	0,8	0,54	3.400	65,6	6	0,1	2,7	3.204
WISCONSIN	Madison	Milwaukee	1848	145,4	2,1	3,4	5,4	34	5,3	2,0	0,8	1,2	5.328
WYOMING	Cheyenne	Cheyenne	1890	253,6	0,09	0,29	0,52	2	0,8	5,9	2,2	0,6	217
TOTAL EE UU	**Washington**	**Nueva York**	–	**9.372,6**	**76,0**	**150,7**	**276,2**	**28**	**12,4**	**9,5**	**0,8**	**3,3**	**804.416**

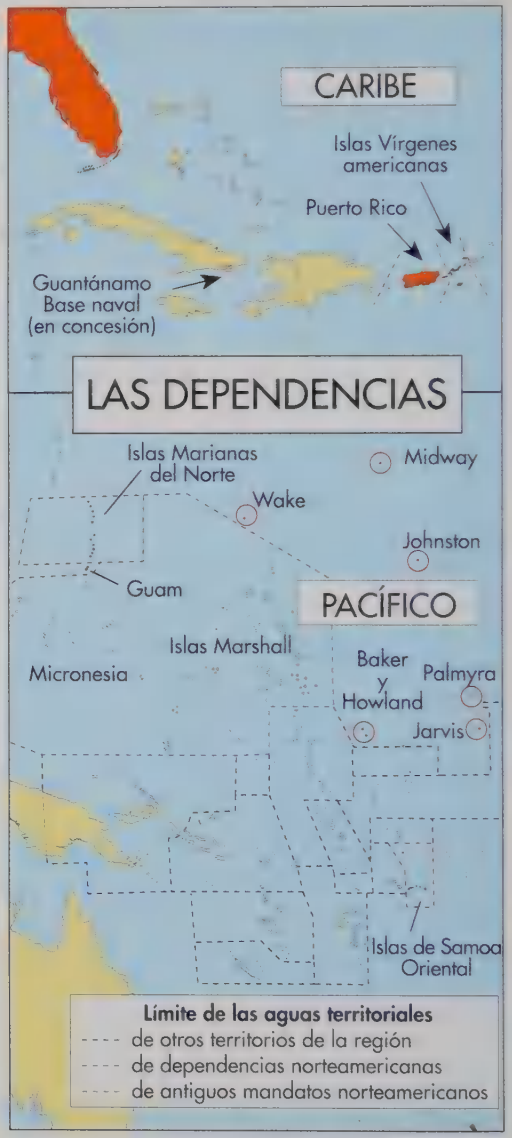
ESTADOS	Superficie agrícola en % (1996)	Población urbana (excluidos los barrios residenciales) en % (1996)	PIB en miles de millones de $ (1997)	Ingresos por habitante en $ (1998)	Tasa de paro (1999)	Población bajo el umbral de pobreza en % (media 1996-98)	Deuda pública por habitante en $ (1994)	Número de representantes (1996)	Gobernador (1999)	Mayoría en las elecciones presidenciales (1996)
ALABAMA	30,79	27,1	103	21.442	4,7	14,8	913	7	D. Siegelman (D)	R
ALASKA	0,27	41,1	24	25.675	6,6	8,5	5.916	1	T. Knowles (D)	R
ARIZONA	48,12	54,7	121	23.060	4,7	18,88	778	6	Dee Hull (R)	D
ARKANSAS	45,01	24,3	58	20.346	5,4	18,4	739	4	M. Huckabee (R)	D
CALIFORNIA	30,05	39,5	1.033	27.503	5,2	16,8	1.531	52	J. Davis (D)	D
CAROLINA del N.	28,87	26,1	219	24.036	3,1	11,8	642	12	J. Hunt Jr. (D)	R
CAROLINA del S.	25,95	15,3	93	21.309	4,2	13,1	1.357	6	J. Hodges (D)	R
COLORADO	49,71	35,5	126	28.657	2,9	9,4	892	6	B. Owens (R)	R
CONNECTICUT	9,67	28,6	135	37.598	3,4	10,1	4.152	6	J. Rowland (R)	D
DAKOTA del N.	90,59	27	16	21.675	2,7	12,3	1.186	1	E. Schafer (R)	R
DAKOTA del S.	90,58	22,3	20	22.114	2,5	14,1	2.331	1	W. Janklow (R)	R
DELAWARE	79,92	18,7	32	29.814	3,6	9,1	4.812	1	T. Carper (D)	D
FLORIDA	28,94	24,5	381	25.852	4,1	14,3	1.044	23	J. Bush (R)	D
GEORGIA	32,37	15,2	229	25.020	3,7	14,7	733	11	R. Barnes (D)	R
HAWAI	48,65	33	38	26.137	5,5	13,0	4.365	2	B. Cayetano (D)	D
IDAHO	26,43	15,3	29	21.081	4,9	13,3	1.130	2	D. Kempthorne (R)	R
ILLINOIS	78,70	35,9	394	28.873	3,9	11,6	1.732	20	G. Ryan (R)	D
INDIANA	69,70	31,2	162	24.219	2,5	8,2	969	10	Fr. O'Bannon (D)	R
IOWA	92,28	27	80	23.925	2,6	9,6	704	5	T. Vilsack (D)	D
KANSAS	91,66	29,9	72	24.981	3,4	10,4	432	4	B. Graves (R)	R
KENTUCKY	55,06	17	100	21.506	4,4	16,4	1.762	6	P. Patton (D)	D
LUISIANA	32,28	30,6	124	21.346	6,0	18,4	2.035	7	M. Foster (R)	D
MAINE	5,06	13,2	30	22.952	4,3	10,7	2.414	2	A. King Jr. (Independ.)	D
MARYLAND	31,97	18,2	154	29.943	3,8	9,3	1.824	8	P. Glendening (D)	D
MASSACHUSETTS	19,93	32,6	221	32.797	3,1	11,2	4.417	10	A. Cellucci (R)	D
MICHIGAN	30,25	24,11	273	25.857	3,9	10,7	1.212	16	J. Engler (R)	D

ESTADOS	Superficie agrícola en % (1996)	Población urbana (excluidos los barrios residenciales) en % (1996)	PIB en miles de millones de $ (1997)	Ingresos por habitante en $ (1998)	Tasa de paro (1999)	Población bajo el umbral de pobreza en % (media 1996-98)	Deuda pública por habitante en $ (1994)	Número de represen-tantes (1996)	Gobernador (1999)	Mayoría en las elecciones presidenciales (1996)
MINNESOTA	58,88	19,9	149	27.510	2,1	9,7	953	8	J. Ventura (Reform)	D
MISISIPÍ	43,30	12	58	18.958	4,8	18,6	774	5	K. Fordice (R)	R
MISURI	68,04	23,6	152	24.427	3,5	10,6	1.225	9	M. Carnahan (D)	D
MONTANA	64,41	17,1	19	20.172	5,1	16,3	2.462	1	M. Racicot (R)	R
NEBRASKA	95,52	33,4	49	24.754	2,6	10,0	905	3	M. Johanns (R)	R
NEVADA	12,81	23,6	57	27.200	4,3	9,6	1.156	2	K. Guinn (R)	D
NEW HAMPSHIRE	3,48	20,9	38	29.022	2,5	7,7	4.970	2	J. Shaheen (D)	D
NUEVA JERSEY	21,06	12,4	294	33.937	4,7	9,2	2.897	13	C.T. Whitman (R)	D
NUEVA YORK	26,47	48,6	652	31.734	5,6	16,6	3.582	31	G.E. Pataki (R)	D
NUEVO MÉXICO	56,65	33,2	45	19.936	6,1	23,4	1.049	3	G. E. Johnson (R)	D
OHIO	57,23	28,7	321	25.134	4,2	11,8	1.091	19	B. Taft (R)	D
OKLAHOMA	77,35	33,2	77	21.072	3,5	15,2	1.189	6	F. Keating (R)	R
OREGÓN	29,30	26,9	98	24.766	5,1	11,7	1.829	5	J. A. Kitzhaber (D)	D
PENSILVANIA	27,89	23,7	340	26.792	3,8	11,4	1.134	21	T. Ridge (R)	D
RHODE ISLAND	29,90	36,1	28	26.797	3,7	11,9	5.561	2	L. Almond (R)	D
TENNESSEE	45,49	35,3	147	23.559	3,8	15,1	508	9	D. Sundquist (R)	D
TEJAS	76,96	47,3	602	24.957	4,9	16,7	510	30	G. W. Bush Jr. (R)	R
UTAH	20,92	23,2	55	21.019	3,2	8,3	1.102	3	M. Leavitt (R)	R
VERMONT	16,89	7	15	24.175	2,8	10,9	2.707	1	H. Dean (D)	D
VIRGINIA	35,51	29,4	211	27.385	3,0	12,5	1.208	11	J. Gilmore (R)	R
VIRGINIA OCC.	25,95	11,3	38	19.362	6,7	17,5	1.386	3	C. Underwood (R)	D
WASHINGTON	37,55	27,7	172	27.961	4,5	10,5	1.547	9	G. Locke (D)	D
WASHINGTON D.C.	0	100	52	37.278	6,5	23,0	–	1	–	D
WISCONSIN	48,91	32,5	147	25.079	3,1	8,5	1.525	9	T. Thompson (R)	D
WYOMING	56,3	21,3	18	23.167	4,9	12,7	1.476	1	J. Geringer (R)	R
TOTAL EE UU	**46**	**28,7**	**8103**	**26 412**	**4,3**	**13,5**	**1.582**	**435**	–	**D**

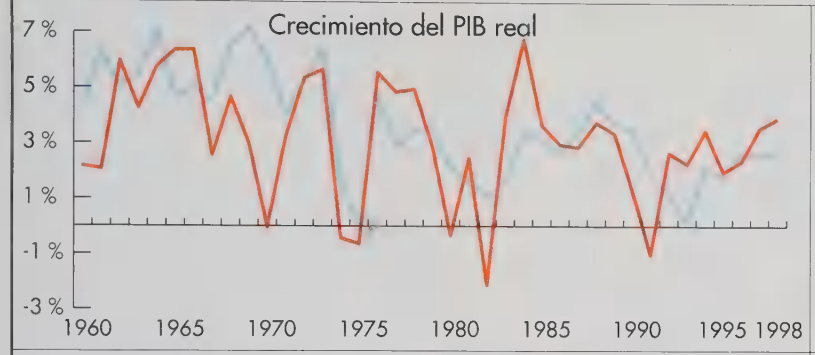
ESTADOS	Médicos por cada 100.000 hab. (1993)	Tasa de mortalidad infantil en ‰	Suicidios por cada 100.000 hab. (1992)	Homicidios por cada 100.000 hab. (1994)	Gastos en seguridad en $/hab. (1992)	% menores 6 años bajo el umbral de pobreza	% madres entre 15 y 17 años	Tasa fecundidad por 1.000 mujeres de entre 15 y 44 años	% divorcios por cada 100 matrimonios	% mujeres directivas de empresas	Arrestos de menores de 18 años (por cada 100.000)
ALABAMA	170	10,5	12,6	11,9	199	27,3	17,8	18,2	65,3	31,5	209
ALASKA	142	8,6	15,3	6,3	623	17,1	10,8	16,5	59,8	32,9	250
ARIZONA	194	8,4	17	10,5	366	21,5	15,1	24,1	64,4	37,6	522
ARKANSAS	162	10,3	12,2	12,0	153	29,9	19,4	13,5	45,5	31,6	274
CALIFORNIA	240	7	12,1	11,8	454	25,6	12	42,1	63,5	35,5	634
CAROLINA del N.	198	10	12,6	10,9	235	23,9	15,3	22,4	69,9	32,4	404
CAROLINA del S.	173	10,4	12,9	9,6	241	29,8	16,2	14,2	30,2	32,8	301
COLORADO	222	7,6	17,3	5,4	303	10,1	11,9	23,6	54,3	37,6	518
CONNECTICUT	321	7,6	9,1	6,6	333	24	8	26,2	41,8	33,6	501
DAKOTA del N.	188	7,8	10,3	0,2	155	20,1	9,6	10,7	45,3	31,7	64
DAKOTA del S.	156	9,3	11,2	1,4	170	19	11,1	6,8	40,8	31,9	140
DELAWARE	209	8,6	12,7	4,7	375	20,2	12,5	35,2	66,7	35,3	430
FLORIDA	215	8,8	15	8,3	382	27,4	13,4	30	56,7	35,2	751
GEORGIA	182	10,3	12	10,0	267	25,2	16,1	24	58,4	33,6	345
HAWAI	244	6,3	11,2	4,2	352	19	10,1	46	27,6	37,6	241
IDAHO	131	8,8	15,8	3,5	220	20,6	13,4	7,2	46,3	33,8	322
ILLINOIS	230	10,1	9,8	11,7	280	26,7	12,8	25,4	46,8	34,5	376
INDIANA	168	9,4	12,3	7,9	181	27,2	14,1	12	68,8	34,4	446
IOWA	159	8	10,2	1,7	161	16,4	10,7	11,4	48,8	34,3	186
KANSAS	185	8,7	12,4	5,8	240	19,2	12,9	22,4	57,3	34,7	346
KENTUCKY	179	8,3	13,1	6,4	192	39,5	15,8	11,4	46,8	31,4	341
LUISIANA	201	9,4	12,4	19,8	256	39,3	18,7	13,4	48,8	32,5	552
MAINE	192	5,6	12,7	2,3	201	28,3	10,1	14,7	50	32,2	108
MARYLAND	335	9,8	9,4	11,6	348	15,9	10	26,4	40,2	37,1	653
MASSACHUSETTS	361	6,5	8,9	3,5	297	20,4	7,8	28,4	29,3	33,3	559
MICHIGAN	195	10,2	11,3	9,8	316	27,1	12,6	25,2	54,7	35,2	379

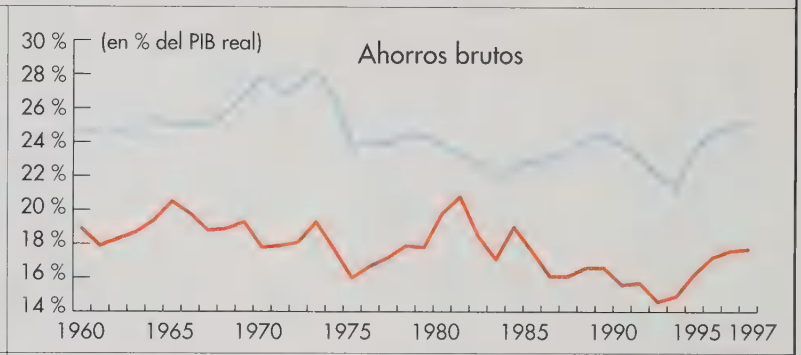
ESTADOS	Médicos por cada 100.000 hab. (1993)	Tasa de mortalidad infantil en ‰	Suicidios por cada 100.000 hab. (1992)	Homicidios por cada 100.000 hab. (1994)	Gastos en seguridad en $/hab. (1992)	% menores 6 años bajo el umbral de pobreza	% madres entre 15 y 17 años	Tasa fecundidad por 1.000 mujeres de entre 15 y 44 años	% divorcios por cada 100 matrimonios	% mujeres directivas de empresas	Arrestos de menores de 18 años (por cada 100.000)
MINNESOTA	232	7,1	11,5	3,2	241	26,3	8,2	15,6	50,7	34,6	250
MISISIPÍ	130	11,9	12,7	15,3	136	39	21,7	12,4	71,3	30,2	273
MISURI	207	8,5	12,1	10,5	197	26,8	14,2	11,6	59,5	33,8	539
MONTANA	169	7,5	18,6	3,3	210	28,7	12,5	18,2	60,5	33,2	88
NEBRASKA	189	7,4	11,7	3,1	194	17	10,1	15,7	52,6	35,1	129
NEVADA	148	6,7	24,6	11,7	454	17,7	13,3	44,2	9,3	36,9	357
NEW HAMPSHIRE	211	5,9	12,3	1,4	241	11,2	6,8	14,6	51,2	34,2	102
NUEVA JERSEY	263	8,4	6,6	5,0	369	17,3	7,9	31	44,8	31,9	717
NUEVA YORK	334	8,8	8,5	11,1	497	27,3	9,3	46,2	40,2	34,1	1.025
NUEVO MÉXICO	190	7,6	19,2	10,7	293	33,1	17,8	17,7	81	37,8	358
OHIO	207	9,4	10,8	6,0	262	19,8	13,6	19,5	53,6	33,7	351
OKLAHOMA	153	8,8	14,7	6,9	194	28	17,2	12,5	74,4	33,6	339
OREGÓN	210	7,1	16,4	4,9	286	22,8	12,4	23,9	64,6	36,8	314
PENSILVANIA	254	9	11,6	5,9	245	19,6	10,5	18,6	52,4	31,2	478
RHODE ISLAND	271	7,4	7,3	4,1	302	21,6	10,4	30	45,7	31,6	579
TENNESSEE	210	9,4	12,9	9,3	226	35,5	16,9	16,2	42,6	33,1	296
TEJAS	177	7,8	12,8	11,0	260	30	16,1	23,1	51,9	33	379
UTAH	187	5,9	14,1	2,9	219	13,6	10,8	9,3	43,9	35,3	361
VERMONT	259	7,2	14	1,0	207	18	8,7	21,2	39,6	35,7	49
VIRGINIA	215	9,5	12,7	8,7	266	15,8	10,9	22,7	43,4	35,4	228
VIRGINIA OCC.	182	9,2	13,3	5,4	117	36,3	17,6	7,7	83,3	32,3	72
WASHINGTON	220	6,8	13,5	5,5	327	16,5	11	27,7	68,3	36,6	372
WASHINGTON D.C.	667	19,6	5,8	70,0	1.229	35,8	17,4	138,4	61,9	41,3	1.487
WISCONSIN	198	7,2	11,7	4,5	294	15,8	10,4	13,6	47,2	33,1	368
WYOMING	137	8,9	18,1	3,4	319	19,8	14	4,3	64,4	35,9	87
TOTAL EE UU	**225**	**8,5**	**12**	**9,0**	**312**	**24,2**	**12,8**	**25,9**	**50,5**	**34,1**	**483**

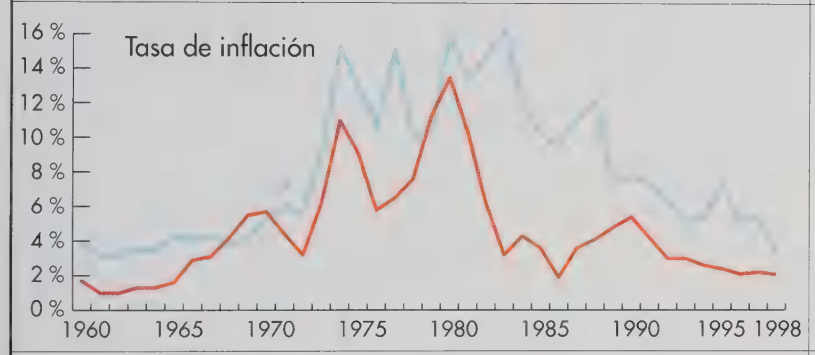
Dependencias norte-americanas	Superficie (km^2)	Población (en millones)	Divisiones étnicas	PNB millones de $	Tasa de inflación	Tasa de paro	Exportaciones en millones de $	Importaciones en millones de $
Samoa americana	194,8	0,057	samoanos 89 % tonguianos 4 % samoanos de las Samoas occidentales 2 % otros 5 %	128	7 %	12 %	306	360,3
Guam	549	0,153	chamorros 47 % filipinos 25 % blancos 10 % chinos, coreanos, japoneses 18 %	2.000	4 %	2 %	34	493
Puerto Rico	8.959	3,812	blancos 80 % negros 20 %	26.800	2,9 %	16 %	21.800	16.700
Islas Marianas del Norte	457	0,051	chamorros micronesios, blancos, japoneses, coreanos, chinos	524	6,5 %	NC	263,4	392,4
Islas Vírgenes	347,1	0,097	negros 80 % blancos 15 % otros 5 %	1.200	NC	3,7 %	2.800	3.300

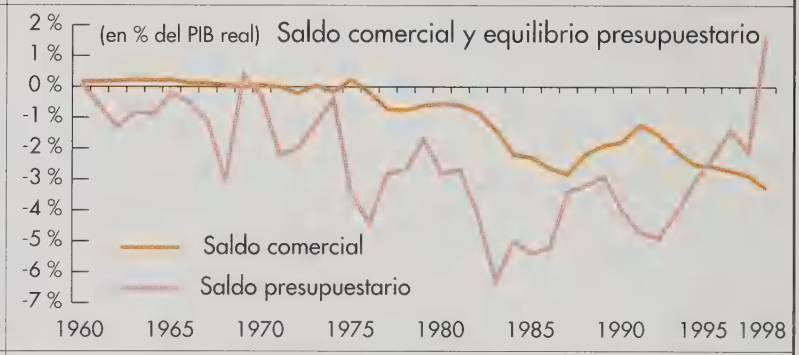


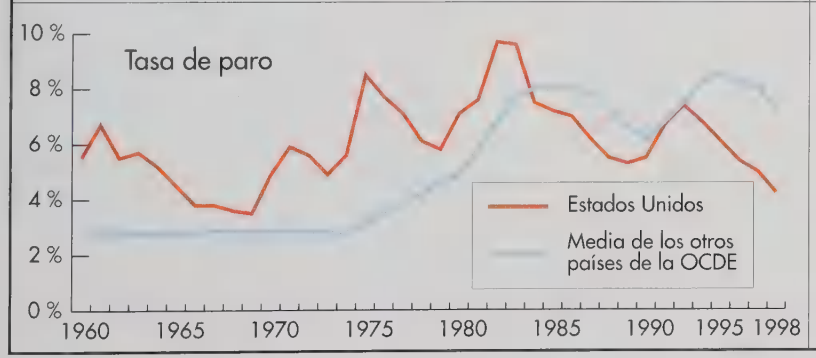
LOS PRINCIPALES INDICADORES DE LA ECONOMÍA NORTEAMERICANA

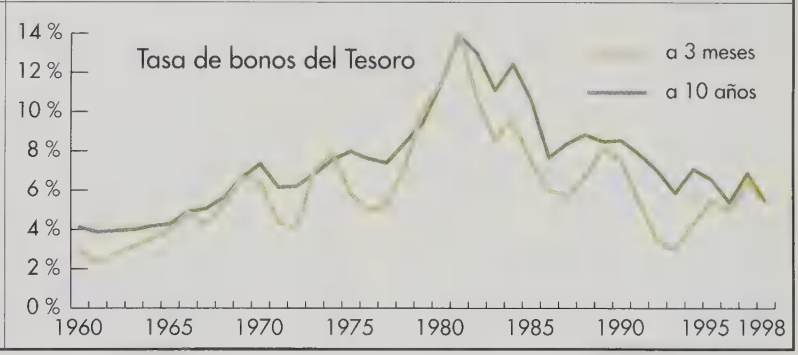












BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE REFERENCIA

ALLEN, H. C.: *Historia de los Estados Unidos*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

ANDERSON, I. T.: *América del Norte*, Seix Barral, Barcelona, 1965.

BAIRATI, P.: *Historia de Norteamérica*, Oikos-Tau, Vilasar de Mar, 1982.

CHOMSKY, N.: *USA: mito, realidad, acracia*, Ariel, Esplugas de Llobregat, 1978.

DEGLER, C. N.: *Historia de los Estados Unidos*, Ariel, Barcelona, 1986.

ESPINOSA, M.: *Las grandes etapas de la historia americana*, Editorial Regional de Murcia, 1987.

KOLKO, J.: *Riqueza y poder en Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

LIPSET, S. M.: *La sociedad postindustrial (América en su tercer siglo)*, Fraterna, Buenos Aires, 1983.

ROTWELL, L. L. y BRYAN, P. W.: *América del Norte*, Omega, Barcelona, 1985.

SAVELLE, M. H.: *Historia de la civilización norteamericana*, Gredos, Madrid, 1962.

SOPELSA, J.: *Los Estados Unidos*, Ariel, Esplugas de Llobregat, 1970.

VARIOS: «Estados Unidos», en *Pueblos y naciones*, Planeta, Barcelona, 1987.

VARIOS: *Historia de los Estados Unidos*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

VARIOS: *Historia de los Estados Unidos*, Vosgos, Barcelona, 1979.

VERDÚ, V.: *El planeta americano*, El País-Aguilar, Madrid, 1997.

WHITE, C. L.: *América anglosajona. Geografía regional*, Kapelusz, Buenos Aires, 1981.

OBRAS ESPECIALIZADAS

ALTBACH, P. y BERDAHL, R. O. (et al.): *Higher Education in American Society*, Prometheus, Nueva York, 1987.

BACHARAN, N.: *Histoire des Noirs américains au XX siècle*, Complexe, Bruselas, 1994.

BERTRAND, C.-J.: *Les religions aux États-Unis*, Cerf, París, 1991.

BARBER, B.: *L'excellence et l'égalité. De l'éducation en Amérique*, Belin, París, 1993.

BLOOM, A.: *L'âme désarmée*, Juillard, París 1987.

BOYER, E. (ed.): *High School: A Report on Secondary Education in America*, Harper & Row, Nueva York, 1983.

BREZINSK, Z.: *The Great Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997.

BUNDY, B. K.; BURNS, S. D., y WEICHEL, K. V. (eds.): *The Future of the Pacific Rim*, Praeger, Londres, 1994.

COHEN-STEINER, O.: *L'enseignement aux États-Unis*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 1993.

CRYSTAL, D. (ed.): *The Cambridge Encyclopedia of the English Language*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

D'SOUZA, D.: *L'éducation contre les libertés*, Gallimard, París, 1992.

DABENE, O.: *L'Amérique latine au XX siècle*, Armand Colin, París, 1994.

DIKES, P.: *The Emergence of the Super-Powers: a Short Comparative History of the USA and the USSR*, Macmillan, Nueva York, 1970.

FOUET, M.: *L'économie des États-Unis*, La Découverte, París, 1989.

FOUET, M.: *Le Dollar*, La Découverte, París, 1990.

GIBNEY, F.: *The Pacific Century: America and Asia in a Changing World*, Scribner's, Nueva York, 1992.

GODIN, S. (ed.): *The 1994 Information Please Business Almanac & Desk Reference*, Houghton Mifflin Co, Nueva York, 1993.

GROSSER, P.: *Les Temps de la guerre froide*, Complexe, Bruselas, 1995.

HEFFER, J.: *Les États-Unis et le Pacifique*, Albin Michel, París, 1995.

HOCKING, B. y SMITH, M.: *Beyond Foreign Economic Policy. The United States, the Single European Market and the Changing World Economy*, Pinter, Londres, 1997.

HUGHES, R.: *La culture gnan gnan*, Arlea, París, 1993.

KASPI, A.: *Franklin Roosevelt*, Fayard, París, 1988.

LACORNE, D.; RUPNIK, J., y TOINY, M.F.: *L'Amérique dans les têtes: un siècle de fascination et d'aversions*, Hachette, París, 1986.

LEMARCHAND, Ph.: *Atlas géopolitique du Moyen-Orient et du monde arabe*, Complexe, Bruselas, 1994.

LEMOINE, M.: *Les 100 Portes de l'Amérique Latine*, Autrement, París. 1988.

LIEBER, R.: *Eagle Adrift. American Foreign Policy at the End of the Century*, Longman, Nueva York, 1997.

LUNDESTAD, G.: *The Fall of Great Powers*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

LUTTWARK, E.: *The Endangered American Dream*, Simon & Schuster, Nueva York, 1993.

MACK, A. y RAVENHILL, J. (eds.): *Pacific Cooperation: Building Economic and Security Arrangements in the Asia-Pacific Region*, ANU Printery, Sydney, 1994.

MAURICE, A.: *L'Amérique en valeur*, Complexe, Bruselas, 1997.

MCDOUGALL, W.: *Let the Sea Make a Noise*, Basic Books, Boston, 1993.

MORISON, S. E.: *The Oxford History of the American People*, Mentor, Oxford, 1972.

NYE, J.: *The Leadership américain. Quand les règles du jeu changent*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 1994

NYE, J.; ZELIKOF, Ph.; KING, D.: *Why People Don't Trust Government*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.

ORY, P. y SIRINELLI, J.-F.: *Les intellectueis en France de l'Affaire Dreyfus à nos jours*, Armand Colin, París, 1986.

PONIATOWSKI, M.: *Histoire de la Russie d'Amérique et de l'Alaska*, Librairie académique, Perrin, 1978.

RAVITCH, D. y FINN, C.R.: *What Do Our Seventeen Year Olds Know? The First National Assessment of What American Students Know About History and Literature*, Harper & Row, Nueva York, 1987.

ROCARD, M. y VAGNOUX (1): *Les États-Unis et l'Amérique latine*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 1994.

RUGGIE, J.: *Winning the Peace: America and World Order in the New Era*, Columbia University Press, Nueva York, 1996.

SALAME, G.: *Appels d'empire: ingérences et résistances à l'âge de la mondialisarion,* Fayard, París, 1996.
THOMPSON, J. H. y RANDALL, S. J.: *Canada and the United States Ambivalent Allies,* University of Georgia Press, Georgia, 1994.
TRAVIS, F. F.: *Kennan and the American-Russian Relationship (1865-1924),* Ohio University Press, Ohio, 1982.
VALLADAO, A.: *Le XXIe siècle sera américain,* La Découverte, París, 1993.
VALLADEO, A.: *Le retour du panaméricanisme,* CREST, París, 1995.

FUENTES ESTADÍSTICAS

Administración para la Financiación de la Asistencia Sanitaria Norteamericana (Medicare, Medicaid).
Agencia Norteamericana para el Desarrollo Internacional (ayudas).
Congreso de Estados Unidos (resultados electorales).
Departamento de Defensa de Estados Unidos (gastos y bases militares).
Departamento de Energía de Estados Unidos (inversiones petrolíferas).
Departamento del Tesoro de Estados Unidos (presupuesto, déficits, bonos del Tesoro).
Departamento de Trabajo de Estados Unidos (paro).
Departamento Norteamericano de Comercio (grandes indicadores económicos).
Fundación Nacional de las Ciencias de Estados Unidos (investigación).
OCDE (cuentas nacionales, ahorros, crecimiento, inversiones transnacionales).
Oficina de Análisis Económicos de Estados Unidos (economía de los estados norteamericanos).
Oficina Norteamericana del Censo (datos demográficos, minorías, indicadores sociales).
ONU: Oficina estadística (exportaciones, importaciones, PIB).
Oficina de población (datos demográficos internacionales).
Servicios norteamericanos de inmigración y naturalización (inmigración).
Unidad de Inteligencia Económica (comercio internacional).
Unión Internacional de Telecomunicaciones (tráfico telefónico).
UNESCO (estudiantes extranjeros, ingleses en el mundo, cine).

AÑOS DE REFERENCIA

(salvo indicaciones en sentido contrario).

1998: Presupuestos (educación, social, militar); datos políticos. Previsiones para los grandes indicadores.
1997: Datos económicos básicos.
1996: Datos demográficos y sociales, reparto de conjuntos de datos económicos por estado norteamericano.
1995: Reparto de los intercambios comerciales y de las inversiones.
1994: Datos sobre los intercambios culturales internacionales. Criminalidad, Curva de Gini.

N.B.: El conjunto de mapas y gráficos son creaciones originales de ediciones Atlande. A menos que se especifique lo contrario, estos documentos han sido elaborados a partir de diversas fuentes y los cálculos o estimaciones son responsabilidad de los autores.

ÍNDICE de mapas y gráficos

1648 (América del Norte en) **25**
1650 (Desplazamientos europeos hacia) 21
1682 (América del Norte en) **25**
1700 (Colonización hacia) 23
1713 (América del Norte en) **25**
1763 (América del Norte en) 23, **25**, 29
1775 (Las nacionalidades hacia) 23
1783 (Reivincaciones territoriales en) 31
1860 (Riqueza en) 45
1861 (La esclavitud en) 38, 39
1861-1865 (La guerra de Secesión) **43**
1863 (Estados confederados y de la Unión) 41
1880 (Riqueza en) 45
1817-1918 (Primera guerra mundial) **59**
1920 (Elecciones de) 60
1929 (Crisis de) **63**
1941-1945 (Segunda guerra mundial) **68-69**
1970 (Población en) 102
1980 (Población en) 102
1988 (Elecciones de) 93
1990 (Población en) 102
1992 (Elecciones de) 93
1994 (Elecciones de) 93, **117**
1996 (Elecciones de) 93

ABOLICIONISMO 38, 39
ABSTENCIÓN, tasa de **117**
AERONÁUTICA 15
ÁFRICA 56-57, 68-69, 83, 90, 169, 178-179, 180-181, 203, **253**
AGRICULTURA **13,** 105
AGROALIMENTARIA, industria 53
AHORRO **281**
AISLACIONISMO **60**
ALEMANES 23, 121, 129
ALEMANIA 59, 68-69, 169, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 185, 221, 223, 224
ALENA **213**
ALGODÓN, cinturón del 13
ALTA TECNOLOGÍA 163
AMÉRICA CENTRAL 56-57, 90, 91, 169, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 187, 195, 203, **211, 213, 215, 217**
AMÉRICA LATINA 56-57, 90, 91, 169, 171, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 187, 195, 203, **213, 215, 217**
ANGLICANOS 23
ANGLÓFONOS, países **193**
ANTIAMERICANISMO **205,** 241, 253
ANTIFEDERALISMO **136**
ARMAS, venta de **187,** 239
ASIA 56-57, 90, 169, 171, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 185, 187, 203, 145, 149
ASIA CENTRAL **233**
ASIÁTICOS **127,** 129
AUTOMÓVIL 15, 53
AYUDAS PÚBLICAS **171,** 221, 241
BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO (BID) 213
BARRIOS RESIDENCIALES **101**
BIBLIA, CINTURÓN DE LA **109**
BLANCOS 133, 122, 153
BOSQUES 103
BRITÁNICA, colonización **25,** 48
CANADÁ 169, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 187, 195, 213, 223
CARBÓN 14
CARIBE 56-57, 182-183, 203, **211, 213, 215, 217, 280**
CASINOS **111**
CATÓLICOS 23, 109
CEI **233,** 235
CHINA 56-57, 178-179, 180-181, 182-183, 245, 249
CIA **190**
CINTURÓN DEL TRIGO 13
CINTURÓN MANUFACTURERO 15
CIUDADES 9, **11,** 101, 109, 133, 137
CLANDESTINA, inmigración **203**
CLIMA **12**
COCONA **235**
COLONIAS AMERICANAS 56-57
COLONIZACIÓN 31
COMERCIO INTERNACIONAL 149, 178-179, 180-181, 182-183, 187, 199, 215, 217, 239, 249, 252, 281
CONFEDERADOS, Estados **41,** 43
CONGRESO, elecciones al 93, **117**
CONTAMINACIÓN **105**
CRIMINALIDAD **137**
CRISIS DE 1929 **63**
CUBA 56-57, **73,** 211, 213
CULTURA 193, 197
DEFENSA **85,** 185, 190, 241
DÉFICITS **182-183, 281**
DEMOGRAFÍA **16**
DEMOGRÁFICO, saldo 63, **102**
DEPENDENCIAS NORTEAMERICANAS **56-57, 211, 280**
DEPRESIÓN **63**
DERECHOS CIVILES, movimiento de los **79**
DESARME 91
DÍA D **68-69**
DIALECTOS **97**
DIPLOMÁTICOS AMERICANOS **169**
DISCRIMINACIÓN
DÓLAR 177
DÓLAR, zona del **182-183**
DROGA 91, **215**
ECU 177
EDUCACIÓN **153,** 155
EGIPTO 239, 241
ELECTRÓNICA 163
EMERGENTES, mercados 178-179, 249
ENERGÉTICOS, recursos **14,** 215
ESCANDINAVOS 121, 129
ESCLAVITUD **38, 39,** 41, 43
ESCOCESES 23, 121, 129
ESCOCESES-IRLANDESES 23
ESPAÑA 56-57
ESPAÑOLA, colonización **25,** 31, 48
ESPAÑOLES 21, 25, 129
ESQUIMALES **123**
ESTADOS AMERICANOS **9,** 29, 31, 38, 39, 41
EUROPA 59, 68-69, 73, 83, 90, 169, 173, 180-181, 182-183, 185, 197, 203, **221, 222,** 225
EUROPA CENTRAL 90
EUROPA DEL ESTE 73, 90, 171, 173, 221, 225, 235
EUROPEA, inmigración
EUROPEAS, inversiones **224**
EUROPEOS 121
EUROPEOS DEL ESTE 121, 129
EUROPEOS, asentamientos 23, 99
EXPORTACIONES **149, 178-179,** 187, 197, 215, 217
EXTREMO ORIENTE 56-57, 68-69, 90, 169, 171, 173, 180-181, 182.183, 187, 245
FBI 190
FRANCESA, colonización **25,** 48
FRANCESES 21, 23, 25, 121, 129
FRANCIA 48, 59, 169, 173, 180-181, 182-183, 221, 223, 224, 225, 253
FRONTERA **99**
GOLFO, países del 239
GRAN BRETAÑA 59, 169, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 221, 223, 224, 225
GRANDES ELECTORES
GUERRA DE COREA 73
GUERRA DE SECESIÓN 39, 41, **43**
GUERRA DE VIETNAM 83

GUERRA DEL GOLFO 91, **241**
GUERRA FRÍA **73, 83**
GUERRA MUNDIAL (primera) **59**
GUERRA MUNDIAL (segunda) **66-69**
HIDROCARBUROS 14, 215, 233, 239
HIDROGRAFÍA **97**
HISPANOS **125,** 129, 132, 142, 153
HOMOSEXUALES 111
HUSOS HORARIOS **97**
IMPERIALISMO 211, 241, 245
IMPORTACIONES **180-181,** 315, 217, 239, 249
INDIOS **19, 49, 123**
INDUSTRIA **14, 53**
INDUSTRIAL, revolución 45
INDUSTRIALES, grandes regiones 15, **53**
INFLACIÓN **281**
INFORMÁTICA 15
INGLATERRA 48
INGLESES 21, 23, 25, 121, 129
INGLÉS lengua 97, **193**
INGRESOS **141, 142, 147**
INMIGRACIÓN **129, 203**
INVERSIONES **173, 217,** 225, **233**
INVESTIGACIÓN **159,** 163
IRAK 91, 205, 239, 241
IRÁN 205, 239, 241
IRLANDESES 121, 129
ISRAEL 91, 187, 239, 241
ITALIANOS 121, 129
IVY LEAGE **155**
JAPÓN 56-57, 68-69, 169, 173, 178-179, 180-181, 182-183, 185, 187, 197, 245, 249
JÓVENES 111, 142
JUDÍOS 23, 109
JUSTICIA 113
LIBIA 91, 205
MAGREB 90, **239, 241**
MAÍZ, cinturón del 13
MAQUILADORAS 215, 217
MARSHALL, Plan **221**
MATRIMONIO **133**
MATRIMONIO, edad legal de 111
MEDICAID **139**
MEDICARE **139**
MEDIO AMBIENTE **105**
MELTING POT (crisol de razas) 121, 129, 133, 153
MERCOSUR **213**
METALURGIA 53
METALÚRGICO, cinturón 15
MÉXICO 48, 56-57, 169, 173, 178.179, 180-181, 203, 213, 215, 217
MILICIAS PARAMILITARES **136**
MILITAR, cooperación 239, 241, 243
MILITAR, industria **189**
MILITARES, acuerdos **73, 83, 85,** 183, 241, 253
MILITARES, bases **85, 185,** 189, 211, 241, 253
MILITARES, intervenciones **73, 83, 91,** 211, 253
MINEROS, recursos **14**
MINORÍAS 79, 123, 125, 127, 129, 131, 133, 142, 153
MONTAÑOSOS, macizos **10**
MORMONES **109**
MULTINACIONALES 215, 225
NEGROS **79,** 129, **131,** 133, 142, 153
NEW DEAL **63**
NUCLEARES 189
NUEVA INGLATERRA 53
NUEVA SUECIA 21
OCDE 223
OEA **213**
ONU, 91
ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (veáse OEA)
ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (veáse ONU)
ORIENTE MEDIO 90, 169, 178-179, 180-181, 182-183, 185, 205, **239, 241**
ORIENTE PRÓXIMO 171
ORO, fiebre del **51**
ORTODOXOS **109**
OSCE 223
OTAN **85,** 91, 185, 223
OTASE **85**
PACÍFICO 56-57, 68-69, 90, 171, 178-179, 180.181, 182-183, 185, 187, 203, **245, 249,** 280
PACTO DE BAGDAD **85**
PACTO DE RÍO **85,** 213
PACTO DE VARSOVIA 73, 83, **85,** 235
PANAMÁ, Canal de 211
PARÍS, Tratado de 25
PARO **63,** 281
PARQUES NACIONALES **103**
PEARL HARBOUR **68-69**
PENA DE MUERTE **113**
PETRÓLEO 14, 90, 215, **233, 239**
PIB **281**
PNB **16**
POBLACIÓN **11,** 16, 101
POBLACIÓN, densidad 11
POBREZA **143**
POLL TAX **79**
PRESIDENCIALES, elecciones 60, **93**
PROSTITUCIÓN 111
PROTECCIÓN SOCIAL 139, **143**
PROTESTANTES 109
PURITANOS 23
QUÁQUEROS, 23
RACIAL, segregación 79
RACIALES, disturbios 79
RECONSTRUCCIÓN **45**
REGIONES AMERICANAS, grandes 12, **97**
RELIEVE **10**
RELIGIONES 23, **109**
RESERVAS INDIAS **49**
RÍOS 10, 97, **105**
RIQUEZA, reparto de la **45, 141**
RURAL, población **101**
RUSIA 90, 169, 171, **233,** 235
SECESIONISMO **136**
SEGURIDAD 85, 90, 190, 239
SILICON VALLEY 163
SOVIÉTICO, bloque 221
SUDISTAS 39, 41, **43**
TABACO, cinturón del 13
TELÉFONO **199**
TENNESSEE VALEY AUTHORITY 63
TERRITORIAL, expansión 31, **48,** 49, **99,** 245
TERRORISMO 90, 205, 241
TESORO, bonos del 281
TEXTIL, industria 53
TIERRAS PÚBLICAS **103**
TRECE COLONIAS 48
UNIÓN EUROPEA 223
UNIÓN SOVIÉTICA 63, 83, 85
UNIVERSIDAD 153, **155,** 163, **195**
URBANA, población **101**
VIETNAM, guerra de 83
WASP **121,** 129, 133, 142, 153
WHITE ANGLO-SAXON PROTESTANTS (véase WASP)

ÍNDICE de nombres

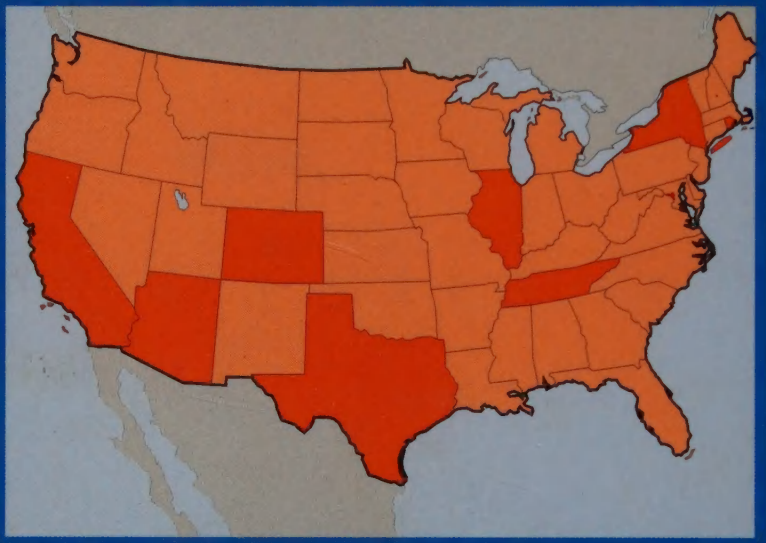
ABC 118
ACCOUNTABILITY 136
ACTA DE 1867 SOBRE LA RECONSTRUCCIÓN 44
ACUERDOS DE OSLO 240
ADAMS, John 32
ADVENTISTAS 110
AFFIRMATIVE ACTION 78, 87, 117, 128, **134,** 152
AFGANISTÁN 84, 88, 231, 240, 242
ÁFRICA 82, 176, 243, **250-254**
ÁFRICA CENTRAL 226, 254
ÁFRICA DEL SUR 88, 172, 237, 251, 254
AGNEW, Spiro 81
AGRICULTURAL ADJUSTMENT ACT 64
AIRBUS INDUSTRIES 157
ALASKA 54, 96, 227, 228, 243
ALBRIGHT, Madeleine 156
ALENA 174, 196, 216, 218
ALGECIRAS, Conferencia de 55, 222
ALEMANIA 58, 66, 67, 71, 157, 160, 161, 162, 164, 184, 188, 204, 209, 214, 222, 226, 228, 229, 232, 246
ALIANZA PARA EL PROGRESO 76, 170, 214
ALLENDE, Salvador 82, 210
AMÉRICA CENTRAL 55, 209, 210, 215
AMERICA FIRST 222, 244
AMÉRICA LATINA 55, 76, 92, 170, 194, 201, 206, **208-218**, 220
AMERICAN CIVIL LIBERTIES UNION 135
AMERICAN FEDERATION OF LABOR (AFL) 65
AMERICAN INDIAN MOVEMENT 122
AMERICAN WAY OF LIFE 61, 144, 202, 204
ANGOLA 82, 88, 251, 252
ANTILLAS 108, 209, 215
APALACHES 96, 227
APEC 196, 247
APPLE 162, 165
APPOMATOX 42
ARABIA SAUDÍ 236, 237, 238, 240, 242
ARAFAT, Yaser 94, 240
ARGELIA 224, 226, 237, 240
ARGENTINA 47, 172, 208, 210
ARISTIDE, Jean Bertrand 212
ARKANSAS 78, 94, 130
ARMSTRONG, Neil 162
ASEAN 196, 248
ASIA 157, 196, 200, 201, 226, 227, 244-249
ATLANTA 42, 132, 134, 202, 253
ATLÁNTICO 29, 96, 158, 198, 226
AT & T 134
AUSTRALIA 246, 247
AUSTRIA 26, 160
BAAS, Partido 239, 240
BAHÍA DE COCHINOS 77, 210
BAKKE contra LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA 78
BALCANES 229
BALTIMORE, Lord 22, 107
BANKING ACT 64
BAPTISTA, Iglesia 112
BARBITRY 135
BATISTA, Fulgencio 214
BBC 192, 196
BEECHER STOWE, Harriet 36, 130
BELL, Alexander Graham 160
BERKELEY 80, 154
BERLÍN 71, 74, 76, 209, 226
BIELORRUSIA 188, 234
BLACK CAUCUS 130, 253
BLACK POWER 87, 130
BLAINE, James 54
BOEING 157, 162, 165, 226
BOSNIA 94, 186, 229
BOSTON 22, 24, 28, 29, 132, 158, 161
BOSTON, *TEA PARTY* **28**
BRACERO, Programa 210
BRAIN DRAIN (fuga de cerebros) 157, 201
BRASIL 172, 208, 210, 215, 216
BRAUN, Werner von 162, 164
BRAWN contra el BOARD OF EDUCATION 78, 130, 152
BRAWN contra FERGUSON 152
BREZNEV, Leonid 230
BRETTON WOODS, acuerdos de 177
BROWN, Ronald 116, 172, 252
BRZEZINSKI, Zbigniev 84
BUCHANAN, Pat 94
BURGER, Warren 81
BUSH, George 88, **89,** 92, 94, 134, 154, 196, 216, 226, 231, 238, 252
BUSING 130, 152
CALIFORNIA 34, 35, 36, 61, 80, 96, 100, 106, 120, 124, 150, 156, 162, 165, 208, 217, 227, 244, 249
CÁMARA DE REPRESENTANTES 30, 60, 79, 94, 114
CAMBOYA 77, 82
CAMP DAVID 84, 230, 239
CANADÁ 26, 30, 33, 36, 96, 175, 196, 216, **218,** 220
CARNEGIE, Andrew 50, 140, 243
CARPETBAGGERS 44
CARTA DE DERECHOS **115,** 135
CARTER, Jimmy **84,** 86, 94, 134, 146, 212, 214, 231, 238, 239, 252
CARLOS II 22, 108
CASTRO, Fidel 76, 175, 210, 214
CATORCE PUNTOS, discurso de los 60, 222, 229
CAZA DE BRUJAS 71
CBS 118
CHARTER SCHOOLS 154
CHECKS AND BALANCES 114
CHECOSLOVAQUIA 80, 231
CHESAPEAKE, bahía de 20, 30, 33
CHIANG KAI-CHEK 72, 246
CHICAGO 47, 48, 52, 66, 132, 159, 222
CHILE 82, 208, 210, 214
CHINA 66, 71, 72, 82, 89, 157, 162, 172, 176, 188, 200, 202, 222, 234, 243, 244, 246, 247, 248
CHISTIAN BROADCASTING NETWORK 110
CHRISTIAN COALITION 112, 116
CHRISTOPHER, Warren 254
CHURCHILL, Winston 66, 222
CIA 71, 77, 78, 79, 81, 82, 84, 88, 89, 210, 214, 250, 251, 254
CIVIL RIGHTS ACT 78, 79
CLEAN AIR ACT 81, 106
CLEAN WATER ACT 81
CLINTON, Bill 89, 92, **94,** 117, 119, 134, 139, 145, 147, 154, 157, 172, 174, 175, 186, 188, 196, 200, 226, 232, 234, 240, 248, 250, 252
CLINTON, Hillary 92, **94,** 139, 154
CNN 166, 192, 196
COCA-COLA **202,** 204
COCONA 198
COLOMBIA 55, 215, 216
COMMUNITY COLLEGE 156
COMPAÑÍA BRITÁNICA DE LAS INDIAS 28, 29
COMPAÑÍA DE VIRGINIA **20,** 21, 22
COMPROMISO DE MISURI 130
COMPROMISO KANSAS-NEBRASKA 40
CONFEDERACIÓN 42, 44, 46
CONGO 250, 252, 254
CONGRESO 29, 30, 40, 44, 51, 54, 58, 65, 66, 67, 75, 76, 78, 79, 81, 82, 84, 88, 92, 94, 114, 115, 119, 122, 130, 134, 147, 175, 176, 186, 219, 222, 228, 231, 244, 251, 253
CONGRESO CONTINENTAL 28, 31
CONGRESS OF INDUSTRIAL ORGANIZATIONS (CIO) 65, 71
CONSEJO NACIONAL DE SEGURIDAD 71
CONSTITUCIÓN **30,** 32, 114, 115, 119, 135, 136
CONTENCIÓN, política de 70, **71,** 72, 84, 89, 246
CONTRA 88, 212
COOLIDGE, Calvin 61
COREA DEL NORTE 74, 248
COREA DEL SUR 74, 172, 188, 206, 247, 248, 249
CUÁQUEROS 36, 107, **108,** 229
CUBA 55, 74, 76, 79, 84, 164, 209, 210, 213, 214, 218, 226, 230, 251
CUSTER, general 49
DAVIS, Jefferson 37, 40
DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA 29, 107, 114, 120, 136
DEMÓCRATA, Partido 40, 52, 59, 64, 66, 70, 94, 115
DENVER 145, 250
DEPARTAMENTO DE ESTADO 71, 194
DEPRESIÓN 58, 67
DISTENSIÓN **82**
DETROIT 50, 78
DIXIECRATS 70, 116
DOCTRINA MONROE 34, 54, 209, 212, 220, 243
DÓLAR 77, 110, 148, 149, **177,** 213, 226
DOLE, Bob 89, 94, 130, 134, 175
DOMINICANA, República 209, 212, 214
DOUGLAS 165, 225
DUKAKIS, Michael 89
EDISON, Thomas 50, 158, 160
EDUCACIÓN **150-156**
EGIPTO 82, 84, 176, 238, 240
EISENHOWER, Dwight 64, 68, **72,** 75, 76, 210, 230, 240, 246
EMANCIPACIÓN DE LOS NEGROS, 37, 40, 46
ENMIENDA PLATT 209, 214
ENMIENDA 301 bis 174
ESCLAVITUD 35, 36, 37
ESPACIO 157, **166**
ESPALDAS MOJADAS 216
ESPAÑA 20, 26, 30, 34, 55, 159, 175, 184, 209, 220, 222, 247
ESTADO DE BIENESTAR 65, 87, 139
EUROPA 26, 37, 51, 55, 58, 65, 71, 84, 88, 100, 139, 140, 141, 162, 184, 191, 194, 201, 202, 204, 213, 215, **219-226**, 288, 232, 246
EUROPA CENTRAL 67, 202, 225, 232
FAIR DEAL 70
FARRAKHAN, Louis 130, **132-133,** 134
FBI 80, 130, 132
FILADELFIA 24, 28, 29, 30, 32, 50, 96, 108
FILIPINAS 55, 159, 206, 209, 243, 246, **247,** 248, 249
FINLEY, Robert 251
FLAT TAX 142
FLEXIBLE RESPONSE 231
FLORIDA 22, 26, 30, 34, 61, 124, 164, 217
FMI 196, 215, 222
FORD, Gerald **80,** 81, 82, 84, 231
FORD, Henry 144, 160, 229
FORDISMO 202
FOREING AFFAIRS (publicación) 71, 172, 192
FOX, George 108
FRANCIA 18, 20, 26, 27, 30, 33, 37, 42, 96, 100, 103, 108, 135, 140, 157, 158, 160, 166, 176, 184, 192, 204, 209, 219, 220, 222, 224, 228, 230, 236, 238, 246, 254
FRANKLIN, Benjamin 30
FRONTERA 34, 54, 96, **96,** 104, 120, 157
FULTON, Robert 158
G7 175
G8 145, 234, 250
GADAFI, coronel 240, 241
GATES, Bill 145, 162, 201
GATT 196
GENERAL ELECTRIC 160
GENERAL MOTORS 202
GEORGIA 22, 24, 42
GETTYSBURG 42
GI 202, 224, 246

GI BILL OF RIGHTS 67, 156.
GINGRICH, Newt 94
GOLFO 92, 186, 237, 238, 239, 242
GORBACHOV, Mijail 88, 89, 164, 231, 232
GORE, Al 200
GRAHAM, Billy 110
GRAN BRETAÑA (véase Inglaterra)
GRAN SOCIEDAD **79,** 104
GRANT, Ulysses Simpson **40,** 42, 44, 47
GRANADA 88, 212
GRANDES LAGOS, región de 65, 158
GUAM 246, **280**
GUANTÁNAMO 77, 209
GUERRA DE 1812 **33**
GUERRA DE COREA 72, **74,** 246
GUERRA DE INDEPENDENCIA 31, 33
GUERRA DE MÉXICO 40
GUERRA DE SECESIÓN **37-46,** 47, 49, 50, 116, 130, 159, 184, 209, 234
GUERRA DE VIETNAM 71, 74, **77,** 130, 132, 136, 186, 204, 224, 231, 246
GUERRA DEL GOLFO 92, 94, 186, 188, 238, 239, 242
GUERRA FRÍA **70-88,** 89, 157, 170, 204, 210, 212, 232, 240, 247
GUERRA MUNDIAL (primera) 58, 147, 161, 209, 220, 222, 229, 236
GUERRA MUNDIAL (segunda) 59, 65, 66, 67, 70, 72, 144, 157, 161, 184, 186, 201, 202, 209, 219, 230, 236, 238, 240, 244
HAIG, Alexander 88
HAITÍ 94, 209, 212
HAMILTON, Alexander 31, 32, 170
HARDING, Warren 60, 61, 244
HARVARD 55, 66, 76, 150
HAWAI, islas 54, 96, 228, 243, 246, 249
HAY, John 243
HEARST, Grupo 67
HELSINKI, Conferencia de 82, 84
HEWLETT PACKARD 162
HIGH SCHOOL 153, 154
HIJOS DE LA LIBERTAD 28, 29
HIROSHIMA 67, 72, 161, 246
HISPANOS 87, 126, 152, 208, 217, 220
HOLLYWOOD 71, 202
HOMESTEAD ACT 47, 98
HOOVER, Herbert 61, 62, 64, 214, 222, 229
HOOVER, J. Edgar 132
HUSSEIN, Sadam 92, 186, 241, 242
IBM 157, 160, 162, 165
IGLESIA EPISCOPALIANA 110
IMPEACHMENT 30, 81, 114, 136, 216
IN GOD WE TRUST 107, 110
INDIA 172, 194, 202
INDIOS 18, 20, 21, 27, 29, 31, 34, 40, 47, 49, 75, 87, 96, **122,** 152
INDOCHINA 66, 77, 224
INDONESIA 172, 248, 249
INFORMÁTICA 157, **165,** 198.
INGLATERRA 18, 20, 22, 24, 26, 27, 30, 33, 42, 66, 76, 107, 108, 119, 140, 158, 160, 165, 166, 184, 191, 192, 209, 218, 219, 220, 222, 225, 227, 228, 230, 236, 238, 239, 240, 246, 247
INICIATIVA DE DEFENSA ESTRATÉGICA 87, 164
INNER CITIES 100, 152
INTEGRACIÓN RACIAL 75, 76, 78, 81, 87
INTEL 157, 162, 165
INTERNAL SECURITY ACT 71, 122
INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE 192
INTERNATIONAL TRADE COMMISSION 174
INTERNET 162, 164, 166, **198**
IRAK 92, 175, 186, 237, 238, 239, 240, 241, 242
IRÁN 175, 176, 188, 206, 212, 226, 234, 236, 237, 239, 240, 241, 242
IRANGATE 88, 212, 241
IRLANDA 58, 108
ISLAS VÍRGENES 209, **280**
ISRAEL 76, 82, 84, 176, 202, 237, **238,** 240
ITALIA 160, 161, 175, 204, 226, 246
ITT 210
IVY LEAGE **154,** 156
JACKSON, Andrew 33, 35
JACKSON, Jesse 89, 130
JAPÓN 54, 66, 67, 71, 74, 89, 140, 157, 170, 174, 188, 204, 206, 222, 226, 238, 243, 244, 246, 247, 248, 249
JAY, John 30, 31, 32, 33
JEFFERSON, Thomas 29, 32, 33, 34, 35, 54, 116, 120, 136, 170
JOBS, Steve 162
JOHNSON ACT 244
JOHNSON, Andrew 44
JOHNSON, Lyndon 78, **79,** 80, 106, 130, 132, 134
JOHNSTON, islas 243
JOMEINI, ayatolá 88, 206
JONES ACT 247
JRUSCHOV, Nikita 77, 230, 231
JUEVES NEGRO 62
JUDÍOS 50, 61, 126, 228
KANTOR, Mickey 200
KENNAN, George 71, 228, 230
KENNEDY, Edward **76**
KENNEDY, Jacky **76,** 202
KENNEDY, John Fizgerald 75, **76,** 77, 78, 79, 80, 98, 102, 106, 130, 132, 134, 164, 170, 210, 214, 225, 230, 231, 250
KENNEDY, Joseph **76**
KENNEDY, Robert **76,** 80, 130
KING, Martin Luther 78, 80, 112, 130, **132**
KISSINGER, Henry 82, 84, 168, 170, 226, 230, 239
KU KLUX KLAN 44, 61, 78, 130
KUWAIT 92, 236, 237, 238, 242
LEE, Robert 40, 42
LEY BRADY 119
LEY *CASH AND CARRY* 65
LEY D'AMATO 175, 242
LEY DAWES 122
LEY HELMS-BARTON 174, **175,** 176
LEY TAFT-HARTLEY 70
LEY WAGNER 65
LEY WHEELER-HOWARD 122
LEYES DE NEUTRALIDAD 22, 244
LÍBANO 88, 239, 240, 241, 242
LIBERIA 250, **251**
LIBIA 175, 237, 240, 241, 242
LINCOLN, Abraham 37, **40,** 44, 46, 130
LÍNEA MASON-DIXON 36
LOBBIES (grupos de presión) 84, **118-119,** 184
LOCKE, John 24, 29, 114, 135
LOCKHEED 162, 165
LOS ÁNGELES 78, 100, 130, 134
LUISIANA 22, 26, 34, 96, 227
MAC ARTHUR, general 64, 67, 71, 74, 246, 247
MACARTISMO **71,** 75, 204
McCARTHY, Joseph **71**
McCLELLAND George, general 40, 42
McDONALD'S 194, 202, 204, 234
McKINLEY, William 52, 55, 243
McNAMARA, Robert 77
MADISON, James 31, 32, 33, 135
MAGNET SCHOOLS 154.
MAHAN, Alfred 55
MAIN-LINE CHURCHES 108, **110,** 112.
MALCOLM X 78, 130, 132
MANIFEST DESTINY 96, 243, 244
MAO Zedong 72, 246
MARBURY contra MADISON 115
MARINES 209, 251
MARSHALL, George 71
MARSHALL, Plan 71, 144, 161, 170, 214, 222
MARSHALL, Thurgood 130
MARYLAND 22, 24, 35, 107, 251
MASSACHUSETTS 22, 24, 28, 29, 76, 107, 130, 150, 154, 158
MAYFLOWER COMPACT 20, 107
MAYFLOWER **21,** 107, 150, 219, 228
MEDICAID 86, 138, 139
MEDICARE 79, 86, 138, 140, 147
MEDIO AMBIENTE 81, 89, **102-106**
MEDIO OESTE (*Middle West*) 47, 52, 96, 112, 116, 165
MEDIO ORIENTE **236-242**
MELTING POT (crisol de razas) 35, 49, **120-134,** 220
MERCADO COMÚN 225, 226
METODISTA, Iglesia 110
MÉXICO 34, 37, 96, 172, 196, 202, 206, 209, 210, 215, 216, 217, 220
MICROSOFT 157, 162, 165
MIDWAY, islas 243, 246
MISISIPÍ 16, 30, 34, 42, 47, 65, 96, 159
MISURI 40, 112
MIT 154, **161**
MITCHELL, Margaret 44
MUHAMMAD, Elijah 132
MONROE, James 34, 35, 209
MONROE, Marilyn 76, 202
MONTESQUIEU, Charles de 29, 135
MORAL MAJORITY 86, 112
MORILL ACT 150
MORMONES **112**
MORSE, Samuel 159
MOSCÚ 67, 71, 77, 78, 84, 88, 194, 210, 230, 231, 232, 234, 239, 241
MOSSADEGH, Mohammed 237, 240
MOTOROLA 165
MUSULMANES NEGROS 78, 130
NAACP 78, 130
NATIONAL INDIAN YOUTH 122
NAGASAKI 67, 161, 246
NAPOLEÓN 26, 33, 34
NAPOLEÓN III 37, 220
NASA 72, 164
NACIÓN DEL ISLAM, 128, 130, 132
NATIONAL COUNCIL OF CHURCHES 110
NATIONAL INDUSTRIAL RECOVERY ACT 64
NATIONAL RIFLE ASSOCIATION 119
NBC 118
NEGROS 35, 44, 61, 62, 76, 78, 79, 81, 87, 126, **130-134,** 152
NEW DEAL **62,** 65, 66, 70, 75, 84, 102, 104, 115, 138, 148, 214
NEW YORK TIMES 118, 192, 196
NICARAGUA 84, 88, 176, 209, 212, 214
NIXON, Richard 76, 77, 78, 79, **80,** 81, 82, 84, 102, 134, 154, 210, 230, 247
NOBEL, Premio 130, 160, 161
NORESTE, 35, 36, 96, 165, 220
NORIEGA, Manuel 92, 212
NORTE 36, 37, 42, 44, 67, 126, 130, 159
NUEVA FRONTERA 75, 104, 164
NUEVA INGLATERRA 20, 22, 24, 27, 29, 96, 107, 158
NUEVA YORK 22, 30, 50, 52, 55, 64, 66, 100, 124, 158, 159, 160, 164, 175, 204, 206, 149
NYE, Joseph 191, 226
OCDE 174, 200, 221
OESTE 35, 36, 47, 49, 50, 55, 67, 96, 98, 100, 102, 112, 130, 158, 209
OFICINA DE ASUNTOS INDIOS 122
OMC 94, 174
ONU 66, 68, 70, 72, 74, 78, 82, 214, 222, 226, 238, 240, 241, 242, 252
ORDENANZA DEL NOROESTE 150
ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (véase ONU)
ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICO (véase OCDE)

ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (OEA) 72, 214
ORIENTE MEDIO **236-242**
OTAN 72, 82, 94, 198, 200, 222, 225, 226, 232, 234, 240, 246, 250
OTASE 72, 246
PACÍFICO 74, 96, 164, 196, 200, 226, 227, 232, **243-249**
PACTO DE BAGDAD 72, 239, 240
PACTO DE RÍO 72
PACTO DE VARSOVIA 80, 82
PADRES FUNDADORES 37, 81, 114, 120
PADRES PEREGRINOS 22, 107
PAKISTÁN 239, 240, 246
PANAMÁ 55, 84, 92, 206, 210, 212, 214, 215, 243
PANAMÁ, canal de 160, 209, 222
PANTERAS NEGRAS, 130, 132
PARÍS, Tratado de 26, 27
PARKS, Rosa 78
PATTON, George 64
PEACE CORPS 75, 250
PEARL HARBOUR 66, 184, 222, 244, **246**
PEMBLETON, John 202
PENN, William 22, 108
PENSILVANIA 22, 107, 108
PERROT, Ross 92, 116
PERRY, comandante 54, 243
PERSHING II 88
PERSHING, John 58
PERÚ 209, 210, 212, 214
PETRÓLEO 236, 237, 238
PITT, Williams 26
POWELL, Colin 130, 133, 134, 186, 188
PRESBITERIANA, Iglesia 110
PROGRESISTA, Partido 55
PROHIBICIÓN 61
PROTESTANTISMO 107
PUBLIC BROADCASTING SYSTEM (PBS) 118
PUERTAS ABIERTAS 222, 243
PUERTO RICO 55, 209, 213, **280**
RABIN, Isaac 94, 240
RADIO FREE EUROPE 196, 230
REAGAN, Nancy **87**
REAGAN, Ronald 86, **87,** 88, 89, 98, 118, 134, 141, 146, 148, 155, 157, 164, 186, 212, 214, 226, 231, 241, 252
RECONSTRUCCIÓN **41,** 130
REINO UNIDO (véase Inglaterra)
REPUBLICANO, Partido 40, 52, 55, 60, 64, 72, 94, 112, 116
REPUBLICANO DEMÓCRATA, Partido 33, 116
RESERVA FEDERAL (FED) 148
RESTORE HOPE 92, **252**
RHODE ISLAND 24, 31, 107
RIDGEWAY, general 74
RÍO GRANDE 18, 209, 216
ROBERTSON, Pat 89, 110
ROCKFELLER, John 50, 201
ROE contra WADE 112
ROOSEVELT, Franklin 58, 64, 65, **66,** 67, 70, 116, 122, 130, 161, 210, 214, 222, 229, 244, 246, 247
ROOSEVELT, Theodore 52, 54, **55,** 66, 170, 210, 212, 222, 228, 243
ROSENBERG, matrimonio 71, 204
RUANDA 186, 254
RUSIA 54, 60, 160, 162, 164, 176, 184, 188, **227-235,** 243, 248
SALAD BOWL 126
SALEM 22, 107
SALT 82, 88, 230
SALT II 84, 231
SALVADOR, El 88, 212, 214
SAMOA, islas 54, 243, **280**
SAN FRANCISCO, Tratado de 246
SCOPES, John Thomas 61, 110
SDN 60, 222
SENADO 30, 60, 79, 81, 94, 114, 222, 249
SHERMAN ANTITRUST ACT 51, 138
SHERMAN, Williman T. 42, 49
SHULTZ, George 88
SIERRA CLUB **104**
SILICON VALLEY **162,** 165
SIMPSON, O. J. 130, 134
SINCLAIR, Lewis 135
SINCLAIR, Upton 62
SINDICATOS (*trade unions*) 138
SINDICALISMO (*trade-unionism*) 51
SIRIA 240, 242
SMITH, Joseph 112
SOFT POWER **191-200**
SOMALIA 92, 252, **252**
SOMOZA, Anastasio 84, 214
SOUTHERN BAPTIST CONVENTION 110
SPOIL SYSTEM (sistema de despojos) 35, 40
SPUTNIK 72, 164, 202
STALIN, Josip 67, 72, 184, 229, 230
STANDFORD 154, 162
STANLEY, Henry 250
START I 88, 89, 200
START II 89, 231
STIMSON, Henry 67, 244
SUDÁN 240, 242, 254
SUEZ, canal de 239
SUR 35, 36, 37, 40, 44, 46, 47, 61, 78, 81, 94, 97, 102, 112, 126, 130, 152
SWAGGART, Jimmy 110
SYNGMAN, Rhee 74
TAFT, William 52, 55, 213
TAILANDIA 246, 249
TAIWAN 72, 248, 249
TARNOFF, Peter 172
THATCHER, Margaret 215,226
TAYLOR, Charles 251
TAYLOR, Frederick 61, 160
TAYLORISMO 202
TEHERÁN 67, 86, 206, 241
TEJAS 34, 61, 124, 162, 165, 220
TELÉFONO ROJO 230, **231**
TENNESSEE VALLEY AUTHORITY **65,** 102
TERCER MUNDO 75, 82, 194, 202, 250
THOREAU, Henry 136
THREE MILE ISLAND 165
TIANANMEN 89, 196
TIME 192
TÍO SAM 201, 202, 204
TNP 200
TOCQUEVILLE, Alexis de 170, 204
TONKIN GULF RESOLUTION 77
TORMENTA DEL DESIERTO 238
TOSHIBA 162
TRADE ACT 174
TRAIL OF TEARS 49
TRASCENDENTALISMO 104
TRIBUNAL INTERNACIONAL DE LA HAYA 55
TRIBUNAL SUPREMO 30, 46, 78, 81, 114, 115, 119, 130, 132
TRÍPOLI 236
TRUJILLO, Rafael 214
TRUMAN, Harry 67, **70,** 71, 72, 78, 130, 164, 240, 246
TRUSTS 55
TÚNEZ 236
TURNER, Frederic Jackson 34, 98
TURNER, Nat 130
TURQUÍA 172, 239, 240
TWAIN, Mark 140, 159, 243
TWIN DEFICITS (déficits gemelos), 146, **147-148**
TYDINGS-McDUFFY ACT 247
UCLA 154
UCRANIA 188, 227
UNDERGROUND RAILROAD 36
UNESCO 191, 192, 194
UNIÓN 44
UNIÓN EUROPEA 175, 192, 201, 219, 226, 248
UNIÓN SOVIÉTICA (véase URSS) 74, 88, 162, 164, 170, 210, 232, 247, 250, 252
UNITA 251
UNITED CHURCH OF CHRIST 110
UNITED FRUITS 210
UNITED STATES INFORMATION AGENCY (USIA) 71, 194
UNITED STATES TRADE REPRESENTATIVE (USTR) 174
UNIVERSAL ASSOCIATION FOR BLACK PROGRESS 130
UNIVERSIDAD **156**
UNIVERSIDAD DE CHICAGO 154
UNIVERSIDAD DE MISISIPÍ 130
URALES 200, 227, 229
URSS 66, 67, 70, 72, 74, 76, 77, 78, 79, 82, 84, 87, 89, 164, 184, 186, 188, 200, 204, 227, 229, 230, 231, 232, 234, 239, 240, 241, 242, 246, 250, 251
URUGUAY 208
URUGUAY, Ronda de 174
USA TODAY 118
VANCE, Cyrus 84
VARGAS LLOSA, Mario 208
VENEZUELA 209, 212, 215, 222
VERMONT 134
VERSALLES, Tratado de 60
VIAJES DE LA LIBERTAD 130
VICKSBURG 42
VIETCONG 77
VIETMINH 77
VIETNAM 80, 81, 92, 94, 186, 231, 348
VILLA, Pancho 209
VIRGINIA 20, 22, 24, 26, 29, 32, 35, 40, 130
VOICE OF AMERICA 196
VOUCHERS 154
WAKE 243
WALCOTT, Louis Eugene 132
WALL STREET 204
WALL STREET JOURNAL 118, 192
WALLACE George 80
WAR POWERS RESOLUTION 77
WARREN, juez 75
WASHINGTON 33, 40, 42, 119, 130, 133, 196, 212
WASHINGTON, George 26, 29, 30, **32,** 35, 55, 168, 219
WASHINGTON POST 118
WASP 120, 124, 126, 128
WATERGATE **81,** 84, 118, 135
WATTS 134
WEINBERGER, Casper 186
WEST POINT 188
WESTMINSTER 218
WETBACK, operación 210
WHITE ANGLO-SAXON PROTESTANT (véase WASP)
WHITEFIELD, George 108
WILLIAMS, Roger 107
WILSON, Woodrow 54, **58,** 60, 84, 116, 170, 213, 222, 228, 244
WINOCK, Michel 201, 206
WISCONSIN IDEA 156
WOMEN'S COLLEGES 156
WOODSTOCK 80
WORLDNET 196
WORKING POORS 87, 141, 146
WORLD TRADE CENTER 175
WOUNDED KNEE 49
WOZNIAK, Stephen 162
WRIGHT, hermanos 160
YALTA, Conferencia de 67
YANQUI 213
YELLOWSTONE 104
YELTSIN, Boris 232, 234
YEN 177
YORKTOWN 30
YOUNG, Brigham 112
ZAIRE 226, 251, 254
ZANGWILL, Israel 35, 110

0812277

HOUCHEN
BINDERY LTD
UTICA/OMAHA NE.
2002



Los orígenes de la nación americana. La época de la independencia. La guerra de Secesión. El ascenso a potencia. El aprendizaje del liderazgo. La época de la guerra fría. Estados Unidos sin complejos. El espacio americano. La nueva Jerusalén. La primera democracia del mundo. El final del "melting-pot". Libertad e igualdad. La promesa de la abundancia. La educación, en cuestión. El avance tecnológico. Diplomacia y economía. El despliegue militar. El "soft power". Estados Unidos: modelo y rechazo. El patio trasero de las Américas. El complejo europeo. Huérfano de Rusia. Oriente Medio. La atracción del Pacífico. La periferia africana. El estado de la Unión.

Otros atlas en Acento Editorial:

- Atlas de los pueblos de Europa central
- Atlas de los pueblos de Europa occidental
- Atlas de los pueblos de Oriente
- Atlas de África

ISBN 84-483-0481-0
9 788448 304812 22292